



John Banville

El intocable

Lectulandia

Una de las grandes novelas de John Banville, Premio Príncipe de Asturias de las Letras, basada en la vida de Anthony Blunt, el controvertido espía de la Reina de Inglaterra y del Kremlin.

Corren los años treinta y la amenaza de la guerra sobrevuela Europa. Fascismo y comunismo amenazan con sacudir los cimientos de Inglaterra, que ignora que tiene al enemigo dentro de sus fronteras: Moscú ha puesto los ojos en un grupo de jóvenes cultos, idealistas y triunfadores, que no levanta sospechas.

Cuarenta años después, Victor Maskell ve cómo un comunicado en la Cámara de los Comunes revela su condición de agente doble. Pero ¿quién lo ha sacrificado, y a cambio de qué?

¿Puede un célebre historiador del arte experto en Poussin, marido y padre, agente de la reina, ser al tiempo amante homosexual y espía de Stalin? Y de todas esas traiciones, ¿cuál es la que más pesa?

Lectulandia

John Banville

El intocable

ePub r1.0

Titivillus 01.10.15

Título original: *The Untouchable*
John Banville, 1997
Traducción: Juan Antonio Molina Foix

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Colm y Douglas

I

Primer día de la nueva vida. Muy extraño. Me he sentido inquieto todo el día. Ahora estoy exhausto, pero también febril, como un niño al acabar una fiesta. Como un niño, sí: como si hubiese experimentado alguna forma grotesca de renacimiento. Sin embargo, esta mañana me di cuenta por vez primera de que soy un hombre viejo. Atravesaba Gower Street, mi antiguo territorio. Traté de avivar el paso, pero algo me lo impedía. Fue una sensación rara, como si ráfagas de aire se arremolinaran en mis tobillos, como si el aire se hubiese vuelto... ¿cómo diríamos?, ¿viscoso?, y se me resistiera, y casi di un traspie. Pasó un estruendoso autobús con un sonriente negro al volante. ¿Qué fue lo que vio? Sandalias, impermeable, mi habitual bolsa de redcilla, viejos ojos legañosos extraviados por el miedo. Si me hubiese atropellado, habrían dicho que fue un suicidio, para alivio de todos. Pero no les di esa satisfacción. Este año cumpliré setenta y dos. No puedo creerlo. Por dentro, veintidós para siempre. Supongo que eso mismo les ocurre a todos los viejos. ¡Grrr!

Nunca había llevado un diario antes. Por miedo a ser incriminado. No dejes nada por escrito, decía siempre Boy. ¿Por qué he empezado ahora? Sencillamente, me senté y me puse a escribir, como si fuese la cosa más natural del mundo, lo que, por supuesto, no es cierto. Mi último testamento. Se ha puesto el sol, todo está en calma y es conmovedor. Los árboles de la plaza gotean. Minúsculos gorjeos de pájaros. Abril. No me gusta la primavera, sus travesuras e inquietudes; temo ese hormigueo angustioso en el corazón, lo que podría inducirme a hacer. Lo que podría *haberme inducido* a hacer: a mi edad hay que ser escrupuloso con los tiempos verbales. Echo de menos a mis niños. ¡Cielos!, ¿de dónde ha salido eso? Ya no son lo que podría llamarse niños. Julian debe de tener... bueno, este año cumplirá cuarenta, por lo que Blanche debe de tener treinta y ocho, ¿no es eso? Comparado con ellos, me parece que apenas he crecido. Auden escribió en algún sitio que, no importa cuál fuese la edad de sus acompañantes, siempre tenía el convencimiento de ser el más joven de la reunión; yo también. Sin embargo, creo que podían haber llamado. *Lamento haberme enterado de tu traición, papáito*. No obstante, no estoy completamente seguro de que me agradase oír a Blanche sorberse las lágrimas, ni a Julian manteniendo un hermético silencio al otro extremo del hilo. Digno hijo de su madre. Supongo que todos los padres dicen lo mismo.

No debo divagar.

La deshonra pública es algo curioso. Una sensación palpitante en la zona del diafragma y una especie de agolpamiento por todas partes, como si la sangre se deslizase con dificultad bajo la piel, igual que si fuera mercurio. La excitación mezclada con el miedo produce un brebaje embriagador. Al principio, no podía imaginar lo que ese estado me recordaba, pero en seguida caí: aquellas primeras noches de merodeo después de haber asumido finalmente que eso era lo que andaba buscando. El mismo estremecimiento impaciente, mezcla de expectación y miedo, la misma mueca desesperada tratando de no estallar. Queriendo ser sorprendido. Ser atacado. Ser maltratado. Bueno, todo eso ha pasado ya. Hay un determinado trozo de cielo azul en *Et in Arcadia ego*, donde las nubes están rotas en forma de pájaro en vuelo veloz, que es para mí el auténtico, clandestino centro del cuadro, su cima. Cuando pienso en la muerte, y últimamente pienso en ella con una sensación de inverosimilitud cada vez menor, me veo envuelto en una mortaja blanca como el zinc, una figura más bien del Greco que de Poussin, y asciendo en un arrebatado de angustia erótica, entre aleluyas y alabanzas fingidas, a través de un remolino de nubes del color del té dorado, hasta meterme de cabeza en un trozo exactamente igual de azul celeste translúcido.

Enciendo la lámpara. Mi pequeña luz leal. Cuán nítidamente delimita este estrecho ámbito del escritorio y la página en la que siempre he hallado el más intenso placer, esta tienda de campaña iluminada en la que, puesto en cuclillas, me escondo felizmente del mundo. Pues incluso los cuadros fueron siempre una cuestión más cerebral que visual. Aquí está todo lo que...

Acaba de llamarme Querell. Bien, desde luego tiene valor, debo reconocerlo. El zumbido del teléfono me produjo un sobresalto espantoso. Nunca me he acostumbrado a este aparato, a la forma en que se agazapa tan malévolamente, dispuesto a empezar a llamar la atención cuando menos se lo espera uno, como un bebé enrabiado. Mi pobre corazón todavía se agita pesadamente de la manera más alarmante. ¿Cómo podía saber quién era? Llamaba desde Antibes. Me pareció oír el mar al fondo y sentí envidia y enojo, pero lo más probable es que fuera el ruido del tráfico que pasaba por la calle, ante su piso de la Corniche, ¿no? ¿O se trata de otro lugar? Oyó la noticia por la BBC, según me dijo.

—¡Qué horror, viejo! ¿Qué puedo decir?

Su voz traslucía una impaciencia incontenible. Ansiaba conocer todos los detalles sórdidos.

—¿Te cogieron por asuntos de sexo?

Cuánta doblez... Y, sin embargo, no ha entendido casi nada, después de todo. ¿Debería haberlo cuestionado, decirle que conozco su perfidia? ¿De qué habría servido? Skryne lee sus libros, es un verdadero admirador suyo. «¡Vaya con Querell! —dice haciendo ese peculiar silbido con su dentadura postiza—, nos ha calado a todos». A mí no, amigo mío; a mí no. Por lo menos, espero que no.

Nadie más ha llamado. Y, la verdad, no esperaba que él lo hiciera...

Echaré de menos al viejo Skryne. Ni que decir tiene que ya no volveré a tratar con él; todo eso se acabó, así como tantas otras cosas. Debería sentirme aliviado, pero, curiosamente, no lo estoy. Al final nos habíamos convertido en una especie de dúo, un número de music-hall. *¡Oiga, oiga, oiga, Mr. Skryne! ¡Vaya, válgame Dios, Mr. Bones!* No casa con la imagen popular de un interrogador. Un tipo robusto, de cabeza pequeña, rasgos diminutos y una cuidada mata de pelo muy tieso de color hueso. Me recuerda al furioso padre de la novia atolondrada en esas comedias de Hollywood de los años treinta. Los ojos azules, nada penetrantes, incluso un poco velados (¿incipientes cataratas?). Los gruesos zapatos de cuero siempre brillantes, la pipa con la que juguetea sin parar, la chaqueta de lana con parches en los codos. Edad indefinida. Podría estar entre los cincuenta y los setenta y cinco años. Mente ágil, sin embargo: prácticamente, podía oírse el zumbido de los engranajes. Y una memoria asombrosa.

—Espera un segundo —me decía, señalándome con el cañón de su pipa—, echemos un vistazo a ese trozo una vez más.

Y yo tenía que deshacer la sutil sarta de mentiras que había estado contándole, al tiempo que buscaba con frenética tranquilidad el defecto que él había detectado en el tejido. Hasta ahora le había estado mintiendo solamente en broma, para divertirme, podría decirse, como un jugador profesional de tenis retirado que pelotea con un viejo adversario. No me asustaba que pudiera descubrir alguna nueva atrocidad —a estas alturas lo he confesado todo, o casi todo—, pero me parecía indispensable mantener la coherencia, por razones estéticas, supongo, y para ser coherente era necesario inventar. Ironías, lo sé. Tiene la tenacidad del hurón: nunca cede. Es un incondicional de Dickens; me imagino una casita en Stepney o Hackney o dondequiera que viva, con una arpía por esposa y una prole de chavales descarados. Esa es otra de mis debilidades principales: ver siempre a la gente en caricatura. Incluyéndome a mí.

No es que me reconozca en la versión pública que de mí circula ahora. Estaba escuchando la radio cuando nuestra querida primera ministra (la admiro, de verdad: ¡qué firmeza, qué determinación, qué belleza, tan fascinantemente masculina!) se puso de pie en los Comunes e hizo la declaración, y por unos instantes no caí en la cuenta de que se trataba de mi propio nombre. Quiero decir que creí que estaba hablando de algún otro, alguien a quien yo conocía, pero no demasiado bien, y al que no había visto en mucho tiempo. Fue una sensación muy rara. El Departamento ya me había alertado de lo que se avecinaba —hay que ver la gente enormemente maleducada que ahora tienen, nada que ver con los tipos de trato fácil de mi época—, pero, con todo, tuve un sobresalto. Luego los noticiarios televisivos del mediodía dieron unas fotografías mías bastante desenfocadas, no sé cómo o dónde las obtuvieron, y ni siquiera recuerdo cuándo las tomaron; apropiado verbo, aplicado a la fotografía: los salvajes tienen razón, lo que las fotografías toman es una parte del alma. Yo parecía uno de esos cuerpos bien conservados que desentierran en los

pantanos escandinavos: mandíbula prominente, cuello musculoso y párpados caídos. Un colega escritor, cuyo nombre he olvidado o me callo —un «historiador contemporáneo», sea lo que sea lo que eso signifique—, estuvo a punto de identificarme, pero el gobierno se le adelantó, en lo que fue, debo decirlo, un torpe intento de salvar las apariencias; sentí vergüenza ajena por la primera ministra, de verdad. Aquí estoy ahora, de nuevo al descubierto, y después de tanto tiempo. ¡Al descubierto! ¡Vaya expresión escalofriante y escueta! ¡Oh, Querell, Querell! Sé que fuiste tú. Es el tipo de cosa que harías para ajustar cuentas. ¿Es que no acabarán nunca las turbulencias de la vida? Salvo la más obvia, claro.

¿Cuál es mi propósito en este momento? Podría decir: *Simplemente, me senté a escribir*, pero no me engaño. Nunca he hecho nada en toda mi vida que no tuviera un propósito, normalmente oculto, a veces incluso para mí. ¿Estoy decidido, como Querell, a ajustar cuentas? ¿O es tal vez mi intención justificar mis actos, presentar atenuantes? Espero que no. Por otra parte, tampoco quiero ponerme todavía otra máscara bruñida... Después de meditar un rato, me doy cuenta de que la metáfora es obvia: atribución, verificación, restauración. Quitaré una capa tras otra de mugre —el barniz acaramelado y el hollín apelmazado que dejó una vida de fingimientos— hasta llegar al meollo del asunto y dejar todo al descubierto. Mi conciencia. Mi personalidad. (Cuando me río estrepitosamente, como ahora, la habitación parece retroceder, sorprendida y consternada, tapándose la boca con la mano. He llevado una vida decorosa aquí, y ahora no debo ponerme histérico.)

Hoy he mantenido la calma ante ese hatajo de chacales de los periódicos: ¿*Murió alguien por su culpa?* Sí, en serio, casi me desmayo. Pero, no, no, estuve soberbio, si se me permite decirlo. Sereno, cáustico, equilibrado, un estoico de pies a cabeza: Coriolano enfrentándose a la plebe. Soy un gran actor, ese es el secreto de mi éxito («¿Acaso cualquiera que pretenda conmover a las masas no debe ser un actor que se interprete a sí mismo?», Nietzsche). Representé el papel a la perfección: vieja pero excelente chaqueta de pata de gallo, camisa de Jermyn Street y corbata Charvet —roja, una travesura—, pantalones de pana, calcetines del color y la textura de las gachas de avena, ese par de desgastados zapatos de ante con suela crepé que no había llevado en treinta años. Parecía que acabara de pasar un fin de semana en Cliveden. Acaricié la idea de lucir una pipa como la de Skryne, pero eso habría sido excederse y, además, requiere años de práctica convertirse en un fumador de pipa convincente... nunca asumas lo que no puedas hacer con facilidad, esa era una de las máximas de Boy. Creo que fue una acertada estratagema por mi parte el invitar a la apreciada gente de la prensa a mi encantador hogar. Acudieron en tropel, casi con vergüenza, abriéndose paso a empujones con sus cuadernos y sosteniendo sus cámaras por encima de sus cabezas para protegerlas. Bastante conmovedor, realmente: tan impacientes, tan torpes. Me pareció volver a los tiempos del Instituto, a punto de dar una conferencia. Baje las persianas, Miss Twinset, por favor. Y usted, Stripling, encienda el proyector. Primera ilustración: *La traición en el Huerto*.

Siempre he sentido un afecto especial por los jardines descuidados. Es agradable el espectáculo de la naturaleza tomándose su lenta venganza. Yermos no, desde luego, nunca fui partidario del yermo, excepto en su sitio; pero cierto desaliño general indica un adecuado desprecio por la exigente insistencia de los humanistas en relación al orden. No soy papista en lo referente al cultivo de la tierra, y comparto la opinión del segador de Marvell en contra de los jardines. En este crepúsculo abrileño infestado de pájaros recuerdo la primera vez que vi al Castor, dormido en una hamaca en lo más profundo del abigarrado huerto que había detrás de Chrysalis, la casa de su padre en North Oxford. La hierba crecía en estado salvaje y los árboles necesitaban una poda. Aunque era pleno verano, veo las flores de los manzanos atestando las ramas; no puedo quejarme de mi retentiva (me han dicho que tengo una memoria fotográfica; muy útil para el tipo de trabajo que tengo... los *tipos* de trabajo). También creo recordar a un niño, un muchacho taciturno metido hasta las rodillas en la hierba, que golpeaba con un palo los extremos de las ortigas y me observaba especulativamente con el rabillo del ojo. ¿Quién podía haber sido? La encarnación de la inocencia, tal vez (sí, estoy conteniendo una nueva risotada). Impresionado ya tras otros encuentros con la desconcertante hermana del Castor y su insensata madre, me sentía ridículo, titubeante, los tallos de hierba se me clavaban en las perneras de los pantalones y una agresiva abeja, enamorada de mi cabello engominado, revoloteaba alrededor de mi cabeza. Llevaba bajo el brazo un manuscrito —algo muy serio acerca del cubismo tardío, sin duda, o sobre el trazo vigoroso de los dibujos de Cézanne—, y de pronto, en medio de aquella intensa claridad, la idea de esas arriesgadas distinciones me pareció absurda. Lucía el sol, las nubes pasaban veloces, soplabla la brisa y las ramas se mecían. El Castor seguía durmiendo, con los brazos cruzados y la cabeza caída hacia un lado, mientras un reluciente mechón de pelo negro abanicaba su frente. Evidentemente, no se trataba de su padre, a quien yo había ido a ver, por más que Mrs. Castor me había asegurado que dormía en el jardín.

—Desvaría, ¿sabe? —me había dicho con un gesto majestuoso—, no se concentra.

Lo consideré una señal esperanzadora: la idea de un editor distraído y soñoliento agradaba a mi ya muy desarrollada sensación de ser un infiltrado. Pero estaba equivocado. Max Brevoort —conocido como el Castor Mayor, para distinguirlo de Nick— resultó ser tan astuto y poco escrupuloso como cualquiera de los comerciantes holandeses de los que descendía.

Si cierro los ojos puedo ver la luz entre los manzanos, el muchacho de pie en la alta hierba y aquel bello durmiente hundido en su hamaca, y los cincuenta años que han pasado desde aquel día hasta hoy no son nada. Fue en 1929, y yo tenía —sí— veintidós años.

Nick se despertó y me sonrió, con esa habilidad que tenía de pasar instantáneamente y sin ningún esfuerzo de un mundo a otro.

—¡Hala! —me dijo. Así era como lo decían los chicos en aquellos días: *a* en vez de *o*. Se incorporó y se pasó una mano por el pelo. La hamaca se balanceó. El muchacho que destrozaba las ortigas se fue—. ¡Dios mío! —dijo Nick—. He tenido un sueño de lo más extraño.

Me acompañó de vuelta a la casa. Pero no me pareció que caminásemos juntos, sino que me había otorgado su compañía, durante un breve trayecto, con la naturalidad y comedimiento propios de la realeza. Iba vestido de blanco, y, al igual que yo, llevaba algo bajo el brazo, un libro o un periódico (aquel verano todas las noticias eran malas, y empeorarían). Mientras caminábamos giraba continuamente el torso hacia mí asintiendo con la cabeza a lo que yo decía, y sonriendo y frunciendo el ceño alternativamente.

—Es el Irlandés, ¿verdad? —dijo—. He oído hablar de usted. Mi padre cree que escribe muy bien —me miró con seriedad—. De veras lo cree.

Mascullé algo que trataba de sugerir modestia y aparté la mirada. Lo que había visto en mi rostro no era duda, sino una nube pasajera: *el Irlandés*.

La casa era estilo Reina Ana, no muy grande, pero señorial, y la señora B. la conservaba con descuidada opulencia: mucha seda descolorida y *objetos* supuestamente de gran valor —el Castor Mayor coleccionaba figurillas de jade—; flotaba por todas partes un aroma intenso y un poco mareante, como si hubieran quemado incienso. La instalación sanitaria estaba anticuada; había un retrete debajo del tejado que cuando tiraban de la cadena hacía un ruido horrible, cavernoso, ahogado, como el estertor de muerte de un gigante, que podía oírse con embarazosa inmediatez por toda la casa. Pero las habitaciones tenían mucha luz y siempre había flores recién cortadas, y reinaba allí una atmósfera de emociones contenidas, como si en cualquier momento pudieran suceder de pronto los acontecimientos más asombrosos. Mrs. Brevoort era una persona imponente: alta y corpulenta, de nariz ganchuda, autoritaria y excitable, que gustaba de los vestidos llamativos y recargados y frecuentaba saraos y sesiones de espiritismo. Cuando tocaba el piano —había estudiado con un famoso profesor— producía un torrente de sonidos chillones que hacían crujir los cristales de las ventanas. Nick la encontraba abrumadoramente ridícula y se avergonzaba un poco de ella. La mujer me cogió afecto de inmediato, según me contó Nick más tarde (mentía, estoy seguro); dijo que le parecía sensible, y creía que yo podría ser un buen médium si lo intentaba. La energía e implacabilidad de aquella mujer me intimidaban, como un esquife al que se le echara encima un transatlántico en pleno océano.

Nos topamos con ella en el vestíbulo. Llevaba una tetera de cobre en la mano y se detuvo al vernos.

—¿Encontró a Max? —me preguntó. Era judía; tenía la tez cetrina y el cabello rizado, y su excesivo escote mostraba un prominente busto blancuzco—. El muy animal debe de haber olvidado que usted venía. Le diré que su desconsideración le ha herido profundamente.

Empecé a protestar, pero Nick me cogió por el codo —después de medio siglo todavía siento una pizca de estremecimiento al recordar aquel apretón, suave pero firme— y me llevó al salón, donde se dejó caer en un sofá bajo y, tras cruzar las piernas e inclinarse, me miró fijamente con una sonrisa a la vez vaga y atenta. El momento se alargó. Ninguno de los dos habló. El tiempo puede detenerse, estoy convencido de ello; de algún modo, tropieza, se detiene y se pone a dar vueltas, como una hoja arrastrada por la corriente. Un rayo de sol se reflejó en un pisapapeles de cristal sobre una mesita de centro. Mrs. Castor estaba en el jardín rociando las malvarrosas con el líquido contenido en su tetera de cobre. Una música metálica de jazz-band bajaba hipando débilmente por las escaleras: la Nena Castor estaba en su dormitorio practicando pasos de baile ante el gramófono (sé que era eso lo que estaba haciendo; era lo que hacía todo el tiempo; más tarde me casé con ella). De pronto, a Nick le entró una especie de estremecimiento, se inclinó con brío, cogió de la mesa una pitillera de plata y me la ofreció manteniendo la tapa levantada con el pulgar. ¡Qué manos!

—Mi madre está completamente loca, ¿sabe? En esta familia lo estamos todos. Ya lo comprobará.

¿De qué hablamos? De mi ensayo, tal vez. O de los méritos relativos de Oxford y Cambridge. O de *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. No me acuerdo. Luego llegó Max Brevoort. No sé lo que me había esperado —supongo que *El editor risueño*: mejillas sonrosadas, gran bigote, y nivea gorguera—, pero era alto y delgado, cetrino, con una cabeza sorprendentemente larga y estrecha, calva y lustrosa en el extremo. Era gentil pero parecía más judío que su esposa. Llevaba un traje de sarga negra, algo gastado en codos y rodillas. Me miró, o más bien me escudriñó, con sus grandes ojos, negros como los de Nick, e idéntica sonrisa apacible, soñadora, aunque la suya era chispeante. Balbuceé algo, pero él siguió hablándome, sin escucharme, diciendo: «Lo sé, lo sé», mientras se frotaba las manos, grandes y morenas. ¡Cuánto hablaba todo el mundo por aquel entonces! Al recordar aquellos tiempos desde este silencio sepulcral, me doy cuenta de la incesante algarabía de voces ruidosas diciendo cosas que nadie parecía dispuesto a escuchar. Era la Época de las Declaraciones de Principios.

—Sí, sí, muy interesante —dijo el Castor Mayor—. Hoy en día la poesía se vende bien.

Hubo un silencio. Nick se echó a reír.

—No es poeta, Max —dijo.

Nunca había oído antes a un hijo llamar a su padre por su nombre de pila. Max Brevoort me miró con ojos escrutadores.

—¡Claro que no es poeta! —dijo, sin el menor apuro—. Usted es crítico de arte —se frotó las manos con mayor firmeza—. *Muy interesante*.

Luego tomamos el té, servido por una criada impertinente, y Mrs. Castor volvió del jardín; el Gran Castor le habló de su error al tomarme por un poeta, y ambos

rieron de buena gana como si se tratara de un chiste estupendo. Nick enarcó una ceja para mostrarme su conmiseración.

—¿Ha venido en coche? —me preguntó en voz baja.

—En tren —le dije.

Sonreímos, intercambiando una especie de seña, como si fuéramos conspiradores en potencia.

Y cuando me marchaba, fue él quien cogió mi ensayo, quitándomelo con suavidad, como si fuera algo ofensivo, doliente, y dijo que se aseguraría de que su padre lo leyese. Mrs. Castor me estaba hablando de colillas.

—Métalas en un tarro de mermelada —dijo— y guárdemelas.

Debí de parecer desconcertado. Levantó la tetera de cobre y la agitó, lo que produjo un ruido de chapoteo.

—Son para el pulgón —dijo—. Por la nicotina, ¿sabe? No pueden soportarla.

Me marché caminando hacia atrás mientras los tres se quedaban donde estaban, como si esperasen un aplauso, los padres sonrientes y Nick enigmáticamente divertido. La Nena seguía en el piso de arriba, escuchando su jazz y ensayando su salida a escena en el segundo acto.

Medianoche. Se me ha dormido una pierna. Quisiera que se me durmiese el resto. Sin embargo, no es desagradable estar despierto así, despierto y alerta, como un depredador nocturno, o, mejor aún, el guardián del lugar de descanso de la tribu. Antes temía la noche, sus pavores y pesadillas, pero últimamente he comenzado a disfrutar de ella, o casi. Cuando anochece, un silencio complaciente se abate sobre la tierra. En el umbral de mi segunda infancia, me imagino recordar el cuarto de los niños, con su impreciso calor y sus vigilias con los ojos abiertos como platos. Incluso de niño ya era un solitario. Más que ansiar, a la manera de Proust que mi madre me besara, deseaba que la ceremonia acabara de una vez para quedarme solo con este extraño, débil, jadeante cuerpo en el que mi confusa conciencia quedaba atrapada misteriosamente, como una dinamo metida en un saco. Todavía puedo ver su borrosa figura al marcharse y el abanico amarillo de luz procedente del vestíbulo que se abatía sobre el suelo del cuarto de los niños mientras cerraba la puerta muy despacio y desaparecía en silencio de mi vida. Cuando murió, todavía no tenía yo cinco años. Su muerte no fue motivo de sufrimiento para mí, que yo recuerde. Era lo bastante mayor para notar la pérdida, pero demasiado pequeño para encontrarla poco más que simplemente enigmática. A mi padre, con su habitual buena intención, le dio por dormir en un catre de tijera en el cuarto de los niños para hacernos compañía a mi hermano Freddie y a mí, y durante varias semanas tuve que oírle agitarse toda la noche preso de la congoja, mascullando y murmurando y apelando a su Dios, exhalando largos y estremecedores suspiros que en su exasperación hacían crujir las juntas articuladas del catre de tijera. Yo permanecía inmóvil y atento, tratando de

escuchar, más allá de los sonidos que procedían de mi padre, el del viento en los árboles que rodeaban la casa cual centinelas y, más lejos, el pesado batir de las olas en la playa de Carrick y el interminable silbido de las aguas al retroceder entre los guijarros. No me acostaba sobre el costado derecho porque de esa manera podía sentir los latidos de mi corazón, y estaba convencido de que si me fuera a morir, notaría su detención antes de que llegara la espantosa oscuridad final.

Extrañas criaturas, los niños. Ese aire precavido que tienen cuando los adultos están cerca, como si les preocupase si representan de manera convincente el papel que les hemos atribuido. El siglo XIX inventó la infancia, y ahora el mundo está lleno de actores infantiles. Mi pobre Blanche nunca fue buena actriz: no recordaba su diálogo, no sabía dónde ponerse ni qué hacer con las manos. Cómo se me encogía el corazón de pena en la función teatral del colegio, o el día de la entrega de premios, cuando la fila de niñas se agitaba con una especie de pavoroso temblor, y yo recorría con la mirada la hilera de cabezas y, efectivamente, allí estaba ella, a punto de tropezar con su propia torpeza, de sonrojarse y morderse los labios, con los hombros caídos y las rodillas dobladas en un vano intento de quitarse unos cuantos centímetros de estatura. Cuando llegó a la adolescencia, solía mostrarle fotografías de Isadora Duncan, Ottoline Morrell y otras notables e intrépidas mujeres en cuyos ejemplos podía encontrar consuelo y cuya desmesura podía emular, pero ella ni las miraba; permanecía sentada, sumida en un patético silencio, y se mordía los padrastritos mientras su hirsuto cabello se erizaba como si lo agitara una corriente de aire y dejaba al descubierto su pálida nuca, lo que la hacía parecer tan indefensa que me causaba verdadera angustia. Julian, por su parte... No; creo que no. Ese asunto seguro que me provoca insomnio.

Entre el montón de periodistas de esta mañana había una reportera —¡qué anticuados resultan esos términos!— que me recordó a Blanche, no sé muy bien por qué. No era grandota, como mi hija, pero había en su comportamiento algo de esa atención constante que esta pone en todo. Y demostró también ser inteligente: mientras los demás seguían dándose codazos unos a otros para preguntar las cuestiones obvias, tales como si queda todavía por desenmascarar alguno de nosotros (!), o si la señora W. estaba al tanto, ella se quedó mirándome fijamente con lo que parecía una especie de ansia y apenas habló, y cuando lo hizo fue solo para preguntar nombres, fechas y lugares, información que, sospecho, ya poseía. Fue como si estuviera poniéndome a prueba de alguna manera, examinando mis respuestas, sopesando mis emociones. Tal vez yo, a mi vez, le recordase a su padre. Las chicas, aunque reconozco que mi experiencia en ese campo es limitada, siempre tienen presente a su padre. Pensé pedirle que se quedara a almorzar —tal era el aturdimiento que me embargaba—, pues, de repente, el pensamiento de quedarme solo cuando todos hubieran desalojado aquel lugar dejó de agradarme. Era extraño; nunca me había pesado la soledad en el pasado. De hecho, como ya dije, siempre me he considerado un solitario completamente resignado a serlo, en especial desde que

murió el pobre Patrick. Pero esa chica tenía algo, y no solo su indefinible parecido con Blanche, que atrajo mi atención. ¿Una solitaria? No oí su nombre y ni siquiera sé para qué periódico trabaja. Mañana los leeré todos y veré si puedo identificar su estilo.

Mañana. ¡Dios mío!, ¿cómo puedo enfrentarme a un mañana?

Bueno, estoy en todas partes. Páginas y más páginas sobre mí. Así es como debe de sentirse el primer actor a la mañana siguiente de un estreno formidablemente desastroso. Fui a varios quioscos, por decoro, aunque cada vez resultaba más embarazoso, pues el montón de periódicos bajo mi brazo no dejaba de aumentar. Algunos quiosqueros me reconocieron y torcieron el gesto con aire despectivo; reaccionarios, tenderos, ya me había pasado antes. Un tipo, sin embargo, me dirigió una especie de maliciosa sonrisa triste. Era un paquistaní. ¡Con qué compañías me codearé de ahora en adelante! Antiguos presidiarios. Abusadores de niños. Proscritos. Los descarriados.

Se ha confirmado: el título de caballero me va a ser revocado. Me importa. Estoy sorprendido por cómo me importa. De nuevo solo doctor; eso espero; puede que, simplemente, mister. Por lo menos, no me han quitado el pase para los autobuses ni la subvención para la lavandería (esto último, imagino, en reconocimiento a que pasados los sesenta y cinco años uno suele babear mucho).

Ese tipo que es escritor me telefoneó, pidiendo una entrevista. ¡Qué desfachatez! Con suma educación, sin embargo, y no menos desparpajo. Tono enérgico, levemente divertido, con una pizca de indulgencia casi: después de todo, podría ser su pasaporte a la fama, o la notoriedad, por lo menos. Le pedí que me dijera quién me traicionó. Eso provocó una risita. Dijo que un periodista iría a la cárcel antes que revelar su fuente de información. Les encanta sacar a relucir esa particular cantinela. Podría haberle dicho: *Amigo mío, he estado en la cárcel casi treinta años*. En lugar de eso, colgué el teléfono.

El *Telegraph* envió un fotógrafo a Carrickdrum, escenario de mis orígenes burgueses. La casa ya no es residencia del obispo; su propietario actual, cuenta el periódico, es un comerciante en chatarra. Los árboles que montaban guardia han desaparecido —el comerciante en chatarra debió de necesitar más luz— y las paredes de ladrillo han sido revocadas y pintadas de blanco. Estoy tentado de hacer una metáfora acerca del cambio y el deterioro, pero debo tener cuidado de no convertirme en un estúpido sentimental, si no lo soy ya. La mole de San Nicolás (¡San Nicolás! Hasta ahora no me había dado cuenta de la coincidencia de nombres) era siniestra y deprimente, y un poco de estuco y pintura blanca tiene que ser por fuerza una mejora. Me veo cuando era un muchacho, sentado en la ventana salediza del salón con la cabeza apoyada en la mano, mirando cómo cae la lluvia sobre la pendiente cubierta de césped y las remotas aguas grises del Lough, mientras oigo al pobre Freddie vagar

por el piso superior canturreando como una *banshee* de ensueño. Eso es Carrickdrum. Cuando mi padre volvió a casarse, lo que me pareció, aun con solo seis años, un apresuramiento indecoroso, aguardé la aparición de mi madrastra —se habían casado en Londres— con una mezcla de curiosidad, enojo y recelo, esperando encontrarme con una bruja sacada de una ilustración de Arthur Rackham, de ojos color violeta y uñas como estiletes. Cuando llegó la feliz pareja, en un *jaunting car*, lo que me pareció curiosamente apropiado, me sorprendió y decepcionó vagamente el descubrir que ella no se parecía en nada a lo que yo había esperado, sino que se trataba de una mujer grandota, jovial, ancha de caderas y de mejillas sonrosadas, con gruesos brazos de lavandera, que tenía una risa estrepitosa y vibrante. Al subir los escalones de la entrada me divisó en el vestíbulo y echó a correr pesadamente, con sus manos rojas levantadas, y se abalanzó sobre mi cuello mientras me llenaba de babas y soltaba unos penosos gruñidos de alegría. Olía a polvos faciales, pipermín y sudor. Me soltó, retrocedió frotándose los ojos con el dorso de una mano, y se volvió hacia mi padre, al que miró con histriónico fervor en tanto que yo trataba de hacer frente a un maremágnum de sensaciones nuevas para mí, entre ellas la leve premonición de que aquella mujer iba a traer una inesperada felicidad a San Nicolás. Mi padre se retorció las manos y sonrió tímidamente, eludiendo mi mirada. Nadie dijo nada, aunque daba la sensación de que había un fuerte y continuo ruido de fondo, como si la inesperada alegría de aquel momento estuviera produciendo un estrépito propio. Entonces apareció mi hermano en la escalera, que bajaba tambaleándose y babeando como Quasimodo —no, no, exagero; realmente, no era para tanto— y la situación recobró su sentido.

—Este... —bramó mi padre, a causa del nerviosismo—. ¡Este es Freddie!

Qué difícil debió de ser aquel día para mi madre —siempre la he considerado así, ya que mi verdadera madre había desaparecido tan pronto—, y qué bien se las arregló para instalarse en casa como una inmensa clueca sobre su puesta. Aquel primer día abrazó con fuerza al pobre Freddie y escuchó los ahogados aullidos que profería a modo de habla, asintiendo con la cabeza como si le entendiera perfectamente, e incluso sacó un pañuelo y le limpió la baba que le caía por la barbilla. Estoy seguro de que mi padre le había contado lo de Freddie, pero dudo de que una mera descripción la hubiese preparado para enfrentarse a él. El muchacho le sonrió mostrando por entero sus dientes separados y con los brazos apretó con fuerza sus enormes caderas mientras apoyaba la cara en su estómago, como si le diera la bienvenida al hogar. Probablemente, pensó que era nuestra verdadera madre, que regresaba transformada del país de los muertos. Detrás de ella, mi padre exhaló una especie de raro y quejumbroso suspiro, como el de alguien que hubiese depositado por fin en el suelo una penosa y poco manejable carga.

Su nombre era Hermione. La llamábamos Hettie. A Dios gracias, no vivió lo suficiente para ver mi deshonra.

Día tres. La vida continúa. Las anónimas llamadas telefónicas han disminuido. No empezaron hasta ayer a primera hora, después de que apareciera la noticia en los periódicos de la mañana (¡y yo que creía que hoy día todo el mundo seguía las noticias por la tele!). Tuve que dejar el teléfono descolgado: cada vez que lo volvía a colgar, el maldito aparato inmediatamente comenzaba a sonar con estridencia, como si saltara de rabia. Los que llamaban eran casi siempre hombres, tipos que tienen seguras las espaldas por lo visto, pero también hubo algunas mujeres, refinadas viejecitas de voz suave y aflautada con el vocabulario de un peón caminero. Los insultos eran personales, sin excepción. Como si me hubiese apropiado de sus pensiones. Al principio estuve cortés, e incluso mantuve una especie de conversación con los menos furiosos de todos ellos (un tipo quería saber si conocí a Beria; creo que estaba interesado en la vida amorosa del georgiano). Debería haber grabado esas conversaciones; así habría obtenido una reveladora muestra representativa del carácter nacional inglés. Una llamada, sin embargo, me alegró. Era una mujer que dijo su nombre tímidamente, aunque daba la impresión de esperar que la conociera. Y llevaba razón: no reconocí su nombre, pero recordaba su voz. ¿De qué periódico se trataba?, pregunté. Hubo una pausa.

—Trabajo por cuenta propia —dijo.

Eso explicaba por qué no pude encontrar su huella en las noticias sobre mi conferencia de prensa de ayer. (¡Mi conferencia de prensa! ¡Caramba, qué fenomenal suena eso!) Se llama Vandeleur. No me extrañaría que tuviera algún pariente irlandés —hay muchos Vandeleur en Irlanda—, pero ella dice que no, e incluso pareció un poco molesta por la sugerencia. Los irlandeses no son populares en estos tiempos en que las bombas del IRA explotan en la City cada dos semanas. He olvidado su nombre de pila. ¿Sophie? ¿Sibyl? Algo pintorescamente arcaico, en cualquier caso. Le dije que viniera a visitarme después de comer. No sé en qué estaría yo pensando. Luego, mientras la esperaba, tuve una especie de ataque de nerviosismo y me quemé mientras preparaba mi almuerzo (chuletas de cordero a la parrilla, tomate en rodajas, una hoja de lechuga, nada de bebidas alcohólicas; creía que debía mantener la cabeza despejada). La mujer llegó puntualmente, enfundada en un abrigo enorme que parecía haber pertenecido a su padre (de nuevo la figura paterna). Pelo oscuro, muy fino y corto, rostro pequeño en forma de corazón y diminutas manos frías. Me hizo pensar en un animal pequeño, delicado, raro, muy dueño de sí mismo. Josefina la cantora. ¿Qué edad puede tener? Alrededor de los treinta años. Se quedó de pie en medio de la sala de estar, con una de sus manitas apoyada de un modo peculiarmente femenino en el borde de la mesa lacada japonesa, y miró a su alrededor con cautela, como para memorizar lo que veía.

—¡Qué apartamento más bonito! —dijo de manera inexpresiva—. La otra vez no me di cuenta.

—No tan bonito como el piso en el Instituto, donde vivía antes.

—¿Ha tenido que dejarlo?

—Sí, pero no por los motivos que usted cree. Cierta persona murió allí.

Serena, así se llama, acabo de recordarlo. Serena Vandeleur. Suena bien, desde luego.

Le cogí el abrigo, que me entregó de mala gana, pensé.

—¿Tiene frío? —le dije, dándomelas de caballero solícito.

Negó con la cabeza. Tal vez se sienta insegura sin la protección del abrazo paternal de ese abrigo. Aunque debo decir que me parece bastante dueña de sí misma. Es un poco desconcertante la sensación de sosiego que transmite. No, transmite no es la palabra adecuada; parece completamente reservada. Llevaba una bonita y sencilla blusa, una chaqueta de punto y zapatos planos, aunque una ceñida falda corta de cuero confería al conjunto cierto aire provocativo. Le ofrecí té, pero dijo que prefería una copa. ¡Así me gusta! Le dije que prepararía unas ginebras, lo que me proporcionó una excusa para escapar a la cocina, donde el frescor de los cubitos de hielo y la acidez de la lima (*siempre* pongo lima en la ginebra: es mucho más *contundente* que el insulso y consabido limón) me ayudaron a serenarme un poco. No sé por qué estaba tan nervioso. Pero ¿cómo no iba a estarlo? En los tres últimos días el estanque tranquilo que era mi vida ha sido removido, y de sus profundidades han surgido toda clase de cosas desagradables. Me asalta constantemente un sentimiento para el cual el único nombre que se me ocurre es nostalgia. Oleadas de recuerdos me inundan y traen a mi mente imágenes y sensaciones que creía haber olvidado por completo o extirpado con éxito, aunque son tan intensas y vívidas que me desconciertan y me hacen jadear interiormente, presa de una especie de exultante pesar. Pensaba describirle este fenómeno a Miss Vandeleur cuando regresé a la sala de estar con nuestras bebidas en una bandeja (eso prueba lo despejada que tenía la cabeza). La encontré de pie como antes, con el rostro un poco inclinado y presionando la mesa con las puntas de los dedos de una mano, tan tranquila y con tal aspecto de no haber cambiado de postura, que me pasó por la mente la sospecha de que había estado registrando la habitación y había corrido a recuperar su posición en cuanto oyó aproximarse el tintineo del hielo en los vasos. Pero estoy seguro de que es mi mente retorcida la que me hizo sospechar que pudiera haber estado fisgando: es el tipo de cosas que yo solía hacer automáticamente en la época en que tenía un interés profesional por descubrir los secretos de otras personas.

—Sí —dije—, no encuentro palabras para decirle lo extraño que resulta ser sometido de pronto a un examen público como este.

Asintió maquinalmente con la cabeza; estaba pensando en otra cosa. Me pareció que se comportaba de una manera extraña, para ser periodista.

Nos sentamos junto al fuego uno enfrente del otro, con nuestras bebidas, en medio de un silencio cortés, inesperadamente cómodo, casi amistoso, como dos viajeros que compartieran un cóctel antes de incorporarse a la mesa del capitán, conscientes de que teníamos mucho tiempo por delante para conocernos. Miss Vandeleur contempló con evidente interés, aunque sin hacer comentarios, las

fotografías enmarcadas que había encima de la repisa de la chimenea: mi padre con sus polainas, Hettie con un sombrero, Blanche y Julian de niños, mi casi olvidada madre natural con gorra y chaquetilla de montar y mirada absorta.

—Mi familia —dije—. Varias generaciones de mi familia.

Volvió a asentir con la cabeza. Era uno de esos días volubles de abril en que nubes plateadas y blancas, enormes como icebergs, cruzan despacio el cielo por encima de la ciudad y ocasionan rápidas alternancias de luz deslumbradora y penumbra, y de pronto la luz del sol en la ventana se apagó casi con un clic y por un momento pensé que iba a ponerme a llorar, no sabría decir por qué exactamente, aunque con toda evidencia las fotografías tenían algo que ver. Fue muy alarmante, y una gran sorpresa; nunca he sido llorica, hasta ahora. ¿Cuándo fue la última vez que lloré? Fue cuando murió Patrick, desde luego, pero eso no cuenta; la muerte no cuenta cuando se trata de llorar. No, creo que la última vez que lloré de verdad fue cuando fui a ver a Vivienne aquella mañana, después de la huida de Boy y el Escocés Terco. Conducía como un loco a través de Mayfair con el limpiaparabrisas a toda marcha hasta que me di cuenta de que no era la lluvia lo que dificultaba mi visión, sino las lágrimas. Estaba tenso, desde luego, y sentía un miedo espantoso (parecía que el juego se había acabado y nos iban a detener a todos), pero no estaba acostumbrado a perder el control de aquella manera, y eso me conmocionó. Aquel día me enteré de algunas cosas extraordinarias, y no solo de mi propensión a llorar.

Miss Vandeleur estaba acurrucada en su silla, y su rostro se había vuelto ceniciento.

—¡Usted *tiene* frío! —le dije.

Y, a pesar de sus protestas asegurándome que se sentía muy a gusto, hincó una rodilla en tierra, lo que la asustó y la hizo echarse atrás en su silla —debió de pensar que iba a arrodillarme ante ella y espetarle alguna terrible confesión inapelable tras pedirle que jurase guardarme el secreto—, aunque se trataba únicamente de encender la estufa de gas. Esta emitió su grato *¡zas!* e hizo su truco habitual de aspirar la llama de la cerilla, luego la delicada filigrana de alambres se puso al rojo vivo y tras ella la capa grisácea de material aislante empezó a enrojecer lentamente. Tengo una gran debilidad por algunos artilugios humildes: tijeras, abrelatas, lámparas articuladas de despacho, incluso el retrete con cisterna. Son los puntales no reconocidos de la civilización.

—¿Por qué lo hizo? —dijo Miss Vandeleur.

Estaba en vías de levantarme de mi genuflexión, con una mano sobre una temblorosa rodilla y la otra presionándome la región lumbar, y casi me caí. Pero no era una pregunta irracional, dadas las circunstancias, y aunque parezca extraño a ninguno de sus colegas se le había ocurrido hacerla. Me dejé caer a plomo en mi sillón, suspiré risueño y meneé la cabeza.

—¿Por qué? —dije—. Oh, vaqueros y pieles rojas, querida; vaqueros y pieles rojas.

Era verdad, hasta cierto punto. La necesidad de divertirme, el miedo a aburrirme: ¿fue, en realidad, mucho más que eso, a pesar de tantas grandiosas teorizaciones?

—Y el odio a América, desde luego —añadí, un poco harto, me temo: los pobres yanquis son ya una anticuada pesadilla—. Entiéndame, la ocupación americana de Europa fue para muchos de nosotros no menos calamitosa de lo que hubiera sido la victoria de Alemania. Los nazis, al menos, eran un enemigo evidente y visible. Hombres con motivos suficientes para ser condenados, parafraseando a Eliot —y al decir esto le sonreí: los ancianos que han alcanzado la sabiduría saben reconocer a los jóvenes cultos. Me levanté con la bebida en la mano y caminé hacia la ventana: pizarras pulidas por el sol, un conjunto de chimeneas ennegrecidas con sus caperuzas, antenas de televisión que formaban una especie de confuso alfabeto compuesto sobre todo por haches—. La defensa de la cultura europea...

—Pero usted —me interrumpió, sin alterarse— ya era espía antes de la guerra. ¿No es cierto?

Esas palabras —espía, agente, espionaje, etcétera— siempre me han causado problemas. Conjurando en mi mente imágenes nocturnas de lóbregas tabernas y callejones adoquinados, con merodeadores en jubón y calzas y destellos de puñales. Nunca me vi formando parte de ese mundo dinámico, siniestro. Boy tenía algo de Kit Marlowe, de acuerdo, pero yo era un tipo aburrido, incluso de joven. Yo era lo que necesitaban, alguien digno de confianza para exhortar a los demás, para ocuparse de ellos y sonarles las narices y asegurarse de que no salieran corriendo a perderse entre la gente, pero ahora no puedo evitar el preguntarme si no habré sacrificado demasiado de mí mismo por la... supongo que debo llamarla la causa. ¿Desperdiicé mi vida recogiendo y cotejando información trivial? Pensar en eso me deja sin aliento.

—Antes de cualquier otra cosa ya era experto en arte, ¿sabe? —le dije.

Me aparté de la ventana. Ella estaba sentada con la cabeza muy hundida entre los hombros y miraba fijamente la pálida llama de la estufa de gas. Un cubito de hielo crujió en mi vaso con un angustioso tintineo.

—El arte es la única cosa que siempre me ha importado —dije—. Incluso pinté algunos cuadros en mis tiempos de estudiante. Oh, sí. Modestas naturalezas muertas, jarras azules y tulipanes chillones, cosas así. Me atreví a colgar uno en mis habitaciones en Cambridge. Un amigo lo vio y me declaró el mejor pintor de mujeres desde Raoul Dufy —fue Boy, desde luego. ¡Qué sonrisa la suya: amplia, cruel, voraz!—. De modo que tiene ante usted, querida —le dije—, a un artista frustrado, como tantos otros egregios canallas: Nerón, la mitad de los Médici, Stalin, el incalificable Herr Schicklgruber.

Me di cuenta de que no entendió esta última alusión.

Regresé y me senté de nuevo en el sillón. Ella seguía mirando fijamente la ondulante y pálida llama de la estufa. Apenas había tocado su bebida. Me pregunté en qué podría estar pensando con semejante concentración. El tiempo pasó. La llama de

gas silbaba. La luz del sol iba y venía por la ventana. Distraídamente admiré la pequeña acuarela de Bonington que había detrás de ella, uno de mis escasos tesoros genuinos: lodo color concha de ostra y un cielo color loncha de beicon frito, muchachos pescando en primer término y una lejana, altiva goleta con las velas aferradas. Por fin levantó los ojos, que se encontraron con los míos. La lucha que había librado en su interior le había dado el aspecto demacrado de una madona de Carracci. Debió de pensar que la avidez con que miraba la acuarela de Bonington — Nick decía que siempre que me veía contemplar un cuadro le daba la impresión de que tenía orgasmos— la provocaba su persona, pues, de pronto, decidió ir al grano.

—En realidad, no soy periodista —dijo.

—Ya lo sé —ante su asombro, sonreí—. Nadie mejor que un embustero para reconocer a otro. ¿La envió Skryne?

Frunció el ceño.

—¿Quién?

—Uno de los que me vigilan.

—No —dijo, y negó vehementemente con la cabeza mientras sus dedos apretaban el vaso como si quisieran estrujarlo—. No. Soy... soy escritora. Quiero escribir un libro sobre usted.

¡Dios mío! ¡Otro historiador contemporáneo! Supongo que debí de poner mala cara, pues de inmediato se puso a la defensiva y balbuceó una explicación acerca de sí misma y de sus planes. Apenas la escuché. ¿Qué me importaban sus teorías sobre la relación entre el espionaje y el falso concepto de caballerosidad inglesa («No soy inglés», le recordé, pero no hizo caso) o la maligna influencia sobre mi generación de la estética nihilista del modernismo? Yo quería hablarle del delgado rayo de sol que perforó las sombras de terciopelo del urinario público aquella tarde primaveral de posguerra en Ratisbona; de la incongruente alegría del aguacero que cayó el día del funeral de mi padre; de la última noche con Boy, cuando vi el barco rojo bajo el Blackfriars Bridge e imaginé el trágico significado de mi vida: en otras palabras, de las cosas auténticas, verdaderas.

—¿Sabe algo de filosofía? —pregunté—. Me refiero a la filosofía antigua. Los estoicos: Zenón, Séneca, Marco Aurelio.

Negó con la cabeza cautelosamente. Era evidente que estaba desconcertada por el giro que tomaba la conversación.

—Yo me consideraba un estoico —dije—. De hecho, me llenaba de orgullo pensar que lo era.

Solté el vaso y, juntando las puntas de los dedos, miré en dirección a la ventana, en la que luces y sombras se disputaban la posición. Era un conferenciante nato.

—Los estoicos niegan el concepto de progreso. Puede haber un pequeño adelanto aquí, una mejora allá, como la cosmología en su época, o la odontología en la nuestra, pero a lo largo del tiempo las cosas, tanto las buenas como las malas, la belleza y la fealdad, la alegría y la tristeza, permanecen constantes y mantienen una especie de

equilibrio. Periódicamente, al cabo de los eones, el mundo se destruye en un holocausto de fuego y entonces todo vuelve a empezar, como antes. Siempre he encontrado enormemente alentadora esta concepción prenietscheana del eterno retorno, y no porque espere volver a vivir mi vida una y otra vez, sino porque eso quita cualquier trascendencia a los acontecimientos al tiempo que les confiere el numinoso significado que se deriva de la inmutabilidad, de la perfección absoluta. ¿Comprende?

Sonréi lo más amablemente que pude. Se quedó con la boca abierta un momento, y sentí un vivo deseo de alargar un dedo y cerrársela.

—Y resulta que un buen día leí, no puedo recordar dónde, un informe acerca de una breve conversación entre Josef Mengele y un médico judío a quien aquel había salvado de la ejecución para que le ayudara en sus experimentos en Auschwitz. Estaban en la sala de operaciones. Mengele intervenía a una mujer preñada, cuyas piernas había atado a la altura de las rodillas antes de empezar a provocar el nacimiento de su hijo, sin la ayuda de ningún anestésico, por supuesto, pues eran demasiado valiosos para gastarlos con judíos. En los momentos de tregua en que la madre dejaba de chillar, Mengele disertaba acerca del vasto proyecto de la Solución Final: el número de afectados, la tecnología, los problemas logísticos, etcétera. ¿Por cuánto tiempo, se atrevió a preguntar el médico judío (debió de ser un hombre valeroso), por cuánto tiempo continuaría el exterminio? Mengele, no del todo sorprendido, al parecer, ni molesto por la pregunta, sonrió discretamente y, sin levantar la mirada de su trabajo, dijo: «Oh, seguirá y seguirá, sin parar»... Y se me ocurrió que el doctor Mengele era también un estoico, como yo. No me había dado cuenta hasta entonces de cuán amplia era la congregación a la que pertenecía.

Me gustó la clase de silencio que cayó o, mejor, que surgió —pues el silencio *surge*, sin duda— cuando dejé de hablar. Al final de una frase redonda siempre tengo una sensación de alivio, una especie de feliz vuelta a la normalidad, mi mente se cruza de brazos, por así decirlo, y sonrío para mis adentros con íntima satisfacción. Es una sensación que conocen todos los atletas mentales, estoy seguro, y fue para mí uno de los principales placeres de la sala de conferencias, por no mencionar los interrogatorios a los que he sido sometido (término que nunca dejó de provocar risitas a Boy). Sin embargo, mi dicha se esfumó cuando Miss Vandeleur, de cuya silenciosa aunque persistente presencia empezaba a cansarme un tanto, masculló algo acerca de que no sabía que los estoicos hubiesen formado una congregación. ¡Los jóvenes se toman las cosas tan al pie de la letra...!

Me levanté.

—Venga —le dije—. Quiero que vea algo.

Atravesamos el estudio. Podía oír el crujido de su falda de cuero al caminar detrás de mí. La primera vez que vino a verme me había dicho que su padre era almirante, y yo la había entendido mal, interpretando que había dicho admirable. Aunque esa muestra de piedad filial me había parecido desconcertantemente supererogatoria, me

había apresurado a asegurarle que no dudaba de que lo fuese. Siguió un intercambio de palabras involuntariamente cómico que al final desembocó en uno de esos espantosos, bochornosos silencios que siempre provocan tales vislumbres de la innata absurdidad del mundo. Recuerdo una de aquellas grandes ocasiones en que conversaba con Mrs. W. mientras subíamos la interminable, suntuosa escalera tras las amplias espaldas de la duquesa viuda de Alguna Parte, y ambos nos dimos cuenta al mismo tiempo de algo que la duquesa ignoraba por completo: que camino de Palacio había pisado una caca de perro. En tales circunstancias siempre me he sentido agradecido por las dificultades de llevar una vida múltiple, lo cual presta más importancia a los asuntos, o al menos da algo que pensar a la mente en momentos de apuro. De niño, en el colegio, cuando tenía que abstenerme de reír en presencia del bravucón de la clase o de un profesor especialmente enojado, me concentraba en pensamientos de muerte; siempre funcionaba y todavía funcionaría, estoy seguro, si fuera necesario.

—Aquí está —dije— mi tesoro, la piedra de toque y verdadero origen de la tarea de mi vida.

Es un fenómeno curioso que recuerde siempre las pinturas más grandes de lo que son en realidad, quiero decir literalmente más grandes, en sus dimensiones físicas. Eso me ocurre incluso con las obras con las que me he relacionado a fondo, incluyendo mi *Muerte de Séneca*, con la que he convivido casi cincuenta años. Conozco su tamaño, sé empíricamente que el lienzo mide diecisiete pulgadas y un cuarto por veinticuatro; y, sin embargo, cada vez que lo miro, incluso después de haber apartado la vista de él durante unos instantes, tengo la extraña sensación de que ha encogido, como si lo viera a través de una lupa pero por el lado inapropiado, o hubiese retrocedido unos cuantos pasos más allá de donde en verdad estoy. El efecto es desconcertante, como cuando acudes a la Biblia y descubres que toda la historia de la expulsión del Paraíso, por ejemplo, la despacha en un puñado de versículos. En aquella ocasión, como siempre, el cuadro hizo de las suyas y por un momento, mientras estaba ante él junto a Miss Vandeleur, cuya falda de cuero seguía crujiendo intermitentemente, me pareció que había encogido no solo en escala sino en... —¿cómo lo diría?— en sustancia, y experimenté un extraño estremecimiento de angustia que, sin embargo, no creo que fuera perceptible en mi tono de voz; de cualquier modo, las personas de su edad no perciben los tics y las muecas con que los viejos traicionan el sufrimiento de sus momentos de apuro.

—El motivo —dije, imagino que con mi Voz Discursiva— es el suicidio de Séneca el Joven en el año 65 de nuestra era. Mire a sus afligidos amigos y familia, reunidos a su alrededor mientras su sangre gotea en la copa dorada. Allí está el oficial de la guardia (Gavio Silvano, según Tácito) que comunica de mala gana la imperial sentencia de muerte. Aquí está Pompeya Paulina, la joven esposa del filósofo, dispuesta a seguir a su marido en la muerte, ofreciendo su pecho al cuchillo. Y fíjese, allí, en segundo plano, en esa habitación más lejana, una sirvienta llena el baño en el

que dentro de poco el filósofo exhalará su último suspiro. ¿No está todo admirablemente ejecutado? Séneca era un español educado en Roma. Entre sus obras destacan las *Consolationes*, las *Epistolae morales* y la *Apocolocyntosis divi Claudii*, es decir, *La conversión del divino Claudio en calabaza*; esta última, como puede usted figurarse, es una sátira. Aunque aseguraba desdeñar las cosas de este mundo, logró, no obstante, amasar una enorme fortuna, procedente en su mayor parte de préstamos en Britania; el historiador Dión Casio dice que los excesivos intereses que Séneca cobraba por sus préstamos fueron una de las causas de la rebelión de los britanos contra el ocupante, lo cual significa que, como ha señalado Lord Russell con agudeza, la rebelión de la reina Boadicea iba dirigida contra el capitalismo representado por el principal defensor filosófico de la austeridad que había en el Imperio romano. Tales son las ironías de la historia.

Sigilosamente, miré de soslayo a Miss Vandeleur; sus ojos empezaban a ponerse vidriosos; conseguiría vencerla por agotamiento.

—Séneca chocó con el sucesor de Claudio, el antes mencionado Nerón, del que había sido tutor. Fue acusado de conspiración y obligado a suicidarse, cosa que hizo con gran entereza y dignidad.

Señalé el cuadro que teníamos delante. Por primera vez se me ocurrió preguntarme si el pintor tenía motivos para describir la escena con semejante serenidad, con tan estudiada calma. Una vez más, el estremecimiento de la inquietud. ¿Estoy condenado a eso en esta nueva vida, no hay nada que no sea dudoso?

—Baudelaire —dije, y esta vez me pareció percibir en mi voz un ligerísimo temblor— describió el estoicismo como una religión con un solo sacramento: el suicidio.

Al oír eso, Miss Vandeleur se agitó sacudida por un brusco estremecimiento, como un poni que se niega a saltar.

—¿Por qué hace esto? —dijo con voz apagada.

La miré frunciendo ligeramente el ceño en ademán inquisitivo. Tenía las manos apoyadas en las caderas y su rostro pequeño se adelantó, hosco y amenazador, y fulminó con la mirada un cortapapeles de marfil que había en mi escritorio. No estaba tan serena, después de todo.

—¿Qué hago, querida?

—Ya sé que es usted muy instruido —dijo, casi escupiendo—, que tiene mucha *cultura*.

Pronunció esta palabra como si fuera una incomodidad. No puede venir de parte de Skryne, pensé; nunca me habría enviado a alguien con tan poco dominio de sí mismo. Después de un momento de sofocante silencio dije en voz baja:

—En mi mundo no hay preguntas sencillas, y muy pocas respuestas del tipo que sean. Si va usted a escribir sobre mí, debe resignarse a eso.

Con la mirada clavada todavía en el cortapapeles, Miss Vandeleur apretó tanto los labios que se le quedaron exangües y meneó la cabeza con un gesto rápido y rotundo;

pensé, casi con afecto, en Vivienne, mi antigua esposa, probablemente la única persona adulta que he conocido que da patadas en el suelo cuando está enojada.

—*Hay* —dijo ella, en un tono sorprendentemente contenido—, *hay* preguntas sencillas; y también *hay* respuestas. ¿Por qué espió para los rusos? ¿Cómo consiguió hacerlo? ¿Qué esperaba conseguir al traicionar a su país y los intereses de su país? ¿O es que nunca creyó que este era su país? ¿Lo hizo porque es usted irlandés y nos odia?

Y, por fin, volvió la cabeza y me miró. ¡Qué ardor había en su mirada! Nunca me lo habría imaginado. Su padre, el almirante admirable, podía estar orgulloso de ella. Aparté la mirada, sonriendo con desgana, y examiné *La muerte de Séneca*. Qué soberbiamente ejecutados estaban los pliegues de la túnica del moribundo, pulidos, tersos y densos como arenisca estriada, y, no obstante, eran también maravillosamente delicados, como un párrafo de la prosa cincelada del filósofo. (Tengo que hacer tasar el cuadro. No pienso venderlo, por supuesto, pero ahora tengo necesidad de estabilidad financiera.)

—No fue para los rusos —murmuré.

Pude sentir su parpadeo.

—¿Qué?

—Que no espié para los rusos —dije—. Espié para Europa. Un gremio *mucho* más amplio.

Realmente, este tiempo es de lo más desconcertante. En estos momentos surge de la nada un intenso aguacero, que golpea con furia contra las ventanas, en las que no deja de brillar la luz del sol con tonos de acuarela. Por ahora, no siento deseos de abandonar este mundo, tan tierno y acogedor incluso en medio de sus tormentas. Los médicos me han asegurado que lo extirparon por completo, y que no hay síntomas de ningún nuevo tumor. Estoy en remisión. Me parece que he estado en remisión toda mi vida.

Mi padre era especialista en coger pájaros del nido. Yo nunca pude pillarle el tranquilo. En primavera, los domingos por la mañana nos llevaba a pasear a Freddie y a mí por los campos situados más allá de Carrickdrum. Imagino que escapaba así de aquellos feligreses suyos —entonces todavía era párroco— que acostumbraban a llamar a su casa después del servicio religioso: las escandalosamente desventuradas viudas locales en sus carruajes tirados por ponis, la gente trabajadora de los barrios pobres de la ciudad, las desquiciadas solteronas de ojos relucientes que pasaban los días laborables montando guardia detrás de los visillos de sus ventanas en los chalés frente al mar. Me gustaría poder calificar esos paseos de ocasiones de cordialidad familiar, en los que mi padre disertaba ante sus boquiabiertos hijos sobre los hábitos y artimañas de la Madre Naturaleza, pero en realidad raras veces hablaba, y sospecho que la mayor parte del tiempo se olvidaba de los dos muchachitos que le seguían desesperadamente por rocas y espinos para no quedarse atrás. Allá arriba el terreno era accidentado, pequeñas parcelas aisladas de campo entre afloramientos de piedras grises, con tojos y algún que otro grupo de serbales deformados por los temporales. No sé por qué insistía mi padre en llevar con nosotros a Freddie, pues siempre se ponía nervioso en aquellas altiplanicies, especialmente los días de viento, y nos seguía lanzando mugidos de angustia, arrancándose los pellejos de alrededor de las uñas y mordiéndose los labios hasta hacerlos sangrar. En el límite más lejano de nuestra caminata, sin embargo, descendíamos a una pequeña hondonada rodeada de rocas, un valle en miniatura, con praderas y arbustos de aulaga y grupos de espinos, en donde todo estaba en calma y activamente silencioso, y Freddie incluso se tranquilizaba, o estaba más cerca que nunca de conseguirlo. Allí mi padre, con pantalones bombachos, polainas y un viejo jersey de gamuza, y llevando todavía su alzacuellos, se detenía de repente levantando una mano y escuchaba no sé qué tono secreto o vibración del aire, y luego se apartaba del camino y se acercaba a este o aquel arbusto, con paso sorprendentemente ligero para un hombre tan corpulento, separaba con cuidado las hojas y mientras las escudriñaba sonreía. Nunca olvidaré aquella sonrisa. Había en ello un simple deleite, por supuesto —que le daba la expresión que supongo que habría tenido Freddie de no haber sido retrasado—, pero también una especie de júbilo lúgubre, triste, como si hubiera sorprendido al Creador

en alguna impostura impresionante, aunque, fundamentalmente, mezquina. Luego, con un dedo en los labios, nos hacía señas de que nos acercáramos y nos aupaba uno después del otro para que viésemos lo que había descubierto: un nido de pinzón o mirlo, a veces con el diminuto pájaro estremecido todavía dentro, que nos miraba asustado, como si contemplara los rostros, uno al lado del otro, de Dios y de su hijo. Sin embargo, no eran los pájaros, sino los huevos, lo que me fascinaba. De color azul pálido o blanco moteado, descansaban en el fondo del nido, cerrados, inexplicables, llenos de su propia plenitud. Me parecía que si cogía alguno, lo cual mi padre nunca me habría permitido, sería demasiado pesado para sostenerlo, como un trozo de materia de un planeta mucho más denso que el nuestro. Lo que más me sorprendía de ellos era que fueran tan *diferentes* de cualquier otra cosa. Eran semejantes a sí mismos y a nada más. Y con esa individualidad extrema censuraban a todo lo que los rodeaba, el disoluto mundo de arbustos, zarzas y desenfrenadas hojas verdes. Eran el colmo de la perfección formal. Cuando vi por vez primera *La muerte de Séneca*, entre la morralla del cuarto trasero de Alighieri's, inmediatamente recordé aquellas mañanas de domingo de mi infancia, y a mi padre separando el follaje con delicadeza infinita y mostrándome aquellos tesoros frágiles y sin embargo de alguna manera indestructibles, acurrucados en lo más profundo del universo.

Para tomar posesión de una ciudad en la que no has nacido, ante todo, debes enamorarte allí. Yo conocía Londres desde siempre; mi familia, aunque apenas iba por allí, la consideraba nuestra capital, no a la austera Belfast, con sus edificios deslucidos por la lluvia y los bramidos de las sirenas de los astilleros. Sin embargo, Londres no cobró vida para mí hasta que pasé allí un verano con Nick. Digo que pasé el verano con él, pero no es más que una nostálgica exageración. Nick trabajaba — otra exageración— para su padre en Brevoort & Klein, y se había mudado de Oxford a un apartamento encima de una tienda de periódicos, a poca distancia de Fulham Road. Recuerdo aquel apartamento con suma claridad. Había una salita de estar en la parte delantera con dos ventanas abuhardilladas ojivales que producían un efecto incongruentemente eclesiástico; la primera vez que Boy fue allí batió palmas y gritó: «Traed mi sobrepelliz, ¡vamos a celebrar una misa negra!». El apartamento era conocido como The Eyrie, palabra que ni Nick ni yo sabíamos muy bien cómo pronunciar, pero que le venía de perlas, pues reinaba allí un ambiente misterioso —a Nick le encantaban los candelabros y los grabados de Piranesi— y estaba bien aireado^[1], sobre todo en primavera, cuando las ventanas se llenaban de cielo y los árboles crujían como los palos de un velero. Nick, que era por naturaleza una mezcla insólita de esteta y campechano, dejó que el lugar se convirtiera en una mugre espantosa: todavía me estremezco cuando pienso en el retrete. Al fondo había un dormitorio diminuto con el techo bastante inclinado, en el que se había montado al sesgo, como una cuña, una enorme cama metálica que Nick pretendía haber ganado

en una partida de póquer en un garito detrás de la estación de Paddington. Era una de las anécdotas que a Nick le gustaba contar.

No dormía a menudo en el apartamento. Sus chicas se negaban a pasar la noche allí, a causa de la inmundicia, y, de todos modos, en aquellos tiempos las chicas rara vez pasaban la noche fuera de casa, o, al menos, la clase de chicas con las que Nick salía. Más que nada, era un lugar para dar fiestas y reponerse de las resacas resultantes. En esas ocasiones se quedaba en la cama durante dos o tres días seguidos, rodeado de un montón cada vez mayor de libros, cajas de dulces y botellas de champán, proporcionados por una serie de amigos a los que llamaba a su lado por teléfono. Todavía puedo oír su voz al otro extremo del hilo, un susurro exageradamente angustioso: «Oye, viejo, ¿no podrías hacerme una visita? Creo que me estoy muriendo». Por lo general, cuando yo llegaba se había congregado ya un pequeño grupo de gente, otra fiesta en embrión, que se sentaba en aquella cama inmensa, se comía los bombones de Nick y bebía champán en el vaso para el cepillo de dientes y las tazas de la cocina; Nick, en camisón y apoyado en un montón de almohadas, estaba pálido como el marfil, con el pelo negro muy tieso, y miraba con ojos escrutadores; parecía una figura de Schiele. Boy solía estar allí, desde luego, y Rothenstein, y chicas de nombres como Daphne, Brenda o Daisy, con vestidos de seda y sombreros de campana. A veces venía Querell, alto, delgado, sardónico, y se fumaba un cigarrillo de pie, con la espalda apoyada en la pared, algo encorvado, como el villano de un cuento con moraleja, con una ceja arqueada y las comisuras de los labios hacia abajo, y una mano metida en el bolsillo de su chaqueta completamente abotonada, en el que siempre me parecía que debía de llevar un revólver. Daba la impresión de saber cosas inconfesables de todos los presentes. (Me doy cuenta de que me lo estoy imaginando no como era entonces, joven y, sin duda, desmañado, al igual que el resto de nosotros, sino como era cuando tenía casi cuarenta años, durante los bombardeos aéreos, y parecía la personificación misma de aquella época: amargado, nervioso, brusco, desesperado, pero sin perder por ello el sentido del humor, más viejo de lo que correspondía a su edad y la nuestra.)

¿De verdad disfrutaba alguien en aquellas fiestas? Lo que recuerdo sobre todo de ellas es el aire de desesperación contenida que las impregnaba. Bebíamos mucho, pero la bebida parecía únicamente asustarnos o desesperarnos, de modo que necesitábamos gritar aún más alto, como si ahuyentáramos a los demonios. ¿Qué era lo que temíamos? Otra guerra, sí, la crisis económica mundial, todo eso, la amenaza del fascismo; había muchísimas cosas a las que tener miedo. ¡Sentíamos rencores tan profundos! Echábamos la culpa de todos nuestros males a la Gran Guerra y a los viejos que habían obligado a los jóvenes a luchar en ella, y es posible realmente que la guerra de trincheras en Flandes nos destruyese como nación, pero... Pero otra vez estoy incurriendo en el papel de sociólogo aficionado que tanto desprecio. Nunca pensé en términos de *nosotros*, o de *nación*; ninguno de nosotros lo hizo, estoy convencido de ello. *Hablábamos* en esos términos, de acuerdo —nunca *dejamos* de

hablar así—, pero no era más que una postura adoptada para hacernos sentir más serios, más importantes, más auténticos. En el fondo —si es que, de verdad, lo tenemos—, nos interesábamos por nosotros mismos y, de vez en cuando, por algún otro; ¿no ha sido siempre así? *¿Por qué lo hizo?*, me preguntó ayer esa chica, y respondí con parábolas filosóficas y artísticas, y se marchó insatisfecha. Pero ¿qué otra respuesta podía haberle dado? *Yo soy la respuesta a su pregunta, todo lo que soy; menos no bastará.* Para la opinión pública, durante el breve período en que seré el centro de su atención, antes de que me desbanque una nueva diversión, soy una figura con un único rasgo destacado. Incluso para aquellos que creían conocerme íntimamente, todo lo demás que he hecho o dejado de hacer ha quedado reducido a la insignificancia frente al hecho de mi supuesta traición. Sin embargo, en realidad, soy de una sola pieza: de una sola pieza, pero dividido en innumerables yos. ¿Tiene esto sentido?

De modo, pues, que de lo que estábamos asustados era de nosotros mismos, cada uno su propio demonio.

Cuando me telefoneó el otro día, Querell tuvo la cortesía de fingir que no estaba escandalizado. Sabe todo acerca de la traición, a grande y pequeña escala; es un experto en esa materia. Cuando estaba en la cumbre de la fama (ahora no sale tanto en los titulares, ya que es viejo y ha perdido buena parte de su viperina mordacidad), solía reírme de sus fotografías en los periódicos codeándose con el Papa, pues sabía que los labios con los que besaba el anillo papal probablemente habían estado entre los muslos de alguna mujer media hora antes. Pero Querell también corre el peligro de que lo desenmascaren y la opinión pública se entere de lo poco que vale, si es que vale algo. Esa apariencia equívoca que siempre tuvo se ha ido acentuando con la edad. En una entrevista reciente —¿cómo demonios adquirió la reputación de rehuir la publicidad?— hizo una de esas observaciones aparentemente profundas, pero en realidad banales, que se han convertido en su marca de fábrica. «No sé nada de Dios —dijo al entrevistador—, pero, ciertamente, creo en el Diablo». Sí, siempre ha habido que andar con pies de plomo al tratar con Querell.

Mostraba sincera curiosidad por la gente, señal inequívoca del novelista de segunda fila. En aquellas fiestas en The Eyrie permanecía mucho tiempo apoyado en la pared, soltando por las comisuras de los labios diabólicas columnas de humo, observando y escuchando cómo la fiesta tomaba el aspecto de histérica casa de locos. Bebía tanto como los demás, pero no parecía producirle ningún efecto, salvo hacer que aquellos desconcertantes ojos azul pálido brillaran con una especie de júbilo malicioso. Generalmente, se escabullía temprano, con una chica a remolque; echabas un vistazo al sitio donde había estado y descubrías que se había ido; lo único que parecía quedar de él era una especie de borrosa imagen retrospectiva, como la sombra más clara que queda en una pared cuando se retira un cuadro. De modo que me sorprendí cuando una tarde de agosto, durante una fiesta, me abordó en el pasillo.

—Oye, Maskell —dijo, con esos modales suyos tan insinuantemente agresivos—,

no puedo beber más de este asqueroso vino... vámonos a tomar una auténtica bebida.

Sentía la cabeza como si estuviese atiborrada de algodón en rama, y la luz solar que entraba por las ventanas abuhardilladas había tomado el color de la orina: por una vez me alegraba marcharme. Una chica estaba de pie, llorando, ante la puerta del dormitorio y se tapaba el rostro con las manos; Nick no debía haberla visto. Querell y yo bajamos en silencio las ruidosas escaleras. El aire de la calle se había teñido de azul, a causa de los gases de los tubos de escape; es curioso pensar que hubo una época en que todavía se notaba el olor de la gasolina. Fuimos a un pub —¿ya se llamaba Finch's, o tenía otro nombre?— y Querell pidió ginebra con agua, «bebida de furcia», dijo riéndose por lo bajo. Acababan de abrir y había pocos clientes. Querell se sentó con un pie sobre la barra transversal del taburete y el otro apoyado delicadamente *en pointe* en el suelo; no se desabrochó los botones de la chaqueta. Advertí los puños raídos de su camisa, el lustre de las rodilleras en sus pantalones. Éramos de la misma edad, pero me sentía una generación más joven que él. Querell trabajaba en el *Express*, o quizás fuera el *Telegraph*, escribía chismes picantes para la columna de ecos de sociedad, y mientras bebíamos contó anécdotas de la redacción, describiendo con gracia las excentricidades de sus colegas periodistas y la estupidez propia de colegio privado del redactor jefe en unos párrafos, obviamente preparados, de admirable soltura y precisión. Aunque estaba borracho, comprendí sin ningún género de dudas que se trataba de una actuación en toda regla, que le servía de tapadera para estudiarme con la distante atención que iba a convertirse en su sello característico como novelista. Era ya un experto en levantar cortinas de humo (tanto literalmente como en sentido figurado: fumaba sin cesar, al parecer el mismo, interminable cigarrillo, ya que nunca pude cogerle en el acto de encenderlo).

Terminó con sus anécdotas y nos quedamos callados un rato. Pidió más bebidas y, cuando intenté pagarlas, desechó mi dinero con esa prosaica pretensión de superioridad que es otra de sus características. No sé por qué dio por sentado que estaba sin blanca; por el contrario, en comparación tenía bastante dinero en aquella época, gracias a mi columna en el *Spectator* y alguna que otra conferencia en el Instituto.

—Le tienes afecto al Castor, ¿no es así? —dijo.

Lo dijo con tan estudiado desenfado, que empecé a recelar, a pesar de la ginebra.

—Hace poco que le conozco —dije.

Asintió con la cabeza.

—Desde luego, tú estudiaste en Cambridge. No es que yo le tratara mucho en Oxford.

Nick me había contado que en sus años de *college* Querell había estado demasiado ocupado yendo de putas para preocuparse de hacer amigos. Pese a recientes rumores que afirman lo contrario, Querell era un incorregible heterosexual, cuya fascinación por las mujeres alcanzaba casi el nivel de lo ginecológico. De hecho, me parecía que siempre *olía* levemente a coño. Dicen que todavía persigue a

las chicas, a sus setenta años, allá en la Costa Azul.

—Un gran muchacho, el Castor —dijo.

Hizo una pausa, y luego, mirándome de reojo de una manera peculiar, me preguntó:

—¿Confías en él?

No supe qué contestar y mascullé algo acerca de que me temía que no se podía confiar de verdad en nadie. Volvió a asentir con la cabeza, en apariencia satisfecho, y, cambiando de tema, se puso a hablar de un tipo con el que se había tropezado hacía poco, al que había conocido en Oxford.

—Te interesará —dijo—. Es un vehemente partidario del Sinn Féin.

Me reí.

—Estoy en el bando contrario, ya lo sabes —le dije—. En mi familia somos protestantes furibundos.

—Creía que los protestantes de Irlanda son todos católicos.

—Más bien lo contrario, diría. O quizás seamos todos simples paganos.

—Bueno, de todas formas, es un país interesante, ¿no es cierto? Desde el punto de vista político, quiero decir.

Me pregunto... Dios mío, me pregunto si no estaría, ya entonces, tanteando el terreno con vistas a reclutarme. Fue durante el verano de 1931; ¿perteneía ya al Departamento? Puede que solo le interesara la cuestión religiosa. Aunque ninguno de nosotros lo sabía, Querell ya estaba recibiendo instrucción en Farm Street. (Su catolicismo, por cierto, siempre me ha parecido mucho más anacrónico que mi marxismo.) De hecho, abandonó el tema de la política para seguir hablando de religión, con su habitual estilo indirecto, y me contó una anécdota de Gerard Manley Hopkins, que, mientras predicaba ante una asamblea de mujeres en Dublín, escandalizó a la congregación al comparar la Iglesia a una cerda con siete pezones, que representaban los siete sacramentos. Me reí y él comentó lo lamentablemente tonto que fue Hopkins al intentar contactar con la gente de esa manera y fracasar de modo tan ridículo, pero luego volvió a mirarme durante unos instantes, como si me aquilatará, y dijo:

—Sí, cometió el error de creer que para ser convincente hay que adoptar una falsa apariencia.

Estas palabras hicieron que me sintiera vagamente confundido.

Terminamos nuestras bebidas y abandonamos el pub. Yo estaba ya medio adormilado, en efecto, y Querell llamó a un taxi y fuimos a Curzon Street, donde se inauguraba una exposición en Alighieri's. La obra, de un ruso blanco emigrado cuyo nombre no recuerdo, era una completa tontería, una combinación de esterilidad suprematista y pretencioso icono ruso que me revolvió el estómago, descompuesto ya por la bebida. No obstante, ese suprematista causaba furor, y había tanto público que no cabía en la galería y la gente esperaba de pie en la acera al sol, bebiendo vino blanco y mofándose de los transeúntes; emanaba de aquella multitud ese débil clamor

de congratulación mutua que constituye la adecuada voz colectiva de los que se emborrachan bebiendo en la fuente del arte. ¡Ay, hasta dónde podía llegar mi desprecio en aquellos días! Ahora, en la vejez, he perdido en gran medida esa facultad, y la echo de menos, pues era una especie de pasión.

La fiesta de Nick parecía haberse trasladado allí intacta. Estaban el propio Nick, todavía despeinado y descalzo, con un par de pantalones puestos sobre el camisón, y Leo Rothenstein con su terno, y las Daphne y Daisy de turno vestidas de seda, e incluso la chica llorona, con los ojos rojos, aunque entonces se reía, todos ellos borrachos y chillando embarazosamente. Cuando nos vieron acercarnos a Querell y a mí, se volvieron hacia nosotros, y alguien gritó algo que todos rieron; Querell blasfemó, dio media vuelta y se alejó a hurtadillas en dirección al parque, manteniendo bien alta la delgada cabeza y con los codos fuertemente apretados a los costados; iba embutido en un traje marrón oscuro con hombreras, y me recordó a una botella de salsa HP.

Hay que ver lo que serena dejarse caer en medio de un grupo de gente más bebida que tú: después de estar varios minutos parado en la acera entre aquella multitud engreída y embrutecida por el alcohol, empecé a notar la boca seca y a sentir dolor de cabeza, y comprendí que debía beber más para no arrostrar el resto de la tarde en un estado de lívida melancolía. Boy me había asido por la solapa y me gritaba al oído una extravagante historia acerca de un encuentro con un marinero negro («¡... tan largo como una jodida estacha!»), mientras me echaba encima su aliento, que olía a ajo. Quise hablar con Nick, pero las chicas lo habían atrapado y se divertían admirando sus pies descalzos y extremadamente sucios. Por fin me separé de Boy y me zambullí en el interior de la galería, que, aunque atestada, me pareció menos restringida que afuera en la acera. Un vaso de vino apareció en mi mano. Me encontraba en ese estado de embriaguez clarividente, aunque alucinatoria, en el que el lugar común adquiere un aspecto cómicamente transfigurado. Las personas que estaban de pie allí parecían criaturas de lo más estrafalario; me llamó la atención lo asombroso e increíblemente extraño que era que aquellos seres humanos fueran de un sitio a otro erguidos y no a gatas, lo cual habría sido, sin duda, más natural, y que casi todos los allí congregados, incluso yo mismo, estuviesen provistos de un vaso, que debían mantener derecho al mismo tiempo que hablaban a una velocidad y un volumen lo más elevados posible. Todo parecía del todo insensato e irrisorio y, al mismo tiempo, extremada, dolorosamente conmovedor. Me alejé de los pintarrajos del ruso, que, por lo demás, todos ignoraban, y me abrí paso hacia las habitaciones del fondo, donde Wally Cohen tenía su despacho. Wally, un tipo pequeño y regordete, con el pelo corto y encrespado («la escasa cabellera de un Shylock»^[2], según Boy), solía hacer continuas bromas sobre su judaísmo, frotándose las manos y sonriendo empalagosamente; se refería a sus correligionarios como pollas judías y pichas recortadas. Tengo la sospecha de que en el fondo era antisemita, como muchos de los judíos que conocí en aquellos días previos a la guerra. Di con él en una despensa.

Estaba sentado sobre una nalga en la esquina de una mesa y balanceaba su rechoncha pantorrilla mientras hablaba animadamente con una joven morena a quien tuve la vaga impresión de reconocer.

—¡Victor, muchacho! —gritó—. Pareces angustiado y hambriento.

Wally era marxista desde la adolescencia, uno de los primeros entre nosotros en contraer el virus.

—He estado bebiendo con Querell —le dije.

Se rio.

—¡Ah, sí, el pontífice!

La joven, a la que él no se había molestado en presentar, me miró con escepticismo tratando, o, al menos, eso me pareció, de no reírse. Era de baja estatura, morena y rellenita, con grandes ojeras. Llevaba uno de esos vestidos en forma de tubo de la época, hecho de capas de seda de color granate en las que la luz brillaba y centelleaba misteriosamente; me recordó un escarabajo, encerrado en su quebradizo, bruñido caparazón. Wally reanudó su conversación con la mujer y poco a poco ella desvió la atención de mí. Le estaba hablando de un pintor cuya obra acababa de descubrir: José Orozco, o alguien por el estilo. Wally era uno de esos auténticos entusiastas que el mundo de entonces era todavía capaz de producir. Murió siete años más tarde, con la brigada de Cornford, en el cerco de Madrid.

—Es lo único que todavía es posible hacer —le decía—. Arte para el pueblo. Lo demás es autocompasión burguesa, masturbación para la clase media.

Miré de reojo a la joven: entonces palabras como *masturbación* no se soltaban tan a la ligera como ahora. Ella se rio irónicamente y dijo:

—¡Oh, cállate, Wally!

Él sonrió abiertamente y se volvió hacia mí.

—¿Qué dices, Victor? ¡Por Dios!, claro que sí, ¿acaso no está llegando la propia revolución a esta tierra de opresores?

Me encogí de hombros. Los judíos presuntuosos como Wally eran difíciles de aguantar; los campos de concentración todavía no habían convertido a su tribu, una vez más, en el pueblo elegido. Además, nunca me había caído bien. Me figuro que notaba lo mucho que me repateaba mi nombre —solo los directores de banda y los fulleros de poca monta se llaman Victor—, pues me lo espetaba en cualquier oportunidad que se le presentara.

—Si tan a favor estás del arte socialista —dije—, ¿por qué exhibes esa basura blanca?

Alzó los hombros, sonriente, y me mostró las palmas de sus manos de comerciante.

—Eso vende, muchacho; eso vende.

Nick llegó entonces. Caminaba con aire ausente, golpeando las tablas del suelo con los pies descalzos, y tenía la sonrisa torcida de un borracho. Intercambió con la joven una mirada sardónica y curiosamente cómplice, o eso me pareció, y un segundo

después me di cuenta de quién era ella.

—¡Miradnos! —dijo de buena gana mientras trazaba con su vaso de vino un arco irregular que lo abarcaba a él y al grupo que tenía detrás, así como a Wally, a su hermana, y a mí—. ¡Qué panda más decadente!

—Estamos preparando el terreno para la revolución —dijo Wally.

Nick rio al oír eso. Yo me volví hacia la Nena.

—Lo siento —dije—. Me pareció que la conocía, pero...

Ella levantó una ceja y no me contestó.

La habitación estaba pintada de un color blanco grisáceo y el techo era una cúpula poco pronunciada. A un lado, dos mugrientas ventanas daban a un patio empedrado donde entraba el sol poniente, que brillaba como la porcelana de Delft. Había cuadros apilados contra las paredes, cubiertos por una capa de polvo gris pardusco. Desconcertado por la mirada desafiante que parecían dirigirme los ojos levemente saltones de la Nena, fui a mezclarme con ellos. Modas de años pasados malogradas, agotadas, tristes y abochornadas: orquídeas de abril, un extraño desnudo macilento, algunos ejemplos de cubismo inglés que eran todo ángulos suaves y superficies al pastel. Y, de pronto, allí estaba, en su desportillado marco dorado, con una mano de barniz tan resquebrajada que parecía que habían pegado con cuidado en su superficie centenares de uñas secas. Era inconfundible, incluso a primera vista y con poca luz. Volví a dejarlo a toda prisa contra la pared y una especie de calor empezó a brotar de algún lugar en el centro de mi pecho; siempre que contemplo por vez primera un gran cuadro, sé por qué decimos todavía que el corazón es la sede de las emociones. Mi respiración era cada vez más entrecortada y tenía húmedas las palmas de las manos. Era como si me hubiera topado con algo indecente; así era como solía sentirme en mi época de colegial cuando alguien me pasaba por debajo del pupitre una foto pornográfica. No estoy exagerando. Nunca he querido examinar las raíces de mi reacción ante el arte; demasiados zarcillos se enroscan unos en otros allá abajo en la oscuridad. Esperé un momento, diciéndome que debía tranquilizarme, y, de repente, el alcohol pareció evaporarse por completo de mi organismo; luego, tras inspirar hondo, levanté el cuadro y lo llevé hasta la ventana.

No cabía la menor duda.

Wally notó de inmediato mi interés.

—¿Has visto algo que te guste, Victor? —me dijo.

Me encogí de hombros y miré de cerca las pinceladas, tratando de parecer escéptico.

—Se parece a *La muerte de Séneca*, de... ¿Cómo se llama? —dijo Nick, lo que me sorprendió—. Lo vimos en el Louvre, ¿te acuerdas?

Me imaginé que le daba un puntapié, fuerte, en la espinilla.

Wally se acercó y miró por encima de mi hombro, jadeante.

—O alguna otra obra con el mismo motivo —dijo con aire pensativo—. Cuando encontraba un tema que le gustaba, lo aprovechaba hasta agotarlo.

Ahora estaba interesado; mis reseñas le fastidiaban, pero respetaba mi ojo clínico.

—Bueno, creo que es de la misma escuela —dije, y volví a poner el cuadro donde estaba, de cara a la pared, con la esperanza de que se aferrase a mi mano como un niño a punto de ser abandonado. Wally me miraba con malévolas especulaciones. No estaba convencido.

—Si quieres —me dijo—, hazme una oferta.

Nick y la Nena estaban sentados uno al lado del otro en la mesa de Wally en una extraña postura derrengada, con las cabezas inclinadas y las piernas colgando, graciosos e inanimados como un par de marionetas. De pronto me sentí cohibido ante ellos y no dije nada, y Wally, tras mirarlos y mirarme, asintió con la cabeza, cerró los ojos y sonrió con picardía, como si comprendiera el azoramiento que sentía en aquellos instantes, cosa que yo no hacía: era algo que tenía que ver con el arte, la vergüenza y el deseo, todo mezclado.

—Se me ocurre una idea —me dijo—. Quinientas libras y es tuyo.

Me reí; eso era una fortuna en aquellos tiempos.

—Podría conseguir cien —le dije—. Obviamente, es una copia.

Wally adoptó una de sus típicas expresiones de *shtetl*^[3]: frunció el ceño, ladeó la cabeza y encorvó la espalda.

—¿Qué me dices, hombre... que es una copia? —entonces volvió a enderezarse y se encogió de hombros—. De acuerdo: trescientas. Es lo más que puedo bajar.

—¿Por qué no convences a Leo Rothenstein para que te lo compre? —dijo la Nena—. Tiene montones de dinero.

Todos la miramos. Nick se rio y de un salto bajó con agilidad de la mesa, súbitamente animado.

—Es una buena idea —dijo—. Vamos, le sorprenderemos.

Se me cayó el alma a los pies (extraña expresión, esta: el alma no parece caer, sino más bien inflamarse, creo, cuando uno está asustado). Nick convertiría el asunto en una broma, Wally se pondría de mal humor, y yo perdería mi oportunidad, la única que probablemente iba a tener, de ser dueño de una pequeña, pero auténtica, obra maestra. Los seguí a él y a la Nena (me pregunto, de paso, por qué la llamaban así; su verdadero nombre era Vivienne, frío y cortante, como ella) hasta la acera, donde la muchedumbre se había dispersado. Leo Rothenstein todavía estaba allí, sin embargo, y antes de verlo oímos su voz retumbante y pastosa. Hablaba con Boy y una de las etéreas chicas rubias. Discutían sobre el patrón oro o la situación política italiana, o algo por el estilo. Conversaciones intrascendentes sobre grandes temas, la característica principal de nuestra época. Leo tenía el brillo mate de los muy ricos. Era apuesto, de un modo excesivamente masculino, alto, ancho de pecho, con una cabeza grande, levantina, de tez morena.

—Hola, Castor —dijo.

Yo recibí una inclinación de cabeza, y la Nena, una mirada penetrante, como si la evaluara, y la sombra de una sonrisa. Leo era parsimonioso con sus atenciones.

—Leo —dijo Nick—, queremos que compres un cuadro para Victor.

—¿De veras?

—Sí. Es un Poussin, pero Wally no lo sabe. Pide trescientas libras, lo que es una ganga. Considéralo una inversión. Un cuadro es mejor que el oro en lingotes. Díselo, Boy.

Por motivos que nunca pude comprender, la gente opinaba que Boy tenía cierta sensibilidad para la pintura, y de vez en cuando había asesorado a la familia de Leo para su colección de arte. Me divertía imaginarlo en compañía del padre de Leo, un caballero augusto y enigmático, con el aspecto de un jeque beduino, paseando por las salas de exposiciones y deteniéndose solemnemente ante este o aquel gran lienzo de tercer orden, mientras Boy se esforzaba todo el tiempo por contener la risa. En esta ocasión hizo su típica mueca de gárgola: los ojos parecían salirse de las órbitas, abrió mucho las ventanas de la nariz, como si le costara respirar, y las comisuras de sus labios carnosos se curvaron en una mueca de incredulidad.

—¿*Poussin*? —dijo—. Parece interesante.

Leo me estaba sopesando con cordial recelo.

—Tengo cien —le dije, con la sensación de estar poniendo un pie, con decisión, en una cuerda floja que no había sido tensada. Cuando Leo rio, con una risa sonora y condescendiente, casi pudo verse cómo salía el sonido de su boca deletreado: ¡*Ja, ja, ja!*

—¡Venga, seguid! —dijo Nick, y nos miró frunciendo el ceño con achispada petulancia, primero a Leo y luego a mí, y vuelta a empezar, como si él fuera la mano y no nos decidiéramos a poner.

Leo miró a Boy y algo pasó entre ellos, luego volvió hacia mí su mirada calculadora.

—¿Dices que es auténtico? —dijo.

—Si tuviera una reputación, me la jugaría por ese cuadro.

La cuerda floja se tensó. Leo volvió a reírse y se encogió de hombros.

—Dile a Wally que le enviaré un cheque —dijo, y se alejó.

Nick me golpeó con suavidad en el hombro.

—¿Ves? ¡Ya te lo dije!

De pronto, pareció completamente borracho. Tuve la sensación de que me desmoronaba, desfallecido, pero feliz. La Nena me apretó el brazo. La rubia se aproximó a Boy y le dijo en voz baja:

—¿Qué es un Poussin?

Me pregunto si ocurrió realmente en agosto, o en un momento anterior de aquel verano. Recuerdo una noche blanca, con una incesante y persistente luz tenue en el cielo por encima del parque y sombras del color del agua sucia en las calles silenciosas. De pronto la ciudad era un lugar que yo no había visto antes, misterioso,

exótico, iluminado como desde dentro por su propio resplandor opaco. Me pareció que caminamos durante horas, Nick, la Nena y yo, paseando sin rumbo fijo cogidos del brazo, negligentemente ebrios. Nick se las había arreglado para encontrar un par de zapatillas de felpa demasiado grandes, que sin querer se le salían de los pies, y teníamos que sostenerlo mientras retrocedía y se deslizaba en ellas de nuevo, soltando palabrotas y riendo. El tacto de sus huesudos, temblorosos dedos sobre mi brazo era, de alguna manera, el contrapunto físico del difuso resplandor que había en el fondo de mi mente, donde flotaba la imagen del cuadro, *mi cuadro*, como en una galería sumida en la penumbra. Temiendo un renovado brote de sobriedad, fuimos a un club nocturno en Greek Street, donde entramos gracias a Nick; alguno de nosotros llevaba dinero —quizás la Nena— y bebimos unas botellas de champán malísimo, y una chica con plumas que soltaba unas risas que parecían relinchos vino a sentarse en el regazo de Nick. Entonces llegó Boy y nos llevó a una fiesta en un apartamento del Ministerio de Defensa —creo que era el alojamiento del funcionario residente—, donde la Nena era la única mujer presente. Boy, con los brazos en jarras en medio del humo de los cigarrillos y el griterío de los borrachos, movía la cabeza, asqueado, y decía en voz alta:

—¡Mirad a esos condenados mariquitas!

Después, cuando salimos a Whitehall, estaba despuntando un amanecer desapacible, tamizado por una fina lluvia procedente de unas nubes que tenían el mismo color plomizo que las ojeras de la Nena. Una gigantesca gaviota estaba posada en la acera y nos miraba con aire dubitativo.

—¡Maldito clima! —dijo Boy, mientras Nick contemplaba con tristeza sus zapatillas.

Yo flotaba en el aire de júbilo; sentía una especie de felicidad embriagadora que me dejaba pasmado y que ni siquiera la adquisición de un cuadro, por muy maravilloso que fuera, podía justificar plenamente. Encontramos un taxi que nos llevó al apartamento de Nick, donde pensábamos desayunar, y en las profundidades del asiento trasero —¿eran los taxis entonces más grandes que ahora?—, mientras Boy y Nick intercambiaban escandalosos retazos del cotilleo que habían recogido en la fiesta, sin darme cuenta, me puse a besar a la Nena. No se resistió, como se esperaba entonces que hicieran las chicas, y me eché para atrás un poco asustado, saboreando su carmín y sintiendo todavía en los nervios de las yemas de los dedos la frágil y lisa textura de su vestido de seda. Ella se sentó y me miró, estudiándome como si fuera una nueva variedad de alguna especie conocida. Permanecimos callados; no parecía necesario hablar. Aunque nada más iba a suceder entre nosotros durante mucho tiempo, creo que en aquel momento ambos sabíamos que, para bien o para mal, y sería sobre todo para mal, nuestras vidas se habían unido de manera inextricable. Cuando volví la cabeza, descubrí que Nick nos observaba atentamente y sonreía.

Miss Vandeleur no ha telefonado en los dos últimos días. Me pregunto si habrá perdido ya su interés por mí. Quizás haya encontrado un objeto mejor para sus atenciones. No me sorprendería nada; tengo la impresión de que mi personalidad no es de las que aceleran el pulso a un biógrafo ambicioso. Mientras echo un vistazo a estas páginas, me llama la atención la poca impronta que dejo en ellas. El pronombre personal está por todas partes, desde luego, apuntalando el edificio que estoy erigiendo, pero qué gris es lo que puede verse de mí detrás de este yo omnipresente. No obstante, debí de causar una impresión más fuerte de lo que recuerdo; había gente que me odiaba, e incluso unos pocos afirmaban haberme querido. Mis mordaces chistes eran apreciados; sé que en algunos círculos me consideraban un bromista cabal, y una vez me sorprendí al ser descrito como un irlandés ingenioso (al menos, *creo* que esa es la palabra que oí). ¿Por qué, entonces, no doy una imagen más viva de mí en estos recuerdos que estoy poniendo aquí por escrito con tan remilgado cuidado por los detalles? Después de una larga pausa para reflexionar (es raro que no haya ningún signo ortográfico para indicar los lapsos de tiempo prolongados: días enteros, o incluso años enteros, podrían pasar en el espacio que ocupa un punto), he llegado a la conclusión de que mi temprana adhesión a la filosofía estoica tuvo la inevitable consecuencia de obligarme a sacrificar una esencial vitalidad de espíritu. ¿He vivido de verdad? A veces se me ocurre el estremecedor pensamiento de que los riesgos que asumí, los peligros a los que me expuse (después de todo, no es descabellado pensar que hubieran podido quitarme de en medio en cualquier momento), fueron solo el sustituto de una forma de vida algo más sencilla, mucho más auténtica, que no fui capaz de conseguir. Sin embargo, si no me hubiera zambullido en el torrente de la historia, ¿qué habría sido? Un aburrido erudito, preocupado por bizantinas cuestiones de atribuciones estilísticas y por lo que habría para cenar. (Años después, Boy me puso el apodo de «Piernas temblonas»). Todo eso es cierto; aun así, esa clase de racionalizaciones no me satisface.

Permítame intentar otro enfoque. Quizás no fuera la filosofía por la que guiaba mi vida, sino la doble vida en sí misma —que al principio nos pareció a tantos de nosotros una fuente de solidez—, lo que actuó sobre mí como una fuerza debilitadora. Ya sé que siempre se ha dicho eso de nosotros: que la mentira y el secreto inevitablemente nos corrompían, socavaban nuestra firmeza moral y nos impedían comprender la verdadera naturaleza de las cosas, pero nunca creí que eso fuese cierto. Éramos gnósticos recientes, guardianes de un conocimiento secreto, para quienes el mundo de las apariencias era tan solo una zafia manifestación de una realidad infinitamente más sutil, más real, solo conocida por unos pocos elegidos, pero cuyas férreas e ineluctables leyes actuaban en todas partes. Esta gnosis era, a nivel material, el equivalente del concepto freudiano del inconsciente, ese legislador no reconocido e irresistible, ese espía en nuestro corazón. Así, para nosotros, *todo era lo que era y, al mismo tiempo, otra cosa*. Por eso podíamos gastar bromas en cualquier sitio y beber toda la noche y reírnos como tontos, porque por debajo de toda nuestra frivolidad

obraba la firme convicción de que el mundo debía ser cambiado y éramos nosotros los únicos que lo podríamos llevar a cabo. Incluso cuando nos mostrábamos más frívolos, creíamos poseer una seriedad mucho más profunda, en parte porque estaba oculta, que la que podrían conseguir nunca nuestros padres con sus vaguedades, su carencia de cualquier certeza y cualquier rigor, y sobre todo, sus esfuerzos deleznablemente débiles por ser buenos. Que caiga la fortaleza de la hipocresía, decíamos, y si podemos darle una fuerte embestida, lo conseguiremos. *Destruam et aedificabo*, como solía exclamar Proudhon.

Todo era egoísmo, desde luego; nos traía sin cuidado el mundo, por más que exigiéramos a gritos libertad y justicia y denunciáramos la difícil situación de las masas. Todo era egoísmo.

Y, además, en mi opinión, había en juego otras fuerzas, ambiguas, extáticas, angustiosas: la obsesión por el arte, por ejemplo; la delicada cuestión de la nacionalidad, esa persistente nota subyacente en la música de gaita de mi vida; y, a un nivel mucho más profundo que el que ocupaba cualquiera de ellas, lo que tenía de lóbrego y escurridizo mi sexualidad. *El espía irlandés marica*; suena como el título de una de esas tonadas que los católicos solían tocar con sus acordeones en sus pubs cuando yo era pequeño. ¿He llamado a eso *doble* vida? Cuádruple, quíntuple, así está mejor.

Los periódicos se han ocupado de mí toda esta semana; me han descrito con palabras bastante lisonjeras, lo confieso, como un teórico impasible, una especie de espía-filósofo, el verdadero intelectual de nuestro círculo y el guardián de su pureza ideológica. El hecho es que la mayoría de nosotros no tenía más que un conocimiento muy superficial de la teoría. No nos tomábamos la molestia de leer los textos: teníamos quienes lo hacían por nosotros. Los camaradas de la clase trabajadora eran los grandes lectores; el comunismo no habría podido sobrevivir sin autodidactas. Yo conocía uno o dos textos de los más cortos —el *Manifiesto*, por supuesto, ese grandioso y vibrante alegato cargado de buenas intenciones— y había empezado a leer *Kapital* —la omisión del artículo definido era *de rigueur* para nosotros, jóvenes a la última; lo que importaba era que la pronunciación fuera *echt deutsch*—, pero me harté muy pronto. Además, tenía que leer a causa de mis estudios, y eso era más que suficiente. De todas formas, la política no consistía en leer libros; la política era acción. Más allá de las frondosidades de la árida teoría se arremolinaban las masas del Pueblo, la decisiva, auténtica piedra de toque, a la espera de que lo liberásemos convirtiéndolo en colectividad. No veíamos contradicciones entre la liberación y lo colectivo. La ingeniería social holística, como la llama ese viejo reaccionario de Popper, era el lógico y necesario medio para lograr la libertad; es decir, una ordenada libertad. ¿Por qué no había de haber orden en los asuntos humanos? A lo largo de la historia la tiranía de lo individual no había traído más que caos y matanzas. ¡El Pueblo debía ser unido, debía ser fusionado en un ser único, vasto, que respirase al unísono! Éramos como esas turbas jacobinas de los primeros días de la Revolución

Francesa, que se sublevaron en las calles de París anhelando la fraternidad y estrecharon al Hombre Común contra sus pechos con tal ardor que lo dejaron para el arrastre. «Oh, Vic —solía decirme Danny Perkins, meneando la cabeza y sonriendo amablemente—, ¡cómo se habría burlado mi padre de ti y de tus camaradas!». El padre de Danny había sido minero en Gales. Murió de un enfisema. Un hombre fuera de lo común, no tengo la menor duda.

En cualquier caso, de todos nuestros modelos ideológicos, en el fondo siempre preferí a Bakunin, tan impetuoso, de tan dudosa reputación, fanático e irresponsable en comparación con el imperturbable Marx de velludas manos. Una vez llegué a copiar a mano la descripción elegantemente virulenta que Bakunin hizo de su rival: «Marx es de origen judío. Reúne en su persona todas las cualidades y defectos de esa raza tan dotada. Miedoso, según algunos, hasta bordear la cobardía, es enormemente rencoroso, vano, pendenciero, tan intolerante y autocrático como Jehová, el Dios de sus padres, y, como Él, insensatamente vengativo». (Ahora bien, ¿no nos recuerda a nadie esta descripción?) No es que Marx fuera menos fiero que Bakunin, a su manera; yo admiraba en particular su aniquilamiento intelectual de Proudhon, cuyo posthegelianismo *petit-bourgeois* y su bobalicona confianza en la bondad innata del hombrecillo puso Marx en cruel y exhaustivo ridículo. El espectáculo de Marx destruyendo sin piedad a su infortunado predecesor es tremendamente apasionante, tanto como observar a una enorme fiera de la selva hundir las fauces en la panza abierta de algún pacífico herbívoro de miembros delicados. Violencia vicaria, esa es la cosa: estimulante, satisfactoria, segura.

¡Cómo le recuerdan a uno los días de su juventud esas anticuadas batallas por el alma del hombre! Estoy muy excitado, aquí en mi despacho, en estos últimos días de primavera llenos de insoportable expectación. Es hora de tomar una ginebra, creo.

Parecerá extraño —a mí me lo parece—, pero desde un punto de vista ideológico Boy era el más avanzado de nuestro grupo. ¡Dios mío, cómo hablaba! Sin parar, superestructura e infraestructura y división del trabajo y todo lo demás, constantemente. Recuerdo una mañana, a primera hora, durante bombardeos aéreos: volví a mi habitación de la casa en Poland Street, a dormir —el cielo estaba teñido de rojo y las calles alborotadas por los coches de bomberos y los borrachos—, y me encontré con Boy y Leo Rothenstein, ambos de rigurosa etiqueta, sentados en sendos sillones en el salón del primer piso a ambos lados de un débil fuego, rígidos, con vasos de whisky en la mano, profundamente dormidos los dos. Era obvio, por sus expresiones relajadas, que Boy había conseguido que ambos se durmieran en una velada de ininterrumpida perorata ideológica.

La verdad es que Boy hacía bastante más que hablar. Tenía madera de activista. En Cambridge intentó organizar a la servidumbre de la universidad en un sindicato, y se unió a la huelga de protesta de los conductores de autobús y los obreros del alcantarillado de la ciudad. Oh, sí, nos avergonzó a todos. Todavía puedo verlo, bajando por la King's Parade camino de un mitin preparatorio de una huelga, con el

cuello de la camisa abierto y unos viejos y sucios pantalones sujetos con un ancho cinto para herramientas, en plan obrero, una figura francamente sacada de un mural moscovita. Yo envidiaba su energía, su audacia, su desenvoltura en comparación con la timidez que me paralizaba cuando la cosa llegaba al activismo práctico, quiero decir el activismo en las calles. Pero en el fondo lo despreciaba, también, pues no podía olvidarme de su tosquedad cuando trataba de pasar de la teoría a la acción, de la misma forma que despreciaba a los físicos de Cambridge de mi época por convertir la matemática pura en ciencia aplicada. Eso es algo que me asombra todavía, que yo pudiese haberme entregado a una ideología tan esencialmente *vulgar*.

Boy. Le echo de menos, a pesar de todo. Oh, ya sé que era un payaso, cruel, deshonesto, desaliñado, negligente consigo y con los demás, pero, a pesar de todo eso, conservaba una curiosa especie de... ¿Cómo expresarlo...? Una especie de gracia. Sí, una especie de gracia esplendorosa, y no exagero. Cuando de niño oía hablar de los ángeles, me asustaba tanto como me fascinaba la idea de esas enormes, invisibles presencias moviéndose entre nosotros. Los concebía no como andróginos de blancas túnicas, rizos amarillos y abultadas alas doradas, que era como mi amigo Matty Wilson me los había descrito —Matty poseía toda clase de conocimientos secretos—, sino como hombres grandotes, sombríos, torpes, imponentes en su ingravidez, dados a las travesuras y bromas pesadas, que podían derribarte o partirte por la mitad sin pretenderlo. Cuando un niño del parvulario de Miss Molyneaux en Carrickdrum cayó un día bajo los cascos de un caballo de tiro, que lo pisoteó hasta matarlo, yo, que solo tenía seis años, pero no me chupaba el dedo, sabía a quién había que culpar; me imaginaba a su ángel de la guarda observando la figura aplastada del niño con sus enormes manos extendidas en vano, sin saber muy bien si arrepentirse o reír.

Así era Boy. «¿Qué iba a *hacer* yo?», gritaba, después de que saliera a la luz otra de sus atrocidades. «¿Qué podría *decir*...?» Y, como es natural, todos tenían que reírse.

Es curioso, pero no puedo recordar cuándo lo conocí. Debió de ser en Cambridge, pero siempre parece haber estado presente en mi vida, una presencia constante, incluso en la niñez. No obstante su singularidad, supongo que formaba parte de un tipo concreto de personas: el niño que empieza a andar y ya pellizca a las niñas haciéndolas llorar; el muchacho que al fondo de la clase alardea de su erección debajo del pupitre; el marica descarado que puede reconocer de inmediato si los demás lo son. A pesar de lo que la gente pueda creer, él y yo nunca tuvimos ninguna aventura. Cierta noche hubo una riña de borrachos en mis habitaciones en el Trinity, a principios de los años treinta, mucho antes de que yo «saliera del armario», como ahora lo llaman, que me dejó temblando de vergüenza y miedo, aunque Boy le quitó importancia con su habitual despreocupación; le recuerdo bajando las escaleras mal iluminadas con medio faldón de la camisa colgándole por fuera, volverse hacia mí, sonreírme como diciéndome que me había calado y hacerme con el dedo un gesto

conminatorio, pero juguetón. Aunque procuraba gozar de todos sus privilegios, despreciaba alegremente el mundo de sus padres y su círculo (su padrastro, acabo de acordarme, era almirante; tengo que preguntarle a Miss Vandeleur si lo sabía). En su casa se alimentaba, sobre todo, con un horrible mejunje, una especie de gachas — todavía puedo recordar su olor— que preparaba con harina de avena y ajo triturado, pero cuando salía iba siempre al Ritz o al Savoy, después de lo cual se metía en un taxi y llevaba a cabo su particular descenso a los infiernos en el puerto o el East End, donde buscaba en los pubs lo que, con un chasquido de sus labios gruesos, calificaba de «carne apropiada».

Podía ser sutil, cuando se requería sutileza. Cuando nos unimos a Alastair Sykes en el *putsch* contra los Apóstoles en el trimestre de verano de 1932, Boy resultó ser no solo el más enérgico activista de los tres, sino también el más desenvuelto conspirador. Era también diestro en refrenar los más espeluznantes arrebatos de entusiasmo de Alastair.

—Mira, Psique —le decía con jovial firmeza—, ahora sé buen chico y cierra el pico, deja que hablemos Victor y yo.

Y Alastair, después de un momento de vacilación durante el cual las puntas de las orejas se le ponían de un color rosa claro, mientras su pipa arrojaba humo y chispas como un tren de vapor, hacía dócilmente lo que le había dicho, pese a ser mayor que él. Se le atribuía el mérito de haber introducido en la buena sociedad a un montón de los nuestros, pero estoy seguro de que en realidad eso era cosa de Boy. Resultaba difícil resistirse a su encanto, a la vez risueño y siniestro. (Miss Vandeleur se llevará una sorpresa: todavía no se sabe mucho públicamente sobre los Apóstoles, ese absurdo club de muchachos en el cual solo ingresaba lo más florido de la mejor juventud de Cambridge; siendo irlandés, y no marica todavía, tuve que trabajar duro y conspirar bastante antes de lograr colarme.)

Las reuniones de los Apóstoles durante aquel trimestre se celebraron en las habitaciones de Alastair; como estudiaba con una beca de posgraduado, tenía unos aposentos más amplios que cualquiera de nosotros. Le había conocido durante mi primer año de universidad. En aquellos tiempos todavía creía que podía convertirme en matemático. Esa disciplina ejercía un gran atractivo sobre mí. Sus procedimientos tenían la huella de un ritual arcano, otra doctrina secreta como la que pronto iba a descubrir en el marxismo. Me gustaba la idea de dominar un lenguaje especializado que incluso en su forma más enrarecida es una expresión exacta —bueno, *verosímil*— de la realidad empírica. «Las matemáticas son el lenguaje del mundo», como decía Alastair, con una desacostumbrada ostentación retórica. Ver lo que podía llegar a hacer Alastair fue lo que me convenció, más que mis propios resultados en los exámenes, de que mi futuro estaba en las humanidades, no en la ciencia. Alastair tenía el intelecto más puro y más elegante con el que me he tropezado. Su padre había sido estibador en Liverpool, y Alastair había ingresado en Cambridge gracias a una beca. En apariencia era un tipo violento, colérico, con grandes dientes y una erizada

mata de pelo negro que se elevaba tiesa de su frente como las cerdas de un escobón. Le gustaba llevar botas con clavos y chaquetas sin forma hechas con un raro tipo de tejido de lana, rígido y peludo, que quizás fuera confeccionado especialmente para él. Aquel primer año fuimos inseparables. Fue una extraña relación, supongo; lo que compartíamos con más intensidad, aunque nunca se nos ocurrió hablar de ello sin tapujos, era que ambos sentíamos profundamente la inseguridad de ser unos intrusos. Un chistoso nos apodó Jekyll y Hyde, y, sin duda, parecíamos una pareja mal avenida cuando yo, el joven larguirucho de nariz afilada y espalda ya bastante encorvada, cruzaba muy deprisa el Gran Patio perseguido por aquel hombrecillo con botas, que movía sus rechonchas piernas como un par de tijeras embotadas y fumaba en pipa. Lo que me interesaba de las matemáticas era su aspecto teórico; sin embargo, Alastair tenía un don especial para la aplicación. Adoraba los artilugios. Durante la guerra encontró en Bletchley Park su auténtico y perfecto hogar. «Fue como volver a casa», me contó más tarde, con los ojos brillantes por la amargura. Eso fue en los años cincuenta, la última vez que le vi. Había caído en una trampa que le tendieron en los lavabos de caballeros de Piccadilly Circus, y a la semana siguiente iba a ser juzgado. Los pesos pesados del Departamento habían estado atormentándolo, y sabía que no podía esperar clemencia. No fue a prisión: en vísperas de su comparecencia ante el juez inyectó cianuro en una manzana (una reineta de Cox, decía el informe; muy escrupulosos, los muy canallas) y se la comió. Otra inusitada ostentación. Me pregunto dónde conseguiría el veneno, por no mencionar la jeringuilla. Yo ni siquiera sabía que era marica. Quizás no lo supiera ni él mismo, antes de que aquel poli de orejas prominentes le hiciera señas desde un cubículo con los pantalones en los tobillos. ¡Pobre Psique! Me lo imagino las semanas anteriores a su muerte, acostado entre mantas excedentes del ejército en aquella habitación amueblada que había tomado cerca de Cromwell Road, pensando sin cesar, con desconsuelo, en la desgracia que había arruinado su vida. No obstante haber descifrado algunas de las claves más difíciles del ejército alemán, con lo que había salvado Dios sabe cuántas vidas de los Aliados, lo persiguieron a muerte. Y a mí me llaman traidor. ¿Podía haber hecho algo por él, tocar algunas teclas, decir unas palabras a la gente de seguridad interna? La idea me atormenta.

Ahora bien, Alastair había leído los textos sagrados. Todos los conocimientos teóricos que tengo, los aprendí de él. La causa de Irlanda era lo que más le entusiasmaba. Su madre, irlandesa, le había convertido en partidario del Sinn Féin. Ambos lamentábamos que la Revolución hubiese ocurrido en Rusia, pero no podía estar de acuerdo con él en que Irlanda habría sido un campo de batalla más apropiado; la idea me parecía completamente risible. Incluso había aprendido el idioma irlandés por su cuenta, y podía decir palabrotas en él; a mí, lo confieso, por regla general esa lengua me suena como una serie de juramentos algo vehementes ensartados al azar. Solía regañarme por mi falta de patriotismo, y me llamaba sucio unionista, no del todo en broma. Sin embargo, cuando un día le pedí los detalles

específicos de su conocimiento de mi país empezó a contestar con evasivas, y cuando le apremié se ruborizó —sus orejas tomaron aquel color rosado— y admitió que, en realidad, nunca había pisado Irlanda.

No le gustaba demasiado la compañía de la mayoría de los Apóstoles, con sus acentos relamidos y sus modales de estetas.

—¡Cuando os ponéis a hablar, tíos, parece que lo hagáis en clave! —se lamentaba, mientras extraía con un pulgar ennegrecido los residuos de tabaco sin quemar de la cazoleta de su pipa—. ¡Malditos estudiantes de colegios privados!

Yo solía reírme de él, sin malicia, pero Boy le hacía pasar malos ratos imitando a la perfección su acento de Liverpool y forzándole a beber demasiada cerveza. Alastair pensaba que Boy no se tomaba lo bastante en serio la causa y consideraba — con notable presciencia, como demostraron los hechos— que era un riesgo para la seguridad.

—Ese Bannister —murmuraba Alastair airadamente— nos venderá a todos.

He aquí una instantánea del abultado álbum que guardo en mi cabeza. Procede de los años treinta. Té, gruesos sándwiches y cerveza rubia, el sol de abril sobre el patio del Trinity. Una docena de Apóstoles —algunos becarios que realizaban tareas de investigación, como Alastair y yo, un par de anodinos profesores, uno o dos aplicados posgraduados, todos ellos devotos marxistas— están sentados en el lóbrego cuarto de estar de Alastair. Todos nos inclinábamos por las chaquetas oscuras, los pantalones de color beige y las camisas blancas con el cuello abierto, excepto Leo Rothestein, siempre magnífico con sus blazers de Savile Row. Boy era más extravagante: recuerdo sus corbatas carmesí y sus chalecos púrpura; en aquella ocasión llevaba pantalones bombachos a cuadros de color verde brillante. Va de un lado al otro de la habitación, arrojando la ceniza de su cigarrillo en la raída alfombra, contándonos, como le he oído contar muchas veces antes, el acontecimiento que, al menos, eso aseguraba, le había convertido en homosexual.

—¡Dios mío, fue espantoso! Allí estaba ella, mi pobre madre, boca arriba, con las piernas al aire, chillando, y mi enorme padre tumbado desnudo encima de ella, muerto y bien muerto. Me costó un trabajo de mil demonios separarlo de ella. ¡Qué olores! Yo tenía doce años. Desde entonces no he podido mirar a una mujer sin ver los grandes pechos blancos de Mamá, del color del vientre de un pez. Las tetas que me dieron de mamar. En sueños todavía me miran esos pezones como si fueran bizcos. Sin embargo, no soy Edipo, ni tampoco Hamlet, eso es cierto. Cuando ella se quitó el traje de luto y volvió a casarse, únicamente sentí alivio.

Por aquel entonces, yo dividía a la gente en dos tipos, los que se escandalizaban con las historias de Boy y los que no, aunque nunca pude decidir cuál de los dos era más censurable. Alastair había empezado a enojarse y a jadear.

—Mirad, tenemos ante nosotros una moción que debemos considerar. España va a ser el próximo teatro de operaciones —Alastair, que nunca había oído un disparo, como no fuera de algún cazador, era muy aficionado a la jerga militar— y tenemos

que decidir al lado de quién nos ponemos.

Leo Rothenstein se rio.

—Eso es evidente, ¿no? No estamos precisamente a favor de los fascistas.

A los veintiún años Leo había recibido una herencia de dos millones de libras, junto con Maule Park y una mansión en Portman Square.

Alastair jugueteó con su pipa; le desagradaba Leo y hacía grandes esfuerzos para ocultarlo, temeroso de que le creyeran antisemita.

—Pero el asunto es —dijo— si combatiremos.

Me sorprende lo mucho que se hablaba de combatir durante los años treinta, al menos en nuestro grupo. Me pregunto si los pacifistas hablarían de la paz con la misma pasión.

—No seas estúpido —dijo Boy—. El Tío Joe^[4] no permitirá que se llegue a eso.

Un sujeto llamado Wilkins, he olvidado su nombre de pila, un tipo flaco, con gafas y gravemente afectado de psoriasis, que murió en El Alamein al mando de un carro de combate, volvió de la ventana con un vaso de cerveza en la mano y dijo:

—Según un hombre con el que hablé el otro día, que ha estado allá, el Tío Joe tiene ya bastante trabajo entre manos tratando de alimentar a las masas en su propia casa para pensar en enviar ayuda al exterior.

Siguió un silencio. Malos modales por parte de Wilkins: no se hablaba de las dificultades de los camaradas. La duda era un inmoderado capricho burgués. Entonces Boy rio malévolamente.

—Es sorprendente —dijo— que algunos no sepamos reconocer la propaganda cuando la oímos.

Wilkins le dirigió una mirada torva y regresó a la ventana.

España, los *kulaks*, las maquinaciones de los trotskistas, la violencia racial en el East End: qué anticuado parece todo eso ahora, casi pintoresco, y, sin embargo, con cuánta seriedad nos tomábamos a nosotros y a nuestro lugar en el escenario del mundo. A menudo he tenido la idea de que lo que nos empujó, a quienes llegamos a convertirnos en agentes activos, fue el peso de la profunda, de la intolerable vergüenza que dejaron en nosotros los años treinta, con su empacho de conversaciones grandilocuentes. La cerveza, los sándwiches, la luz del sol en los adoquines, los paseos sin rumbo por oscuras callejuelas, la inesperada, siempre asombrosa, realidad del sexo eran todo un mundo de privilegios y seguridad que seguía adelante, imperturbable, mientras en otras partes millones de seres se disponían a morir. ¿Cómo pudimos soportar todo eso y no...?

Pero no... Eso no es una explicación. Esos buenos sentimientos no son una explicación. Ya me he dicho antes que no debo intentar imponer un significado retrospectivo a lo que fuimos e hicimos. ¿Es que entonces creía en algo y ahora no creo en nada? ¿O que entonces ya solo creía en el hecho de creer, por añoranza, por necesidad? Esto último, seguramente. La ola de la historia nos hizo a un lado, como hizo a un lado a tantos otros de nuestra clase, y nos dejó secos por completo.

—¡Oh, el Tío Joe es de fiar! —estaba diciendo Boy—. ¡Completamente de fiar!

Han muerto todos: el extravagante Boy, Leo y sus millones, el escéptico Wilkins, reducido a cenizas en pleno desierto en su lata de sardinas. Me vuelvo a preguntar: ¿he vivido de verdad?

Creo que no debo seguir llamando diario a esto, pues es, desde luego, más que una relación de mis días, los cuales, de todas maneras, ahora que mi frenética actividad de antaño se acabó, apenas se distinguen unos de otros. Llamadlo entonces memorias; un álbum de recuerdos. O, forzando las cosas, llamadlo autobiografía, apuntes para una biografía. Miss Vandeleur se enfadaría si supiera que me he adelantado a ella. Vino esta mañana a preguntarme por mi visita a España con Nick en la Pascua de 1936. (Qué ominosa y excitante puede ser una simple fecha: *¡Pascua de 1936!*) Me sorprenden las cosas que quiere saber. Podría entender que deseara conocer, digamos, los detalles de mi aventura en Alemania en 1945, o la naturaleza exacta de mis relaciones con Mrs. W. y su mamá (lo que fascina a *todo el mundo*); pero no, lo que le interesa es la historia antigua.

España. Eso sí que es antiguo, de acuerdo. Un país odioso. Recuerdo la lluvia y por todas partes un olor descorazonador que parecía una mezcla de semen y moho. Había carteles en las paredes, la hoz y el martillo en todas las esquinas, y hombres jóvenes de aspecto violento y camisas rojas, cuyos rostros tristes y curtidos y miradas evasivas me recordaron a los gitanos que en mi infancia solían ir a Carrickdrum a vender botes de hojalata y sartenes agujereadas. El Prado fue, desde luego, toda una revelación: los Goyas eran espeluznantemente proféticos en su mugre sanguinolenta, y el Greco te hacía temblar de miedo. Yo prefería los Zurbaranes, inquietantes en su quietud, en su mundanalidad trascendente. En Sevilla durante la Semana Santa contemplamos taciturnos bajo la lluvia una procesión de penitentes, un espectáculo que mi alma protestante rechazó. Un Descendimiento era transportado a hombros en una litera resguardada de la lluvia por un baldaquino de brocado de oro adornado con borlas; el Cristo de escayola, que yacía desnudo a los pies de su madre de escayola, era una figura algo obscena, orgásmica (posterior al Greco, muy posterior), de piel cremosa y boca angustiada y copiosas heridas chorreantes. Cuando apareció aquella cosa, balanceándose y dando bandazos, dos o tres hombres mayores próximos a nosotros se pusieron de rodillas, haciendo un ruido semejante al de las tumbonas al plegarse, y se santiguaron apresuradamente, como si tuvieran una especie de pánico sagrado; uno de ellos, con sorprendente agilidad, se metió bajo la litera dispuesto a arrimar el hombro para sostenerla. Recuerdo también que una joven salió de entre la

multitud y le entregó a una de las penitentes con mantilla negra —su madre o tía— un llamativo paraguas a rayas rojas y blancas. En Algeciras contemplamos el grato y emocionante espectáculo de una muchedumbre profanando una iglesia y apedreando al alcalde de la ciudad, un hombre corpulento con una lustrosa calva morena, que huía de sus torturadores a paso ligero, tratando de mantener su dignidad. La lluvia golpeteaba en las palmeras y el azogue de un rayo rasgó el cielo de color pardobellota encima de la estación del ferrocarril. Carteles de pared despegados restallaban agitados por el viento. Después intentamos pasar a Gibraltar, pero resultó que la frontera estaba cerrada por la noche. La posada en La Línea era asquerosa. Permanecí despierto durante mucho tiempo escuchando los ladridos de los perros y un aparato de radio, que hablaba en susurros de guerra en alguna parte, y observando la tenue fosforescencia de la débil lluvia por encima de la espalda descubierta de Nick, que yacía boca abajo y roncaba con suavidad, en una estrecha cama al otro lado de la habitación que parecía muy lejos de mí. Su piel tenía un aspecto craso, ligeramente viscoso; me recordó la estatua del Salvador. Al día siguiente tomamos el barco para Inglaterra. Había delfines en el Estrecho, y en el golfo de Vizcaya me mareé.

¿Tiene bastante, Miss V.?

He conseguido averiguar algo más sobre ella. Resulta difícil, pues es casi más reservada que yo. Me siento como un restaurador quitándole el barniz a un retrato deteriorado. ¿Deteriorado? ¿Por qué dije deteriorado? Hay algo en su reticencia, en sus insondables y evasivos silencios, que indica una reserva profundamente arraigada. Es demasiado mayor para su edad. Da la impresión de una indeleble desafección por las cosas en general. Me recuerda cada vez más a la Nena —esos silencios, esas bolsas bajo los ojos, esa desabrida mirada que dirige a los objetos inanimados—, y, desde luego, la Nena estaba deteriorada. Cuando esta mañana le pregunté si vivía sola, no me contestó, simulando no haberme oído, pero más tarde, de pronto, empezó a hablarme de un joven con el que compartía un piso en Golders Green (por cierto, otro de mis antiguos territorios). Trabaja de mecánico en un garaje. Debe de ser un oficio duro; ahora comprendo la falda de cuero. Me pregunto qué pensará el almirante de este arreglo. ¿O a nadie le preocupan ya estos asuntos? Miss Vandeleur se lamentó de las pejugueras de la Northern Line. Le dije que no había ido en metro en los últimos treinta años, y bajó la cabeza y me miró las manos llena de resentimiento.

La mañana era lo bastante cálida para que pudiéramos tomar el té en el balcón trasero. Es decir, ella tomó té y yo un vasito de algo, a pesar de lo temprano que era. Me pone nervioso, tengo que tomar algún reconstituyente cuando trato con ella. (Los balcones también me ponen nervioso, pero esa es otra cuestión. ¡Patrick! Mi Patsy, pobre Pat.) Además, a mi edad puedo beber a cualquier hora del día sin necesidad de excusarme; veo venir el día en que tomaré para desayunar cócteles de ginebra y Complan. Desde el balcón podíamos ver las copas de los árboles del parque. Están ahora en su mejor momento, tienen las negras ramas ligeramente espolvoreadas con

esponjosas protuberancias de un verde de lo más suave. Le hice notar cómo la polución de la ciudad le da al cielo una asombrosa profundidad de color, como ese azul denso que puede verse, con un nudo en la garganta, cuando el avión se ladea y uno se asoma a la nada. Miss Vandeleur no escuchaba. Estaba sentada al otro lado de la mesita metálica, hundida en su abrigo y mirando su taza con el ceño fruncido.

—¿Era marxista Sir Nicholas? —preguntó.

Tuve que pensar por un momento a quién se refería.

—¿Nick? —dije—. ¡Por Dios, qué ocurrencia! En realidad...

En realidad, fue durante el viaje de regreso de España cuando tuvimos nuestra única conversación en serio sobre política. No puedo recordar cómo empezó. Supongo que intenté hacer un poco de proselitismo; en aquellos lejanos, emocionantes días, tenía el ardor del converso, y a Nick nunca le importó que le sermonearan.

—¡Cállate, por el amor de Dios! —me dijo, sin llegar del todo a reírse—. Estoy harto de oírte exponer tu dialéctica histórica y todas las demás bobadas.

Estábamos apoyados en la barandilla de proa, fumando pensativamente, bajo la inmensa bóveda de la templada, tranquila noche marina. Cuanto más hacia el norte navegábamos, más cálida era la temperatura, como si el clima y todo lo demás se hubiesen vuelto locos. Una enorme luna de blancura ósea estaba suspendida en lo alto del mar en calma, y la estela del barco centelleaba y se retorció como una gran cuerda plateada que se desenredara detrás de nosotros. Estaba aturdido y algo febril tras mi reciente mareo.

—Tenemos que hacer algo —dije, con la obstinación del dogmático—. Debemos actuar, o pereceremos.

Así es, lo siento, como hablábamos.

—¡Ah, sí, actuar! —dijo Nick, y esta vez se rio—. Para ti las palabras son una forma de actuar. Eso es lo único que sabes hacer: parlotear y parlotear.

Eso me escoció; a Nick le divertía, cuando le zahería, burlarse de mi vida sedentaria.

—No todos podemos ser soldados —dije malhumorado—. También se necesitan teóricos.

Nick tiró su colilla por encima de la barandilla y se quedó mirando el débil resplandor del horizonte. La brisa levantaba el mechón de pelo que le colgaba de la frente. ¿Qué creía yo sentir por él? ¿Cómo me explicaba el desesperado, mudo sollozo que brotaba en mi pecho cuando le miraba en momentos como aquel? Supongo que en el colegio nos acostumbramos a encapricharnos y esas cosas; aunque no comprendo cómo pude pensar que *aquello* era solamente un capricho.

—Si fuera comunista —dijo—, no me preocuparía para nada de la teoría. Pensaría solo en la estrategia: cómo conseguir mis objetivos. Utilizaría cualquier medio a mi alcance: mentiras, chantaje, asesinato y mutilación, lo que fuese. Vosotros no sois más que unos idealistas que fingen ser pragmáticos. Pensáis que únicamente

os preocupa la causa cuando en realidad la causa es solo algo en lo que perderos, una forma de anular el ego. Mitad religión, mitad romanticismo. Marx es vuestro San Pablo, y vuestro Rousseau.

Me quedé estupefacto, y bastante perplejo; nunca antes le había oído hablar de aquella manera, mostrar aquella insolencia intelectual, por así decirlo. Se volvió hacia mí sonriente y apoyó un codo en la barandilla.

—Resulta encantadora —dijo— la forma en que os engañáis a vosotros mismos, pero también un poco despreciable, ¿no crees?

—Algunos estamos dispuestos a luchar —dije yo—. Algunos nos hemos alistado ya para ir a España.

Su sonrisa se volvió compasiva.

—Sí —dijo—, y aquí estamos, regresando a casa en barco, de vuelta de España.

Sentí un arrebatado de rabia, y tuve un fuerte deseo de darle una bofetada... Una bofetada, o algo por el estilo.

—El problema contigo, Vic —dijo—, es que crees que el mundo es una especie de inmenso museo en el que han admitido a demasiados visitantes.

Miss Vandeleur me estaba diciendo algo, y volví en mí sobresaltado.

—Lo siento, querida —dije—, me he distraído un poco. Estaba pensando en el Castor... Sir Nicholas. A veces me pregunto si le conocía bien. Lo cierto es que nunca adiviné lo que había en él (solo fuerza de voluntad, supongo) y que más tarde le llevaría a tan vertiginosas cumbres de poder e influencia.

Miss V. había entrado en ese estado de suspensión momentánea de las funciones vitales, con la cabeza baja y las facciones flácidas, lo que le da un aspecto ligeramente idiota, que ahora sé que es su forma de escuchar con la más profunda atención. No sería una buena interrogadora, muestra su interés demasiado a las claras. Me dije que debía proceder con cautela.

—Pero entonces —dije, volviendo a mi insulso tono sentencioso de viejo carcamal— ¿quién de nosotros reconoce realmente la verdadera naturaleza de los demás?

Está muy interesada en Nick. No quisiera que le causara ningún perjuicio. No, no quisiera eso, en absoluto.

Otro barco, otro viaje, esta vez a Irlanda. Fue inmediatamente después de Múnich, y estaba contento de poder irme de Londres, con sus patrioteros reaccionarios y sus rumores, y el miedo que todo lo impregna tan palpable como la niebla. Mientras el mundo se derrumbaba, sin embargo, mi fortuna personal subía vertiginosamente. Sí, ese año me sentía muy ufano, como habría dicho mi niñera Hargreaves. Tenía una reputación, modesta pero por momentos creciente, de experto y erudito, ascendí del *Spectator* a las más austeras y selectas páginas del *Burlington* y el *Journal* de Warburg, y en el otoño iba a tomar posesión del cargo de director

adjunto del Instituto. Nada mal para un hombre de treinta y un años y, además, irlandés. Quizás más impresionante que cualquiera de estos éxitos era el hecho de que había pasado el verano en Windsor, donde había emprendido la tarea de catalogar la grande y, hasta que me ocupé de ella, caótica colección de dibujos que se había acumulado desde la época de Enrique Tudor. Fue una labor ardua, pero la llevé a cabo con una aguda conciencia de su valor, no solo para la historia del arte, sino también para el fomento de mis propios intereses múltiples (¡Dios mío, no se puede superar en petulancia a un espía!). Me entendí bien con Su Majestad; había estado en el Trinity pocos años antes que yo. A pesar de su entusiasmo por los clubes de muchachos y el tenis, era, como su madre, un sagaz y celoso guardián de las posesiones reales. A menudo, en aquellos últimos meses anteriores a la guerra, mientras todos nosotros aguardábamos en un estado de vaga tensión el inicio de las hostilidades, él se llegaba a la sección de estampas y se sentaba en una esquina de mi escritorio, balanceando una pierna, con los dedos de sus delgadas y algo nerviosas manos entrelazados y descansando en el muslo, y hablaba de los grandes coleccionistas que hubo entre sus predecesores en el trono, a los que se refería con divertida y pesarosa familiaridad, como si fueran otros tantos tíos suyos, generosos, pero no demasiado recomendables, lo cual, supongo, podría decirse que era cierto. Aunque no era mucho mayor que yo, me recordaba a mi padre por su timidez, su aire de vaga aprensión y sus súbitos ataques de alegría algo desconcertante. Desde luego, le prefería con mucho a su maldita esposa, con sus sombreros y sus borracheras y sus juegos de charadas de sobremesa, en los que me vi obligado a participar repetidas veces con gran apuro y enorme turbación por mi parte. Me llamaba Botas, apodo cuyo origen nunca llegué a descubrir. Era prima de mi difunta madre. En Moscú estaban encantados con estas relaciones. Grandes esnobs, los Camaradas.

A finales de aquel verano me encontraba en un estado de profundo agotamiento nervioso. Cuando, diez años antes, había suspendido las matemáticas, o ellas me habían suspendido a mí, comprendí claramente cuáles serían las consecuencias: reharía por completo mi personalidad, con toda la dedicación e incansable trabajo que tal ejercicio implica. Para entonces había logrado la transformación, pero a costa de mucha energía física e intelectual. La metamorfosis es un proceso penoso. Imagino la intensa angustia de una oruga al convertirse en mariposa, mientras se le forman los ojos compuestos y sus células adiposas se convierten en iridiscente polvo alar, hasta que, por fin, rompe el capullo nacarado y se tambalea sobre unas patas pegajosas, del ancho de un pelo, ebria, jadeante, aturdida por la luz. Cuando Nick sugirió un cambio de aires para recuperarme («Tienes un aspecto todavía más cadavérico que de costumbre, viejo amigo»), acepté con una precipitación que me sorprendió incluso a mí. El que nos marchásemos a Irlanda fue idea de Nick. ¿Querría, me preguntaba inquieto, obtener pruebas de mi culpabilidad, husmear en mis secretos familiares (no le había hablado de Freddie), ponerme en mi lugar? Él estaba entusiasmado con el viaje. Iríamos a Carrickdrum a descansar, esas fueron sus palabras, y luego

seguiríamos viajando por el lejano oeste, pues le había dicho que de allí procedía la familia de mi padre. Parecía una idea estupenda. Era embriagador pensar que iba a tener a Nick para mí solo durante varias semanas seguidas, y eso aplacó cualquier escrúpulo que pudiera haber tenido.

Compré los pasajes. Nick estaba sin blanca. Hacía tiempo que había dejado su empleo en Brevoort & Klein y subsistía con una pensión que le pasaba un mezquino y siempre quejoso Castor Mayor, completada con numerosos pequeños préstamos de sus amigos. Tomamos el vapor nocturno de los viernes, y desde Larne viajamos hacia el sur en un ruidoso tren a la luz glauca de un amanecer de finales de septiembre. Sentado en mi asiento, contemplé cómo el paisaje iba cambiando de modo gradual a nuestro alrededor. Antrim presentaba aquella mañana un aspecto especialmente adusto. Nick estaba deprimido, y se había acurrucado en un rincón del frío compartimiento envuelto en su abrigo, fingiendo dormir. Cuando aparecieron las colinas de Carrickdrum, una especie de pánico se apoderó de mí y me entraron ganas de abrir de golpe la puerta del vagón y saltar y que me tragasen el vapor y el humo que envolvían la locomotora.

—Ya estás en casa —dijo Nick con una voz sepulcral que me alarmó—. Me debes de estar maldiciendo por hacerte venir.

A veces tenía una desconcertante habilidad para adivinar los pensamientos. El tren pasó por un elevado terraplén desde el cual podían verse el jardín y luego la casa, pero no advertí a Nick de esa vista. Habían empezado las dudas y los presentimientos.

Mi padre había enviado a Andy Wilson a recogernos con aquel carruaje tirado por un poni en que los ocupantes se dan la espalda. Andy era el jardinero y encargado del mantenimiento general en San Nicolás; era un hombre pequeño y enjuto, como un duendecillo de los bosques, de brazos y piernas arqueados y ojos azul pálido de bebé. Por él no pasaban los años, y parecía no haber cambiado nada desde que yo era un crío, cuando solía asustarme metiendo ranas en mi cochecito. Era un ferviente e impenitente orangista^[5] y tocaba el tambor Lambeg^[6] en los desfiles anuales del Doce de Julio^[7] en el pueblo. Enseguida le cogió simpatía a Nick y formó con él una sarcástica alianza contra mí.

—Ese tío no moverá un dedo —dijo mientras llevaba nuestras maletas al carruaje señalando hacia mí con la cabeza, al tiempo que le guiñaba un ojo a Nick y le daba un codazo—. Nunca lo hizo y nunca lo hará.

Soltó una carcajada, meneó la cabeza, cogió las riendas y le chasqueó la lengua al poni; Nick me sonrió de soslayo y, con un tirón que nos echó hacia atrás, nos pusimos en marcha.

Bordeamos la ciudad, llevados por el mañoso trote del poni, y empezamos a subir la West Road. El sol se esforzaba con dificultad por brillar. Me llegó el aroma mantecoso del tojo, y sentí una punzada en el corazón. Luego apareció el Lough, una gran lámina uniforme de acero, y me invadió una especie de pavor; siempre me había

desagradado el mar, su hosquedad, su amenaza, su vasta extensión y sus incognoscibles, estremecedoras profundidades. Nick se había vuelto a dormir, o lo fingía, con los pies sobre las maletas. ¡Cómo envidiaba su habilidad para eludir el tedio de los paréntesis en la vida! Andy, sin soltar las riendas, echó un vistazo indulgente hacia atrás y exclamó en voz baja:

—¡Vaya, el caballero!

Los árboles que rodeaban la casa parecían más sombríos que nunca, más azules que verdes, y señalaban hacia el cielo con apremiante, muda admonición. Freddie fue el primero en aparecer; cruzó el césped en diagonal con paso torpe para recibirnos con los brazos extendidos y una amplia sonrisa mientras se atropellaba al hablar.

—Ahí está el jefe —dijo Andy—. ¡Mírenlo, qué bobo!

Nick abrió los ojos. Freddie nos alcanzó, apoyó una mano en la aleta del carruaje y se puso a trotar a nuestro lado, gimiendo de excitación. Me dirigió una de sus miradas furtivas, pero no miró a Nick. Era extraño que alguien tan retrasado pudiera sentir algo tan sutil como la timidez. Era un tipo grandullón, de manos y pies grandes y cabeza también grande, rematada por una cabellera de color paja. Cuando estaba quieto, lo que ocurría raras veces, nadie habría pensado que no era normal, a no ser por aquellos ojos que no dejaban de parpadear de manera irremediable y las costras alrededor de uñas y boca, que se tocaba y mordisqueaba sin parar. Tenía entonces casi treinta años, pero, a pesar de su corpulencia, conservaba todavía el aire enfadado de un muchacho revoltoso de doce años con los faldones de la camisa fuera y un tirachinas en la mano. Nick alzó las cejas y señaló en dirección a Andy.

—¿Es su hijo? —murmuró.

Estaba tan nervioso y avergonzado, que lo único que se me ocurrió fue negar con la cabeza y apartar la mirada.

Cuando nos acercamos a la casa, mi padre salió inmediatamente, como si hubiera estado esperando detrás de la puerta, que era lo más probable. Llevaba alzacuello, pechera de obispo almidonada y un jersey apolillado, y empuñaba un montón de papeles; creo que nunca vi a mi padre sin un fajo de cuartillas emborronadas en la mano. Nos dio la bienvenida con su habitual mezcla de cordialidad y cautela. Parecía más pequeño de lo que recordaba, como un modelo de sí mismo a escala ligeramente reducida. Hacía poco que había tenido un ataque al corazón, el segundo, y había en él una especie de ligereza, un algo tenue, provisional, que yo suponía debía de ser consecuencia de su disimulado, pero siempre presente, miedo a morir de repente. Freddie llegó corriendo y le abrazó, apoyando su enorme cabeza en su hombro, y se volvió a mirarnos con una maliciosa mirada de soslayo, como diciéndonos que era su propietario. Por el desconcierto y la alarma con que mi padre acogió al Castor, deduje que se había olvidado de que le había dicho que traería un invitado. Descendimos del carruaje y procedí a hacer las presentaciones. Andy se estaba armando un lío con nuestros equipajes, el poni me puso el hocico en los riñones y trató de derribarme, y Freddie, movido por el nerviosismo y lo insólito de la situación, se puso a dar

alaridos; justo cuando me temía que aquello iba a convertirse irremediabilmente en una funesta farsa, Nick dio un brioso paso adelante, como un médico que tomara el mando en el escenario de un accidente, y le estrechó la mano a mi padre con las proporciones justas de deferencia y familiaridad, al tiempo que murmuraba algo sobre el clima.

—Sí, bueno —dijo mi padre mientras sonreía vagamente y daba tranquilizadoras palmaditas en la espalda a Freddie—. Sea usted bienvenido. Los dos son bienvenidos. ¿Tuvieron un buen viaje? Por lo general, en esta época del año hace bueno. Deja eso, Freddie, ¡qué chico más bueno!

Entonces apareció Hettie. Parecía que ella también había estado al acecho en el vestíbulo, esperando la ocasión. Si mi padre había encogido con los años, Hettie había crecido hasta alcanzar las dimensiones de una de las amantes reales de Rowlandson^[8]. Había cumplido ya los sesenta, pero todavía conservaba la flor de la juventud; era una persona rebotante de salud, de ojos rasgados y pies delicados, con una sonrisa irresistible, temblorosa.

—¡Oh, Victor! —gritó, dándome un apretón de manos—. ¡Qué delgado estás!

Hettie procedía de una rica familia cuáquera y había pasado su juventud en una vasta mansión de piedra gris en la orilla sur del Lough haciendo obras de caridad y encaje de aguja. Creo que es el único ser humano con el que me he tropezado, aparte del pobre Freddie, del cual puedo decir con completa convicción que no tenía ni pizca de maldad (¿cómo es posible que exista gente así en un mundo como este?). Si no hubiese sido mi madrastra y, por consiguiente, parte del mobiliario, por así decirlo, seguramente me habría resultado digna de asombro y admiración. Cuando llegó a nuestras vidas intenté a toda costa guardarle rencor y oponerme a ella, pero su jovialidad me lo impidió. Enseguida me puso de su lado al librarme de la tata Hargreaves, una temible antigualla presbiteriana que desde la muerte de mi madre había regido mi vida con malévolamente eficiencia, administrándome todas las semanas aceite de ricino y sometiéndonos a Freddie y a mí a unas acaloradas homilías sobre el pecado y la condenación. La tata Hargreaves no sabía jugar; Hettie, por el contrario, apreciaba los juegos infantiles, cuanto más ruidosos mejor; tal vez sus padres cuáqueros habían desaprobado tales frivolidades ateas cuando era pequeña, y se resarcía de las ocasiones perdidas. Se ponía a cuatro patas y nos perseguía a Freddie y a mí por el suelo del salón, gruñendo como un oso pardo, con la cara enrojecida, mientras sus enormes pechos se bamboleaban. Por las noches, antes de irnos a la cama, nos leía cuentos sobre misiones en el extranjero, protagonizados por chicas valientes y puras y hombres firmes y tenaces con barba, y el ocasional mártir era amarrado a un poste en el desierto hasta morir, o cocido en una olla por los hotentotes entre saltos y brincos.

—Entrad, entrad —dijo nerviosa, me di cuenta, por la belleza exótica de Nick—. Mary os hará una fritada típica del Ulster.

Mi padre se libró del abrazo de Freddie y entramos atropelladamente en el

vestíbulo, seguidos por Andy Wilson, que llevaba el equipaje y soltaba palabrotas en voz baja. El hijo de Andy, Matty, había sido lo que podría llamar, supongo, mi primer amor precoz. Matty era de mi edad: rizos negros, ojos azules y robusto, como su padre. ¿Hay en la infancia alguna figura más atractivamente vulnerable, alguna presencia más siniestramente sugestiva, que el hijo de un sirviente? Matty había muerto ahogado mientras nadaba en Colton Weir. Durante semanas me abrumó la pena, que se había posado sobre mí como un gran pájaro que empollara a sus crías. Y luego, un buen día, sencillamente, emprendió el vuelo. Así aprende uno los límites del amor, los límites del dolor.

Nick me sonrió en tono reprobatorio.

—No me dijiste que tenías un hermano —dijo.

Para entonces ya me había dado cuenta de toda la magnitud del error que había cometido al llevarle allí. El retorno al hogar es una concatenación de tristezas que te hacen sentir ganas de llorar y al mismo tiempo te dan dentera. ¡Qué sórdido parecía aquel lugar! ¡Y aquel olor! Un olor a aburrimiento, triste, a cosas muy íntimas, terrible. Me avergonzaba de todo, incluso de mí por estar avergonzado. Apenas podía soportar el mirar a mi pobre padre y a su gorda esposa, los murmullos de Andy a mi espalda me estremecían, y me horrorizaba imaginarme a la pelirroja Mary, nuestra cocinera católica, poniendo delante de Nick de cualquier manera un plato de torreznos y morcilla. (¿Comería carne de cerdo? ¡Cielos, olvidé preguntárselo!) El que más pena me daba era Freddie. Cuando éramos niños no me había preocupado de él; consideraba justo, supongo, que cualquiera nacido en la familia después de mí fuera anormal. Había sido para mí alguien al que siempre estaba dándole órdenes, un comodín en los intrincados juegos que me inventaba, un testigo poco exigente de mis cautelosamente atrevidas aventuras. Solía llevar a cabo experimentos con él solo para ver cómo reaccionaba. Le di a beber alcohol de quemar —tuvo náuseas y vomitó— y puse una lagartija muerta en sus gachas. Un día le tiré de un empujón a un macizo de ortigas, y se puso a llorar. Creí que me castigarían por eso, pero mi padre únicamente me miró con profunda tristeza y abatimiento, dando muestras de desaprobación, mientras Hettie se sentaba en el césped como una india y mecía a Freddie en sus brazos, frotando sus lívidos bracitos y sus hinchadas piernas zambas con hojas de acedera. En la adolescencia, cuando empecé a cogerles gusto a los románticos, me imaginé que Freddie era un salvaje de alma noble, e incluso escribí un soneto sobre él, compuesto de apóstrofes al estilo de Wordsworth (*¡Oh, tú, principesco hijo de la Naturaleza, escucha!*), y le llevaba a recorrer las colinas hiciera el tiempo que hiciera, con gran congoja por su parte, pues le tenía tanto miedo al aire libre como cuando era niño. En aquellos momentos, de pronto, le veía a través de los ojos de Nick como una pobre criatura renqueante, tarada, con la frente amplia, como yo, y una prominente mandíbula superior; y mientras cruzaba el vestíbulo, empapado de sudor por la vergüenza, evité encontrarme con la mirada curiosa y divertida de Nick, y sentí alivio cuando Freddie se escabulló al jardín para reanudar las actividades a las que se había

estado dedicando hasta nuestra llegada.

En el comedor, mientras Nick y yo desayunábamos, Hettie y mi padre se sentaron a observarnos con una especie de vago asombro, como si fuéramos una pareja de inmortales que hubiésemos hecho un alto en su humilde mesa, camino de algún importante negocio olímpico en alguna otra parte. La cocinera Mary no paraba de traernos más comida, pan frito y riñones asados y tostadas, se paseaba alrededor de la mesa con el delantal levantado, para protegerse los dedos del calor de los platos, y no le quitaba los ojos de encima a Nick —sus manos, aquel mechón de pelo que le colgaba— por debajo de sus casi invisibles, pálidas pestañas, roja como un tomate. Mi padre habló de las amenazas de guerra. Siempre tenía un agudo sentido de la importancia de los peligros del mundo, concebido como una gigantesca peonza en cuyo extremo puntiagudo el individuo, acobardado, junta las manos y suplica a un Dios caprichoso e inquietantemente taciturno.

—Dígase lo que se quiera de Chamberlain —dijo—, no puede negarse que se acuerda de la Gran Guerra, de su coste.

Lancé una mirada de odio a una salchicha y me dije para mí que mi padre era un bobo rematado.

—Ahora tenemos paz —murmuró Hettie, suspirando.

—Oh, sí, pero *habrá* guerra —dijo Nick sin inmutarse—, a pesar de los gestos conciliadores. Por cierto, ¿qué es esto?

—Fadge —le espetó Mary, y se fue hacia la puerta, aún más ruborizada.

—Pastel de patata —dije entre dientes—. Una exquisitez local.

Hacía dos días había estado charlando con el Rey.

—Hum —murmuró Nick—, delicioso.

Mi padre parpadeó consternado. La luz que entraba por la ventana emplomada brillaba en su calva. Es un personaje sacado de Trollope, pensé; uno de los secundarios.

—¿Es eso lo que la gente cree en Londres —dijo—, que habrá guerra?

Nick reflexionó, con la cabeza ladeada, mirando su plato. Puedo ver todavía la escena: el débil sol de octubre en el parque, una espiral de vapor saliendo por el pitorro de la tetera, el brillo de algún modo ominoso de la mermelada de naranja amarga en su fuente de cristal tallado, y mi padre y Hettie aguardando, cual niños asustados, oír lo que pensaban en Londres.

—Habrà guerra, por supuesto —dije con impaciencia—. Los viejos han permitido que vuelva a suceder de nuevo.

Mi padre asintió tristemente con la cabeza.

—Sí —dijo—, podéis considerar que nuestra generación más bien os ha fallado.

—¡Oh, pero si queremos la paz! —exclamó Hettie, que estaba lo más cerca de la indignación que le permitía su carácter optimista—. No queremos que vuelvan a llevarse a nuestros jóvenes para que mueran por... por nada.

Miré a Nick. Seguía ocupándose de su plato sin inmutarse; tenía siempre un

apetito excelente.

—La lucha contra el fascismo no puede considerarse precisamente *nada* —dije, y Hettie me miró tan desconcertada que parecía a punto de romper a llorar.

—¡Ah, los jóvenes! —dijo en un susurro mi padre, e hizo un gesto con la mano en el aire delante de él; supuse que debía de ser una modificación secular de su bendición episcopal—. ¡Qué seguros estáis de todo!

Al oír eso, Nick levantó los ojos con una expresión de verdadero interés.

—¿De veras lo cree? —dijo—. Me parece que todos estamos bastante... bueno, *extraviados* —melancólicamente, untó con mantequilla una tostada; me recordó a un pintor que aplicara amarillo de cadmio con una espátula—. Me parece que a los tipos de mi generación les falta el menor sentido de la orientación o propósito. En realidad, creo que no nos vendría mal una muy buena dosis de disciplina militar.

—¿Propones llamarlos a filas? —dije con acritud.

Nick siguió untando con mantequilla su tostada tranquilamente y, dispuesto a dar un mordisco, me miró de reojo y dijo:

—¿Por qué no? Esos patanes que uno ve de pie en las esquinas lamentándose de que no pueden conseguir trabajo, ¿no estarían mejor de uniforme?

—¡Estarían mejor *trabajando*! —dije—. Marx afirma que...

—¡Oh, Marx! —dijo Nick, y tras reírse entre dientes le dio un bocado a su crujiente tostada.

Noté que mi frente se ponía colorada.

—Deberías intentar leer a Marx —dije yo—. Entonces podrías comprender de qué estamos hablando.

Nick únicamente volvió a reírse.

—Querrás decir que entonces podría comprender de qué hablas *tú*.

Se hizo un molesto silencio y Hettie me miró con recelo, pero evité su mirada. Mi padre, preocupado, se aclaró la voz y con dedos inquietos trazó un dibujo invisible sobre el mantel.

—Bueno, el marxismo... —empezó a decir, pero le interrumpí en el acto, con esa particular forma de crueldad corrosiva que los hijos adultos reservan a sus torpes padres.

—Nick y yo pensamos ir al oeste —dije en voz alta—. Quiere conocer Mayo.

La culpabilidad es el único sentimiento que conozco que no disminuye con el paso del tiempo. Y, además, la conciencia culpable no tiene ningún sentido de las prioridades o las justas proporciones. A lo largo de mi vida, a sabiendas o no, he enviado a hombres y mujeres a unas muertes terribles, y sin embargo, no siento tanto remordimiento cuando pienso en ellos como cuando me acuerdo del destello de luz en la encorvada calva de mi padre en aquella mesa, o de los grandes ojos claros y tristes de Hettie, que me miraban suplicantes en silencio, sin ira o resentimiento, pidiéndome que no fuera tan duro con un hombre envejecido, lleno de preocupaciones, que fuera indulgente con la mezquindad de sus vidas; pidiéndome

que tuviera corazón.

Después de desayunar sentía necesidad de salir de casa, y fui a dar un paseo con Nick hasta el puerto. El día se había puesto borrascoso y las sombras de las nubes cruzaban raudas por encima del mar salpicado de blanco. El castillo normando que se alza sobre la playa parecía particularmente adusto bajo aquella pálida luz otoñal; cuando yo era niño, creía que estaba hecho con arena de playa mojada.

—Buena gente —dijo Nick—. Tu padre es un luchador.

Le miré fijamente.

—¿Eso crees? Yo diría que es solo otro burgués liberal. Aunque fue un gran autonomista, en sus tiempos.

Nick se rio.

—No es una postura popular para un clérigo protestante, ¿verdad?

—Carson^[9] le odiaba. Trató de paralizarlo haciéndole obispo.

—Eso es: un luchador.

Dimos un paseo por la playa. A pesar de lo avanzado de la estación, había bañistas en el agua; sus gritos llegaban hasta nosotros, minúsculos y claros, rozando levemente la arena estriada. Algo dentro de mí responde siempre, con vergüenza, a las delicadas diversiones del litoral. Veía, con desconcertante claridad, otra versión de mí: un chico pequeño jugando aquí con Freddie (Wittgenstein me abordó un día junto al río Cam y, agarrándome por la muñeca y pegando su rostro al mío, me siseó: «¿Está el viejo chocho igual de ido que cuando era niño?»), haciendo castillos y tratando de hacerle comer arena de manera subrepticia, mientras Hettie estaba plácidamente sentada en medio de una enorme manta a cuadros haciendo punto, suspirando con satisfacción y hablando consigo misma en voz baja; por delante de ella, como un par de cabrestantes, asomaban sus grandes piernas con manchas y los temblorosos dedos de sus pies (un feligrés se quejó una vez a mi padre de que su esposa había bajado a la playa «con las patas al descubierto, para que las viera toda la ciudad»).

Nick se interrumpió de pronto y se puso a mirar histriónicamente al mar, la playa y el cielo; su abrigo ondeaba al viento como una capa.

—¡Dios mío —murmuró—, cómo aborrezco la naturaleza!

—Lo siento —le dije—, tal vez no deberíamos haber venido.

Me miró y me dirigió una sonrisa displicente, arqueando las comisuras de los labios.

—No debes tomártelo todo como algo personal, ¿sabes? —seguimos andando y se acarició el estómago—. ¿Cómo se llamaba eso? ¿Fudge?

—Fadge.

—Extraordinario.

Le había estado observando durante el desayuno, mientras mi padre soltaba sus tópicos comentarios y Hettie asentía firmemente con la cabeza, apoyándole. Otra sonrisa suya tan peculiar, dije para mí, y le odiaré de por vida. Pero estuvo impecable.

Incluso cuando vino Freddie y apretó la nariz y los labios costrosos contra la ventana del comedor, dejando el cristal lleno de mocos y gargajos, Nick únicamente se rio entre dientes, como si se tratara de las simpáticas travesuras de un niño que empieza a andar. Entonces dijo:

—Tu padre nos ha llamado *jóvenes*. Yo no me siento joven, ¿y tú? Más bien el anciano de muchos días^[10]. Ahora somos nosotros los viejos. El mes próximo cumpliré treinta años. ¡Treinta!

—Ya lo sé —le dije—. El día 25.

Me miró sorprendido.

—¿Cómo te acuerdas?

—Soy muy bueno para las fechas. Y, después de todo, esa es trascendental.

—¿Qué? Ah, sí, ya entiendo. Vuestra gloriosa Revolución. ¿No tuvo lugar en noviembre, de hecho?

—Sí. Pero para ellos era todavía octubre. Utilizaban el calendario juliano.

—Ah, sí, el calendario juliano. ¡Vaya con el bueno de Juliano!

Me estremecí; nunca parecía más judío que cuando tenía esas salidas al estilo de Wooster^[11].

—En cualquier caso —dije—, el símbolo lo es todo. Como a Querell le gusta observar, la Iglesia católica se basa en un juego de palabras. *Tu es Petrus*.

—¿Eh? Ah, ya veo. Eso está bien; pero que muy bien.

—Lo birló a alguien, seguro.

Caminamos a la sombra de la muralla del castillo y el humor de Nick se ensombreció con el aire.

—¿Qué harás en esa guerra, Victor? —me preguntó; se le había puesto la voz ronca, como a Sydney Carton^[12].

Se detuvo y se apoyó contra el pretil del puerto. La brisa marina era fría y constante, debido a la sal. Allá a lo lejos una bandada de gaviotas estaba revoloteando sobre una mancha luminosa en el agua, revoloteando y zambulléndose torpemente, como hojas de periódico arrastradas por el viento. Me parecía oír sus discordantes, ávidos gritos.

—¿De verdad crees que habrá guerra? —dije.

—Sí. No cabe duda —siguió paseando y le seguí a un paso detrás de él—. Tres meses, seis meses... a lo sumo un año. Las fábricas ya están avisadas, aunque el Ministerio de Defensa no le haya hablado de eso a Chamberlain. ¿Sabías que Daladier y él trabajaron juntos y en secreto durante varios meses para cerrar un trato con Hitler sobre el territorio de los Sudetes? Y ahora Hitler puede hacer lo que le venga en gana. ¿Has oído lo que dijo sobre Chamberlain? «Le compadezco, démosle su trozo de papel».

Le miré fijamente.

—¿Cómo sabes todo eso? —le pregunté, riéndome sorprendido—. Chamberlain, las fábricas, todas esas cosas.

Se encogió de hombros.

—He hablado con ciertas personas —dijo—. Te gustaría conocerlas. Son de los nuestros.

¿De los *míos*, pensé, o de los *tuyos*?

Lo dejé correr.

—¿Quieres decir personas del gobierno?

Volvió a encogerse de hombros.

—Algo parecido —dijo.

Salimos del puerto y emprendimos el camino de regreso por la carretera de la colina. Mientras él hablaba, me había invadido poco a poco, desde el pecho a la frente, una especie de rubor abrasador. Como si fuéramos un par de colegiales y Nick creyera que acababa de descubrir los misterios de la sexualidad, pero lo hubiese entendido todo al revés.

—Todo se ha ido al carajo, ¿no crees? —dije—. Para mí, España fue el final. España, y ahora este repugnante asunto de Múnich. ¡Paz en nuestros días...! ¡Ja!

Se detuvo, se volvió hacia mí, con el ceño fruncido en un gesto de sincera duda, y se quitó de encima el mechón de pelo que le caía por la frente. Sus ojos intensamente negros brillaban a la pálida luz de la mañana, y sus labios temblaban de emoción mientras se esforzaba por mantener un aspecto resuelto. Tuve que apartar la mirada para ocultar mi risa burlona.

—Hay que hacer algo, Victor. Y nos toca hacerlo a nosotros.

—Querrás decir a los nuestros, ¿no?

Lo dije sin darme cuenta. Me aterraba ofenderle. Me lo imaginaba sentado en el carruaje, con los labios apretados y sin querer mirar a nadie, exigiendo que lo llevaran a la estación inmediatamente, mientras mi padre, Hettie, Andy Wilson e incluso el poni me lanzaban miradas acusadoras. No debí haberme preocupado: Nick no era de los que captaban las ironías; los egotistas nunca lo hacen, lo he comprobado. Volvimos a la colina. Nick caminaba con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, los ojos fijos en el camino y la mandíbula muy rígida, en la que se agitaba espasmódicamente un músculo.

—Me he sentido tan inútil hasta ahora —dijo—, dándomelas de exquisito y soplando champán. Tú, al menos, has hecho algo con tu vida.

—No creo que un catálogo de la colección de dibujos del castillo de Windsor pare en seco a Herr Hitler.

Asintió con la cabeza; no me escuchaba.

—Lo importante es comprometerse —dijo—; *actuar*.

—¿Es este el nuevo Nick Brevoort? —dije, lo más despreocupadamente que pude. Mi desconcierto iba cediendo el paso a un enfado no del todo explicable y, desde luego, injustificado; al fin y al cabo, todos hablaban así aquel otoño—. Me parece recordar haber tenido esta conversación contigo hace algunos años, pero en sentido contrario. Entonces era yo el que se las daba de hombre de acción.

Sonrió para sí y se mordió el labio inferior; mi enfado subió vertiginosamente un par de grados más.

—¿Crees que estoy bromeando? —dijo, con una pizca de desdén en su voz cansina. Reprimí el impulso de contestarle. Seguimos en silencio durante un rato. El sol había desaparecido detrás de una neblina lechosa.

—A propósito —dijo—, tengo un trabajo, ¿sabes? Leo Rothenstein me ha contratado como asesor.

Pensé que debía de ser una de las bromas pesadas de Leo.

—¿Asesor? ¿Qué clase de asesoramiento le das?

—Bueno, sobre todo en política. Y en finanzas.

—¿Finanzas? ¿Qué diantres sabes tú de finanzas?

Tardó unos instantes en contestarme. Un conejo salió del seto, se incorporó sobre las patas traseras a un lado del camino, y nos miró asombrado.

—Su familia está preocupada a causa de Hitler. Tienen dinero en Alemania y muchos parientes. Me pidió que los visite. Sabía que voy a ir allí, ¿comprendes?

—¿Vas a ir a Alemania?

—Sí, ¿no te lo dije? Lo siento. Esas personas con las que he hablado me han pedido que vaya.

—¿Y qué vas a hacer?

—Solo... echar una ojeada. Ver cómo están las cosas. Luego he de presentar un informe.

Dejé escapar una sonora carcajada.

—¡Dios mío, Castor! —grité—, ¡vas a ser espía!

—Sí —dijo, con una atribulada sonrisita de complicidad, orgulloso como un *boy scout*—. Sí, supongo que sí.

No tenía motivos para sorprenderme: después de todo, yo estaba en el servicio secreto desde hacía años, aunque en el bando contrario a él y a los suyos. ¿Qué habría sucedido, me pregunto, si le hubiese dicho entonces, «Nick, cariño, trabajo para Moscú, ¿qué piensas de eso?»? En lugar de confesarle eso, me detuve y me volví a mirar, desde la colina, el puerto y el encrespado mar.

—Me pregunto qué persiguen esas gaviotas —le dije.

Nick se volvió también y miró vagamente.

—¿Qué gaviotas? —dijo.

No fuimos a Mayo. No puedo recordar qué excusa les di a mi padre y a Hettie, o si me tomé la molestia de darles alguna. Ambos estábamos ansiosos por regresar a Londres, Nick a su espionaje y yo al mío. Mi padre se ofendió. Para él el oeste era la tierra de la juventud, no solo el escenario de sus vacaciones infantiles —su abuelo tenía una granja en un islote rocoso en la bahía de Clew—, sino el lugar donde se había originado su familia, misteriosos autóctonos procedentes de las brumas del litoral occidental, los poderosos Ó Measceoil, guerreros, piratas, todos ellos impetuosos miembros de clan, que, justo a tiempo para eludir los estragos de la Hambruna^[13], habían cambiado de religión y anglicanizado sus apellidos hasta convertirse en los típicos hacendados rurales que describe Yeats, grandes aficionados a la equitación. No tenía ganas de contarle a Nick estas leyendas, y mucho menos de visitar con él los lugares en donde habían estado los *cottages* de mis antepasados y el bajo estrato del que habían surgido. En tales asuntos los dos guardábamos un decoroso silencio: él no hablaba de su judaísmo ni yo de mi sangre católica. Ambos éramos, cada uno a su manera, hombres que habían triunfado por sus propios esfuerzos. Tres días en Carrickdrum fueron suficientes para nosotros; empaquetamos nuestros libros y nuestras botas nuevas de excursionista y nos embarcamos en dirección a lo que ahora me daba cuenta de que era mi hogar. Al abandonar Irlanda y la casa de mi padre tuve la sensación de haber cometido un delito menor, aunque particularmente reprobable. Durante todo el viaje pude notar la mirada dolida, indulgente, de mi padre clavada como un foco de calor en mi ya ardiente cogote.

Aquel otoño Londres ofrecía un aspecto abstracto, provisional; la atmósfera era agobiante y engañosa, como la del último día del curso escolar, o la media hora final de una la fiesta en la que todo el mundo acaba borracho. La gente se quedaba callada en medio de una frase y, mirando por las ventanas la rojiza luz del sol, suspiraba. Las calles eran como decorados teatrales, reducidos a escala, bidimensionales, su bullicio y ajeteo estaban impregnados del patetismo de algo puesto en movimiento solo para poder ser frenado violentamente. Los chillidos de los vendedores de periódicos tenían un timbre endemoniado; la animación los *cockneys* siempre me ha alterado los nervios. Al atardecer el brillo del sol poniente en el cielo, por encima de los tejados, parecía el resplandor crepuscular de un enorme incendio. ¡Eran tan banales aquellos

estereotipados presagios y maravillas! El miedo era banal.

Para algunos, los tiempos que corrían eran bastante agradables. Querell, por ejemplo, estaba en su elemento. Recuerdo haberme encontrado con él en el Strand una tarde de fines de aquel noviembre en que lloviznaba. Fuimos a Lyons Corner House y tomamos el té, que era del mismo color que la lluvia que caía sobre el pavimento al otro lado de la ventana junto a la que estábamos sentados. Querell parecía más que nunca un vivales, con su traje estrecho y su sombrero de fieltro marrón. En cuestión de minutos, me pareció, había llenado hasta desbordarlo el cenicero de hojalata que había en nuestra mesa. Por aquel entonces ya me había integrado plenamente en el Departamento, pero raras veces lo vi por allí —él estaba en la sección de los Balcanes, yo en la de Lenguas—, y cuando nos tropezábamos en la calle, como en aquella ocasión, nos sentíamos violentos e incómodos, como dos clérigos que se vieran a la mañana siguiente de su encuentro en un burdel. Al menos, yo me sentía violento, me sentía incómodo; no creo que Querell se permitiera nunca sucumbir a sensaciones tan pusilánimes y obvias. No podía tomarme en serio el mundo de la inteligencia militar, un mundo de autoengaño, de muchachos que se dejaban bigote y actuaban como si todavía estuvieran en la universidad; la atmósfera, mezcla de jolgorio y seriedad, en la que el Departamento llevaba a cabo su trabajo era divertida al principio, luego, vagamente bochornosa, después, tan solo tediosa. ¡Había que tratar con idiotas tan rematados! Querell era diferente, sin embargo; me figuraba que despreciaba aquel lugar tanto como yo. Entrar allí me había costado bastante tiempo, y muchos vigorosos tirones de las mallas de la tupida red de antiguos condiscípulos; al final, lo conseguí gracias a Leo Rothenstein. Él era —y desde hacía años, como descubrí con sorpresa— alguien muy importante en la sección de Oriente Medio.

—Lo lleva en la sangre —decía Querell, frunciendo la boca al sonreír—. En su familia ha habido espías durante siglos. ¿Sabías que fueron los primeros que se enteraron de lo de Waterloo, y gracias a ello hicieron fortuna en la Bolsa? Astutos; muy astutos.

A Querell no le gustaban los judíos. Me observaba con aquellos impasibles ojos claros y saltones, mientras de los orificios de su nariz salían lentamente sendas oleadas de humo de cigarrillo. Me puse a comer un pringoso bollo. Su mención de los espías me había sobresaltado; no era una palabra que empleara la gente del Departamento, ni siquiera entre ellos. A veces me pasaba por la mente que él también podía ser como yo, más de lo que admitía; acababa de publicar una novela de misterio titulada *El agente doble*. La idea de que Querell fuera un cómplice secreto mío no me atraía. Cuando levanté la mirada del bollo, él desplazó la suya a las piernas de una camarera que pasaba. No había logrado averiguar su ideología política. Hablaba del grupo de Cliveden^[14] o de Mosley^[15] y sus matones con una especie de melancólica admiración, e inmediatamente después defendía a los trabajadores. Inocente de mí, imaginaba que su catolicismo le permitía esa casuística

tan amplia. Un fin de semana en Maules, cuando tenían lugar los procesos de Moscú, me oyó censurar a Stalin.

«El caso, Maskell —me dijo—, es que un mal Papa no equivale a una mala Iglesia».

Leo Rothenstein, acomodado en un sofá, con sus largas piernas cruzadas, cambió de posición y sonrió perezosamente.

«¡Dios mío —dijo—, un bolchevique en casa! Mi pobre papá debe de estar revolviéndose en su tumba».

—¿Has visto a Bannister recientemente? —me preguntó Querell, con los ojos todavía puestos en las costuras torcidas de las medias de la camarera—. He oído decir que se ha juntado con los fascistas.

Boy trabajaba en la BBC, encargado de lo que solemnemente calificaba de Entrevistas. Estaba encantado y orgulloso de su trabajo y nos entretenía con historias sobre Lord Reith^[16] y sus novios, que por aquel entonces nos negamos a creer. Estaba también en el Departamento; después de Múnich, más o menos todos los de nuestro grupo nos habíamos incorporado al servicio secreto, voluntariamente o merced a sutiles presiones. Imagino que no ignorábamos que trabajar en la inteligencia militar quizás era preferible a ser soldado; ¿o soy injusto con nosotros? Boy se tomó su papel clandestino con entusiasmo infantil. Siempre le gustó la vida secreta, y la echó de menos con mucho dolor después de desertar. Disfrutaba sobre todo interpretando papeles; como pretexto, recientemente se había unido al grupo de presión del Partido Conservador, simpatizante de los nazis, que se hacía llamar la Cadena («Estoy tirando de la Cadena por el Tío Joe», era el lema de Boy), y le había cogido cariño a un miembro del Parlamento, partidario declarado de Hitler, llamado Richard no sé qué, he olvidado el apellido, exoficial de la Guardia Real y notorio lunático, para el cual actuaba (esa es la palabra adecuada) como secretario particular oficioso. Su principal obligación, nos contó, era hacer de alcahuete del capitán, que tenía un insaciable apetito por los jóvenes de la clase trabajadora. Recientemente, Boy y su loco capitán habían realizado una corta excursión por Renania, escoltando a un grupo de escolares del East End de visita a un campamento de las Juventudes Hitlerianas. Formaba parte de esas cosas absurdas que ocurren en el período previo a una guerra. La pareja había regresado extasiada («¡Ah, esos brutos rubios!»), aunque el capitán Dick había contraído una dolorosa dosis de afta en el ano; después de todo, no eran tan limpios los miembros de *die Hitlerjugend*.

—Lo más gracioso de todo —dije—, es que el viaje fue patrocinado por ¡el Consejo de Relaciones Exteriores de la Iglesia de Inglaterra!

Querell no se rio, únicamente me dirigió una de aquellas miradas rápidas de sus ojos saltones, que siempre me hacían sentir como si me hubieran hecho rodar una botella por la cara, del mismo modo que en las fiestas de las casas de campo solían hacer rodar botellas vacías de champán por los suelos de la sala de baile para impartirles un lustre final (¡ay, aquellos días de nuestra juventud...!, ¡la juventud del

mundo!).

—Tal vez deberías haber ido con ellos —me dijo.

Eso me hizo vacilar. Noté que empezaba a ruborizarme.

—No es lo mío, viejo amigo —contesté. Quería que mi respuesta sonara espontánea e insolente, pero me pareció que sonaba más bien como una confesión vergonzante. Rápidamente pasé a otra cosa—. Boy dice que los boches han terminado ya de rearmarse y solo esperan la orden.

Querell se encogió de hombros.

—Bueno, no necesitábamos enviar a un mariquita para que averiguara eso, ¿verdad?

—A él y al capitán les mostraron un aeródromo. Una fila tras otra de Messerschmitts, todos apuntándonos.

Nos callamos. En medio del ruido del tráfico en la calle, me pareció oír el zumbido de las hélices, y me estremecí con ilusionada expectación: *venga, ¡que empiece ya!* Querell echó una mirada distraída alrededor de la habitación. En la mesa vecina a la nuestra un hombre gordo con un traje grasiento hablaba vehementemente en voz baja con una joven macilenta con el pelo alheñado —parecía su hija—: le decía en voz baja que no era más que una furcia; ambos personajes iban a aparecer de nuevo dos años más tarde, disfrazados de refugiado judío y su joven esposa predestinada a morir, a bordo del *Orient Express*, en la primera de las sobrevaloradas novelas de intriga en los Balcanes que escribió Querell.

—Me pregunto si sobreviviremos —dijo Querell—. A todo esto, quiero decir.

Hizo señas con una mano, abarcando a las otras mesas, y a la camarera, y a la mujer de la caja registradora, y al hombre gordo y su desdichada hija, y más allá de ellos, a toda Inglaterra.

—¿Y si no sobrevivimos? —dije cautelosamente—. Algo mejor podría ocupar nuestro lugar.

—¿Quieres que gane Hitler?

—No, Hitler no.

Ahora es difícil hacer revivir la peculiar emoción de momentos como aquellos, cuando uno lo arriesgaba todo en un comentario hecho de paso. Era parecido a la oleada de júbilo vertiginoso que sentí cuando hice mi primer salto en paracaídas. Había en ello la misma sensación de ser ligero como el aire y, sin embargo, mucho más pesado, de ser mucho más importante, de algún modo, de lo que un simple mortal podía esperar ser nunca. Así debía de sentirse un dios menor cuando caía en picado de las nubes para probar un disfraz con alguna de las ninfas más experimentadas de la Arcadia. Querell y yo permanecimos sentados, inmóviles y callados, mirándonos. Había otro motivo de emoción en aquellos momentos de riesgo absoluto: la poderosa, emotiva neutralidad que asumían la expresión facial de uno y su tono de voz. Cuando me presentaron a T. S. Eliot en una recepción en Palacio, después de la guerra, inmediatamente reconocí en su mirada tenebrosa, como de

camello, y su voz sin timbre, las huellas de toda una vida de disimulo.

Querell fue el primero en apartar la mirada; el momento pasó.

—Bueno —dijo—, poco importa quién sea el ganador, ya que, como de costumbre, después de nosotros llegarán los yanquis y acabarán con él.

Entonces nos marchamos y fuimos a emborracharnos al Gryphon. Cuando miro hacia atrás, me sorprende cuánto tiempo he pasado en compañía de Querell a lo largo de los años. No había afecto entre nosotros, y teníamos pocos intereses en común. Su catolicismo era tan incomprensible para mí como, según decía, mi marxismo lo era para él; aunque ambos éramos creyentes, ninguno de los dos podía confiar en la fe del otro. No obstante, había ciertos vínculos entre nosotros. El nuestro era como uno de esos extraños afectos que surgen en el colegio, cuando dos inadaptados sin atractivo alguno se acercan sigilosamente el uno al otro a causa de su mutua necesidad y traban una especie de vaporosa, desventurada amistad. El Gryphon y el George eran nuestra versión de los árboles detrás de los campos de deportes: allí podíamos sentarnos durante largas horas de melancolía compartida en medio de una nube de humo de cigarrillos y vapores alcohólicos, durante las cuales nos permitíamos ocasionales intercambios hostiles y fulminábamos con la mirada a quienes se emborrachaban con nosotros o les sonreíamos amistosamente. Estar con Querell era para mí una especie de visita a los barrios bajos. Yo no suscribía —en aquellos días, por lo menos— su versión maniquea del mundo; sin embargo, me sentía atraído por ella, por la idea de que era un lugar sombrío y sucio, pero también, curiosamente, atractivo y subyugante, por el que se paseaba con los hombros caídos, siempre solo, con un pitillo en la boca, el sombrero inclinado a un lado y una mano metida en el bolsillo de la chaqueta, acariciando un revólver imaginario.

Fue una velada tumultuosa. Después de beber más de la cuenta y emborracharnos en el Gryphon, recogimos su Riley del garaje del Royal Automobile Club y nos lanzamos a toda marcha en dirección a alguna parte de Edgware Road. Querell había dicho que el lugar estaba especializado en prostitución infantil. La sala de recibo era un sótano estrecho que olía a ácido fénico, con un sofá gastado de terciopelo rojo, unas sillas de mimbre con respaldo de barrotes y el suelo de linóleo marrón, cubierto de marcas de colillas pisoteadas. Había una lámpara de sobremesa que despedía una tenue claridad, cuya pantalla torcida tenía el pavoroso aspecto de ser la piel humana curtida. Las chicas sentadas en combinación a su alrededor tenían expresión ausente y hacía tiempo que habían dejado de ser niñas. La pareja que se ocupaba de aquel lugar parecía sacada de una tarjeta postal de playa: ella era un enorme manjar blanco con peluca de rizos dorados, él era un tipo flaco y pequeño como un lebrél con un bigote a lo Hitler y un tic en un ojo. Mrs. Ricitos entraba y salía sin parar de la sala con expresión de dueña solícita, mientras Adolf servía cerveza negra correteando encogido de un lado a otro, sosteniendo en equilibrio con gran pericia una bandeja de hojalata sobre los dedos de la mano izquierda, mientras con la derecha repartía con destreza botellas y vasos sucios. Me pareció todo muy divertido, una especie de

confusa orgía de borrachos, a la manera de ciertos cuadros de Stanley Spencer (*El festín de Baltasar en Cookham*). Sin saber cómo, me encontré sentado y con una pelirroja pecosa encaramada en mis rodillas en actitud de niña demasiado crecida para su edad, con la cabeza descansando con torpeza en mi hombro y las rodillas apoyadas lateralmente en mi pecho, mientras debajo de nosotros la silla de mimbre hacía un ruido de mil demonios. La Ricitos me contó con gran orgullo que su mamá y su papá habían sido hacía tiempo el Rey y la Reina de las Perlas^[17] (¿todavía se conserva esa costumbre?), y se ofreció a mamármela por diez chelines. Me quedé dormido, o me traspuse brevemente, y cuando volví en mí, la chica y sus compañeras se habían ido, así como Querell, aunque enseguida reapareció, con un mechón de su pelo ralo, aceitoso, colgándole de la frente; me pareció muy preocupante esa muestra de desaliño en alguien, por lo general, tan fanáticamente pulido y acicalado.

Nos marchamos y subimos las escaleras del sótano, con no poca dificultad, hasta salir a la calle; descubrimos que estaba lloviendo mucho —¡qué sorprendente es siempre el tiempo cuando uno está borracho!—, y Querell dijo que conocía otro sitio donde sin duda había niñas en venta, y cuando le dije que no quería acostarme con una niña se enfadó y no quiso conducir el coche, de modo que me entregó las llaves, aunque yo nunca había conducido antes, y salimos a sacudidas bajo la lluvia en dirección al Soho, yo inclinado hacia delante ansiosamente y casi tocando con la nariz el empapado parabrisas, y Querell desplomado junto a mí lleno de mudo enojo y con los brazos cruzados con furia. Para entonces yo estaba tan borracho que apenas podía concentrarme, y tuve que mantener un ojo cerrado para no ver doble la raya blanca en medio de la calzada. Antes de que hubiera tenido tiempo de decidir adónde iba, nos habíamos detenido frente a la casa de Leo Rothenstein en Poland Street, donde Nick vivía por aquel entonces; la mayoría de nosotros nos alojaríamos allí, de vez en cuando, en los años venideros; fue lo que hoy se llamaría una comuna, supongo. Había luz en la ventana de Nick. Querell tocó el timbre —ya había olvidado su enfado— mientras yo levantaba la cara hacia la lluvia y recitaba a Blake:

*¡Despierta! Despierta, oh tú que duermes en el país de las sombras,
¡despierta!, ¡ábrete!*

Nick abrió una ventana, sacó la cabeza y se puso a despotricar.
—¡Por el amor de Dios, vete a casa, Victor, sé buen chico!

Sin embargo, bajó y nos dejó entrar. Llevaba traje de etiqueta y parecía muy pálido y satánico. Subimos tras él las estrechas escaleras, chocando alternativamente contra la barandilla y la pared, y Querell retomó el estribillo de *Jerusalem*:

*Yo estoy en ti y tú estás en mí, iguales en amor divino:
Fibras de amor que van de hombre a hombre en la grata tierra de Albión.*

En el apartamento se desarrollaba una pequeña fiesta que era, evidentemente, continuación de otra mayor. Allí estaban Boy, y el poeta Abercrombie, y Lady Mary No-sé-qué, y las hermanas Lydon. Habían ido a una fiesta en la mansión de Rothenstein en Portman Square (*¿Por qué no me invitaron?*) y estaban acabándose un botellón de champán. Querell y yo nos detuvimos en la puerta y los miramos con unos ojos como platos.

—Vaya —dije—, tenéis todos un aspecto estupendo.

Y lo tenían: parecían una bandada de lánguidos pingüinos.

Nick se rio malévolamente.

—¡Qué inglesa suena tu voz, Vic! —dijo—. Pareces de verdad un nativo.

Sabía muy bien cuánto odiaba que me llamaran Vic. Querell apuntó hacia él y dijo, arrastrando las palabras:

—Por lo menos, no llegó aquí vía Palestina.

Las hermanas Lydon se rieron estúpidamente.

Nick trajo de la cocina un par de vasos de cerveza y vertió en ellos un poco de champán. Entonces reparé por vez primera en un joven muy guapo, desconocido aunque inquietantemente familiar, sentado en un sillón en una esquina; con un tobillo sobre la rodilla, traje de etiqueta de seda y pelo engominado peinado hacia atrás, fumaba un cigarrillo y me observaba con una mirada de tranquilo regocijo en sus ojos oscuros.

—¡Hola, Victor! —dijo esa persona—. Pareces un poco desmejorado.

Era la Nena. Los otros se rieron de mi asombro.

—Dodo se apostó con ella un galón de champán a que no conseguiría hacerse pasar por hombre —dijo Nick.

Lady Mary —Dodo— juntó las manos en el regazo, se encogió de hombros y adoptó una expresión de cómico pesar. Nick torció el gesto.

—Perdió ella —dijo—. Fue una cosa tremenda. Ni siquiera Leo la reconoció.

—Y yo intenté conquistarla —dijo Boy—. Ya te lo contará.

Más risas. Nick atravesó la habitación con la botella de champán.

—Vamos, mujer —dijo—, tenemos que acabar con tus ganancias.

Con los ojos todavía clavados en mí, la Nena levantó su copa para que se la llenaran. Unas cortinas de terciopelo azul oscuro cubrían la alta ventana que había detrás de la silla en la que ella se sentaba, y en una mesa baja un ramillete de rosas de color rojo claro expiraban en un cuenco de cobre; sus apretados y flácidos pétalos colgaban pesadamente como ropa mojada. La habitación se achicó, se convirtió en una caja larga y estrecha, como el interior de algo, una cámara, o una linterna mágica. Yo estaba de pie, tambaleándome, y sentía estallar las burbujas de champán en mis narices; mientras los observaba, como lo veía todo doble y borroso, hermano y hermana parecían fundirse y separarse para volver a fundirse de nuevo, negro sobre negro y blanco sobre blanco reluciente, Pierrot y Pierrette. Nick me miró, sonrió y dijo:

—Es mejor que te sientes, Victor, tienes todo el aspecto de Ben Turpin^[18].

Luego viene una laguna, y cuando recobro la conciencia estoy sentado en el suelo, junto al sillón de la Nena, con las piernas cruzadas y la barbilla prácticamente apoyada en el brazo del sillón, junto a su mano, que de pronto se ha vuelto significativa a causa de sus dedos cortos y regordetes que se adelgazan al llegar a las uñas color rojo sangre; quiero coger uno tras otro esos dedos entre mis labios y chuparlos y chuparlos hasta que las uñas pintadas se vuelvan transparentes como escamas de pez. Le hablo, seriamente, sobre la teoría de Diderot acerca de las estatuas. Hay una fase en la embriaguez en la que, de repente, uno parece traspasar con sorprendente y absurda facilidad una puerta que toda la noche había estado intentando abrir en vano. Al otro lado de esa puerta todo es claridad y contornos definidos y tranquilizante certeza.

—Diderot dijo —dije—, Diderot dijo que lo que hacemos es erigir en nuestro interior una estatua a nuestra propia imagen, idealizada, ya me entiendes, pero todavía reconocible, y luego nos pasamos la vida esforzándonos por parecernos a ella. Eso es el imperativo moral. Creo que es algo muy ingenioso, ¿y tú? Sé que es así como *me* siento. Solo que hay veces en que no puedo decir quién es la estatua y quién yo.

Esto último me pareció profundamente triste, y estuve a punto de ponerme a llorar. Detrás de mí Boy recitaba en voz alta «El Baile de Inverness» y las hermanas Lydon gritaban encantadas. Cubrí la mano de la Nena con la mía. Qué fría estaba; fría y excitantemente insensible.

—¿Qué piensas? —dije con voz pastosa por la emoción—. Dime qué piensas.

Estaba sentada en su sillón tan inmóvil... Sí, tan inmóvil como una estatua, con una pierna cruzada sobre la otra y los brazos extendidos a lo largo de los brazos del sillón, en actitud andrógina, hierática y ligera, tranquila, pero con una mirada levemente enloquecida, porque llevaba el pelo echado hacia atrás tan tirante que tenía los ojos oblicuos; volvió la cabeza hacia mí y me miró, sin decir nada. Aunque, más que mirarme, miraba a mi alrededor. Era algo característico en ella. Te miraba directamente a la cara y, sin embargo, era todo tu cuerpo lo que miraba; te definía, por así decirlo, y te ponía aparte, como si con aquel escrutinio creara a tu alrededor una especie de corona invisible, un campo de fuerza dentro del cual permanecías aislado, inspeccionado, solo. ¿Le atribuyo un poder que no tenía, estoy haciendo que parezca una especie de esfinge, de monstruo, cruel, frío, imposible e inalcanzablemente distante? No era más que un ser humano, como yo, que atravesaba el mundo a tientas; sin embargo, cuando me miraba de aquella manera tenía la sensación de que sacaba a relucir mis pecados, de que los iluminaba para que todos los vieran. Era una sensación embriagadora, en especial para alguien tan embriagado ya.

A las cuatro de la madrugada Querell me llevó a casa. En Leicester Square chocó ligeramente con un farol del alumbrado, y permanecimos un rato escuchando el

ronroneo del radiador y mirando un anuncio luminoso de Bovril que se encendía y se apagaba. La plaza estaba desierta. Ráfagas de viento arrastraban las hojas muertas de un lado a otro del pavimento, en el que la lluvia recientemente caída empezaba a secarse creando charcos en forma de mapa. Estaba todo muy solitario, hermoso y triste, y de nuevo estuve a punto de ponerme a llorar.

—Maldita gente —murmuró Querell mientras ponía en marcha el motor, que se había calado—. Esta maldita guerra les ajustará las cuentas.

Al amanecer me desperté de pronto, con la cabeza completamente clara, en un arrebato de certidumbre. Sabía exactamente lo que debía hacer. Más que saltar de la cama, levité fuera de ella; me sentía como uno de los resplandecientes personajes de Blake, transformado e inflamado. El teléfono zumbó en mis manos. La Nena contestó al primer timbrado. No debía de estar durmiendo. Detrás de su voz se extendía un silencio abrumador, expectante.

—Oye —le dije—, tengo que casarme contigo.

No respondió. Me la imaginé flotando en aquel mar de silencio, en medio de frondas de seda negra que se agitaban ondulantes a su alrededor.

—¿Vivienne? ¿Estás ahí?

Qué extraño sonaba su nombre.

—Sí —dijo—. Aquí estoy.

Parecía estar conteniendo la risa, como siempre, pero no me importó.

—¿Quieres casarte conmigo?

Calló de nuevo. Una gaviota se posó en el alféizar de mi ventana y me miró con sus ojos vivarachos, inexpresivos. El cielo tenía un pálido color de cieno. Tuve la sensación de que todo aquello había pasado ya antes.

—De acuerdo —dijo.

Y colgó.

Aquel mismo día, más tarde, nos citamos para almorzar en el Savoy. Fue una extraña celebración, muy tensa y algo teatral, como si representáramos una de esas afectadas comedias de salón tan de moda en aquella época. El restaurante estaba lleno de gente que conocíamos, lo cual aumentó nuestra sensación de estar exhibiéndonos. La Nena llevaba su habitual traje sastre negro con hombreras y falda estrecha, que a la luz del día me pareció la ropa de luto de una viuda. Como siempre, estaba alerta y a la vez distante, aunque creí percibir una pizca de nerviosismo en la forma en que alargó la mano y jugueteó con mi pitillera, haciéndola girar en todas direcciones sobre el mantel. No sirvió de mucho que le dijese, antes que nada, lo mal que me encontraba. Y era cierto: me sentía como si me hubieran arrancado los ojos, los hubieran puesto sobre carbones al rojo y luego los hubieran vuelto a meter en sus palpitantes cuencas. Le mostré mis manos temblorosas, le conté cómo palpitaba desacompañadamente mi corazón. Hizo una mueca de desdén.

—¿Por qué los hombres alardean siempre de sus resacas?

—Supongo que en los tiempos que corren hay muy pocas cosas más de las que alardear —dije, con evidente malhumor.

Dejamos de mirarnos el uno al otro. El silencio se alargó, cada vez más. Éramos como dos bañistas que dudasen al llegar al borde poco acogedor del agua. La Nena fue la primera en zambullirse.

—Bueno —dijo—, hasta ahora nunca había recibido proposiciones matrimoniales por teléfono.

Su risa tenía un centelleo nervioso. Hacía poco había terminado una relación muy conflictiva con cierto americano. «Mi yanqui», así es como se refería a él, con una sonrisa amarga, resignada. Nadie parecía haberlo conocido. Pensé, con una especie de asombro progresivo, en lo poco que sabía de ella.

—Sí —le dije—, lo siento, pero en aquel momento me pareció que debía hacerlo.

—¿Y todavía te lo parece?

—¿El qué?

—Si te parece que debías hacerlo.

—Sí, por supuesto. ¿Tú no lo crees?

Hizo una pausa. Aquella mirada tan suya parecía surgir en cierto modo de lo más hondo de sus ojos.

—Nick tiene razón —dijo—, te *estás* convirtiendo en un inglés.

El camarero apareció entonces y nos concentramos con alivio en nuestros menús. Durante el almuerzo hablamos de manera deliberadamente inconexa sobre mi nuevo puesto en el Instituto, la curiosa contratación de Nick como asesor de los Rothenstein, el último lío de Boy Bannister, la próxima guerra. Había supuesto que ella no tenía ideas políticas, y me sentí vagamente irritado al descubrir que estaba firmemente en contra de la política de contemporización; en realidad, era una belicista convencida. Mientras nos retiraban los platos ella abrió mi pitillera, cogió un cigarrillo —por la brusquedad de sus movimientos, parecía que también estaba irritada— y, demorándose un poco con la cerilla, dijo:

—Supongo que me quieres.

El camarero la miró y enseguida se fue. Le cogí la muñeca, atraje su mano hacia mí y soplé la cerilla. Habíamos empezado nuestra segunda botella de vino.

—Sí —dije—, te quiero.

Nunca había dicho eso a nadie antes, a excepción de Hettie, cuando era pequeño. La Nena asintió con la cabeza una sola vez, enérgicamente, como si le hubiera aclarado algún pequeño, insignificante asunto que la preocupara desde hacía mucho tiempo.

—Tienes que ver a mamá, ¿sabes? —dijo ella. La miré desconcertado. Se permitió una sonrisa irónica—. Para pedir mi mano.

Ambos miramos mis dedos, que todavía retenían con suavidad su muñeca. Si realmente hubiera habido público, la escena habría provocado risas generalizadas.

—¿No debería pedírsela a tu padre? —dije. El Castor Mayor estaba a punto de publicarme una monografía sobre la arquitectura barroca en Alemania.

—Oh, no creo que le importe.

En el taxi nos volvimos de repente el uno hacia el otro y nos besamos con movimientos torpes y espasmódicos, como si fuéramos una pareja de maniqués de escaparate revividos. Recordé que ya nos había ocurrido lo mismo —¿cuándo?, ¿seis o siete años antes?—, y pensé en lo extraña que era la vida. La Nena tenía la nariz fría y ligeramente húmeda. Le toqué un pecho. Un fuerte viento helado soplaba a lo largo de Oxford Street. Apoyó su frente en mi cuello. Su manita de dedos regordetes descansaba en la mía.

—¿Cómo te llamaré? —dijo—. Victor casi no puede considerarse un nombre. Es más bien un título. Como si fueras un antiguo romano.

Levantó la cabeza y me miró. Las luces de las tiendas cerradas ante las que pasábamos centelleaban, diminutas, en sus ojos en rápida sucesión, como el parpadeo de las diapositivas al pasar por las lentes de un proyector defectuoso. En la oscuridad su sonrisa parecía radiante y espléndida, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—Yo no te quiero, ¿sabes? —me dijo bajito.

Cerré mis dedos sobre los suyos.

—Ya lo sé —dijo—. Pero eso no importa, ¿verdad?

Fui a Oxford en tren en uno de esos días engañosamente templados, resplandecientes, de finales de octubre. Todo estaba inflamado de un modo melodramático, así que el mundo no parecía estar al borde del invierno, sino al principio de algo grande, esplendoroso. Yo llevaba un traje nuevo bastante elegante, y mientras avanzábamos a toda velocidad admiraba la raya del pantalón y el destello marrón en las punteras de mis lustrosos zapatos. Tenía una imagen de mí mismo clara y definida: bien rasurado, bien peinado, acicalado y engominado, un hombre con una misión. Estaba completamente tranquilo acerca de mi inminente confrontación con Mrs. Castor, incluso la esperaba con ansia, con divertida condescendencia. ¿Qué podía temer de semejante cabeza de chorlito? Sin embargo, a medida que nos íbamos acercando, empezó a afectarme la inexorabilidad con que el pesado y aparentemente imparable tren se detenía en todas las estaciones, y el humo que pasaba junto a la ventanilla empezó a tomar un aspecto infernal; para cuando llegamos a Oxford, un terror profundo había clavado sus garras en mi corazón.

La doncella que me abrió la puerta era nueva, una chica de caderas anchas y cara triste, que me miró como si no supiera si dejarme entrar o no y cogió mi sombrero como si fuera algo sin vida que yo le hubiera dado. Los Brevoort estaban orgullosos de su reputación de aguantar a sirvientes inaguantables; eso alimentaba las ideas bohemias que Mrs. Castor tenía sobre sí misma.

—La señora está en la despensa —dijo la chica, y su tono de rima infantil me

sonó extrañamente desconcertante.

Flotaba en el ambiente un olor cálido, dulzón, algo nauseabundo. Seguí los contoneos de cadera de la chica hasta el salón, donde me dejó nada más entrar, retrocedió caminando de espaldas y me cerró la puerta en las narices con una sonrisa de evidente satisfacción. Me quedé en medio de la habitación escuchando la palpitación de mi corazón y eché un vistazo a través de los cristales de la ventana al iridiscente y algo irrisoriamente chabacano jardín. Pasó el tiempo. Recordé la primera vez que había estado en aquella habitación, hacía casi una década; Nick estaba repantigado en el sofá y la Nena en el piso de arriba, oyendo sus discos de jazz. De pronto, me sentí enormemente viejo, y me vi, no como el refinado hombre de mundo que me había parecido ser al comienzo de mi viaje, sino como una especie de monstruo, disecado y obscenamente conservado, como uno de esos enanos de feria, un hombre en un cuerpo arrugado de muchacho.

La puerta se abrió de golpe, y allí estaba Mrs. Brevoort con una pose a lo Sarah Bernhardt: una mano en el pomo, la cabeza echada hacia atrás y la blanca pechera que dejaba al descubierto visiblemente palpitante.

—¡Hay que ver con las ciruelas! —dijo—. Qué fecundidad tan inaguantable.

Llevaba un chal adornado con borlas y un voluminoso vestido de terciopelo del color de la sangre seca, y ambos antebrazos cubiertos casi hasta el codo por brazaletes de oro fino, como una especie de muelles, que hacían pensar más en una pista de circo que en un serrallo. Me di cuenta de a quién me recordaba siempre su aspecto: a una de esas intrigantes mundanas de Henry James, como Madame Merle o Mrs. Assingham, aunque sin su ingenio ni su agudeza. Se adelantó, moviéndose, como de costumbre, como si fuera montada en un carrito de ruedas oculto, me agarró por los hombros y me besó dramáticamente en ambas mejillas; luego me apartó de su lado de un empujón hasta donde su brazo le permitió y se me quedó mirando durante un buen rato con una expresión de trágica gravedad, mientras asentía despacio con su gran cabeza.

—¿Le ha hablado ya la Nena? —dije tímidamente.

Inclinó la cabeza todavía más, de modo que la barbilla casi le tocaba el pecho.

—Vivienne —dijo— me telefoneó. Su padre y yo hemos tenido una larga charla. Estamos tan...

Imposible saber lo que podía haber venido a continuación. Siguió mirándome, aparentemente absorta en sus pensamientos, hasta que, de pronto, volvió a la realidad y se animó.

—Venga —dijo—, necesito que un hombre me ayude.

La despensa era un modelo estilizado de la cueva de una bruja. A través de una pequeña ventana baja que daba al huerto entraba un denso y siniestro resplandor verde que parecía a un tiempo más intenso y débil que la luz del día. Una enorme olla de mermelada de ciruela hervía turbiamente sobre una achaparrada estufa negra apoyada en delicadas patas curvas, como un levantador de peso en el momento de

agacharse para coger la barra, mientras en el escurridero que había junto al desportillado fregadero se alineaba un escuadrón de tarros de diferentes tamaños listos para ser llenados de mermelada. Bizqueando, y con las aletas de su gran nariz ganchuda brillantes de sudor, Mrs. B. se inclinó sobre el burbujeante caldero, sacó un poco de mermelada con el cucharón y la examinó con recelo.

—Max espera de mí que haga esto —dijo, y cerró el gas—, no sé por qué —me miró de soslayo con una mueca de bruja—. Es un gran tirano, ¿sabe? ¿Quiere un delantal? Y quítese la chaqueta.

Yo iba a sostener los tarros mientras ella los llenaba de mermelada.

—Hay que hacerlo mientras la mermelada esté caliente, ¿comprende?, si no, los precintos no servirán de nada.

El primer tarro se rajó por el calor de la fruta en ebullición, y al llenar el segundo la mermelada se desbordó y me quemó los dedos. Solté un reniego, que Mrs. B. fingió no oír.

—Bueno —dijo—, quizás deberíamos dejar que se enfríe un poco. Vamos al jardín. Hace un día tan bueno... ¿Puedo ofrecerle algo de beber, o es demasiado temprano? Maude nos traerá algo. ¡Maude! Vaya por Dios, ¿dónde estará esa chica? Ah, estás ahí. ¿Por qué te escondes? ¿Qué tomará usted, Mr. Maskell? La gente dice que mi vino de diente de león es excelente. ¿Ginebra? Bueno, sí, estoy segura de que tenemos una botella en alguna parte. Maude, tráele un poco de ginebra a Mr. Maskell. Y... tónica, etcétera —Maude me miró, una sonrisa sardónica cruzó rápidamente su grueso rostro, y se marchó arrastrando los pies. Mrs. Brevoort suspiró—. Creo que se comporta de un modo insolente, pero nunca puedo cogerla in fraganti. Son tan astutas, ¿sabe?, y además tan listas, a su manera...

El jardín estaba dando las últimas boqueadas, y era todo oro y verde y ocre oscuro y rojo púrpura. Brillaba un intenso sol otoñal. Pisoteamos la fresca hierba, mientras llegaba hasta nosotros el aroma de los eucaliptos y el estridente y animado follón de la verbena, y nos sentamos en un banco de madera deteriorado por la intemperie, colocado al bies contra un tosco muro de piedra bajo una enredadera de rosas que empezaban a secarse. Un emparrado no muy conseguido.

—¿Le duele mucho la mano? —dijo Mrs. B.—. Quizás deberíamos ponerle algo.

—Hojas de acedera —dije.

—¿Qué?

—Era un remedio que mi madre utilizaba... Mi madrastra.

—Ya —recorrió el jardín con la mirada; sus ojos traslucían una vaga sensación de impotencia—. No sé si habrá por aquí alguna hoja de *acedera*...

Maude se acercó entonces con mi ginebra y una copa verde de un líquido que parecía orines para Mrs. Castor, que supuse que sería su celebrado vino de diente de león. Me bebí de un trago la mitad de mi ginebra. Mrs. B., una vez más, fingió no darse cuenta.

—Me estaba usted hablando de su madrastra —dijo, y tomó un sorbo de vino

mientras me miraba fijamente por encima del borde del vaso.

—¡Ah, sí! Se llama Hermione —dije, y no supe qué añadir.

—Muy... bonito. ¿Y es también irlandesa?

—Sí. Sus antepasados eran cuáqueros.

—¡Cuáqueros! —exclamó, pronunciando esa palabra con una especie de agudo graznido, y, abriendo mucho los ojos, se dio una palmada en el pecho con los dedos de la mano separados, lo que produjo un sonoro chasquido.

Tuve la impresión de que no estaba completamente segura de lo que era un cuáquero.

—Bueno, por supuesto, uno no se puede considerar responsable de sus antepasados —dijo—. ¡Nadie puede saberlo mejor que yo!

Y echó hacia atrás la cabeza y se puso a reír estruendosa, forzada, locamente, como la heroína de una ópera trágica. Pensé mencionarle mi parentesco con la reina por parte de madre; no es que sea un esnob, desde luego, pero eso siempre impresiona.

Mi ginebra se había terminado y me puse a dar vueltas ostentosamente al vaso vacío entre los dedos, pero ella rehusó darse por aludida.

—Tiene usted un hermano, ¿verdad?

De pronto parecía haberse interesado mucho por la lanilla del tejido de terciopelo de su vestido en el lugar en que sus grandes y redondeadas rodillas lo habían dado de sí.

—Sí —dije.

Mi voz sonó extraordinariamente débil y forzada, como la de un dócil asesino contestando a la primera pregunta espantosa de la acusación.

—Ya —dijo ella bajito—. ¿Por qué no nos lo dijo?

—Porque no surgió la ocasión.

—Pensábamos que era usted hijo único.

—Lo siento.

No estaba seguro de por qué me disculpaba. Una angustiada oleada de ira estalló dentro de mí. Nick: Nick se lo había contado. Mrs. Brevoort dejó su vaso de vino en el banco que tenía a su lado, se levantó y anduvo un pequeño trecho por el césped; luego se detuvo y se volvió, contemplando pensativamente la hierba a sus pies.

—Desde luego —dijo—, deseábamos un certificado.

—¿Un certificado...?

—Sí. De un médico, ya sabe; Max encontrará alguno fiable. Con frecuencia esas cosas son hereditarias, y no quisiéramos exponer a Vivienne a nada de esa naturaleza. Lo comprende, ¿verdad?

Se había inclinado levemente hacia delante, con las manos entrelazadas bajo el pecho, y me miraba con una sonrisa sincera, amable, melancólica.

—No dudamos de que *usted*, Mr. Maskell...

—Llámeme Victor, por favor —murmuré.

Una desagradable risa maníaca se abría camino ascendente en mi pecho y amenazaba con ahogarme.

—No dudamos —siguió diciendo, imparable como un acorazado— de que usted, por supuesto, no está personalmente... contagiado, si me permite que lo exprese de esa manera. Pero se trata de la *sangre*, ¿comprende?

Elevó sus manos entrelazadas y las puso bajo la barbilla en un gesto encantadoramente histriónico; luego se volvió, anduvo unos cuantos pasos hacia la izquierda y regresó de nuevo.

—Somos gente sencilla, Mr. Maskell, a pesar de lo elegantes y refinados que podamos parecer. Me refiero, claro está, a *mi* pueblo. La raza hebrea ha sufrido mucho, y, sin duda, volverá a hacerlo en el futuro —llevaba razón: su hermano, su cuñada y sus tres sobrinos perecerían en Treblinka—, pero a lo largo de los miles de años de nuestra historia nos hemos mantenido firmes en lo esencial. La familia. Nuestros hijos. Y la sangre, Mr. Maskell: la sangre.

Bajó las manos de debajo de la barbilla, se volvió y anduvo de nuevo, esta vez hacia la derecha, y luego regresó al centro del escenario. Me sentía como un espectador atrapado en un teatro en medio de un largo segundo acto, que oye pasar por la calle un coche de bomberos en dirección a su propia casa.

—Mrs. Brevoort... —empecé a decir, pero me interrumpió alzando una mano tan ancha como la de un policía de tráfico.

—Por favor —dijo con una gran sonrisa glacial—. Dos palabras más y me callaré, se lo prometo.

Podía ver a la criada yendo de un lado a otro por detrás de la ventana del salón, y le daba vueltas desesperadamente a la posibilidad de gritarle que me trajera más ginebra, que trajera la maldita botella. ¿Hay algo más desalentador que un vaso de ginebra vacío, pegajoso, que se va calentando entre las manos? Se me ocurrió chupar la raja de limón, pero comprendí que ni siquiera eso habría sido una muestra suficiente de desesperación para Mrs. B., en plena representación como estaba.

—Cuando Vivienne telefoneó —estaba diciendo— para hablarnos de su compromiso, lo que produjo, como comprenderá, una gran... sorpresa —*conmoción* era la palabra que se reprimió— a su padre y a mí, me encerré en la sala de música durante toda una tarde. Tenía mucho en que pensar. La música es siempre una ayuda. Toqué a Brahms. Esos magníficos, enigmáticos acordes. Tan llenos de tristeza y, sin embargo, tan... tan vigorizantes —agachó la cabeza y permaneció por un momento con los ojos cerrados, como si rezara en silencio; luego, de pronto, me atravesó otra vez con la mirada—. Es nuestra única hija, Mr. Maskell; nuestra única, querida niña.

Me levanté. El olor a almizcle de las rosas, junto con todo lo demás, me estaba produciendo dolor de cabeza.

—Mrs. Brevoort —dije—, Vivienne tiene ya veintinueve años. No es una niña. Nos queremos —en ese momento alzó sus espesas cejas e hizo con la cabeza un brusco movimiento de desdén, como si Mrs. Touchett^[19] hubiese cobrado vida— y

creemos que ya es hora de que nos casemos —titubeé; por alguna razón eso no era lo que yo había querido decir, o, al menos, no lo había querido decir de aquella forma—. Mi hermano padece un síndrome cuyo nombre no le diría nada a usted y, además, ahora no lo recuerdo —eso era ir de mal en peor—. Su afección no es hereditaria. Es consecuencia de que no le llegó suficiente oxígeno al cerebro mientras estaba en el útero —al oírme pronunciar esa palabra, se sobresaltó, sin duda alguna—. Habíamos contado con su bendición y la de Mr. Brevoort —proseguí—, pero si se niega a dárnosla, seguiremos adelante a pesar de todo. Me parece que debería entenderlo.

Noté que las cosas mejoraban a medida que mi retórica se inflamaba. Podía sentir un invisible plastrón blanco almidonado que brotaba a la altura de mi garganta, y no me habría sorprendido nada bajar la mirada y verme con levita y botas de montar: ni el mismo Lord Warburton^[20] hubiera podido ofrecer un aspecto más altanero. Me habría sentido completamente dueño de la situación de no haber sido por la perturbadora persistencia de la palabra *útero*, que se interponía todavía entre nosotros como un balón de fútbol medio desinflado que ninguno de los dos se atrevía a recoger ni a alejar de un puntapié. Permanecimos callados. Podía escuchar mi propia respiración, un débil clamor estertoroso que me bajaba por los orificios de la nariz. Mrs. B. hizo un leve y extraño movimiento de cintura para arriba, a medio camino entre el encogimiento de hombros y el gesto de refrenamiento, y dijo:

—Por supuesto que tendrá usted nuestra bendición. Y también la tendrá Vivienne. Esa no es la cuestión.

—Entonces ¿cuál es?

Se disponía a hablarme, pero no le salieron las palabras y permaneció callada, con la boca torcida y los ojos desenfocados. Me asustaba que tuviera un ataque —la palabra *apoplejía* rondaba mi mente, y pensé, no sé por qué, en la función de títeres *Punch and Judy* que solía representarse en la playa de Carrickdrum durante el verano, cuando yo era niño, y que me llenaba de inquietud aunque me riese a carcajadas—, pero entonces, para mi asombro y consternación, se puso a llorar. Nunca la había visto perder el control de aquel modo, y nunca volvería a verla. Supongo que estaba tan sorprendida como yo. También estaba enfadada consigo, y sus lágrimas de rabia se unieron a las otras, fuera cual fuese su origen.

—Eso es ridículo, ridículo —murmuró mientras se restregaba los ojos, haciendo tintinear sus brazaletes, y meneaba la cabeza hacia un lado como si quisiera sacarse algo de la oreja; vislumbré cuál sería su aspecto cuando fuera vieja, muy vieja.

Sentía pena por ella, pero había también otro sentimiento, del que me avergonzaba, aunque no podía rechazarlo: era júbilo; malévolo, secreto y en pequeña escala, pero júbilo, a pesar de todo. Es en esos momentos excepcionales, pocas veces tan claros como en aquella ocasión, cuando el mando pasa de un oponente a otro, silenciosa, instantáneamente, como una descarga eléctrica salta entre los electrodos. Intenté consolarla diciendo algunas palabras inútiles y, probablemente, falsas, pero las desechó con un furioso manotazo, como si espantase a una avispa. Enseguida

recuperó el control de sí misma. Dejó de llorar. Aspiró profundamente y levantó la cabeza hasta que su barbilla apuntó hacia mí.

—No quiero que seamos enemigos, Mr. Maskell.

—No —dije—, no sería aconsejable.

Max Brevoort llegó poco después, cuando yo estaba otra vez en el salón y Mrs. B. se había ido a alguna parte a retocarse el rostro. Me pareció que la punta de su delgada nariz temblaba mientras olfateaba con cautela la atmósfera. Tenía un maravillosamente agudo sexto sentido para darse cuenta de lo peligroso de la situación. Su pulcritud, la manera de frotarse las manos y delicadas napias que parecían olfatearlo todo le daban cierto aspecto de castor.

—Me han dicho que vamos a ganar un hijo —dijo, y me ofreció una de sus furibundas sonrisas forzadas—. Enhorabuena.

Después de eso parecía que no había nada más que decir, y permanecimos incómodos, mirándonos a los pies. Luego empezamos los dos a hablar al mismo tiempo y volvimos a quedarnos callados. Regresó Mrs. B., de nuevo con su acostumbrado señorío, pero noté que Max le dirigía una mirada penetrante y severa y decidía, con toda evidencia, proceder con precaución.

—Tal vez deberíamos tomar un trago —dijo, y añadió con cautela—: Para celebrar tan señalada ocasión.

—Sí, en efecto —dijo su esposa, y le dirigió una sonrisa radiante, pero crispada—. Un poco de champán. Hemos tenido una charla —se volvió hacia mí—. ¿No es cierto, Mr. Maskell?

—Victor —le dije.

La boda fue en privado, como se decía en aquel entonces. La ceremonia tuvo lugar en el registro civil de Marylebone. Estuvieron los Castores, Nick y sus padres, una anciana tía a la que no había visto hasta entonces —tenía dinero—, y Boy Bannister, por supuesto, y Leo Rothenstein, y un par de amiguitas de la Nena, dos *flappers*^[21] algo maduras con ridículos sombreros. Mi padre y Hettie habían llegado la noche antes en el ferry, y parecían asustados como dos ratones de campo, y yo me sentía violento por ellos, y con ellos. Nick fue mi testigo. Después fuimos a almorzar al Claridges, y Boy se emborrachó y pronunció un vergonzoso discurso, durante el cual Mrs. Castor permaneció imperturbable, con una terrible sonrisa, mientras estrujaba entre las manos una servilleta como si le estuviera retorciendo el cuello a algún animalito blanco, sin huesos. La luna de miel la pasamos en Taormina. Hacía calor y el Etna lucía un inmóvil, amenazante penacho de humo. Leímos mucho y exploramos las ruinas, y por las noches, durante la cena, la Nena me hablaba de los amantes que había tenido, cuyo número era en verdad impresionante. No sé por qué sentía la necesidad de volver a contar esas aventuras, que me parecían melancólicas, sin variación alguna; tal vez fuese una forma de exorcismo. No me importaba. Fue

incluso agradable, hasta cierto punto, beber a sorbos mi vino mientras aquella fantasmal fila de banqueros, jugadores de polo y desventurados americanos irrumpía en el lúgubrementemente recargado comedor del hotel y desaparecía en la noche húmeda, tachonada de estrellas.

El sexo resultó ser más fácil de lo que yo esperaba, o temía. Me gustó encontrarme con una versión de la Nena —afectuosa, complaciente, incluso lánguida— muy distinta de la mujer alarmantemente poco comprensiva con la que me había casado, mientras que a ella la divirtió y conmovió el descubrir que se había casado con un hombre que era virgen a sus treinta y un años. Tuve algunas dificultades para ponerme en marcha, y se rio, y, echando hacia atrás su cabello, me dijo:

—Pobrecito, déjame ayudarte, siento debilidad por chupar esas cosas.

En la última noche de nuestra luna de miel hicimos voto solemne, aunque estábamos piripis, de que no tendríamos hijos. Y en Navidades estaba preñada.

II

Querida Miss Vandeleur. Ya sé que la he tenido abandonada. Más aún, la he evitado: estaba aquí esta mañana cuando llamó al timbre, pero no abrí la puerta. Sabía que era usted porque la había visto desde la ventana cruzar la plaza bajo la lluvia (¿qué tienen las jóvenes en contra del uso de paraguas?). Me sentía como una vieja solterona (pero bueno, ¿cuándo no me he sentido como una vieja solterona?) que se asoma apartando un poco los visillos a un mundo que cada vez le da más miedo. No me encontraba bien. Desanimado, esa es la palabra. Demasiada rumia, aquí, bajo la lámpara, yo solo con los garabatos de mi pluma, y el ruido aturdidor de los pájaros en los árboles ahí afuera, donde la primavera ha llegado a un punto frenético y se ha inclinado por el bronco verano de Keats. Este repentino buen tiempo me parece despiadado; siempre he sido propenso a la falacia patética. Me tomo las cosas demasiado a la tremenda, creo; debería haberme permitido algún tiempo para recuperarme después de que me pusieran al descubierto con la consiguiente humillación. Es como haber tenido una operación, o algo parecido a como debes de sentirte después de haber recibido un balazo; cuando te restableces, piensas: bueno, la cosa no es tan terrible, sigo aquí todavía y apenas tengo dolores, ¿por qué está toda esa gente a mi alrededor comportándose de manera tan exagerada? Y casi te sientes eufórico. Es porque el organismo no ha asimilado la conmoción, o porque la conmoción está actuando como un anestésico. Pero este pequeño intervalo de alegría se acaba, quienes te atendían llenos de excitación se marchan precipitadamente al escenario de alguna nueva emergencia, y entonces llegan la noche y la oscuridad y el creciente asombro del dolor.

Me sorprendí de veras cuando me despojaron del título de caballero, y Cambridge me revocó el doctorado honoris causa, y el Instituto me indicó amablemente que mi presencia allí no sería bien recibida, ni siquiera para investigar. (No he tenido noticias de Palacio; Mrs. W. detesta el escándalo.) ¿Qué he hecho, para que me injurien tanto, en una nación de traidores, de gentes que a diario traicionan a amigos, esposas, hijos, inspectores fiscales? No estoy siendo sincero, lo sé. Creo que lo que encuentran tan escandaloso es que alguien —es decir, uno de los suyos— haya sido capaz de mantenerse fiel a un ideal. Y yo me mantuve fiel al mío, a pesar incluso de mi propio escepticismo innato, corrosivo. No me engañé en cuanto a la naturaleza de la elección

que había hecho. Yo no era como Boy, con su pueril convicción acerca de la perfectibilidad humana, ni tampoco como Querell, que vaga por el mundo siempre dispuesto a discutir las más espinosas cuestiones del dogma con el obispo de las Quimbambas mientras trasiega el mejor oporto de su ilustrísima. Oh, sin duda, para mí el marxismo era un rebrote, en forma no muy alterada, de la fe de mis padres; cualquier freudiano de tres al cuarto se daría cuenta de eso. Pero ¿qué alivio ofrece la fe cuando lleva dentro su propia antítesis, la refulgente gota de veneno en el corazón? ¿Es suficiente la apuesta de Pascal para soportar una vida, una verdadera vida, en el mundo real? El hecho de apostar por el rojo no quiere decir que el negro no siga todavía allí.

Pienso a menudo de qué manera tan diferente podían haberme ido las cosas si no me hubiera tropezado con Felix Hartmann cuando lo hice. Por supuesto, me enamoré un poco de él. No creo que hayan oído nunca hablar de él. Era uno de los más admirables agentes de Moscú, a la vez ideólogo y activista consagrado (¡vaya por Dios, qué fácilmente cae uno en la jerga de los periódicos dominicales!). Su tapadera era un negocio de importación de pieles en las inmediaciones de Brick Lane, o algún otro lugar insalubre, lo que le proporcionaba frecuentes oportunidades de viajar, tanto por el país como por el extranjero. (Confío, Miss V., en que estará tomando notas.) Era natural de Hungría de extracción alemana y eslava: su padre era militar y su madre serbia o eslovena, o algo por el estilo. Se decía, aunque no sé con qué fundamento (incluso podría ser cierto), que había sido ordenado sacerdote católico y en la Gran Guerra había servido como capellán en el ejército austrohúngaro; cuando le pregunté una vez acerca de ese período de su vida, no me respondió, tan solo me dirigió una de sus sonrisas deliberadamente enigmáticas. Había recibido una herida de metralla —«en una escaramuza en los Cárpatos»— que le había dejado una atractiva cojera a lo Byron. Era alto, caminaba muy erguido y tenía el cabello liso y de un color negro azulado, ojos claros y una simpática, aunque algo forzada, sonrisa irónica. Hubiera podido pasar por uno de esos príncipes prusianos del siglo pasado, llenos de galones dorados y cicatrices de duelos, tan queridos por los compositores de operetas. Afirmaba haber sido capturado en batalla por el ejército ruso, y cuando llegó la Revolución se había unido a los Rojos y luchó en la guerra civil. Todo esto le daba el aire un poco extravagante del típico Hombre de Acción fuerte y presumido. A sus propios ojos, sospecho, no era el Príncipe Estudiante, sino uno de esos atormentados sacerdotes guerreros de la Contrarreforma, que arrastraban su espada ensangrentada por las humeantes ruinas de las ciudades saqueadas.

Fue Alastair Sykes quien me lo presentó. En el verano de 1936. Yo había ido a Cambridge a mediados de agosto —todavía tenía habitaciones en el Trinity College— para terminar un largo ensayo sobre los dibujos de Poussin. Hacía mucho calor, Londres estaba insoportable, y en Brevoort & Klein me habían dado una fecha tope para la entrega. La guerra había estallado en España, y la gente se preparaba con impaciencia para marcharse a combatir en ella. Debo decir que nunca se me ocurrió

unirme a ellos. No es que tuviera miedo —como iba a descubrir más tarde, nunca me faltó el valor físico, excepto en una ocasión desgraciadamente memorable— o que no apreciara el significado de lo que estaba sucediendo en España. Lo que pasa es que nunca he sido partidario de los grandes gestos. El héroe fabricado en serie a lo John Cornford^[22] me parece presuntuoso y, si se me permite el oxímoron, profundamente frívolo. Que un inglés tenga un pronto y se exponga a que le peguen un tiro en la cabeza en el cauce seco de un río, en Sevilla o donde sea, me parece, simplemente, una forma extrema de retórica, excesiva, pródiga, vana. El hombre de acción me despreciaría por tales sentimientos —no se me habría ocurrido expresárselos a Felix Hartmann, por ejemplo—, pero yo tengo una definición diferente de lo que constituye la acción efectiva. El gusano dentro del capullo es más preciso que el viento que sacude la rama. Eso lo saben todos los espías. Por eso lo sé.

Desde luego, Alastair estaba entusiasmado en grado sumo con los acontecimientos de España. Lo extraordinario de la guerra española —de todas las guerras ideológicas, supongo— fue la furibunda perseverancia, por no decir ingenuidad, a la que se aferró la gente más sofisticada. Se desvanecieron todas las dudas, todas las preguntas parecían haber sido contestadas, se acabaron todas las sutilezas. Franco era Moloch, y el Frente Popular, los niños inocentes que Occidente ofrecía al demonio en despiadado y cobarde sacrificio. El hecho de que Stalin, mientras corría en ayuda de los republicanos, estuviera al mismo tiempo exterminando de modo sistemático cualquier forma de oposición interna a su gobierno fue ignorado porque así convenía. Yo era marxista, sí, pero nunca había sentido más que desprecio por el Hombre de Hierro, una persona tan *poco apetecible*.

—¡Vamos, Victor! —me dijo Alastair, mientras desenroscaba el tubo de la pipa y lo sacudía para que salieran de su interior las gotas de saliva mezclada con nicotina—. Estos son tiempos peligrosos. La Revolución ha de ser protegida.

Suspiré y sonreí.

—¿Quieres decir que la ciudad debe ser destruida si queremos salvarla?

Estábamos sentados al sol en sendas tumbonas en el pequeño jardín trasero debajo de las ventanas de sus habitaciones en el Trinity. El propio Alastair cuidaba el jardín y estaba conmovedoramente orgulloso de ello. Había rosas y dragones, y el césped estaba tan pulido como una mesa de billar. Vertió té de una tetera azul, sujetando delicadamente en su sitio la tapadera con la yema de un dedo, y meneó la cabeza despacio, con melancolía.

—A veces dudo de tu entrega a la causa, Victor.

—Sí —dije—, y si estuviésemos en Moscú, puede que me denunciaras a la policía secreta —me dirigió una mirada dolida—. Alastair, ¡por Dios! —dije con desaliento—, sabes tan bien como yo lo que allí ocurre. No somos ciegos, no somos estúpidos.

Vertió té en su platillo y lo sorbió haciendo exagerados mohínes con los labios; era una de sus maneras de demostrar solidaridad de clase; me parecía ostentosa y, me

temo, un tanto repulsiva.

—No, pero lo que sí *somos* es creyentes —dijo, y, relamiéndose, sonrió y se reclinó en la tumbona de descolorida lona a rayas; luego puso la taza y el platillo en precario equilibrio sobre el saliente de su pequeña barriga. Parecía tan pagado de sí mismo, con su jersey de Fair Isle^[23] sin mangas y sus botas marrones, que me hubiera gustado pegarle.

—Pareces un cura —le dije.

Me sonrió abiertamente, mostrando el hueco entre sus incisivos de conejo.

—Es gracioso que digas eso —añadió—. Dentro de poco vendrá un tipo que fue cura. Te gustará.

—Olvidas —le solté— que vengo de una familia de clérigos.

—Bueno, entonces tendréis mucho de que hablar, ¿no?

En aquel momento apareció el criado de Alastair en el *college*, un servil estiralevitas medio enano —¡Dios mío, cómo desprecio a esa gente!— para anunciarle que tenía una visita. Felix Hartmann vestía todo de negro: traje negro, camisa negra y, sorprendentemente en aquel ambiente, un par de ajustados zapatos negros de charol tan delicados como unos escaarpines de baile. Mientras atravesaba el césped para unirse a nosotros, me di cuenta de que trataba de ocultar su cojera. Alastair nos presentó y nos estrechamos la mano. Me gustaría poder decir que se produjo entre nosotros un intercambio, por pequeño que fuese, de reconocimiento mutuo del potencial del otro, pero tengo la impresión de que esos primeros encuentros trascendentes solo adquieren su aureola de trascendencia retrospectivamente. Su apretón de manos, una breve presión que enseguida cedió, no mostraba más que una leve indiferencia, no del todo descortés. (Sin embargo, qué extraña ceremonia esa de estrecharse la mano; siempre la veo en términos heráldicos: solemne, anticuada, un poco ridícula, un tanto indecente, y no obstante, peculiarmente conmovedora, a pesar de todo.) Los ojos claros, esclavos, de Felix, de color caramelo —ese caramelo que, cuando volvía a casa procedente del colegio de Miss Molyneaux las tardes de invierno, Hettie solía ayudarme a hacer, quemando azúcar en un cazo—, se posaron por un momento en mi rostro y luego los apartó ligeramente. Era una de sus tácticas para parecer un poco distraído; se detenía unos segundos en medio de una frase y fruncía el ceño, luego le daba una especie de temblor infinitesimal, y continuaba de nuevo. Tenía también la costumbre, cuando estaba hablando con alguien, por muy en serio que lo hiciera, de darse media vuelta muy despacio y andar cojeando un pequeño trecho, cabizbajo, para luego quedarse quieto, vuelto de espaldas y con las manos enlazadas por detrás, de manera que nunca podías estar seguro de si todavía escuchaba lo que le estabas diciendo, o se había sumido en meditaciones mucho más profundas. Jamás pude determinar si estos manierismos eran genuinos, o simplemente estaba poniendo a prueba a las personas, ensayando en mitad de la obra, por así decirlo, como un actor se pasea entre bastidores para aprender a toda prisa algún movimiento particularmente complicado

mientras el resto del reparto sigue con el drama. (Espero que no le extrañe, Miss V., mi empleo de la palabra *genuino* en este contexto; si es así, no ha entendido nada sobre nosotros y nuestro pequeño mundo.)

—Felix es peletero —dijo Alastair, y se rio tontamente.

Hartmann sonrió lánguidamente.

—¡Qué ingenioso eres, Alastair! —dijo.

Permanecemos de pie en la hierba, incómodos los tres, pues solo había dos tumbonas, mientras Felix Hartmann examinaba las lustrosas punteras de sus zapatos. Luego, mirando de reajo al sol, Alastair dejó su taza, murmuró algo acerca de ir a buscar otra silla y se escabulló a la carrera. Hartmann desplazó su mirada en dirección a las rosas y suspiró. Escuchamos el rumor del verano que nos rodeaba.

—¿Es usted el crítico de arte? —dijo.

—Más bien soy historiador.

—Pero ¿de arte?

—Sí.

Asintió con la cabeza; ahora tenía la mirada fija en las inmediaciones de mis rodillas.

—Entiendo algo de arte —dijo.

—¿Ah, sí? —esperé, pero no añadió nada más—. Me gusta mucho el barroco alemán —dije en voz demasiado alta—. ¿Conoce ese estilo?

Negó con la cabeza.

—No soy alemán —dijo, con una entonación lúgubre, y desvió la mirada con cara de pocos amigos.

Y volvimos a quedarnos callados. Me preguntaba si le habría ofendido de algún modo, o si me consideraba un pesado, y me sentí un poco molesto; no todos podemos ser heridos en escaramuzas en los Cárpatos. Alastair regresó con una tercera tumbona, que instaló con mucho esfuerzo y palabrotas, y se pellizcó el dedo pulgar durante el proceso. Propuso preparar otro té, pero Hartmann declinó en silencio, con un movimiento de la mano izquierda. Nos sentamos. Alastair exhaló un suspiro de felicidad; los jardineros tienen una forma de suspirar especialmente irritante cuando contemplan su trabajo.

—Cuesta pensar en España y en la guerra que ha comenzado —dijo—, mientras estamos aquí sentados al sol —rozó la manga del traje negro de Felix—. ¿No tienes calor, amigo?

—Sí —dijo Hartmann al tiempo que volvía a asentir con la cabeza con aquella peculiar mezcla de indiferencia y severa solemnidad.

Hubo una pausa. Las campanas del King's College comenzaron a repicar, y los latidos del bronce sonaban con fuerza a través del denso aire azul.

—Alastair cree que deberíamos ir a España para combatir a Franco —dije despreocupadamente, y me asusté e incluso me desconcerté cuando Hartmann levantó la vista y la fijó en mí durante breves instantes, con una intensidad de lo más teatral.

—Tal vez tenga razón —dijo.

Si no es teutón, pensé, sin duda es austríaco... o de algún sitio donde se hable alemán, en todo caso; tanta melancolía y sentimentalismo solo pueden ser consecuencia de una educación entre palabras compuestas.

Alastair adoptó una pose característica en él, como de bulldog estreñado, sentado inclinado hacia delante, con las manos sujetas entre las rodillas, que siempre anunciaba el comienzo de un ataque de ganas de polemizar. Sin embargo, antes de que pudiera empezar, Hartmann me dijo:

—¿Cuál es su teoría del arte?

Es extraño pensar ahora lo natural que parecía entonces una pregunta como esa. En aquel entonces nos preguntábamos continuamente unos a otros tales cosas, exigíamos explicaciones y justificaciones; nos desafiábamos; nos defendíamos; atacábamos. Todo era susceptible de ser cuestionado. Incluso nuestros más dogmáticos marxistas conocían la vertiginosa y embriagadora emoción de poner en duda todo lo que debíamos creer, de tomar nuestra fe innata, cual delicado e increíblemente intrincado trozo de lana de vidrio, y dejarla caer en las resbaladizas y con toda probabilidad malévolas manos de cualquier ideólogo. Eso mantenía la ilusión de que las palabras son activas. Éramos jóvenes.

—¡Oh, no le des cuerda! —dijo Alastair—. Tendremos forma significativa y autonomía del objeto hasta el día del Juicio Final. Solo cree en la inanidad del arte.

—Prefiero la palabra inutilidad —dije—. Y, de cualquier manera mi postura sobre eso, como sobre tantas otras cosas, ha cambiado.

Hubo un momento de silencio y la atmósfera se enrareció por poco tiempo. Les miré de uno en uno y me pareció percibir que se pasaban entre sí algo invisible, no tanto una seña como una especie de indicación silenciosa, uno de esos saludos casi impalpables que los adúlteros se intercambian cuando están en compañía. El fenómeno era desconocido para mí todavía, pero me iría familiarizando cada vez más con él a medida que fui penetrando más a fondo en los arcanos del mundo secreto. Indica el momento en que un grupo de iniciados, en medio de la habitual cháchara, se dispone a sondear a un potencial neófito. Siempre era lo mismo: la pausa, el breve enrarecimiento del ambiente, y luego la tranquila reanudación del tema de conversación, aunque todos, incluso el investigado, se daban cuenta de que, de hecho, dicho tema había cambiado irremediabilmente. Después, cuando yo mismo fui el iniciado, ese pequeño aluvión secreto de actividad especulativa siempre me conmovió en lo más hondo. Nada tan provisional, nada tan emocionante, si se exceptúan, desde luego, ciertas maniobras de conquista sexual.

Yo sabía lo que estaba pasando; sabía que iba a ser reclutado. Era emocionante y alarmante y un tanto ridículo, como que te llamen cuando estás en el banquillo para jugar en un partido de la escuela. Era *divertido*. Esta palabra ya no tiene la importancia que tenía para nosotros. La diversión no era diversión, sino la comprobación de la autenticidad de una cosa, la confirmación de su valor. Los

asuntos más serios nos divertían. Eso era algo que los tipos como Felix Hartmann nunca comprendieron.

—Sí —dije—, el caso es que hubo un tiempo en que abogué por la primacía de la forma pura. En arte hay mucho que es meramente anecdótico, y eso es lo que atrae al sentimentalismo burgués. Yo quería algo brutal y deliberado, verdaderamente natural: Poussin, Cézanne, Picasso. Pero estos nuevos movimientos —ese surrealismo, esas áridas abstracciones—, ¿qué tienen que ver con el mundo real, en el que la humanidad vive, trabaja y muere?

Alastair hizo un silencioso y frío gesto de aplaudir. Hartmann frunció el ceño, pensativo, mirando mi tobillo, y no le hizo caso.

—¿Y Bonnard? —dijo. Bonnard hacía furor entonces.

—Gozo doméstico. Sexo de noche del sábado.

—¿Y Matisse?

—Postales coloreadas a mano.

—¿Y Diego Rivera?

—Un auténtico pintor del pueblo, sin duda. Un gran pintor.

Pasó por alto la sonrisa que no pude contener mordiéndome el labio; recuerdo que una vez sorprendí a Bernard Berenson sonriendo así, cuando estaba haciendo una atribución, evidentemente falsa, de una imitación de mal gusto que un desgraciado americano estaba a punto de comprar a un precio fabuloso.

—¿Tan grande como... Poussin? —dijo.

Me encogí de hombros. De modo que conocía mis aficiones. Alguien le había hablado de ellas. Miré a Alastair, pero estaba enfrascado en examinar su dolorido pulgar.

—No. La cuestión no es esa —dije—. La crítica comparada es esencialmente fascista. Nuestro cometido —con qué suavidad hice hincapié en ese *nuestro*— consiste en poner de relieve los elementos progresistas en el arte. En épocas como esta es, sin duda, el primero y más importante deber de la crítica.

Hubo otro silencio significativo mientras Alastair se chupaba el dedo y Hartmann asentía, y yo giré la cabeza para mostrarle mi perfil, todo modestia proletaria y firmeza de resolución; parecía, estoy seguro, una de esas figuras en relieve expuestas en forma de abanico en los pedestales de los monumentos del realismo socialista. Es extraño que la mente solo retenga los pequeños fraudes. Diego Rivera... ¡Dios santo! Alastair me estaba mirando y sonreía a hurtadillas.

—Y lo que es más —le dijo a Hartmann—, Victor espera que le hagan ministro de Cultura cuando llegue la Revolución, de modo que pueda saquear las casas solariegas de Inglaterra.

—En efecto —dije, recatado como una empleada de correos—, no veo ninguna razón para que las obras maestras saqueadas por nuestros depredadores padres en sucesivas guerras europeas no sean devueltas al pueblo y albergadas en un céntrico museo.

Alastair se inclinó hacia delante de nuevo, haciendo crujir su tumbona, y golpeó ligeramente a Hartmann en la rodilla.

—¿Lo ves? —dijo alegremente. Era obvio que se refería a algo más que mis ambiciones como conservador de un museo; Alastair se vanagloriaba de sus habilidades para reconocer el talento. Hartmann frunció el ceño, un ceño apenado como el de un gran cantante cuando su acompañante desentona, y esta vez se preció de no hacerle caso.

—Así pues —me dijo despacio con una sensata inclinación de cabeza—, usted está en contra de la interpretación burguesa del arte como un lujo...

—Rotundamente en contra.

—... y considera que el artista tiene un evidente deber político.

—Como todos nosotros —dije—, el artista debe contribuir al gran movimiento hacia delante de la historia.

Desde luego, no me faltaba descaro; era como una marimacho empeñada en perder su virginidad.

—¿Y si no lo hace?

—Si no lo hace, se vuelve redundante y su arte desciende al nivel de la simple decoración y el ensueño autocompasivo...

Entonces se hizo un profundo silencio, como si todo hubiera llegado poco a poco a su término, y quedé sumido en una vaga consternación: había creído que estábamos a la mitad, y no al final, de aquella interesante discusión. Hartmann me miraba directamente a la cara, me pareció que por vez primera, y me di cuenta de dos cosas: una, que ni por un momento se había tragado mis resueltas declaraciones de rectitud política, y, dos, que, en lugar de estar decepcionado u ofendido, muy al contrario, le agradaba que le hubiera mentido o, al menos, que le hubiese brindado una versión cuidadosamente matizada de lo que podría ser la verdad. Ahora bien, eso es difícil; ahí está el quid de la cuestión, en cierto modo. Es difícil que alguien que no se haya entregado por completo, de todo corazón, a una fe (y le repito, Miss V., que así es como son las cosas: uno se *entrega* a una fe, no te cae del cielo, como la gracia santificante) comprenda que la mente consciente del creyente puede dividirse en numerosos compartimientos que contienen otros tantos dogmas en conflicto. Estos compartimientos no están herméticamente cerrados; son como las pilas de una batería, en la que la carga salta de una pila a otra, acumulando fuerza y dirección a medida que actúa (creo que es así como funciona una batería). Introduces el ácido de la necesidad histórica mundial y el agua destilada de la pura teoría, conectas sus terminales y, con un destello y una sacudida, el monstruo del compromiso, hecho de retazos, con las suturas tirantes y la simiesca frente llena de remaches, se levanta a cámara lenta y con movimientos espasmódicos de la mesa de operaciones del doctor Diábolo. Eso es lo que les ocurre a las personas como nosotros; me refiero a las que son como Felix Hartmann y yo, aunque no, acaso, como Alastair, que era fundamentalmente un inocente, con una fe inocente en la justicia e inevitabilidad de

la causa. De modo que cuando Hartmann me miró aquel día, a la luz amarillo limón-azulada del deslumbrante jardín de Psique en Cambridge, mientras las pistolas falangistas disparaban a quinientas millas al sur de nosotros, comprendió que yo era exactamente lo que hacía falta: más duro que Alastair, más dócil que Boy, un casuista que hilaría muy fino, hasta extremos infinitesimales, en cualquier asunto ideológico; en otras palabras, un hombre necesitado de fe. «Nadie es más devoto que un escéptico arrodillado, Querell dixit», así que no quedaba nada más que decir. Hartmann desconfiaba de las palabras, y era para él una cuestión de orgullo no utilizar más de las que la ocasión requería.

De pronto, Alastair se levantó, recogió nerviosamente las tazas de té, haciendo grandes aspavientos para no pisarnos, y se marchó murmurando algo en tono rencoroso y llevando en alto la bandeja del té, como si fuera un agravio: supongo que él también se había enamorado un poco de Felix —más que un poco, probablemente— y estaba celoso, ahora que sus buenos oficios de casamentero habían logrado un éxito tan rápido. Sin embargo, Hartmann apenas pareció darse cuenta de su proceder. Estaba inclinado hacia delante, atento, cabizbajo, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas (debe de ser una verdadera muestra de distinción ser capaz de sentarse en una tumbona sin parecer una rana incomodada). Al cabo de un momento me miró de reojo y torció la boca en una sonrisa extrañamente feral.

—Usted conoce a Boy Bannister, ¿no es cierto? —me dijo.

—Desde luego; todos conocen a Boy.

Asintió con la cabeza, todavía con esa cruel mirada de soslayo, y destellos en un colmillo.

—Va a hacer un viaje a Rusia —dijo—. Es hora ya de que se desencante del sistema soviético —su mirada era ya totalmente feroz—. Tal vez le gustaría acompañarlo. Puedo arreglarlo. Nosotros... ellos... tienen muchos tesoros artísticos. En museos públicos, desde luego.

Ambos nos reímos al mismo tiempo, lo cual hizo que me sintiera molesto. Parecerá extraño, viniendo de mí, pero la complicidad que sugiere esa clase de cosas —el discreto intercambio de risas, el rápido apretón de manos, el guiño encubierto— siempre me ha parecido algo inadecuada, y vergonzosa, una pequeña conspiración tramada en contra de un mundo mucho más franco y razonable de lo que yo o mi cómplice en aquella componenda secreta nunca podríamos aspirar a ser. Pese al enigmático encanto y la elegante vehemencia de Felix Hartmann, acabé prefiriendo a los matones y sicarios con los que tendría que tratar más tarde, como el pobre Oleg Kropotski, con sus espantosos trajes y su rostro pálido como el de un niño pervertido; al menos, ellos no se andaban con rodeos en cuanto a la fealdad de la lucha en la que éramos improbables compinches. Pero eso fue mucho después; por el momento, la virgen, no obstante su impaciencia, estaba todavía en la etapa de besar, y seguía intacta. Volví a sonreír a Felix Hartmann con despreocupación, sin apenas darme cuenta de que le había dicho que sí; un par de semanas en los brazos de la gran Madre

Rusia podía ser precisamente lo que necesitaba para afianzar mi postura ideológica y reforzar mis lazos de solidaridad con el proletariado. Al oír eso, su mirada se tornó precavida —los camaradas nunca han estado demasiado dotados para la ironía— y volvió a fruncir el ceño y a mirarse las relucientes punteras de los zapatos; luego comenzó a hablar en serio de sus experiencias en la guerra contra los blancos: las aldeas quemadas, las niñas violadas, el anciano con el que se había topado una tarde lluviosa en alguna parte de Crimea, crucificado en la puerta de su propio granero y todavía vivo.

—Le atravesé el corazón de un disparo —dijo, simulando una pistola con el pulgar y el índice y disparándola en silencio—. No podía hacerse nada más por él. Todavía veo sus ojos en sueños.

Asentí con la cabeza y me miré también los zapatos muy serio, para demostrarle que estaba completamente avergonzado de aquella referencia chistosa a la Santa Madre Rusia; pero bajo mi pose de seriedad bullía una risa socarrona y vergonzante, como si dentro de mí estuviera acurrucado un perverso y alegre duendecillo con una mano en la boca, los carrillos hinchados y los ojos de comadreja refulgiendo malévolamente. No es que pensara que los horrores de la guerra eran divertidos, ni que Hartmann me pareciera completamente ridículo; no era esa la clase de risa que amenazaba con estallar dentro de mí. Tal vez no sea *risa* la palabra adecuada. Lo que sentía en momentos como aquel —y habría muchos así: solemnes, silenciosos, llenos de presagios— era una especie de histeria, constituida a partes iguales por asco, vergüenza y júbilo atroz. No puedo explicarlo... Podría, tal vez, pero no quiero. (Uno puede saber demasiado sobre sí mismo, es algo que he aprendido.) Alguien, ojalá pudiera recordar quién, ha descrito no sé dónde la sensación de jubiloso y expectante terror que siente cuando, en la sala de conciertos, la orquesta se detiene de pronto en medio de un movimiento y el solista echa hacia atrás el brazo disponiéndose a introducir el arco en el tembloroso corazón de la cadencia. Aunque ese escritor es un cínico, y, como marxista (¿todavía soy marxista?), debería desaprobarlo, sé exactamente lo que quiere decir y aplaudo a escondidas su funesta sinceridad. Creer es difícil, y el abismo siempre está allí, bajo tus pies.

Alastair regresó. Al ver que Hartmann y yo estábamos sumidos en lo que debía de parecer una comunión silenciosa, y tal vez lo fuese, se enfadó todavía más.

—Bueno —dijo—, ¿habéis decidido ya el futuro del arte?

Como ninguno de los dos le respondió —Hartmann lo miró con ojos inexpresivos, como si tratase de recordar quién era—, se recostó en la tumbona, que emitió un fuerte y apenado gruñido de protesta, cruzó sus rechonchos brazos sobre el pecho y miró a un arbusto de rosas amarillentas.

—¿Sabes, Alastair? —dije—. El señor Hartmann...

—Felix —dijo Hartmann afablemente—, por favor.

—... me ha ofrecido un viaje a Rusia.

Había algo en Alastair —la combinación de aquella ferocidad de bulldog que

nadie se tomaba en serio y una pudibundez para expresar sus sentimientos que casi resultaba afeminada, por no mencionar sus botas de clavos y sus horripilantes trajes de lana— que hacía imposible resistirse a tratarlo con crueldad.

—¿De veras? —dijo. No me miró, sino que cruzó los brazos todavía más, mientras las rosas que contemplaba parecieron adoptar un tono más intenso de color—. ¡Qué interesante será para ti!

—Sí —dije alegremente—, Boy y yo vamos a ir.

—Y una o dos personas más —murmuró Hartmann, mirándose las uñas de sus manos.

—¿Boy también? —dijo Alastair, y soltó una risita desagradable—. Conseguiré, probablemente, que os arresten a los dos en vuestra primera noche en Moscú.

—Sí —dije, un poco titubeante. (*¿Una o dos personas más? ¿Qué personas?*)—. Seguro que nos lo pasaremos bien.

Hartmann seguía examinándose las uñas.

—Desde luego, os proporcionaremos guías, etcétera —dijo.

Sí, camarada Hartmann, estoy seguro de que lo hará.

¿Mencioné que estuvimos los tres fumando como locomotoras? Todo el mundo fumaba entonces, nos tropezábamos por todas partes con nubes de humo de tabaco. Recuerdo con angustia, ahora que vivimos una época puritana, la delicadeza digna de Watteau de aquellas diáfanas nubes azul grisáceas que expelíamos por todas partes al aire, y que evocaban el crepúsculo y la hierba cubierta por la neblina y las sombras espesas bajo los grandes árboles... aunque la humeante pipa de Alastair parecía más bien de *The Potteries*^[24] que de Versalles.

—Me gustaría conocer Rusia —dijo Alastair, cuya irritación había dejado paso a una melancólica añoranza—. Moscú, la avenida Nevski...

Hartmann tosió.

—Quizás —dijo—, en otra ocasión...

Alastair dio una especie de salto y se contoneó, como si la lona de su tumbona se hubiera convertido en una cama elástica.

—Escucha, amigo —dijo—, no quise decir... Quiero decir que...

¿Cuál fue, me preguntaba, el momento exacto en que Hartmann y yo nos unimos en tácita alianza contra el pobre Alastair? ¿O fui solo yo? No estoy seguro de que Hartmann fuera capaz de pensar en nadie ni en nada que no fuese el objeto inmediato de su atención. Sí, es probable que fuese yo, haciendo cabriolas completamente solo, como un Nijinski vanidoso, mezquino y rencoroso. No quiero exagerar el asunto, pero no puedo evitar el preguntarme si la decepción que sufrió aquel día —adiós a los galopes por las estepas, adiós a las conversaciones formales con campesinos de manos callosas, adiós a los paseos por la avenida Nevski de la ciudad de Moscú con un apuesto y corrompido sacerdote a su lado— no fue uno de los mayores infortunios que fueron cayendo sobre él hasta formar una montaña que lo aplastó y le indujo a quitarse la vida, veinte años más tarde, acurrucado en la litera de su fría y húmeda

habitación, royendo una manzana envenenada. Ya lo he dicho antes, y lo volveré a decir: las traiciones más nimias son las que producen mayor cargo de conciencia.

—Dime —le dije a Hartmann, cuando Alastair dejó de rebotar en los resortes de su desconcierto—, ¿cuántos viajarán?

Tuve una horrible visión en la que me llevaban a visitar una fábrica de tractores en compañía de empleados municipales con psoriasis, regordetas solteronas de las Midlands con gorros de piel y mineros galeses con gorras de paño que después de cenar en nuestro hotel *borscht* y pata de oso nos deleitarían la velada con sus cánticos a varias voces. No se vaya a creer, Miss Vandeleur, que los marxistas, al menos los de mi variedad, son gregarios. El hombre es solamente encantador entre la multitud, y a buena distancia.

Hartmann sonrió y me mostró sus manos vueltas hacia arriba en un gesto que pretendía proclamar su inocencia.

—No te preocupes —dijo—, solo unas cuantas personas. Te parecerán interesantes.

No me lo creí.

—¿Gente del Partido? —pregunté.

(A propósito, Miss V., ¿sabía que nunca fui miembro del Partido? Ninguno de nosotros lo fue. Ni siquiera en Cambridge en mis días de agitador —imagínese aquí una sonrisa irónica— llegó a plantearse nunca la cuestión de la afiliación. Los Apóstoles nos bastaban como partido. Fuimos agentes secretos antes de haber oído hablar de la Comintern o de que algún reclutador soviético nos susurrara lisonjas al oído.)

Hartmann negó con la cabeza, todavía sonriente, y dejó caer ligeramente los párpados, de largas pestañas y sombreados por espesas cejas.

—Solo... gente —dijo—. Confía en mí.

Ah, la confianza: *he aquí* una palabra a la que podría dedicar más de una página para explicar sus matices y grados, el tono que asume o pierde, de acuerdo con las circunstancias. En aquella época yo había depositado mi confianza en alguno de los más notorios canallas que nadie podría jamás esperar encontrarse, y les confié cosas de mi vida, y no hablo solo de pecados, que no habría revelado ni a mi propio padre. En esto no fui tan distinto de los demás, agobiados, por otra parte, por muchos menos secretos que yo, como demostraré el siguiente ejemplo. Miss Vandeleur, ¿querrá hablarle al almirante de lo que usted y su joven amigo hacen por la noche bajo la cubierta del Golders Green? Si la vida me ha enseñado algo, es que en esos asuntos nada es absoluto, ni la confianza, ni la fe, ni ninguna otra cosa. Y que eso es bueno, además. (No, supongo que no soy un marxista, todavía.)

Por encima de nosotros, en el cenit azul de ensueño, un diminuto avión plateado zumbaba con dificultad. Pensé en las bombas que estaban cayendo sobre las blancas ciudades españolas y me impresionó, como antes le había ocurrido a Alastair, la incongruencia apenas comprensible del momento y la circunstancia; ¿cómo podía

estar aquí, mientras todo aquello estaba sucediendo allí? Sin embargo, no sentía nada por las víctimas: las muertes lejanas carecen de importancia.

Alastair trató de abordar el tema de Irlanda y el Sinn Féin, pero no le hicimos caso y volvió a enfadarse; se cruzó de brazos y fulminó con la mirada aquellas pobres rosas, tratando, al parecer, de marchitarlas.

—Dime —le dije a Hartmann—, ¿a qué te referías cuando dijiste que iba siendo hora de que Boy se desencantara del marxismo?

Hartmann tenía una forma peculiar de sostener el cigarrillo, en la mano izquierda, entre los dedos corazón y anular, y erguido contra el pulgar, de modo que cuando se lo llevaba a los labios no parecía estar fumando, sino tomando un pequeño sorbo de algo en un frasquito blanco. Una nube vertical de humo, del mismo tono gris plateado que el aeroplano, que ya había desaparecido, se alejaba en sentido oblicuo de nosotros en la vibrante luz del mediodía.

—Digamos que Mr. Bannister es una persona... importante —dijo Hartmann con cautela, mirando de reojo a la lejanía—. Sus contactos son excelentes. Su familia, sus amigos...

—Sin olvidar a sus novios —dijo Alastair agriamente, y noté que enseguida sintió haberlo dicho. Hartmann volvió a sonreír asintiendo con la cabeza, con los párpados caídos, dando a entender que su opinión no contaba:

—La ventaja que tiene frente a nosotros... supongo que ya entiendes a quién me refiero cuando digo *nosotros*... es que puede moverse con facilidad en cualquier estrato de la sociedad, desde el Almirantazgo a los pubs del East End. Eso es importante en un país como este, en el que las divisiones de clases son tan acusadas —súbitamente se incorporó y puso las manos en las rodillas—. Así que tenemos planes para él. Será, desde luego, una campaña a largo plazo. Y lo primero, lo verdaderamente importante para él, es que le vean abandonar sus anteriores creencias. ¿Me comprendes? —lo entendí, pero no dije nada. Me echó un vistazo—. ¿Tienes alguna duda?

—Me imagino —dijo Alastair, tratando de parecer malicioso— que a Victor, como a mí, le resulta difícil de creer que Boy sea capaz de tener la disciplina necesaria para la campaña de disimulo en la que estás pensando.

Hartmann apretó los labios y examinó las cenizas de la colilla de su cigarrillo.

—Quizás —dijo en tono condescendiente— no le conoces tan bien como crees. Es un hombre de muchas facetas.

—Como lo somos todos nosotros —dije yo.

Asintió con la cabeza con excesiva cortesía.

—Pues sí. Por eso estamos aquí —con eso quería decir por eso *estoy* aquí—, teniendo esta importante conversación, que si llegara a oídos de los no iniciados parecería poco más que una charla trivial entre tres caballeros civilizados en este encantador jardín un hermoso día de verano.

De pronto, su untuosidad centroeuropea me pareció sumamente irritante.

—¿Soy yo uno de los iniciados? —dije.

Volvió la cabeza despacio y dejó resbalar la mirada sobre mí de abajo arriba.

—Confío en que lo seas —dijo—. O en que lo *serás*...

Otra vez surgía esa palabra: confianza. Sin embargo, yo no podía resistir aquella significativa mirada de sus ojos entrecerrados. Esbelto, vestido con traje negro, con sus manos pálidas de sacerdote cruzadas en el regazo, sentado bajo el sol, más que observarme me atendía, esperando... ¿qué? Esperando que me rindiera a él. Fugaz, desconcertantemente, comprendí lo que implicaría ser una mujer deseada por él. Mi propia mirada flaqueó y resbaló como si los trinquetes de mi serenidad se soltaran por un momento con una suave sacudida y, quitando afanosamente de la manga de mi chaqueta una inexistente mota de polvo, dije en una voz que sonó a mis oídos como un quejumbroso chillido:

—Espero que no hayas depositado tu confianza en quien no se la merece.

Hartmann sonrió, se relajó y se sentó de nuevo en la tumbona con una mirada de satisfacción; yo volví el rostro, sintiéndome de pronto acoquinado y avergonzado. Sí, qué ligeros son, en apariencia, los pasos verdaderamente decisivos que damos en la vida.

—Tu barco zarpará dentro de tres semanas del puerto de Londres —dijo—. Ámsterdam, Helsinki, Leningrado. Se llama el *Liberation*. Bonito nombre, ¿no te parece?

Un bonito nombre para un pobre barco. El *Liberation* era un buque mercante de popa llana y escaso calado que transportaba un cargamento de hierro colado, cosa que no sé demasiado bien qué quiere decir, con destino a los altos hornos del Pueblo. El mar del Norte estaba encrespado, era una inmensa arremetida de olas del color de la arcilla, cada una de la altura de media casa, a través de las cuales el pequeño barco resoplaba y cabeceaba, como un cerdo de hierro^[25], ya lo creo, que avanzara subiendo y bajando el morro en las crestas y los senos y meneando la cola detrás de nosotros sin que la viéramos. Nuestro capitán era un holandés de barba negra y enormes dimensiones que había pasado los primeros años de su carrera en las Antillas ocupado en actividades que, por sus propias descripciones, llenas de colorido, aunque deliberadamente vagas, me sonaron sospechosamente a trata de esclavos. Hablaba de la Unión Soviética con jovial aversión. Su tripulación, compuesta por una mezcla de razas, era un puñado de hombres desaliñados y furtivos, con aspecto de piratas. Boy apenas podía dar crédito a su suerte; se pasó la mayor parte del viaje bajo cubierta, cambiando de litera y de compañero con cada guardia. Nos llegaba el ruido de las juergas en las entrañas del barco y la voz dominante de Boy, que cantaba salomas y pedía a gritos más ron.

—¡Qué pandilla más asquerosa! —gruñía alegremente cuando irrumpía descalzo y con los ojos inyectados en sangre en la cubierta del pasaje en busca de cigarrillos y

algo que comer—. ¡Vaya, qué literas tan estrechas!

Siempre me desconcertó que Boy pudiera salirse con la suya en tantas ocasiones. A pesar de su vergonzosa actuación en aquel viaje, siguió siendo un comensal predilecto del capitán Kloos, e incluso cuando uno de los tripulantes más jóvenes, un nativo de las islas Frisonas que echaba de menos a su chica, presentó una queja contra él, se echó tierra sobre el asunto.

—Se debe a ese fabuloso encanto suyo —dijo con acritud Archie Fletcher—. Algún día se llevará un chasco, cuando sea viejo y gordo y esté hecho polvo.

Fletcher, un heterosexual sin encanto, desaprobaba nuestro grupo, en general, pues consideraba que sus miembros eran demasiado frívolos para formar parte de la delegación escogida por la Comintern como punta de lanza de su campaña clandestina en Inglaterra. (Sí, Miss V., me refiero a Sir Archibald Fletcher, que hoy en día es uno de los más nefastos portavoces de la derecha conservadora. ¡Cómo cambiamos los ideólogos!) Había también una pareja de profesores de Cambridge —pipas, caspa, bufandas de lana— a los que yo conocía ligeramente; Bill Darling, sociólogo de la London School of Economics, del que ya entonces pude darme cuenta de que era demasiado neurótico y excitable para ser espía; y un joven aristócrata más bien pomposo, llamado Belvoir, el mismo Toby Belvoir que en los años sesenta renunciaría a su título para desempeñar un cargo en un gabinete laborista, que premió su lealtad socialista con un ministerio de reciente cuño encargado del deporte o algo similar. Allí estábamos, a bordo de aquel barco que daba tumbos sacudido por los temporales otoñales mientras cruzaba el Skagerrak para entrar en el Báltico, un grupo de muchachos camino de conocer de primera mano cómo iba a ser el futuro. Ni que decir tiene que ahora nos veo como una *Nave de los locos* de algún anónimo maestro medieval, con sinuosas cabrillas y una estilizada marsopa nadando entre las olas, y nuestro grupo, con trajes y sombreros extraños, apiñado en la toldilla y mirando hacia el este, todo un símbolo de esperanza, de fortaleza y, por qué no, de inocencia.

Ya sé que esto, mi primera y última visita a Rusia, debería haber sido, y quizás lo fue, una de las experiencias formativas de mi vida; sin embargo, mis recuerdos de ella están curiosamente difuminados, como los rasgos de una estatua deteriorada por la intemperie; sus contornos todavía permanecen, así como la impresión de su significado y su inexorable importancia: solo los detalles han desaparecido en su mayor parte. Petersburgo fue asombroso, desde luego. Tuve la sensación, al recorrer con la mirada aquellas nobles avenidas (¡pobre Psique!), de que un estallido de trompetas sonaba a mi alrededor anunciando el comienzo de alguna gran operación imperial: la declaración de una guerra, la inauguración de una paz. Años más tarde, cuando los camaradas me exhortaban a desertar, pasé una noche en vela comparando la pérdida del Louvre con la ganancia del Ermitage, y puedo decirle que la elección no fue tan sencilla como yo había esperado.

En Moscú había pocos esplendores arquitectónicos para distraer nuestra atención de la gente que pasaba por aquellas calles increíblemente anchas, cubiertas de

aguanieve grisácea. El tiempo era demasiado frío para la época, con un viento en el que podían adivinarse ya los rigores del invierno. Nos habían advertido de que había escasez, y aunque para entonces lo peor de las hambres en el campo ya había pasado, incluso a los más entusiastas de nuestro grupo les resultó difícil, al contemplar aquellas multitudes encorvadas, no reconocer las señales de las privaciones y el miedo reprimido. Sí, Miss V., debo ser sincero: la Rusia de Stalin era un lugar horrible. Pero nosotros creíamos que lo que ocurría allí no era más que un comienzo, ya me entiende. El factor temporal es algo que debe tener siempre presente si quiere comprendernos, a nosotros y nuestra política. Podíamos perdonar el presente basándonos en el futuro. Y, además, era una cuestión de elección; mientras pasábamos en grupo por delante de los monumentos de la Venecia septentrional de Pedro el Grande, o nos agitábamos en nuestras duras camas llenas de bultos en el Hotel Moscova Nova, o mirábamos con aburrido estupor por las mugrientas ventanas de un traqueteante vagón de ferrocarril las millas y más millas de campos desiertos en dirección a Kiev, podíamos escuchar mentalmente, lejos, hacia el oeste, muy bajito, aunque con una claridad imposible de ignorar, los taconazos y el estrépito de los ejércitos haciendo instrucción. Hitler o Stalin: ¿podía la vida ser más sencilla?

Y estaba el arte. Aquí, me decía, aquí, por vez primera desde el Renacimiento italiano, el arte se había convertido en medio de expresión público, al alcance de todos, una lámpara que iluminaba incluso las vidas más humildes. Al hablar de arte, no necesito decirle que me refería al del pasado: el realismo socialista lo pasé por alto discretamente. (Un aforismo: «El *kitsch* es para el arte lo que la física para las matemáticas: su tecnología».) Pero ¿puede usted imaginar mi entusiasmo por las posibilidades que parecían abrirse ante mí en Rusia? El arte liberado para el pueblo... ¡Poussin para el proletariado! Allí se estaba construyendo una sociedad que aplicaría a su propio funcionamiento las reglas de orden y armonía con las que opera el arte; una sociedad en la que el artista ya no sería un diletante o un romántico rebelde, paria o parásito; una sociedad cuyo arte estaría más profundamente enraizado en la vida ordinaria que cualquier otro desde la época medieval. ¡Qué perspectiva para una sensibilidad tan ávida de certezas como era entonces la mía!

Recuerdo una discusión sobre ese tema que tuve con Boy la noche anterior a nuestra llegada a Leningrado. Digo discusión, pero en realidad fue una de las conferencias de Boy, que estaba borracho y de un malhumor intimidante cuando expuso lo que presuntuosamente llamaba su Teoría de la Decadencia del Arte de conformidad con los Valores Burgueses, que ya le había escuchado exponer muchas veces antes, y que, según creo, se la había robado en gran parte a un refugiado checo, catedrático de Estética, al que había contratado para dar una conferencia en la BBC, pero cuyo acento era tan incomprensible que no pudo emitirse. No era demasiado original: consistía, sobre todo, en burdas generalizaciones sobre el esplendor del Renacimiento y las vanas ilusiones humanísticas de la Ilustración, y al final se reducía a la tesis de que en nuestra época solo el Estado totalitario podía asumir

legítimamente el papel de mecenas de las artes. Yo creía en ella, desde luego — todavía lo hago, por sorprendente que pueda parecer—, pero aquella noche, estimulado, supongo, por la ginebra Hollands y el cortante aire del norte, pensé que era una sarta de necias estupideces, y lo dije. A decir verdad, no estaba preparado para que me sermoneara una persona como Boy Bannister, y menos sobre arte. Se interrumpió y me miró desafiante. Había adoptado ese aspecto bulboso, de rana — labios más gruesos que nunca, ojos saltones y ligeramente bizcos—, que siempre le producía la combinación de bebida y polémica. Estaba sentado con las piernas cruzadas al pie de mi litera en mangas de camisa, con los tirantes aflojados y la bragueta a medio abotonar; iba descalzo, y sus grandes pies tenían una costra de suciedad.

—Estoy invadiendo tu territorio, ¿no es cierto? —dijo, con el ceño fruncido y articulando mal las palabras—. ¡Qué susceptible eres, Vic!

—No sabes lo que te dices, ese es el problema —dije.

Como casi siempre que le oponían resistencia, decidió no luchar. Su mirada ceñuda, inyectada de sangre, se ablandó.

—América —dijo al cabo, asintiendo con la cabeza pesadamente—. América es el auténtico, maldito enemigo. Arte, cultura y cosas por el estilo: nada. América las barrerá, las tirará al cubo de la basura. Ya lo verás.

Una enorme luna pálida —que tenía, me di cuenta, un notable parecido con su propia cabeza, grande y pálida, de rostro hinchado— se balanceaba a su espalda en la portilla. El viento había amainado y la noche estaba tranquila; solo soplabla la más suave de las brisas. Era medianoche, pero el cielo todavía estaba iluminado en los bordes. Siempre he sido muy sensible al romanticismo a bordo de un barco.

—¿Y qué me dices de los alemanes? —dije—. ¿No crees que son una amenaza?

—Ah, los alemanes —gruñó, arrastrando las palabras y encogiéndose de hombros—. Tendremos que combatirlos, desde luego. Primero nos vencerán, luego los americanos los vencerán, y eso será todo. Seremos, sencillamente, otro estado yanqui.

—Eso es lo que cree también Querell.

Golpeó el aire con su enorme y sucia mano.

—Querell... ¡Bah!

Sonó la sirena del barco; nos acercábamos a tierra firme.

—Y está Rusia, desde luego —dije.

Asintió con la cabeza, lenta, solemnemente.

—Bueno, es la única esperanza, ¿no crees, amigo? —debo advertir que desde el comienzo del viaje Boy y yo nos habíamos distanciado un poco. Creo que se enfadó al descubrir que iba a acompañarle en aquella visita trascendental. Creía que sería el único de nuestro círculo al que elegirían. Me miró con malhumor y recelo—. ¿No crees que es la única esperanza?

—Desde luego.

Estuvimos callados un rato, sosteniendo en la mano nuestros vasos de ginebra; al

fin, Boy dijo, en tono bastante desenfadado:

—¿Tienes algún contacto en Moscú?

—No —contesté, inmediatamente alerta—. ¿A qué te refieres?

Volvió a encogerse de hombros.

—Oh, tan solo me preguntaba si Hartmann te habría dado algún nombre, o algo. Ya sabes: un contacto. ¿No hay nada de eso?

—No.

—Hummm...

Se puso a darle vueltas al asunto, apesadumbrado. Boy adoraba el ceremonial del servicio secreto, los nombres en clave y los puntos de contacto, y todo lo demás. Criado a la sombra de Buchan y Henty^[26], imaginaba su vida en los términos escabrosos de un *thriller* anticuado y a sí mismo como osado protagonista de su extravagante trama, que hacía caso omiso de todos los peligros. En esa fantasía era siempre el héroe, por supuesto, nunca el villano a sueldo de una potencia extranjera.

No tenía por qué haberse sentido abatido. Tan pronto como llegamos a la capital —cielo gris-carro de combate, grandes espacios en declive poblados espectralmente de feas estatuas, desproporcionadas, y siempre aquel continuo viento helado que cortaba la cara como un puñado de vidrio lanzado contra ella—, desapareció toda la tarde y cuando se presentó en el comedor para cenar parecía insoportablemente satisfecho de sí mismo. Cuando le pregunté dónde había estado, se limitó a sonreír y se dio un golpecito en la nariz con un dedo, y miró su plato con fingido horror y dijo en voz alta:

—¡Dios mío!, ¿esto es para comer, o ya ha sido comido?

Me llegó el turno de recibir tratamiento individualizado. Fue en nuestra última noche en Moscú. Regresaba al hotel paseando, después de haber estado en el Palacio del Kremlin la mayor parte del día. Como siempre después de pasar mucho tiempo entre cuadros (o una hora en la cama con un chico), me sentía mareado e inseguro, y al principio no me di cuenta del traqueteo del motor de un coche que avanzaba a mi lado a escasa velocidad. (Sí, realmente, hacían esas cosas; sospecho que las tomaron de las películas de Hollywood, a las que, deprimentemente, eran muy aficionados.) Luego, con el coche todavía en movimiento, se abrió la puerta y un joven alto y delgado, con un abrigo de cuero negro muy ceñido que le llegaba hasta los tobillos, saltó con agilidad a la acera y se acercó a mí deprisa; llevaba los brazos rígidos a ambos lados del cuerpo y avanzaba como si marcara el paso, golpeando sus tacones con tanta violencia, que parecía que iban a hacer saltar chispas de la piedra. Llevaba un sombrero flexible y guantes negros de cuero. Tenía un rostro delgado y endurecido, pero sus grandes ojos eran indulgentes y del color del ámbar, lo que me hizo pensar, de manera harto incongruente, en la mirada acogedora y melancólica de mi madrastra. Una intensa inquietud y temor recorrieron todo mi cuerpo desde la base de la espina dorsal. Se dirigió a mí con un áspero gruñido —todos los rusos me sonaban a borrachos— y empecé a quejarme aturullado de no haber entendido qué

lengua empleaba, aunque enseguida me di cuenta de que hablaba en inglés, o algo parecido. ¿Le haría el favor de acompañarlo? Tenía coche. Señaló el vehículo que se había parado junto a mí, con el motor todavía en marcha, temblando como un caballo sofocado.

—Este es mi hotel —dije en voz alta, como un tonto—. Aquí me hospedo — señalé a la entrada de mármol, donde el portero, un gorila con la barbilla amoratada y un sucio uniforme marrón, nos miraba con deliberado regocijo. No sé qué clase de refugio creía estar reivindicando—. Tengo el pasaporte en la habitación —dije; sonó como si lo leyera de una guía de bolsillo—. Puedo ir a buscarlo, si le parece bien.

El hombre del abrigo de cuero se rio. Debo decir algo sobre esa risa, que era característica de los funcionarios soviéticos y especialmente predominante entre el personal de seguridad. Iba desde la breve risita hiriente del hombre del abrigo de cuero, al jadeo sibilante, como de armonio, de los que estaban en la cúspide, pero en esencia era la misma dondequiera que uno la oyese. No era el amargo gruñido de los hombres de la Gestapo, ni la grosera risita ahogada de un torturador chino. Había en ella verdadero, aunque desolado, regocijo, casi una especie de deleite atenuado, podría decirse. He aquí otro, parecía decir, otro pobre idiota que se cree que tiene algún peso en el mundo. El principal ingrediente de esa risa, sin embargo, era una especie de aburrimiento. El que se reía lo había visto todo, toda clase de bravatas y ampulósidades, cualquier intento fallido de engatusar y halagar; y, además, había visto las humillaciones, las lágrimas, había oído los gritos pidiendo clemencia y el estruendo de los tacones al golpear las baldosas y de las puertas de las celdas al cerrarse de golpe. Exagero. Quiero decir que estoy exagerando mi perspicacia. Solo a posteriori soy capaz de desarmar cada sonido de esa risa.

El coche era una cosa enorme, negra, fea, elevada, en forma de una de esas hogazas que en mi infancia llamaban empanadas, con el techo abombado y un largo morro abollado. El conductor, que parecía poco mayor que un muchacho, no se volvió a mirarme, sino que soltó el freno un segundo antes de que me sentara, de modo que caí para atrás sobre la tapicería, con la cabeza dándome vueltas y el corazón encogido de miedo en un rincón de su jaula, mientras salíamos disparados por la amplia avenida moviéndonos pesadamente, aunque a una velocidad que me pareció peligrosa. El hombre del abrigo de cuero se quitó el sombrero y lo puso en su regazo remilgadamente. Su escaso pelo rubio estaba húmedo de sudor, de modo que se transparentaba su rosáceo cuero cabelludo, y la copa del sombrero lo había moldeado en una forma puntiaguda que casi era simpática. Debajo del lóbulo de su oreja izquierda tenía un poco de jabón de afeitar reseco mezclado con restos de pelos pajizos. Ante el parabrisas surgían enormes edificios de fachadas lisas, que cada vez me parecían más amenazadores y después se venían abajo silenciosamente a nuestras espaldas.

—¿Adónde me llevan? —pregunté.

No debería haber hablado. El hombre del abrigo de cuero iba sentado muy

erguido, contemplando con vivo interés la efímera vista, como si él, y no yo, fuese el visitante. Me recliné en el asiento —la tapicería olía a sudor y a humo de cigarrillo, y a algo que parecía pis— y me crucé de brazos. Una extraña calma se apoderó de mí. Me pareció estar flotando un palmo por encima de mí, sostenido, en cierto modo, por el movimiento hacia delante del coche, igual que un pájaro suspendido en una corriente ascendente de aire. Me gustaría poder creer que aquello era una señal de valentía moral, pero, a lo sumo, parecía ser de indiferencia. ¿O es la indiferencia otro nombre de la valentía? Finalmente, dejamos la calle y atravesamos una plaza adoquinada, entre chirridos y borboteos de neumáticos, y al ver las cúpulas bulbosas brillando en el crepúsculo gris metálico me di cuenta, con sobresalto y un inesperado escalofrío de inquietud, de que me volvían a llevar al Kremlin.

Aunque no a la galería de arte. Nos detuvimos dando bandazos en un patio sinuoso, y mientras el joven conductor —que muy bien hubiera podido ser un viejecito— continuaba sentado con la parte posterior de su cabeza vuelta hacia mí, el hombre del abrigo de cuero saltó del coche, se apresuró a rodearlo a todo correr, y me abrió la puerta de un tirón antes de que yo pudiera coger el picaporte. Salí tranquilamente; me sentía un poco como una anciana gran dama venida a menos que llega a Ascot en taxi. De inmediato, como si nada más tocar mis pies los adoquines hubiesen puesto en funcionamiento un resorte oculto, una enorme puerta doble se abrió de par en par frente a mí y me encontré parpadeando en medio de un expresionista prisma triangular de luz eléctrica, en alguna medida pegajosa. Vacilé, volví la cabeza, no sé por qué —quizás en un último intento de hallar una vía de escape—, y miré hacia arriba, más allá de los altos muros con oscuras ventanas de los edificios circundantes, que parecían inclinarse hacia dentro en sus remates, y vi el cielo, delicado, pálido y sin profundidad, en el que había una solitaria estrella cristalina, como la de las postales navideñas, como la propia estrella de Belén, que estaba suspendida sobre la aguja de una de las cúpulas bulbosas, y en aquel momento me di cuenta, con un profundo y preciso sobresalto, de que estaba a punto de abandonar una manera de vivir para empezar otra. Entonces una voz con mucho acento dijo afectuosamente: «¡Profesor Maskell, por favor!», y al volverme me encontré con un hombre bajo, atildado, que se estaba quedando calvo, con un traje de tres piezas completamente abotonado que no le sentaba bien, que se aproximaba desde el portal con sus dos manos, pequeñas y rechonchas, extendidas hacia mí. Era la viva imagen del viejo Martin Heidegger, con un bigote que parecía un tiznajo, una sonrisa siniestramente paternal y amistosa y unos pequeños ojos negros, brillantes como canicas. Sin apartar los ojos de mí en ningún momento, buscó mi mano y la apretó con fervor entre las suyas.

—Bienvenido, camarada, bienvenido —dijo con voz entrecortada—. ¡Bienvenido al Kremlin!

Me hicieron pasar adentro, y tuve una sensación de hormigueo en mitad de la espalda, como si aquella estrella hubiera caído del cielo y me hubiese clavado sus

puntas entre los hombros.

Pasillos mohosos, mal iluminados, con alguien de pie en cada puerta: funcionarios con trajes que les colgaban formando bolsas, oficinistas con mustias chaquetas de punto, mujeres de mediana edad con aspecto de secretarias, todos sonriendo tan inquietantemente como Heidegger, y saludando con mudas inclinaciones de cabeza y dándome ánimo, como si hubiera ganado un premio y fuera a ser obsequiado con él. (Años más tarde tuve una experiencia parecida, cuando fui escoltado por todo Palacio para arrodillarme ante la Mrs. W. y su espada.) Heidegger caminaba a mi lado, sujetándome el brazo por encima del codo y murmurándome rápidamente al oído. A pesar de que su inglés era intachable —otra siniestra señal—, su acento era tan cerrado que no podía entender bien lo que me decía, aunque, de todos modos, apenas le escuchaba a causa de mi nerviosismo y recelo. Llegamos ante otro par de altas puertas dobles —yo tarareaba nerviosamente en mi cabeza, me di cuenta, un fragmento de Musorgski— y el hombre del abrigo de cuero, que nos había estado siguiendo muy deprisa con aire despreocupado llevando el sombrero en la mano, enseguida dio un paso adelante y, con la cabeza baja y ambos brazos extendidos rígidamente, como el guardián de un harén, las abrió de un empujón y entramos en una vasta habitación pintada de marrón, de techo alto, del que pendía una enorme araña que era una especie de monstruosa parodia múltiple de la estrella que yo había visto afuera en la plaza. Gente enana, o así me lo pareció, esperaba de pie en el suelo de parqué sosteniendo nerviosa varias copas vacías; al aparecer nosotros se volvieron todos y por un momento pareció que iban a ponerse a aplaudir.

—¿Lo ve? —me susurró al oído Heidegger, con gran regocijo, como si tanto la habitación como sus ocupantes fueran obra suya y yo hubiese tenido dudas acerca de sus poderes—. Deje que le presente a...

Conocí en rápida sucesión al comisario de Cultura y su esposa, al alcalde de algún sitio terminado en «ovsk», a un juez de pelo blanco y aspecto noble cuyo nombre me pareció recordar por los informes de los juicios ejemplares, y a una mujer joven, corpulenta, adusta, con quien hablé durante algunos minutos convencido de que era algún pez gordo del Ministerio de Ciencia y Tecnología, pero que resultó ser la intérprete oficial que me habían asignado para la velada. Me dieron una copa de empalagoso champán rosa —«georgiano», dijo la esposa del comisario de Cultura, poniendo cara avinagrada— que fue la señal para que volvieran a llenar todas las demás copas, y mientras los sirvientes, como un equipo de primeros auxilios, circulaban con las botellas, la tensión se relajó y un murmullo de alivio y contento fue extendiéndose poco a poco por la sala.

Conversación. Tedio. Dolor de mandíbula por el incesante sonreír. De pie junto a mí, tensa, mi intérprete ha empezado a sudar mientras lucha contra el artículo definido y amontona frases con diligencia como si fueran cajas grandes y poco manejables. Sus rápidas intervenciones son a la vez un impedimento y una ayuda a la comprensión. No puedo quitarme de la cabeza la sensación de estar siendo

perseguido por una acompañante increíblemente descortés por cuya conducta debería disculparme con la gente, tratando de meter baza mientras ella sigue farfullando. Durante unos momentos me rescata de ella un hombre gigantesco y desgarbado con gafas de concha, que me sujeta la muñeca con una robusta manaza peluda y me lleva a un rincón, donde, tras echar un vistazo a su espalda, primero por encima de un hombro y luego del otro, mete la mano en un bolsillo interior —¡Dios mío!, ¿qué va a mostrarme?— y saca una gastada y repleta cartera de cuero de la que coge una serie de fotografías sobadas de una mujer, que tomo por su esposa, y de un niño crecido, y me las enseña, esperando en silencio, con el corazón palpitante por la emoción, mientras las admiro. La mujer lleva un traje estampado y vuelve a medias su rostro a la cámara por timidez; el joven de pelo corto y brazos cruzados sobre el pecho, como si llevara puesta una camisa de fuerza, mira desafiante al objetivo, severo y vigilante, como un hijo de la Revolución.

—Muy bonitas —digo, por decir algo, mientras asiento con la cabeza como un muñeco—. ¿Está aquí su familia esta noche?

Niega y reprime un sollozo.

—Lo perdí —dice con voz emocionada, señalando con un dedo carnosos la imagen de su hijo—. Murió.

No siento ningún deseo de averiguar lo que quiere decir.

Entonces aparece de nuevo Heidegger a mi espalda sin hacer ruido —parece mentira lo silencioso que es Heidegger— y el hombre se guarda las fotos apresuradamente; me llevan a otra parte de la habitación, donde se abre una puerta que yo había tomado por un panel, y allí hay otro pasillo mal iluminado, y de pronto, con el alma en vilo, tengo la incontrovertible certeza de que es a Él a quien estoy a punto de conocer. Pero me equivoco. Al final del pasillo hay un despacho o estudio —gran escritorio con lámpara de pantalla verde, estanterías llenas de libros que nadie ha leído nunca, un teletipo, inactivo, pero disponible en potencia, sobre una plataforma en el rincón—, la clase de habitación a la que se escabulle el hombre importante en las películas, dejando a su elegante esposa para atender a los huéspedes, mientras hace una vital llamada telefónica, de pie, con su traje de etiqueta de seda, sombrío y fumando un cigarrillo a la luz de una puerta entreabierta (sí, yo solía ir mucho al cine, cuando las películas eran todavía en blanco y negro; mi Patrick era un gran entusiasta e incluso estaba suscrito a una revista llamada, si mal no recuerdo, *Picturegoer*, que yo a veces le quitaba a hurtadillas). Creo que la habitación está vacía hasta que surge de las sombras otro hombre bajito, regordete y que se está quedando calvo, que podría ser el hermano mayor de Heidegger. Viste uno de esos anticuados trajes brillantes, con finas rayas, que parecen hechos ex profeso para los funcionarios soviéticos, y lleva gafas, de lo que parece acordarse de pronto, pues se las quita rápidamente y las mete en el bolsillo superior de la chaqueta, como si fueran una vergonzosa muestra de debilidad y decadencia. Debe de ser un hombre de cierto rango, pues puedo notar que Heidegger tiembla ligeramente a mi lado dominado por

la excitación, como un jinete de carreras de obstáculos esperando la salida. Una vez más no hay presentaciones, y el camarada Traje a Rayas no ofrece la mano para estrechar la mía, sino que sonrío con esa clase de sonrisa superficial y demasiado entusiasta que indica que no habla inglés. Luego expresa con voz fluida, rápida, una prolongada alocución, exageradamente adornada, supongo. Me doy cuenta de nuevo de que los rusos, cuando hablan, no solo parecen borrachos sino también como si al mismo tiempo se estuviesen pasando de un lado a otro de la boca una patata caliente. Eso también ocurre con la gente trabajadora de la parte de Irlanda en donde me crie; en un momento de locura me pregunto si debería mencionar esta correspondencia — para mí interesante—, ofreciéndola tal vez como prueba de una esencial solidaridad de clase que se extiende desde las cañadas de Antrim a las laderas de los Urales. Tras terminar su perorata con una especie de vibrante floreo verbal, Traje a Rayas hace una ceremoniosa reverencia y retrocede un paso, con aire satisfecho, como un alumno destacado el día de la entrega de diplomas en su escuela. Sigue un tremendo silencio. Las tripas me suenan, los zapatos de Heidegger crujen. Con las cejas levantadas, Traje a Rayas sonrío y asiente con la cabeza otra vez, con algo de impaciencia. Me doy cuenta con sobresalto de que está esperando una respuesta.

—Ah, sí —digo a trompicones—, bueno, yo... —luego silencio—. Estoy... —mi voz es demasiado aguda; la adapto a un retumbante tono de barítono—. Estoy sumamente orgulloso y honrado por estar aquí, en este histórico lugar, sede de tantas esperanzas para nosotros. De las esperanzas de tantos de nosotros —me sale muy bien; empiezo a relajarme—. El Kremlin...

En ese momento Heidegger me hace callar poniéndome una mano en el brazo y dándome un apretón nada hostil, pero claramente admonitorio. Dice algo en ruso que parece molestar un poco a Traje a Rayas, pese a lo cual se dirige al escritorio y saca de un cajón una botella de vodka y tres diminutos vasos, que alinea en lo alto del escritorio y llena hasta el borde con tímido cuidado. Me permito un prudente sorbo y hago una mueca de dolor al deslizarse por mi esófago el frío fuego plateado. Los dos rusos, sin embargo, dan una especie de grito y se beben sus tragos al unísono con una sacudida de cabeza, tan brusca, que les crujen los tendones del cuello. En la tercera ronda Heidegger se vuelve hacia mí y me grita con una sonrisa traviesa: «¡Por el rey Jorge VI!», y me atraganto con la bebida y me tienen que dar palmadas en la espalda. Luego se termina la audiencia. Guardan la botella de vodka, junto con los vasos, sin lavar, y Traje a Rayas me hace una reverencia una vez más y se aleja de la luz de la lámpara sin darme la espalda, como si se deslizara sobre ruedas, y Heidegger de nuevo me coge del brazo y me lleva hasta la puerta, andando rápidamente muy arrimado a mí, y acariciándome la mejilla con su aliento, que huele a alcohol. El gran salón está vacío bajo la amenazadora araña helada; no queda ni rastro del grupo, con excepción de un dulzón aroma de champán. Heidegger parece satisfecho, no sé si por el éxito del acontecimiento o por la minuciosidad con que se ha llevado a cabo. Volvemos andando por el húmedo y maloliente pasillo hasta la puerta principal. Me

habla, en un emocionado, liviano susurro, de una visita que una vez hizo a Mánchester.

—¡Qué ciudad más hermosa! ¡La Lonja del Grano! ¡El Salón del Libre Cambio! ¡Magníficos!

El hombre del abrigo de cuero nos espera en la puerta, encorvado bajo su largo abrigo y sosteniendo todavía su sombrero. Heidegger, con los pensamientos ya en otra parte, me estrecha la mano, sonrío, hace una reverencia y —seguramente estoy equivocado— da un taconazo, y me lleva fuera a la tenue luz de la noche, donde mi estrella particular, mi talismán, ha palidecido, confundida en medio de una miríada de compañeras.

El viaje de vuelta fue más divertido que la ida. No comenzó con buenos auspicios: nos llevaron a Leningrado en un avión militar, y luego seguimos en tren hasta Helsinki. Finlandia olía a pescado y abetos. Me sentía muy mal. Nos incorporamos a un crucero inglés que había estado visitando los puertos bálticos. A bordo encontramos a algunos conocidos de Londres, entre ellos las hermanas Lydon, tan ligeras de cascos como de costumbre y con esa vaga aureola de libertinaje que siempre consideré realmente inmerecida. Había a bordo una orquesta de jazz, y por las noches, después de la cena, bailábamos en el salón-bar, y Sylvia Lydon me cogía una mano con la suya, que estaba fría, y apretaba las afiladas y diminutas puntas de sus pechos contra la pechera de mi camisa, y durante una o dos noches pareció que algo iba a ocurrir, aunque nada pasó. Durante el día los dos profesores de Cambridge, que a pesar de sus profundas discrepancias académicas —algo que ver con la teoría de la historia de Hegel— permanecieron siempre juntos a lo largo del viaje, recorrían la cubierta de un lado a otro con sus pipas y bufandas sin importarles el tiempo que hiciera, mientras Boy se sentaba en el bar haciendo proposiciones a los camareros y discutiendo de política con el joven Lord Belvoir, cuya más profunda impresión de Rusia había sido una clara sensación de la sombra de la guillotina, con la consiguiente disminución de su entusiasmo por la causa. Eso ponía a Boy en un aprieto; normalmente, se oponía a cualquier muestra de apostasía con un gran despliegue de razonamientos y exhortaciones, pero desde que, haciendo caso a Felix Hartmann, se suponía que estaba exhibiendo muestras de desencanto con el sistema soviético, tuvo que representar un elaborado juego de escondite verbal, y la tensión se notaba.

—¿A qué demonios está jugando Bannister? —quiso saber Archie Fletcher, con su rostro rosáceo transido de indignación.

—Es que ha tenido una impresión muy fuerte —dije—. Ya sabes lo que dicen: nunca despiertes a un sonámbulo.

—¿Qué? ¿Qué demonios se supone que quiere decir eso?
Archie siempre me había tenido antipatía.

—El sueño se ha acabado para él. Ha visto el futuro y no funciona. ¿No lo crees tú también?

—No, claro que no, maldita sea.

—Pues yo sí —dije, mostrando mi enojoso pesar.

Archie me miró con rabia y se fue dando grandes zancadas. Boy, sudando de desesperación, me guiñó un ojo con abatimiento por encima de la espalda del joven Belvoir.

Nunca descubrí la identidad de Heidegger ni la de su hermano mayor. Boy no podía ayudarme. Suponía que él también había sido abordado por el hombre del abrigo de cuero, la tarde en que desapareció, y llevado a entrevistarse con ellos, pero lo negó («Oh no, viejo —me dijo con una sonrisa afectada—, estoy seguro de que los tipos con los que hablé eran de *mucho* mayor rango»). Año tras año escudriñé en los periódicos las fotografías de los miembros del Politburó en sus balcones durante los desfiles del Primero de Mayo, pero en vano. Ciertos huecos en las filas de cabezas rechonchas y manos agitadas con elegancia me hicieron vacilar: ¿habría estado allí Traje a Rayas antes de que lo quitaran de la fotografía? Incluso tuve ocasión, después de la guerra, de asistir a una o dos recepciones agobiantemente aburridas, en el Ministerio de Asuntos Exteriores o en Palacio, en honor de las delegaciones soviéticas, con la esperanza de reconocer alguna coronilla conocida, ahora más calva, o algún bigote de cepillo ya entrecano. De nada sirvió. Aquellos dos tipos habían desaparecido, como si hubieran sido conjurados a existir tan solo para oficiar en mi iniciación ceremonial al arcano, y después se hubiesen deshecho de ellos silenciosa y eficazmente. Interrogué a Felix Hartmann acerca de quiénes podrían ser, pero se limitó a encogerse de hombros; Felix estaba ya sintiendo en su propio rostro el aliento del aerógrafo que lo eliminaría de las fotos. Durante los años en que estuve en activo como agente, cada vez que pensaba en aquella misteriosa pareja experimentaba un ligero estremecimiento de temor, como si el aire me hubiera traído el sordo chasquido de una explosión lejana e inaudible.

En el fondo, estaba tan contento como Lord Belvoir de dejar atrás Rusia, aunque me apenaba pensar que nunca más volvería a ver los Poussin del Ermitage o los Cézanne del Museo Pushkin; ni tampoco aquel icono anónimo, al mismo tiempo patético y estoico, misteriosamente resplandeciente en lo más profundo de una iglesia diminuta en la que me había escondido durante media hora cuando me las arreglé para dar esquinazo a nuestro guía de Intourist una ventosa y soleada mañana en un cruce de carreteras en medio de los extensos trigales yermos en alguna parte al sur de Moscú. El barquito blanco que nos sacó de Helsinki, con sus destellos chillones, sus tintineos de vasos y la risa cruel, radiante, desenfadada de las Lydon, fue la antecámara de un mundo que yo sabía en el fondo que nunca querría abandonar. Rusia, me daba cuenta, estaba acabada; lo que parecía un comienzo era en realidad un final, lo mismo que un velatorio puede parecerse a una fiesta. Probablemente, decía para mí, la Revolución triunfará, está hecha para triunfar —me acordé de la siniestra

risa del hombre del abrigo de cuero—, pero ese país está condenado. Ha soportado demasiada historia. Una noche, en el salón-bar del barco, me puse a mirar distraídamente un mapa de Europa enmarcado que había en la pared y pensé que la Unión Soviética no parecía sino un gran perro viejo a punto de morir con la cabeza colgando, atisbando hacia el oeste, con legañas en los ojos y babeando, dando sus últimos ladridos. Boy se habría escandalizado, pero cuando yo pensaba en Rusia sabía que, a diferencia de él, no tenía que disimular mi desencanto. Usted se reirá, Miss Vandeleur (si es que se ríe, pues nunca la he oído hacerlo), pero lo que descubrí, mientras nos abríamos camino entre las aguas cada vez más heladas del Báltico, fue que yo era —como lo era Boy, en efecto; como lo éramos todos— nada más ni nada menos que un anticuado patriota.

A mi regreso de Rusia me recibió un neblinoso otoño inglés, y fui directo a Cambridge. El tiempo en los pantanos era sombrío y húmedo; una fina llovizna caía sobre la ciudad^[27] como ráfagas de cinchas plateadas. Mis habitaciones de paredes blancas ofrecían un reprobatorio aspecto de confinamiento, que parecía rechazarme, como si supieran dónde había estado y de lo que había sido capaz. Siempre me ha gustado esa época del año, con su estimulante sensación de promesas de renovación, mucho más factibles que las falsas alarmas de la primavera, pero en aquellos momentos el invierno en perspectiva me parecía de pronto desalentador. Había terminado ya mi largo ensayo sobre los dibujos de Poussin del Palacio de Windsor y no se me ocultaba el hecho de que era malo, aburrido. A menudo me pregunto si mi decisión de dedicar mi vida a la investigación —suponiendo que decisión sea la palabra adecuada— fue el resultado de una innata pobreza espiritual, o si la falta de vitalidad, que a veces sospecho que es la única característica verdaderamente distintiva de mis trabajos de investigación, era una consecuencia inevitable de esa decisión. Lo que quiero decir es que me pregunto si la búsqueda de la precisión y lo que yo llamo *el verdadero conocimiento de las cosas* no habrán apagado en mí el fuego de la pasión. ¡El fuego de la pasión!: parece la voz de un romántico engreído.

Supongo que es eso lo que quería decir cuando, al principio de conocernos, Miss Vandeleur me preguntó por qué me convertí en espía y le contesté, sin pararme a pensar, que, fundamentalmente, fue un impulso frívolo: una huida del aburrimiento y una búsqueda de diversión. La vida de acción, una acción irresponsable, ofuscadora, era lo que siempre había anhelado. Sin embargo, no había logrado precisar lo que, para mí, podía constituir la acción hasta que apareció Felix Hartmann y resolvió por mí la cuestión.

—Considéralo —me dijo afablemente— otra forma de trabajo académico. Estás capacitado para la investigación; pues bien, investiga para nosotros.

Estábamos en The Fox de Roundleigh. Había venido en coche desde Londres por la tarde y me recogió a la puerta de mi residencia. No le invité a subir a mis habitaciones por una combinación de timidez y desconfianza... Es decir, desconfianza en mí mismo. El pequeño mundo del que me había rodeado —mis libros, mis fotos, mi acuarela de Bonington, mi *Muerte de Séneca*— era una delicado

constructo y temía no poder soportar el examen de Felix sin perjuicio. Para mi sorpresa, su coche era un modelo de lujo, bajo y de líneas elegantes, con ruedas radiadas y faros inquietantemente grandes, por encima de cuyas mordazas cromadas se deslizaban, según nos acercábamos, nuestros reflejos curvados entre manchas de gotas de lluvia. En el asiento trasero se amontonaban abrigos de visón, de finas pieles resplandecientes y de alguna manera siniestras; parecía como si hubiesen arrojado allí una enorme bestia parda, muerta y exangüe, un yak, o yeti, o comoquiera que se llame. Hartmann me vio mirarlos y suspiró sepulcralmente conforme decía: «Negocios». El asiento deportivo me rodeaba como un abrazo muscular. Quedaba en él un resto de fragancia de un perfume fresco, femenino; la vida amorosa de Hartmann era tan furtiva como su espionaje. Conducía por las calles salpicadas por la lluvia deslizándose sobre los adoquines a una velocidad constante de cuarenta millas por hora —que era terriblemente rápida para aquellos tiempos—, y casi atropelló a uno de mis alumnos graduados que cruzaba la carretera frente a Peterhouse. Fuera de la ciudad los campos se iban sumiendo en el empapado crepúsculo. De pronto, mientras miraba la lluvia que caía en el exterior y las sombras crepusculares que descendían a ambos lados de nuestros penetrantes faros reforzados, me invadió una oleada de nostalgia que me inundó de tristeza; solo duró un segundo, y se dispersó tan rápidamente como se había formado. Cuando, a la mañana siguiente, llegó un telegrama diciendo que mi padre había sufrido su primer ataque el día anterior, me pregunté, estremecido, si lo que había sentido no habría sido, de alguna manera, una intuición de su angustia, si fue en el preciso instante en que él sufría el ataque cuando yo, viajando por aquella carretera mojada, pensé en Irlanda y en mi casa y mi corazón, a su manera, también tuvo un ataque, aunque no tan intenso. (¡Qué incorregiblemente solipsista soy!)

Aquel día Hartmann estaba de un humor extraño, una especie de euforia colérica, atribulada —después, cuando empezó a hablarse tanto de drogas, me pregunté si no habría sido adicto a alguna de ellas—, y tenía avidez por conocer los pormenores de mi peregrinación a Rusia. Procuré parecer entusiasta, pero podía deducir que le estaba decepcionando. Mientras yo hablaba, se mostraba cada vez más inquieto, jugueteaba con la palanca de cambio y tamborileaba con los dedos en el volante. Llegamos a un cruce de carreteras y paró el coche de golpe, se bajó, echó a correr por enmedio de la carretera y se puso a mirar en todas direcciones, como si buscara desesperadamente una ruta de escape, moviendo los labios y con los puños en los bolsillos del abrigo, que ondeaba por efecto de la espectral lluvia plateada. A causa de su pierna mala se escoró un poco, de modo que pareció que se inclinaba de costado para evitar el fuerte viento. Esperé con inquietud, sin saber exactamente qué hacer. Cuando regresó, permaneció sentado un buen rato mirando a través del parabrisas, de pronto demacrado y con aspecto deprimido. Una tracería de gotas de lluvia tan finas como el encaje cubría con delicadeza los hombros de su abrigo. Podía oler la lana mojada. Empezó a hablar de manera atropellada de los riesgos que asumía y las

presiones a que era sometido, y varias veces se detuvo bruscamente y suspiró con enojo sin dejar de mirar la lluvia. No era propio de él.

—No puedo confiar en nadie —murmuró—. En nadie.

—No creo que debas temer a ninguno de nosotros —dije con suavidad—, Boy, Alastair, Leo... o yo.

Siguió mirando fijamente la oscuridad cada vez más profunda como si no me hubiera oído, y luego se revolvió.

—¿Qué? No, no, no me refería a ti. Me refería —gesticuló— a los de allá —pensé en el hombre del abrigo de cuero y en su conductor anónimo y recordé, con un escalofrío no del todo explicable, la mota de crema de afeitarse en el lóbulo de la oreja de aquel. Hartmann soltó una breve carcajada que pareció una tos—. Quizás debería desertar —dijo—, ¿qué opinas?

No parecía del todo una broma.

Seguimos luego nuestro camino hasta Roundleigh y aparcamos en la plaza del pueblo. Era ya de noche, y debajo de los árboles las farolas resplandecían bajo la fina lluvia como raudales de grandes apéndices de semillas. En aquellos días The Fox —me pregunto si aún existe— era un edificio alto, torcido, que parecía sostenerse de milagro, con un bar y un asador y, en el piso de arriba, habitaciones en las que se alojaban de vez en cuando viajeros de comercio y parejas clandestinas. Los techos, manchados por siglos de humo de tabaco, eran de un delicado tono marrón amarillento de madreselva. Había peces en vitrinas de cristal colgadas de la pared, y un cachorro de zorro disecado dentro de una campana de cristal. Hartmann —pude darme cuenta— lo encontraba irresistiblemente encantador; tenía debilidad por el *kitsch* inglés; todos ellos la tenían. El tabernero, Noakes, era una bestia enorme de brazos carnosos, anchas patillas y una frente surcada de arrugas como un campo mal arado; me recordaba a un púgil de la época de la Regencia, uno de aquellos boxeadores que disputaron unos cuantos asaltos con Lord Byron. Tenía una mujer violenta, fisgona, que le regañaba en público y a la que, según decían, pegaba en privado. Utilizamos aquel sitio durante varios años, exactamente hasta la guerra, para nuestras reuniones y como punto de contacto e incluso, de vez en cuando, para entrevistas con personal de la embajada o agentes de visita, aunque cada vez que nos reuníamos allí Noakes se comportaba como si nunca nos hubiera visto antes. Sospecho, por la forma sardónica en que nos observaba desde detrás de su fila de grifos para servir la cerveza de barril, que creía que éramos lo que la prensa habría llamado un corro de homosexuales; un caso de clarividencia, en cierto modo, fuera de lugar.

—Pero dime qué es lo que esperan que *haga* —le dije a Hartmann, cuando nos hubimos instalado con nuestras medias pintas de cerveza en dos bancos de respaldo alto situados uno frente al otro a cada lado del fuego de coque. (Coque: otra cosa que ha desaparecido; si lo intento, todavía puedo oler el humo y sentir su picor ácido en la parte posterior de mi paladar.)

—¿Hacer? —dijo él, adoptando una expresión maliciosa, divertida; su anterior humor violento se había apaciguado y otra vez era afable—. No tienes que *hacer* nada, en realidad.

Bebió un trago de cerveza y lamió con fruición la espuma del borde de su labio superior. Llevaba su engominado pelo negro azulado peinado hacia atrás, lo que le daba el aspecto insolente y habilidoso de un ave de presa. Llevaba chanclos de goma encima de sus elegantes zapatos de bailarín. Se decía que usaba redecilla para dormir.

—Para nosotros lo valioso de ti es que estás dentro del meollo del *establishment* inglés...

—¿De veras?

—... y con la información que tú y Boy Bannister y los demás nos proporcionéis podremos hacernos una idea de las bases sobre las cuales se asienta el poder en este país —le encantaban esas exposiciones, las declaraciones de intenciones y objetivos, las homilias sobre estrategia; cada espía es en parte sacerdote, en parte pedante—. Es lo mismo que... ¿cómo se llama...?

—¿Un rompecabezas?

—¡Sí! —frunció el ceño—. ¿Cómo sabías a qué me estaba refiriendo?

—Oh, era solo una suposición.

Bebí un sorbo de mi cerveza; cuando estaba con los camaradas solo bebía cerveza... por solidaridad de clase y todo eso; era tan malo como Alastair, a mi manera. Un diablo rojo con cuernos, un ser en miniatura, pero con todos los detalles claramente visibles, estaba radiante y me sonreía desde el palpitante fondo de mi pasión.

—De modo que —dije yo— voy a ser una especie de cronista social, ¿no es cierto? La respuesta del Kremlin a William Hickey.

Al oír mencionar al Kremlin retrocedió y echó un vistazo a la barra, donde Noakes sacaba brillo a una copa y silbaba en silencio volviendo hacia un lado sus grandes labios arrugados.

—Por favor —susurró Hartmann—, ¿quién es William Hickey^[28]?

—Una broma —dije en tono cansino—, solo una broma... Hubiera preferido que me pidieran que hiciese algo más que transmitir cotilleos oídos en los cócteles. ¿Dónde está mi libro de claves, mi píldora de cianuro? Lo siento... es otra broma.

Frunció el ceño y empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor y en su lugar me dirigió su sonrisa más cínicamente atractiva y se encogió de hombros con su exagerada indiferencia europea.

—Todo tiene que ir muy despacio —dijo— en este extraño oficio nuestro. Una vez, en Viena, me encargaron que vigilara a un hombre durante un año, ¡todo un año! Luego resultó que se habían equivocado de persona. Así que ya lo ves.

Me reí, cosa que no debiera haber hecho, y me miró con reproche. Luego se puso a hablar muy en serio de cómo la aristocracia inglesa estaba infestada de simpatizantes fascistas, y me pasó una lista con los nombres de un grupo de personas

en las que Moscú estaba particularmente interesado. Eché un vistazo a la lista y evité no reírme de nuevo.

—Felix —le dije—, estas personas no son importantes. Son solo reaccionarios corrientes, chiflados, oradores de sobremesa de banquete.

Se encogió de hombros, sin decir nada, y apartó la mirada. Sentí que se abatía sobre mí una depresión que me era familiar. El espionaje se parece, en cierta manera, a los sueños. En el mundo del espía, como en los sueños, el terreno que se pisa es siempre incierto. Pisas un terreno que parece sólido y cede bajo tu pie y comienzas una especie de caída libre, girando lentamente sobre ti y agarrándote a cosas que a su vez caen. Esa inestabilidad, esa inmensidad que el mundo asume, es a la vez lo que atrae y lo que asusta de ser espía. Atrae, porque en medio de tal incertidumbre nunca te exigen que *seas tú mismo*; hagas lo que hagas, siempre hay otro tú alternativo que permanece a un lado sin ser visto, observando, evaluando, recordando. Ese es el poder secreto del espía, distinto del poder que manda a los ejércitos en las batallas; es puramente personal; es el poder de ser y no ser, de distanciarse de uno mismo, de ser uno mismo y a la vez otro. El problema es que, si yo era siempre dos versiones, al menos, de mí mismo, todos los demás deberían asimismo desdoblarse de igual manera atroz y peligrosa. Y, por consiguiente, por muy ridículo que pudiera parecer, no era imposible que las personas de la lista de Felix no fueran únicamente las damas de la alta sociedad amigas de recibir en sus salones y los pelmazos que predicaban una moral y unas ideas que no practicaban a los que creía conocer, sino una eficiente organización de fascistas que no se detenían ante nada y estaban dispuestos a arrebatar el poder al gobierno electo y hacer regresar de su exilio a un rey que abdicó para instalarlo en un trono cubierto con la esvástica. Y ahí radica la fascinación, y el miedo... no tanto a las intrigas y pactos y chanchullos entre facciones realistas (nunca pude tomarme en serio al Duque o a esa horrible mujer llamada Simpson), sino a la posibilidad de que nada, absolutamente nada, sea lo que parece.

—Escucha, Felix —dije—, ¿me estás proponiendo en serio que emplee mi tiempo en asistir a cenas y fines de semana en casas de campo para poder informarte de lo que oiga por casualidad que Fruity Metcalfe le dice a Nancy Astor^[29] acerca de la industria armamentista alemana? ¿Tienes idea de cómo son las conversaciones en tales circunstancias?

Examinó su vaso de cerveza. Un reflejo del fuego le atravesaba la mandíbula como una brillante cicatriz de color rosa oscuro. Aquella noche sus ojos tenían una apariencia claramente eslava; me pregunto si a él los míos le parecerían irlandeses.

—No, no sé cómo son esas ocasiones —dijo con frialdad—. Es poco probable que inviten a un comerciante en pieles del East End de Londres a los fines de semana en Cliveden.

—Es Clivden —dije distraídamente—. Se pronuncia Clivden.

—Gracias.

Nos bebimos en silencio lo que quedaba de nuestras cervezas calientes, yo

irritado y Hartmann molesto. Habían entrado algunos parroquianos, que se sentaron sin orden ni concierto en la penumbra rojiza, y entre los vapores del coque se insinuaba su húmedo olor ovino. Los murmullos en las tabernas inglesas al anochecer, tan lánguidos y tediosos, tan circunspectos, siempre me han deprimido. No es que frecuente demasiado las tabernas hoy en día. A veces añoro la hilaridad destartalada de los pubs de mi infancia. Cuando era un muchacho en Carrickdrum, a menudo me aventuraba de noche en el barrio irlandés, medio acre de chozas levantadas a la buena de Dios detrás del paseo marítimo, donde vivían los católicos pobres en lo que me parecía una eufórica miseria. Había un pub en cada callejón, establecimientos reducidos de una sola habitación cuyos escaparates estaban pintados de marrón, formando una especie de encaje, hasta casi llegar a la parte superior, donde una franja de luz mantecosa, espesa de humo, alegre, furtiva, tentadora, brillaba imprecisamente en la oscuridad. Me acercaba con sigilo al Murphy's Lounge o al Maloney's Select Bar y me quedaba ante la puerta cerrada con el corazón en un puño —era sabido que si los católicos atrapaban a un niño protestante, lo hacían desaparecer y lo enterraban vivo en una tumba poco profunda en las colinas que rodeaban la ciudad—, y escuchaba el estrépito del interior, las risas, los juramentos proferidos a gritos y los irregulares fragmentos de canciones, mientras encima de mí una luna llena colgaba de su invisible horca y cubría los adoquines del callejón con una sugestiva mancha de estaño sin brillo. Aquellos pubs me recordaban los galeones azotados por el viento, aguantando a la capa en medio de la noche, cabeceándose con júbilo sedicioso, con la tripulación borracha, el capitán encadenado, y yo, el intrépido grumete, dispuesto a lanzarme en medio de los alborotadores y coger la llave del armario de los mosquetes. ¡Ah, qué románticos son esos mundos prohibidos y brutales!

—Dime, Victor —dijo Hartmann, y por la forma velada, arrastrando las consonantes, con que pronunció mi nombre («*Vikk-torr...*»), intuí que estaba a punto de entrar en el terreno de lo personal—, ¿por qué haces esto?

Suspiré. Imaginaba que, tarde o temprano, me lo preguntaría.

—Oh, el sistema está podrido —dije alegremente—. Ya sabes: salarios bajos para los mineros, niños con raquitismo... Ahora déjame que te invite a un whisky; esta cerveza es tan insípida...

Puso su jarra al débil contraluz y la contempló con gesto adusto.

—Sí —dijo, con un lastimero temblor de voz—. Pero me recuerda mi casa.

¡Dios mío, casi podía oír el tañido de una cítara fantasmal! Cuando traje el whisky, lo miró con recelo, bebió un sorbo y puso mala cara; sin duda, habría preferido aguardiente de ciruelas, o lo que soliesen beber en las lluviosas noches otoñales a orillas del lago Balatón. Bebió de nuevo, esta vez un buen trago, y se acurrucó bien, con los codos contra las costillas y las piernas enroscadas a modo de sacacorchos, con un pie metido por detrás del tobillo, igual que un gatillo amartillado. A los espías internacionales les encantan las charlas íntimas.

—Y tú —le dije yo—, ¿por qué lo haces?

—Inglaterra no es mi país...

—Ni el mío.

Se encogió de hombros, malhumorado.

—Pero es tu *hogar* —me dijo, con un persistente movimiento de mandíbula—. Es donde vives, donde están tus amigos. Cambridge, Londres... —hizo un amplio gesto con su vaso, y la medida de whisky se inclinó, reflejándose en sus profundidades un fuego sulfuroso, como de piedra preciosa—. Tu hogar.

Otro fantasmal deslizamiento de cuerdas. Suspiré.

—¿Sientes tú nostalgia? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Yo no tengo hogar.

—No —le dije—, supongo que no. ¿Debería pensar que eso hace que te sientas completamente... libre?

Se reclinó en el banco, y su rostro se sumió en la oscuridad.

—Boy Bannister nos pasa la información que obtiene de su padre —dijo.

—¿De su padre? El padre de Boy murió.

—Entonces se trata de su padrastro.

—Jubilado, ¿verdad?

—Todavía tiene contactos en el Almirantazgo —hizo una pausa—. ¿Harías tú... —dijo con voz entrecortada—, harías tú lo mismo?

—¿Traicionar a mi padre? Dudo de que los secretos del obispado de Down y Dromore sean de gran interés para nuestros jefes.

—Pero ¿lo harías?

La parte superior de su torso estaba envuelta en sombras, de modo que lo único que podía ver eran sus piernas enroscadas y una mano apoyada en el muslo con un cigarrillo sujeto entre los dedos pulgar y corazón. Tomó un sorbo de whisky, y el borde del vaso tintineó en sus dientes ligeramente.

—Por supuesto que lo haría —dije—, si fuese necesario. ¿Tú no?

Cuando abandonamos el pub había dejado de llover. La noche era ventosa y destemplada, y el viento parecía haber ahuecado la inmensa y húmeda oscuridad. Las empapadas hojas de los sicomoros se movían torpemente por la carretera como sapos heridos. Hartmann se subió el cuello del abrigo y tiritó.

—¡Uf, qué tiempo!

Iba de regreso a Londres, para coger el coche-cama con dirección a París. Le gustaban los trenes. Le imaginaba en el Tren Azul^[30] con un revólver en la mano y una chica en la litera. Nuestros pasos chapoteaban en la acera, y mientras caminábamos de un farol a otro nuestras sombras corrían a juntarse y luego se desplomaban de espaldas detrás de nosotros.

—Felix —dije—, sabes que no soy un aventurero; no debes esperar de mí heroicidades.

Llegamos al coche. Un árbol que se inclinaba sobre él sufrió una aparatosa sacudida y me cayó encima una salpicadura fortuita de gotas de lluvia, que tamborileó en el ala de mi sombrero. De pronto vi la carretera comarcal a Carrickdrum, y recordé que, cuando era niño, caminé por ella con mi padre una noche húmeda de noviembre muy similar a aquella: la luz empañada de las escasas farolas de gas, las ramas inferiores de los sombríos árboles que se agitaban con aparente angustia y el súbito, inexplicable ardor interior que me hacía querer aullar con frenético pesar, suspirando por algo indecible, que debía de ser el futuro, supongo.

—Bueno, el hecho es que *hay* algo que queremos que hagas —dijo Hartmann.

Estábamos de pie, cada uno a un lado del coche, mirándonos de frente a través del resplandeciente techo.

—¿De veras?

—Queremos que te conviertas en agente del Servicio de Información Militar.

Otra ráfaga de viento, otra salpicadura de gotas de lluvia.

—Oh, Felix —le dije—, ¿no hablarás en serio?

Entró en el coche y cerró la puerta de golpe. Durante algunas millas condujo muy rápido, en silencio, enfadado, tirando de la palanca de cambio como si tratara de sacar algo de las entrañas del coche.

—De acuerdo, dime entonces —le dije por fin— qué debo hacer para entrar en el servicio secreto.

—Habla con la gente de tu *college*. El catedrático Hope-White, por ejemplo. El físico Crowther.

—¿Crowther? —dije—. ¿Crowther es espía? ¡No es posible! ¿Y Hope-White? ¡Por el amor de Dios! Es especialista en filología románica. Escribe poemas líricos sobre jovencitos en dialecto provenzal.

Hartmann se encogió de hombros, pero sonrió; le gustaba sorprender. Al resplandor de las luces del salpicadero su rostro presentaba una palidez verdosa, de calavera. Un zorro se nos cruzó en la carretera y abrió los ojos de par en par, sorprendido malévolamente por los faros, antes de bajar la cola y escabullirse a paso lento por el oscuro arcén. Me acordé de un conejo que saltó de un seto y dejó boquiabiertos a dos jóvenes que subían por la carretera de la colina.

—Lo siento, Felix —dije mirando a la noche que, afuera, irremediablemente, se nos echaba encima por el parabrisas—, pero no puedo imaginarme pasando mis días descifrando cálculos aproximados acerca del material móvil de los alemanes, en compañía de antiguos prefectos de Eton y oficiales retirados del ejército de la India. Tengo cosas mejores que hacer. Soy un erudito.

Volvió a encogerse de hombros.

—De acuerdo —me dijo.

Era increíble, y pronto iba a familiarizarme con ella, la manera que tenían de probar algo para luego abandonarlo en cuanto encontraban la más mínima resistencia. Recuerdo el día, durante la guerra, en que Oleg vino corriendo en Poland Street, fuera

de sí por haber descubierto que Boy y yo compartíamos allí habitaciones («Los agentes no pueden vivir juntos, ¡eso es imposible!»); luego se quedó a beber con Boy, cogió una tremenda y llorona borrachera típica de eslavo y se dejó caer pesadamente en el sofá del cuarto de estar para pasar la noche.

—Un nuevo agente de enlace llegará pronto.

Me volví hacia él, sorprendido.

—¿Y tú?

Siguió mirando fijamente la carretera.

—Parece que han empezado a sospechar de mí —dijo.

—¿Sospechar de ti? ¿De qué sospechan?

Se encogió de hombros.

—De todo —dijo—. De nada. Al final llegan a sospechar de todos.

Pensé un momento.

—Ya sabes —dije— que no habría aceptado trabajar para ellos si hubieran enviado a un ruso.

Asintió con la cabeza.

—Este será ruso —dijo en tono grave.

Nos llamamos ambos. Frente a nosotros, en la oscuridad del cielo, un grupo de bajas, tripudas nubes negras como la escoria reflejaban las luces de Cambridge.

—No —dije en aquel momento—, no lo haré. Tendrás que decirles que no lo haré. Trataré con ellos a través de ti, o no hay trato.

Se rio melancólicamente.

—¿Decírselo? —dijo—. ¡Ay, Victor, no los conoces! Créeme, no los conoces.

—No obstante, debes decírselo: solo trabajaré contigo.

He olvidado el nombre del ruso. Skryne se negó siempre a creerme, pero es cierto. Su nombre en clave era Josif, lo que me parecía peligrosamente obvio (la primera vez que nos pusimos en contacto le pregunté si podía llamarle Joe, pero no le hizo ninguna gracia). Es una de las muchas personas de mi pasado de las que no me importa hablar en exceso; el pensar en él me refresca la conciencia como una corriente de aire la espalda de un enfermo con fiebre. Era un hombre pequeño y de rostro anguloso, anodino aunque obstinado, que me recordaba extrañamente a un profesor de latín, de lengua afilada y excelente imitador, sobre todo, del acento de Irlanda del Norte, el cual me hizo la vida imposible en mi primer año en Marlborough. Por insistencia de Josif, nuestros encuentros tuvieron lugar en varios pubs de los más respetables suburbios de Londres, uno diferente cada vez. Creo que, en el fondo, le gustaban aquellos espantosos establecimientos; supongo que, lo mismo que a Felix Hartmann, le parecían típicas manifestaciones de una Inglaterra idealizada, con sus medallones de latón, sus dianas para dardos y sus propietarios rubicundos y encorbatados, todos los cuales me parecían de esa clase de tipos alegres

que muy bien podían tener a su mujer en un baño de ácido en el piso superior. La creencia en esa mítica versión de John Bull^[31] era una de las pocas cosas que durante los años treinta tenían en común las clases dirigentes rusas y alemanas y sus lacayos. Josif se vanagloriaba de lo que él imaginaba su habilidad para hacerse pasar por un inglés nativo. Llevaba prendas de tweed, zapatos marrones y jerséis grises sin mangas, y fumaba cigarrillos Capstan. El efecto que producía era el de una imitación, diligentemente fraguada, aunque del todo inexacta, de un ser humano, como si desde otro planeta hubiesen enviado de avanzadilla un destacamento de exploración para mezclarse con los terrícolas y transmitir, a su regreso, sus datos más esenciales. Pensándolo bien eso es, realmente, lo que era. Su acento resultaba risible, aunque imaginaba que era perfecto.

Para nuestro primer encuentro fui convocado una fría y resplandeciente tarde de principios de diciembre a un pub de Putney, junto a un parque. Llegué tarde y Josif estaba furioso. En cuanto se identificó —solapado saludo con la cabeza, sonrisa forzada, sin apretón de manos— quise saber por qué no estaba allí Hartmann.

—Ahora tiene otras obligaciones.

—¿Qué clase de obligaciones?

Se encogió de hombros. Estaba de pie en la barra junto a mí, con un vaso de limonada efervescente en la mano.

—En la embajada —dijo—. Informes. Avisos.

—¿Está ahora en la embajada?

—Le han llevado allí. Para protegerlo; la policía empezaba a investigarlo.

—¿Qué ha sido de su negocio de pieles?

Meneó la cabeza, molesto, fingiendo impaciencia.

—¿Negocio de pieles? ¿Qué es eso de un negocio de pieles? No sé nada de eso.

—Oh, no importa.

Quería que fuéramos a «una mesa tranquila en el rincón» —el local estaba vacío—, pero no cedí. Aunque no me gusta, pedí vodka, solo para verle rechistar.

—*Na zdroye!* —dije, y me bebí mi copa al estilo ruso, recordando a los hermanos Heidegger. Los pequeños ojos brillantes de Josif se habían reducido a sendas rajas—. Le dije a Felix que solo trabajaría con él.

Lanzó una mirada severa en dirección al barman.

—Ya no está en Cambridge, John —dijo—. No puede elegir a sus colegas.

Se abrió la puerta y entró un viejo harapiento con un perro, precedido por una pálida mancha de luz de sol invernal.

—¿Cómo me ha llamado? —dije—. Mi nombre no es John.

—Para nosotros sí. Para nuestras reuniones.

—Tonterías. No voy a permitir que me impongan ningún ridículo nombre en clave. No podría recordarlo. Me llamaría por teléfono y le contestaría: «No hay aquí ningún John», y colgaría. Es imposible. ¡John! ¡Vamos, hombre!

Suspiró. Comprendí que le había decepcionado. Sin duda, esperaba pasar un rato

agradable en compañía de un caballero británico, universitario, tímido y cortés, que daba la casualidad de que tenía acceso a los secretos del Laboratorio Cavendish y se los pasaría con encantadora distracción, a modo de improvisadas clases particulares. Pedí otro vodka y me lo bebí de un trago; al parecer, me subió directamente en lugar de bajar, la cabeza me empezó a dar vueltas y, por un momento, tuve la sensación de estar levitando a una pulgada del suelo. El viejo gordo con el perro se sentó a una mesa en un rincón y empezó a toser de mala manera, haciendo un ruido parecido al de una bomba de succión en funcionamiento; mientras tanto, el perro nos observaba a Josif y a mí, con la cabeza ladeada y balanceando el pabellón de una oreja, como ese terrier del sello discográfico. Josif se encorvó bajo la mirada alerta del animal y, pasándose una mano por la parte inferior de la cara, en lo que los actores llaman montar en cólera poco a poco, dijo algo incomprensible.

—No puedo oírle si me habla así —le dije.

En un arrebato de ira, inmediatamente reprimido, me agarró del brazo —confieso que me asusté, no solo por lo sorprendente de su acción, sino también por la terrible fuerza de su mano al agarrarme— y acercó su cara a la mía, mirando por encima de mi espalda y girando la boca hacia mi oreja.

—Los síndicos —susurró, y un escupitajo me alcanzó en la mejilla.

—¿Los *qué*?

Me reí. Estaba ya un poco achispado, y todo había empezado a parecerme a la vez jocoso y un poco desesperante. Josif me explicó con un acalorado susurro, entre tics, contracciones nerviosas y silbidos, como un corista contándole un chiste verde al chico de al lado, que Moscú deseaba obtener una transcripción de las deliberaciones de los síndicos de Cambridge; al parecer, estaban convencidos de que ese venerable cuerpo era una especie de sindicato clandestino de los personajes más importantes y poderosos de nuestra más poderosa e importante universidad, un cruce entre la masonería y los ancianos de Sión.

—¡Por el amor de Dios —dije—, no son más que un comité del Consejo de la universidad!

Levantó una ceja de forma ominosa.

—Exactamente.

—Se encargan de los asuntos de la universidad. Las facturas del carnicero. Que no falte vino en la bodega. Es lo único que hacen.

Meneó la cabeza despacio de un lado a otro, apretó los labios y dejó caer los párpados lentamente. No se la daría con queso. Oxbridge^[32] dirigía el país, y los síndicos dirigían la mitad de Oxbridge: ¿cómo no iba a ser fascinante para nuestros amos de Moscú una relación completa de sus actividades? Suspiré. No era un comienzo propicio para mi carrera de agente secreto. Queda por escribir un estudio acerca de la influencia en la historia de Europa en nuestro siglo de la incapacidad de los enemigos de Inglaterra para entender a esta perversa, obstinada, astuta y absurda nación. En la década y media siguiente gasté la mayor parte de mi tiempo y mis

energías tratando de enseñar a Moscú, y a personas como Josif, a distinguir entre la forma y el contenido de la vida inglesa (suponiendo que un irlandés sepa la diferencia). Sus malentendidos casi eran simpáticos. Cuando en Moscú se enteraron de que visitaba con regularidad el Palacio de Windsor, era amigo de Su Majestad y a menudo era invitado a quedarme por las tardes, después del almuerzo, a jugar con su esposa —¡la cual era, además, pariente lejana mía!— a diversos juegos de sobremesa, estaban todos fuera de sí, convencidos de que uno de sus hombres se había introducido en el centro mismo del poder en este país. Acostumbrados al zarismo, tanto del viejo como del nuevo estilo, no podían comprender que nuestro soberano con cetro no gobierna, sino que es una especie de padre de la nación, y ni por un momento se le puede tomar en serio. Al final de la guerra, cuando el partido laborista llegó al poder, sospecho que Moscú creía que solo sería cuestión de tiempo que la familia real, incluyendo a las princesitas, fuera conducida al sótano de Palacio y llevada al paredón. A Attlee^[33], por supuesto, no podían entenderlo, y su desconcierto no hizo más que aumentar cuando les indiqué que su política era más deudora de Morris y Mill (Oleg quiso saber si pertenecían al gobierno) que de Marx. Cuando los conservadores regresaron al poder, supusieron que la elección había sido amañada, incapaces de creer que la clase obrera, después de todo lo que habían aprendido en la guerra, votase libremente por la vuelta a un gobierno de derechas («Mi querido Oleg, no hay un conservador más tenaz que el obrero inglés»). A Boy le enfurecía y deprimía esa falta de comprensión; yo, sin embargo, sentía lástima por los camaradas. Como ellos, procedía también de una raza extremista e instintiva. Sin duda, por eso Leo Rothenstein y yo nos llevábamos mejor con ellos que los ingleses genuinos como Boy y Alastair: compartíamos el innato, sombrío romanticismo de nuestras dos razas tan distintas, el legado de la expatriación y, sobre todo, la viva esperanza de una venganza final, que, cuando se llevaba al terreno de la política, podía hacerse pasar por optimismo.

Mientras tanto, Josif está todavía de pie frente a mí, como el muñeco de un ventrílocuo, con los puños de la camisa demasiado largos y sus músculos faciales que parecen moverse con alambres, atento y confiado como el perro de aquel viejo, y como estoy harto de él, y deprimido, y siento haber permitido que Hartmann me persuadiera de compartir mi suerte con gente como esta persona absurda, inaguantable, le digo que sí, que conseguiré una copia de las actas de la próxima reunión de los síndicos, si realmente es lo que quiere, y él asiente con una rápida, pequeña y formal inclinación de cabeza, esa clase de reverencia con la que más tarde tanto me iba a familiarizar, gracias a los presumidos majaderos de los cuarteles generales y los centros secretos de instrucción, cuando llegaba allí procedente del Departamento para entregar alguna información secreta completamente inútil. Hoy día todos los comentaristas, todos los sabihondos, subestiman en libros y periódicos el elemento aventurero del mundo del espionaje. Dado que los verdaderos secretos son traicionados, que los torturadores existen, que los hombres mueren —Josif iba a

acabar, como tantos otros servidores de poca importancia del sistema, con una bala del NKVD^[34] en la nuca—, imaginan que los espías son, hasta cierto punto, irresponsables e inhumanamente malignos, como los demonios menores que cumplen las órdenes del gran Satanás, cuando, en realidad, a lo que más nos parecemos es a esos tipos valerosos, aunque traviesos y siempre listos de los cuentos escolares, los Bob, Dick y Jim, que son buenos en el críquet y hacen inofensivas aunque ingeniosas travesuras, y al final descubren que el director es un criminal internacional, mientras que al mismo tiempo empollan a escondidas lo suficiente para salir primeros en los exámenes y ganar becas y de ese modo ahorrar a sus simpáticos y pobres padres la carga de tener que pagar para enviarlos a una de Nuestras Grandes Universidades. Así es, de todos modos, como nos veíamos nosotros, aunque, desde luego, no lo habríamos expresado en esos términos. Nos considerábamos *buenos*, eso es lo importante. Es difícil hacer revivir ahora el ambiente embriagador de aquellos días previos a la guerra en que el mundo se iba a ir al infierno en medio de repiques de campanas y estridente sonido de sirenas, y de todos nuestros compañeros solo nosotros sabíamos exactamente cuál era nuestra misión. Oh, me doy perfecta cuenta de que los jóvenes se iban a España a combatir, y formaban sindicatos, y elevaban peticiones, etcétera, pero ese tipo de cosas, aunque necesarias, eran meramente provisionales; en secreto, considerábamos a esos pobres tipos apasionados poco más que carne de cañón, o bienhechores entrometidos. Lo que nosotros teníamos, y a ellos les faltaba, era la necesaria perspectiva histórica; mientras los brigadistas internacionales manifestaban a voz en grito la necesidad de parar a Franco, nosotros estábamos ya planeando la transición para después de la derrota de Hitler, cuando, con un suave empujón de Moscú, y nuestro, los regímenes de Europa Occidental, estragados por la guerra, caerían uno tras otro como fichas de dominó —sí, éramos defensores precoces de esa teoría ahora desacreditada— y la Revolución se extendería como una mancha de sangre desde los Balcanes a la costa de Connemara^[35]. Y, sin embargo, qué despreocupados éramos al mismo tiempo. Hasta cierto punto, pese a todo lo que dijimos e incluso hicimos, los grandes acontecimientos de la época pasaron ante nosotros, teñidos de vivos y chillones colores, demasiado reales para ser verdaderos, como los accesorios de un teatro ambulante que no se detuviera en nuestra ciudad, transportados en la caja de un camión. Estaba trabajando en mis habitaciones del Trinity cuando oí el anuncio de la caída de Barcelona en la radio que sonaba estrepitosamente en la habitación de mi vecino de al lado —un galés, me parece que físico, a quien le gustaba la música orquestal de baile y que me contó todo acerca de las últimas maravillas puestas en práctica en el Cavendish^[36]— y seguí examinando con calma en mi lente de aumento una reproducción del curioso par de cabezas cortadas que yacen sobre un paño en primer término del cuadro de Poussin *La toma de Jerusalén por Tito*, como si los dos sucesos, el real y el representado, estuvieran igualmente alejados de mí en cuanto a antigüedad, tan fijo y tan acabado el uno como el otro, ambos grito helado y corcel

rampante y estilizada, espléndida crueldad. ¿Me comprende...?

Hay una última imagen de Josif que quiero esbozar antes de despacharlo, envolviéndolo de una vez por todas en su papel de seda junto a tantos otros personajes olvidados de los que mi vida está llena. Mientras abandonaba el pub — había insistido en que saliéramos por separado—, el perrito del viejo salió corriendo detrás de él, enroscándose y desenroscándose de esa entusiasta manera perruna, como si su cuerpo, tenso como una salchicha, fuera hasta cierto punto un resorte, y trató de restregarse contra el tobillo de Josif, pero fue rechazado con una hábil patada de costado propinada con su lustrada puntera. El animal chilló, con más pena que dolor, y se fue dando saltos, chasqueando sus zarpas en las baldosas del suelo, para volver a sentarse entre los pies extendidos de su amo, parpadeando y lamiéndose los labios rápidamente, perplejo y consternado. Josif salió, dejando que la luz del sol jugara con cariño con sus tobillos, y el viejo frunció el ceño y me miró con una especie de mueca burlona, y enseguida comprendí lo que creía haber visto en mí: otro de esos tipos insignificantes, impacientes, de ojos severos, que dan patadas a los perros, que se abren paso a codazos, que te echan a empujones, y quise decirle: *No, no, yo no soy uno de esos, ¡no soy como él!*, y luego pensé: *Tal vez lo sea*. Hoy en día capto esa misma mirada cuando algún veterano de la Guerra Fría o algún autoproclamado guardián patriótico de los Valores Occidentales me reconoce por la calle y, metafóricamente, me escupe.

Bueno. Así empezó mi carrera de espía en activo. Recordé la esperanza que tenía Hartmann de que nosotros, retoños de las clases más elevadas, proporcionaríamos a Moscú una descripción completa del rompecabezas del *establishment* inglés (no tuve valor para preguntarle si había considerado alguna vez los asuntos que los fabricantes de tales rompecabezas eligen como ilustración, pero en mi mente veía un refugio subterráneo lleno de comisarios de pelo muy corto estudiando con detenimiento una de las acarameladas y dulzonas escenas habituales, con *cottage*, rosas, ondulante riachuelo y niña con tirabuzones y una cesta de ranúnculos al brazo: Inglaterra, ¡nuestra Inglaterra!). Diligentemente, empecé a aceptar invitaciones para comer que antes habría rehusado con un repeluzno, y me vi hablando de acuarelas y del precio de las aves de corral con la esposa, bigotuda y algo bisoja, de un ministro del gabinete, o escuchando, atontado por el aguardiente y el humo de los cigarrillos, a un par del reino, de carrillos color rojo ladrillo y con monóculo, que comentaba ante los comensales, entre grandes aspavientos, los métodos terriblemente ingeniosos que habían empleado los judíos y los masones para infiltrarse en todos los niveles del gobierno, hasta el punto de que ya estaban dispuestos a tomar el poder y asesinar al rey. Redacté exhaustivos informes sobre tales circunstancias —y descubrí, de paso, que tenía un inesperado talento para escribir; algunos de esos primeros informes eran realmente subidos de tono, aunque embellecidos en exceso— y se los pasé a Josif, que se apresuraba a escudriñarlos, torciendo el gesto y respirando con estrépito por las ventanillas de la nariz, y luego se los guardaba en un bolsillo interior y, tras echar

una mirada disimulada alrededor del bar, se ponía a hablar con forzada indiferencia sobre el tiempo. De vez en cuando, recogía un poco de información o cotilleo que provocaba en Josif una de sus raras sonrisas nerviosas y le hacía morderse los labios. Lo que Moscú consideró mi mayor y más rápido triunfo fue la larga y, para mí, sumamente tediosa conversación que sostuve en una fiesta del Trinity con un secretario particular del Ministerio de Defensa, un hombre corpulento, de pelo lacio y brillante, con un pequeño bigote, que cuando hablaba me recordaba a esos alegres metepatas de las historietas de Bateman^[37]; según avanzaba la noche cada vez estaba más majestuosa, cómicamente borracho —la pechera postiza de su camisa se le levantaba sin parar, como en una farsa de teatro de variedades—, y me contó, con todo detalle, sin la menor discreción, que nuestras fuerzas armadas no estaban preparadas para la guerra, que la industria armamentista era de pacotilla y que el gobierno no tenía ni la voluntad ni los medios de hacer nada para rectificar la situación. Pude comprobar que Josif, sentado ante una mesa baja en un rincón del pub The Hare and Hounds en Highbury, inclinado atentamente sobre mi informe, no era capaz de decidir si debería sentirse horrorizado o alborozado por las repercusiones para Europa en general, y Rusia en particular, de lo que estaba leyendo. Lo que parecía ignorar era que todos los repartidores de periódicos del país sabían ya lo escandalosamente mal equipados que estábamos para la guerra, y lo débil que era el gobierno.

Esa ingenuidad por parte de Moscú y sus emisarios nos producía a todos un profundo recelo; gran parte de lo que para ellos era información secreta era ya de dominio público. ¿No leían los periódicos —le pregunté a Felix Hartmann, exasperado— ni escuchaban en la radio las noticias de las diez?

—¿Qué hace su gente en la embajada todo el día, aparte de distribuir absurdos comunicados oficiales sobre la producción industrial rusa y negar visados de entrada a los corresponsales del *Daily Express* especializados en temas de defensa?

Sonrió, se encogió de hombros, levantó la vista al cielo y se puso a silbar entre dientes. Paseábamos junto al Serpentine^[38], que estaba helado. Era el mes de enero, el aire estaba espeso por el humo escarchado de color entre blanco y malva, y los patos andaban por encima del hielo con paso inseguro, desconcertados y contrariados por la inexplicable solidificación de su líquido elemento. Tras dos años de servicio, Josif había sido retirado repentinamente; todavía puedo ver el nauseabundo brillo del sudor en su ya cadavérico semblante cuando me dijo que aquella iba a ser nuestra última reunión. Nos estrechamos las manos y en la puerta del pub —The King's Head, en Highgate— se volvió y me lanzó una mirada furtiva, suplicante, preguntándome en silencio no sé qué espantosa e imposible cuestión.

—En estos momentos la vida en la embajada está algo... apagada —dijo Hartmann.

Desde la brusca partida de Josif yo había telefoneado a la embajada repetidas veces, pero no me había enterado de nada hasta aquel día, en que Hartmann se

presentó en mi casa, vestido de negro, como de costumbre, con un sombrero negro con el ala vuelta hacia abajo. Cuando le pregunté qué iba a ocurrir, se limitó a sonreír y, llevándose un dedo a los labios, me condujo a la calle y nos dirigimos al parque. De pronto, se detuvo y miró el hielo de color gris acero, balanceándose sobre sus talones hacia delante y hacia atrás, con las manos metidas en los bolsillos de su largo abrigo.

—Moscú se ha quedado callado —dijo—. Envío mis mensajes por los conductos usuales, pero no me contestan. Soy como una persona que ha sobrevivido a un accidente. O como alguien que espera que suceda un accidente. Es una sensación extraña.

En un banco próximo a nosotros un niño pequeño, acompañado por una nodriza de medias negras, arrojaba mendrugos de pan a los patos; el niño se reía con voz ronca encantado al ver derrapar y deslizarse a los pájaros ignominiosamente, batiendo sus alas, mientras perseguían como locos los resbaladizos bocados. Volvimos a caminar. Al otro lado del lago, en Rotten Row, un grupo de jinetes se abría paso sin orden ni concierto entre resoplidos de caballos. Llegamos en silencio hasta el puente y nos detuvimos. A lo lejos, detrás de las cimas de los árboles negros que nos rodeaban, se perfilaban los misteriosos contornos de Londres envueltos en una niebla gris-azulada. Sonriendo como si estuviera soñando, Hartmann permaneció de pie con la cabeza ladeada, como si estuviera a la escucha de algún leve ruido que esperaba.

—Voy a regresar —dijo—. Me han dicho que debo regresar.

Allá arriba, en la niebla helada, por encima de los chapiteles y los sombreretes de las chimeneas, me pareció ver por un momento algo que se mantenía inmóvil en el aire, una figura gigantesca, toda de plata y oro, que brillaba débilmente. Me oí tragar saliva.

—Oye —dije—, ¿crees que eso es sensato? Me han dicho que el clima allí no es lo que se dice agradable estos días. El más frío desde hace mucho tiempo.

Se apartó de mí y miró hacia el cielo, como si también hubiese percibido que algún presagio se cernía sobre nosotros.

—Oh, no importa —dijo distraídamente—. Dicen que quieren que les haga un informe personal, eso es todo.

Asentí con la cabeza. Es extraño hasta qué punto se parece la consternación a una risa incipiente. Volvimos a andar y cruzamos el puente.

—Podrías quedarte aquí para siempre —dije—. Quiero decir que ellos no pueden *obligarte* a ir, ¿no es cierto?

Se rio y me cogió de un brazo.

—Eso es lo que me gusta de vosotros —dijo—, de todos vosotros. Que lo veáis todo tan sencillo...

Nuestros pasos resonaban en el puente como golpes de hacha. Me cogió del brazo y lo apretó contra sus costillas.

—*Debo* ir —dijo—. Por lo demás, no pasa... nada. ¿Me comprendes?

Dejamos atrás el puente todavía cogidos del brazo y, al llegar a la cima de la suave pendiente del parque, inspeccionamos la ciudad que se extendía inmóvil a nuestros pies envuelta en la niebla.

—Echaré de menos Londres —dijo Hartmann—. Kensington Gore, la Brompton Road, Tooting Bec; ¿existe realmente un sitio llamado Tooting Bec? Y Beauchamp Place, que hasta ayer mismo no aprendí a pronunciar de manera correcta. ¡Qué lástima que se pierdan todos esos valiosos conocimientos!

Volvió a apretarme el brazo y me miró rápidamente de soslayo; me pareció que algo fallaba en él, como si una parte de algún mecanismo interno de repente hubiera dejado de funcionar.

—Escucha —le dije—, el caso es que no debes irte; no te dejaremos, ya lo sabes.

Se limitó a sonreír, dio media vuelta, y se fue cojeando en dirección al lugar de donde habíamos venido, al otro lado del puente, bajo el macizo de árboles negros cubiertos por la niebla. Nunca más volví a verlo.

Durante años traté de descubrir qué había sido de él. Los camaradas mantenían un silencio hermético; cuando eres expulsado, te desvaneces, por así decirlo. De vez en cuando, llegaban retazos de rumores. Alguien le había visto en la prisión de Lubianka^[39], en muy mal estado y tuerto; otro afirmaba que se encontraba en el centro de Moscú, bajo vigilancia, pero ocupándose de la sección de Lisboa; según otros, estaba en Siberia; o en Tokio; o en el Cáucaso; o habían visto su cadáver en el asiento trasero de un coche en la calle Dzerzinski. Era como si esos rumores me llegaran desde el lado oculto de la luna. Rusia estaba muy lejos; siempre había estado muy lejos. Las dos semanas que pasé allí solo habían servido para hacer que me pareciera todavía más remota. Hay un hecho curioso acerca de todos nosotros: que el país con el que nos habíamos comprometido se desdibujaba en nuestras mentes, la Tierra Prometida que nunca alcanzaríamos, y nunca quisimos alcanzar. Ninguno de nosotros había soñado con irse a vivir allí por voluntad propia; más tarde Boy, aunque tratara de ocultarlo, quedó horrorizado cuando comprendió que no tenía más remedio que desertar. Nuestros contrincantes parecían mucho más familiarizados con aquel lugar que nosotros. Había gente en el Departamento, oficinistas que nunca habían ido más allá del Elba, que hablaban como si todos los días entraran y salieran de la Lubianka, y se pasearan por la calle Dzerzinski —que yo casi ni sabía pronunciar— para conseguir un ejemplar de *Pravda* y un paquete de cigarrillos de la marca más popular en Moscú en aquellos tiempos.

¿Por qué regresó? Sabía tan bien como yo lo que le esperaba: yo había leído los informes de los juicios ejemplares, encorvado sobre los periódicos y encerrado bajo llave, horrorizado y silencioso, con las manos húmedas y mirando al fuego, como un adolescente devorando con repugnancia un manual de obstetricia. Podía haberse fugado, tenía contactos, rutas de escape, podría haber llegado a Suiza, o a Suramérica. Pero no; regresó. ¿Por qué? Le di muchas vueltas al asunto; todavía lo hago. Tengo la incómoda convicción de que si pudiera responder a esa pregunta, podría contestar también a muchas otras, no solo acerca de Felix Hartmann, sino sobre mí. El profundo desconcierto que me envuelve como la niebla cuando contemplo esa fatal decisión final que tomó es una terrible acusación de que algo me falta, algo completamente normal, la sensación de formar parte de una comunidad de

intereses que en otras personas parece surgir de modo natural. He tratado de poner en práctica el tipo de experimento mental que el viejo Charkin, mi tutor de Filosofía en el Trinity, utilizaba para exhortarnos a actuar, imaginando lo mejor que he podido que me introducía en la mente de Felix Hartmann y trazándome una plausible línea de conducta en las mismas circunstancias. Pero de nada sirvió, nunca pude pasar del punto en que se hacía inevitable la elección, en que tenía que decidir entre aceptar mi destino, o salir pitando. ¿Qué debía de sentirse al llegar a esa situación, al ser requerido a sacrificar la propia vida por el bien de una causa, y ni siquiera por la causa en sí, sino solo para salvar las apariencias, por así decirlo, para proteger los fenómenos, como solían decir los antiguos cosmólogos? Saber que probablemente acabarás en un hoyo en el bosque con otros miles de cadáveres acribillados, y, sin embargo, regresar, sin pensar en las consecuencias: ¿era eso valor o solo arrogancia, temeridad, quijotesca terquedad? Me sentía culpable por haberme reído por lo bajo de sus actitudes y pretensiones. Al igual que un suicida —que es lo que él era, en el fondo—, se había labrado su leyenda y a la vez la había confirmado. Permanecía despierto por las noches pensando en él, un amorfo montón de pena y desesperación en el rincón de una celda sin luz, tiritando bajo una mugrienta manta, escuchando los roces de las uñas de las ratas al correr, el ruido metálico de las cañerías de agua y los gritos de un joven que llamaba a su madre en alguna parte. Pero ni siquiera podía hacer realidad eso, siempre se convertía en un melodrama, una imagen sacada de un relato de aventuras de tres al cuarto.

Boy se reía de mí.

—Te estás volviendo blando, Victor —dijo—. En todas partes hay hombres sanguinarios. Vienen y van como los gitanos, ya lo sabes.

Estábamos en Perpiñán, en una *brasserie* junto al río, en agosto, unas semanas antes de que estallara la guerra. Sombras púrpura bajo los plátanos y reflejos del agua formando relucientes losanges sobre los enveses de un verde grisáceo de sus grandes hojas aletargadas. Habíamos llegado desde Calais en el dos plazas blanco de Boy, y estábamos ya hartos de aguantar la compañía el uno del otro. Su apetito de muchachos y de bebida me parecía agotador, y él pensaba que yo era una solterona. Empecé aquel viaje porque se suponía que Nick vendría con nosotros, pero «algo había surgido», y en lugar de eso había volado otra vez a Alemania con alguna misión secreta.

Boy me lanzó una de sus características miradas malhumoradas y turbias.

—Evidentemente, estás encaprichado, Vic. Hartmann el rompecorazones. Debe de haber sido el toque sacerdotal, la imposición de manos. ¿Estabas enamorado de tu padre cuando eras un chaval? Eso le da un nuevo significado a la palabra *obispado*.

Se sirvió el vino que quedaba en la botella y pidió otra.

—Supongo que no te importa a quiénes matan —dije—, ni a cuántos.

—¡Por Dios, Vic, no seas tan quejica!

Pero me sostuvo la mirada. Eran malos tiempos para los verdaderos creyentes

como Boy. La embajada en Londres estaba prácticamente desguarnecida. Habían retirado a un funcionario tras otro —Josif, Felix Hartmann, media docena más— sin reemplazarlos, de modo que teníamos que arreglárnoslas solos lo mejor que podíamos. El material que últimamente había obtenido de los archivos del Departamento, el tipo de cosas que solían arrebatar a Felix Hartmann —probablemente, exageraba su valor, a causa de su cortesía chapada a la antigua—, ahora lo depositaba en el buzón para cartas no reclamadas de un pub irlandés de Kilburn, y no podía estar seguro de que llegara a su destino, o, si llegaba, de que alguien lo leyera. En realidad, no sé por qué seguía haciéndolo. De no haber sido por la guerra, tal vez lo hubiera dejado. Teníamos que espolearnos a nosotros mismos, igual que los exploradores perdidos se recuerdan unos a otros los placeres de sus respectivos hogares. Era duro. Alastair Sykes había publicado recientemente una imposible e ilusoria bobada en *The Spectator* justificando la necesidad de las purgas de Moscú ante la amenaza fascista; cuando la leí, me reí. Me lo imaginé en sus habitaciones del Trinity, inclinado sobre su vieja máquina de escribir, tecleando como un loco con solo dos dedos, con la frente arrugada y el pelo de punta, mientras su pipa soltaba montones de chispas.

Boy pinchó con el tenedor un trozo de queso derretido.

—¡Uf, cómo apesta! —exclamó—. *Saveur de matelot...* —se detuvo y frunció el entrecejo, mirando fijamente algo situado más allá de mi espalda—. Te digo que mires eso.

Miré. Sombras y humo, brillo curvo sobre el flanco de una gruesa cafetera, la silueta de la cabeza y el esbelto cuello de una chica que se reía tapándose la boca con la mano y, detrás de la cabeza de su joven acompañante, la ventana, que encuadraba una impresionante vista de árboles, piedras insoladas y agua deslumbrante. Eso es lo que recordamos, el anodino amontonamiento de las cosas.

—¡Allí, idiota! —dijo entre dientes Boy, señalando con su tenedor.

En la mesa contigua a la nuestra se sentaba, despatarrado sobre sus muslos rechonchos, un hombre muy grueso y calvo con quevedos, que leía con la narizota levantada como un miope un ejemplar de *Le Figaro* moviendo los labios sin hacer ruido. El titular de la primera plana, en espantosos caracteres negros, medía sus buenas tres pulgadas. Boy se levantó atolondradamente y, tras quitarse la servilleta y sacudirse las migajas de pan del regazo, se lanzó sobre la mesa vecina.

—*Votre journal, monsieur, vous permettez...?*

El hombre grueso se quitó los quevedos, miró fijamente a Boy y frunció el ceño, con lo que en la piel por encima de la delicada voluta de sus orejas se dibujaron tres arrugas concéntricas en forma de media luna.

—*Mais non* —dijo, meneando su dedo blancuzco—, *ce n'est pas le journal d'aujourd'hui, mais d'hier* —con una uña dio un golpecito en la primera plana—. *C'est d'hier*. ¿Me comprende? Es el periódico de ayer.

Con los labios morados y los ojos a punto de salirse de las órbitas —nadie tan

violento como un patán enfurecido—, Boy trató de arrebatarme el periódico de las manos. El hombre grueso se resistió, y la primera plana se desgarró por la mitad y se partió en dos el titular, que hablaba del pacto Hitler-Stalin firmado en Moscú dos días antes. Desde entonces, esa trascendental alianza, que traicionaba en apariencia todo aquello en lo que creíamos, iba a estar asociada en mi mente a la mirada de aquel tipo gordo con quevedos y muslos edematosos, al reflejo del sol sobre el río, al aroma de calcetines sudados del Camembert.

Fuimos derechos a nuestro hotel, recogimos nuestras maletas y nos pusimos en camino hacia el norte. Apenas hablamos. Nos embargaba, sobre todo, una sensación de profundo desconcierto; éramos como una pareja de hermanos cuyo venerado padre acabara de ser sorprendido en un lugar público cometiendo un grave ultraje contra la moral. Al anoecer habíamos llegado a Lyon, donde encontramos habitaciones en un espectral hotel en una carretera arbolada de las afueras de la ciudad, y cenamos en un enorme comedor desierto, mal iluminado, en cuyas oscuras esquinas se agazapaban varios sillones tapizados de cuero, como si fueran fantasmas de anteriores huéspedes, y *madame la propriétaire* en persona, una impresionante gran dama, vestida toda de fustán negro y con mitones de encaje, vino a sentarse con nosotros y nos informó de que Lyon era *le centre de la magie* en Francia, y que en la ciudad había una camarilla de judíos que celebraba misas negras todos los sábados por la tarde en cierta casa de mala fama junto al río («*Avec des femmes nues, messieurs!*»). Pasé una noche agitada en una cama con dosel llena de bultos, durmiendo de modo intermitente y soñando (arpías desnudas, Hitler con un sombrero de mago salpicado de estrellas, cosas así), y me levanté al alba y me senté junto a la ventana acurrucado en un edredón, a contemplar la sigilosa salida de un enorme sol blanco por entre los árboles verdinegros de una colina que había detrás del hotel. Podía oír a Boy moviéndose de un lado a otro en su habitación, contigua a la mía, y aunque estoy seguro de que sabía que yo también estaba despierto, no golpeó la pared para pedirme que fuera a tomar una copa con él, como habría hecho cualquier otra mañana, pues siempre aborreció estar solo cuando se desvelaba.

En Calais pasamos un domingo paseando preocupados por la poco acogedora ciudad y bebiendo demasiado vino en un bar donde Boy se había encaprichado del hijo adolescente del propietario. Al día siguiente no pudimos conseguir una plaza en el ferry para el dos plazas de Boy y tuvo que dejarlo en el muelle, para que lo enviasen en la siguiente travesía; allí se quedó el automóvil, que, mientras nos alejábamos, parecía cohibido, como si se diera cuenta de que aquello prefiguraba otra ocasión, más célebre, en que Boy lo abandonaría en un muelle. Durante la travesía a Dover todas las conversaciones giraban sobre la guerra, y por todas partes se oían risas torvas y se veían barbillas en alto y cejas irónicamente crispadas; es una de las cosas que mejor recuerdo de aquella época desesperada, inquietante y desenfadada.

Nick nos fue a recibir a la estación Victoria. Se había alistado el mes anterior —el Departamento había arreglado que lo hiciera como oficial— y llevaba uniforme de capitán, que le daba un aspecto elegante y satisfecho consigo mismo. Apareció en el andén surgiendo de una amenazadora nube de vapor, como un recuerdo de Flandes. Lucía un fino bigote, semejante a un par de suaves plumas negras con las puntas vueltas hacia arriba, que no le había visto antes y me pareció un error. Estaba de muy buen humor.

—¡Hola, pareja! Oye, Victor, pareces bastante paliducho; ¿es el viejo *mal de mer* o estás fastidiado por lo que ha preparado y hecho tu Tío Joe?

—¡Oh, Nick, basta ya!

Se rio, cogió mi bolsa y se la colgó del hombro. La estación era ruidosa y calurosa, y olía a vapor, a gas del alumbrado y a gente. Había uniformes por todas partes. Recuerdo vívidamente aquellos días previos a la declaración de guerra: las multitudes, el sol y el humo, las interminables llegadas y partidas, los gritos de los repartidores de periódicos —jamás habían hecho tanto negocio—, los bares llenos hasta la puerta, y todo el mundo con los ojos brillantes y una especie de miedo febril, pero no exento de alegría. Salimos de la estación a la deslumbrante luz cacofónica de la tarde agosteña. El Strand rebosaba de taxis que tocaban la bocina como un rebaño en celo, y sus negras capotas brillaban al sol. Nick había traído su coche y, cuando Boy dijo que se iba a su casa, no quiso oír hablar de ello.

—No estoy de servicio; vayamos al Gryphon a tomar una copa.

Boy se encogió de hombros. Su actitud hacia Nick —taciturno, circunspecto, incluso una pizca deferente— siempre me desconcertaba. Nick metió nuestras bolsas en el portaequipajes y, como tenía por costumbre, hizo un numerito que consistía en saltar con ambos pies para aterrizar con una especie de lánguido desmadejamiento detrás del volante. Le dije que quería ver a la Nena.

—Ah, sí —contestó él—, por supuesto: la pequeña esposa. O no tan pequeña, en realidad. Ella dice que se siente como un globo cautivo. Yo le contesto que los globos son *ligeros*, y ella debe de pesar un quintal. ¿Sabes, Victor, que has sido un canalla al marcharte cuando ella está a punto de parir? El caso es que está en mi apartamento, desenredando la trama que ha urdido durante el día y esperando ansiosamente el regreso, libre y sin compromiso, de su héroe.

Recorrimos Charing Cross Road y en Cambridge Circus casi nos metimos debajo de un camión del ejército lleno de *tommies*^[40] burlones.

—Movilización general —dije.

—¿Sabes?, sin un frente oriental, va a haber un baño de sangre —dijo Nick tratando de parecer adusto, propósito para el cual el bigote no ayudaba nada.

En el asiento trasero, Boy dio un resoplido sarcástico. Nick le miró por el retrovisor y se volvió hacia mí.

—¿Cuál es la postura del Partido, Vic?

Me encogí de hombros.

—Encontramos amigos donde podemos —dijo—. Después de todo, Winston tiene a Roosevelt.

Nick profirió un cómico gruñido.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. Ha hablado Urizen^[41].

Poland Street estaba inusitadamente tranquila, sumida en el sopor de la tarde veraniega. Cuando salimos del coche oímos música de jazz encima de nosotros. Subimos al piso de Nick y encontramos a la Nena, vestida con una bata corta, sentada en un sillón de mimbre junto a la ventana con las rodillas separadas a causa de su gran barriga; una docena de discos estaban esparcidos a sus pies, y el gramófono de Nick funcionaba a todo volumen. Me incliné y la besé en una mejilla. Despedía un olor a leche, y a algo así como agua de florero rancia, que no era desagradable. Había salido de cuentas hacía una semana; yo esperaba no tener que asistir al parto.

—¿Fue agradable el viaje? —me dijo—. ¡Cuánto me alegro por vosotros! Boy, querido, un beso-beso.

Boy se puso de rodillas ante ella y apretó la cara contra el gran montículo terso que formaba su vientre, lloriqueando como en un simulacro de adoración, mientras ella le agarraba de las orejas y reía. Boy sabía cómo tratar a las mujeres. Me pregunté en vano, como hacía a menudo, si habría habido una aventura entre la Nena y él, en alguna de sus fases de heterosexual. Ella apartó el rostro de Boy, que se volvió y se sentó en el suelo, entre sus rodillas, y apoyó un codo en una de ellas.

—Tu marido te echó muchísimo de menos —le dijo—. Todas las noches le oía llorar, algo espantoso.

Ella le tiró de los pelos.

—Estoy segura —dijo—. Es obvio que lo habéis pasado mal. Hay que ver lo morenos que estáis. Realmente, despertáis bastante lujuria. ¡Ojalá no tuviera yo esta pinta!

Nick paseaba impaciente de un lado a otro de la habitación.

—¿Te importa que apague este guirigay de negros? —dijo Nick—. No puedo oír lo que pienso.

Levantó el brazo del tocadiscos y dejó que la aguja chirriara a través de los surcos.

—¡Cerdo! —dijo la Nena, indolentemente.

—Cerde tú —metió el disco en su funda de papel marrón y lo echó a un lado—. ¿Bebemos un poco de ginebra?

—Oh, como quieras —dijo la Nena—. Atinada bebida para una futura mamá. ¿O no debería? ¿No es ginebra lo que toman las dependientas para quitarse el paquete? Pero supongo que es demasiado tarde para abortar.

Boy le abrazó las rodillas.

—¡Nunca te des por vencida, cariño!

De aquel modo comenzó la velada. Nick y la Nena bailaron un poco juntos, y nos terminamos la botella de ginebra; luego Nick se quitó el uniforme y nos fuimos todos

al Coach and Horses y bebimos algunas copas más. Después fuimos a cenar al Savoy, donde Boy se portó mal y la Nena le azuzó, batiendo palmas como una foca y riendo, y las personas de la mesa contigua llamaron al *maître* y se quejaron de nosotros. Traté de unirme a aquella deplorable diversión —después de todo, éramos hijos de los años veinte—, pero no tenía ganas. Tenía treinta y dos años, y estaba a punto de ser padre; era un erudito de no poca reputación (con qué delicadeza nos permite el lenguaje expresar esas cosas), pero eso no era compensación suficiente para el hecho de que nunca sería un matemático, o un artista, que eran las únicas ocupaciones que consideraba dignas de mi inteligencia (es cierto, lo pensaba). Es duro tener que vivir siempre apartado, por así decirlo, de la vida que uno cree que debería vivir. No podía esperar a que empezara la guerra.

Nick también estaba abatido; desplomado de lado en su silla, con un codo en la mesa y la frente apoyada en el dedo índice, contemplaba con tristeza y desagrado las payasadas de Boy y de su hermana.

—¿Sigues jugando a los espías? —le dije.

Volvió a mirarme con resentimiento.

—¿Tú no?

—Oh, sí, pero estoy en Lenguas, eso apenas cuenta. Te imagino intercambiando carteras en el andén de una estación en Estambul y haciendo otras muchas proezas de esa clase.

Frunció el ceño.

—¿No crees que ya ha pasado el tiempo de los sabelotodo?

¡Cuán adorablemente ridículo parecía cuando decía tales cosas! Y lo sabía. ¡Qué calculador era!

—Es que te tengo envidia —dije—, no soy más que un tipo aburrido.

Se encogió de hombros. Su engominado pelo negro tenía el mismo brillo oscuro que la chaqueta de su traje de etiqueta.

—Podrías hacer algo —dijo—, meterte en otra cosa. Todo cambiará cualquier día de estos. Surgirán toda clase de oportunidades.

—¿Como cuáles?

Boy trataba de mantener en equilibrio un vaso de vino sobre la barbilla. Cuando habló con los labios apretados, su voz incorpórea pareció descender del techo.

—¿Por qué no le conseguís un puesto como MP? —dijo.

Con una malévola sonrisa, la Nena le hacía cosquillas a Boy en el cuello estirado para que se le cayera el vaso.

—No creo que Victor sirva para hacer política —dijo la Nena—. No puedo imaginármelo en una campaña electoral, ni pronunciando su primer discurso en la Cámara.

—Él se refiere a la Policía Militar^[42] —dijo Nick—. Una nueva unidad. Billy Mytchett está al mando. Déjalo, Nena, ¿quieres? Tendremos vidrios rotos por toda la mesa.

—Aguafiestas.

Boy se quitó de un manotazo el vaso de vino que sostenía en la barbilla y lo atrapó en el aire con habilidad. Pidió una botella de champán. Yo podía sentir ya el comienzo del dolor de cabeza de la mañana siguiente. Rocé el brazo de la Nena; qué sedosa y tersa era su piel en este último tramo del embarazo.

—Creo que ya va siendo hora de irse a casa —dije.

—¡Cielos! —dijo ella a los comensales—, ¿no parece que ya sea padre?

Me di cuenta de que estaba borracho, pero sin pretenderlo, en contra de mi voluntad, en cierto modo mis labios estaban entumecidos, y me parecía que los carrillos estaban revestidos de algún material frágil, lustroso, una especie de espuma seca. Siempre me han inquietado los efectos de la borrachera; me preocupa, supongo, que algún día beba demasiado y cuente todos mis secretos de buenas a primeras. Y cuando estoy borracho me imagino que los demás, al embriagarse, deben de sentir lo mismo que yo: confusión, torpeza, sentimentalismo, cortedad. La Nena y Boy estaban jugando con cerillas y cucharillas de café, inclinados con las cabezas juntas y riéndose tontamente. Nick había encendido un cigarro grueso de forma grotesca. El champán tenía una textura pegajosa.

—Oye —le dije—, hálbame de ese asunto de la Policía Militar. ¿Sería divertido?

Mientras se lo pensaba, entrecerró los ojos en medio de una nube de humo.

—Eso creo —dijo sin convicción.

—¿Crees que me admitirán?

—Oh, no te preocupes por eso. Puedo arreglarlo. Hablaré con Billy Mytchett. Me tropiezo con él por todas partes.

—¿Y qué hay de mi... —me encogí de hombros— pasado?

—¿Te refieres al rollo izquierdista? Pero ya dejaste todo eso, ¿no? Especialmente ahora.

—¿Por qué no te alistas en el ejército, como todo el mundo? —dijo la Nena dirigiéndome una mirada vacilante, desenfocada—. Ese general de brigada al que conoce papá podría meterte. Si aceptaron a Nick, aceptarán a cualquiera.

—Tu marido ansía verse envuelto en intrigas y misterios —dijo Boy—. ¿No es así, Vic?

Nick echó un vistazo a las mesas vecinas.

—¿Por qué no cierras el pico, Boy? No queremos que medio Londres sepa a qué nos dedicamos.

La Nena meneó la cabeza, asqueada.

—¡Vaya panda de boy scouts estáis hechos!

—¿*Boysh scoush*? —dijo Boy—. ¿Qué son *boysh scoush*?

La Nena le golpeó en el brazo.

—Oye —me dijo Nick—, ven por la mañana a nuestras oficinas. Iremos al despacho de Mytchett y te lo presentaré. El viejo Billy no se anda con rodeos. Si cree que no sirves, te lo dirá.

Llegó otra botella de champán.

—¡Caray! —dijo entonces la Nena—. No sé qué tengo.

Tenía los codos encima de la mesa y estrujaba un pañuelo con los dedos. Estaba pálida y sus ojos sin brillo parecían algo perdidos, como si buscaran la manera de volverse para mirar algo en el interior de su cabeza.

—¡Caray! —dijo de nuevo, y exhaló un profundo suspiro. Luego se puso de pie y empezó a balancearse, con una mano en el respaldo de la silla y la otra bien apretada bajo el declive de su barriga—. Voy a empolvarme la nariz —murmuró, y se dirigió a los servicios.

Me levanté para ayudarla, pero ella me apartó con la mano y avanzó sola entre las mesas, tambaleándose sobre sus tobillos incongruentemente bien proporcionados — los huesos de los tobillos siempre me recuerdan a las mariposas— y sus esbeltos tacones altos.

—Siéntate, Victor —murmuró Nick en tono malhumorado—. La gente nos mira.

Me senté. Bebimos más champán. Al cabo de un rato, que me pareció bastante largo, regresó la Nena, andando con cautela y mostrando una pálida sonrisa petrificada. Cuando llegó a nuestra mesa, bajó una mano hasta ella para mantener el equilibrio y se nos quedó mirando con aire de viva sorpresa.

—¿Queréis creerlo? —dijo—. ¡Hay agua! ¡Y corre!

Nuestro hijo nació a primeras horas de la madrugada del día siguiente. Estaba todavía medio borracho, de modo que no me di cuenta de la hora exacta de su nacimiento, y después no me pareció discreto preguntar. Supongo que podría considerarse el primer ejemplo de ese abandono generalizado del que mi hijo siempre me ha acusado tácitamente. Cuando oí sus primeros vagidos, estaba paseándome y fumando, como se supone que hacen los futuros padres, fuera de la sala de partos — en aquellos tiempos no se estilaba el disparate de obligar al padre a presenciar el nacimiento—, y sentí una sacudida, una especie de vuelco, en la zona del diafragma, como si allí también hubiera estado creciendo una nueva vida en la que no había reparado hasta entonces. Ojalá pudiera decir que sentí alegría, entusiasmo, que, de repente, me di cuenta de que había madurado espiritualmente —y, sin duda, lo sentí, sentí todo eso—, pero lo que recuerdo con mayor claridad es una sensación de embotamiento, de pesadez, como si, hasta cierto punto, aquel nacimiento me hubiera afectado de verdad, me refiero a mi ser físico, como si Vivienne me hubiese traspasado un incómodo peso extra que a partir de entonces tendría que llevar conmigo a todas partes. El niño, por otra parte, apenas pesaba. Lo sostuve en brazos con embarazosa ternura, tratando de pensar en algo que decir. Hasta que no probé la tibia agua salada que me entraba por las comisuras de los labios, no me di cuenta de que estaba llorando. Todavía atontada en su cama manchada de sangre, los ojos enrojecidos y el cabello lacio por el sudor, Vivienne ignoró discretamente mis

lágrimas.

—Bueno —dijo con voz pastosa mientras pasaba con gesto nervioso la lengua, grisácea y curiosamente gruesa, por sus labios agrietados—, al menos, de ahora en adelante la gente tendrá que llamarme por mi propio nombre. ¿Quién podría hablar del nene de la Nena sin soltar la risa?

El sol ya estaba alto cuando llegué a casa —nuestra casa era entonces un piso en Bayswater que conservamos hasta bien entrada la guerra, aunque ninguno de los dos pasó mucho tiempo allí—, pero el parque, con sus zanjas en zigzag recién excavadas, todavía estaba cubierto por el rocío y quedaban vestigios de niebla bajo las ramas de los ya inestables árboles. Me tendí en el sofá y traté de dormir, pero la bebida de la noche anterior todavía me hacía efecto y las ideas se me agolpaban en la cabeza. Me levanté, bebí café rociado con coñac, y me senté en la cocina a observar a las palomas que se pavoneaban y se empujaban unas a otras en la escalera de incendios. El silencio matinal que llegaba de la calle iba acompañado de una curiosa sensación de ligereza, como si el mundo estuviera flotando en sueños a la espera de que el ajetreo del día se pusiera en movimiento y situara cada cosa en el lugar que le correspondía. Cuando terminé de comer, no se me ocurrió qué más podía hacer. Vagué por el piso como un fantasma desasosegado. La ausencia de Vivienne parecía más bien una presencia. Los espacios vacíos en las paredes aumentaban la deprimente sensación de que las cosas, hasta cierto punto, estaban allí aunque no estuviesen; anticipando los ataques aéreos, había conseguido que el Instituto me permitiera guardar mis cuadros, incluyendo *La muerte de Séneca*, en el sótano. Había amanecido y me había convertido en padre, pero me parecía que todo aquello era el final de algo en lugar del principio. Escuché en la radio las noticias de las siete. Todo iba mal. Volví a tumbarme en el sofá, para descansar un rato y ver si se calmaban los latidos de mis sienes, y tres horas después me esforzaba por despertarme, con los párpados ardiendo, el cuello rígido y la lengua cubierta por una horrible capa de goma seca. Recuerdo aquel sueñecito como algo misteriosamente significativo: fue como si me hubiera liberado del mundo y de mí mismo, algo semejante al sueño que se concede al héroe de un cuento mágico antes de emprender sus peligrosas aventuras. Me afeité, procurando no ver mis ojos en el espejo, y bajé hasta Whitehall para hablar con Billy Mytchett.

Era un joven de treinta y cinco años, uno de esos sujetos que llevan la marca indeleble de la educación en colegios privados, que iba a hacer valer sus méritos en los primeros años de la guerra. Era un tipo bajo y robusto, de rostro sonrosado conmovedoramente franco, y una melena de tosco pelo rubio que le caía por la frente y se erizaba en la coronilla formando una complicada espiral, lo que le daba el aspecto de una hacina de trigo en desorden. Llevaba un traje de tweed y una corbata de Eton, cuyo nudo parecía que se lo había hecho su madre el primer día que fue al

colegio y desde entonces no lo había deshecho. Lucía una pipa, que no le iba nada y obviamente no sabía utilizar, y no paraba de remover y atacar el tabaco, tratando en vano de encenderlo con cerillas que chisporroteaban. Su exiguo despacho daba a una vista sorprendentemente majestuosa de arcos, tejados con contrafuertes y cielo pavonado. Era director adjunto del Servicio de Información Militar, lo cual resultaba difícil de creer.

—¡Hola, Billy! —dijo Nick, y se encaramó en una esquina del escritorio de Mytchett, balanceando una pierna.

Le había llamado yo desde el piso, y me había esperado en el control de seguridad; cuando llegué sonrió abiertamente al verme con el semblante demacrado y los ojos hinchados; Nick ya no padecía resacas: ese tipo de cosas eran para la tropa.

—Billy, este es Maskell —dijo Nick—, el tipo del que te hablé. Espero que le trates como harías con cualquier cuñado mío.

Mytchett pegó un salto, tirando un fajo de papeles del escritorio, y me estrechó la mano enérgicamente.

—¡Espléndido! —dijo, sonriendo con la boca, los ojos y las orejas—. ¡Sin lugar a dudas!

Nick recogió con destreza los papeles que Billy había tirado y los puso de nuevo sobre el escritorio. Siempre hacía eso, ordenar cosas, arreglar cosas, como si fuera tarea exclusiva suya el reparar sin que se notara las pequeñas catástrofes que otros menos dignos que él no podían impedir que se produjesen a su paso a trompicones por el mundo.

—Si estás pensando que parece estar blanco como el papel —dijo—, es porque ha estado levantado toda la noche; mi hermana, que está casada con él, ¡que Dios la asista!, ha tenido su primer niño hace unas pocas horas.

La sonrisa de Mytchett se ensanchó todavía más y me dio otra vez un fuerte apretón de manos, con renovada energía, aunque en su rostro apareció un sospechoso gesto de preocupación; los bebés no debían ser una cuestión prioritaria para nadie en aquel momento histórico en el que nos encontrábamos.

—¡Espléndido! —volvió a decir, casi a gritos—. Un chico, ¿no? ¡Estupendo! Los chicos son mejores, en todos los aspectos. Siéntese. ¿Quiere un pitillo? —retrocedió hasta el escritorio y volvió a sentarse—. Veamos, Nick me ha dicho que usted está harto de ser un chupatintas. Lo entiendo. Yo también espero entrar en campaña lo antes posible.

—¿Cree que habrá guerra? —dije.

Era una pregunta que me gustaba hacer aquellos días, pues siempre provocaba una respuesta divertida. La reacción de Billy Mytchett fue particularmente grata, pues mientras me hacía muecas con sus ojos saltones, como apiadándose de mi sorpresa, y daba una palmada en el escritorio, miró a su alrededor a un público imaginario, para llamar su atención sobre mi ingenuidad.

—No cabe la menor duda, viejo. Es cuestión de días. Podemos haberles fallado a

los checos —vergonzosamente, si quiere saber mi humilde opinión—, pero no vamos a abandonar a los polacos. Esta vez el amigo Adolf se va a llevar una desagradable sorpresa.

Sin dejar de balancear la pierna, Nick sonrió con orgullo a Mytchett, como si él lo hubiera descubierto.

—Y los chicos de Billy —dijo— van a estar en primera línea de las fuerzas que le darán la fiesta sorpresa. ¿No es así, Bill?

Chupando su pipa, Mytchett asintió con la cabeza, encantado, y cruzó los brazos sobre el pecho como si reprimiera el impulso de levantarse de un salto y ponerse a bailar unos cuantos pasos de una giga.

—Tenemos un sitio cerca de Aldershot —dijo—. Una enorme casa antigua con jardines. Ahí es donde hará la instrucción básica.

Hubo un silencio, durante el cual ambos permanecieron inmóviles y me sonrieron.

—¿La instrucción básica? —dije al fin con un hilo de voz.

—Eso me temo —dijo Mytchett—. Ahora está en el ejército, y todo eso. Bueno, no exactamente en el ejército, pero poco más o menos. Mire, nosotros somos la Seguridad de Campaña, que es una rama del cuerpo de la Policía Militar. Son un disparate todos esos nombres estrafalarios, pero eso es lo que hay.

Se levantó de nuevo y empezó a pasearse por delante de su escritorio, con la pipa sujeta entre los dientes y una mano atrás apretándose la región lumbar, una postura que debía de haber tomado prestada a algún héroe de su juventud, un admirado tío militar o un antiguo director de colegio; todo lo relativo a Billy Mytchett procedía de alguna otra parte. Nick me guiñó un ojo.

—Usted está en Lenguas, ¿no? —dijo Mytchett—. Eso está bien, pero que muy bien. ¿Qué tal se maneja con el franchute?

—¿Con el francés? Me defiendo.

—Es demasiado modesto —dijo Nick—. Lo habla como un nativo.

—Estupendo. Porque vamos a necesitar gente que hable francés. Esto es reservado, ya me entiende, pero como usted ya está en el Departamento, puedo contárselo: tan pronto como estalle el asunto, se enviará allí un importante cuerpo expedicionario, para fortalecer la moral de los gabachos, ya sabe cómo son. Nuestros muchachos tendrán que estar alerta ante posibles infiltraciones, censurar cartas, ese tipo de cosas... es a lo que vamos. ¿Conoce bien Normandía? Estupendo. Yo no lo he dicho —cerró un ojo y me apuntó con un dedo como si fuera el cañón de un revólver—, pero no me parece imposible que le destinen a un lugar que no esté a un millón de millas de esos pagos. De modo que prepare sus bártulos, bese a su esposa, despídase del chaval y váyase a Bingley Manor en el primer tren disponible.

Sobresaltado, miré sucesivamente a Mytchett y a Nick.

—¿Hoy? —dije.

Mytchett asintió.

—Sin falta. Si no antes.

—Pero —dije— ¿y mi... mi destino actual?

—Ya te dije que lo arreglaría —dijo Nick—. Esta mañana he hablado con tu jefe de sección. Lo cierto es que estás relevado de tus obligaciones a partir de... —consultó su reloj— a partir de este preciso instante.

Mytchett volvió a sentarse en su escritorio y se frotó las manos al tiempo que se reía entre dientes.

—Nick es una persona emprendedora —dijo—. Pronto todos tendremos que ser personas emprendedoras —de repente, frunció el ceño—. Pero aguarde un poco: ¿no estará debatiéndose en un conflicto de lealtades?

Abrí desmesuradamente los ojos.

—¿Conflicto de qué...?

—Sí. Usted es irlandés, ¿no es cierto?

—Bueno, yo... por supuesto que sí...

Nick se inclinó y me dio palmaditas en la espalda.

—Te está tomando el pelo, Victor.

Mytchett farfulló algo, encantado.

—Lo siento, amigo —dijo—. Soy un tremendo bromista. Debería haberme conocido en el colegio, todos me tenían pánico —se levantó y me ofreció la mano a través del escritorio—. Bienvenido a bordo. No se arrepentirá. Y, según me dicen, Francia no está nada mal en otoño.

Cuando salimos, Nick me llevó a Rainer's, en Jermyn Street, para celebrarlo tomando una taza de té.

—O de cha, como lo llaman en algunos países —dijo—, como supongo que tendremos que llamarlo a partir de ahora. El néctar del guerrero.

Sobre la mesa, entre nosotros, cayó a plomo un denso haz de amarilla luz solar, que vibraba al compás del latido de mis sienes. A pesar de la suavidad de aquel precioso día de finales de verano, me pareció que los coches que pasaban por la calle tenían un aspecto premonitorio de preocupación.

—¡Por Dios, Nick! —exclamé—. ¿Van a ser todos como ese?

—¿Te refieres a Billy? Oh, Billy es de confianza.

—¡Es un maldito mocoso!

Nick se rio y asintió con la cabeza mientras hacía rodar el extremo de su cigarrillo sobre el borde del cenicero para darle forma de cono.

—Sí, se lo toma todo por la tremenda. Pero es útil —me echó una mirada y luego apartó la vista, sonriendo y mordiéndose un labio—. La guerra le hará madurar —la camarera nos trajo el té. Distraídamente, Nick le dirigió una deslumbrante sonrisa; siempre estaba practicando—. Así que —dijo cuando se marchó la mujer—, ¿cómo vais a llamar a ese chico vuestro?

Cuando fui a verla al hospital, al mediodía, Vivienne había experimentado una transformación. Estaba sentada en la cama, llevaba una mañanita de raso blanco perla, y se estaba limando las uñas. Se había ondulado el pelo («el propio Sacha vino a hacérmelo»), llevaba los labios pintados, y se había puesto colorete en los pómulos.

—Pareces un arlequín —le dije.

Ella me hizo una mueca.

—Mejor que una andorrera, supongo. ¿O era eso lo que querías decir?^[43]

Había flores por todas partes, en el alféizar de la ventana, en la mesilla de noche, incluso en el suelo, y algunos ramos todavía estaban envueltos en papel de seda; su aroma a almizcle empalagaba el ambiente de la habitación. Caminé hasta la ventana y me quedé allí de pie, con las manos en los bolsillos, contemplando la ennegrecida pared de ladrillo sobre la que se superponía con una complicada geometría de tubos de desagüe. Las diagonales de luz solar y sombra sobre el ladrillo indicaban que el cálido mediodía veraniego proseguía en otra parte.

—¿Cómo está... cómo está el nene? —dije.

—¿Quién? Querido, por un momento no supe a quién te referías. Está aquí, si quieres verlo.

Y apartó con la mano una fronda de helecho que colgaba para mostrarme una cuna con una manta azul, encima de cuyo embozo era visible una borrosa mancha de un rosa intenso. No me moví de la ventana. Ella me sonrió y contrajo una ceja.

—Sí, ¿verdad que es irresistible? Y, sin embargo, la primera vez que lo viste, lloraste. ¿O fue solo a causa del champán que bebiste anoche?

Fui hasta la cama, me senté en el borde y luego me incliné y retiré con cautela la manta: contemplé las sonrosadas mejillas del niño y su boquita, minúscula como un pimpollo. Estaba dormido y su respiración era muy rápida, como un diminuto, suave motor. Sentí... vergüenza, esa es la palabra. Vivienne suspiró.

—¿Habremos cometido un error —dijo— al traer a este mundo atroz a otro pobre chiquillo?

Le conté mi entrevista con Billy Mytchett, y que tenía que marcharme. Ella seguía mirando al niño, pensativa, y apenas me prestó atención.

—He decidido ya un nombre —dijo—, ¿te lo comenté? Papá se llevará una desilusión, y supongo que tu padre también. Pero creo que es un error cargar a un niño con el nombre de un abuelo. Tanto si hace honor a ese nombre, como si no. Está mal en ambos casos.

La sirena de una ambulancia comenzó a sonar muy cerca, muy alto, lo que resultaba un poco cómico, y se detuvo tan bruscamente como había empezado.

—Creo que hacen prácticas —dije.

—Hum, la noche pasada tuvimos un simulacro de apagón. Fue todo muy emocionante y agradable. Como en el colegio. Parece que en las salas comunes se lo

pasaron en grande, a juzgar por el jolgorio. Las enfermeras creían que se trataba de una gran juerga.

Le cogí una mano. Estaba un poco hinchada y caliente, como si tuviera fiebre. Podía notar bajo la piel el hormigueo de su sangre.

—No me iré muy lejos —dije—. A Hampshire. Solo un paseo, en realidad.

Ella asintió con la cabeza mientras se mordisqueaba el labio inferior distraídamente. Seguía mirando al niño fijamente.

—Es posible que me vaya a casa —dijo.

—Buscaré a alguien para que se ocupe de ti.

Con delicadeza, como si no fuera consciente de hacerlo, retiró su mano de la mía.

—No, me refiero a Oxford. Hablé con mamá por teléfono. Vendrán a recogerme. No tienes que preocuparte por mí.

—Claro que me preocupo —dije, y enseguida me pareció que había estado un tanto insidioso y agresivo.

—Sí, cariño —dijo ausente—. Desde luego.

No había imaginado que todo aquello fuera tan difícil.

—Nick te manda recuerdos —dije, aparentando estar enfadado, aunque ella pareció no darse cuenta.

—¿Ah, sí? —dijo—. Esperaba que viniera a ver a su sobrino. Por extraño que parezca, vamos a tener que acostumbrarnos a estos nuevos términos. Me refiero a eso de sobrino, tío, madre... padre —me sonrió tímidamente, como si se disculpase por algo—. Boy envió un telegrama —dijo—. Mira: «Sabíamos que lo llevabas dentro». Me pregunto si se le habrá ocurrido, o lo ha copiado.

—Lo más probable es que Nick venga a verte dentro de poco —dije.

—Sí. Supongo que está enormemente ocupado, con el ejército y todo lo demás. Le sienta bien ser soldado... ¿no es cierto? Espero que también te sienta bien a ti.

—No seré exactamente soldado; más bien una especie de policía.

Lo encontró muy divertido.

—Estoy segura de que estarás muy apuesto con tu uniforme.

Qué misteriosos son esos silencios que surgen entre dos personas íntimamente unidas y hacen que se sientan extraños el uno al otro y a sí mismos. En semejantes momentos puede suceder cualquier cosa. Podría haberme levantado despacio, sin decir palabra, como un sonámbulo, y salir de aquella habitación, abandonar aquella vida, para no regresar nunca, y que pareciera que no había pasado nada, que nadie se había dado cuenta, o no le había importado. Pero no me levanté, no me marché, y estuvimos inmóviles y callados durante bastante rato, en paz con nosotros mismos y el uno con el otro, aunque parezca mentira, envueltos en aquella membrana de silencio, que Vivienne parecía no romper cuando hablaba, sino más bien meterse dentro, como solía introducirse en cualquier ambiente denso, envolvente, abriéndose paso a través de su pegajosa viscosidad, que luego se cerraba tras ella.

—¿Recuerdas —dijo ella en voz baja— aquella noche en el apartamento de Nick

en que iba vestida de hombre y tú y Querell os presentasteis borrachos, y Querell trató de iniciar una disputa sobre algo?

Asentí con la cabeza; me acordaba.

—Te sentaste en el suelo junto a mi silla y me hablaste de aquella teoría de Blake, de que levantamos estatuas imaginarias de nosotros mismos y tratamos de comportarnos de acuerdo con su ejemplo.

—Diderot —dije.

—¿Eh?

—La idea de las estatuas. Era de Diderot, no de Blake.

—Ya. Pero ¿no era eso, en esencia, erigir estatuas de nosotros mismos en nuestras cabezas? Me pareciste tan listo, tan... apasionado. Mi irlandés salvaje. Y más tarde... justo al alba, debió de ser... cuando telefoneaste y me pediste que me casara contigo, fue la cosa más sorprendente, y sin embargo, no me sorprendió en lo más mínimo.

Vivienne movió la cabeza algo asombrada, rememorando el pasado.

—¿Por qué piensas en eso ahora? —dije.

Ella levantó las piernas bajo la sábana, con una mueca de dolor que inmediatamente reprimió, rodeó sus rodillas con los brazos y las fue atrayendo hacia sí hasta quedar abrazada a ellas; parecía absorta en sus pensamientos.

—Oh, estaba... —me miró irónicamente—. Estaba pensando que ya nunca te veo *a ti*, solo a tu estatua.

Hubiera podido hablarle entonces de Felix Hartmann, y de Boy y Alastair y Leo Rothenstein, de la otra vida que había llevado durante años sin que ella lo supiera. Pero me sentí incapaz de dar aquel paso. Nunca le conté nada mientras vivimos juntos. ¿Debí hacerlo? Tal vez las cosas hubieran sido diferentes entre nosotros. Pero no confiaba en ella; temía que se lo contase a Nick, y no habría podido soportar que él lo supiera. Y al final fue ella la que me lo contó, todo iba a saberse.

—Lo siento —mascullé, y bajé los ojos.

Se rio de buena gana.

—¡Seguro que lo sientes! —dijo—. Todos lo sienten. Debe de ser por los tiempos que corren.

De pronto, me entraron unas ganas tremendas de marcharme. El perfume de las flores, unido al olor del hospital —éter, comida hervida, heces— y al calor flocular de la habitación, me producía náuseas. Pensé en Irlanda, en los campos asolados por el viento encima de Carrickdrum y la superficie pavonada del mar que se extendía hasta Belfast, con sus pórticos y chapiteles y sus suaves colinas negras. Hettie me había escrito recientemente una de sus poco frecuentes cartas, interesándose por las expectativas de guerra y preocupándose por el embarazo de la Nena. Su carta era como un documento procedente del siglo pasado: el papel era grueso, olía a goma y estaba gofrado con una representación estilizada de San Nicolás, y la letra de Hettie, cursi y algo desquiciada, estaba llena de tes con ringorrangos, llamativas oes y trazos puntiagudos y extendidos. *Espero que Vivienne no esté preocupada. Espero que te*

cuides y comas bien pues corren malos tiempos y la dieta es lo más importante. Tu padre sigue estando mal. Por fin hemos tenido algunas lluvias pero no lo suficiente, todo está seco y el jardín en mal estado... Entonces me dejé llevar por la fantasía y me puse a soñar despierto, cosa que hacía de vez en cuando, que si las cosas se ponían mal —si me traicionaban, o cometía algún descuido y me descubrían—, volvería a Irlanda de un modo u otro y me escondería en las colinas, en un refugio bajo las rocas y entre los tojos, y Hettie vendría cada día en el carruaje tirado por el poni con un cesto de comida para mí tapado con una servilleta blanca, y se sentaría a mi lado mientras comía y escucharía mi relato, mi confesión, la letanía de mis pecados.

—Debo irme —dije—. ¿Cuándo llegarán tus padres?

Vivienne pestañeó y volvió a la realidad; me pregunto con qué clase de escapatoria soñaba *ella*.

—¿Qué? —dijo—. Oh, antes del fin de semana —en su cuna, el niño hizo un ruido mientras dormía, como el de un gozne oxidado al abrir una puerta—. Debemos pensar en bautizarlo; en estos tiempos nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Vivienne se aferraba todavía, con una tenacidad que me irritaba, a unos cuantos vestigios del cristianismo hecho trizas; era un motivo constante de fricción entre ella y su madre.

—Deberíamos bautizarlo en Oxford, ¿no te parece?

Me encogí de hombros.

—A propósito, ¿cómo vas a llamarlo? —dije.

Debí parecerle irritado, pues se acercó rápidamente y puso una mano sobre la mía, al tiempo que decía en un tono mortificado que no podía disimular cierto regocijo:

—Querido, tú no quieres que se llame Victor, ¿verdad?

—No; le harían la vida imposible en el colegio sus prefectos alemanes si perdemos la guerra.

Besé su frente pálida, helada. Mientras se inclinaba hacia mí para recibir el beso, el cuello de su mañanita se abrió un poco y vislumbé sus abultados y tersos pechos, y una repentina oleada de algo, una especie de lástima angustiosa, creció dentro de mí impetuosa como una náusea.

—Querida —dije—, yo... yo quiero...

Estaba medio arrodillado al borde de la cama y a punto de caerme; ella me sujetó el codo para estabilizarme, levantó una mano y me tocó una mejilla.

—Lo sé —murmuró—. Lo sé.

Retrocedí, me abroché la chaqueta y me la estiré metiendo las manos en los bolsillos. Ella ladeó la cabeza y me miró con socarronería.

—No nos parecerá raro —dijo— en las próximas semanas, toda esta emoción, estas despedidas conmovedoras. A decir verdad es bastante medieval. ¿No te sientes como un caballero andante a punto de partir para el combate?

—Te telefonaré en cuanto llegue —dije—. Es decir, si puedo. Es posible que no nos permitan llamar.

—¡Rediez, eso parece emocionante! ¿Tendrás una pistola y tinta invisible y todas esas cosas? Siempre he querido ser espía, ¿sabes? Tener secretos.

Se besó las yemas de los dedos y sopló hacia mí al despedirse. Cuando cerraba la puerta al irme, oí que el niño empezaba a llorar. Debería habérselo dicho; sí, debería haberle dicho lo que yo era en realidad. Quién era. Pero, bien mirado, ella también debería haberme contado todo mucho antes de lo que lo hizo.

La vejez, como dijo una vez alguien a quien amo, no es una aventura que deba ser emprendida a la ligera. Hoy he ido a ver al médico, la primera visita desde mi caída en desgracia. Se mostró un poco frío, sin duda, aunque no hostil. Me pregunto cuál es su ideología política, si es que tiene alguna. Para ser franco, es un vejestorio aburrido, alto y demacrado, como yo, más o menos, pero lleva trajes de muy buen corte: me siento realmente andrajoso al lado de su enigmática, calculada y un tanto tediosa elegancia. En medio de las habituales auscultaciones y pinchazos me asustó al decirme de pronto, pero en un tono de completa indiferencia:

—Siento haberme enterado de ese asunto suyo de espionaje a favor de los rusos; debe de haber sido un fastidio.

Bueno, sí, un fastidio: a nadie más se le habría ocurrido emplear esa palabra en semejantes circunstancias. Mientras me ponía los pantalones, el médico se sentó frente a su escritorio y empezó a escribir en mi ficha.

—Se encuentra usted en muy buena forma —dijo distraídamente—, después de todo.

Su pluma hizo un ruido al raspear.

—¿Voy a morir? —dije yo.

Siguió escribiendo durante un rato, y pensé que no me había oído, pero entonces se detuvo, levantó la cabeza y miró hacia arriba como si buscara las palabras adecuadas.

—Bueno, todos hemos de morir, ya lo sabe usted —dijo—. Me doy perfecta cuenta de que esa no es una respuesta satisfactoria, pero es la única que puedo darle. Es la única que suelo dar.

—Después de todo —dije.

Me miró con una sonrisa glacial. Y entonces, mientras volvía a escribir, dijo la cosa más extraña:

—Diría que ya ha muerto, en cierto modo.

Sabía lo que quería decir, desde luego —la humillación pública, a la escala en que la he experimentado, es, sin duda, una forma de muerte, prácticamente una carrera hacia la extinción, por así decirlo—, pero no es lo que uno espera oír de un especialista de Harley Street.

Todavía había de pasar la mayor parte de la semana antes de que, el domingo por la mañana, Chamberlain hablara por radio para anunciarnos que estábamos en guerra, pero siempre he pensado que fue aquel interminable, onírico martes, el día en que nació mi hijo y me dieron mi primer uniforme militar, cuando de verdad comenzaron para mí las hostilidades. Todavía con resaca, y agotadas quién sabe qué irremplazables reservas de energía, dejé el hospital y tomé un taxi directo a Waterloo, y a las cuatro de la tarde estaba en Aldershot. ¿Por qué huele siempre esa ciudad a caballos? Recorrí con dificultad las calurosas calles hasta la estación de autobuses, sudando puro alcohol, y me quedé tan profundamente dormido en el autobús, que para despertarme el cobrador tuvo que zarandearme («¡Demonios, señor, creí que estaba muerto!»). Bingley Manor era una fea mole gótica del siglo XIX de ladrillo rojo, situada en un gran parque llano, con aislados bosques de tejos y sauces llorones, que parecía un extenso cementerio mal conservado. Había sido requisada a los supervivientes de una gran familia, de católicos creo, que había sido realojada en algún recóndito rincón de Somerset. Me deprimí inmediatamente al verla. La espesa y dorada luz vespertina solo servía para acentuar todavía más la fúnebre atmósfera. En el gran vestíbulo de entrada —baldosas, cornamentas, lanzas cruzadas y un escudo cubierto de piel— estaba sentado un insolente cabo, que fumaba un cigarrillo con los pies encima de un escritorio metálico. Rellené un formulario y me dieron una tarjeta de identidad ya mugrienta. Luego subí varios tramos de escaleras y recorrí varios pasillos vacíos, cada uno más estrecho y desvencijado que el anterior, en compañía de un malhumorado brigada de rostro rubicundo, quien, a pesar de mis intentos por entablar conversación, mantuvo una especie de silencio colérico, como si estuviera sujeto a algún tipo de prohibición secreta. Le conté que acababa de ser padre. No sé por qué se lo dije, supongo que por la fatua idea de que las clases bajas tienen debilidad por los niños. De cualquier modo, no dio resultado. Soltó una airada risotada, que crispó su bigote, y se limitó a decir, sin mirarme:

—Enhorabuena, señor, no faltaría más.

Por lo menos, pensé, me ha llamado *señor*, pese a mi traje de paisano... en realidad fue debido a eso.

Me entregaron un uniforme que no era de mi talla —todavía puedo sentir el picor y la irritación de aquella sarga peluda— y el brigada me mostró mi litera en lo que debió haber sido el salón de baile: una sala larga y de techo alto, con muchas ventanas, suelo de roble encerado y flores en la escayola del techo. Había treinta literas, dispuestas en tres filas; sobre las más próximas a las ventanas, los rayos del sol dibujaban delicadas formas doradas como cometas rotas. Me sentía tan perdido y desconsolado como un niño pequeño en su primer día de internado. El brigada se dio cuenta de mi congoja con satisfacción.

—Está de suerte, señor —dijo—. Todavía están sirviendo la cena. Baje en cuanto se haya cambiado —reprimió una sonrisa de complicidad que había vuelto a crispar el hirsuto matorral de su bigote—. Basta con que se ponga el uniforme. Aquí no nos vestimos de etiqueta para cenar.

Habían convertido en comedor una habitación grande del sótano que antes utilizaba la servidumbre. Los que iban a ser mis compañeros de instrucción ya estaban cenando. El escenario ofrecía un aspecto desconcertantemente monacal: piso de baldosas y bancos de madera, rayos del sol vespertino que entraban por las ventanas con parteluces, y figuras frailunas encorvadas sobre sus cuencos de gachas. Unas pocas cabezas se volvieron cuando entré, y alguien envió un desdeñoso hurra al recién llegado. Encontré un sitio libre junto a un hombre llamado Baxter, un tipo de pelo negro, descaradamente guapo, que parecía que iba a estallar dentro de su uniforme, el cual se presentó de inmediato, me estrechó la mano, haciéndome crujir los nudillos, y me desafió a adivinar cómo se ganaba el sustento en la vida civil. Hice un par de conjeturas imposibles, que le hicieron sonreír y asentir con la cabeza alegremente mientras entornaba sus ojos femeninos de largas pestañas. Resultó ser vendedor de preservativos.

—Viajo por todas partes. Se sorprendería de la gran demanda de gomas británicas que hay. Se preguntará qué hago aquí. Bueno, es por los idiomas, ¿sabe? Hablo seis lenguas, siete, si cuenta el hindi, cosa que yo no hago.

La sopa, un espeso sedimento marrón con trozos de grasa flotando, olía a perro mojado. Baxter se la tragó, luego puso los codos sobre la mesa y encendió un cigarrillo.

—¿Qué hace usted? —dijo mientras echaba vigorosas nubes de humo—. ¿A qué se dedica? No, espere, déjeme adivinarlo. ¿Funcionario? ¿Maestro?

Cuando se lo dije, sonrió nervioso, como si creyera que le estaba tomando el pelo, y fijó su atención en la persona que tenía al otro lado. Al cabo de un rato se volvió hacia mí, aunque mirándome con más inquietud que antes.

—¡Joder! —murmuró—. Creía que usted era un tipo raro, pero ese tío —señaló a su vecino con una sigilosa caída de ojos y de boca— es un maldito cura obligado a colgar el hábito.

Después de aquella tarde nunca más volví a ver a Baxter. Muchos de nuestro grupo iban a desaparecer en silencio durante las primeras semanas. No se nos dijo lo

que había sido de ellos, y nunca mencionamos el asunto entre nosotros; éramos como los enfermos de un sanatorio, que encuentran cada mañana otra cama vacía y se preguntan cuál de ellos será el siguiente que se llevará la silenciosa asesina. Muchos de los que quedaron causaban peor impresión incluso que los rechazados. Eran universitarios, profesores de idiomas en institutos de segunda enseñanza o viajantes de comercio, como Baxter, y unos cuantos personajes indefinidos, taimados, con tendencia a espiar y que sonreían a todo el mundo con propósitos imprecisos, como los maricas nerviosos que acuden por la noche a los urinarios públicos. Con el paso del tiempo una extraña red de alianzas y enemistades empezó a tejerse entre nosotros. Vínculos de clase, de profesión, intereses compartidos, todo se perdió. En realidad, cuanta más disparidad de origen había entre nosotros, mejor nos llevábamos. Yo estaba más a gusto con personas como Baxter que con las que procedían de mi propio mundo. Ojalá pudiera decir que esa arbitraria mezcla de clases fomentó una atmósfera democrática (no es que me importara... ni que me importe... demasiado la democracia, me apresuro a decir). Cuando llegué, el brigada me trató con resentida deferencia, pero una vez me puse el uniforme no volvió a utilizar el tratamiento de señor y en la plaza de armas me gritaba en la cara con lo que él creía que era acento irlandés, rociándome de salivazos, como si yo fuera el más bruto recluta de clase obrera sacado de los barrios bajos y arrastrado hasta allí a la fuerza. Sin embargo, casi de inmediato fui ascendido —por efecto de no sé qué mediación— al rango de capitán, y el pobrecito tuvo que volver a ese peculiar y oficioso servilismo imperturbable que exige el protocolo de cualquier ejército.

Nada más llegar comenzamos la instrucción básica, que, para mi sorpresa, descubrí que me encantaba. El cansancio físico que te invadía al final de un día de ejercicios en el patio, revista de material y fregado de suelos era casi erótico, un voluptuoso y lánguido lapso de olvido. Nos instruían en el arte del combate cuerpo a cuerpo, que acometíamos con el enérgico entusiasmo de los niños. En particular, disfrutaba cuando practicábamos el ataque a bayoneta, porque me permitía gritar a pleno pulmón mientras destripaba con habilidad a un enemigo imaginario y, sin embargo, extraña, escalofriantemente palpable. Nos enseñaban a interpretar mapas. Por las tardes, a pesar del agotamiento, estudiábamos técnicas rudimentarias de cifrado de mensajes y normas de vigilancia. Una vez me lancé en paracaídas; cuando salté del avión y el aire helado me alcanzó de lleno, me invadió una especie de terror exaltado, casi sagrado, inexplicablemente grato. Descubrí que poseía una energía cuya existencia ignoraba, puesta a prueba, sobre todo, durante las largas marchas que nos obligaban a hacer por los Downs en medio del calor que olía a heno de finales de aquel verano. A mis camaradas les irritaban esas imposiciones, pero yo las consideraba etapas de una especie de rito de purificación. La sensación de monacato que había percibido en el comedor de la tropa la primera tarde persistió; me sentía como un hermano lego, como un donado que trabajara los campos monacales, para los cuales el trabajo duro y humilde es la más auténtica forma de oración. Como

todos los varones de mi clase, apenas sabía atarme los cordones de los zapatos, pero llegué a ser un experto en todo tipo de técnicas interesantes y útiles que nunca habría tenido la oportunidad de aprender en la vida civil. Realmente, todo parecía maravilloso y divertido.

Por ejemplo, me enseñaron a conducir un camión. Apenas sabía conducir un automóvil, y aquel enorme monstruo humeante, con su contundente morro y sus estremecedoras partes traseras, era tan obstinado y difícil de manejar como un caballo de tiro, pero qué emocionante era pisar el pedal del embrague y notar, al meter la temblorosa palanca del cambio de marchas, de más de medio metro de largo, cómo engranaban los dientes y la enorme máquina arrancaba como si su alma hubiese cobrado vida bajo mis manos. Estaba cautivado. Había también un coche para la plana mayor, que podíamos pedir prestado, de acuerdo con un estricto turno rotativo. Era un viejo Wolseley gris azulado, alto y estrecho, con salpicadero de nogal, volante de madera y botón del estrangulador de ébano, que siempre me olvidaba de oprimir, de modo que cada vez que quitaba el pie del acelerador el motor gemía como si sufriera, y el tubo de escape arrojaba chorros de humo azul oscuro; el suelo ante el asiento del conductor estaba tan gastado, que era poco más que una filigrana de herrumbre, y si, mientras conducía, miraba entre las rodillas, veía pasar la carretera por debajo apresuradamente, como la crecida de un río. El pobrecito tuvo un final triste. Una noche, cuando no le tocaba, un contable —hablaba polaco con soltura— birló las llaves del armario de pared del despacho del comandante de la base y se dirigió a Aldershot para ver a una chica de la que estaba enamorado, se emborrachó y, en el camino de vuelta, chocó contra un árbol y murió. Fue nuestra primera baja. Para mi vergüenza, confieso que lo lamenté más por el coche que por el contable.

En nuestro pequeño asentamiento teníamos escaso contacto con el mundo exterior. Una vez a la semana nos permitían telefonar a nuestras esposas o novias. Los sábados por la noche, nos decían, podíamos aventurarnos a ir a Aldershot, aunque bajo ningún concepto podíamos reunirnos ni menos aún dar muestras de que nos conocíamos si por casualidad coincidíamos en un pub o una sala de baile; el resultado era la invasión semanal de la ciudad por unos bebedores solitarios destinados a comer pavo, que añoraban la compañía de los camaradas a los que durante el resto de la semana trataban de evitar a toda costa.

No tuve, por supuesto, ninguna comunicación con Moscú, ni siquiera con la embajada en Londres. Asumí que mi carrera como agente doble había terminado. No lo sentí. Retrospectivamente, todo aquello parecía ahora irreal, un juego al que me había dedicado, pero que ya no era propio de personas de mi edad.

Curiosamente, el anuncio de que estábamos en guerra se recibió en Bingley Manor con cierta displicencia, como si apenas tuviera que ver con nosotros. Cuando llegó la noticia, estábamos congregados en el comedor, que también hacía las veces de capilla; el general de brigada Bradshaw, nuestro comandante en jefe, había hecho obligatoria la asistencia al servicio dominical, para levantar nuestra moral, según dijo,

aunque con escasa convicción. Un joven capellán, atribulado e incapaz de expresarse, bregaba con una complicada metáfora militar que involucraba a San Miguel y su espada flamígera, cuando llegó un correo con un mensaje para el general; este se puso de pie, levantó una mano para hacer callar al capellán, se volvió a la congregación y anunció que el primer ministro estaba a punto de dirigirse a la nación. Llevaron en un carrito para servir el té un enorme aparato de radio y, después de buscar una toma de corriente, lo enchufaron con gran solemnidad. Como un ídolo monóculo, el aparato abrió despacio su ojo mágico de color verde jade mientras se calentaban las válvulas y, tras aclararse la garganta con una serie de carraspeos, se puso a tararear una especie de mantra. Esperamos moviendo impacientes los pies; alguien murmuró algo, y otro contuvo la risa. El general avanzó de puntillas, se inclinó sobre los mandos de espaldas a nosotros, mostrándonos su nuca enrojecida y su amplio trasero enfundado en unos pantalones caqui, y dio vueltas a los botones. La radio chirrió, balbuceó y gimoteó, y, de pronto, allí estaba la voz de Chamberlain, malhumorada, quejumbrosa, exhausta, como si fuera la del propio Dios, impotente frente a su ingobernable creación, para decirnos que el mundo llegaba a su fin.

Cuando empecé a trabajar en el Departamento —aunque *trabajar* es una palabra demasiado fuerte para describir lo que ocurría en la sección de Lenguas—, a nadie se le ocurrió investigar mi pasado político. Era hijo de un obispo —aunque obispo irlandés— y, además, exalumno de Marlborough y de Cambridge. El que fuera un erudito internacionalmente reconocido podría haber suscitado dudas en algunos ambientes: el Instituto, lleno de extranjeros refugiados, siempre había sido considerado sospechoso en las altas esferas de los servicios secretos. Por otra parte, me admitían en Windsor, no solo en la sala de estampas y la biblioteca de la torre, sino también en el ala familiar, y, de haber sido necesario, estoy seguro de que hubiese podido lograr que Su Majestad respondiera en persona por mí. (El espía que quiera triunfar debe ser capaz de vivir con autenticidad cada una de sus múltiples vidas. La imagen que el pueblo tiene de nosotros como hipócritas sonrientes, consumidos por el odio secreto a nuestro país, su gente y sus instituciones, es errónea. Yo apreciaba y admiraba sinceramente a Su Majestad y, lo que tal vez sea todavía más impresionante, nunca traté de ocultarle mi desdén por su casquivana esposa, quien parecía no querer recordar que estábamos emparentados. La verdad es que yo era a la vez marxista y monárquico. Eso es algo que Mrs. W., que posee la mente más aguda de esa familia intelectualmente mediocre, comprendió con claridad, aunque de un modo tácito. Yo no tenía que fingir que era leal; *era* leal, a mi manera.) ¿Fui demasiado confiado? Tan solo Boy pudo librarse de ese arrogante regodeo de colegial en que tan fácilmente puede caer el agente de éxito, aferrándose a sus secretos con petulancia. Cuando me convocaron al despacho del general, dos semanas después del comienzo oficial de la guerra, me imaginé que era para comunicarme que había sido

elegido para alguna misión especial. Los primeros gélidos tentáculos de alarma atenuaron mis entretelas cuando advertí su reticencia a mirarme a los ojos.

—Ah, Maskell —dijo sin levantar la vista de los documentos de su escritorio, como un autillo que cazara gusanos debajo de un montón de hojas muertas—. Le necesitan en Londres —levantó los ojos hasta mi estómago y frunció el ceño—. En su lugar, ¡descanso!

—Oh, lo siento, señor.

Me había olvidado de saludar.

Su despacho estaba en la antigua armería; había grabados de caza en las paredes y creí percibir un leve, pero persistente, olor a aleta de pez y plumas ensangrentadas. A través de la ventana que había detrás de él pude ver un desventurado pelotón de colegas míos con ropa de camuflaje que gateaba hacia la casa simulando un ataque clandestino, una visión a la vez cómica y desconcertante.

—Ah, aquí está... —dijo el general, extrayendo una carta del montón de papeles que tenía delante. Se la acercó a la nariz para leerla, y movió la cabeza de un lado a otro mientras recorría con la vista los renglones, mascullando en voz baja—. *Descargo del día... inmediato... no precisa escolta... ¿Escolta? ¿Escolta...? Mil seiscientas horas...* —bajó la hoja de papel y, por vez primera, me miró a la cara, con su gran mandíbula cerúlea encajada y los orificios de la nariz bien abiertos, mostrando unas alarmantemente negras y profundas cavidades—. ¿Qué demonios ha hecho, Maskell?

—Nada, señor, que yo sepa.

El general volvió a arrojar la carta al montón y siguió mirando frenéticamente a su alrededor, apretándose tanto las manos que sus nudillos palidieron.

—¡Maldita gente! —murmuró—. ¿Qué creen que tenemos aquí, una especie de puesto de reconocimiento? Dígame de mi parte a Mytchett que deje de enviarme a inútiles, o más vale que cerremos la tienda.

—Lo haré, señor.

Me miró con severidad.

—¿Encuentra eso gracioso, Maskell?

—No, señor.

—Bien. Hay un tren al mediodía. No precisa escolta —dijo, disimulando una risita.

Un día espléndido. Aquel septiembre fue excepcional. La estación olía a cenizas calentadas al sol y a hierba segada. Los soldados se apiñaban en los andenes, encorvados en esa característica postura de descontento que hace que el cuerpo parezca una ese mayúscula, con sus macutos colgados al hombro y una colilla en la mano. Compré un ejemplar del *Times* del día anterior, me senté en el primer asiento que encontré en un vagón de primera, vació en sus tres cuartas partes, y fingí leerlo. Aunque tenía calor, dentro de mí sentía un gélido presentimiento, como si me hubiesen tirado un cubo de hielo en la boca del estómago. Una joven que se sentaba

frente a mí, con gafas de concha, vestido negro y zapatos negros de gruesos tacones —de esos que más tarde se han vuelto a poner de moda, por cierto—, seguía mirándome con una torva expresión ausente, como si no me viese a mí, sino a alguien que yo le recordase. El tren avanzaba a una velocidad exasperantemente lenta, se detenía indeciso en cada estación, gemía y vacilaba, como si hubiera olvidado algo y se preguntase si debía retroceder a buscarlo. Sin embargo, llegué a Londres con una hora de sobra. Aproveché la ocasión para llevar mi uniforme a Denbys con el fin de que lo retocaran. Pensé telefonar a Vivienne en Oxford, pero decidí no hacerlo; no habría podido soportar su cariñoso tono mordaz. Cuando abandoné la sastrería y salía de St. James para meterme en Piccadilly, casi choqué con la joven de las gafas de concha que iba en el tren. Me miró sin verme y pasó a mi lado apresuradamente. Una coincidencia, me dije, pero no pude evitar acordarme de la risita del general al pronunciar la palabra *escolta*. Otro cubo de hielo cayó dentro de mí con un *¡paf!* y un cosquilleo.

Qué bonito parecía Londres, lleno de vitalidad y, sin embargo, misteriosamente insustancial, como las ciudades en nuestros sueños. El día era templado y despejado, en las calles no había ni la mitad de los automóviles y autobuses que de costumbre —desde la infancia no había visto cielos tan inmensos y delicados— y por todas partes se advertía un aire meditabundo, lo contrario a esa atmósfera de febril ansiedad que había prevalecido en las semanas anteriores a la ruptura de hostilidades. En Regent Street habían levantado parapetos con sacos terreros delante de las tiendas, rociados de hormigón y pintados con tonos carnavalescos de rojo y azul.

Cuando entré en su despacho, Billy Mytchett poco menos que saltó para saludarme, como propulsado por un resorte en el asiento de su silla. Su alarde de cordialidad hizo que me sintiera aún más preocupado. Me acercó una silla e insistió en que aceptara un cigarrillo, una taza de té, hasta una copa:

—Aunque, ahora que lo pienso, no hay ningún tipo de bebida en el edificio, excepto en el despacho del director, de modo que no sé por qué se la ofrezco, ¡ja, ja, ja!

Al igual que el general de brigada Bradshaw, él también evitó mirarme de frente, y en su lugar armó un gran alboroto cambiando de sitio las cosas de su escritorio, mientras del fondo de su garganta surgía un débil e inoportuno zumbido.

—¿Cómo se desenvuelve en el Manor? —dijo—. ¿Lo encuentra interesante?

—Mucho.

—Bien, bien.

Hubo una pausa, de la que parecieron participar incluso las frías piedras de los arcos y los arbotantes que había más allá de la ventana, pendientes en ansiosa espera. Suspiró, cogió su pipa y la miró con melancolía.

—El caso es, amigo mío, que uno de los nuestros ha estado examinando a fondo su expediente; pura rutina, ya me entiende, y ha encontrado... bueno, un indicio, aunque parezca mentira.

—¿Un indicio? —dije; la palabra parecía vaga, espantosamente médica.

—Sí. Eso parece... —depositó la pipa y se volvió de lado en su silla, estiró sus pequeñas y rechonchas piernas y, hundiendo la barbilla en el pecho, con el labio inferior hacia fuera, se miró pensativo las punteras de los zapatos—. Al parecer era usted un poco bolchevique.

Me reí.

—Oh, eso. ¿No lo era todo el mundo?

Me dirigió una mirada de asombro.

—Yo no —se volvió de nuevo hacia el escritorio, como si de repente se hubiera dado cuenta de lo ocupado que estaba, y tomó un informe tirado a multicopista, que hojeó hasta encontrar lo que buscaba—. Hizo un viaje a Rusia con Bannister y esa gente de Cambridge, ¿no?

—Bueno, sí. Pero también estuve en Alemania; eso no me convierte en nazi, ¿verdad?

Pestañeó.

—Eso es cierto —dijo, impresionado a su pesar—. Eso es cierto —consultó de nuevo el informe—. Pero mire aquí, ¿qué me dice de esa cosa que escribió, esa crítica de arte en...? ¿Qué revista era...? *The Spectator. Una civilización en decadencia... nociva influencia de los valores americanos... imparable progreso del socialismo internacional...* ¿Qué tiene todo esto que ver con el arte? No es que pretenda decir que entiendo de arte, ¿eh?

Exhalé un profundo suspiro, que denotaba fastidio, desdén, arrogante regocijo, pero también la determinación de ser paciente y la buena disposición para tratar de exponer asuntos complejos en términos sencillos. Es esta una actitud —patricia, condescendiente, fría, pero no severa— cuya eficacia he comprobado en más de un apuro.

—Esos pasajes fueron escritos —dije— cuando acababa de empezar la guerra civil española. ¿Recuerda aquella época, el ambiente de desesperanza, casi de desesperación? Ahora parece que fue hace mucho tiempo, ya lo sé. Pero la cuestión era simple: fascismo o socialismo. Había que elegir. Y, por supuesto, para nosotros la elección era inevitable.

—Pero...

—Y, como se ha demostrado, llevábamos razón. Después de todo, Inglaterra está ahora en guerra contra el fascismo.

—Pero Stalin...

—Ha ganado un poco de tiempo, eso es todo. Rusia luchará con nosotros antes de que se acabe el año. Pero mire —levanté una mano lánguidamente, como si rechazara todas esas trivialidades—, el caso es, Billy, que sé que estaba equivocado, pero no por la razón que usted piensa. Nunca fui comunista —quiero decir que nunca fui miembro del Partido—, y ese viaje a Rusia que tanto ha preocupado a sus sabuesos únicamente sirvió para confirmar todas mis dudas acerca del sistema soviético. Pero

en aquel momento, hace ya tres años, en que yo era unos veinte años más joven que ahora, y España era el gráfico de la temperatura de Europa, creí que era mi deber, mi deber *moral*, como muchos otros hicieron, utilizar toda la influencia que tenía en la batalla contra el mal, cuya naturaleza, por una vez, parecía perfectamente clara y obvia. En lugar de marcharme a España a luchar, lo que quizás debería haber hecho, hice el único sacrificio que estaba en mi mano: abandoné la pureza estética en favor de una postura abiertamente política.

—La pureza estética —dijo Billy asintiendo de forma enérgica con la cabeza y frunciendo el ceño.

Me había arriesgado deliberadamente a llamarle por su nombre de pila, confiando en que eso era, sin duda, lo que esperaba que hiciese cualquier tipo en medio de una confesión franca y emotiva como la que yo simulaba estar haciendo.

—Sí —le dije, solemne, pesaroso, conmovedoramente contrito—, la pureza estética, lo único a lo que un crítico debe aferrarse, si quiere llegar a alguna parte. De modo que, en efecto, lleva usted razón, igual que la llevan sus sabuesos: soy culpable de traición, pero en un sentido artístico, no político. Si eso me convierte en un riesgo para la seguridad... si usted cree que un hombre que traiciona sus convicciones estéticas es probable que también traicione a su país entonces no se hable más. Recogeré mis efectos personales de Bingley Manor y veré si puedo alistarme en el ARP^[44] o el Servicio contra incendios. Pues estoy decidido a hacer algo, por humilde que sea.

Billy Mytchett seguía asintiendo seriamente con la cabeza, sin dejar de fruncir el ceño. Absorto en sus pensamientos, alargó la mano para coger su pipa, se la puso en la boca y empezó a aspirar muy despacio. Esperé, mirando al exterior por la ventana; no hay nada como una actitud relajada para disipar sospechas. Por fin, Mytchett se revolvió, sacudió los hombros, como un nadador al salir a la superficie, y con el canto de la mano echó a un lado el informe multicopiado.

—Mire —dijo—, esto es absurdo. No tiene ni idea de cuántos papeles como este tengo que leerme a la semana. Por las noches me despierto muerto de miedo, preguntándome si es así como vamos a hacer la guerra, con informes, preguntas y firmas por triplicado. ¡Cielos! Y entonces me piden que llame a tipos completamente decentes, como usted, y los interroge con minuciosidad por algo que dijeron a su prefecto cuando estaban en el colegio. Estaba bastante mal antes de la guerra, pero ahora...

—Bueno —dije, con magnanimidad—, es bastante razonable, después de todo. Debe de haber espías por todas partes.

¡Sopla! Me lanzó una rápida y penetrante ojeada, a la que respondí con la más afable de las miradas, tratando de controlar un tic revelador bajo mi ojo derecho, que tiene tendencia a temblar cuando estoy nervioso.

—Los hay... —dijo en tono grave—. Y Bingley Manor está lleno de ellos —soltó una encubierta carcajada y dio una palmada; luego se puso serio de nuevo—.

Escuche, amigo —dijo bruscamente—, regrese allá y termine su instrucción. Tengo un trabajo para usted, un numerito muy bonito, que le gustará. ¡Cállese! Ni una palabra por ahora. Todo a su debido tiempo —se levantó, rodeó su escritorio y me empujó hacia la puerta—. No se preocupe, llamaré por teléfono al viejo Bradshaw y le diré que, tras someterle a una investigación, hemos descubierto que es usted tan intachable como un niño de coro... Aunque, ahora que lo pienso, he conocido a algunos niños de coro que...

Me estrechó la mano precipitadamente, ansioso por librarse de mí. Me rezagué, poniéndome los guantes.

—Mencionó usted a Boy Bannister —dije—. ¿Está él...?

Mytchett me miró fijamente.

—¿Qué? ¿Bajo sospecha? ¡Dios mío, no! Es una de nuestras estrellas. Todo un genio genial. No, no, el viejo Bannister es de absoluta confianza, sin lugar a dudas.

¡Cómo se rio Boy cuando le telefoneé más tarde desde el apartamento y le dije que era una de las estrellas de Billy Mytchett!

—¡Qué imbécil! —exclamó. Por debajo de sus risas creí detectar una pizca de turbación—. A propósito —dijo en voz alta con excesiva teatralidad—, Nick está aquí. No te retires, quiere hablar contigo.

Cuando Nick se puso al aparato, también reía.

—¿Te han sometido al tercer grado, verdad? Sí, me lo dijo Billy, le he telefoneado. No es precisamente el Gran Inquisidor. Por cierto, voy a asegurarme de que ese indicio desaparezca de tu expediente; conozco a una chica en el Registro. Es la clase de cosas que te puede perseguir durante años. Y eso no nos gustaría. Sobre todo, ahora que tú y yo nos vamos a ir de paseo cualquier día de estos, con todos los gastos pagados.

—¿De paseo?

—Eso es, viejo. ¿No te lo dijo Billy? ¿No? Bueno, en ese caso, será mejor que me mantenga callado también; ya se sabe lo que cuestan las conversaciones ociosas^[45].
O revuar!

Y colgó, sin dejar de reír y tarareando *La Marsellesa*.

En una carta a su amigo Paul Fréart de Chantelou, fechada en 1649, Poussin hace la siguiente observación, en referencia a la ejecución de Carlos I: «Es un verdadero placer vivir en un siglo en el que tienen lugar tan importantes acontecimientos, siempre que uno pueda ponerse a cubierto en algún rincón para observar el espectáculo con comodidad». El comentario expresa el quietismo de los estoicos tardíos, y en particular de Séneca. Hay veces en que desearía haber vivido más de acuerdo con semejante principio. Sin embargo, ¿quién podría haber permanecido

inactivo en este siglo violento? Zenón y los primeros filósofos de su escuela sostenían que el individuo debe intervenir en los sucesos de su época y procurar amoldarlos al bien público. Esa es otra forma, más vigorosa, de estoicismo. A lo largo de mi vida he ejemplificado ambas fases de esa filosofía. Cuando fue necesario, actué, con pleno conocimiento de la ambigüedad inherente a ese verbo, y ahora me ha llegado la hora del descanso... o no, no del descanso: del desasimiento. Sí: he alcanzado el desasimiento total.

No obstante, hoy estoy muy nervioso. Van a limpiar y tasar *La muerte de Séneca*. ¿Cometo un error? Los tasadores son muy fiables, muy discretos, me conocen bien; sin embargo, no puedo evitar las dudas imprecisas que revolotean en tono amenazante dentro de mí como una bandada de inquietos estorninos al acercarse la noche. ¿Y si la limpieza daña el cuadro, o de alguna otra forma me priva de él, mi último solaz? En Irlanda, cuando un niño se aparta de sus padres, decimos que se *convierte en un extraño*; eso proviene de la creencia en que las hadas, seres celosos, cuando tienen hijos débiles y poco agraciados, raptan a recién nacidos sanos y hermosos y dejan en su lugar a sustitutos. ¿Y si cuando regrese mi cuadro descubro que se ha convertido en un extraño? ¿Y si algún día, al levantar la vista de mi escritorio, descubro que me lo han cambiado?

Todavía está en la pared; no puedo armarme de valor para descolgarlo. Me mira como lo hizo mi hijo, cuando tenía seis años, aquel día en que le dije que íbamos a enviarlo a un internado. Es una producción de los últimos años del artista, del período del magnífico florecimiento tardío de su genio, de *Las estaciones*, de *Apolo y Dafne*, y del fragmento de *Agar*. Lo he fechado provisionalmente en 1642. Es inusual comparado con estas otras obras de su período final, que en conjunto componen una meditación sinfónica sobre la grandeza y el poder de la naturaleza en sus diferentes aspectos, que se desplaza del paisaje a las escenas de interior, del mundo exterior al interior, de la vida pública a la privada. Aquí, la naturaleza está presente únicamente en la apacible vista de colinas lejanas y bosques encuadrada por la ventana que hay encima del lecho del filósofo. La luz que baña la escena tiene algo de sobrenatural, como si no fuese luz diurna, sino algún otro resplandor paradisíaco. Aunque su tema es trágico, el cuadro transmite una sensación de serenidad y sencilla grandeza, profundamente conmovedora. El efecto se logra mediante la sutil y magistral combinación de colores, esos azules y dorados, y esos no exactamente azules ni dorados, que conducen al ojo, por medio de los dos esclavos y el oficial de la guardia, torpe como un veterano con sus hebillas y su casco, desde la figura del moribundo en su pose marmórea —convertido ya en su propia efigie, por así decirlo— a la figura de la esposa del filósofo, y a la de la sirvienta, que prepara el baño en el que aquel pronto se sumergirá, y, finalmente, a la ventana y el vasto, tranquilo mundo que hay más allá, donde espera la muerte.

Tengo miedo.

He pasado una agradable mañana contándole a Miss Vandeleur mis recuerdos de la guerra. Lo anotó todo. Le gusta tomar notas. Inevitablemente, nuestra relación ha desembocado en la de un estudiante con su tutor con esa misma mezcla de intimidad y desazón indefinible que recuerdo de mis días docentes; además, ella da muestras de ese estrecho margen de resentimiento característico de la irritación del posgraduado bajo el yugo de una deferencia que cree tener derecho a que ya no le exijan más. Disfruto con sus visitas, a mi manera silenciosa. Es la única compañía que tengo ahora. Se sienta frente a mí en una silla baja, con su cuaderno de espiral propio de un reportero abierto sobre las rodillas y la cabeza inclinada, mostrándome los dos lados gemelos de su cabello alisado, partido en dos por una raya muy recta, que es del color de la nieve un poco sucia. Escribe a un ritmo excelente, con una especie de concentración desesperada; tengo la impresión de que en cualquier momento puede perder el control de su escritura y empezar a garabatear por toda la página; es apasionante, de veras. Y, por supuesto, adoro el sonido de mi voz.

Especulamos acerca del origen de la expresión *una buena guerra*. Le dije que no estaba seguro de haberla oído utilizar fuera de los libros o el teatro. La apreciaba sobre todo la gente que escribía para el cine. En las películas de finales de los años cuarenta y de la década siguiente, tipos de rostro afeminado con gomina en el pelo y fular se detenían siempre junto a la chimenea para vaciar sus inverosímiles pipas y preguntar por encima del hombro: «¿Tuvo usted una buena guerra?», a lo que el otro tipo, con bigote y vaso de cristal tallado del que nunca bebía, respondía con uno de esos encogimientos de hombros tan típicamente ingleses y una mueca de desagrado, en la que imaginábamos ver expresado el recuerdo de un combate cuerpo a cuerpo en las Ardenas, o un desembarco nocturno en Creta, o la caída sobre el Canal en medio de una espiral de humo y llamas del Spitfire de su mejor amigo.

—¿Y qué le pasó a *usted*? —dijo Miss Vandeleur, sin levantar la vista de sus notas—. ¿Tuvo una buena guerra?

Me reí, pero luego me callé, sorprendido.

—Bueno —le dije—, creo que sí la tuve, ¿sabe? A pesar de que para mí empezó en un ambiente de farsa. De farsa francesa, además.

Fue Miss Vandeleur quien me advirtió de la gran cantidad de mis recuerdos de Nick Brevoort relacionados con viajes por mar. Es cierto, yo mismo me he dado cuenta. Ignoro la razón. Me gustaría poder ver en ello algo grande y heroico —los barcos negros y la playa ensangrentada y las llamas de Ilión en el horizonte—, pero me temo que el ambiente en que se originaron esos recuerdos no procede de Homero, sino más bien de Hollywood. Incluso la travesía que hicimos juntos a Francia a principios de diciembre de 1939 tuvo algo de sucedáneo, de aterciopelada fantasía propagandística. La noche era prodigiosamente tranquila, y nuestro transporte de tropas, un vapor transformado que antes del comienzo de la guerra había llevado turistas de Gales a la isla de Man, se deslizaba decidido como un cuchillo a través de un mar lechoso, irrealmente iluminado por la luna. Pasamos la mayor parte del viaje en la popa, tendidos en tumbonas de madera, envueltos en nuestros tabardos y con las gorras caladas hasta los ojos. Las vibrantes puntas de nuestros cigarrillos y las bocanadas de humo que arrojábamos al aire de la noche parecían absurdamente melodramáticas. Había embarcado con nosotros un pelotón de reclutas bisoños —esa es la palabra en la jerga militar— que iban a incorporarse a la Fuerza Expedicionaria. Se habían apoderado del salón, donde se tumbaron entre sus bártulos desperdigados, mirando ante sí con insolencia y cara de aburrimiento; parecían más bien soldados rezagados tras una huida en desbandada que una tropa que iba a entrar en combate. Lo único que podía animarles, al parecer, era la frecuente ceremonia del té y los sándwiches. ¿Tenían el mismo aspecto que ellos los hombres de Odiseo cuando se sentaron en la arena ante sus perniles de buey asado y sus copas de vino oscuro como el mar? Cuando Nick y yo dimos una vuelta por cubierta y echamos un vistazo por las portillas, fue como contemplar una fiesta infantil: los muchachos a medias felices, a medias preocupados, mientras observaban cómo los camareros del barco —todavía con sus chaquetas blancas— se abrían paso entre ellos con repugnancia llevando enormes teteras y bandejas de sándwiches de carne en conserva.

—Ahí está —dijo Nick—. Tu proletariado.

—Vaya esnob que estás hecho —dije.

Estábamos tremendamente nerviosos, por mucho que fingiéramos estar hartos del mundo. Por los guiños e indirectas de Billy Mytchett imaginábamos que nos enviaban a Francia en misión secreta y quizás peligrosa; no habíamos pronunciado, ni siquiera para nosotros, la escalofriante fórmula *infiltrarse en las líneas enemigas*, pero ambos sabíamos que esas palabras temblaban en la punta de la lengua del otro. Durante las últimas semanas en Bingley Manor me había asaltado la curiosidad de si sería capaz de matar a un hombre. Mientras fregaba suelos o sacaba brillo a mi cinto de cuero con bandolera, evocaba impecables escenas de violencia, como a ritmo de ballet. Era conmovedor; parecía un colegial que abrigase pensamientos obscenos. Por lo general, esas muertes imaginarias, llevadas a cabo limpiamente, tenían lugar por la noche e implicaban a centinelas. Me veía saliendo de la oscuridad, hábil y silencioso como un

gato, y en el último momento decía algo, hacía algún ruido, solo para darle una oportunidad al pobre boche. Él se volvía, buscaba a tientas su fusil, con un miedo cerval reflejado en los ojos, y yo le sonreía por un momento, con frialdad, antes de clavarle el cuchillo; entonces se desplomaba en la hierba en medio de un charco de sangre oscura, y expiraba emitiendo un débil gargarismo, con los ojos en blanco y ya empañados, mientras el reflejo de un cercano reflector no dejaba de dilatarse, como el ojo asombrado de otro cíclope, en la parte frontal de su casco. De todos modos, me apresuro a decir que nunca llegué a matar a nadie, que yo sepa. Tenía un revólver, del que estaba muy orgulloso. Era un revólver reglamentario Webley Mark VI de seis tiros, calibre 455, de once pulgadas y cuarto de largo y treinta y ocho onzas de peso, fabricado en el Reino Unido, al que nuestro instructor de tiro en Bingley llamaba matahombres. Nunca había tenido en la mano nada tan *serio* (con una excepción obvia, por supuesto). Venía con una pistolera bastante complicada, a la que iba sujeto con un cordón de piel que, cuando había humedad en la atmósfera, despedía un hedor a cuero sin curtir que me parecía el auténtico olor de la osadía masculina y la aventura. Aunque me habría gustado disparar uno o varios tiros, en un arrebato de ira (Wild Bill Maskell desmandado), no se me presentó la oportunidad. Todavía conservo esa arma, no sé dónde. Debo procurar encontrarla; estoy seguro de que Miss Vandeleur estaría interesada en echarle una ojeada, aunque eso suene tan tediosamente freudiano.

¿Qué estaba diciendo? Esta tendencia a divagar es preocupante. A veces pienso que chocheo.

Nick y yo pasamos cinco meses en Francia, estacionados en Boulogne. Todo fue decepcionante. Nuestro cometido era exactamente lo que Billy Mytchett nos había dicho: vigilar las actividades de los hombres de la Fuerza Expedicionaria en nuestra área.

—Unos malditos fisgones, eso es lo que somos —exclamaba Nick, indignado.

Oficialmente, nos habían asignado la tarea de impedir la infiltración de espías, basándose en la creencia, supongo, de que nadie mejor que un espía para conocer a otro; en realidad, nos vimos obligados a dividir nuestras energías entre las cotidianas labores administrativas de la seguridad y la intromisión en las vidas privadas del batallón. Confieso que la labor de censurar las cartas de los hombres a sus hogares me producía cierto placer repugnante; uno de los primeros requisitos para ser un buen espía es tener un interés malsano por la intimidad de los demás. Pero ese placer pronto dejó de gustarme. Tengo en gran estima al combatiente inglés —de verdad—, pero su estilo epistolar, lo siento, no es precisamente una de sus más admirables cualidades. («*Querida Mavis, qué lugar más horrible es este Bolonge. Gabachos por todas partes y ni una decente pinta de cerveza para llevarse a la boca. Me pregunto si llevas esta noche tus bragas de encaje. Ni rastro de perieos.*»^[46] Las supresiones son obra, desde luego, de mi lápiz censor.)

Boulogne. Hay gente, no tengo la menor duda, bebedores de vino y aficionados a

las tartas de manzana, por no mencionar a las parejas que gustan de pasar un fin de semana de tapadillo, cuyo pulso se acelera con solo nombrar ese pequeño puerto desastrado; sin embargo, cuando yo lo oigo, lo que recuerdo, con un estremecimiento, es la peculiar mezcla de hastío, amargura y rabia intermitente que sentí durante aquellos cinco meses que pasé allí. A causa de mis conocimientos de lenguas, era natural que asumiera el papel oficioso de oficial de enlace con las autoridades francesas, tanto civiles como militares. ¡Qué ser más despreciable es el francés típico! ¿Cómo se había permitido Poussin nacer en el seno de semejante raza, tan estúpida y reaccionaria? Y entre las subespecies, ninguna es tan despreciable como la de los funcionarios de las ciudades provincianas. Los militares no me caían mal —eran susceptibles, desde luego, y siempre estaban al acecho de posibles desaires a la nobleza de su persona y de su profesión—, e incluso pude arreglármelas con los cuatro cuerpos distintos de la policía con los que tuve que tratar, pero los ciudadanos de Boulogne me superaban por completo. El varón francés suele adoptar una peculiar postura cuando ha decidido que han ofendido su dignidad y, por tanto, niega su cooperación; es una cuestión de inflexiones muy sutiles —la cabeza un poco ladeada a la izquierda, la barbilla levantada un milímetro, la mirada cuidadosamente dirigida a un punto perdido en el horizonte—, pero es algo inconfundible, y la determinación que expresa en silencio es adamantina.

Nick se divertía mucho con mis dificultades. Fue en Francia donde empezó a llamarme «Doc», y se dirigía a mí en el tono jocosos de un colegial que le toma el pelo a un profesor indefenso. Padecí sus mofas con paciencia; es el precio que hay que pagar por la superioridad intelectual. Ambos teníamos la graduación de capitán, pero gracias a un misterioso juego de manos jerárquico por su parte, una triquiñuela que todavía me deja perplejo, desde el principio quedó establecido entre nosotros que él era el oficial de mayor rango. En apariencia, desde luego, era un militar normal; nuestros vínculos con el Departamento se mantenían secretos incluso para los oficiales de nuestra unidad, aunque rápidamente se difundió que yo era uno de los Chicos de Bingley, una casta despreciada por los hombres de la Fuerza Expedicionaria, entre los cuales nos movíamos... bueno, como espías. Nick había utilizado sus influencias y consiguió que nos alojaran juntos en una callejuela adoquinada en la colina, cerca de la catedral, en una casita de fachada curvilínea encajada entre una carnicería y una panadería. La casa era propiedad del alcalde de la ciudad. Se cotilleaba que la había utilizado antes de la guerra como residencia de sus sucesivas amantes, y, desde luego, había algo sutilmente lascivo, como de Petit Trianon, en aquellas habitaciones estrechas y de techos altos con ventanas de cristales pequeños y muebles de casa de muñecas. Nick enseguida se adaptó a aquel ambiente sicalíptico y tomó una amante, una tal madame Joliet, una de esas mujeres alegres, frágiles, inmaculadamente ataviadas, próximas a la cuarentena, que Francia parece procrear del todo desarrolladas, con la sofisticación y el refinamiento adecuados, como si nunca hubiesen sido jóvenes. Nick la metía a escondidas por la noche a

través del jardín trasero, que daba a un callejón cubierto de lilas, y ella se ponía un delantal y cocinaba para nosotros tres —su especialidad era la *omelette aux fines herbes*—; yo me sentaba ante la mesa de la cocina, cubierta con un hule, y jugueteaba nervioso con un vaso de Sauterne dulce, y Nick permanecía de pie junto al fregadero con la guerrera desabrochada, una mano en el bolsillo y las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo y guiñándome un ojo, mientras la pobre Anne-Marie no paraba de hablar de la moda londinense, y de la duquesa de Windsor, y de la excursión que hacía un número indeterminado de años había hecho a Ascot una tarde de un verano inglés tan perfecto que lo había mitificado.

—Esta guerra, ¡esta terrible guerra! —exclamaba, alzando los ojos al techo y torciendo la boca de un modo cómico, como si lamentase alguna aberración meteorológica.

La compadecía. Bajo su lustrosa apariencia era perceptible el miedo oculto de la mujer hermosa que siente ya bajo sus pies inmaculadamente calzados la cuesta empinada de la edad. Nick la llamaba su Botín de Guerra. No quiero especular acerca de la naturaleza exacta de su relación amorosa. Hubo noches en que tuve que cubrirme la cabeza con una almohada para no oír los ruidos procedentes de la habitación de Nick, y en más de una ocasión madame Joliet exhibió por la mañana la boca magullada y un ojo morado que testimoniaban una devoción servil, y que ni la experta aplicación de una considerable cantidad de *maquillage* podía disimular.

Fue un arreglo extraño en aquel ambiente estremecido por tácitas intimidaciones y siempre cargado de la ansiedad de las lágrimas contenidas. Había algo agradablemente misterioso en aquella casi vida que compartíamos a medias. Para mí era un esbozo, una versión caricaturesca, de esa idealizada domesticidad connubial que nunca iba a experimentar en la vida real. Por supuesto, madame Joliet y yo formamos una alianza; con Nick teníamos incluso un niño, si se le podía llamar así. Parecíamos una pareja de inocentes y amantes hermanos sacados de un cuento de hadas, contentos con nuestros cometidos, ella con su plumero y yo con mi lapicero censor, en nuestra recargada y cursi casa en plena rue du Cloître. La ciudad se había cerrado a cal y canto para protegerse del invierno y la guerra. Los días eran tan cortos, que apenas eran días, más bien parecían interminables crepúsculos brumosos. Grandes nubes plomizas procedentes del norte se abrían paso desde el mar, y el viento suspiraba y susurraba a través de las juntas de los marcos de las ventanas, y hacía que temblasen las llamas de las velas de madame Joliet; ella tenía buen ojo para la pincelada romántica, y en todas las comidas encendía una *bougie*. Cuando pienso en aquello, recuerdo el olor de la cera de abeja y la punzante acritud del perfume de Anne-Marie y, en segundo término, el tenue aroma que dejaba tras de sí el gas doméstico —pasábamos la mayor parte del tiempo en la cocina—, el hedor amortiguado del alcantarillado y el tufo a crisantemos machacados que despedían los suelos embaldosados, siempre fríos y húmedos por la condensación del vapor de agua, como si la casa tuviese sudores fríos de forma permanente.

A menudo Nick nos dejaba solos; se marchaba después de cenar a algún recado presuntamente oficial, y regresaba mucho después de la medianoche, con torva expresión y haciendo muecas, en un estado de humor de peligroso regocijo; para entonces madame Joliet y yo, acodados bajo la cálida cúpula que formaban la luz de una vela y el humo de los cigarrillos Gauloise, estábamos confortablemente piripis a causa del licor de peras que a ella tanto le gustaba, y que yo solo bebía para acompañarla, pues me sabía a esmalte de uñas. En esos *tête-à-tête* apenas hablábamos de nosotros. Un par de preguntas de tanteo por mi parte a propósito de monsieur Joliet tuvieron como respuesta que ella apretara los labios e hiciera ese imperceptible aunque desdeñoso encogimiento de hombros con que las mujeres francesas despachan los defectos de sus hombres. Le hablé un poco de Vivienne, y de nuestro hijo, y ella retomó con frecuencia el tema, no porque fueran mi esposa y mi hijo, creo, sino por ser la hermana y el sobrino de Nick. Pues en realidad, solo hablábamos de Nick, incluso cuando el tema de conversación parecía no tener nada en absoluto que ver con él. Madame Joliet, pronto me di cuenta, no entendía nada. Lo que había empezado como un pequeño *affaire* manejable con el guapo e irreflexivo capitán inglés se había convertido en algo peligroso como el amor, y el amor tenía para ella la fuerza destructiva de un fenómeno de la naturaleza, como el rayo, o una tormenta de verano, algo de lo que había que resguardarse para que la vida y todo lo que la hacía tolerable no quedaran reducidos a una maldita ruina humeante. Cuando ella hablaba de él, despedía una especie de resplandor angustiado que en vano trataba de atenuar; en nuestra diminuta pista iluminada con velas adoptaba poses desesperadas, tratando en vano de no mostrar su miedo, como un artista de circo atrapado en una jaula con un animal supuestamente domado que, de pronto, se hubiese vuelto salvaje. Y una o dos veces, después de otra copa más de Poire William, el lamentable olor del miedo y el anhelo de Anne-Marie se convirtieron en un puro tufillo a erotismo, y entonces parecía que debía precipitarme a entrar en la jaula para reunirme con ella de manera que, abrazados el uno al otro, pudiéramos enfrentarnos a la voraz bestia. Pero nada sucedía, el momento pasaba, y nos separábamos, nos alejábamos de la luz de la vela, y nos limitábamos a contemplar, perplejos, inmóviles, nuestras copas de licor, a un tiempo pesarosos y aliviados.

A Nick no se le habría ocurrido estar celoso de nosotros. Sabía que nos tenía en sus garras; solo tenía que enseñar las uñas y la sangre brotaría de nuestros pechos. Creo que le divertía dejarnos solos por la noche por ver lo que hacíamos, qué estrategias de fuga intentábamos.

De la guerra no había ni señal. Durante días y días me olvidé del motivo por el que estábamos en Francia. Cuando encontraba en las carreteras a soldados patrullando, o haciendo maniobras por los campos y entre los huertos frutales, descubrí que admiraba la disciplina y la sencillez de todo aquello, la justa y apropiada ocupación de aquellos hombres, que no parecían estar participando en una operación militar, sino en un enorme destacamento de filantrópicos trabajadores voluntarios.

Cada quince días iba con el cabo Haig al cuartel general de la Fuerza Expedicionaria, en Arras, supuestamente para entregar un informe sobre la actividad en nuestro sector, pero, como no existía actividad, no había nada de lo que informar, y la noche anterior a cada viaje pasaba tediosas horas devanándome los sesos para redactar unas cuantas páginas que parecieran verosímiles aunque carecieran de sentido que desaparecerían sin dejar rastro en las entrañas de la maquinaria militar. Siempre me ha fascinado el ansia de documentación que comparten todas las grandes instituciones, especialmente las que están dirigidas por supuestos hombres de acción, como el ejército, o el servicio secreto. En incontables ocasiones me fue posible obstaculizar una u otra investigación inconveniente emprendida por el Departamento no ya eliminando u ocultando documentos, sino añadiendo otros a un expediente de por sí abultado.

Me pregunto si he mencionado con anterioridad al cabo Haig. Era mi ordenanza. Era del East End, y se ajustaba por completo a la parodia que los espectáculos de *music hall* hacen de los nativos de ese barrio obrero londinense, pues siempre estaba haciendo muecas y guiños y poniendo los ojos en blanco. A veces representaba ese papel de forma tan exagerada, que me hacía sospechar que se lo había estudiado, pues debajo de su fachada de caradura se traslucía cierta sensación de incomodidad, como si se sintiera inseguro y atemorizado. Haig —su nombre de pila, por inverosímil que parezca, era Roland— era de baja estatura y menudo; tenía anchas espaldas y pies diminutos, como un boxeador, y una mella en los dientes delanteros, así como orejas prominentes. Parecía que llevaba en el ejército desde niño. Boy, que vino de permiso por Navidades desde Dunkerque, donde estaba destinado para hacer algo relacionado con la propaganda, le cogió mucho cariño. Le llamaba el Mariscal de Campo, y durante los días que pasó con nosotros trató de seducirlo. Tal vez lo lograra; eso explicaría el talante evasivo, culpable, del comportamiento de Haig. Me pregunto qué habrá sido de él, y si sobrevivió a la guerra. Tengo la impresión de que no. Era uno de esos clásicos personajes secundarios en los que los dioses ponen a prueba sus espadas, antes de ocuparse de los Héctores y Agamenones.

Como la mayoría de hombres de la Fuerza, Haig pensaba que la guerra era una pérdida de tiempo absurda, aunque no del todo desagradable, otro de esos tremendos proyectos insensatos que suelen idear las autoridades y cuyo único propósito parece ser alterar las vidas, por lo demás plácidas, de las gentes de los más bajos niveles sociales. La expedición a Francia la consideraba particularmente tonta, incluso para los criterios de aquellos. Se sentía como un excursionista dominguero abandonado en una isla desierta, a medias indignado por la insensatez de todo aquello, a medias divertido por el ambiente de interminable, aunque monótona, vacación. Y, desde luego, le encantaba tener la oportunidad de quejarse. Mientras nos apresurábamos en nuestro pequeño Austin negro (siempre me recordó a un bullicioso y muy resuelto escarabajo) por aquellas estrechas carreteras entre filas de platanos agitados por el viento, se entregaba a una especie de aria ininterrumpida de quejas: la asquerosa

comida, los hediondos retretes que no eran más que agujeros en el suelo, las gachís que no hablaban ni una palabra de inglés y parecían estar riéndose de él todo el tiempo, y que, además, probablemente tenían la sífilis la mitad de ellas («Se lo aseguro, señor, no les tocaría el chocho aunque me pagaran»).

En una de esas cortas excursiones a Arras nos detuvimos en un pueblo, creo que era Hesdin, y le llevé a un restaurante sobre el río que Boy me había recomendado. Hacía frío. Éramos los únicos clientes. El comedor era pequeño, de techo bajo y algo sucio, y la viejecita gordinflona que regentaba aquel lugar parecía bastante desaseada; sin embargo, había un buen fuego de leña y podíamos oír el ruido que hacía el río al caer sobre las piedras, debajo de la ventana cubierta de escarcha, y además el menú era una obra maestra. Haig estaba incómodo; me daba cuenta de que no acababa de aprobar aquella mezcla informal de rangos. Sin la gorra tenía un aspecto más bien desvalido y vulnerable, y sus orejas parecían sobresalir más que de costumbre. No paraba de alisarse el pelo untado con brillantina y de husmear hecho un manojo de nervios. Tuve el vivo deseo de acariciar una de sus manos asombrosamente delicadas, casi femeninas (¿cómo demonios tardé tanto tiempo en darme cuenta de que yo era marica?). Durante unos momentos estrujó la servilleta, y luego se quedó inmóvil contemplando impotente el menú. Sugerí que empezásemos con ostras, y él tragó saliva, consternado, moviendo la nuez como una pelota lanzada por un bate.

—Nunca has comido ostras —dije—, ¿verdad, Haig? Tendremos que remediar eso.

Pasé cinco agradables minutos conferenciando con *madame la patronne*, la cual me persuadió, encogiéndose de hombros y besándose las puntas de los dedos con mucha teatralidad, de que tomara sopa de acedera y *bœuf en daube*.

—¿Te parece bien, Haig? —dije, y asintió con la cabeza y volvió a tragar saliva.

Quería cerveza, pero no lo consentí, y pedí para los dos un vaso de vino blanco de la casa, bastante bueno, para acompañar las ostras. Fingí no darme cuenta de que esperaba a ver qué cubiertos cogía yo. Se manejaba torpemente con las conchas de las ostras, y las sacudía de tal modo que hacían un ruido seco, como el castañeteo de una dentadura postiza, y tenía problemas para pinchar con el tenedor aquellos bocados glandulares y escarolados.

—¿Y bien? —dije—. ¿Qué te parece?

Me dirigió una sonrisa forzada.

—El gusto me recuerda a... —se sonrojó, mostrando una desacostumbrada gazmoñería—. Bueno, prefiero no decirlo, señor. Pero está fría.

Comimos en silencio durante un rato, aunque me pareció que se proponía decirme algo. Antes de que nos terminásemos la sopa estalló, por fin.

—Perdone la pregunta, señor, pero ¿le llamaron a filas o se alistó usted voluntario?

—¡Dios mío! —dije—, vaya pregunta. ¿Por qué lo quieres saber?

—Bueno, solo por curiosidad, siendo usted irlandés.

Experimenté el ligero sobresalto ya conocido, como si cayese hollín por la chimenea.

—¿Te parezco muy irlandés, Haig?

Me miró de soslayo, y se rio entre dientes.

—Oh, no, señor, no —dijo con el rostro inclinado sobre el plato de sopa—. No lo parece.

Entonces me pasó por la cabeza una imagen clara y detallada de él, sentado en la cantina del cuartel general con sus compañeros conductores, con una jarra de cerveza en una mano y un pitillo en la otra, poniendo cara de esnob e imitando mi acento: *¡Pero mi querido Haig, si casi no soy irlandés!*

Me pregunto si Boy logró seducirlo. Tales preguntas son turbadoras para un viejo. Recuerdo que el *bœuf en daube* era excelente.

Como había renunciado a los servicios que ofrecían las mujeres del pueblo, poco podía ayudarme Haig a resolver mi más difícil problema, que consistía en la necesidad de disponer de un segundo burdel en Boulogne para uso del personal de la Fuerza Expedicionaria. Tras la llegada de esta, el único establecimiento de la ciudad dedicado a ese menester —un laberinto de sórdidas habitaciones encima de una barbería a la vuelta de la esquina de donde Nick y yo estábamos alojados, presidido por una madama con la cara salpicada de lunares, quimono de seda y peluca ladeada teñida de alheña, que tenía un notable parecido con Oscar Wilde en sus últimos años — había hecho frente, o más bien yacido, con energía al gran aumento de la demanda, pero al cabo de muy poco tiempo las animosas *filles publiques* de madame Mouton se vieron desbordadas, y numerosas aficionadas se aprestaron a intervenir para absorber el exceso de trabajo. Pronto los demás bares y panaderías tuvieron una habitación en el piso de arriba con una chica dentro. Hubo peleas, y acusaciones de que estafaban y robaban a sus clientes, y un contagio en gran escala de enfermedades venéreas. No puedo recordar cómo llegó a ser cosa mía el asunto. Pasé infructuosas semanas yendo de la comisaría de policía al *mairie*. Traté de obtener el apoyo de los médicos de la ciudad. Incluso hablé con el párroco, viejo astuto con un ojo lisiado que resultó estar sospechosamente familiarizado con los trajines del establecimiento de madame Mouton. Yo parecía un personaje de una comedia de Feydeau: tenía que resolver con urgencia uno tras otro la serie de malentendidos, y para ello debía enfrentarme por todas partes con personajes estereotipados, todos ellos deseosos de no comprometerse, francamente desdeñosos y completamente intransigentes.

—La guerra es un infierno, de acuerdo —dijo Nick y se rio—. ¿Por qué no le pides a Anne-Marie que te ayude? Creo que sería una madama bastante buena.

El inglés de madame Joliet era endeble, y cuando oía que Nick mencionaba su nombre en sus conversaciones conmigo, solía reírse inquisitivamente, ladeaba la cabeza y levantaba su fina naricilla, en una parodia no deliberada de una coqueta de los escenarios.

—Nick cree que podrías ayudarme con madame Mouton y sus chicas —le dije en

francés—. Quiero decir que cree que podrías... que tú...

Su sonrisa desapareció y, tras quitarse el delantal, después de bregar torpemente con las cintas para desatarlas, se marchó a toda prisa de la cocina.

—¡Oh, Doc, qué gilipollas eres! —dijo Nick, y me sonrió divertido.

Seguí a Anne-Marie. Estaba junto a la ventana en el saloncito que daba a la calle. Solo una mujer francesa sabe retorcerse las manos de manera convincente. Una reluciente lágrima le temblaba en el rabillo de cada ojo. Había sustituido el papel de coqueta por el de Fedra.

—No le importo nada —dijo con voz temblorosa—. Nada.

Era media mañana y un tenue y blanquecino rayo de sol primaveral penetraba en el escaparate marrón de la *épicerie* que había al otro lado de la calle. Podía oír los chillidos de las gaviotas abajo, en el puerto, y de pronto, con una claridad que hizo que me diera un vuelco el corazón, me vi con Nick en el paseo marítimo de Carrickdrum hacía poco más de un año, en otra vida.

—No creo que le importe nadie —dije.

No era lo que habría querido decirle. Ella asintió con la cabeza, todavía con el rostro vuelto hacia la ventana. Suspiró, y el suspiro se convirtió en un sollozo sin lágrimas.

—Es tan difícil —murmuró—. Tan difícil.

—Sí —dije, sintiéndome impotente y despreciable; nunca he sabido comportarme en presencia del dolor ajeno.

Después de unos instantes en silencio, madame Joliet se echó a reír y, volviendo la cabeza, me miró con los ojos brillantes de pena y dijo:

—Bueno, quizás tenga mejor suerte cuando vengan los alemanes. Solo que... —titubeó—. Solo que soy judía.

A Miss Vandeleur parecen haberle contado una absurda historia acerca de mi valor bajo el fuego enemigo. He tratado de explicarle que el concepto de valor es completamente espurio. Somos lo que somos y hacemos lo que hacemos. En el colegio, cuando leí por vez primera a Homero, lo que me sorprendió de Aquiles fue su estúpida insensatez. Yo no era estúpido, y *estaba* asustado, pero tenía suficiente dominio de mí mismo para no mostrar mi miedo, excepto una vez (en realidad, dos veces, aunque en la segunda no había nadie que me pudiera ver, de modo que no cuenta). No llevé a cabo acciones osadas, no tiré ninguna granada de mano, ni me metí en tierra de nadie para rescatar a Haig de los tudescos. Sencillamente, estuve allí y no perdí la cabeza. No es algo de lo que presumir. De todos modos, la vergonzosa retirada de Dunkerque tuvo un trasfondo tan acusado de astracanada que no le permitía a uno tomarse en serio la posibilidad de una muerte violenta. Si el valor significa habilidad para reírse en medio del peligro, entonces puede llamarme valiente, pero únicamente porque en todo momento me pareció que ese peligro

presentaba rasgos bufonescos.

Sabíamos que venían los alemanes. Incluso antes de que lanzaran su ataque y el ejército francés se derrumbara, era evidente que nada detendría a los blindados alemanes salvo el Canal, y aun entonces no parecía mucho más ancho que el foso de un castillo. Estaba durmiendo la mañana en que los panzers llegaron a las afueras de la ciudad. El ruido que hizo Haig al subir las escaleras hasta mi habitación fue más fuerte que el producido por los cañones alemanes. Iba de uniforme, pero la parte superior del pijama era visible bajo el cuello de su guerrera. Se quedó ante el marco de la puerta, jadeante y con los ojos desorbitados; no me había dado cuenta antes de lo mucho que se parecía a un pez, con aquellos ojos saltones, aquella boca protuberante y aquellas orejas en forma de aleta.

—¡Los *pericos*, señor... los condenados están aquí!

Me incorporé en la cama y tiré con remilgo de la manta hasta cubrirme la barbilla.

—Haig, vas vestido incorrectamente —le dije, señalando el borde de algodón a rayas en su cuello que le delataba.

Hizo una especie de mueca desesperada y se revolvió como una trucha atrapada en el anzuelo.

—Oh, señor, estarán aquí dentro de una hora —dijo, lloriqueando en tono suplicante, como un colegial exhortado a no ser remolón por el profesor encargado de los juegos.

—Entonces es mejor que nos demos prisa, ¿no te parece? ¿O crees que deberíamos quedarnos y enfrentarnos a los carros de combate? Porque creo que he extraviado la pistola.

Era una bella y tonificante mañana de mayo, en que todo relucía y centelleaba en primer término, y a lo lejos todo aparecía en calma bajo un borroso manto gris. Haig me esperaba en el Austin con el motor en marcha. Siempre me conmueve el olor de los gases del tubo de escape en la brisa matinal. El cochecito se estremecía como un becerro, igual que si supiera cuál iba a ser la suerte que le esperaba a no tardar. Nick estaba repantigado en el asiento con la gorra ladeada de cualquier manera y el cuello desabotonado. Me metí en el asiento trasero y salimos disparados colina abajo en dirección al puerto. Cuando aminoramos la marcha para tomar una curva, un viejo apoyado en una muleta gritó algo y nos escupió.

—Gran día para una huida en desbandada —dije.

Nick se rio.

—Has tardado mucho —me dijo—. ¿Qué hacías? ¿Rezar?

—Tenía que afeitarme.

Nick miró a Haig y meneó la cabeza tristemente.

—El ejército alemán está a punto de caer sobre nosotros y él tiene que afeitarse —se volvió otra vez hacia mí y señaló mi bastón de oficial—. ¿Y qué es eso?

—Un bastón de mando.

—Ya me lo parecía.

Nos encontramos con un pelotón de los nuestros que bajaba de la colina desordenadamente. Al pasar nosotros de largo nos miraron con hosco resentimiento.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—La mayoría de los hombres se fueron a Dunkerque —dijo Haig—. Han enviado un transatlántico desde Dover. El *Queen Mary*, según dicen. ¡Vaya potra!

Nick miró a los rezagados a través de la ventanilla trasera.

—Tal vez deberíamos haber hablado con ellos —dijo—. Parecen completamente desmoralizados.

—Uno de ellos llevaba lo que parecía un jamón —dije.

—¡Vaya por Dios, espero que no se hayan dedicado al pillaje! Esas cosas suelen molestar a la gente, sobre todo a los franceses.

Por encima del zumbido del motor oímos un ruido sordo cerca de nosotros, y un instante después una lluvia de cascotes tintineó sobre el techo del coche. Haig hundió el cuello entre los hombros como una tortuga.

—¿Por qué nos disparan? —dijo Nick—. ¿No se dan cuenta de que hemos puesto pies en polvorosa?

—Es la euforia —dije—. Ya sabes cómo son los alemanes.

El puerto presentaba un maravilloso aspecto festivo: una muchedumbre se arremolinaba junto al muelle y en el mar se balanceaban y entrechocaban todo tipo de embarcaciones. El agua era una estilizada pantalla de color azul cobalto y el cielo estaba salpicado de restos de nubes algodonosas.

—¿Te despediste de madame Joliet? —dije.

Nick se encogió de hombros y siguió con la cabeza vuelta hacia mí.

—No pude encontrarla —dijo.

Estábamos ya abriéndonos paso entre la multitud que había en el muelle; Haig tocaba el claxon sin parar y maldecía para sí. Reconocí a un individuo que había ido conmigo al colegio e hice parar a Haig.

—Hola, Sloper —le dije.

—Hola, Maskell.

Llevábamos sin vernos desde que teníamos diecisiete años. Puso un codo en la puerta e introdujo por la ventanilla su enorme cabeza pálida. Le presenté a Nick y se estrecharon las manos con cierto embarazo por encima del respaldo del asiento de aquel.

—Debería saludarle, desde luego —dijo Nick.

Fue entonces cuando me fijé en la divisa de comandante en la hombrera de Sloper.

—Lo siento, señor —dije, y esboqué un saludo. Además, iba un curso por delante de mí en el colegio.

Un proyectil que cayó en el puerto con gran estruendo levantó una tremenda columna de agua e hizo temblar las piedras del muelle.

—¿Cree que tenemos alguna posibilidad de salir hoy de aquí, señor? —dijo Nick.

Sloper bajó la mirada y se mordió el labio.

—Solo queda una vieja carraca —dijo—, y nadie se atreve a embarcarse en ella, porque...

Un soldado con la frente pintorescamente vendada llegó corriendo con una hoja de comunicados y gritó:

—¡Mensaje de Dover, señor! ¡Vamos a ser evacuados de inmediato!

—¿Es eso cierto, Watkins? —dijo Sloper, que le arrebató el comunicado y frunció el ceño—. Bien, bien.

—¿Dónde podemos encontrar esa barca, señor? —dijo Nick.

Sloper gesticuló de manera imprecisa y volvió a su lectura. Le dije a Haig que siguiera adelante.

—¡Sloppy^[47] Sloper comandante! —dije—. ¡Será posible!

La barca era una trainera bretona con una guirnalda de rosas pintada en la proa. Se bamboleaba lánguidamente sujeta por las amarras; no había nadie a bordo. El pelotón con el que nos cruzamos en la colina había llegado y permanecía en el muelle presa del desaliento, con el equipo a sus pies y mirando con tristeza en dirección a Inglaterra.

—Oye, Grimes —le dije a uno de ellos—, ¿tú no eres pescador? —era un joven achaparrado, de cuerpo en forma de barril y piernas arqueadas, rostro colorado y escaso pelo rubio que le cubría la coronilla—. ¿Sabes pilotar este cacharro?

Sabía, y pronto íbamos hacia la bocana del puerto camino del mar abierto. La barca se bamboleaba y balanceaba como una vieja vaca chapoteando en un cenagal. En la caseta del timón Grimes braceaba con las piernas arqueadas, silbando alegremente. Para entonces caían dos o tres proyectiles por minuto. Haig iba en la popa en cuclillas, con las manos ahuecadas para proteger su cigarrillo y temblando.

—Ánimo, Haig —le dije—. Tenía que desaparecer, ya lo sabes —habíamos echado el Austin al agua en el puerto. Haig había contemplado con incredulidad y tristeza cómo caía el pequeño coche por un costado del muelle y se precipitaba en las aguas aceitosas, que se lo tragaron de golpe—. No querías que lo cogiera algún *perico*, ¿verdad?

Me dirigió una mirada de perro apaleado y, sin decir nada, regresó a su lívido rumiar. Me abrí paso de costado entre el pasillo de gente hasta la proa del barco, donde Nick estaba sentado en la cubierta con la espalda apoyada en la regala, los codos en las rodillas y los dedos entrelazados, mirando al cielo con aire pensativo y los ojos entrecerrados. A treinta yardas a nuestra izquierda cayó un proyectil, que, curiosamente, hizo un discreto *¡paf!*

—He estado haciendo cálculos —dijo—. Teniendo en cuenta la frecuencia de los disparos, y la distancia que tenemos que recorrer para dejar de estar a tiro, estimo que nuestras posibilidades son de dos contra una.

Me senté a su lado.

—Esos proyectiles me parecen bastante inofensivos —dije—. ¿Crees que uno de

ellos podría hundirnos?

Me miró de reojo y se rio entre dientes.

—Bueno, considerando el material almacenado bajo cubierta, creo que es una acertada suposición.

¿Por qué será, me pregunto, que el mar huele a alquitrán? ¿O son los barcos los que huelen así, y nosotros imaginamos que es el mar? La vida está llena de misterios.

—¿Qué hay ahí abajo? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Cuatro toneladas de explosivos de gran potencia, exactamente. Navegamos en un buque transporte de municiones. ¿No lo sabías?

Recientemente he empezado a tener temblores generalizados, aunque muy leves. Es una sensación extraña y, como he notado con sorpresa, no del todo desagradable. Cuando no puedo dormirme por las noches me doy mayor cuenta de ello: es una especie de temblor interno, tenue, ondulante, que parece brotar en alguna parte profunda de mi pecho, cerca del diafragma, y se va extendiendo hasta alcanzar las puntas de los dedos de mis manos y mis pies helados. Me hace pensar en una corriente eléctrica de bajo voltaje que atravesara una tina que contuviera algún líquido espeso, tibio, violáceo. ¿Es tal vez el primer indicio estremecedor del comienzo del Parkinson? No se me escapa la sombría comicidad de esta posibilidad: dado que la naturaleza es conservadora, que un solo organismo fuese atacado a la vez por dos graves dolencias parecería un derroche, como mínimo. Cualquiera pensaría que bastaba con el cáncer. Pero, aunque se trate de los primeros síntomas de una de esas enfermedades hasta hace poco prácticamente desconocidas (¿causa estremecimientos el mal de Alzheimer?), estoy convencido de que, hasta cierto punto, este temblor tuvo su origen en aquel instante, durante la retirada de Boulogne, en que me di cuenta de que estaba sentado sobre una bomba flotante. Fue entonces cuando sonó por vez primera, creo, el diapasón del terror, pero hasta ahora sus vibraciones no habían llegado a un nivel perceptible para mis receptores tan solo humanos. ¿Cree que dejo volar la fantasía? Estoy convencido de que todo aquello que tiene consecuencias importantes para nosotros empieza a obrar mucho antes de que *podamos* percibirlo con nuestros insignificantes poderes para hacernos cargo y reconocerlo. Estoy pensando en el divertido asombro de mi padre cuando, ya sesentón, después de haber sufrido su primer infarto, los médicos le dijeron que había sido consecuencia del daño que sufrieron los ventrículos de su corazón a causa de un ataque de fiebre reumática que padeció en su más tierna infancia. De modo que es perfectamente posible que este temblor que ahora me aqueja, a los setenta y dos años, sea la manifestación, tras un lapso de ocho lustros, del miedo que me invadió, pero no podía mostrar, aquel día en el puerto de Boulogne cuando nos hicimos a la mar de vuelta a casa bajo aquel alegre sol primaveral mientras a nuestro alrededor estallaban

los proyectiles de los carros de combate y chillaban las gaviotas.

Me he tomado un buen descanso entre el último párrafo y este. He vuelto a reflexionar acerca de la cuestión de si esos momentos tan reveladores ocurren realmente, o si lo único que sucede es que nuestras vidas carecen hasta tal punto de dramatismo que, por necesidad, conferimos a los acontecimientos pasados un significado que no tienen. Sin embargo, no puedo dejar de creer que algo debió de sucederme aquel día que me transformó, lo mismo que se dice que el amor, o la enfermedad, o una gran pérdida nos cambian, al modificar nuestra manera de ver las cosas, de modo que podemos contemplar el mundo desde una nueva perspectiva. *Asumí* el miedo, como se asume el saber. La verdad es que parecía una forma de conocimiento súbito, incontrovertible. Mi inmediata sensación, cuando Nick me habló como si tal cosa de la dinamita en la bodega, fue, en primer lugar, una intensa opresión en el pecho que, me di cuenta, fue lo que me instaba a soltar una carcajada; si me hubiese reído, lo más probable es que acto seguido me hubiera puesto a chillar. Después, me vino a la mente una imagen increíblemente nítida y gráfica de *La muerte de Séneca*, con su marco —inglés, de finales del siglo XVIII, aunque de buena calidad—, y de un trozo de pared orientada al norte del apartamento de Gloucester Terrace donde solía estar colgado, e incluso de la mesita lacada que siempre estuvo debajo de él. Debería haber pensado en mi esposa y mi hijo, en mi padre y mi hermano, en la muerte, el Juicio Final y la resurrección, pero no lo hice; pensé, que Dios me perdone, en lo que de verdad me gustaba. Para mí, las cosas siempre han sido más importantes que las personas.

Esa clase de terror que te hace sudar, que te aprieta la vejiga, no es como, por ejemplo, el sombrío pavor que siento hoy en día cuando contemplo la dolorosa y extremadamente desagradable muerte que sé que me espera, cuanto antes mejor. Lo que lo diferencia es que depende en buena parte del azar. Nunca he sido jugador, pero puedo comprender lo que debe de sentirse cuando, al final de su carrera en sentido contrario al de las agujas del reloj, la bolita de madera, dando una serie de chasquidos que recuerdan el aturdimiento de la guardería, salta de una casilla a otra de la rueda de la ruleta, de un modo que pone el corazón en un puño primero al rojo, luego al negro y de nuevo al rojo, y de su capricho depende todo: dinero, el collar de perlas de la esposa, la educación de los hijos, la escritura de la quinta en la montaña... por no mencionar la segunda vivienda detrás del *tabac* en el paseo marítimo que se supone que nadie conoce. La incertidumbre y la angustia que causa, la expectativa casi sexual —¿ahora?, ¿será ahora?, ¿es ahora?— y la permanente sensación febril, horrorizada, de que todo está a punto de cambiar de un modo completo, que lo hará irreconocible, y para siempre. Eso es lo que supone estar verdadera, horrible, jubilosamente vivo, bajo el resplandor de magnesio del terror más intenso.

Nick no tenía miedo, por supuesto. O, si lo tenía, su efecto sobre él era incluso más extraordinario que sobre mí. Estaba exultante. Desprendía una especie de resplandor, como si estuviera ardiendo interiormente. Podía olerlo; por encima del

olor del mar y el tufo salado de las tablas de la cubierta donde nos sentábamos, podía olerlo, y aspiraba su hedor, su intenso hedor a sudor y a cuero y a lana mojada, y el fétido aliento producido por la ingestión del termo de café que había bebido en el jeep hacía una hora ante la casa de la rue du Cloître, mientras él y Haig me esperaban y los carros de combate alemanes empezaban a disparar sobre la ciudad. Hubiera querido tomar sus manos entre las mías, hubiera querido abrazarlo para inmolarme en aquel fuego. No encuentro palabras para manifestarle lo avergonzado que me siento ahora, entonando esta nauseabunda *Liebestod*, pero no es frecuente en la vida encontrarse uno mismo tan estremecedoramente cerca de una muerte violenta. Esperaba que mi terror no se notara. Le sonreí y me encogí de hombros, tratando de parecer irónico y despreocupado, como se suponía que debía ser la actitud de un oficial, aunque, a pesar del agarrotamiento de mi labio superior, tuve que morderme el inferior para evitar que temblara. Cuando por fin dejamos de estar al alcance de los cañones, y los hombres vitoreaban y bailaban en cubierta, Nick, con la mirada perdida, me volvió la espalda para observar el mar, con el ceño fruncido, en silencio, agotado, y yo di gracias a Dios por que se olvidara de los sentimientos de los demás.

Londres también estaba silencioso. Seis meses antes, el ambiente era casi festivo. Si no hubiese habido bombardeos, las tropas de asalto no habrían ocupado la costa meridional del Canal, y todo parecería tan liviano, distante e irreal como los colosales globos cautivos que flotaban por encima de la ciudad cual imágenes sacadas de Magritte. Todo aquello había cambiado, y por todas partes se cernía un silencio solícito, opresivo. Atravesé el parque, los nebulosos y susurrantes árboles, sintiendo todavía bajo mis pies el vaivén de la cubierta; estaba tan aturdido, que pensé que, a lo mejor, había muerto, y aquellos acres verdes eran los Campos Elíseos. Niñeras vestidas de negro y tiasas como Erinias empujaban sus cochecitos. Cerca de Clarendon Gate pasó un hombre grande montado en un caballo pequeño, un centauro con bombín. En Gloucester Terrace un taxi sin conductor agonizaba al sol; inexplicablemente, una de sus puertas traseras estaba abierta, como en una sugestiva invitación a montarse en él. Subí la escalera hasta mi apartamento y me pareció que mis pies se habían vuelto de plomo y mi corazón de piedra. Sin duda, el propio Odiseo, de regreso de la guerra, debió de haber experimentado un momento parecido de extraño pavor ante el umbral de su casa. Me detuve en el pasillo al que daba la conocida puerta y me pareció estar atrapado en el punto de intolerable tensión donde dos planetas se tocan, y algo se inflamó dentro de mí hasta invadirme por completo, y durante unos instantes no pude respirar. El tacto duro y áspero de la llave al entrar en la cerradura me hizo estremecer.

El apartamento tenía un olor distinto. Antes olía a libros polvorientos, pigmentos de siglos pasados, el tufo a humedad de la cama y un vago, exótico y penetrante olor acre que supongo que debía de ser de la ginebra; ya entonces solía beberla en grandes cantidades. En aquellos momentos había que añadir a esos olores los de la lana, la leche y las heces acuosas, a algo parecido al hedor que revuelve el estómago en los

comedores escolares. Vivienne estaba en el cuarto de estar, sentada en el suelo delante del sofá, tomando el sol ante un montón de revistas esparcidas, con las piernas con medias pero sin zapatos, recogidas bajo el cuerpo. Podría haber estado posando para uno de aquellos pintarrajos sentimentales —*Esperando una carta o Encendiendo el fuego del hogar*— que Brendan Bracken solía encargarse durante la guerra a los pintamonas de la Royal Academy para el Ministerio de Información. Llevaba una voluminosa falda plisada y una blusa de color rosa salmón. Al advertir su boca escarlata y las uñas pintadas a juego experimenté un suave escalofrío libidinoso. Dejé mi gorra sobre la mesa y empecé a decir algo, pero ella levantó una mano en silencio y contrajo el rostro en una mirada de horror.

—¡Chist! —siseó, señalando con la cabeza el dormitorio—. Despertarás al diablillo que duerme.

Fui al aparador.

—¿Quieres beber algo? —dije—. Yo sí.

Lo tenía todo a punto: la ginebra azulada en su botella de cuello alargado, las rodajas de limón, la cubitera de cristal tallado. Encendió un cigarrillo. Sentí su fría mirada fija en mí, y alcé un hombro a la defensiva.

—Qué elegante estás con tu uniforme —dijo.

—No me encuentro elegante.

—No te pongas así, querido.

—Lo siento.

Le llevé su copa. Levantó ambas manos para recibirla y me miró con una sonrisa burlona al tiempo que fruncía el ceño.

—Querido, ¿estás temblando? —dijo.

—Es solo un escalofrío. Hacía frío en el Canal.

Fui a la chimenea y me quedé de pie junto a ella con un codo apoyado en la repisa. La luz del sol y las hojas atestaban la ventana. Afuera la calle hervía de actividad, aturdida por los primeros indicios claros del verano. Los cubitos de hielo se agitaron en mi vaso, tintineando y crujendo. Silencio. Vivienne dejó la copa a un lado, encima de la alfombra, y miró con detenimiento el extremo de su cigarrillo mientras asentía con la cabeza.

—Sí —dijo con voz monótona—, me encuentro muy bien, gracias. La guerra apenas me afecta. La vida no es tan divertida como antes, por supuesto, ahora que todos están lejos o tremendamente ocupados con sus asuntos secretos en el Ministerio de Defensa. Paso el fin de semana en Oxford cada quince días. Mis padres preguntan por ti. Les digo no, no ha escrito; estoy segura de que debe de estar terriblemente ocupado, acabando con los agentes nazis, etcétera —seguía examinando la ceniza de su cigarrillo—. Y sí, tu hijo también está bien. A propósito, se llama Julian, por si lo has olvidado.

—Lo siento —volví a decir—. Debería haber escrito, ya lo sé. Solo que...

Fui a sentarme al sofá y ella se apoyó sobre mí poniendo un brazo en mis rodillas

y me miró a los ojos. Levantó una mano y la puso en mi frente, como si comprobara si tenía fiebre.

—Oh, no me mires así, querido —dijo—. Cada uno tiene su manera de ser, eso es todo. Ahora háblame de la guerra. ¿A cuántos alemanes has matado?

Deslicé una mano en su blusa y le toqué los pechos; estaban fríos y los extrañé; los pezones estaban ásperos de alimentar al niño. Repetí para ella la fuga de Boulogne. Me escuchó distraídamente mientras recogía un mechón suelto de lana de la alfombra.

—No puedo creer que haya ocurrido esta mañana —le dije—. Parece que fue hace mucho tiempo. Nick lo encontraba la mar de divertido. A veces me pregunto si es realmente humano.

—Ya —dijo ella, ausente.

Estábamos muy quietos. Podía notar la subida y bajada de sus pechos al respirar. Saqué la mano de su blusa y ella se levantó, llevó mi vaso al aparador y me puso otra copa. Algo se había acabado, solo era eso, ambos nos habíamos dado cuenta, un último, delgado hilo se había roto.

—A propósito —dijo alegremente, sin mirarme—, alguien te ha telefoneado. Un ruso, por su acento. Alguien de apellido terminado en lotski o potski; lo he apuntado. Insistió mucho. ¡Qué amistades más extrañas tienes!

—Alguien del Departamento, supongo —le contesté—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

Fue a la cocina y regresó con un sobre arrugado, que alisó y miró entrecerrando los ojos; era miope, pero demasiado vanidosa para llevar gafas.

—Kropotski —dijo—. Oleg Kropotski.

—Jamás oí hablar de él.

Y era cierto.

Julian se despertó de su siesta y soltó el interminable gemido que ponía los pelos de punta, un grito que utilizó durante toda su infancia, de *banshee*, atenuado aunque extraordinariamente agudo, cuyo sonido nunca dejó de producirme un escalofrío que me recorría la espalda desde la nuca hasta la rabadilla; Nick decía que era la ascendencia irlandesa del pobre niño, que afloraba.

—¡Caray, ya vuelve a sonar la sirena! —dijo Vivienne, y se dirigió corriendo al dormitorio.

Con solo nueve meses, Julian tenía el pelo negro como ala de cuervo de Nick y la mirada brillante y fija de Vivienne. No obstante, al que más se parecía, como descubrí sobresaltado, era a Freddie. De adulto se parece aún más a su difunto tío: tiene la misma cabeza de emperador romano y los mismos hombros de levantador de pesas, tan poco apropiados para un caballero de la City. Me pregunto si es consciente del parecido. Probablemente, no; Freddie no figura mucho en los álbumes fotográficos de la familia. El niño se retorció debajo de la manta, se lamió los labios y parpadeó. Olía a pan caliente. Mi hijo.

—Cómo ha crecido —dije.

Vivienne asintió con la cabeza, muy seria.

—Sí, eso es lo que hacen los bebés. Crecer, quiero decir. Otros lo han observado antes que tú a lo largo de las generaciones.

Enseguida llegó Nick, achispado y agresivamente animado. Llevaba frac y corbata negra, con el lazo torcido, como las aspas de un molino de viento atascado.

—Todavía no ha anochecido —dijo Vivienne, mirando con desaprobación la vestimenta de Nick—. ¿No lo has notado?

Nick se desplomó en el sofá y frunció el ceño.

—Ese maldito uniforme me pone malo —dijo—. Necesitaba ponerme algo completamente distinto. ¿Tienes champán? He estado bebiendo champán con Leo Rothenstein. ¡Maldito judío!

Quería coger al niño, pero Vivienne no le dejó. Frunció todavía más el ceño y se dejó caer pesadamente en los almohadones.

—¿Te ha contado Victor que casi saltamos por los aires? Espero que no haya sido muy brusco al hacerlo, pero estuvimos a punto, maldita sea. Te habrían devuelto en un saco de yute lo que quedara de él.

Sonó el teléfono. Vivienne me cogió el niño de los brazos.

—Será tu amigo el señor Kropotski —dijo.

Nick se incorporó, entornó los ojos y movió la cabeza de un lado a otro. Parecía más borracho que cuando llegó.

—¿Eh? —dijo—. ¿El señor qué?

—Un ruso con el que Victor está conchabado —dijo Vivienne—. Un espía, lo más probable.

Pero era Querell.

—Escucha, Maskell —dijo—, tú eras matemático, ¿no?

Su tono era estrictamente profesional, pero, como siempre, tuve la impresión de que, de alguna manera, se estaba riendo, de aquella manera desabrida y solapada habitual en él.

—En realidad, no —dije con cautela—. No lo que tú llamarías un matemático. ¿Por qué?

—Hay una alerta general de búsqueda de gente a la que se le den bien los números. No puedo decir más por teléfono. Reúnete conmigo dentro de una hora en el Gryphon.

—Acabo de volver a casa —dije—. Nick está aquí.

Hubo una pausa, llena de etéreos ruidos sibilantes y chasquidos.

—No te traigas a ese cabrón —otra pausa y ruido de respiración—. Lo siento, es tu cuñado, lo olvidé. Pero no lo traigas.

Nick estaba en el aparador hurgando ruidosamente entre las botellas.

—¿Quién era? —preguntó, mirándome por encima del hombro.

—Querell —dije—. Te envía saludos.

El niño empezó a gemir de nuevo a pesar de estar en brazos de Vivienne, pero esta vez con aire meditabundo, con una especie de melancolía.

El Gryphon Club, en Dean Street, era en realidad un antro espantoso. Muchas tonterías sentimentales se han dicho sobre él últimamente, pero la verdad es que era poco más que un bar clandestino en el que actores en paro y poetas con todo el tiempo del mundo podían pasar las tardes bebiendo y apuñalándose por la espalda. Uno de los muchos amantes de esa vieja tunante llamada Betty Bowler, que era cabecilla del hampa, según decían, se había desembarazado de ella tras un aborto chapucero poniéndole un club y arreglándoselas para conseguir un permiso de alguien de Scotland Yard a quien tenía a sueldo. (Tome nota, Miss V.; el viejo Soho está siempre en condiciones de proporcionar una o dos páginas pintorescas.) Betty era todavía una mujer hermosa, grandota y desaliñada, de pelo rizado, piel cremosa y boca pequeña, gruesa y arrugada —una especie de Dylan Thomas bien parecido—, y el hecho de que tuviera una pata de palo realzaba aún más su aura de magnificencia ligeramente ajada. Para mi gusto, era demasiado afectada (nadie como un actor para reconocer a otro). Sin embargo, no era tonta; siempre tuve la impresión de que, hasta cierto punto, también me había calado. El club ocupaba un sótano malsano y húmedo debajo de una tienda de pornografía. Betty, que en el fondo era una mujer acostumbrada a vivir en suburbios, era partidaria de las lámparas con pantallas color rosa y los manteles con flecos. Tony, el barman marica, podía preparar un sándwich decente, si estaba de buen humor, y había un chico algo bobo que, por un penique de propina, te traía una fuente de ostras del puesto de pescado que había al otro lado de la calle. ¡Dios mío, qué arcaico, pintoresco y casi inocente parece todo eso ahora! El Londres de Dickens, que duró hasta que empezaron los bombardeos aéreos. Querrell captó bastante bien el ambiente de la ciudad durante la guerra en esa novela de intriga sobre un asesino de pie zopo. ¿Cómo se llamaba? *Ahora y en la hora*, o algo tan pretenciosamente papista como eso.

Querrell estaba en el bar cuando llegué, y lo reconocí enseguida, a pesar de que la penumbra casi me cegó por contraste con la calle soleada. ¿Cómo se las arreglaba siempre para que pareciese que uno ya se había comprometido, no se sabía a qué, tan solo por haber aceptado reunirse con él? Aquella característica sonrisa torcida, entreabriendo sus labios exangües era particularmente inquietante aquel día. Parecía más próspero que la última vez que le había visto; su traje, como siempre ajustado cual piel de serpiente, era muy caro, y llevaba un alfiler de corbata con lo que parecía un diamante auténtico.

—Toma un martini —dijo—. Uno de los yanquis de la embajada me contó la mejor manera de hacerlos, y le he estado dando instrucciones a Tony. El secreto consiste en verter el vermú sobre los cubitos de hielo y luego tirarlos. Sabe a pecado reservado: simonía, incesto, uno de esos pecados realmente interesantes. ¡Chin chin!

Le sonreí con frialdad. Comprendí, por supuesto, que aquella animada cháchara quería ser una parodia del mundo trivial de los cócteles y las bromas crueles al que se supone que yo pertenecía. Pedí una ginebra con tónica. Tony, que disfrutaba observando a Querell en plena actividad, le dirigió una maliciosa sonrisa de complicidad, como un mago que enseña la esquina de una carta antes de escamotearla.

—Me dijeron que estabas en Francia —dijo Querell, y me miró divertido por encima de la montura de sus gafas.

—Regresé esta mañana. Ha habido un poco de lío, de acuerdo.

—Nuestro mejor momento.

—¡Uf! ¿Qué ha sido de ti?

—Oh, las heroicidades no van conmigo. Soy solo un hombre de despacho.

Tony me puso delante la copa, dejándola sobre el posavasos de corcho con un hábil movimiento de muñeca, como si estuviera poniendo en marcha una peonza. Boy afirmaba que Tony —tupé, dientes torcidos y palidez mantecosa— era una fiera en la cama. Una tarde, durante la crisis de Suez, adormecido por la ginebra, le hice insinuaciones y fui rechazado con una carcajada desdeñosa. A veces creo que debería haberme limitado a las mujeres.

Querell y yo fuimos a sentarnos a una mesa en un rincón, debajo de una pequeña y bastante buena acuarela de un desnudo de alguien cuya firma no pude leer; Betty Bowler tenía buen ojo para la pintura, y a veces aceptaba obras de miembros indigentes del club a cambio de saldar un crédito; cuando murió, en los años sesenta, compré un par de cosas procedentes de su colección. Resultó que tenía un hijo, un tipo regordete, de aspecto tristón, con muy mal aliento y respiración dificultosa; además, cojeaba, lo que me parecía, pensé, un curioso eco de la pata de palo de su madre. Era un negociante condenadamente bueno, a pesar de lo cual, actuando en nombre del Instituto, le saqué un Francis Bacon de la primera época casi regalado.

—¿Nunca se te ha ocurrido —dijo Querell, mientras inspeccionaba la sala y su escasa clientela de sombríos bebedores solitarios— que este negocio es solo una excusa para que gente como tú y yo pasemos las tardes en sitios como este?

—¿Qué negocio?

Me miró y torció el gesto. Luego dijo:

—Han establecido un centro para descifrar claves en un lugar cerca de Oxford. Muy secreto. Buscan gente con facilidad para las matemáticas: jugadores de ajedrez, aficionados a resolver acertijos, adictos a los crucigramas del *Times*, ese tipo de personas. Profesores chiflados. Me han pedido que pregunte por ahí.

Querell tenía el prurito de comportarse como si su relación con el Departamento fuese enteramente casual, solo cuestión de que le pedían de vez en cuando que les hiciera un favor, o les llevara un mensaje.

—No parece tener nada que ver con lo que yo hago —dije; no hay que mostrar excesivo interés por participar, esa es una de las primeras reglas.

—No estoy sugiriendo que lo tenga —dijo—. Tú no eres Albert Einstein, ¿o sí? No, solo pensé que podrías sugerirme algunos nombres. Conozco a poca gente en Cambridge, en cualquier caso, no a los cerebritos.

—Bueno —le dije—, está Alastair Sykes, es uno de los mejores matemáticos que conozco —señalé su vaso vacío—. ¿Quieres otro?

Cuando regresé con nuestras bebidas, Querell miraba al frente con expresión ausente y se escarbaba los dientes con un palillo. Cuando dos agentes, aunque sean del mismo bando, empiezan a discutir un asunto importante, se produce un efecto extraño, una especie de deceleración general, como si la pauta de la onda emitida, la interferencia normal de uno mismo y el resto del mundo hubiese crecido hasta duplicar su frecuencia habitual; gracias a estas crestas y senos tan amplios uno parece ir a la deriva, sin propósito fijo, flotando tenso como un pelo suspendido en agua.

—En realidad... —dijo Querell—, Sykes se ha incorporado ya. Va a ser uno de los cerebros de la operación.

—Estupendo.

Claro que sí.

—Es otro rojillo, ¿no es cierto? —dijo Querell.

—Nunca estuvo en el Partido, si te refieres a eso.

Se rio entre dientes.

—No —dijo—, *no* me refiero a eso —sacó la aceituna de su vaso y la mordisqueó pensativamente—. No es que eso importe mucho; están recurriendo incluso a los camaradas para que aporten su granito de arena a la defensa del reino. Aunque, no habrá que perderlo de vista —me miró de soslayo, con malignidad—. *Toda* tu gente lo hace —apuró su vaso de golpe con un rápido movimiento de muñeca y se levantó—. Ven a verme mañana a la oficina y te pondré al corriente de todo. El Departamento ha establecido una sección especial para controlar el descifrado de claves. Podrías echarles una mano. No tendrás muchas ocasiones para hacer el héroe, aunque es probable que ya estés harto de eso, después de lo de Francia.

—La verdad es que no fue muy divertido lo de Francia, ¿sabes? —dije—. Sobre todo, al final.

A punto de irse, metió una mano en el bolsillo de la chaqueta, recorriéndome con la mirada, en la que todavía quedaban vestigios de aquella mirada maligna.

—Oh, ya lo sé —dijo bajito, con un insinuante tono de desdén—. Todo el mundo lo sabe.

Cuando Oleg Davidovich Kropotski irrumpió en mi vida, lo primero que me sorprendió fue lo admirablemente que cuadraban con su aspecto físico aquellos apellidos, con aquella multitud de sílabas, aquel predominio de oes y des, y aquella *ka* mayúscula de ángulos irregulares —tenía cierto aire de oficinista de Kafka, el tal Oleg—; y, sobre todo, la sílaba *pot*, que sugería un pote y concordaba con su cuerpo

barrigudo. Su altura apenas rebasaba los cinco pies. Sus piernas cortas y tubulares, aquel torso casi tan ancho como alto y una papada azul grisácea que tan mal le sentaba al cuello de su camisa y le daba cierto aspecto de sapo, todo ello hacía que pareciese que había sido alto y delgado, pero con el paso de los años había sucumbido de manera espectacular a los efectos compresivos de la gravedad. Boy solía tomarle el pelo diciéndole que se estaba convirtiendo en un chino —Oleg despreciaba a todos los orientales—, y es cierto que se parecía a una de aquellas figuritas de jade, regordetas y en cuclillas, que coleccionaba el Castor Mayor. Sudar era algo inherente a su naturaleza; incluso en los días más fríos iba cubierto por una capa de humedad del color del gálbano que brillaba débilmente, como si acabaran de sacarlo de un depósito de fluido para embalsamar. Llevaba un impermeable sucio y un sombrero marrón aplastado, así como trajes deformes de color azul eléctrico con pantalones arrugados. Cuando se sentaba —realizado por Oleg, el acto de sentarse parecía una especie de derrumbamiento general—, se quitaba siempre los zapatos, que permanecían delante de él con los cordones a rastras y las lengüetas colgando por fuera, rozados, agrietados, con la puntera hacia arriba, a la manera de las babuchas turcas, verdaderos símbolos de su melancolía y su angustia física.

Su tapadera era una librería de lance en una calle secundaria que desemboca en Long Acre. No sabía nada de libros y raras veces estaba en la tienda, lo cual apenas importaba, pues la clientela del establecimiento era muy escasa. Detestaba Londres, a causa de sus rígidas diferencias de clases y de la hipocresía de su élite dirigente, eso decía; sospecho que la verdadera razón era que sentía miedo del lugar, de su opulencia y su aplomo, de sus hombres de mirada indiferente y sus esbeltas y aterradoras mujeres. Boy y yo le dimos a conocer el East End, donde se encontraba más a gusto entre la mugre y la estridencia, y para nuestros encuentros nos decidimos por un café para obreros en Mile End Road, de ventanas empañadas, escupitajos en el suelo y una inmensa tetera de color marrón cuyo interior no dejaba de hacer borborismos durante todo el día, como un estómago de acero.

Nuestro primer encuentro tuvo lugar en Covent Garden. Le conté mi interesante conversación con Querell en el Gryphon Club.

—Es un lugar llamado Bletchley Park —le dije—. Hay un servicio de escucha de las comunicaciones alemanas.

Oleg estaba predispuesto a desconfiar.

—¿Y ese hombre le ha ofrecido un empleo allí?

—Bueno, no sé si puede llamarse empleo.

Comprendí enseguida que no le había causado buena impresión a Oleg. Creo que todos los camaradas me encontraban un poco... ¿cómo diría...?, un poco raro. Sospecho que rezumo un leve olor de santidad, heredado de una larga serie de antepasados clérigos, que Oleg y las personas como él tomaban por un indicio de fanatismo, lo cual no podía menos que preocuparlos, pues eran hombres prácticos y reacios a cualquier ideología. Les agradaba más la infantil avidez y sed de aventuras

de Boy, e incluso el desprecio patricio de Leo Rothenstein; aunque, por supuesto, como buenos rusos, todos ellos eran antisemitas de tomo y lomo. Mientras paseábamos al sol dando vueltas por el mercado, aspirando los olores, agradablemente nauseabundos, de los puestos de verduras, Oleg se puso a defender a conciencia el pacto de Stalin con los nazis. Escuché por cortesía mientras caminaba a su lado con las manos entrelazadas en la espalda y dispuesto diplomáticamente a prestar oídos a su retorcidas dilucidaciones, y todo el tiempo me entretuve observando las travesuras de los gorriones que brincaban con agilidad a nuestros pies. Cuando terminó, le dije:

—Oiga, Mr. Kropotkin...

—Héctor, por favor; Héctor es mi nombre en clave.

—Sí, bueno...

—Además, me llamo Kropotski.

—Bueno, señor... Héctor, quiero aclararle algo. No me gusta lo más mínimo su país, me temo, ni sus dirigentes. Perdóneme por decírselo, pero es cierto. Por supuesto, creo en la Revolución; solo que desearía que hubiese sucedido en cualquier otra parte. Lo siento.

Oleg se limitó a asentir con la cabeza y sonrió levemente. Tenía una cabeza grande y redonda, como esas bolas que coronan los pilares de las cancelas.

—¿Dónde cree que debería haber sucedido la Revolución? —me dijo—. ¿En América?

Me reí.

—Anticipándome a Brecht —dije—, le diré que creo que tanto América como Rusia son unas putas... solo que mi puta está preñada.

Se quedó callado, palpándose con los dedos pulgar e índice el labio inferior, tan infantil, y soltó una especie de resoplido ahogado que tardé un momento en identificar como una carcajada.

—Tiene usted razón, John. Rusia es una puta vieja.

Dos gorriones se peleaban bajo una carretilla cargada de coles, atacándose uno a otro como un par de garras amputadas cubiertas de plumas. Oleg se apartó para comprar una bolsa de manzanas; contó uno por uno los peniques que extraía de un pequeño monedero de cuero, sin dejar de resoplar ni de agitar la cabeza, con el sombrero echado hacia atrás. Me lo imaginaba de colegial, gordo, raro, atribulado, el blanco de todas las bromas en el patio. Seguimos caminando. Le observé de reojo mientras se comía una manzana y sus dientes amarillos la convertían en una papilla blanca que le asomaba entre los sonrosados labios prensiles, y me acordé de Carrickdrum y del poni de Andy Wilson, que solía cabecear en dirección a mí tratando de morderme en la cara.

—Sí, una puta —dijo alegremente—. Y si me oyeran decir esto... —se llevó un dedo a la sien—. ¡Pum! —y volvió a reírse.

Esta noche ha estallado otra bomba del IRA en Oxford Street. No ha habido muertos, pero sí una enorme cantidad de daños y perjuicios. ¡Qué empeño el suyo! ¡Cuánta rabia, cuánto odio racial! Nosotros teníamos que haber obrado igual que ellos. No debimos tener compasión ni escrúpulos. Habríamos echado abajo todo un mundo.

Fue durante uno de los primeros grandes bombardeos diurnos de Londres cuando me enteré de la muerte de mi padre. Estoy convencido de que ese es el motivo por el que nunca me asustaron tanto como debieran los ataques aéreos por sorpresa. La conmoción amortiguó en alguna medida mi vulnerabilidad ante el miedo. Me gusta pensar que aquello fue la última atención que mi padre tuvo conmigo. Acababa de regresar a Gloucester Terrace después de dar una conferencia en el Instituto cuando me llegó el telegrama. Iba de uniforme —siempre lo llevaba cuando daba una conferencia, pues me gusta sin remedio disfrazarme—, y el chico que me lo entregó miró con envidia mis estrellas de capitán. En realidad, no era un muchacho, sino un anciano cadavérico con tos de fumador y un mechón de pelo a lo Hitler. Además, tenía un ojo vago, de modo que cuando leí la dura noticia —*Padre muerto. Stop. Hermione Maskell*—, pensé que me hacía un atrevido guiño de complicidad. La muerte escoge los mensajeros más poco atrayentes. Podíamos oír las explosiones de las bombas, un sonido amortiguado como si algo enorme y rígido cayera rodando despacio por una serie de escalones de piedra, y el suelo temblaba bajo nuestros pies. El cartero aguzó el oído y sonrió abiertamente.

—El amigo Adolf nos visita en pleno día —me dijo con buen humor. Le di un chelín. Él señaló con un movimiento de cabeza el telegrama que yo todavía sostenía en la mano—. Espero, señor, que no sean malas noticias.

—No, no —me oí decirle, como en sueños—. Mi padre ha muerto.

Regresé al apartamento. La puerta se cerró a mi espalda de un portazo solemne; con qué complacencia los trámites más corrientes adoptan en momentos como aquel un aire de pompa e irrevocabilidad. Me senté despacio en una silla de respaldo recto, con las manos sobre las rodillas y los pies juntos en la alfombra; ¿cuál es ese dios egipcio con cabeza de perro? A mi alrededor la tarde se había detenido; reinaba una etérea quietud, solo interrumpida por el sol que entraba por la ventana, un haz dorado de partículas en plena ebullición. Y, sin embargo, a lo lejos caían las bombas con monótonos cañoneos fúnebres. Mi padre. Se apoderaron de mí el peso de la culpa y una congoja sin lágrimas, y cargué con ellas cansinamente. ¡Qué familiares me parecieron ambas! Era como ponerse un viejo abrigo. ¿Volvía a recordar, acaso, la muerte de mi madre, ocurrida treinta años atrás?

Pues no: para mi sorpresa, descubrí que la persona en la que pensaba era Vivienne, como si fuese a ella a la que había perdido en lugar de mi padre. Estaba en Oxford, con el niño. Intenté telefonarla, pero las líneas estaban colapsadas. Me senté un rato a escuchar el bombardeo. Traté de imaginarme a la gente que estaba muriendo... en aquel mismo momento... y muy cerca, pero no pude. Recordé una frase de mi conferencia de aquella mañana: «El problema de Poussin al describir el sufrimiento consiste en cómo estilizarlo, según lo exigen las reglas del arte clásico, y lograr no obstante que se perciba inmediatamente».

Esa noche tomé el buque correo para Dublín. La travesía fue bastante movida, impropia de la estación. La pasé en el bar, en compañía de viajeros de comercio ingleses y peones de albañil irlandeses locos por la cerveza negra. Me emborraché de un modo vergonzoso, y traté de mantener una conversación sensiblera con el camarero, que era de Tipperary, y había perdido recientemente a su madre. Apoyé la frente en la parte posterior de la muñeca y lloré, de esa extraña y despreocupada manera con la que uno llora cuando está borracho; lo único que conseguí fue sentirme peor. Llegamos a Dun Laoghaire a las tres de la madrugada. Me dejé caer en un banco en el paseo marítimo, debajo de un árbol. El viento había amainado y me senté en la suave y fría oscuridad de finales del verano a escuchar con melancólico embeleso los trinos de un pájaro solitario posado en el follaje que había encima de mí. Eché una cabezada durante un rato; luego amaneció a mi espalda y me desperté angustiado, sin saber por un momento dónde me hallaba ni qué estaba haciendo allí. Encontré un taxi, cuyo conductor estaba todavía medio dormido, y me llevó a la ciudad, donde tuve que permanecer sentado durante otra hora, reponiéndome de mi creciente resaca, en una estación de ferrocarril desierta, pero llena de extraños e inquietantes ecos, mientras esperaba el primer tren para Belfast. En el andén, unas malhumoradas palomas zascandileaban y se pavoneaban a mis pies mientras un sol, radiante pero sin fuerza, daba de lleno en la mugrienta marquesina de cristal que se alzaba por encima de mi cabeza. Esos son los momentos que se graban en la memoria.

Llegué a Carrickdrum a primera hora de la tarde. Estaba adormecido por el viaje y la bebida ingerida la noche anterior. Andy Wilson me aguardaba en la estación con el carruaje ligero de dos ruedas. Me saludó con recelo, y evitó mirarme a los ojos.

—No creí que le sobreviviría —me dijo—, se lo aseguro.

Tomamos la West Road. El tojo; el olor a paja y a arpillera del poni; el azul pálido del mar.

—¿Cómo está Mrs. Maskell? —dije. Por toda respuesta, Andy se encogió de hombros—. ¿Y Freddie? ¿Se da cuenta de lo sucedido?

—Vaya que sí, lo sabe de sobra. ¿Cómo no iba a saberlo?

Hablaba con entusiasmo de la guerra. Todos decían, según él, que Belfast y los

astilleros iban a ser bombardeados; hablaba de esa posibilidad en un tono de jubilosa expectación, como si prometiera un espectáculo de fuegos artificiales y toda la noche en vela.

—Ayer bombardearon Londres —dije—. En pleno día.

—Sí, eso oímos por la radio —suspiró melancólicamente—. Algo terrible.

La casa, como siempre, me asustó por su familiaridad: todo estaba igual allí, todo seguía funcionando, sin que importara mi ausencia. Mientras me apeaba del carruaje en la grava al pie de los escalones de entrada, Andy me ofreció la mano, hecho sin precedentes. Su palma parecía hecha de piedra cálida, maleable. Me di cuenta de que a sus ojos yo era ahora el dueño de San Nicolás.

Encontré a Hettie en la gran cocina embaldosada, sentada en una silla de respaldo alto y estrecho; pelaba guisantes con desgana y los echaba en una cacerola abollada. Su cabello, aquellas largas trenzas de color castaño, de las que en otro tiempo se había sentido culpablemente orgullosa, se había convertido en un nido enmarañado, del que colgaban grises mechones que pendían sobre su frente y largas guedejas caían por la parte posterior de su chaqueta de punto. Llevaba un vestido marrón en forma de saco y esos botines con borde de piel que parecen exclusivos de las ancianas valetudinarias. Me dio la bienvenida sin dar muestras de sorpresa mientras partía otra vaina de guisante. Me incliné con torpeza y la besé en la frente, y ella me rechazó, asustada y huraña, como una bestia de carga más acostumbrada a los golpes que a las caricias. Aspiré su olor.

—¿Cómo estás, Hettie? —le dije.

Meneó la cabeza sin entusiasmo y dio un tremendo resoplido. Una lágrima se deslizó a un lado de su gruesa nariz e hizo ¡plaf! al caer en la cacerola que tenía en el regazo.

—Qué bien que hayas venido —dijo—. ¿Fue un viaje peligroso?

—No. Solo ha habido bombardeos en Londres.

—He leído en los periódicos que hay submarinos.

—No creo que estén en el mar de Irlanda. Todavía no, por lo menos.

Hizo un ruido, a medias suspiro, a medias sollozo, se encorvó y se dejó caer flácidamente, estaba hecha un costal de huesos. Miré por la ventana el jardín, donde el sol brillaba en las temblorosas hojas del solitario sicomoro, cuyo color verde estaba ya teñido del gris otoñal. Un día, cuando era pequeño, me caí de ese árbol, y permanecí inmóvil en la lujuriantes hierba sumido en una especie de vaga languidez, con un brazo entumecido al habérmelo retorcido, mientras observaba a Hettie que corría hacia mí por el césped a cámara lenta, descalza, con los brazos extendidos, como una de las poderosas ménades de Picasso; en aquel momento experimenté una inexplicable y perfecta felicidad, como no había conocido antes, ni he vuelto a conocer después, y por la cual incluso un brazo roto parecía un precio bastante razonable.

—¿Cómo estás, Hettie? —le pregunté de nuevo—. ¿Cómo te las arreglas? —

pareció no oírme. Le quité la cacerola y la puse en la mesa. Continuó sentada con la cabeza gacha, muy metida entre los hombros, como un pesaroso viejo búfalo, y se puso a toquetearse las uñas con aire ausente—. ¿Dónde está Freddie? —añadí—. ¿Está bien?

Levantó los ojos y contempló por la ventana la luz del sol y el verdor desteñido de septiembre.

—Era tan tranquilo —dijo—, tan tranquilo y bueno —por un momento pensé que hablaba de mi hermano. Soltó otro suspiro seguido de un sollozo—. Estaba allí, en el jardín, ¿sabes? Había salido a sacar las sobras para un zorro que baja todas las noches de las montañas. Vi cómo se inclinaba y daba una especie de respingo, como si se hubiera acordado de algo importante. Y entonces se cayó —volví a verla venir hacia mí a través del césped, con los brazos desnudos extendidos, las grandes piernas blancas dobladas, y los pies que apenas parecían rozar la hierba sobre la que corría—. Me tomó de la mano. Me dijo que no me preocupara. Antes de que pudiera darme cuenta, se había ido —se levantó apoyando las manos en las rodillas y fue al fregadero, dejó correr el grifo del agua fría y con los dedos mojados se frotó las cuencas de los ojos—. Hiciste bien viniendo —volvió a decirme—. Ya sabemos lo ocupado que debes de estar desde que empezó la guerra.

Preparó el té yendo y viniendo del fregadero al aparador con paso cansino y algo patoso. Una amiga suya, me dijo, se había llevado a Freddie a la playa a pasar la tarde; a mi hermano siempre le había fascinado el mar, y se sentaba en los guijarros de la playa a contemplar con profunda atención ese elemento extraño, incognoscible, cambiante, como si alguna vez hubiese visto surgir de él algo, un monstruo marino, o un dios con tridente, y esperara pacientemente que volviese a aparecer.

—¿Has hablado con él sobre... sobre nuestro padre? —dije.

Por un momento me miró con perplejidad.

—Oh, pero si estaba aquí —dijo—. Los dos estábamos aquí. Vino a sentarse en el césped al lado de nuestro padre y le cogió la mano también. Sabía lo que estaba sucediendo. Gritó. No quería irse, tuve que pedirle a Andy que me ayudara a hacerle entrar en casa mientras nosotros esperábamos la ambulancia. Y cuando se llevaban a nuestro padre quería irse con él.

A la pálida luz que entraba por la ventana vi que la tetera empezaba a echar humo; pronto sería pleno otoño. Tuve una súbita visión de un mundo en llamas.

—Ahora tendremos que pensar en su futuro —dije.

Seguía muy ocupada preparando el té.

—Sí, sí —dijo—, tendremos que buscar acomodo para él.

Pensé en Freddie, sentado con las piernas extendidas a la orilla del mar, con su jersey y sus pantalones sucios, mirando al horizonte y sonriendo alegremente ante aquel inmenso vacío.

—Sí. Por supuesto —dije con voz débil—, tendremos que buscar acomodo para él.

Me fui a dar un paseo, solo, por las montañas. Incluso en los días más claros la luz del sol parecía calinosa y casi palpable, y caía como una gasa sobre las rocas y los arbustos y convertía las trémulas distancias azules en una mancha lechosa. ¡Cuán astutamente busca consuelo el corazón afligido evocando los pesares más leves, los recuerdos más suavemente desgarradores, en los que siempre es verano, repleto de cantos de pájaros y del resplandor imposible de un pasado transfigurado! Me apoyé en una roca y lloré un poco; y al verme postrado y lloroso me sentí enseguida complacido y avergonzado.

Cuando regresé a la casa, Hettie se ocupaba de nuevo de la tetera y la cocina parecía llena de gente. Allí estaba la amiga de Hettie, una tal Mrs. Blenkinsop, alta, delgada, pálida de cara, con un sombrero espantoso, y Freddie, sentado con una pierna cruzada sobre la rodilla opuesta y el brazo derecho por encima del respaldo de la silla, mostrando un asombroso parecido con mi padre en uno de sus raros momentos de relajación. Lo más sorprendente de todo era la presencia de Andy Wilson. Estaba sentado a la mesa, delante de una taza de té, y era apenas reconocible sin su gorra, que dejaba al descubierto su calva, pálida como un puerro pelado, encima de su pequeño y curtido rostro de comadreja. Nunca en mi vida le había visto dentro de casa, y ahora que había entrado no me gustó su semblante insolentemente cómodo, como si se creyera el amo. Le miré con severidad, pero no se inmutó, ni hizo ademán de levantarse. Mrs. Blenkinsop me miró a su vez con severidad, como si no aprobara lo que veía. Siempre es la gente que menos esperamos la que mejor nos cala. Me dio su más sentido pésame y se puso a hablar otra vez de asuntos eclesiásticos con Hettie, quien, estaba muy claro, no la escuchaba. Freddie me lanzaba tímidas miradas por debajo de sus pestañas descoloridas. Se había mordido las comisuras de los labios hasta reducirlas a pulpa, lo que en él era siempre un indicio de extrema congoja. Le puse una mano en el hombro y le dio un ataque de cariño: se estremeció como un perro de caza y acarició convulsivamente mi mano con la suya.

—Pasamos muy buenos ratos en la playa —me dijo a gritos Mrs. Blenkinsop con su voz de presbiteriana, cortante como un cuchillo, dirigiéndose a mí—. ¿No es cierto, Freddie?

Freddie no la miró, sino que tuvo otro ataque, distinto del anterior, y comprendí sin lugar a dudas lo que pensaba de Mrs. Blenkinsop.

—Sí —dijo Andy—, le encanta la playa.

El funeral fue bastante siniestro, incluso para un funeral, con urnas de lirios de Formosa que olían a carne en la iglesia, trémula música de órgano y muchos lamentos estilizados por parte de una serie de clérigos alternativamente ampulosos y encogidos. Hettie se sentó en el primer banco con Freddie, que se agarraba a su brazo; parecían un par de niños anticuados que se hubieran perdido. De vez en cuando Freddie lanzaba a las vigas barnizadas del techo uno de sus aullidos de hombre lobo, y la congregación se revolvía inquieta, agitando sus libros de himnos.

El tiempo, excelente durante toda la ceremonia, solo se vio empañado por un leve y agradable chaparrón durante el entierro. Más tarde, mientras volvíamos andando a los automóviles por una avenida de tejos que goteaban, entablé una conversación en secreto con un tipo jovial e hipócrita llamado Wetherby, que iba a suceder a mi padre en el obispado y que, según tenía entendido, contaba con cierta influencia en buen número de instituciones benéficas de Belfast. Cuando comprendió mis intenciones, trató de alejarse de mí, pero no le dejé ir hasta haberle sacado lo que necesitaba saber, junto con una reticente promesa de ayuda. De regreso a la rectoría me encerré en el despacho de mi padre con el teléfono, y a la hora de la cena ya tenía preparado el plan que iba a proponerle a Hettie. Al principio no pareció entenderlo.

—Ya sabes que no queda otra salida —le dije—. Allí tienen los medios para ocuparse de él.

Estábamos en el salón del piso superior. Hettie tenía un aspecto excelente con su traje negro de viuda, sentada en un sillón junto a la ventana, como un antiguo ídolo expuesto en el altar de un templo y el sol tardío trazaba un rombo de luz roja sobre la alfombra a sus pies. Me miró impasible bajo aquella mata de pelo que le caía en desorden, torció el gesto tratando de concentrarse y enclavijó los dedos una y otra vez con nerviosismo, como si estuviera manejando un par de agujas de hacer punto.

—Medios —dijo, como si fuera una palabra en algún idioma extranjero.

—Sí —dije—. Se ocuparán de él. Será lo mejor. Hablé con el canónigo Wetherby y telefoneé al Hogar. Puedo llevarlo hoy mismo.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Hoy...?

—No hay motivo para demorarlo. Bastante tienes ya que sobrellevar.

—Pero...

—Y, además, debo regresar a Londres.

Volvió despacio su enorme cabeza —casi podía oír el ruido de los engranajes en funcionamiento— y miró sin verlas las montañas y una lejana, diluida pincelada de mar violáceo. Matas entremezcladas de tojo y brezo brillaban en las laderas.

—Eso es lo que dice también Myra Blenkinsop —dijo Hettie, con evidente malhumor.

—¿Qué dice Myra Blenkinsop?

Volvió la cabeza para mirarme de nuevo, con una especie de curiosidad perpleja, como si yo fuese alguien que creía conocido, pero que ahora no reconocía.

—Dice lo mismo que tú, que el pobre Freddie debería ir a un Hogar.

Entonces nos callamos y estuvimos un buen rato inmóviles, evitando mirarnos uno al otro, desorientados. Me pregunto a qué se parecerá la muerte. Me la imagino como un lento, inevitable deslizarse en una confusión cada vez más profunda, una especie de borrachera callada, rezongante, que nunca se te pasa. ¿De verdad mi padre cogió a Hettie de la mano y le dijo que no se preocupara, o se inventó ella la escena? ¿Cómo morimos? Me gustaría saberlo. Me gustaría estar preparado.

Por la tarde hice que Andy sacara el Daimler —el coche del obispo, como siempre lo habíamos llamado en nuestra familia— del cobertizo en ruinas que había detrás de la casa, donde durante la mayor parte del año aguardaba que llegase su momento, en aquella penumbra que olía a arcilla, enorme, impecable y atento, como una bestia salvaje que se hubiese dejado capturar tontamente y solo pudiera salir de su jaula, tosiendo y gruñendo, en ocasiones de excepcional importancia. Andy lo trataba como a un ser sensible, lo manejaba con delicadeza y circunspección, se sentaba erguido y agarraba el volante y la palanca de cambio como si fueran las riendas de un tiro. Freddie se entusiasmó bastante y recorrió el césped en frenéticos círculos, haciendo muecas y gritando con entusiasmo. Asociaba el coche con la Navidad, las excursiones veraniegas y esas animadas ceremonias religiosas que tanto le gustaban y que siempre he sospechado que él creía que se celebraban expresamente para su deleite. Hettie trajo la maleta que le había preparado. Era una vieja maleta, cubierta de descoloridas etiquetas de hoteles, herencia de los *Wanderjahre* de mi padre; Freddie las tocaba sorprendido, como si fueran los pétalos de extrañas plantas de países lejanos pegados al cuero. Hettie llevaba un sombrero de paja negro y guantes del mismo color; subió con dificultad al coche y se arrellanó en el asiento posterior, con una serie de movimientos que me recordaron a una gallina clueca, sudando y suspirando. Pasé un mal rato cuando me puse detrás del volante y Freddie se inclinó sobre mí por encima del asiento, puso la cabeza en mi hombro cariñosamente y frotó su cabello pajizo contra mi mejilla. Mis fosas nasales se llenaron de su olor a leche con galletas —Freddie nunca perdió el olor de la infancia— y mis manos titubearon con los mandos. Pero entonces vi a Andy Wilson, que, de pie en la hierba, me observaba con rencor y falsa aprensión, y mi pie apretó el acelerador con fuerza; el coche arrancó patinando sobre la grava y en el retrovisor vi encogerse repentinamente la casa hasta convertirse en una miniatura de sí misma, completada con árboles de juguete y nubes de algodón en rama y un muñeco con figura de Andy Wilson que levantaba un brazo en una hierática y, al parecer, desdeñosa despedida.

Era un día claro, y el aire azul relucía con las ráfagas de viento. Mientras avanzábamos tranquilamente hacia el sur a lo largo del Lough, Freddie contemplaba el paisaje con vivo interés. Alguna que otra vez un aparatoso escalofrío de excitación le hacía golpearse las rodillas. ¿Adónde pensaba que se dirigía? Seguía pensando en el porvenir que le esperaba, y me resistía a él como un caracol a la sal. En el asiento trasero Hettie murmuraba en voz baja y exhalaba pequeños suspiros. Se me ocurrió que tal vez pronto volvería a viajar por aquella carretera, esa vez llevándola a mi lado, y sus cosas en una bolsa en el maletero, camino de otra traición disfrazada de necesidad. Vi ante mí el rostro de mi padre, medio sonriendo a su vacilante, burlona manera, para luego hacerse a un lado y desaparecer.

El Hogar, como lo llamaban engañosamente, era un edificio grande y cuadrado, de ladrillo, situado en un jardín que amilanaba por lo bien cuidado, en un sombrío

callejón sin salida que daba a Malone Road. Mientras girábamos para entrar por la verja, Freddie se apoyó en el parabrisas para mirar la adusta fachada, y creí percibir en él los primeros estremecimientos de inquietud. Se volvió hacia mí con una sonrisa inquisitiva.

—Ahí es donde vas a vivir a partir de ahora, Freddie —le dije. Asintió meneando la cabeza con vehemencia y haciendo ruidos como si se atragantara. Siempre fue imposible saber lo que realmente comprendía de cuanto se le decía—. Pero solo si estás de acuerdo —añadí cobardemente.

En el zaguán había azulejos resquebrajados, sombras marrones, un gran tiesto con geranios secos; allí nos dio la bienvenida una especie de monja, o hermana lega, con hábito de lana gris y un complicado griñón, algo así como un tocado de apicultor, que enmarcaba su pequeño rostro picudo y anguloso, el rostro de una cría de mochuelo. (¿De dónde demonios salía aquella monja? ¿Estaba regido aquel lugar por católicos? Por supuesto que no; mi memoria debe de haber vuelto a hacer de las suyas.) A Freddie no le agradó el aspecto de aquella mujer, y se mostró reacio, de modo que tuve que cogerle de uno de sus temblorosos brazos para que se diera prisa. Me encontraba en un estado de malhumor agresivo. Me he dado cuenta de que esa es una reacción corriente en mí cuando hay que hacer algo desagradable. Freddie, en especial, despertaba siempre mi ira. Ya cuando éramos niños y me seguía dando trapiés, camino del parvulario de Miss Molyneaux, me irritaba tanto que una vez dentro apenas me fijaba en los demás niños, que refocilaban con el espectáculo del presumido hijo del párroco obligando a entrar en el aula a su hermano tonto cogido por el cogote.

La hermana nos llevó a un vestíbulo en el piso bajo, subimos una sombría escalera y recorrimos un pasillo pintado de verde con una ventana en el otro extremo a través de cuyos cristales escarchados brillaba un sol pálido, la luz de otro mundo. Hettie y la hermana parecían conocerse —en sus buenos tiempos, Hettie había pertenecido a innumerables juntas que se dedicaban a recaudar fondos para instituciones como aquella—, y caminaban delante de Freddie y de mí, hablando del tiempo, la hermana animada y algo displicente; Hettie, que se tambaleaba a causa de sus inhabituales zapatos de calle, disgustada y al mismo tiempo frenética. A mitad del pasillo nos detuvimos, y mientras esperaba cortésmente que la hermana, dándose importancia, buscara la llave entre el manajo que llevaba al cinto en un gran llavero metálico, algo dentro de mí me empujaba hacia aquella ventana con su resplandor lechoso, que parecía una verdadera promesa de fuga y libertad.

—Esta será la habitación de Frankie —dijo la hermana, y abrió una puerta de color crema mate.

Una cama metálica con una manta doblada, una silla rudimentaria, una pared blanca con un daguerrotipo enmarcado que representaba a un prócer con levita y patillas como única decoración. Me fijé en la tela metálica que protegía la ventana por fuera, la palangana y el jarro de baquelita en el lavabo, las presillas metálicas a lo

largo del armazón del catre donde podían atarse las correas de sujeción. Freddie dio un paso adelante tímidamente, agarrando con ambos brazos la maleta que tenía delante, y echó una ojeada en derredor con asombro e inquietud. Miró la parte posterior de su cabeza, el delicado y perfecto cuello, las orejas rosas y el pequeño remolino de pelo en la coronilla, y por unos instantes tuvo que cerrar los ojos. Él permaneció callado. Se volvió para mirarme por encima del hombro y sonrió, sacó un poco la lengua y luego volvió a meterla en la boca. Esa era su manera de ser bueno; sabía que se esperaba de él algo grande. Detrás de mí, Hettie suspiró angustiada sin poderse contener.

—Aquí estará muy bien —dijo la hermana—. Nos ocuparemos de él lo mejor que podamos —se volvió hacia Hettie como disponiéndose a hacer una confidencia—. El obispo, ¿sabe?, fue muy bueno con nosotros.

Ensimismada en sus propias divagaciones, Hettie miró fijamente a la mujer con ojos desorbitados, como si no comprendiera lo que le decía. Sin soltar la maleta, Freddie se sentó en la cama y empezó a saltar arriba y abajo, encantado como si fuera un recién nacido grande y desgarrado. Los muelles del somier gimieron airadamente. La hermana avanzó hacia él y le tocó en el hombro, no sin amabilidad, y de inmediato se quedó quieto, la miró, sumiso, y le dirigió su habitual sonrisa de asombro con el labio inferior colgando.

—Ven conmigo —le gritó ella con alegría—, y te enseñaré el resto de la casa.

Recorrimos de nuevo el pasillo, con su difuminada huella dactilar de luz blanca en la ventana del fondo, y cuando llegábamos a la escalera la hermana se me acercó y murmuró:

—¿No habla, el pobre?

Al pie de las escaleras nuestro pequeño grupo —la hermana y yo delante, y detrás Hettie y Freddie, ahora sin maleta y pisándole los talones, agarrado a la manga de su abrigo con los dedos pulgar e índice— se desvió hacia el interior de la casa, desde donde empezó a llegarnos un ruido, un tumulto amortiguado, como si muchos niños grandes y revoltosos jugaran bulliciosamente. Freddie lo oyó y lanzó un profundo gemido de preocupación. Nos detuvimos ante una doble puerta, de detrás de la cual procedía el alboroto, y la hermana, haciendo una pausa intencionada, nos miró por encima del hombro y sonrió con los labios apretados y los ojos centelleantes, como si estuviera a punto de hacernos un maravilloso regalo.

—Esto es —dijo en voz baja— lo que llamamos la sala común.

Abrió las puertas de par en par: dentro el ambiente era extraño y, al mismo tiempo, inquietante, aunque inexplicablemente familiar. Lo primero que me sorprendió fue la luz del sol, grandes salpicaduras de pálida luminosidad que caían desde una larga hilera de ventanales en forma de arco con vidrieras que parecían dar, aunque nos encontrábamos en la planta baja, a una extensión vacía de cielo, blanco y extrañamente brillante. El suelo era de madera, lo que intensificaba el alboroto y producía la impresión de un grave redoble de tambores. En la habitación había gente

de todas las edades, hombres y mujeres, chicas, chicos, pero al principio, debido a la expectación que me embargaba, supongo, todos me parecieron jóvenes, de la edad de Freddie, con idénticas manos grandes, cabello pajizo y sonrisas angustiosamente alegres, ausentes. Vestían batas blancas (¡como los médicos!) y no llevaban zapatos, solo gruesos calcetines de lana. Se arremolinaban de manera extrañamente arbitraria, desordenada, como si solo un momento antes de nuestra entrada hubieran estado formados en hileras, pero hubiera caído entre ellas algo que los hubiera dispersado como bolos. El ruido era el de una casa de fieras. Nos quedamos en la puerta mirando, ignorados por todos, salvo uno o dos de aquellos enajenados, que nos observaron con recelo, como si estuvieran convencidos de que, aunque teníamos un aspecto más real de lo que era habitual, formábamos parte de las apariciones que veían cada día. Freddie estaba callado, con los ojos muy abiertos, vidriosos por el temor y una especie de deleite maniaco, al ver cuántos eran y lo locos que parecían. La hermana nos sonrió, con sus regordetas manecitas con manchas entrelazadas debajo del pecho; podría haber pasado por una madre alardeando con lamentable orgullo de su numerosa y alegremente indisciplinada progenie.

Pero ¿por qué parecía todo tan familiar? ¿Qué había allí que me hacía pensar que ya había estado antes? O, más precisamente, ¿qué fue lo que me hizo pensar que yo, o alguna parte esencial de mí, había estado allí *siempre*? La habitación se parecía más que nada al interior de mi cabeza: de color ahuesado, iluminada por un resplandor insensato y atestada de personajes perdidos y sin rumbo fijo que bien podían ser las innumerables versiones rechazadas de mi personalidad, de mi alma. Se me acercó un hombre pequeño, angelical, con una calva rosada, ojos azules de recién nacido y rizos de pelo gris, crespo, encima de las orejas, que, sonriéndome con complicidad y arqueando una ceja con picardía, me cogió con delicadeza por la solapa y me dijo:

—Estoy aquí para custodiarlos, ¿sabe? Están todos asustados.

La hermana dio un paso adelante e interpuso un brazo entre nosotros como una barrera en un paso a nivel.

—Vamos, vamos, Mr. McMurty —dijo con macabro buen humor—, vale ya, muchas gracias.

Mr. McMurty me sonrió de nuevo y, con un pesaroso encogimiento de hombros, retrocedió hasta la apiñada multitud. No me habría sorprendido nada ver brotar de su espalda un par de diminutas alas doradas.

—Venga, Frankie —le dijo la hermana a Freddie—, ven conmigo y te instalaremos.

Se le acercó con gesto dócil, pero luego, como si recordara algo, dio un violento respingo y se apartó de ella, con los ojos desorbitados y meneando la cabeza, al tiempo que un sonido ahogado brotaba del fondo de su garganta. Se agarró a mí y me clavó sus increíblemente fuertes dedos en el brazo. Al fin se había dado cuenta de lo que sucedía: aquello no era un regalo que le hacían, una especie de pantomima, o una versión anárquica del circo, sino que iban a abandonarlo allí; aquel era el

evidente rincón en donde, por fechorías que no recordaba haber cometido, iba a quedarse para el resto de su vida. La cólera que me invadía se acrecentó, y lamenté mucho mi suerte, y me sentí cruelmente agraviado. Entonces Hettie, para sorpresa de todos, se sacudió de un modo desconcertante, como si se despertara con esfuerzo de un sueño profundo, y, sin decir palabra, cogió a Freddie de la mano con firmeza y lo volvió a llevar, cruzando el vestíbulo y subiendo las escaleras, a su habitación. Los seguí y, y me entretuve en el pasillo, observando a través de la puerta entreabierta cómo ella y la hermana se ocupaban de sacar las cosas de Freddie de su bolsa y guardarlas. Freddie vagó por la habitación durante un rato, canturreando para sí, luego se detuvo junto a la cama y se sentó, con la espalda muy tiesa, las rodillas juntas y las manos sobre el colchón a ambos lados del cuerpo. Y entonces, una vez instalado volvió a ser el buen chico de siempre, levantó los ojos, me miró —yo estaba en el umbral, acobardado—, y me dedicó su más ingenua y beatífica sonrisa al tiempo que parecía asentir con la cabeza —sin duda, lo imaginé—, como si quisiera decirme *Sí, sí, no te preocupes, lo comprendo*.

Aquella tarde regresé a Dublín y tomé el buque correo para Holyhead. Los movimientos de tropas habían trastocado los horarios de trenes, y no llegué a Londres hasta las ocho de la mañana. Telefoneé desde Euston a Oleg, que aún dormía, y le pedí que se reuniera conmigo en Rainer's. El día era frío y despejado, y se veían ya volar los aviones de caza, cuyas estelas se dispersaban en el cenit como una agrupación de escobillas para limpiar la pipa. En Tottenham Court Road desviaban el tráfico para evitar un boquete en medio de la calle, del que sobresalía el extremo inclinado de una bomba sin explotar. Su tamaño era extraordinario. Y también su fealdad. Aquella arma no tenía nada que ver con la impecable elegancia luciferina de mi revólver. No era más que un enorme y grueso bote de metralla de hierro con planos de deriva tallados como una gigantesca lata de galletas. El conductor del taxi se rio al verlo. Ante los escombros de John Lewis, unos maniqués de escayola desnudos cubrían la acera como tantos cadáveres exangües.

—El Museo de Cera de Madame Tussaud recibió una buena anoche —dijo el taxista—. Era digno de ver: ¡la cabeza de Hitler apareció debajo del brazo de una reina!

Oleg estaba en una mesa en un rincón, con una taza de té y un cigarrillo, y tenía mala cara; no era madrugador. Llevaba puesto su impermeable, y su sombrero aplastado estaba sobre la mesa junto a un ejemplar enrollado y manchado del *Daily Mail*. Parecía un Napoleón en decadencia, con aquella gruesa papada azulada, aquellos ojos sensibleros y aquellas entradas en su pelo sucio. Me senté a su lado. Me examinó con cautela.

—¿Y bien, John? —me dijo—. ¿Tienes algo para mí?

Pedí a la camarera café y un bollo. No había café, por supuesto.

—Escucha, Oleg —dije yo—, me gustaría que dejaras de llamarme por ese ridículo nombre. Nadie nos presta nunca la más remota atención.

Se limitó a dirigirme su insípida y traviesa sonrisa.

—Estás siempre tan enfadado —me dijo cariñosamente.

La chica trajo té aguado y un bollo coronado por una cereza escarchada. Oleg miró el bollo con avidez. Yo dije:

—Hay un agente de los nuestros, del Departamento, quiero decir, entre el personal del Politburó de Moscú. Lleva allí cinco o seis años. Se llama Petrov. Es uno de los secretarios particulares de Mikoyan.

Oleg acogió esta noticia con desconcertante ecuanimidad. Removió su té despacio mientras contemplaba pensativo la taza. Suspiró. Sus dedos, en forma de salchichas, estaban muy manchados de nicotina; ya no se ve esa clase de manchas, ni siquiera en los dedos de los fumadores más empedernidos; me pregunto por qué.

—Petrov —dijo recalcando las sílabas—. Petrov... —me miró—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Por qué? ¿Qué importa? —alzó los hombros y volvió hacia abajo las comisuras de su boca de rana—. Lo he sabido desde que me incorporé al Departamento —dije.

Asintió de nuevo con la cabeza, lo que hizo que le temblara la papada, y volvió a observar el té de su taza.

—Ya sabes lo que ocurrirá cuando lo comunique a Moscú —dijo.

—Me imagino que le matarán.

Otro encogimiento de hombros, acompañado por una mueca que dejó al descubierto su labio inferior, de color malva y brillante.

—Con el tiempo, sí —dijo.

—Con el tiempo.

Levantó sus ojos ovoides en dirección a mí y de nuevo me dirigió aquella sonrisa de recién nacido disoluto.

—¿Sientes ahora habérmelo dicho? —dijo en un susurro.

Me encogí de hombros con impaciencia.

—Es un espía —dije—. Conoce los riesgos.

Todavía sonriente, Oleg meneó la cabeza muy despacio.

—Sigues tan enfadado —murmuró—. Siempre enfadado —aparté la vista de él, y al ver el espectral reflejo en la ventana me sobresalté. ¡Cómo miraban aquellos ojos! —. Bueno, no te preocupes, John —dijo—. Ya sabemos lo de Petrov.

Le miré fijamente.

—¿Quién os lo dijo? ¿Boy?

No pudo resistir más y, alargando la mano, pellizcó con delicadeza la cereza de mi bollo, todavía intacto, y se la metió en la boca.

—Puede ser —dijo encantado—. Puede ser.

Cuando llegué a Poland Street la casa apestaba a humo de cigarrillos, a fluidos

corporales y a cerveza rancia. La noche anterior había habido allí una fiesta. Botellas vacías por todas partes, colillas de pitillo incrustadas en las alfombras, un charco de vomitona de color zanahoria en el cuarto de baño. Fui de un lado a otro abriendo ventanas. En el salón encontré a un joven alto y rubio —resultó ser un marinero letón— que dormía en un sillón con el abrigo puesto. Boy estaba durmiendo también. Despejé un espacio en la cocina, hice té, y me senté a beberlo mientras observaba una mancha de luz solar que se movía por el suelo. Entonces llegó Nick, con Sylvia Lydon a la zaga. Él iba de uniforme.

—¿Dónde has estado? —dijo.

—En Irlanda.

—Ah, sí. Siento lo de tu padre.

Sylvia no paraba de lanzarme miradas furtivas y de morderse el labio para no reírse. Ambos habían estado levantados toda la noche.

—¿Te preguntas qué hemos hecho? —dijo Nick—. Pues nada, solo armar un poco de jaleo.

Sylvia farfulló algo.

—Bueno, parecéis tener los dos muy buen color —dije.

Me dolía mucho la cabeza. Nick buscó algo de comer, mientras Sylvia, apoyada en la mesa, jugaba con el collar de perlas que llevaba al cuello. Vestía un traje largo de raso verde y guantes blancos hasta el codo.

—Oh, Nicky —dijo—, más vale que se lo digamos.

Nicky.

—¿Qué tenéis que decirme?

Recordé mis bailes con Sylvia Lydon a bordo del barco cuando nos internamos en el Báltico, su perfume penetrante, agrio, el roce de sus pequeños pechos al estrecharla contra mí.

—Adelante —dijo ella.

Nick evitó mirarme. Abrió la panera y miró dentro con pesimismo. Sylvia fue hacia él, le pasó un brazo por encima del hombro y volvió a mirarme, con una sonrisa de triunfo en sus finos labios. Me levanté. El dolor me martilleaba la cabeza; a decir verdad, era muy fuerte.

—Bueno, enhorabuena —dije. Nick no me había dicho nada, ni una sola palabra de advertencia—. Será mejor que mire si Boy tiene un poco de champán, ¿no os parece?

Un paréntesis encantador: anoche cené con mis niños; llamo así a mi hijo y mi hija, aunque ya son adultos. Ayer fue mi cumpleaños. Me llevaron a uno de esos espantosos grandes hoteles que hay a la altura de Berkeley Square. No lo elegí yo. Supongo que es uno de los lugares de moda a los que Julian lleva a sus clientes más importantes, sobre todo árabes. El aire estancado del vestíbulo, apenas iluminado,

estaba cargado del empalagoso, algodonoso olor a comida sabrosa. En la entrada al comedor nos recibió un *maître* de pelo lacio y brillante, sonrisa falsa de marioneta y ojos huidizos, que saludó a Julian con especial familiaridad, pronosticando lo que suponía que iba a ser una buena propina (estaba equivocado). Cuando nos sentamos, blandió ante nosotros un enorme menú, como un maestro de ceremonias que hiciera restallar su látigo. Julian pidió un vaso de agua mineral; yo, un martini extraseco.

—¿Y para la señora?

La pobre Blanche se sentía tan intimidada, que apenas podía mirarle. Estaba sentada con el cuerpo encorvado en forma de zeta aplastada con su angosta espalda arqueada y la cabeza metida entre los hombros tratando, en vano, de parecer más baja. Llevaba un vestido muy holgado, que no le sentaba bien, de llamativo paño carmesí. Sus tiosos cabellos semejabán un montón de alambres.

—Bueno —dije—, este sitio está muy bien.

Blanche me lanzó una de sus rápidas y preocupadas sonrisas de complicidad; le gusta que adopte actitudes provocativas, aunque finge desaprobarlo. Julian carraspeó para aclararse la garganta, se encogió de hombros pesadamente, introdujo un dedo por el borde del cuello demasiado estrecho de su camisa y le dio un tremendo tirón. En una mesa contigua, una mujer metida en carnes con un traje largo sin tirantes empezaba a reconocermé.

—Hoy hemos visto a mamá —dijo Julian.

—¿Ah, sí? ¿Y está bien?

Me miró con una mezcla de reproche y desolación, y ese peculiar tono suplicante que adopta, sin decir palabra, cuando sale a relucir el tema de su madre. Vivienne está recluida en una casa de reposo en North Oxford, víctima de una terrible depresión. Prefiero no visitarla; mi presencia la desquicia.

—No está bien, en efecto —dijo Julian—. Se niega a ingerir alimentos.

—Bueno, nunca ha comido mucho, ya lo sabes.

—Esto es diferente. Los médicos están bastante preocupados.

—Tu madre es una mujer muy obstinada.

La mandíbula de Julian comenzó a trabajar.

—Te envía cariñosos saludos —dijo enseguida Blanche. (Puro cuento.)

Blanche tiene la conmovedora costumbre de hacer imprevistas, apremiantes fintas, como un ratón que saliera a toda prisa de su agujero para atrapar un pedazo de queso, y luego echarse atrás con idéntica rapidez, asustada y con un nudo en la garganta. Trabaja en un colegio para niños con problemas especiales (es decir, locos). Ya no se casará; puedo verla con sesenta años, puro músculo y perros labrador, haciendo obras de caridad, como la pobre Hettie, mientras los mimados hijos de Julian se ríen de ella a sus espaldas por lo bajo. Pobre chica. A veces me alegra pensar que pronto moriré.

—Le dije que te íbamos a ver esta noche —dijo Blanche—. Me dijo que le habría gustado poder estar aquí.

No hice ningún comentario.

La sopa era un caldo transparente, aguado, insípido. Aparté el plato, y decidí esperar el lenguado que había pedido. Blanche también iba a tomar pescado, pero Julian, con sus típicos modales autoritarios, había pedido solomillo de ternera. Realmente, su parecido con el pobre Freddie es extraordinario. Le pregunté cómo iban las cosas por la City y me miró con cautela; se imagina que espero convencido el inevitable colapso del capitalismo. Debo de ser para él un serio motivo de vergüenza entre sus colegas, los agentes de Bolsa. Aprecio su lealtad filial, es cierto —nadie le habría censurado, y yo menos que nadie, que hubiese roto conmigo después de mi denuncia pública—, pero no puedo resistir la tentación de tomarle el pelo, es tan susceptible, y de una manera tan divertida.

—Tu tío Nick —le dije— fue en un tiempo asesor de la familia Rothenstein, ¿sabías eso? Antes de la guerra. Fue uno de sus empleos más extraños. Lo enviaron a Alemania para evaluar la amenaza nazi a sus posesiones. Desde luego, todos éramos espías por aquel entonces.

Esa palabra hizo que el silencio se extendiera sobre la mesa, como un toldo. Blanche se mordió el labio, y Julian tosió, frunció el entrecejo y atacó una tajada de ternera. ¡Ji, ji, ji! Uno de los escasos privilegios de la vejez consiste en poder portarte terriblemente mal con tus propios hijos.

—¿No es cierto que Lord Rothenstein compró ese cuadro, *La muerte de Cicerón*, para ti? —dijo Julian.

—Sí —dije secamente—. Pero le devolví el préstamo. Nadie querría estar en deuda con Rothenstein. Y es Séneca, no Cicerón.

Se me ocurrió una idea espantosa. ¿Y si lo del Poussin había sido una estratagema suya, una añagaza, una forma de convertirme en su deudor? ¿Y si habían preparado que Wally Cohen lo dejara entre la escoria de su galería, donde yo no tendría más remedio que descubrirlo? El cuadro podía haber formado parte de la colección privada de Rothenstein, él habría sido muy capaz de prescindir de él. Recordé las peculiares miradas que habían intercambiado en la acera él y Boy aquella tarde de verano frente a Alighieri's, y la indulgente risa de Rothenstein al alejarse. Me quedé horrorizado, mientras la voz de Julian me zumbaba de manera incomprensible en el oído, cuando la idea surgió ante mi asombrada imaginación como una crisálida y toda aquella horrible y asquerosa intriga afloró lentamente. Pero entonces, tan deprisa como se había desplegado, se volvió a replegar, recogió alas, las envolturas alares se convirtieron en polvo y el polvo se dispersó. Bobadas, bobadas; pura paranoia. Podía respirar de nuevo. Me recliné en la silla y sonreí a duras penas. Julian me había hecho una pregunta y esperaba una contestación.

—Lo siento —le dije—, ¿qué estabas diciendo...?

—Oh, nada.

Aquella mujer de la mesa contigua a la nuestra me había identificado por fin y le hablaba ansiosamente al oído al anciano que tenía a su izquierda, sus protuberantes

ojos estaban clavados en mí, llenos de excitación, y temblándole las puntas de sus voluminosos pechos. Es agradable pensar que uno todavía puede causar revuelo.

—Es raro —dije— que nunca descubrieran a Leo.

Julian me miró fijamente.

—¿Quieres decir que él...?

—Oh, sí, era uno de los nuestros. Nunca muy activo, era más bien una especie de eminencia. Nuestros jefes en Moscú recelaban de él, porque era judío y ellos eran... bueno, rusos; pero estimaban sus contactos. Y, además, estaba todo ese dinero... Blanche, querida, ¿estás bien?

—Sí, sí, solo que un hueso... se me ha atragantado...

Julian, que había dejado de comer, sujetaba con los puños su cuchillo y su tenedor en posición vertical y lanzaba furibundas miradas a su plato manchado de sangre.

—¿Es cierto eso —dijo—, o no es más que otra de tus bromas?

—¿Mentiría yo acerca de semejante cosa?

Al ver mi sonrisa de complicidad, no contestó; sin embargo, me preguntó:

—¿El tío Nick... lo sabía? Me refiero a lo de Rothenstein.

Blanche tosía todavía, con el rostro enrojecido, y se daba golpecitos en el pecho.

—Nunca se lo pregunté —dije—. Nick no era muy observador, ¿sabes? La gente presuntuosa no suele serlo. Blanche, bebe un poco de agua.

Julian volvió a inclinarse cuidadosamente sobre la comida y me mostró la parte superior de su cabeza, tan parecida a la de Freddie, el mismo pelo gris amarillento y esa amplia coronilla. Es extraño lo que los genes deciden replicar.

—No era de los vuestros, ¿verdad...? —dijo—. Me refiero al tío Nick.

El Sancerre que Julian había pedido, aunque sabe que no me gusta, era realmente bueno.

—¡Pobre Nick! —dije—. En todos esos años no se dio cuenta de nada. La vanidad, ya ves. Todo lo que miraba se convertía inmediatamente en un modelo. Pero ¡qué encanto tenía! —Julian dejó de masticar y siguió con los ojos clavados en su plato. Me reí entre dientes—. No —dije—, no te preocupes, fue siempre profunda, deprimentemente heterosexual.

Otro terrible silencio. ¿Había ido demasiado lejos? Julian nunca se había resignado a mi rareza... Bueno, ¿cómo podía esperar eso de él?; ¿de qué hijo cabría esperar tal cosa? Pensar en la sexualidad de un padre, aunque sea heterosexual, es ya lo bastante embarazoso. Y, además, es muy leal a su madre. Blanche es más tolerante conmigo que Julian; las mujeres no se toman el sexo demasiado en serio. Es muy sensible y considerada con mis sentimientos —pues los tengo, aunque parezca todo lo contrario—, pero estoy seguro de que también debe pensar que traicioné a su madre. ¡Oh, la familia!

—¿Has hablado con el tío Nick? —dijo entonces Blanche—. Quiero decir desde que...

—No, no. Nick y yo llevamos sin hablar muchos años. Yo era una especie de

peldaño que faltaba en la escala de su éxito. Necesitaba pasar por encima de mí.

Por alguna razón, Blanche alargó una mano y apretó la mía, mientras sus ojos se ponían brillantes. Es tan poca cosa, realmente, tiene demasiado buen corazón para ser hija mía. Julian notó su gesto y frunció el ceño.

—¿Sabía... —dijo— lo tuyo?

—¿Que era espía?

Vaciló; la verdad es que me sentía travieso, gracias a haberme bebido la mayor parte de la botella de vino. Me dije que debía andarme con cuidado. La dama de los pechos palpitantes estaba intrigada.

—Oh, no —dije—. ¿Por qué piensas eso? Estoy seguro de que lo habría dicho. Era muy sincero, ¿sabes?, muy campechano y sencillo al menos en aquel entonces... Dicen que ha estado implicado en algunas actividades turbias para lograr su actual posición de poder e influencia. Siempre fue un poco fascista, el viejo Nick.

Julian se rio disimuladamente, lo que me sorprendió; nunca se ha distinguido por su sentido del humor.

—¿Le habría impedido eso trabajar para los rusos? —dijo.

Giré entre mis dedos la copa de vino, admirando el intenso color dorado que, como un destello de sol, brillaba en sus profundidades.

—Desde luego —dije afablemente—, te cuesta distinguir entre ideologías opuestas. El capital es daltónico —estaba a punto de responderme, herido en lo más profundo, pero en su lugar bajó los ojos de nuevo al plato y exhaló un suspiro enfurecido. Blanche me dirigió otra mirada suplicante, lastimera—. Venga —dije—, dejad que os pida otra copa. ¿Un coñac, Julian?

Capté las miradas que intercambiaron: habían acordado un límite de tiempo para la velada. Pensé en el apartamento, con su escritorio y su lámpara, en la ventana que ocultaba la brillante noche cerrada. Blanche empezó a decir algo, pero la interrumpí.

—Dime, Julian, ¿cómo está...? —siempre he tenido problemas para recordar el nombre de su esposa—. ¿Cómo está Pamela? —debería haberle preguntado también por los niños, pero no quería tocar ese tema. Pensar en mis nietos me deprime profundamente, y no por los motivos que parecen obvios—. Espero que le vayan bien las cosas.

Asintió con la cabeza, de mala gana, y no dijo nada. Ya sabe lo que pienso de Pamela. Cría caballos. Súbitamente, como si la mención de su esposa fuese una señal, puso fin a la cena y dejó la servilleta encima de la mesa con grave determinación, mientras Blanche se inclinaba a toda prisa para buscar a gatas su bolso debajo de la silla; su hermano siempre la intimida. Tuvimos una breve discusión acerca de quién pagaría la cuenta; le dejé ganar. En el vestíbulo me ayudó a ponerme el abrigo. De pronto me sentí viejo, malhumorado y agraviado. La noche era fría y húmeda. Mientras caminábamos por la acera, Blanche se cogió de mi brazo, pero me mantuve fríamente alejado de ella. El gran coche negro de Julian se embolsó ronroneando por las calles oscuras; su impetuosidad cuando se pone detrás del volante resulta en

verdad inusitada. En Portland Place había un montón de harapos en los escalones que conducían a la puerta de mi casa; cuando salí del coche los harapos se removieron y un rostro terriblemente estropeado me miró todavía adormilado.

—¡Mira! —le dije a Julian—, ¡ahí está el resultado de tu capitalismo!

No sé lo que me hizo ponerme a gritar de esa manera en plena calle. No es propio de mí. Julian no había salido, estaba sentado mirando con cara adusta por el parabrisas y tamborileando impacientemente con los dedos en el volante. Nos dimos las buenas noches con frialdad. En la esquina, sin embargo, el coche se detuvo de pronto con un chirrido, la puerta se abrió de un empujón y Blanche vino corriendo hacia mí por el centro de la calle. ¿De dónde había sacado esos pies tan grandes? De mi familia no, en todo caso. Ya había metido la llave en la cerradura. Le costó subir los escalones, jadeando.

—Yo solo quería... —dijo—, solo quería...

Se interrumpió y miró al suelo. Luego se encogió de hombros, soltó una especie de risa exasperada, como si se hubiera dado cuenta de lo inútil de su acción, me besó deprisa en la mejilla y se alejó. Se detuvo al pie de la escalera y se inclinó sobre su monedero, y por un momento se convirtió en la madre de Vivienne. Una mano ennegrecida surgió del montón de harapos y Blanche depositó en ella una moneda. Se volvió a mirarme y me sonrió con una mezcla de arrojo y tristeza, dándome a entender, me pareció, que se disculpaba —aunque no sabría decir de qué—, y luego se fue corriendo hacia el coche que la esperaba.

¿Qué es, me pregunto, eso que todos saben, menos yo?

Esta mañana, muy temprano, antes de que algún entrometido viniera y lo echara de allí, bajé a echar un vistazo a aquel desgraciado que estaba en los escalones. Estaba despierto, recostado en su mugrienta envoltura, y miraba fijamente con ojos aterrados algún horror que solo él podía ver. Edad indefinida, pelo gris muy corto, rostro cubierto de costras, con la boca abierta, muy negra. Le hablé, pero no me contestó; creo que no podía oírme. Traté de pensar en algo que pudiera hacer para ayudarlo, pero pronto renuncié, apesadumbrado, dándolo por imposible. Cuando iba a alejarme vi que algo se movía debajo de su barbilla, dentro del cuello de su abrigo abotonado. Era un perrito, un cachorro marrón, creo, sarnoso, con grandes ojos, tristes y vivos, al que le faltaba una oreja. Se lamió los labios y se retorció como si tratara de congraciarse conmigo. Era chocante que su lengua rosada estuviera completamente limpia. Un hombre y su perro. ¡Madre mía! Todo el mundo necesita algo a lo que amar, algún ápice de vida. Volví a subir los escalones, avergonzado al tener que admitir que sentía más pena por el perro que por el hombre. Qué cosa, el corazón humano.

Miss Vandeleur ha debido de oír, supongo, las absurdas historias que circulan acerca de la vida que llevábamos en la casa de Poland Street durante la guerra, pues cada vez que menciono ese lugar me parece percibir en ella un encubierto estremecimiento de desaprobación y un recatado *pudeur*. Es verdad que hubo allí algunas memorables orgías durante los bombardeos, pero ¡por Dios!, Miss V., en aquella época en Londres, en general, al menos entre los de nuestra clase, reinaba el ambiente de una ciudad estado italiana en los tiempos de la peste negra. Aunque nunca lo admitiría, ya que es una joven liberada, lo que en realidad censura mi biógrafa no es la libertad sexual de aquellos tiempos, sino la clase de sexualidad. Como tantos otros, se imagina que la casa estaba habitada en exclusiva por maricones. Le recuerdo que nuestro casero, Leo Rothenstein, era un heterosexual tan vigoroso como su sangre judía se lo permitía; y, después de todo, también vivía allí Nick. ¿Necesito decir más? Admito que cuando se instaló Boy, había siempre jóvenes dudosos rondando a su alrededor, aunque alguna que otra vez me encontré por la mañana con alguna chica atolondrada que salía de su habitación dando traspiés, con el pelo enmarañado y las medias colgando del brazo.

Danny Perkins fue uno de los descubrimientos de Boy.

La casa era alta y estrecha, y la fachada parecía inclinarse un poco hacia la calle. Desde aquellas altas ventanas Blake debió de ver ángeles haciendo cabriolas en los destellos de los rayos del sol. Nuestras habitaciones estaban repartidas en tres plantas, situadas encima del consultorio de un médico, un tipo escurridizo, que Boy insistía en que hacía abortos. A pesar de sus aires de grande de España, a Leo le gustaba la vida turbia, y había comprado la casa para huir de la ridícula magnificencia de la mansión de su familia en Portman Square. En aquella época, sin embargo, iba raras veces a Poland Street, pues se había trasladado con su nueva y ya preñada esposa a un lugar seguro en el campo. Yo tenía un dormitorio en el segundo piso, al otro lado del pasillo que conducía al diminuto vestidor donde Boy vivía en la más impresionante miseria. Encima de nosotros estaba el apartamento de Nick. Yo tenía todavía la casa en Bayswater, pero como habían caído bombas cerca de Lancaster Gate y al oeste de Sussex Square, Vivienne se había largado con el niño a casa de sus padres, en Oxford, mientras durase la guerra. Tuve periódicas rachas de soledad y

autocompasión, durante las cuales los eché de menos, pero no negaré que, en general, estaba contento con la medida.

Por las mañanas daba conferencias sobre Borromini en el Instituto —¡qué sensación de apremio y de profundo patetismo confería a esos momentos el sonido de las bombas que caían sobre la ciudad!— y por las tardes ocupaba mi despacho en el Departamento. Los criptoanalistas de Bletchley Park habían descifrado los códigos de señales de la Luftwaffe y de esa manera pude pasar a Oleg gran cantidad de valiosa información sobre los efectivos y tácticas de la fuerza aérea alemana. (No, Miss V., por mucho que me inste, no me dignaré a criticar mis relaciones con un país que entonces se había aliado supuestamente con Hitler contra nosotros; sin duda, queda ya claro dónde depositaría siempre mis lealtades, cualquiera que fuera el despreciable acuerdo al que este u otro infame tirano haya podido poner su nombre.) Me daba cuenta de que era feliz. Sí, era feliz entre aquellos olores escolares del Departamento —virutas de lápiz, papel de mala calidad, el vapor de la tinta, que dejaba la boca seca— o paseando bajo los grandes ventanales de la sala de conferencias en el tercer piso del Instituto, donde mientras contemplaba uno de los más hermosos patios de Vanbrugh impartía a un puñado de estudiantes aplicados mis mesuradas opiniones sobre los grandes temas del arte del siglo XVII. Como ya he señalado, no me asustaban los bombardeos; confieso que incluso me regocijaba un poco, en secreto, aquel espectáculo de atroz, incontenible destrucción. ¿Le sorprende? Querida, no puede usted imaginar lo raros que eran aquellos tiempos. Nadie habla ahora de la tremenda sensación de comicidad que causaron los bombardeos aéreos. No me refiero a los orinales que volaban o las piernas cortadas lanzadas al aire sobre los tejados, hechos simplemente grotescos. Pero, a veces, en medio del fragor de un haz de bombas que detonaban en una avenida cercana parecía oírse una especie de... ¿cómo llamarlo?... una especie de carcajada celestial, como de un dios niño encantado que menospreciase el esplendor de esas cosas que él mismo había puesto en funcionamiento. Ay, a veces, Miss Vandeleur —Serena—, a veces creo que no soy más que un Calígula de ocasión, pues me gustaría que el mundo no tuviera más que un gizonte para poder cortárselo de un solo golpe.

El verano se acaba. Lo mismo ocurre con mi época. Al final de estas tardes enrojecidas, sobre todo, siento la proximidad de la oscuridad. Mi temblor, mi tumor.

Londres durante los bombardeos aéreos. Todo el mundo tenía algo que contar, una anécdota, un incidente. Los dragaminas en el Támesis. Los centenares de barriles de pintura de un almacén en llamas que subían como cohetes. La mujer sin falda que recorría tambaleante Bond Street en ligeros, mientras su marido retrocedía dando saltitos delante de ella y le ofrecía su chaqueta tendiéndosela como si fuera el capote de un matador de toros. Cuando cayó en el zoo una bomba perdida, Nick, que regresaba al amanecer de un viaje a Oxford, juró haber visto un par de cebras trotando en medio de Prince Albert Road; observó sus hermosas crines negras y sus delicadas pezuñas.

Und so weiter...

Una mañana en que yo estaba en la cocina, poco después de mi regreso de Irlanda, Boy bajó a desayunar en bata, descalzo y con resaca. Hizo pan frito y bebimos champán en vaso. Apeataba a semen y a ajo rancio.

—Vaya ocasión más jodida que has elegido para escabullirte —dijo—. Los alemanes no han parado desde que te fuiste. ¡Bum!, ¡bum!, ¡bum!, día y noche.

—Mi padre murió —le contesté—, ¿no te lo mencioné?

—¡Bah! ¿A eso llamas una excusa? —me examinó con una sonrisa alegremente malévolamente; estaba ya medio borracho—. Estás muy apetitoso con ese uniforme, ¿sabes? Menudo desperdicio. El otro día encontré a un tipo en el bar del Reform. Piloto de Spitfire, poco más que un muchacho. Esa mañana había salido a volar. Le derribaron sobre el Canal, saltó en paracaídas, le recogió una lancha de salvamento y, ¿querrás creerlo?, allí estaba, tres horas más tarde, tomando un Pimm's^[48]. Con miedo en el rostro, una gran sonrisa burlona y un vendaje muy atractivo cubriéndole un ojo. Fuimos a Ma Bailey's y tomamos una habitación. Osti, fue como follarse a un potrillo, todo nervios y dientes, y empapado en sudor. Además era la primera vez que lo hacía... y la última, lo más probable. Esta guerra solo trae desgracias, ya lo creo.

Mientras mascaba su pan frito observó cómo me preparaba el desayuno. Siempre le divirtió lo maniático que yo era cuando hacía esas cosas.

—A propósito —dijo—, hay un trabajo en perspectiva que, creo, puede ser ideal para ti. Los llamados gobiernos amigos tienen unos correos que viajan todas las semanas a Edimburgo en el tren nocturno para enviar sus despachos por barco. Nos han dicho que echemos un vistazo a lo que envían. Gabachos, turcos y tipos por el estilo; gente muy astuta.

Se sirvió otro vaso de champán. La espuma se derramó en la mugrienta mesa y la recogió con los dedos y se los chupó.

—Nick ha propuesto un plan —dijo—. Muy ingenioso, a decir verdad, me quedé asombrado. Dio con un tipo, una especie de fabricante de botas, zapatero remendón, o lo que sea, que descoserá las puntadas de las valijas que contienen los despachos, dejando intactos los precintos, ¿comprendes? Echamos un vistazo a los documentos, confías a tu famosa memoria fotográfica los trozos más sustanciosos, luego los vuelves a introducir en la valija, y Nobbs o Dobbs, el remendón, rehará el cosido y nadie lo sabrá... es decir, nadie excepto nosotros.

Examiné el reflejo del sol en un charco de agua que había en el suelo, a mis pies. A eso de la media mañana hay algo que embota los sentidos y produce dolor de cabeza, y siempre me ha parecido deprimente y vagamente patético.

—Y ¿a quién te refieres con eso de *nosotros*? —dije.

—Bueno, al Departamento, por supuesto. Y a cualquier otra persona en la que podamos depositar nuestra confianza —me hizo un guiño—. ¿Qué te parece? Una treta formidable, ¿verdad?

Sonrió un poco aturdido y meneó la cabeza de un lado a otro compasadamente, en

una especie de alegre ondeo; tenía dificultades para fijar la vista.

—¿Cómo conseguiremos quitarles las valijas a los correos? —pregunté.

—¿Eh? —parpadeó—. Sí, bueno, ahí es donde entra Danny.

—¿Danny?

—Danny Perkins. Puede lograr que cualquier persona haga cualquier cosa. Ya lo verás.

A veces Boy mostraba un impresionante don profético.

—Danny Perkins —dije—. ¿Dónde demonios encontrasteis a una persona con un nombre así?

Boy se rio, y la risa se convirtió en una de aquellas horribles toses gangosas que tan a menudo le acometían.

—¡Por Dios, Vic —dijo mientras se golpeaba el pecho con el puño—, mira que eres pedante! —se levantó—. Vamos —dijo, respirando con dificultad por su nariz picada de viruelas—. Tú mismo puedes averiguar su pedigrí.

Subió las escaleras delante de mí con paso inseguro y abrió de par en par la puerta de su dormitorio. Lo primero que me impresionó fue la notoria disminución de la habitual peste a chotuno de la habitación. El olor de Boy seguía todavía allí —suciedad corporal, ajo, algo que recordaba el queso rancio y cuyo posible origen la mente no quería indagar—, pero mezclado con un aroma más suave, aunque no menos acre, como si una bandada de palomas, pongamos por caso, se hubiese introducido en una leonera. El lecho de Boy consistía en un colchón tirado en el suelo, y echado sobre un montón de mantas y sábanas llenas de mugre había un joven fornido, de corta estatura, con esa clase especial de piel, muy blanca, grasienta y casi translúcida, que solía ser señal segura de pertenencia a la clase obrera. Llevaba camiseta, pantalones caqui y botas del ejército desatadas. Su cabeza reposaba sobre uno de sus brazos, tenía una pierna cruzada encima de la otra y estaba leyendo un ejemplar de *Titbits*. De pronto, me di cuenta de que estaba mirando fijamente el hueco húmedo, sombreado de azul, de su axila. Su cabeza era demasiado pequeña para sus anchas espaldas y su grueso cuello, y la desproporción le confería un aspecto delicado, casi afeminado. El pelo, muy negro y fino, lo llevaba muy corto por los lados y le caía por la frente, pálida y, lamento decirlo, punteada de acné, como una cortina enigmáticamente reluciente. Enseguida me di cuenta de que me recordaba aquel instante edénico en que divisé por vez primera al Castor, dormido entre los frutales del jardín de su padre en Oxford, años atrás.

—¡Ponte firme, soldado Perkins! —gritó Boy—. ¿No ves que hay un oficial presente? Este es el capitán Maskell. Salúdalo.

Danny se limitó a dirigirle una sonrisa indolente, dejó a un lado el periódico, se incorporó, y se puso en cuclillas en medio de la ropa de cama en desorden, completamente a sus anchas, y me miró de arriba abajo con sincero, amistoso interés.

—Encantado, por supuesto —dijo—. Mr. Bannister me ha hablado mucho de usted, ¿sabe?

Su voz era una especie de suave ronroneo, de modo que todo lo que decía parecía una confidencia compartida. Tenía un acento galés que casi parecía una parodia. Boy se rio.

—No le creas, Victor —dijo—, es un mentiroso empedernido. Nunca le he mencionado tu nombre.

Danny volvió a sonreír, sin hacerle el menor caso, y siguió examinándome; su mirada era como la de un adversario benévolo en un combate de lucha libre: buscaba la llave que me derribara con la menor molestia para ambos. Noté que las palmas de las manos se me habían humedecido.

Sin dejar de reírse, con torpeza, Boy se sentó en el colchón con las piernas cruzadas y pasó un brazo alrededor de la cintura de Danny. Se le había abierto la bata hasta las rodillas, y traté de no mirar su grueso sexo, que colgaba flácido entre los pelos del pubis.

—Le he contado al capitán Maskell nuestro plan para sobornar a los correos —dijo—. Quiere saber cómo vamos a quitarles las valijas. Le dije que eso era cosa tuya.

Danny se encogió de hombros, lo que tensó los músculos de su espalda.

—Bueno, solo tendremos que pedírselas amablemente, ¿no es cierto? —dijo con aquella voz que parecía un arrullo.

Boy se rio, tosió otra vez, y se golpeó de nuevo en el esternón.

—Escucha, solterón —dijo, imitando el acento de Danny—, tú entrega esos papeles y te daré un sabroso beso.

Intentó torpemente abrazar a Danny, que le dio un amable empujón con su cadera, y se dejó caer en el lecho, sin dejar de reír y de toser, con la bata desabrochada y las peludas piernas pedaleando al aire. Danny Perkins contempló el espectáculo y meneó la cabeza.

—¿Verdad que es un terrible borrachín, capitán Maskell?

—Tutéame —dije—. Llámame Victor.

Entonces, como consecuencia de su embriaguez, Boy se quedó dormido, con su enorme cabeza apoyada como un niño en sus manos unidas y las peludas nalgas levantadas. Danny le echó por encima una manta con ternura, y bajamos juntos a la cocina, donde, todavía en camiseta, se sirvió un tazón de té tibio y le añadió cuatro grandes cucharadas de azúcar.

—Oh, estoy muerto de sed —dijo—. Me hizo beber champán la noche pasada, y eso es algo que nunca me sienta bien —el reflejo del sol se había trasladado del suelo a la silla, y ahora bañaba a Danny y le daba el aspecto de un socarrón ángel deslustrado de anchas espaldas. Levantó un ojo al techo—. De modo que le conoces desde hace mucho, ¿no es así?

—Estuvimos juntos en Cambridge —dije—. Somos viejos amigos.

—¿Eres también de izquierdas, como él?

—¿Boy es de izquierdas? —su única respuesta fue menear la cabeza y reírse—. Y tú —dije yo—, ¿hace mucho que le conoces?

Se reventó un grano del brazo.

—Bueno, soy cantante, ¿sabes?

—¡Cantante! —dijo—. ¡Madre mía...!

Me sonrió con socarronería, sin resentimiento, dejando que el silencio se prolongase.

—Mi papá cantaba en el servicio religioso —dijo—. Tenía una preciosa voz dulce.

Me sonrojé.

—Lo siento —dije, y asintió con la cabeza, como dando a entender que merecía la disculpa, lo cual era cierto.

—Ocupé una plaza en el coro de *Chu Chin Chow* —dijo—. Lo pasé muy bien. Así fue como conocí a Mr. Bannister. Una noche fue en su coche a la entrada de artistas. Esperaba a otro, pero entonces me vio y, bueno... —soltó una especie de carcajada traviesa, melancólica—. ¿Verdad que es romántico? —se sentó, meditabundo, con la cabeza metida entre los hombros, y sorbió su té, con la mirada abstraída con nostalgia en lo más hondo de sus recuerdos—. Entonces empezó esta condenada guerra —siguió diciendo—, y eso supuso mi abandono de las tablas —durante unos instantes su expresión se entristeció; luego se animó—. Pero nos divertiremos un poco con esta broma a los correos, ¿no es cierto? Siempre me han gustado los trenes.

Entonces llegó Nick. Iba vestido con un traje de llamativos cuadros y un chaleco amarillo, y llevaba un paraguas plegado en una mano y un sombrero de fieltro marrón en la otra.

—Estuve el fin de semana en Maules —dijo—. Winston estaba allí —echó un vistazo con amargura en dirección a Danny—. Ya veo que os habéis conocido. A propósito, Vic, la Nena te buscaba.

—¿Sí?

Miró la tetera.

—¿Todavía está caliente el cha? Sírvenos una taza, Perkins, sé buen chico, ¿quieres? ¡Joder, cómo me duele la cabeza! Estuvimos bebiendo coñac hasta las cuatro de la madrugada.

—¿Winston y tú?

Me dirigió una de aquellas miradas inexpresivas tan suyas.

—Se había ido a la cama —dijo.

Danny le pasó el té a Nick, que se apoyó en el fregadero con los tobillos cruzados, sosteniendo el humeante tazón con ambas manos. Una mañana templada, el pálido sol de septiembre, y, como un reluciente espejismo al borde mismo de la visión, las ilimitadas posibilidades del futuro; ¿de dónde proceden estos momentos de inesperada felicidad?

—Leo Rothenstein dice que tuvo una larga charla con el primer ministro antes de que llegásemos los demás —dijo Nick, muy serio—. Parece que hemos ganado la

guerra aérea, pese a las apariencias en contra.

—Bueno, eso es estupendo —dijo Danny. Nick le miró con acritud, pero Danny, por única respuesta, le volvió a sonreír con indiferencia.

Boy reapareció procedente del piso superior, y se quedó en la puerta, tambaleante. Todavía llevaba desatado el cinturón de la bata, pero se había puesto un par de calzoncillos de un color gris desvaído.

—¡Por el amor de Dios, Castor! —dijo—, ¿has estado en un baile de disfraces? Pareces un corredor de apuestas. ¿Nadie te ha dicho nunca que los judíos no podéis llevar prendas de tweed? Hay una ordenanza en contra.

—Estás borracho —dijo Nick—, y todavía no son las once y media. Por el amor de Dios, ¿quieres ponerte algo de ropa?

Tambaleándose todavía, Boy titubeó, miró a Nick con indecisión y resentimiento, luego murmuró algo y volvió a irse al piso de arriba dando traspiés; muy pronto le oímos encima de nosotros, dando patadas a los muebles y profiriendo juramentos arrastrando las palabras.

—Escucha —dijo Danny Perkins, meneando la cabeza.

—Ve a calmarle un poco, ¿quieres? —dijo Nick. Y Danny se encogió de hombros amistosamente, salió silbando y subió las escaleras haciendo un ruido tremendo con sus enormes botas. Nick se volvió hacia mí—. ¿Le habéis contado a Perkins lo de los correos y todo lo demás?

—Sí —dije—. ¿De verdad inventaste tú el plan?

Me miró con recelo.

—Sí, ¿por qué?

—Oh, solo por curiosidad. Es ingenioso, si funciona.

Dio un resoplido.

—Claro que funcionará. ¿Por qué no? —vino a sentarse en la silla que había ocupado Danny y apoyó la cabeza en las manos—. ¿Crees —dijo débilmente— que podrías hacerme un poco más de té? La cabeza me va a estallar.

Fui al fregadero y llené la tetera. Recuerdo el momento exacto: el destello niquelado en la tetera, la vaharada grisácea del tubo de desagüe y, a través de la ventana que había encima del fregadero, el ladrillo rojo de las fachadas posteriores de las casas de Berwick Street.

—¿Qué quiere de mí Vivienne? —dije.

Nick se rio melancólicamente.

—Creo que la has vuelto a dejar preñada, muchacho —la tetera chocó contra el grifo. Nick me miró a través de los dedos con una sonrisa burlona de calavera—. O alguien lo ha hecho, en cualquier caso.

Y así, por segunda vez en mi vida, me encontré, en pleno otoño, en un tren con destino a Oxford y con un encuentro difícil en perspectiva. Antes de que todo

comenzara había ido a ver a Mrs. Castor, y ahora iba a ver a su hija. Es curioso que todavía piense en Vivienne como una de los Brevoort. Es decir, una hija; o una hermana; *esposa* es una palabra a la que nunca me había resignado del todo. El tren iba despacio y despedía un tremendo mal olor —me pregunto de dónde ha salido la idea de que viajar en trenes de vapor es romántico— y los asientos de primera clase estaban ya ocupados cuando llegué a la taquilla. Cada compartimento tenía su contingente de militares, soldados rasos, sobre todo, y no faltaba el oficial ocioso y aburrido que fumaba hasta hartarse mientras veía pasar con amarga melancolía los soleados campos de Inglaterra. Me había instalado lo mejor que pude —estaba revisando mis conferencias sobre Borromini, y esperaba convencer al Castor Mayor para que las publicara en forma de libro— cuando alguien se incorporó sinuosamente al asiento que había a mi lado y me dijo:

—Ah, la admirable despreocupación del sabio.

Era Querell. No me hizo ninguna gracia verlo, y debió de notarlo, pues esbozó una mal disimulada sonrisa de cumplido, se cruzó de brazos y, cruzando también sus piernas largas como alambres, se recostó alegremente en el asiento. Le dije que iba a Oxford.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Oh, más lejos todavía —Bletchley, pues, me dije, y sentí un arrebato de celos—. ¿Qué te parece el trabajo que haces ahora en tu sección?

—Fascinante.

Volvió la cabeza y se inclinó un poco hacia delante para mirarme.

—Estupendo —dijo, sin un énfasis especial—. Me he enterado de que ahora compartes alojamiento con Bannister y Nick Brevoort.

—Tengo una habitación en la casa de Leo Rothenstein en Poland Street —le dije, en un tono que incluso a mí me pareció un poco a la defensiva. Asintió con la cabeza y dio un golpecito a su cigarrillo con su largo dedo.

—Te ha abandonado tu esposa, ¿verdad?

—No. Está en Oxford, con nuestro hijo. Precisamente voy a verla.

¿Por qué siempre tenía que darle explicaciones? De todas formas, no me escuchaba.

—Bannister es un problema, ¿no crees? —dijo.

Vacas, un granjero montado en un tractor, las inesperadas ventanas de una fábrica que resplandecían al sol.

—¿Un problema?

Querell cambió de postura y, echando hacia atrás la cabeza, arrojó una rápida bocanada de humo en dirección al techo del vagón.

—He oído decir que ha estado en la ciudad, en el Reform, o el Gryphon. Siempre borracho, siempre gritando a propósito de esto o aquello. Un día se trata de Goebbels, de quien dice que espera que se haga cargo de la BBC cuando ganen los alemanes; al

día siguiente que hay que ver Stalin lo buen tipo que es. No puedo comprenderlo — de nuevo volvió la cabeza para mirarme—. ¿Y tú?

—No son más que palabras —dijo—. Es bastante responsable.

—¿De verdad crees eso? —dijo con aire pensativo—. Bueno, me alegra oírlo — meditó durante un buen rato, jugueteando con su cigarrillo—. La verdad es que me pregunto qué es lo que entendéis vosotros por *ser responsable* —me sonrió con malquerencia y luego volvió a inclinarse hacia delante, estirando el cuello en dirección a la ventana—. Ya estamos en Oxford —dijo, y miró los papeles que yo tenía encima de las rodillas—. No conseguiste terminar ningún trabajo, ¿verdad? Lo siento —observó cómo recogía mis cosas. Cuando ya había bajado al andén, apareció en la puerta detrás de mí—. A propósito —dijo—, dale recuerdos a tu esposa de mi parte. Me han dicho que de nuevo espera un niño.

Cuando salía de la estación lo vi. Así pues, se había apeado del tren, pero se había quedado atrás en la taquilla, fingiendo leer los horarios.

Vivienne estaba recostada en una tumbona sobre el césped, con una manta de tartán sobre las rodillas y un fajo de revistas ilustradas en la hierba a su lado. A sus pies había una bandeja con los restos del té, mermelada, pan con mantequilla y un tarro de nata cuajada; al parecer, su estado no había afectado a su apetito. Sus ojeras eran de un tono malva más oscuro de lo habitual y su pelo, negro como el de Nick, había perdido un poco de lustre. Me saludó con una sonrisa, y me alargó su fría y majestuosa mano para que se la besara. ¡Qué sonrisa!: arqueó una ceja, que había sido depilada y pintada, y apretó los labios como para impedir que estallara aquella risa burlona que ya afloraba como *siempre*, en sus ojos.

—¿Te parezco pálida e interesante? —dijo—. Dime que sí.

Estaba de pie en la hierba, ante ella, y me sentía incómodo. Podía ver con el rabillo del ojo a su madre acechando entre los arriates que había a un lado de la casa, fingiendo que no se había dado cuenta de mi llegada. Me pregunté si estaría allí el Castor Mayor; me había escrito lamentándose del racionamiento de papel y la pérdida de los mejores cajistas, que se habían alistado en el ejército.

—¡Qué elegante estás! —dijo Vivienne, levantando un brazo para protegerse los ojos y escudriñándome de arriba abajo—. Todo un militar impertérrito.

—Eso mismo dice Boy Bannister.

—¿De veras? Creía que él prefería los tipos más duros —trasladó las revistas para dejarme sitio en la hierba junto a su tumbona—. Siéntate; cuéntame todos los chismes. Supongo que todo el mundo está siendo terriblemente valiente, a pesar de las bombas. Ni siquiera el Palacio está inmune. ¿No sientes un nudo en la garganta al ver cómo la reina hace causa común con los valerosos habitantes del East End? Me siento tan ociosa aquí, tan encogida de miedo... No me sorprendería que alguna matrona de Oxford me acosara en High Street cualquier mañana con una pluma

amarilla. ¿O era una pluma blanca lo que solían mostrarles a los objetores de conciencia en la última contienda?^[49] Tal vez debería colgarme del cuello un cartel anunciando mi estado. ENCINTA POR GRAN BRETAÑA, ya me entiendes.

Mientras hablaba, vi casi sin darme cuenta a mi suegra, que se deslizaba por detrás de un arriate de dalias recogiendo caracoles, que tiraba a un cubo de salmuera.

—Querell iba en el tren —dije—. ¿Le has estado viendo?

—¿Viéndole? —se rio—. ¿A qué demonios te refieres?

—Solo por curiosidad. Sabe lo de... Sabe que estás...

—Oh, se lo habrá dicho Nick.

¡Menuda sangre fría tenía! Mrs. Castor dejó el cubo en el suelo, se enderezó y, apretándose la región lumbar con una mano, miró a su alrededor dando a entender lo terriblemente distraída que era, sin hacerme caso todavía.

—¿Nick? —dije—. ¿Por qué se lo iba a contar Nick?

—Se lo cuenta a todo el mundo. Por alguna razón, lo encuentra la mar de divertido. ¡Ojalá pudiera verle yo la gracia!

—Pero ¿por qué se lo iba a contar a Querell? Creí que se detestaban mutuamente.

—Oh, no; esos dos son uña y carne, te lo aseguro —se volvió para mirarme—. ¿A qué te *referías* cuando me preguntaste si he estado viendo a Querell? —no dije nada, y su rostro mudó de expresión y se endureció—. No quieres este niño, ¿verdad? —dijo al fin.

—¿Por qué dices eso?

—Es cierto, ¿no?

Me encogí de hombros.

—La época no es muy propicia —dije—, con esta guerra, y lo más probable es que todavía sea peor cuando se acabe.

Me examinó y sonrió.

—Eres una bestia sin corazón, Victor —dijo, como si estuviera sorprendida.

Aparté la mirada.

—Lo siento —dije.

Suspiró y con las uñas pintadas de escarlata cogió la manta que tenía sobre el regazo.

—Yo también —dijo. Se oía a lo lejos el toque de vísperas en la capilla del Christ Church—. Será niña.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente, lo sé —volvió a suspirar, tan suavemente que casi pareció que se reía—. Pobrecita.

El Castor Mayor, vestido con pantalones bombachos y una especie de chaquetón —qué hombre más ridículo—, salió del invernadero, al parecer con el propósito de decirle algo a su esposa, la cual estaba ahora de rodillas, con su amplio trasero vuelto hacia el césped, y cavaba en la tierra con un desplantador; al vernos a Vivienne y a mí, retrocedió rápidamente hacia la puerta y desapareció como una sombra detrás de

los cristales del invernadero.

—¿Has estado en el apartamento? —dijo Vivienne—. ¿Lo han volado, o algo por el estilo?

—No. Quiero decir que no ha sido bombardeado. Claro que he estado allí.

—Porque más bien tenía la impresión, por lo que dice Nick, de que actualmente pasas la mayor parte del tiempo en Poland Street. Supongo que las fiestas deben de ser divertidas. Nick me dijo que cuando empiezan los bombardeos haces una incursión en el consultorio del médico para proveerte de huesos de goma que morder —hizo una pausa—. Detesto estar aquí —dijo con contenida vehemencia—, me siento como ese personaje de la Biblia enviado a la casa de sus padres para expiar su impureza. Quiero vivir mi vida. Esto no es vida.

Mrs. Castor se enderezó de nuevo para aliviar su espalda y, como por cortesía no podía ignorar por más tiempo mi presencia, fingió darse cuenta de que estaba allí haciendo exagerados aspavientos, me miró con atención y blandió hacia mí su desplantador a modo de saludo.

—¿Crees —dije yo enseguida— que podrías... acabar con eso?

Vivienne me volvió a mirar, con mayor frialdad aún que antes.

—Ella —dijo—. O él, si por algún loco azar, mi intuición femenina se equivoca. Pero no *eso*, no digas *eso*.

—Porque —continué obstinadamente— algo que no tiene pasado no está vivo todavía. La vida es recuerdo, la vida es el pasado.

—¡Válgame Dios! —exclamó alegremente, aunque con lágrimas en sus ojos—, ¡qué exposición más completa de tu filosofía! En cuanto a los seres humanos, querido, la vida es el presente, el presente y el futuro. ¿No lo comprendes?

Mrs. B. avanzaba con paso torpe hacia nosotros con sus grandes faldas flotando al viento. Vivienne seguía mirándome intensamente, con lágrimas en los ojos todavía.

—Acabo de darme cuenta de algo —dijo—. Has venido aquí para pedirme el divorcio, ¿no es cierto? —se rio con risa argentina—. Viniste a eso; puedo verlo en tus ojos.

—¡Victor! —exclamó Mrs. Castor—. ¡Qué agradable sorpresa!

Me quedé a cenar. Toda la conversación giró en torno al compromiso de Nick. Los Castores Mayores estaban exultantes: Sylvia Lydon, futura heredera, era un buen partido, aunque fuese una insignificancia y estuviese estropeada. Julian, que entonces tenía un año, lloró lastimeramente cuando lo cogí y lo senté en mi rodilla. Todos estaban violentos y trataron de ocultarlo con risas y hablándole al niño en lenguaje infantil. No pudieron aplacarlo, y al final lo cedí a su madre. Comenté lo mucho que se parecía a Nick —no era cierto, pero supuse que a los Castores les encantaría que lo dijera—, y, por alguna razón, Vivienne me miró con frialdad. El Castor Mayor habló con amargura del hundimiento de Francia; parecía considerarlo una afrenta personal,

como si el Primer Ejército del general Blanchard hubiese eludido su deber primordial, que consistía, sin duda, en hacer de amortiguador entre el avance de las fuerzas alemanas y los alrededores de Oxford. Le dije que, por lo que había oído, Hitler había cambiado de opinión y ya no intentaría invadirnos. El Castor Mayor frunció el ceño.

—¿Intentarlo? —dijo a voz en grito—. ¿Intentarlo? La costa sudeste la defienden agentes de seguros retirados armados con rifles de madera. Los alemanes podrían desembarcar en botes neumáticos después de comer y estar en Londres a la hora de la cena.

Estaba bastante alterado; se sentó, echando chispas, a la cabecera de la mesa y se puso a hacer bolitas de pan de forma convulsiva con sus largos dedos morenos; yo había estado buscando la forma de abordar el asunto de mi libro sobre Borromini, pero, con expresión abatida, cambié de opinión. Mrs. B. intentó consolarlo cogiéndole la mano, pero se libró de ella con impaciencia.

—Europa está acabada —dijo, mirándonos con aire desafiante y asintiendo denodadamente con la cabeza—. Acabada.

Acurrucado contra el pecho de su madre con aires de propietario, el niño se chupaba el pulgar y me miraba con pertinaz, impenetrable rencor. De pronto, en lo más íntimo de mi ser resonó una especie de aullido de lobo —*¡Oh, Dios, libérame, libérame!*— y miré en derredor sintiéndome culpable, preocupado por si alguien había oído mi grito silencioso. Cuando me marchaba, Vivienne se quedó conmigo en la escalinata mientras el Castor Mayor, refunfuñando por el racionamiento de gasolina, iba a sacar el coche para llevarme a la estación.

—No lo haré, ¿sabes? —dijo.

Sonreía, aunque tenía un tic nervioso en el párpado.

—¿Qué es lo que no harás?

(¡Libérame!)

—No me divorciaré de ti —me rozó la mano—. Pobrecito, me temo que no podrás librarte de mí.

¡Qué amable! Miss Vandeleur me ha traído una botella de vino como regalo de Navidad. No pude esperar a que se marchara y desenvolví el paquete. Clarete búlgaro. A veces tengo dudas acerca de su sentido del humor. Claro que, a lo mejor, no soy más que un mezquino desagradecido. El gesto pudo haber sido del todo sincero. ¿Debería contarle lo que me dijo el dependiente de la tienda de vinos, que los sudafricanos venden de manera clandestina sus caldos a los búlgaros, los cuales los embotellan con sus propias etiquetas, políticamente más aceptables, y los venden en Occidente a todos esos confiados liberales de izquierda? Pero, por supuesto, no lo haré. ¡Qué tipo más cascarrabias soy al pensar esas cosas!

Danny Perkins, Albert Clegg y yo formábamos un equipo estupendo. Albert había hecho su aprendizaje con Lobb, el fabricante de botas; era uno de esos típicos genios que la clase obrera solía producir en abundancia antes de que se generalizara la alfabetización. Era un tipo diminuto, más bajo incluso que Danny, y mucho más esbelto. Cuando estábamos juntos los tres, recorriendo un andén en fila india, por ejemplo, debíamos de parecer una de esas ilustraciones de los libros de texto de historia natural que muestran la evolución del género humano, desde el primitivo, pero no carente de atractivo, pigmeo, pasando por el robusto siervo de la gleba, hasta el insulsamente honrado, casado e hipotecado *Homo sapiens* de los tiempos modernos. A Albert le encantaba su oficio, aunque también le atormentaba y le exasperaba. Era un maníaco perfeccionista. Cuando estaba trabajando, su estado anímico se dissociaba: por un lado lo embargaba una profunda concentración, casi autista, y, por otro, una rabia contrariada. Nada le parecía bien nunca, o por lo menos lo bastante bien; las herramientas con las que tenía que trabajar siempre eran de pacotilla, los hilos demasiado toscos o demasiado finos, las agujas estaban despuntadas, las leznas eran de acero ínfimo. Ni tenía tiempo suficiente para terminar su trabajo de acuerdo con el nivel de calidad que suponía que le habría dejado satisfecho.

Danny y él reñían constantemente en voz baja y sibilante; si yo no hubiera estado allí, creo que habrían llegado a las manos. No era mi graduación lo que los inhibía, creo, sino esa reserva, esa educada desgana que ponían de manifiesto en presencia de sus superiores, que solía ser uno de los rasgos más atractivos de las gentes de su clase social. Danny montaba guardia en el umbral de nuestro compartimiento hecho un manojo de nervios, pasando alternativamente el peso de su cuerpo de un pie a otro y silbando de esa manera peculiar suya, en tensión y casi inaudible, mientras Albert, encaramado en el asiento abatible enfrente de mí, como un furioso duende vestido de caqui, con la valija con los despachos del gobierno polaco en el exilio sobre las rodillas, descosía una fila de puntadas que acababa de completar con esmero, disponiéndose a empezar de nuevo el trabajo. Mientras tanto, en el compartimiento de al lado, Jaroslav, el correo, grogui por el vodka y el mejor caviar del Báltico que Danny le había estado sirviendo sin parar toda la tarde, se revolvía en su litera,

soñando con duelos y cargas de la caballería, o cualesquiera que sean los sueños de la baja nobleza polaca.

Suministrábamos algo más que bebidas fuertes y abundantes y exquisitos manjares. Una joven llamada Kirstie viajaba con nosotros, una mujer delicada, de pelo de un rojo intenso, piel de porcelana y un maravillosamente refinado acento de Edimburgo. No recuerdo dónde la encontramos. Boy la apodaba la Venus Atrapamoscas. A su manera, estaba tan consagrada a su oficio como Albert al suyo. Aparecía en el pasillo del tren después de una dura noche entreteniéndolo a un correo estonio de más de cien kilos de peso, y daba la impresión de que no había estado haciendo más que disfrutar de un grato momento de cotilleo con un joven amigo en un salón de té de Prince's Street. Cuando no se necesitaban sus servicios, nos sentábamos a beber whisky de mi petaca («¿Qué diría mi padre si supiera que bebo whisky irlandés!») y me hablaba de su proyecto de abrir una mercería cuando se terminara la guerra y hubiese ahorrado lo suficiente para poder pagar un arrendamiento. La consideraba personal auxiliar femenino oficioso adscrito a nuestro grupo —Billy Mytchett se habría escandalizado— y le pagaba, bastante generosamente, con cargo a los gastos de representación. Además, tenía que mantenerla alejada de Albert, pues él también era un tanto puritano. No sé lo que se imaginaba que sucedía durante las noches en que Kirstie era rechazada y, en su lugar, Danny se introducía en el compartimiento de al lado y no reaparecía hasta que empezaba a amanecer por encima de las Tierras Altas del Sur.

Nos libramos por los pelos. En una ocasión, un turco, después de estar con Kirstie solo unos pocos minutos, apareció en el pasillo en ropa interior justo en el momento en que Albert se había puesto a manipular el maletín de los despachos con su lezna y su cuchilla. Por fortuna, tenía problemas de próstata, y cuando regresó de vaciar la vejiga, que debía de tener el tamaño de un balón de fútbol, con aspecto dolorido y desconfiado en igual medida, Albert había cerrado ya las pocas puntadas que había descosido, y pude convencer a Abdul de que, por supuesto, mi hombre no había estado intentando forzar su valija, sino que, por el contrario, no hacía más que asegurarse de que estaba intacta y en buen estado. En algunos casos, sin embargo, tuvimos que emplear medidas extremas. Descubrí que tenía aptitudes para amenazar. Incluso cuando era bien poco el daño real que podíamos haber causado, había algo en la forma sugestiva y con soltura en que expresaba mis amenazas que resultaba gratamente persuasivo. El chantaje, sobre todo de tipo sexual, era más eficaz en aquellos tiempos tan mojigatos de lo que sería ahora. Y era más eficaz todavía cuando el cebo había sido Danny y no Kirstie. Hubo un infortunado portugués, recuerdo, un tipo de mediana edad y porte aristocrático llamado Fonseca, que se llevó un tremendo chasco. Me demoré más de lo debido con sus despachos, a causa de mi escaso conocimiento de su lengua, cuando advertí un cambio en la atmósfera del compartimiento y oí toser a Albert; entonces levanté la vista y me encontré con el *senhor* Fonseca, en bata de la mejor seda, tan azul como el cielo en un libro de horas,

de pie en el pasillo, observándome. Le rogué que entrara. Le invité a tomar asiento. Rehusó. Fue educado, pero su rostro, por lo demás cetrino, mostraba un gran enfado. Danny, que había estado con él durante un par de intensas horas, dormía en un compartimiento un poco más adelante. Mandé a Albert a buscarlo. Entró bostezando y rascándose la barriga. Después de pedirle a Albert que saliese al pasillo a fumar, me senté y permanecí en silencio, contemplándome la puntera del zapato. Tales pausas, había descubierto, producían siempre un efecto desconcertante incluso a nuestras más indignadas... víctimas, iba a decir, y supongo que esa es la palabra. Fonseca empezó a pedir explicaciones con arrogancia, pero le interrumpí. Le mencioné las leyes que castigaban la homosexualidad. Le mencioné a su esposa, a sus hijos.

—Dos, ¿verdad?

Lo sabíamos todo sobre él. Danny bostezó.

—¿No sería mejor —dije— que olvidáramos lo que ha sucedido esta noche, *todo* lo que ha sucedido esta noche? Le garantizo la más absoluta discreción, desde luego. Tiene usted mi palabra de oficial.

Fuera, en la oscuridad, caía una lluvia intensa, que golpeaba de manera intermitente la ventanilla bajada del rápido tren. Me imaginé campos, granjas achaparradas, grandes árboles mecidos por el viento rodeados de tinieblas; y pensé que aquel instante —noche, tormenta, aquel pequeño mundo luminoso, lanzado, en el que estábamos confinados— nunca volvería a repetirse, y un extraño pesar me traspasó el corazón. La imaginación no tiene conciencia de lo que es inapropiado. Fonseca me miraba fijamente. Me sorprendió lo mucho que se parecía al retrato que Droeshout hizo de Shakespeare: frente abombada, mejillas cóncavas y ojos vigilantes, cautelosos. Arreglé los despachos encima de mis rodillas y los volví a introducir en la valija.

—El soldado Clegg volverá a coserlo —dije—. Es muy experto; nadie lo sabrá.

Fonseca me dirigió una mirada rara, como extraviada.

—No —dijo—, nadie lo sabrá —se volvió hacia Danny—. ¿Puedo hablar con usted?

Danny se encogió de hombros con su habitual timidez y nerviosismo, y ambos salieron al pasillo; Fonseca me volvió a mirar por encima del hombro y cerró la puerta al irse. Al poco regresó Albert Clegg.

—¿Qué pasa con el *dago*^[50], señor? —dijo—. Está en el pasillo, frente al lavabo, con Perkins. Creo que está llorando —se rio ruidosamente—. ¿Ha visto esa cosa que lleva puesta, esa cosa azul? Parece un jodido sarasa —hizo una mueca—. Excuse la expresión, señor.

Llegamos tres horas más tarde, y entramos en Edimburgo bajo un cielo encapotado y borrascoso. Envié a Clegg para que despertara a Fonseca. Regresó enseguida, muy pálido, y me dijo que sería mejor que fuera yo mismo a verlo. El portugués estaba en el suelo de su compartimiento, apretujado en el angosto espacio junto a la cama, con una gran parte de su coronilla de bardo arrancada de un disparo y

su magnífica bata azul salpicada de sangre y trozos de sesos. Una pistola se le había caído de las manos, que eran, me fijé, largas y delgadas. Más tarde, después de que los nuestros trasladaran el cadáver y limpiaran la porquería, cuando íbamos camino de regreso a Londres, le pregunté a Danny qué le había dicho Fonseca en el pasillo; torció el gesto y miró por la ventanilla el paisaje empapado por el que se deslizaba nuestro tren cargado de tropas.

—Me dijo que me amaba, y cosas así —dijo—. Me pidió que le recordara. Pura sensiblería.

Le observé cuidadosamente.

—Perkins, ¿sabías lo que iba a hacer?

—¡Oh, no, señor! —dijo, escandalizado—. De todas formas, ahora no debemos preocuparnos por eso, ¿verdad? Después de todo, estamos en guerra.

¡Qué ojos los suyos! Claros, puros, brillantes, de color castaño, con el blanco azulado y largas pestañas negras. Lo recuerdo en camiseta, de rodillas junto al cadáver de Fonseca, levantando con ternura las manos del desgraciado y cruzándolas sobre su pecho manchado de sangre.

Le pasaba a Oleg todo lo que encontraba en las valijas diplomáticas y suponía que podía interesar a Moscú; aunque no era fácil deducir si lo que escogía entusiasmaría a los camaradas o provocaría uno de aquellos silencios malhumorados que tanto prodigaban. No quiero vanagloriarme, pero creo poder decir que el servicio que presté a este respecto no fue insignificante. Con regularidad les di estimaciones actualizadas, más o menos fiables, de la disposición y disponibilidad de las diferentes fuerzas enemigas que bordeaban la frontera rusa desde Estonia al mar Negro. Les proporcioné los nombres y a menudo el paradero de los agentes extranjeros que operaban en Rusia, así como listas de activistas antisoviéticos en Hungría, Lituania, la Polonia ucraniana; no me hacía ilusiones en cuanto a la probable suerte de aquella infortunada gente. También me aseguré de que no se violaran los propios despachos de Moscú, propagando el rumor de que las valijas de los soviéticos eran trampas explosivas que estallarían en el rostro de cualquiera que las manoseara; una treta sencilla, pero sorprendentemente eficaz. Las carteras bomba de Moscú se convirtieron en el elemento básico de la mitología del Departamento, e incluso empezaron a circular historias de correos demasiado curiosos a quienes se encontró tumbados cuan largos eran bajo una avalancha de documentos hechos jirones, sin manos ni media cabeza.

Lo que más interesaba a Moscú, sin embargo, era el flujo de mensajes alemanes descifrados que salían de Bletchley Park. Tenía acceso a gran cantidad de dicho material, que pasaba por mi despacho en el Departamento, pero había obvias lagunas allí donde se habían ocultado algunas de las interceptaciones más delicadas. A instancias de Oleg, procuré que me asignasen a Bletchley como criptoanalista, y a ese

fin mencioné mi habilidad para las lenguas, mi talento para las matemáticas, la experiencia adquirida descifrando el lenguaje arcano del arte pictórico, y mi fenomenal memoria. Confieso que presumía de ser un experto al servicio de Bletchley. Pedí con insistencia a Nick que dijera unas palabras en mi favor a los misteriosos amigos que afirmaba tener en puestos elevados, pero no resultó. Empecé a preguntarme si debería preocuparme: ¿acaso centelleaba todavía aquel indicio en mi contra de mi época en Cambridge, aquella estrellita roja de cinco puntas que los investigadores de Billy Mytchett habían localizado en el firmamento de mi expediente, a pesar de la promesa de Nick de que la haría desaparecer?

Fui a preguntarle a Querell si me recomendaría para un traslado. Se reclinó en la silla, apoyó uno de sus pies largos y estrechos en la esquina de su escritorio y durante unos instantes me miró en silencio. Los silencios de Querell siempre parecían implicar risas contenidas.

—No cogen a cualquiera, ¿sabes? —me dijo—. Esa gente son los mejores... a decir verdad, son cerebros de primera. Además, se matan a trabajar, en turnos de dieciocho horas, siete días a la semana; eso no te gustaría, ¿verdad? —ya me marchaba cuando me llamó—. ¿Por qué no hablas con tu compinche Sykes? Tiene vara alta allá arriba.

Cuando le telefoneé, Alastair me pareció impreciso e histérico al mismo tiempo. Noté que no le alegraba tener noticias mías.

—Oh, vamos, Psique —le dije—, ¿no puedes abandonar ni por una hora tus crucigramas? Te invito a una pinta de cerveza.

Podía oírle respirar, y me lo imaginé mirando desesperadamente el auricular, como un conejo atrapado y pasando sus dedos rechonchos por su pelo al cepillo.

—Tú no sabes lo que parece esto, Vic. Es una condenada casa de locos.

Fui hasta allí en uno de los coches del Departamento. Casi era primavera pero las carreteras estaban peligrosas a causa del hielo. Entré muy despacio en Bletchley al tiempo que se ponía el sol en medio de una niebla glacial. La pareja de guardias de la verja tardó bastante en dejarme pasar. Eran jóvenes, estaban llenos de pústulas, tenían el cogote afeitado y aspecto enfadado, y sus gorras parecían demasiado grandes para aquellas reducidas cabezas de sienes hundidas; mientras examinaban mis papeles, con el ceño fruncido y rascándose la vellosa barbilla, hubieran podido pasar por un par de colegiales preocupados por sus deberes. Detrás de ellos los barracones se agazapaban en la niebla, y de vez en cuando lucía débilmente en una ventana la luz amarillenta de una lámpara. Alastair se reunió conmigo en la cantina, una casucha larga y baja que olía a té hervido y a grasa de freír. Unas cuantas almas solitarias estaban dispersas entre las mesas, desplomadas como monigotes sobre tazones de té y ceniceros repletos.

—Bueno, tío, aquí nadáis en la abundancia, ¿verdad?

Alastair parecía abatido. Era delgado, tenía el pecho hundido y cubría su piel una pátina grisácea, húmeda. Cuando encendió su pipa, la cerilla tembló en sus dedos.

—Es bastante rudimentario, de acuerdo —dijo, un poco malhumorado, como si fuera el director de un colegio y yo hubiera criticado sus instalaciones—. Nos han prometido mejoras, pero ya sabes lo que ocurre. El propio Churchill vino a darnos una de sus animadas charlas: el trabajo es de vital importancia, hay que enterarse de lo que piensa el enemigo, todo eso. Un tipo de cuidado, visto de cerca. No tenía ni idea de lo que en realidad hacemos aquí. Traté de explicárselo un poco, pero pude comprobar que le entraba por un oído y le salía por el otro —echó una mirada alrededor de la habitación y suspiró—. Es curioso —dijo—, lo peor es el ruido, esas condenadas máquinas traqueteando y resoplando las veinticuatro horas del día.

—Yo recibo parte del material que producís —le dije—, aunque no todo —me miró con atención—. Oye —añadí—, vamos al pub, este lugar es horroroso.

Pero el pub no era mucho mejor, aunque había chimenea. Alastair bebía la cerveza sumergiendo su labio prensil en la espuma y sorbiendo a dos carrillos el aguado y tibio brebaje, mientras la nuez subía y bajaba sin parar. Quería saber cómo iba la guerra.

—No me refiero a la propaganda que publican los periódicos. ¿Qué pasa realmente? Aquí nunca nos enteramos de nada. Maldita ironía, ¿no es cierto?

—Va a ser una guerra larga —dije—. Durará años, dicen; puede que una década.

—¡Dios mío! —sosteniéndose la frente con las manos, miraba con expresión abatida entre sus codos el trozo de mostrador con arañazos y rastros de vasos—. No lo soportaré —levantó la cabeza y miró en derredor con cautela—. Victor —susurró—, ¿cuándo crees que llegarán?

—¿Quiénes?

—Ya sabes a lo que me refiero —sonrió con preocupación—. ¿Crees que están preparados? Tú has estado allí. Si ceden...

—No cederán —dije, poniéndole una mano en el brazo—. No lo harán mientras nosotros estemos aquí para ayudarles: Boy, yo... tú.

Volvió a meter la boca en la cerveza y tomó un buen trago.

—No estoy muy seguro —dijo—. De que yo les ayude, quiero decir.

Nos quedamos allí durante una hora. Estaba claro que no hablaría de su trabajo por más pintas de cerveza que le hiciera trasegar. Me preguntó por Felix Hartmann.

—Se fue —le dije—. Regresó a la base.

—¿Por propia elección?

—No; le llamaron.

Se produjo un silencio embarazoso.

Alastair debía empezar su turno a las nueve. Cuando se bajó del taburete, trastabillaba. En el coche se dejó caer a mi lado, cruzó sus cortos brazos, y se puso a suspirar y eructar suavemente. En la verja, un nuevo destacamento de guardias, que parecían aún más jóvenes que la primera pareja, nos miró con atención y, al ver a Alastair, nos dejó pasar.

—No debieron hacer eso —dijo Alastair con voz poco clara—. Tendré que dar

parte de ellos mañana —se rio tontamente—. ¡Podríamos haber sido una pareja de espías!

Me ofrecí a dejarlo en su alojamiento —hacía ya un frío glacial y el apagón general seguía vigente—, pero insistió en que nos detuviéramos antes de llegar, pues quería mostrarme algo. Nos dirigimos a uno de los barracones más grandes. Al acercarnos a la puerta escuché, o más bien sentí, a través de las suelas de mis zapatos, un amortiguado estrépito ensordecedor. En el interior, las máquinas descodificadoras, del color del bronce, cada una de ellas tan grande como un ropero, giraban rápidamente y resonaban con una especie de cómica seriedad, como si fueran grandes animales, torpes y ridículos, alineados alrededor de la pista de un circo ejecutando sus frenéticos y monótonos números. Alastair abrió una de ellas de un tirón para mostrarme las hileras de engranajes y bielas que giraban y hacían un ruido seco.

—Nunca paran, ¿verdad? —gritó Alastair encantado.

Salimos de nuevo al aire frío, algente. Alastair perdió el equilibrio, y se habría caído de no haberlo sujetado. Por unos instantes nos aferramos el uno al otro sin soltarnos en medio de la oscuridad. Olía a cerveza, a ropa sucia y a humo de pipa.

—¿Sabes, Psique? —le dije con voz fervorosa—, ojalá pudieran encontrar un empleo para mí aquí.

Alastair volvió a soltar una risa tonta y, separándose de mí, se marchó, tambaleándose un poco.

—¿Por qué no pides el traslado? —me dijo por encima del hombro. Volvió a reírse. Pero yo no le veía la gracia.

Lo alcancé y seguimos caminando juntos a ciegas a través de la oscuridad y la niebla inmóvil.

—Cuando todo esto acabe —dijo presuntuosamente—, me iré a América y me haré famoso. ¡Sopla!, ahí está la vivienda que he usurpado.

Se metió en el barracón y encendió la luz; el interior me causó una impresión de caos y mugre. Al acordarse del apagón general, volvió a quitar la luz. De pronto, me di cuenta de que estaba harto de él, de su hastío, de su mal aliento y su aspecto vagamente angustiado. Sin embargo, nos quedamos allí, yo en la pista de ceniza y él en la más profunda oscuridad del umbral.

—Alastair —le dije—, tienes que ayudarme. Tienes que hacer algo.

—No.

Parecía un niño contumaz.

—Entonces, méteme aquí. No te comprometeré una vez esté dentro. Méteme, nada más.

Estuvo tanto tiempo callado, que me pregunté si se habría quedado dormido de pie. Luego suspiró con fuerza y pude ver vagamente que meneaba la cabeza.

—No puedo —dijo—. No es... no es solo...

Otro suspiro y, a continuación, un tremendo resoplido. ¿Estaba llorando? Muy cerca, por otro sendero, alguien a quien no pude ver pasó silbando un fragmento de la

obertura de *Tannhäuser*. Oí desvanecerse sus crujientes pisadas. Me alejé. Mientras me marchaba por el sendero, dijo a mi espalda, saliendo de la oscuridad:

—Diles que lo siento, Victor.

No obstante, alguien me ayudó. De pronto, el flujo de datos procedente de Bletchley que pasaba por mi escritorio se convirtió en un torrente, como si alguien hubiese abierto las compuertas de la fuente. Años más tarde, cuando un día me encontré por casualidad con Alastair en el Strand, le pregunté si había cambiado de parecer después de que me acercara a verle aquella tarde. Lo negó. Para entonces, ya había estado en América.

—¿Y eres famoso? —le pregunté, y asintió con la cabeza diplomáticamente y dijo que suponía que sí, en ciertos círculos especializados.

Estuvimos callados durante un rato, observando el tráfico, hasta que se volvió hacia mí, con súbito nerviosismo.

—No les hablaste de Bletchley, ¿verdad? —me dijo—. Quiero decir, que no les hablaste de las máquinas y todo lo demás, ¿no es cierto?

—¡Por Dios, Psique! —dije—, ¿por quién me tomas? Además, te negaste a cooperar, ¿recuerdas?

Fueron las filtraciones de Bletchley lo que condujo en definitiva a mi mayor triunfo, el papel que representé en la gran batalla de carros de combate del saliente de Kursk en el verano de 1943. No la aburriré con los detalles, Miss V.; es probable que aquellas antiguas luchas le parezcan tan lejanas como las guerras púnicas. Baste con decir que allí se iba a probar un nuevo modelo de carro de combate alemán, cuyos detalles llegaron vía Bletchley y pasé a Oleg. Me dijeron, y la modestia no me impedirá creerlo, que las fuerzas rusas vencieron en aquel combate trascendental, en buena medida, gracias a mi intervención. Por esa y otras contribuciones al esfuerzo de guerra soviético —he decidido no revelar algunos secretos—, fui premiado con la Orden de la Bandera Roja, una de las más altas condecoraciones soviéticas. Yo era escéptico, por supuesto, y cuando, una tarde de fines de verano, en una mesa junto a la ventana de nuestro café en Mile End Road, en medio de la broncea claridad de los últimos rayos del sol poniente, Oleg sacó una caja de madera chapucosamente fabricada y, echando una ojeada a su alrededor con cautela, la abrió y me mostró la irreal medalla —tan brillante e intacta como una moneda falsa conservada en el museo de la policía como prueba de la llamativa destreza de algún frustrado falsificador—, me sorprendió descubrir que me emocioné. Levanté la medalla de su lecho de terciopelo carmesí y, aunque tenía una idea más bien vaga de dónde se encontraba Kursk, por un momento vi la escena, como en una de aquellas viejas películas propagandísticas, chirriantes y ruidosas, que Mosfilm solía producir en serie: los carros de combate soviéticos atravesando el campo de batalla a toda velocidad, un héroe con casco en cada torreta, en medio de ráfagas de humo, y una

enorme bandera transparente ondeando en primer plano, y un coro invisible de potentes bajos cantando a voz en cuello un himno triunfal. Entonces Oleg cerró la tapa con reverencia y guardó la caja en un bolsillo interior de su traje azul brillante; no era cuestión, desde luego, de que me quedara con la medalla.

—Tal vez —dijo Oleg en voz baja, entrecortada por la nostalgia—, tal vez algún día, en Moscú...

¡Menuda esperanza, Oleg! ¡Menuda esperanza!

El 10 de mayo de 1941 (aquellos fueron tiempos de fechas significativas) fui a Oxford a ver a Vivienne. Acababa de tener a nuestro segundo hijo. El tiempo era cálido y nos sentamos al sol en el invernadero, con el recién nacido en un moisés a nuestro lado, a la sombra de una palmera en maceta; Julian, tumbado en una alfombra a nuestros pies, se entretenía con su juego de construcción.

—¡Qué agradable! —dijo Vivienne alegremente mientras recorría con la vista la escena que la rodeaba—. Casi podría creerse que formamos una familia.

La doncella nos trajo el té y Mrs. Castor no paró de entrar y salir, nerviosa, para observarnos, como si temiera que la escena familiar pudiese degenerar forzosamente en un terrible altercado, acompañado tal vez de violencia. Me preguntaba qué les habría contado Vivienne a sus padres sobre nuestro matrimonio. Puede que nada; nunca fue partidaria de dar explicaciones. El Castor Mayor, evasivo, como siempre, también se dejó ver, y, mientras se comía distraídamente una galleta, dijo que debíamos tener una conversación en serio él y yo («De negocios, claro», añadió a toda prisa mientras desviaba la mirada, nervioso), pero no aquel día, pues tenía que irse a Londres. Le ofrecí con segunda intención llevarlo en coche y contemplé con placer cómo se retorció, muerto de vergüenza, buscando una excusa comedida; la perspectiva de pasar un par de horas juntos en la carretera le hacía tan poca gracia como a mí.

—¡Cómo os envidio, hombres fuertes y valerosos —dijo Vivienne—, libres para aventuraros en lo más hondo del infierno! No me importaría contemplar cómo se queman unos cuantos edificios hasta los cimientos; estoy segura de que debe de ser tremendamente emocionante. ¿Se oyen los gritos de los moribundos, o los ahogan las sirenas de los bomberos, etcétera?

—Dicen que van a terminarse los ataques aéreos —dije—. Hitler va a atacar a Rusia.

—¿De verdad? —dijo el Castor Mayor, mientras se sacudía las migajas de galleta que le habían caído en la pechera del chaleco—. Será un alivio.

—No para los rusos —dije.

Me miró apesadumbrado. Vivienne se rio.

—¿No lo sabías, papá?, Victor es un admirador secreto de Stalin.

El Castor Mayor le dirigió una sonrisa forzada y luego se animó y se puso a

frotarse las manos sinuosamente.

—Bueno —dijo—, tengo que marcharme. Vivienne, descansa. Victor, puede que nos veamos en Londres —risita de hombre de mundo— andando a tientas como ciegos en medio del apagón general.

Puso una mano con cautela encima de la cabeza de Julian —el niño, taciturno ya, le ignoró— y se inclinó para atisbar dentro de la canastilla del recién nacido; le temblaba la punta de su larga nariz.

—Es un encanto de niña —susurró—. Preciosa, preciosa.

Luego, agitando con gracia su mano morena, nos lanzó a cada uno de nosotros una mirada vidriosa, sonriente; y se marchó, pasando de puntillas junto al recién nacido que dormía, con un dedo en los labios en una especie de extravagante pantomima. A primeras horas del día siguiente, mientras bajaba por una bocacalle de Charing Cross Road, con qué objeto nadie lo sabía ni quería hacer especulaciones, le golpeó en la frente un trozo muy grande de metralla que saltó por encima de los tejados al explotar una bomba en Shaftesbury Avenue, y murió en la acera, donde su cadáver fue descubierto por una joven profesional cuando se dirigía a casa después de una noche de trabajo en un establecimiento de Greek Street. Me imagino al pobre Max, deambulando como si tal cosa, silbando una tonada, con las manos en los bolsillos y el sombrero en el cogote, como un avejentado *flâneur*, cuya particular Belle Époque estuviera a punto de terminar de golpe a causa de un trozo de *matériel* lanzado por la Luftwaffe. Me pregunto qué hora exacta sería cuando murió; me interesa, porque a esas mismas horas de la madrugada yo también sufrí una experiencia profunda y transformadora.

El ataque de aquella noche fue la última gran incursión aérea de la guerra relámpago. Cuando volvía de Oxford, me detuvo un control policial en Hampstead Heath. Salí del coche y, de pie bajo el claro de luna, mientras el suelo temblaba bajo mis pies, recorrí con la mirada, fascinado, la ciudad medio sumergida en un mar de llamas. El fuego antiaéreo formaba una especie de tracería en el cielo, y los haces de los reflectores daban vueltas y se cruzaban, alcanzando de vez en cuando a alguno de los bombarderos, un objeto rechoncho y de aspecto cómico, reducido por la distancia al tamaño de un juguete y en apariencia suspendido en el aire por el denso haz de luz blanca como el hielo concentrado en él.

—El crepúsculo de los dioses, ¿eh, señor? —comentó a mi lado un policía incongruentemente alegre—. La catedral de Saint Paul todavía resiste, sin embargo.

Le mostré mi pase del Departamento y lo escudriñó a la luz de su linterna con afable escepticismo. Al final, empero, me dejó pasar.

—¿De verdad pretende meterse con su coche en ese infierno, señor? —dijo.

Debería haber pensado en el Bosco, en Grünewald y en Altdorfer de Ratisbona, esos grandes pintores apocalípticos, pero lo cierto es que no puedo recordar que se me ocurriera nada en particular, excepto que cuál sería el mejor camino para ir a Poland Street. Cuando llegué, después de muchas vicisitudes, y detuve el coche, caí

en la cuenta de la intensidad del ruido, que hizo que mis tímpanos vibraran dolorosamente. En la acera, miré hacia arriba y vi recortarse en dirección a Bloomsbury una estela de bombas que caían con suavidad por el haz vertical de luz de un reflector. A Blake le habrían fascinado los bombardeos aéreos. Mientras abría la puerta, se me ocurrió que nunca había visto nada tan extraño como esa llave que entraba en la cerradura. El cielo plomizo derramaba un delicado resplandor rosáceo sobre el dorso de mi mano. Dentro, toda la casa temblaba minuciosa, rápidamente, como un perro recién salido de un río helado. En el cuarto de estar del primer piso ardía una lámpara de gas, pero la habitación se hallaba vacía. Las sillas y el sofá estaban agazapados en lo que parecía un silencio preocupante, con los brazos en tensión, como si en cualquier momento pudieran levantarse y echar a correr en busca de un sitio seguro. Los ataques aéreos podían ser extremadamente tediosos, y uno de los problemas más perentorios consistía en encontrar la forma de pasar el rato. Leer resultaba difícil y, si el bombardeo caía muy cerca, era imposible escuchar música en el gramófono, no solo a causa del barullo, sino porque las sacudidas hacían que la aguja saltara de un surco a otro del disco. A veces hojeaba un libro de reproducciones de Poussin; la quietud clásica de las composiciones me relajaba, pero era consciente de lo trivial, por no decir absurdo, que sería para mí que me matasen con semejante libro en las manos (Boy siempre se reía de un médico que conoció, al que encontraron muerto de un ataque al corazón, sentado en un sillón con un libro de medicina sobre el regazo, abierto en un capítulo que versaba sobre la angina de pecho). Beber, desde luego, era una posibilidad, pero había comprobado que las resacas siempre eran peores que de costumbre a la mañana siguiente de un ataque aéreo, supongo que porque durante el sueño a los efectos de la embriaguez se sumaban los de las explosiones, los fogonazos y las sacudidas del colchón. De modo que me paseaba por el cuarto de estar, un poco desorientado, cuando llegó Danny Perkins, con pijama de percal a rayas, zapatillas y la raída bata de Boy, a la que le faltaba el cordón. Tenía los ojos hinchados y el pelo de punta. Estaba enojado.

—Dormía —dijo—, y esas malditas bombas me han despertado —parecía estar refiriéndose a las actividades de un vecino ruidoso. Estaba de pie, rascándose y mirándome con curiosidad—. ¿Has ido a ver a tu esposa?

—Acabo de tener una hija —le dije.

—Oh, eso es estupendo —echó una vaga mirada alrededor de la habitación en sombras, abrió los labios, pegajosos por el sueño, y se pasó la punta de la lengua entre los dientes, como si explorara qué había allí—. Me pregunto si habrá algún somnífero en la consulta del especialista en sífilis. Tal vez podría forzar un armario —una tremenda explosión tuvo lugar muy cerca, el suelo se combó de manera alarmante y las ventanas retumbaron y vibraron—. Escucha eso —dijo Danny, irritado, chasqueando la lengua, y por un momento pude ver con claridad lo mucho que se parecía a su madre, aunque nunca me hubiese tropezado con ella.

—¿Estás asustado, Danny? —le dije.

Consideró la pregunta.

—No —dijo—. No lo creo. No exactamente lo que tú llamarías asustado. Estoy nervioso, como otras veces.

Me reí.

—Boy debería contratarte para hablar por radio —dije—, en la emisión para Alemania. Serías un perfecto contrapunto a Lord Haw Haw^[51]. ¿Por qué no nos sentamos?, ya que no parece que ninguno de los dos vaya a poder dormir esta noche.

Danny se sentó en el sofá y yo en un sillón al otro lado de la chimenea. Había unos papeles chamuscados en la parrilla; parecían un ramillete de rosas negras como el carbón; admiré sus retorcidas formas en espiral y sus pliegues, su magnífica textura de terciopelo. Boy quemaba a menudo allí documentos comprometedores. Nunca se le ocurrió preocuparse por su seguridad.

—¿Está Boy? —pregunté.

Danny puso cara de víctima y alzó los ojos. La bata se le había abierto y la bragueta sin botones de su pijama revelaba una mancha oscura y musgosa.

—Oh, no me hables de él —dijo—. Volvió a beber y la está durmiendo arriba, roncando como un cerdo. No paro de decirle: Óyeme bien, Mr. Bannister, tendrás que dejarle tu hígado a la ciencia.

Al este de donde estábamos explotó otra ráfaga de bombas, ¡*bum, bum, buum!* Danny se había puesto pensativo.

—Cuando éramos niños —dijo—, nuestro padre solía decirnos que contáramos cuántos segundos tardábamos en oír el trueno después de un relámpago, y de esa manera sabríamos a cuántas millas de distancia estaba la tormenta. Ahora parece una tontería, ¿no es cierto? Pero le creíamos.

—¿Es así como le llamas siempre? —dije. Me miró, y volvió a concentrar la mirada mientras se recuperaba—. A Boy —añadí—. ¿Siempre le llamas Mr. Bannister?

No contestó, únicamente me dedicó una de sus típicas sonrisas astutas y lascivas.

—¿Quieres una taza de té? —me dijo.

—No.

Se hizo un silencio que pareció convertir la habitación en un estanque en calma en medio de una colosal tormenta. Danny tarareó una canción.

—Me pregunto qué sentiríamos —dije— si una bomba cayera en esta casa. Quiero decir que me pregunto si lo sabríamos unos instantes antes de que se derrumbara todo.

—Da que pensar, señor, ¿verdad?

—Sí, Danny, da que pensar.

Sonrió de nuevo con aquella inocencia tan suya.

—Dígame, señor, ¿en qué piensa en este preciso instante, aparte de preocuparse por si una bomba cae sobre nuestras cabezas?

De pronto, me pareció que se me había puesto un nudo en la garganta; me oía

tragar.

—Creo —dije— que no me gustaría morir antes de haber vivido.

Meneó la cabeza y soltó un silbido de asombro.

—Oh, eso es terrible. ¿No ha vivido usted, señor?

—Hay cosas que no he hecho.

—Bueno, eso nos pasa a todos, señor, ¿no? ¿Por qué no viene aquí y se sienta a mi lado?

—No —dije—, no les ocurre a todos. A Boy no, ni a ti tampoco, me figuro. ¿Queda sitio ahí para que me siente?

—Bueno, hay un montón de cosas que no he hecho —dijo—. Un montón de cosas.

Alargó una mano y dio unas palmaditas a la chimenea que tenía al lado. Me levanté, sintiéndome ridículamente alto y tambaleante, como si fuera sobre zancos. Más que sentarme junto a él, lo que hice fue dejarme caer sobre los almohadones, hecho un guiñapo. Danny despedía un leve olor a carne rancia; de repente, me vino a la memoria un recuerdo de la infancia: el hedor que los zorros que merodeaban por nuestra casa solían dejar en el jardín por la mañana temprano. Le besé en la boca, con cierta incomodidad (*¡tenía pelos duros como cerdas!*), y él se rio y, echando la cara hacia atrás, me miró, socarrón y divertido, y meneó la cabeza.

—¡Oh, capitán! —dijo en voz baja.

Traté de cogerle la mano, pero no funcionó. Le toqué el hombro, y me sorprendió su dureza; su dureza, y la desusada sensibilidad con que me respondieron sus músculos; me parecía estar acariciando la ijada de un caballo. Esperó, tolerante, burlón, indulgente.

—No sé... lo que haces —le dije.

Volvió a reírse, me cogió de la muñeca y dio un tirón.

—Ven aquí, pues —dijo—, y te vas a enterar.

Y lo hizo.

No se inquiete, Miss V., no habrá descripciones gráficas del acto, de cuerpos latiendo al unísono, de los gritos y los arañazos, los deliciosos relajamientos, el familiar arrebató en lugares poco corrientes, y luego la suave calma... no, no, nada de eso. Soy un caballero de la vieja escuela, reticente a tratar esa clase de cuestiones, incluso una pizca mojigato. Las bombas, desde luego, prestaron dramatismo al acontecimiento, pero, a decir verdad, esos efectos teatrales eran un poco exagerados, un poco groseramente wagnerianos, como había comprendido aquel inverosímil policía de Hampstead hacía unas horas. La ciudad temblaba, y yo también, en ambos casos como consecuencia de un ataque irresistible, aunque de características muy distintas. No tenía la sensación de estar metiéndome en terreno ajeno o desconocido. En verdad, hacer el amor con Danny fue una experiencia completamente distinta de

las frías y siempre algo ensimismadas atenciones de mi esposa, pero sabía dónde me encontraba; oh, sí, claro que lo sabía. Consideraba bastante probable que no sobreviviera a aquella noche, en que la intensidad de la pasión que estaba experimentando parecía tan capaz de aniquilarme como las bombas que llovían sobre la ciudad, pero contemplaba aquella posibilidad con absoluta indiferencia; la muerte era un celador, aburrido y un poco resentido, sentado impacientemente al otro lado de la habitación, a la espera de que Danny y yo acabáramos, para poder llevarme a hacer mi último mutis. No sentía vergüenza de las cosas que hacía y me estaban haciendo, no me embargaba la espantosa sensación de transgresión que, hasta cierto punto, había esperado. Tampoco creo que sintiese ningún verdadero placer en aquella mi primera experiencia. En realidad, me sentí poco más que un voluntario en un brutal y extraordinariamente enérgico experimento médico. Espero que Danny me perdonará la comparación, pero es exacta, esa es la verdad. En posteriores encuentros me infligió tan exquisitos y dulces tormentos, que habría llorado a sus pies pidiendo más —en particular, sentía una presión en la base de la lengua, una extática y, hasta cierto punto, alarmante sensación de ahogo, que solo Danny podía producirme—, pero en aquella ocasión, mientras caían las bombas y millares de personas morían a nuestro alrededor, yo era el espécimen diseccionado, y él, el encargado de la vivisección.

Después —qué lástima, en cierto modo, que siempre tenga que haber un después— Danny hizo una olla de té muy cargado y nos sentamos a beberlo en la cocina; llevaba puesta mi chaqueta, cuyas mangas le venían demasiado largas, y yo iba envuelto en la bata gris de Boy, avergonzado y ridículamente satisfecho de mí mismo; al alba sonó el final de la alarma, y descendió sobre nosotros una especie de silencio clamoroso, como si una enorme lucerna se hubiese estrellado en alguna parte, muy cerca, y se hubiese roto en mil pedazos.

—Este ataque aéreo no ha estado nada mal —dijo Danny—. No creo que después de eso haya quedado mucho en pie.

Me quedé de piedra. De hecho, no es exagerado afirmar que me sentía ofendido. Era la primera vez que hablaba desde que dejamos el sofá, y lo único que se le ocurría era aquella horrible banalidad. ¡Qué me importaba que el reino entero hubiera sido reducido a un montón de escombros! Le observé con enfurruñada curiosidad y una creciente sensación de resentimiento, esperando en vano que se diera cuenta de la trascendencia de aquel momento. Es una reacción que, en años posteriores, iba a ver a menudo en otros primerizos. Te miran y piensan: ¿cómo puede estar ahí sentado, tan disciplente, tan impasible, tan pendiente de las banalidades de la vida cotidiana, cuando acaba de ocurrirme una cosa tan asombrosa? Cuando he obtenido mucho placer de ellos, o son muy guapos, o están casados y se muestran ansiosos (escribo todo esto en tiempo presente, lo cual resulta completamente inapropiado, me doy cuenta), trato de aparentar, por su bien, que también siento que ha ocurrido algo importante y capaz de transfigurarnos, después de lo cual ninguno de los dos volverá a ser el mismo. Y es cierto, para ellos ha sido una revelación, una transformación, una

luz fulgurante que los ha arrojado al polvo del camino; para mí, sin embargo, ha sido solo un... Bueno, no utilizaré la palabra, que, en cualquier caso, estoy seguro de que Miss V. cree que solo se puede aplicar correctamente suponiendo que ese término sea apropiado, a lo que ella y su fontanero, o lo que sea, lo he olvidado, hacen los sábados por la noche en su sofá cama después de regresar del pub.

Inmediatamente, al igual que un viejo libertino demasiado complaciente, procuré iniciar a Danny en lo que solía llamarse los más refinados placeres de la vida. Le llevé... —¡Dios mío!, me abraso de vergüenza al pensar en ello—, le llevé al Instituto y le hice aguantar mis conferencias sobre el segundo período romano de Poussin, sobre Claude Lorrain y el culto al paisaje, o sobre François Mansart y el barroco francés. Mientras hablaba, su atención decaía de acuerdo con una pauta que tenía tres fases distintas. Durante los primeros cinco minutos, poco más o menos, permanecía muy erguido en su asiento con los brazos cruzados sobre el pecho, observándome con la concentración de un perro de caza a punto de cobrar una presa; luego venía un largo período de creciente agitación, durante el cual estudiaba a los demás alumnos, o se inclinaba hacia la ventana para ver si pasaba alguien por el patio, o se mordía las uñas con breves y rápidos movimientos, como un joyero tallando y dando forma a una serie de piedras preciosas; después de eso, y hasta el final de la conferencia, caía en un trance de aburrimiento, con la cabeza hundida entre los hombros, los párpados caídos y los labios holgadamente separados. En tales ocasiones disimulaba mi decepción lo mejor que podía. Sin embargo, él trataba por todos los medios de mantenerse al tanto, de parecer interesado e impresionado. Después se volvía hacia mí y me decía:

—Lo que dijiste acerca del tejido griego de aquel cuadro... ese de un tipo con falda... ya sabes, el de ese fulano... era muy bueno; sí, me pareció muy bueno.

Y fruncía el ceño, asintiendo solemnemente con la cabeza, mientras se miraba las botas.

No me daba por vencido. Le di montones de libros, incluyendo, aunque con cautela, *La teoría del arte en el Renacimiento*, mi preferida entre todas mis obras. Le recomendé que leyera a Plutarco, Vasari, Pater, Roger Fry. Le regalé reproducciones de cuadros de Poussin y de Ingres para que las colgara en la pared de la pequeña recámara del dormitorio de Boy, que era su habitación particular. Le llevé a la hora del almuerzo a escuchar a Myra Hess interpretando a Bach en la National Gallery. Soportó todas esas pruebas con una especie de tolerancia compungida, riéndose de sí mismo, y de mí por mis falsas ilusiones y deseos pueriles. Un domingo por la tarde fuimos al Instituto y, tras atravesar el desierto edificio, descendimos al sótano, donde, con toda la solemnidad de un sumo sacerdote iniciando a un efebo en los misterios del culto, desenvolví mi lienzo de *Muerte de Séneca* de su sudario de arpillera y se lo mostré para que lo admirara. Prolongado silencio, luego:

—¿Por qué alardea de tetas esa mujer que está en el medio?

Las frecuentes incursiones que hicimos juntos en el mundo del espectáculo fueron

el precio que exigió por someterse a tanta cultura. A menudo tuve que acompañarle al teatro, a musicales y farsas y reposiciones de comedias. Después nos íbamos al pub y me hacía una crítica detallada de la función. Era un crítico severo. Sus censuras más mordaces las reservaba para los solistas masculinos y los chicos del coro.

—Ese es un pésimo cantante... ¿Oíste cómo trataba de dar esa nota alta al final? Patético, llamo yo a eso.

Era también muy aficionado al *music hall*, y, al menos una vez a la semana, me veía obligado a revolverme en una dura butaca del Chelsea Palace of Varieties o el Metropolitan de Edgware Road, mientras unas gordas con sombreros flexibles cantaban baladas escabrosas, y unos magos sudorosos manejaban torpemente pañuelos y pelotas de ping-pong, y unos cómicos mefistofélicos con trajes a cuadros corrían y saltaban por el escenario como si tuvieran las piernas de goma, diciendo frases de doble sentido y soltando a voz en grito latiguillos que yo no podía entender, pero que sumían al público en incontenibles arrebatos de júbilo.

Boy también tenía debilidad por el *music hall*, y nos acompañaba con frecuencia en esas excursiones por el Up West. Le encantaban el ruido y las risas, la euforia brutal de la multitud. Se removía en su asiento a mi lado y daba patadas en el suelo, aclamando a las cantantes gordas y repitiendo con ellas los estribillos, congratulándose con regocijo de los chistes verdes de los cómicos, y profiriendo silbidos de admiración a las coristas de muslos enormes, ya no tan jóvenes. Menos mal que, la oscuridad disimulaba el rictus de desprecio con que le miraba mientras se agitaba y gritaba. Otra atracción que esos lugares ejercían sobre él eran las espléndidas oportunidades que se le presentaban después de la función para ligar con jóvenes solitarios. Boy sabía lo mío con Danny, desde luego; Danny le había contado lo sucedido tan pronto como se despertó aquella mañana, atontado todavía por la bebida. Imagino que ambos se rieron. Temía, hasta cierto punto, la reacción de Boy; no sé lo que esperaba que hiciese, pero, después de todo, se suponía que Danny era su amante. No tenía que haberme preocupado. Tan pronto como se enteró, Boy bajó las escaleras con paso torpe, me estrechó en un repulsivo abrazo y me dio un beso húmedo en los labios.

—Bienvenido al Homintern, querido —dijo—. Siempre lo supe, ¿sabes? Algo vi en esos ojos enternecedores.

Y soltó una carcajada.

Lo que en realidad me preocupaba, por supuesto, era lo que pensaría Nick. Incluso la posibilidad de que se lo contase a Vivienne carecía de importancia comparada con la perspectiva de su desaprobación o, peor todavía, de su burla. Debo decir que en aquel entonces no pensé ni por un momento que me había convertido de la noche a la mañana en un marica con todas las de la ley. ¿Acaso no era un hombre casado, con dos niños? Aquella cana al aire con Danny la tomaba por una anomalía, un experimento en vivo, un exótico desenfreno que los tiempos permitían, algo por lo que habían pasado tantos otros conocidos míos en el colegio pero a lo que yo, con mi

tardanza característica, no había llegado hasta pasados los treinta años. Es verdad que estaba asustado, por no decir muerto de miedo, por la intensidad emocional y física de aquellas nuevas experiencias, pero también es cierto que podía tomarlo, sin más, como otro síntoma del desasosiego general de aquellos tiempos extraordinarios que vivíamos. Supongo que ese era el tipo de cosas que pensaba decirle a Nick si me lo hubiera requerido. Me veía a mí mismo en la pose de un Noël Coward, hastiado del mundo, refinado, que rechazaba vivamente sus protestas con un rápido movimiento de una invisible boquilla de ébano («¡Por Dios, querido, no seas tan convencional!»). Pero no me dijo nada. Por el contrario, guardó un silencio total, lo cual era más alarmante que cualquier expresión de aversión. No solo nunca me dijo nada, sino que tampoco dejó traslucir ni el más ligero indicio de lo que pensaba. Fue como si no se hubiera dado cuenta; en realidad, a veces me preguntaba si el asunto no le resultaría completamente incomprensible, y era eso lo que le impedía entender lo que estaba pasando y, en consecuencia, atacarme o apartarse de mí con repugnancia. Con el paso de los años, le hice patente mi verdadera naturaleza, si no con palabras, sí, desde luego, con hechos que no se podían ignorar, y llegamos a un acuerdo tácito que incluía —o, al menos, eso me parecía— no solo nuestra amistad sino mis relaciones, tal como él las imaginaba, con Vivienne y los niños y la familia Brevoort en general. Nunca puedo decidir si soy un inocente o un tonto. Ambas cosas a partes iguales, tal vez.

El día que siguió a aquella noche de revelaciones brilla en mi memoria con un llamativo resplandor alucinatorio. A media mañana, cuando Danny había regresado a su habitación para dormir —a Danny le encantaba tumbarse en la cama de día, absorto en voluptuosa comunión consigo mismo— y me preparaba para salir y enfrentarme a lo que sería, estaba convencido, una ciudad totalmente devastada, recibí una llamada telefónica de una persona cuya identidad nunca logré determinar, y de cuyo sexo no estaba seguro, pero que me pareció que era algún pariente de Brevoort, quien me informó del descubrimiento en Lisle Street, a primeras horas de la mañana, del cadáver de mi suegro, tumbado en la acera en un pegajoso charco de su propia sangre. Supuse que se había cometido algún delito grave —la postura, la sangre derramada— y pregunté si habían llamado a la policía, lo que provocó un desconcertante y quebradizo silencio al otro lado de la línea, seguido de lo que pensé que era un estallido de risa, pero que con toda probabilidad fue un sollozo, y una larga, atropellada explicación en la que las palabras *fragmentos de metralla* daban, o eso me pareció, una inapropiada nota cómica. Siguieron más llamadas telefónicas (¿cómo habían sobrevivido las líneas telefónicas a semejante noche?). Vivienne telefoneó desde Oxford. Parecía hermética y acusatoria, como si me echara la culpa, al menos en parte, de la tragedia, y tal vez lo hacía, ya que yo era el único representante inmediatamente disponible de la vasta maquinaria de guerra en la que su padre había sido atrapado y aplastado sin darse cuenta. Su madre se puso al teléfono y me dijo, en tono apremiante e incoherente, que *lo había sabido, lo había*

sabido siempre; supuse que se refería a que había previsto la muerte de Max y lo aducía como una nueva confirmación de que estaba dotada de clarividencia. Escuché sus tonterías, fingiendo de vez en cuando que la compadecía, que era lo único que me pedía; yo seguía en un estado tal de euforia, causada por mi reciente embriaguez de amor, que no podía entender nada. Recordé, con irritación, la conferencia que en aquel mismo momento me disponía a ir a dar a mi clase en el Instituto; la muerte del Castor Mayor, además de los ataques aéreos, iba a significar un serio trastorno en mis planes docentes en un futuro inmediato. Luego estaba la cuestión de mis libros: ¿tendría que buscarme un nuevo editor, o podía contar con que el prácticamente senil Immanuel Klein seguiría apoyándome como hacía su difunto socio? Lo cierto es que todo eran problemas.

Vivienne me había ordenado que buscara a Nick y le diera la noticia. No estaba en la casa y no pude ponerme en contacto con él en el Departamento. No lo localicé hasta la hora del almuerzo; lo encontré en el Hungaria, donde en un extremo del comedor una ruidosa muchedumbre comía felizmente, mientras en el otro unos camareros con delantales azules recogían los vidrios y astillas de una ventana que una de las últimas bombas de la noche anterior había alcanzado. Nick, de uniforme, estaba almorzando con Sylvia Lydon y su hermana. Me quedé en la puerta por un momento, viéndole hablar y reír, y volver la cabeza a los lados y arriba de aquella manera tan característica suya, como si quisiera retirar de la frente el lustroso mechón de pelo negro que ya no lucía, salvo en mi recuerdo (se había quedado calvo; aunque le sentaba bien, en mi opinión, era muy susceptible con aquel asunto, pues había presumido mucho de su pelo). El sol daba ya en la mesa y las chicas —Sylvia, que había adoptado una languidez felina en presencia de Nick, y Lydia, oficialmente una solterona, pero más frívola que nunca— se reían de un chiste que Nick había contado; de pronto quise volverme y marcharme rápido —podía imaginarme saliendo por la puerta de una zancada y bajando las escaleras—, dejando que algún otro extinguiera aquel frágil cuadrado de luz sobre la mesa, donde descansaba la mano de Nick, sujetando un cigarrillo de cuyo extremo se elevaba un fino penacho de humo azulenco, sinuoso, como una sucesión de interrogantes estremecedores. Nick volvió entonces la cabeza y me vio, y, aunque siguió sonriendo, había algo de titubeo en su sonrisa, de acobardamiento. Se levantó y cruzó el comedor sin dejar de mirarme, con una mano en el bolsillo y sosteniendo el cigarrillo en la otra. Cuando llegó a la puerta, donde yo me encontraba, se paró en seco, mantuvo la cabeza ladeada y me miró sonriente, tenso, inquieto, con imperturbable insolencia, todo al mismo tiempo.

—Victor —dijo, en tono cauteloso y un poco perplejo, como si yo fuera un viejo amigo, no demasiado estimado, que hubiese regresado de improviso tras una larga ausencia.

—Malas noticias, viejo —le dije.

Aquella especie de temor que había en su mirada se replegó todavía más. Se estremeció ligeramente, frunció el ceño con perplejidad, y me miró por encima del

hombro, como si esperase ver a alguien avanzando hacia él.

—Pero ¿por qué te enviaron? —dijo.

—Vivienne me pidió que te buscara.

Frunció todavía más el ceño.

—¿Vivienne...?

—Es por lo de vuestro padre... —dije—. Estaba en Londres anoche. Le alcanzó el bombardeo. Lo siento.

Se apartó un momento, a trompicones, y soltó un rápido, sibilante jadeo, que casi podía haber sido un suspiro de alivio. Di un paso adelante y puse las manos en sus brazos, por encima de los codos.

—Lo siento, Nick —volví a decirle.

Me di cuenta de que tenía una erección. Asintió con la cabeza, un poco aturdido, y, volviéndose hacia mí, apoyó la frente en mi hombro. Todavía le tenía sujeto por los brazos. Desde su mesa, las hermanas Lydon miraron con desacostumbrada solemnidad; Sylvia se levantó y observé que venía hacia nosotros a cámara lenta, iluminada alternativamente por retazos en diagonal de sol y sombra, con una mano alzada y los labios abiertos para hablar. Nick temblaba. Deseé que aquel momento no se terminara nunca.

El cadáver de Max ya había sido identificado oficialmente por aquel misterioso, incorpóreo Brevoort —¿quién *podía* ser?— con el que yo había hablado por teléfono, pero Nick se decidió a ver a su padre por última vez. Mientras estaba sentado en silencio entre las Lydon en el Hungaria —cada una de ellas le cogía una mano y las dos le miraban con lástima, en la que había, al menos por parte de Lydia, una buena dosis de lujuria—, hice otra serie de difíciles y frustrantes llamadas telefónicas a varios supuestos centros de autoridad, que dieron como resultado la admisión a regañadientes de que, si *habían* descubierto en Lisle Street el cadáver de una persona llamada Brevoort, de lo cual parecían dudar todos mis interlocutores —no habían bombardeado Lisle Street, me dijeron, y ¿cómo dijo que *se* llamaba?—, era probable que lo hubiesen llevado a la estación de Charing Cross, que aquella mañana se utilizaba como depósito de cadáveres provisional. De modo que Nick y yo subimos por Whitehall bajo el contundente sol primaveral y dejamos atrás la estatua de Carlos I, encerrada en el retrete galvanizado que le servía de protección. Por todas partes había gigantescos montones de escombros que soldados de sanidad y de la Milicia Voluntaria revolvían como si fueran traperos. En el Strand la cascada de agua de una cañería principal hacía pensar incongruentemente en Versalles. Sin embargo, la destrucción, por muy extendida que estuviese, era decepcionante, aunque parezca mentira; las calles no parecían asoladas, sino transformadas, como si estuviera en curso un vasto plan de reconstrucción. Me di cuenta de que había puesto demasiadas esperanzas en la guerra aérea; lo que a los periódicos de hoy en día les gusta llamar el

tejido social es de una resistencia deprimente.

—Es una sensación rara la que sientes cuando se ha muerto tu padre —dijo Nick—. Tú perdiste a los tuyos... ¿cómo fue?

—Espantoso. Y, sin embargo, una especie de liberación, también.

Nos detuvimos en un sitio donde se había reunido una pequeña multitud para asomarse a un cráter abierto en la calzada. Abajo, en el hoyo, dos zapadores contemplaban con consternación, rascándose la cabeza, una bomba enormemente gruesa, como una larva gigantesca, que yacía de lado medio enterrada en el barro.

—Creía que sería a mí a quien le pillaría alguna —dijo Nick—. Solía imaginarme a Max y a la pobre Ma arrastrándose para ver mis restos sanguinolentos —hizo una pausa—. No sé si podré verle —siguió diciendo—. Ya sé que estaba completamente de acuerdo en hacerlo, pero ahora me he puesto nervioso. Es terrible, ¿no?

—Casi hemos llegado —le dije.

Asintió con la cabeza y observó todavía con aire ausente a los zapadores mientras se ponían a trabajar con cautela.

—Me pregunto qué pasaría —dijo— si esa cosa explotara ahora.

—Sí, tuve el mismo pensamiento anoche.

Anoche.

—¿Nos damos cuenta de que morimos —dijo—, o no hay más que un destello y luego nada?

En la estación, un vigilante del ARP nos mandó al andén más lejano, donde los cadáveres, un gran número de ellos, estaban tendidos unos junto a otros en filas muy ordenadas bajo lonas. Una enfermera con casco de hojalata y una especie de bandolera nos acompañó a lo largo de las hileras de cuerpos. Era una mujer voluminosa, que parecía aturdida, y me recordó a Hettie tal como era en su juventud. Mientras caminábamos, iba contando los cadáveres en voz baja, hasta que por fin se abalanzó sobre una de las figuras amortajadas y retiró la lona. Max tenía una expresión preocupada, como si estuviera sumido en un complicado sueño. La marca que había dejado en su frente el impacto de la metralla era sorprendentemente pequeña y limpia; parecía más una incisión quirúrgica que una herida. Nick se arrodilló violento e incómodo, se inclinó y besó a su padre en la mejilla; cuando volvió a ponerse de pie, fingió no ver que se limpiaba los labios a hurtadillas con el dorso de la mano.

—Necesito un trago —dijo—. ¿Crees que habrá todavía algún pub abierto?

La enfermera le dirigió una fría mirada de reproche.

Pasamos el resto de la tarde tratando de emborracharnos, con escaso éxito. El Gryphon estaba abarrotado, el ambiente era de una histeria todavía mayor que de costumbre. Querell andaba por allí y vino a sentarse a nuestra mesa. Pronosticaba un derrumbamiento general de la moral, seguido inmediatamente de una anarquía generalizada y luchas intestinas.

—Habrá matanzas en las calles —dijo—, esperad y veréis.

Contemplaba la perspectiva con obvia satisfacción. Nick no le habló de la muerte de su padre. El recuerdo de Danny me venía continuamente a la cabeza, y cada vez que pensaba en él experimentaba una oculta oleada de júbilo que era aún más deliciosa por ser, dadas las circunstancias, tan bochornosa.

Más tarde telefoneó Vivienne; había venido a Londres y estaba en Poland Street.

—¿Cómo supiste dónde encontrarnos? —dije.

—Telepatía. Lo llevo en la sangre. ¿Está bien Nick?

El teléfono estaba pegajoso y me abrasaba la mano. Me preguntaba si Danny continuaría en la casa; me lo imaginé apareciendo en camiseta en la sala de estar, ya Vivienne arrellanada en el sofá —aquel sofá—, y los dos hablando largo y tendido.

—Nick no se encuentra bien —dije—. Nadie lo está.

Se calló durante un rato.

—¿Por qué estás tan contento, Victor? ¿Te ha dejado algo papá en su testamento?

Cuando Nick y yo llegamos a Poland Street, el que estaba con ella era Boy, no Danny. Se habían bebido casi una botella de champán. Boy se levantó y abrazó a Nick, con desacostumbrada torpeza. Vivienne tenía los ojos enrojecidos, pero me sonrió alegremente. Cuando dio palmaditas en el sofá, a su lado, para que me sentara, me acordé de Danny, que había hecho lo mismo la noche anterior, y aparté la mirada.

—¿Te ruborizas, Victor? —dijo—. ¿Qué *has* estado haciendo?

Boy iba de rigurosa etiqueta, a excepción de un par de zapatillas.

—Callos —dijo, levantando un pie—. Me están matando. Pero no importa, es solo la BBC, nadie se dará cuenta.

Luego llegaron Leo Rothenstein y las Lydon, acompañados por una pareja de jóvenes y desgarbados pilotos de la RAF y una mujer llamada Belinda, una rubia descolorida con extraños ojos color violeta, que afirmaba ser amiga íntima de Vivienne, aunque yo nunca la había visto. Se bajaron las persianas, por el apagón, y Boy se olvidó de la BBC y en vez de irse trajo más champán; luego alguien puso un disco de jazz y empezó la fiesta. Más tarde, me encontré a Leo Rothenstein en la cocina, conversando en broma y sin fluidez con Belinda, que a esas alturas estaba ya borracha. Me ofreció su sonrisa más autoritaria, diciendo:

—Debes de sentirte como en casa, Maskell; esto es un velatorio irlandés.

Y más tarde todavía, cuando habían llegado más invitados, me vi de nuevo atrapado por Querell, que me llevó a un rincón y me habló de religión.

—Sí, sí, el cristianismo es la religión de los esclavos, de los soldados de a pie, de los pobres y los débiles; pero, por supuesto, tú y tus amigotes del *Übermensch*, no creéis que esa clase de gente sean realmente personas, ¿verdad?

Casi no le escuchaba; me limitaba a asentir con la cabeza en los momentos en que me parecía oportuno. Me preguntaba de nuevo dónde estaría Danny —no había dejado de preguntármelo durante todo aquel día— y lo que estaría haciendo. Recordé el suave y firme tacto de su espalda y las duras cerdas que sobresalían de su labio superior, y volví a saborear en lo más recóndito de la garganta el sabor intenso, a

pescado y serrín, de su semen.

—Al menos, yo *creo* en algo —decía Querell, que había acercado su cara a la mía y me miraba con los ojos desorbitados y tambaleándose—. Al menos, yo tengo *fe*.

Danny no volvió a casa aquella noche, ni la siguiente, ni la de dos días después. Esperé mientras pude, y luego acudí a Boy. Al principio, no podía comprender qué era lo que me preocupaba, y me dijo que no debía inquietarme, que Danny sabía arreglárselas muy bien y se bastaba a sí mismo para cuidarse. Luego me miró con atención y más de cerca, se rio, aunque compasivamente, y me estrechó la mano.

—Pobre Vic —dijo—, tienes mucho que aprender; los de nuestra especie no pueden permitirse esa clase de celos.

Y la semana siguiente, cuando una tarde encontré a Boy en la cama con Danny, me quedé en la puerta sin saber qué decir, ni qué pensar. Acostado en su lado de la cama, Danny no se dio cuenta de que yo estaba allí hasta que Boy dijo alegremente: «¿Qué hay, Vic, viejo amigo?»; entonces se movió y, volviendo la cabeza, me miró por encima del hombro y sonrió medio adormilado, como si fuera alguien a quien hubiese conocido hacía mucho tiempo y del que solo conservara una impresión confusa y vagamente afectuosa. Acto seguido, algo se abrió dentro de mí durante breves instantes, algo terrible, como si hubieran abierto de par en par una ventana que diera a una vasta llanura, lejana, oscura, desierta.

III

Es hora de que hable de Patrick Quilly, en un tiempo mi bardaje, cocinero y ama de llaves. Todavía le echo de menos muchísimo. Cuando pienso en él me sulfuro a causa del remordimiento y la vergüenza, y no sé exactamente por qué. Me atormenta la pregunta de si se cayó, o se tiró, o incluso —¡Dios mío!—, si le empujaron. Cuando le conocí, trabajaba como dependiente de una joyería en la Burlington Arcade. Un día me pasé por la tienda para comprar un alfiler de corbata de plata bastante bonito que había visto en el escaparate; pretendía regalárselo a Nick con motivo de su discurso inaugural en la Cámara de los Comunes, pero acabé por dárselo a Patrick, para celebrar otro acceso, completamente impúdico, cuando aquella noche vino a mi cama. Era alto, tanto como yo, y muy apuesto, aunque ceñudo y adusto. Tenía un torso extraordinario, todo músculos, tendones elásticos y excitante vello corporal hirsuto, pero sus piernas eran cómicamente delgadas y además era patizambo, lo cual le preocupaba en especial, como descubrí cuando fui tan imprudente como para hacerle un despreocupado comentario al respecto (me puso cara larga durante todo el día y parte de la noche, pero cuando alboreaba hicimos las paces, con mucha ternura; no podría haber sido más... complaciente). Era, como yo, del Ulster —protestante, desde luego, pese a su nombre—, y se había alistado en el ejército a muy temprana edad para salir de los barrios bajos de Belfast, donde había nacido. Fue a Francia en 1940 con la Fuerza Expedicionaria; a menudo me pregunto si no pasaría por mis manos alguna de sus cartas a casa en mi calidad de censor. Cuando la invasión alemana, lo capturaron en Lovaina, y pasó el resto de la guerra en un campo de prisioneros, no demasiado desagradable, al parecer, en la Selva Negra.

Después de pasar nuestra primera noche juntos, se vino a vivir conmigo —todavía tenía el apartamento en el último piso del Instituto—, y enseguida se puso a reorganizar mi vida doméstica. Era un incansable maniático del orden, lo cual me convenía, pues yo también soy un poco obsesivo en ese aspecto (al parecer, solo hay dos modalidades de homosexual: el desastrado, como Boy, o el ermitaño, como yo). Era totalmente inculto y, por supuesto, como era habitual en mí, no pude resistirme a iniciarlo en la cultura. A decir verdad, el pobrecillo trabajó de firme, con más diligencia incluso que Danny, pero no consiguió nada, y mis amigos y colegas se burlaban de los esfuerzos que hacía. Eso le preocupaba muchísimo, y un día,

enfurecido hasta saltársele las lágrimas, rompió una licorera de cristal tallado después de que Nick se divertiera durante todo un almuerzo en el apartamento imitando su acento de Belfast y haciéndole preguntas, para dejarlo en ridículo, acerca de la pintura del siglo XVII, tema sobre el cual, por cierto, sabía aún menos que Patrick.

Patrick apreciaba mucho la ropa buena, y visitaba a menudo a mi sastre con entusiasmo y despreocupación, haciendo caso omiso del estado de mi cuenta corriente. Pero no podía resistirme a complacerlo, y, además, estaba muy atractivo con un traje bien cortado. Había muchos sitios, desde luego, adonde no podía llevarlo, pues, por muy presentable que pudiera parecer, no tenía más que abrir la boca para revelar lo que era. Eso constituía un continuo motivo de fricción entre nosotros, aunque su resentimiento se mitigó bastante cuando me arriesgué y le permití acompañarme a Palacio el día en que me otorgaron el título de caballero. Mrs. W. incluso le dirigió la palabra, y ya puede usted imaginarse el resultado. (Me pregunto a menudo, dicho sea de paso, si Mrs. W. está al corriente de su condición de icono entre la hermandad homosexual. Por supuesto, en sus buenos tiempos su madre gozaba con su papel de diosa de los maricas, y le gustaba bromear acerca de que era el único personaje real de verdad en un palacio lleno de «reinas». El sentido del humor de Mrs. W., sin embargo, no es tan liberal, aunque le guste gastar bromas, a su manera, sin reírse. ¡Dios mío, también la echo de menos!)

La llegada de Patrick marcó el comienzo de una nueva fase en mi vida —el período intermedio, podría decirse—, una época de descanso, reflexión e intenso estudio, que agradecí después de los ajetreados años de guerra. De todas formas, la escena londinense se había apaciguado de modo espectacular, en especial después de que Boy se fuera a América, aunque los relatos de sus actividades que nos llegaban del otro lado del Atlántico animaron más de una cena que de lo contrario habría sido aburrida. En general, yo estaba maritalmente contento, por más que sea incorrecto el uso del adverbio. Patrick tenía las mejores cualidades de una esposa y carecía de dos de las peores: ni era mujer, ni era fértil (me pregunto si, en estos tiempos de protesta y búsqueda de una supuesta liberación, las mujeres son del todo conscientes de hasta qué punto las odian los hombres profunda, visceral, *angustiosamente*). Me cuidaba muy bien. Era un compañero divertido, un excelente cocinero y un soberbio, aunque rutinario, amante. Era también un ingenioso alcahuete. Carente por completo de celos sexuales, me traía chicos con la cautelosa impaciencia con la que un gato deposita ratones medio masticados a los pies de su dueño. Tenía algo de *voyeur*, también, y me llevó algún tiempo vencer mi mojigatería instintiva y dejar que estuviera presente mientras yo retozaba en la cama con aquellas criaturas medio salvajes.

El personal del Instituto aceptó sin comentarios la presencia de Patrick en mi vida. Desde luego, éramos discretos a más no poder, al menos durante las horas en que las galerías estaban abiertas al público. A Patrick le encantaba dar fiestas, algunas de las cuales llegaron a ser inquietantemente ruidosas, pues sus amigos solían ser tipos muy poco refinados. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando mi resaca y yo

habíamos dejado de bregar, el apartamento estaba ordenado de nuevo, habían expulsado a los rezagados, no quedaban colillas ni cascos de cerveza vacíos, habían barrido las alfombras, y el ambiente volvía a ser tan tranquilo y sereno como el interior azulado del dormitorio de Séneca en el Poussin que tenía encima del escritorio, que ninguno de los invitados había robado, después de todo, ni roto a consecuencia de un revolcón, como había imaginado que ocurriría en mis pesadillas de borracho.

Vivienne nunca vino al apartamento. Me la encontré en Harrods un día en que me acompañaba Patrick, y, después de mascullar las presentaciones, estuvimos hablando durante unos minutos; fui el único que se sintió cohibido. Nick no se tomaba a Patrick en serio. Yo había esperado que tuviese celos... me refiero a Nick. Sí, es patético, lo sé. Patrick, por otra parte, le cogió verdadero cariño, y cuando venía de visita tenía la irritante costumbre de seguirlo a todas partes, como un perro grande, amistoso y no muy listo. No parecía importarle lo mal que le trataba Nick, Patrick siempre le perdonaba. Nick se estaba adentrando en la edad madura a un ritmo majestuoso, señorial. Había echado carnes, pero eso, que en otros habría sido una ordinariez, a él le daba un aire distinguido. Había perdido aquella belleza suave y demoníaca tan fascinante que tenía a los veinte años; para qué negarlo, parecía un típico capitoste del Partido Conservador, corpulento, vestido a rayas, con ese maravilloso brillo dorado que los muy ricos y poderosos adquieren con los años, no sé cómo. Su juvenil pomposidad, que yo solía encontrar cómica y simpática al mismo tiempo, había crecido, al igual que su físico, a un ritmo constante, hasta echar por tierra los últimos vestigios de un sentido del humor que, de todas formas, nunca había sido una de sus cualidades más acusadas. Si antes defendía sus opiniones con el entusiasmo y la certidumbre de la juventud, ahora pontificaba, acosaba a su interlocutor con la mirada fija y amenazadora del bravucón, como retándole a que se atreviese a contradecirle. Había avanzado con el paso de los años, como una caravana de un solo hombre, acumulando los preciosos bienes de la vida: dinero, poder, renombre, una esposa e hijos —dos chicas muy despiertas, una de ellas la viva imagen de su madre, y la otra de su tía Lydia—, y ahora adonquiera que fuese iba cargado con sus riquezas, como un potentado oriental que se paseara al frente de su comitiva de mujeres cubiertas con velos y esclavos cargados con fardos. No obstante, todavía le amaba, inútil, desesperadamente, sintiendo vergüenza de mí, riéndome de mí, un remilgado erudito de mediana edad que suspiraba por aquel sobrealimentado, presumido, pomposo pilar de la clase dirigente. ¡Qué engañado estaba! El amor, siempre lo he comprobado, es más intenso cuando su objeto es indigno de él.

Al final de una de aquellas juergas en el apartamento, le confesé todo a Patrick acerca de mi otra vida secreta. Se rio. No era esa la respuesta que había esperado. Me dijo que no se había reído tanto desde el día en que el comandante de su batallón recibió una ráfaga de ametralladora alemana en el trasero durante la campaña de Francia. Sabía que yo había sido alguien importante en el misterioso mundo del

Departamento, pero le pareció de lo más divertido que también hubiese trabajado para Moscú. Desde luego, sabía lo que era vivir en la clandestinidad. Me pidió todos los detalles; le emocionaron mucho, y luego, en la cama, estuvo particularmente ardiente. No debería haberle contado todas esas cosas. Me dejé llevar por el entusiasmo. Incluso le mencioné nombres: Boy, Alastair, Leo Rothenstein. Fue una tontería por mi parte, y una presunción, pero lo cierto es que disfruté de lo lindo contándoselo todo.

Patrick y yo tuvimos una disputa la noche en que murió. Esa circunstancia me causa constantes remordimientos, casi insoportables. Había habido otras peleas antes, desde luego, pero esa fue la primera y verdadera batalla campal, sin contemplaciones, que permití que estallara entre nosotros; la primera y la última. No puedo recordar cómo empezó; algo trivial, sin duda. Antes de que nos diésemos cuenta estábamos discutiendo acaloradamente, encolerizados el uno contra el otro, sumidos en un exultante arrebató de furia, como un par de amantes enloquecidos, condenados, en el clímax de una mala ópera. Ojalá hubiese sabido el destino que de verdad le esperaba a Patrick solo unas cuantas horas más tarde, pues entonces no le habría dicho aquellas cosas tan horribles, y él no se habría quedado levantado hasta altas horas de la madrugada dándole vueltas al asunto, ni se habría emborrachado con mi mejor coñac, ni habría salido tambaleante al balcón, ni se habría caído al vacío desde un cuarto piso para morir en el patio iluminado por la luna. Yo dormía cuando cayó. Ojalá pudiera contar algún ominoso sueño, o decir que me desperté con un inexplicable temor en el momento de su muerte, pero no puedo. Mientras dormía, él yacía allá abajo sobre las baldosas, con el cuello roto, sin que nadie le hubiese visto morir ni hubiera recogido su último aliento. El portero le encontró cuando estaba haciendo su ronda matinal; el ruido de sus botas en las escaleras me despertó.

—*Discúlpeme, señor, me temo que ha habido un accidente...*

Por aquel entonces, me estaban sometiendo ya a otra ronda de interrogatorios en el Departamento, y, aunque parezca extraño, eso resultó ventajoso para mí, pues Billy Mytchett y su gente deseaban tanto como yo mantener en secreto la muerte de Patrick. Creían que tras años y años de hacerme preguntas por fin iba a venirme abajo y contarlo todo, y lo que menos querían era que la *canaille* de la prensa se pusiera a husmear. De modo que alguien habló con la policía, y más tarde con el juez de instrucción, y al final no apareció en los periódicos ni una sola alusión a lo sucedido. Eso me alivió bastante; un escándalo como ese habría sido muy mal acogido en Palacio, donde todavía estaba cómoda y placenteramente instalado. Durante semanas no salí del apartamento; me daba miedo el mundo exterior. Mi secretaria, Miss McIntosh, subía todos aquellos tramos de escalera, pese a sus años y a la artritis, para llevarme comida y botellas de ginebra. Bendito sea su bondadoso corazón virginal. Sin embargo, pronto me di cuenta de que tendría que abandonar el apartamento. Había huellas de Patrick por todas partes; cómo lloré y me retorcí en la mesa de la cocina, con la frente apoyada en la mano, cuando un día cogí un vaso y descubrí sus

huellas dactilares claramente visibles en las estrías del cristal. También descubrí algo más. Cuando por fin me armé de valor para salir al balcón, me di cuenta de que el pestillo de la contraventana estaba roto de tal manera que parecía que lo habían forzado. Pregunté a Skryne si sus matones habían allanado el apartamento para registrarlo en busca de pruebas contra mí, pero me juró que nadie había estado husmeando allí. Le creí. Sin embargo, una duda persiste en mi mente: ¿encontró Patrick aquella noche a un intruso en el apartamento, algún investigador furtivo que no dejó huellas, a no ser que se tenga en cuenta el cuerpo destrozado que yacía hecho un guiñapo en medio del silencio y el claro de luna? ¿Me dejó llevar de la imaginación al pensar una cosa así? ¡Patrick, ay, mi pobre Patsy!

Cuando las hostilidades en Europa llegaron a su fin, tenía yo la graduación de comandante y había tomado parte en alguna de las más importantes ofensivas de los servicios secretos aliados durante la guerra (imagine aquí una afectada sonrisa de modestia, un ronco aclaramiento de garganta). Sin embargo, a pesar de mi diligencia, y de mis éxitos, nunca pude escalar los más altos peldaños jerárquicos del Departamento. Eso me ocasionó, lo confieso, resentimiento y humillación. Nick estaba en la cumbre, lo mismo que Querell y Leo Rothenstein, y hasta a Boy echaba a veces una mano y subía para tomar parte en las olímpicas deliberaciones del Quinto Piso. (¡Qué comedia deben de haber representado los cuatro allá arriba!) No podía comprender por qué me excluían. Hubo insinuaciones de que me consideraban bastante disoluto, que disfrutaba demasiado con los engaños, las fanfarronadas y las dobleces para que pudieran tomarme completamente en serio. Pensé que eso tenía gracia, sobre todo cuando consideraba la volubilidad de Nick, y su frecuente negligencia, en materia de seguridad. Y si pensaban que era una persona de dudosa reputación, ¿qué pasaba con Boy? No, decidí que la verdadera razón por la que me hacían el vacío sistemáticamente era una especie de castigo por mi desviación sexual. Por más que Nick nunca hubiese mencionado mi aventura con Danny Perkins, ni las muchas otras de que disfruté *après* Danny, después de todo era hermano de mi esposa y tío de mis hijos. El hecho de que él también mantuviera relaciones escandalosas — por ejemplo, los romances simultáneos que mantuvo con las hermanas Lydon antes y, algunos dicen, mucho después de su boda con Sylvia—, por lo visto, no contaba. Huelga decir que me abstuve de expresar esas quejas. No hay que gimotear. Es la primera regla de los estoicos.

Profundamente deprimido, temía que mi exclusión del Quinto Piso pudiera deberse a algo mucho más siniestro que los meros prejuicios o una palabra envenenada de Nick. Mi miedo se alimentaba de la persistencia de aquel curioso eco, débil pitido de sónar, que me pareció captar en ciertos cambios significativos durante el tiempo que serví en el Departamento. A veces me paraba en seco, como un caminante que se detiene por la noche en una carretera rural, convencido de que le

siguen, y, cuando se para, los pasos que se imagina que le siguen se detienen también. Lo más raro de todo era que no lograba discernir si aquel sombrío perseguidor que me acechaba, si es que existía, era amigo o enemigo. Llegaron a mis manos informaciones, documentos, mapas, nombres, que no deberían haber pasado por ellas; esas imprevistas, selectas *trouvailles* ponían nervioso a Oleg, aunque su codicia siempre pudo más que sus recelos. También se producía un efecto imprevisto: a veces Moscú se interesaba por determinada información, con frecuencia de escasa importancia, y de improviso la clasificaban como secreta y quedaba fuera de mi alcance. En todo esto creí detectar una pauta enigmáticamente malévola; era como si me hiciesen bailar como un títere para divertir a alguien y, por mucho que me debatiera, mis muñecas y tobillos no pudieran librarse de unas cuerdas, extremadamente delicadas y finas, que los ligaban.

Sospechaba de todo el mundo. Durante algún tiempo sospeché incluso de Nick. En plena guerra, una tarde neblinosa de riguroso invierno, mientras estaba con Oleg en Rainer's —sí, seguimos reuniéndonos allí casi hasta el final, a pesar de que se encontraba a la vuelta de la esquina del Departamento—, vi pasar por la calle a Nick a través de la grasienta ventana, y habría jurado que me reconoció, aunque no dio la menor muestra de ello, únicamente bajó el ala de su sombrero y desapareció en la niebla. Estuve sobre ascuas durante varios días, pero nada sucedió. Me dije que aquello era absurdo. ¿Cabía la posibilidad de que Nick participara del juego del gato y el ratón que sospechaba que se llevaba a cabo conmigo? ¿Tendría la sutilidad, el ingenio, para eso? No, me dije, no es posible; si Nick hubiese visto a uno de los hombres del Departamento, aun cuando *fuese* cuñado suyo, entrevistándose clandestinamente con un agente soviético —y todos conocían muy bien a Oleg por aquel entonces—, tras sacar su revólver reglamentario, habría entrado a grandes zancadas en el salón de té a la manera de Richard Hannay^[52], apartando a empujones sillas y camareras, y me habría llevado al Departamento para que se ocuparan de mí los de seguridad interna. La imagen de sí mismo que quería ofrecer Nick era la de un hombre íntegro hasta la muerte, serio, impulsivo y que no rehuía la acción.

¿Boy, entonces? No: tal vez hubiese empezado una cosa así en plan de broma, pero se habría cansado enseguida. Leo Rothenstein era un sospechoso más probable. Esa clase de juego elegantemente desdeñoso le habría gustado a un advenedizo levantino y aristócrata del dinero como él, pero no creía que tuviese la sutileza, ni tampoco la picardía, para llevarlo a cabo, a pesar de sus fiestas y sus bromas pesadas y sus *boogie-woogies* al piano. A Billy Mytchett, ni que decir tiene, ni siquiera lo tuve en cuenta. De modo que solo quedaba Querell. Habría sido muy propio de él convertirme en juguete y hacerme bailar al son que tocara, solo para divertirse. Recuerdo que una vez dijo, estando borracho, que el sentido del humor no es más que la otra cara de la desesperación; creo que eso era cierto en su caso, aunque no estoy seguro de que *humor* sea la palabra adecuada para referirse a la manera malignamente traviesa que tenía de jugar con el mundo. Desesperación tampoco es la palabra

adecuada, aunque no se me ocurre cuál puede ser. Siempre he pensado que, en realidad, no cree en nada, a pesar de que no hacía más que hablar elogiosamente de la fe, la oración y la gracia santificante.

En mis momentos de más calma aceptaba que esos miedos y sospechas eran una vana ilusión. Nadie era capaz de pensar con sensatez en aquellos últimos, frenéticos años de la guerra, y yo tenía más motivos que la mayoría para estar frenético. Mi vida se había convertido en una especie de comedia febril en la que representaba todos los papeles. Podría haber sido más soportable si se me hubiese permitido ver mi difícil situación desde un punto de vista trágico, o, al menos, serio, si pudiese haber sido Hamlet, cuyas lealtades echadas por tierra le empujan al engaño, al disimulo y a fingir la locura; pero no, yo era más bien como uno de esos payasos que entran y salen corriendo de los bastidores y se transforman sin parar; me ponía una máscara solo para quitármela enseguida y reemplazarla por otra, mientras, todo el tiempo, al otro lado de las candilejas el peor público fantasma que puedo imaginarse congratulaba con espantoso regocijo. Boy, a quien le divertía la teatralidad y el peligro de la doble vida, solía reírse de mí («¡Santo cielo, he aquí a Piernas Temblonas de nuevo con sus escrúpulos!»), y a veces tenía la impresión de que incluso Oleg se burlaba de mí por mis temores y mi cautela. Pero la mía era algo más que una doble vida. De día era marido y padre, historiador del arte, profesor, discreto y trabajador agente del Departamento; luego caía la noche y Mister Hyde salía a merodear, loco de entusiasmo, con sus oscuros deseos y los secretos de su país apretados contra el pecho. Cuando empecé a ir en busca de hombres, todo me era ya familiar: la furtiva mirada especulativa, la seña bajo cuerda, el intercambio de contraseñas, los apresurados y ardientes desahogos... todo me era familiar. Incluso el territorio era el mismo, los urinarios públicos, los siniestros pubs del extrarradio, los callejones cubiertos de basura y, en verano, los inocentes parques de ensueño de la ciudad, siempre verdes, cuya atmósfera benigna mancillé con mis susurros secretos. A menudo, cuando llegaba la hora de cerrar el pub, me decidía a acercarme furtivamente a algún soldado de rojos nudillos o un nervioso viajante de comercio con abrigo de Crombie^[53], en el George, o en el Coach, o en el Fox & Hounds, en el mismo rincón del bar donde un rato antes había estado con Oleg y le había pasado un rollo de película o un fajo de documentos del Departamento catalogados como confidenciales.

El arte era la única cosa en mi vida que no estaba mancillada. En el Instituto a veces me escabullía de mis alumnos y bajaba al sótano para desembalar algún cuadro —ninguna de las grandes piezas, ni tampoco mi *Séneca*, todavía almacenado allí, ni ninguno de los grandes Cézannes, sino un dibujo de Tiépolo, por ejemplo, o *La virgen rezando* de Sassoferrato— y bañar mis sentidos, henchidos de culpa y temor, en la serenidad y disciplina de sus trazos, entregado por completo a su insistente silencio. Ya sé, ¡quién mejor que yo para saberlo!, que el arte puede enseñarnos a ver el mundo en toda su solidez y verdad, pero por aquel entonces lo que yo buscaba con

reiteración, aunque solo fuera por espacio de un cuarto de hora, era la posibilidad de trascendencia, como un prelado que regresara cada noche al burdel. Y, sin embargo, la magia nunca funcionaba del todo. Había algo falso, algo demasiado premeditado, demasiado afectado, en aquellos momentos de intensa contemplación. Me parecía estar mirando no los cuadros en sí, sino a mí mismo contemplándolos. Y ellos, a su vez, me devolvían la mirada, ofendidos de alguna manera, y se empeñaban en negarme aquel bendito sosiego y aquella breve evasión que con tanto ahínco buscaba en ellos. Intranquilo, inexplicablemente contrariado, al final me daba por vencido, volvía a embalar la pintura y la guardaba en su sitio, a toda prisa, como si fuera culpable de alguna indecencia. Me viene a la mente el horrible pensamiento de que tal vez no entiendo nada de arte, de que lo que veo y busco en él no existe, o solo en la medida en que yo le atribuyo esa existencia. ¿Queda algo de auténtico en mí? ¿O es que el haber practicado el doble juego durante tanto tiempo me ha hecho perder mi verdadera personalidad? Mi verdadera personalidad. ¡Ah!

En aquellos años Vivienne y yo apenas nos vimos. Con el dinero que le dejó su padre se compró una casita en Mayfair, donde llevaba lo que para mí era una vida misteriosa, aunque ella se conformaba, al parecer. Tenía una tata que se ocupaba de los niños y una doncella para ella. Tenía también amigos y, me imagino, amantes; nunca hablamos de tales cosas. Aceptó mi deserción sexual sin comentarios; creo que la encontraba divertida. Nos tratábamos con cortesía, con imperturbable respeto, y siempre con cierta reserva. Nuestras conversaciones eran, más bien, intercambios de pullas crispadas como combates de esgrima entre dos amigos que se aprecian pero no se fían uno del otro. Con el paso de los años aumentó su melancolía; la cuidó como un cáncer. Los dos sufrimos nuestras pérdidas. Ella lamentó durante mucho tiempo la muerte de su padre, por más que trataba de ocultar sus sentimientos, como era propio de ella; no me había dado cuenta de lo unidos que estaban, y me asusté un poco. Su madre también murió, después de varios años de comunicación espectral con el difunto Castor Mayor. Y el pobre Freddie murió a su vez. Sobrevivió seis meses en aquel supuesto Hogar y luego sucumbió en silencio a una infección pulmonar; nunca quedó claro qué fue exactamente lo que le mató.

—Murió de pena, el pobre —me dijo Andy Wilson en el entierro—. Se consumía de añoranza, como un perro viejo al que hubieran echado de casa.

Y me dirigió una furtiva mirada maligna. Aquel día Hettie estaba más aturdida que nunca. Junto a la tumba me tiró nerviosamente de la manga y dijo en un aparte con voz ronca:

—¡Todo esto lo hemos hecho *ya*!

Creía que estábamos asistiendo al entierro de mi padre. Durante aquel invierno, una mañana se cayó en la escalinata helada de San Nicolás y se rompió una cadera. La trasladaron directamente del hospital a una clínica privada, en donde, para sorpresa de todos y no poca consternación, incluyendo la suya, me imagino, vivió cinco años más, turbada, a veces ocasionando molestias, perdida en el lejano pasado

de su infancia. Cuando por fin murió, encargué a un agente local que vendiera la casa; hay cosas que incluso un corazón tan duro como el mío no puede soportar. La tarde de la subasta leí en una biografía de Blake el relato del propio poeta de cómo, al salir de su *cottage*, la primera mañana que pasó en la dulce paz de Felpham, oyó al chico del labrador decirle a su padre: «Padre, la puerta está abierta», y sentí que, de algún modo, mi propio padre me enviaba un mensaje, aunque no sabía decir lo que significaba.

El día que llegó la noticia de la muerte de Hitler, Boy y yo fuimos a recorrer pubs. Era el Primero de Mayo. Empezamos en el Gryphon y llegamos haciendo eses al Reform, con un entreacto en un urinario público de Hyde Park, ese tan grande que hay cerca del Speakers Corner, que en años posteriores iba a ser mi terreno de caza favorito. La primera vez que fui estaba un poco intimidado, a pesar de las muchas ginebras que ya me había bebido, y no hice más que observar las entradas y salidas furtivas. Vigilé mientras Boy y un joven y fornido guardia real, de pelo rojo y orejas extraordinariamente bonitas, hacían el amor en una cabina, de una manera no demasiado satisfactoria, por lo que pude oír. Mientras yo montaba guardia, entró un individuo demacrado con impermeable y bombín y echó un vistazo en dirección a la puerta, que no cerraba bien, detrás de la cual podía oírse con claridad, entre gemidos y gritos sofocados, el flácido golpeteo de los robustos muslos de Boy contra las nalgas del joven pelirrojo. Pensé que el tipo debía ser un policía de paisano y mi corazón empezó a latir con aquel curioso, ligero compás que en años venideros llegaría a conocer tan bien en semejantes circunstancias, y cuyo origen era una mezcla de miedo, loca hilaridad y júbilo desenfrenado. Sin embargo, el merodeador resultó no ser un poli, y, después de mirar otra vez con ansia la puerta de la cabina y luego a mí, con desaliento —me tomó por un principiante, estoy seguro—, se abotonó la bragueta y se esfumó en medio de la noche. (A propósito, hacia finales de los gloriosos años cincuenta deploré enormemente la adopción universal de las braguetas con cremallera; es cierto que la cremallera facilita las cosas, sobre todo si uno está en pleno trance de *amor tremens*, pero me encantaba contemplar ese delicado gesto, como el pellizcar, que hacía la mano para desabrochar los siempre algo embarazosos botones, con el pulgar y el índice muy ocupados mientras el meñique se mantenía a distancia, todo lo cual conjuraba durante un momento, delicioso y confuso, la imagen de una nerviosa matrona de la buena sociedad que trata de coger tímidamente su taza de té.)

A la mañana siguiente me desperté en el sofá de Poland Street, ebrio y, como siempre después de una salida nocturna con Boy, lleno de una ansiedad ardiente, sin sentido. El teléfono sonó junto a mi oreja. Era Billy Mytchett, que me convocaba con urgencia. No me explicó de qué se trataba, pero parecía inquieto. Cuando entré en su despacho, se levantó, vino corriendo hacia mí desde su lado del escritorio y me

estrechó la mano con vehemencia, dando muestras de enojo y mirando más allá de mi espalda con una especie de aturdimiento nervioso. Era ya director del Departamento, pero seguía siendo un asno.

—Es de Palacio —dijo, en un susurro tenso—. Quieren... quiere... *él quiere* que vaya sin pérdida de tiempo.

—Oh, ¿es eso todo? —dije, mientras tiraba de un hilo suelto del puño de la camisa; me sorprendió lo mucho que echaba de menos el uniforme. Pensé mencionarle a Billy que la reina era pariente mía, pero no recordaba si ya se lo había dicho y no deseaba que pareciera que insistía sobre el parentesco—. Probablemente, se trata de esos condenados dibujos de Windsor, que se supone que todavía le estoy catalogando.

Billy negó con la cabeza; nervioso, hirsuto y deseoso, como siempre, de congraciarse con todo el mundo, me recordaba a un perro, aunque nunca pude decidir de qué raza exactamente.

—No, no —me dijo—, no. Quiere que vayas a hacerle una misión personal —abrió los ojos de par en par—. Muy delicada, según él.

—¿Adónde?

—A Alemania, viejo... a la maldita Baviera. ¿Qué le parece, eh?

Me asignaron un coche del Departamento, con chófer, para llevarme a Palacio, lo que da una idea, en aquellos tiempos de severo racionamiento de gasolina, de lo mucho que había impresionado a Billy aquella llamada real. Mi conductor nos llevó hasta la verja de la Guardia Montada, donde un guardia bastante bruto, pero bien parecido, con gorro alto de piel negra y todo lo demás, miró con desdén mi pase y nos indicó con la mano que entráramos. Todo aquello me parecía particularmente familiar, y pronto me di cuenta de la causa: me traía a la memoria el día, hacía más de una década, en que me llevaron en coche al patio del Kremlin para entrevistarme, eso creía yo, con el Padre del Pueblo. Todas las antecámaras del poder se parecen. No es que el Palacio tuviera, la verdad, mucho poder, aunque Su Majestad todavía conservaba —o eso creía, en cualquier caso— bastante más influencia de la que hoy tiene su hija, Mrs. W. Ya sé que no se le tiene gran estima, pero, en mi opinión, era uno de nuestros recientes monarcas más sagaces.

—Sería terrible —dijo— que los laboristas ganaran las elecciones, como parece cada vez más probable.

Estábamos en una de las grandes, glaciales salas de espera que son una de las características más deprimentes de ese deprimente palacio. El rey estaba de pie junto a la ventana, con las manos entrelazadas por detrás, y miraba con el ceño fruncido los jardines de Palacio, rebosantes de la acuosa luz del sol. En una gran chimenea ardía un minúsculo fuego de carbón, y sobre la repisa había un jarrón con narcisos marchitos. Volvió la vista hacia mí por encima del hombro.

—¿Qué piensa, Maskell? Parece usted conservador, ¿lo es?

Me senté, con exquisita incomodidad, en una delicada silla dorada estilo Luis XV, con las piernas cruzadas y las manos una encima de la otra sobre la rodilla, por lo que debía de parecer bastante remilgado, imagino, aunque no creía que pudiera comportarme mejor, dadas las circunstancias: silla diminuta, miembros helados, proximidad del soberano. Su Majestad mostraba aquella actitud informal, de tratémosnos sin cumplidos, que siempre me resultaba difícil de seguir.

—Creo tener más de liberal que de conservador, Majestad —le dije. Su ceja izquierda se elevó rápidamente—. En cualquier caso, soy leal —añadí.

Volvió a la ventana, con el ceño más fruncido todavía; no era, me dije con melancolía, un comienzo de audiencia propicio.

—Por supuesto, el país ha perdido su rumbo —dijo con irritación; su tartamudeo apenas se notaba cuando estaba tan preocupado—. ¿Cómo no iba a ser así, después de lo que hemos tenido que soportar en estos últimos cinco años? La verdad, a menudo pienso que no es la guerra en sí, sino sus consecuencias, lo que más profundamente nos ha alterado. Las mujeres en las fábricas, por ejemplo. Oh, las he visto con pantalones, fumando cigarrillos y muy insolentes. Dije desde el principio que nada bueno saldría de todo esto, ¡y ya ve a dónde hemos ido a parar!

Se sumió en un silencio pensativo. Esperé, conteniendo la respiración. El rey llevaba un terno de tweed liso, de corte impecable, y corbata con los colores de uno de sus regimientos; vaya soltura, vaya elegancia descuidada, incluso estando de mal humor; la verdad es que, no se puede superar a la realeza en cuanto a aplomo en la adversidad. Tenía cincuenta años, pero parecía mayor. El corazón debía de estar empezando a fallarle.

—Mr. Attlee —dije, sopesando cuidadosamente mis palabras— parece un hombre razonable.

Se encogió de hombros.

—Oh, Attlee es de confianza, puedo trabajar con él. Pero los que le rodean... —se retorció las manos enfadado, luego suspiró, se volvió y fue hacia la chimenea, donde apoyó un codo en la repisa y miró con resignación a un rincón lejano del techo—. Bueno, tendremos que trabajar con todos ellos, ¿no es cierto? No pretendemos darles ninguna excusa para abolir la monarquía —de pronto, bajó los ojos del techo y me miró fijamente, divertido—. ¿O sí? ¿Qué dice este liberal leal?

—No creo, Majestad —dije—, que Clem Attlee, o cualquier otro de su partido, intente, ni siquiera desee, abolir el trono.

—¿Quién sabe, quién sabe? Todo es posible en el futuro... y ellos *son* el futuro.

—Por algún tiempo, quizás —dije—. La vida de un gobierno es corta; el trono perdura —en realidad, pensar que la izquierda moderada pudiera estar en el poder durante un considerable período de tiempo me producía íntimos escalofríos. El aliento abrasador de la resaca me raspaba el gaznate como una llamarada de una estufa—. La gente es realista; no se dejará embaucar con promesas de mermelada

para todos, en particular cuando ni siquiera el pan se ha materializado todavía.

Sonrió lánguidamente.

—Eso está muy bien —dijo—. Es muy divertido.

Su mirada volvió a pasearse por el techo; corría el peligro de aburrirse. Me erguí todavía más a propósito.

—El director, Majestad, el comandante Mytchett, mencionó algo acerca de Alemania...

—Sí, sí, en efecto —cogió otra silla dorada, la puso delante de mí, se sentó con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas por detrás, y me miró muy serio—. Quiero pedirle un favor, Victor. Quiero que vaya a Baviera, a Ratisbona... ¿conoce el lugar?... y traiga algunos papeles que nos guarda un primo nuestro. Willi... nuestro primo... se ha erigido en una especie de archivero de la familia. Teníamos todos la costumbre... una mala costumbre, en mi opinión... de entregarle... documentos, etcétera, para que los custodiara; luego, claro, vino la guerra y no había forma de recobrarlos, aunque Willi hubiese estado dispuesto a devolverlos: el bueno de Willi es terriblemente posesivo cuando algo llega a su precioso archivo.

Hizo una pausa, apurado, al parecer, y se quedó inmóvil durante largo rato con la cabeza inclinada, mirándose las manos y con el ceño fruncido. Nunca se había dirigido a mí por el nombre de pila (y no volvería a hacerlo nunca más, por cierto). Me alegró, claro, y me halagó. Creo que incluso me ruboricé un poco, con decoro, espero, pero también estaba horrorizado, y bastante desconcertado. Como creo haber manifestado ya, soy un monárquico acérrimo, como lo son, en el fondo, todos los buenos marxistas, y no me gusta escuchar a un rey... bueno, *rebajándose* de esa manera. Esos papeles, pensé, deben de ser muy delicados, en verdad. Su Majestad miraba todavía sus dedos entrelazados, con el ceño fruncido e imperturbable.

—Recuerdo cuando estaba usted en Windsor —dijo—, examinando esos dibujos nuestros... A propósito, ¿ha terminado ya ese catálogo?

—No, Majestad. Es un trabajo que requiere mucho tiempo. Y estamos en guerra...

—¡Oh, Señor! Sí, sí, lo comprendo. Solo preguntaba, ¿sabe? Solo... preguntaba.

De repente, se levantó, casi saltando de la silla, que se tambaleó ligeramente sobre sus elegantes patas. Empezó a dar vueltas por la habitación delante de mí, dándose flojos puñetazos en la palma de la mano. Ver titubear a un rey es un espectáculo memorable.

—Veamos, ay, esos documentos —dijo—. Hay cartas de mi bisabuela a su hija Friederike, y algunas de mi madre a sus primos alemanes. Son solo papeles de familia, ya me entiende, pero no nos gustaría que cayeran en manos de, digamos, algún periodista americano, que no estaría obligado a permanecer callado según la ley inglesa. Por lo visto, el ejército americano ha ocupado el Schloss Altberg y lo ha convertido en una especie de centro de esparcimiento para sus tropas; espero que Willi haya tenido la cordura de guardar bajo llave las joyas de la familia; en cuanto a

cómo se las arregla con su madre, dadas las circunstancias, no quiero ni pensarlo. Le presentarán a la condesa, sin duda —tuvo un amago de escalofrío y respiró hondo, como si recordara algo doloroso—. Una persona formidable.

Le observé pasear y consideré las interesantes posibilidades de aquella misión que me iban a encomendar. Ya sé que no hubiese debido hacerlo, pero no pude resistir la tentación de hurgar un poco, con mucha suavidad, en lo que, obviamente, era una herida que parecía estar en carne viva.

—Creo que sería mejor, Majestad —dije yo despacio, en un tono de obsequiosa solicitud—, si pudiera saber con el máximo detalle posible cuáles son los papeles que Palacio tiene más interés en recuperar. He comprobado sobre el terreno —me gustó este toque profesional— que cuanto más información tiene uno, más probable es que consiga tener éxito en lo que lleva entre manos.

Exhaló un profundo suspiro, dejó de pasearse y se sentó tristemente en un sofá que había frente a la chimenea, con el nudillo del dedo índice apoyado contra sus labios apretados y mirando hacia las ventanas. Su perfil era magnífico, aunque bastante endeble. Me pregunté si tendría inclinaciones homosexuales... Todavía no he conocido a ningún miembro de la realeza que no las tenga. Pensé, sobre todo, en esos campamentos de verano para chicos de la clase obrera de los que era tan entusiasta partidario. Me di cuenta de que llevaba gruesos calcetines de lana, que parecían tejidos a mano, no muy hábilmente; quizás se los había hecho una de las princesas; la mayor, pensé, pues, por alguna razón, no podía imaginarme a la más joven ocupada con agujas y revistas con figurines. Entonces volvió a suspirar, más profundamente todavía.

—Todas las familias tienen sus problemas —dijo—, su oveja negra y sus chismes. Mi hermano... —un nuevo suspiro; sí, ya había pensado que su hermano no tardaría en aparecer—. Mi hermano se portó como un insensato en los años anteriores a la guerra. Le desconcertó de un modo terrible, ¿sabe?, la... la abdicación y todo eso; creía que la familia, y el país, le habían fallado. Supongo que quería vengarse, el pobre. Esas entrevistas con Hitler... una estupidez, una insensatez. Y fue Willi, ¿me comprende?, nuestro primo Willi, un hombre mucho más listo que el pobre Edward, quien actuó como intermediario entre los dirigentes nazis y mi hermano y su... su esposa.

Su tartamudez cada vez era más acusada.

—¿Cree Vuestra Majestad —le dije con tacto— que puede haber documentos relacionados con esos encuentros? ¿Grabaciones? ¿Incluso transcripciones?

Me echó un vistazo de tanteo, suplicante, medio avergonzado, con los ojos cerrados por la aflicción, y asintió con la cabeza.

—Sabemos que existen —dijo, en voz baja y ronca, como la de un niño a la hora de acostarse, asustado ante la perspectiva de quedarse a oscuras—. Confiamos en usted, Mr. Maskell, para recuperarlos; estamos convencidos de que es el hombre indicado; sabemos que será discreto.

Asentí a mi vez con la cabeza y fruncí el ceño profundamente para manifestar fiabilidad y determinación de perro de presa. ¡Oh, punto en boca, Majestad; punto en boca!

Volé a Alemania en un avión de carga de la RAF, sujeto precariamente con una correa a un asiento provisional entre sacas de correspondencia y cajones de cerveza que castañeteaban cual dientes ateridos. Abajo, una alucinante devastación: bosques carbonizados, campos ennegrecidos y ciudades de casas sin techo. En el aeródromo, a las afueras de Núremberg, me recibió un oficial del Servicio de Información Militar, decididamente siniestro, con bigote recortado y sonrisa demencial. Dijo llamarse capitán Smith, pero su aspecto revelaba que no contaba con que le creyese. Acogió todo lo que le dije con amargo regocijo y un escéptico tirón del bigote, asumiendo, supongo, que yo también debía de estar mintiendo acerca de mi identidad y mi destino, aunque solo fuera por hábito profesional. Tampoco es que me exigiera decirle más que lo indispensable: Smith no tardó en darme a entender la grandiosa, desdeñosa indiferencia que sentía por mí y por mi misión, fuera esta la que fuese. Tenía un jeep, en el que recorrimos a una velocidad espantosa las calles destrozadas de la ciudad hasta salir a la campiña. El sol tardío de primavera brillaba inmisericorde sobre los campos abandonados. El conductor era un cabo gordo con orejas pequeñas de lechón y hombros redondeados de niño; su cogote mal rasurado tenía arrugas de paquidermo. Siempre me han atraído los conductores; hay algo extrañamente conmovedor en esa forma resuelta, inmóvil, con que se sientan al volante, serios y hasta cierto punto majestuosos, ajenos a todo lo que no sea conducir, y con aspecto de dejar atrás las millas como si fueran tramos medidos de un invisible cable de acero. Smith y él se trataban el uno al otro con una especie de desdén colérico, bastante irónico, y no paraban de discutir en voz baja, como un matrimonio mal avenido que saliera un domingo a dar una vuelta en coche. Recorrimos los noventa kilómetros hasta Ratisbona en poco más de media hora.

—Una cosa no se le puede negar al viejo Adolf —dijo Smith—: Construía carreteras excelentes.

—Sí —dije—, en eso se parecía a los romanos.

Me sorprendí al ver que Smith se volvía hacia mí y me miraba con una expresión de mofa y fingido asombro, sin dejar de sonreír.

—¡Oh, sí —gruñó, con la voz estrangulada por una ira inexplicable—, los romanos y sus calzadas!

Llegamos a Ratisbona, una antigua y pequeña ciudad, cuyas larguiruchas torres cuadradas, muchas de ellas rematadas por enormes nidos de grullas, hacen pensar más en el norte de África que en el corazón de Europa, impresión que intensificó el hecho de que cuando llegamos una media luna moruna colgaba en el aterciopelado y rojizo cielo vespertino. Me alojé en un pequeño y sórdido hotel llamado La Cabeza

de Turco. Smith me dejó en la puerta sin miramientos, y él y el conductor se alejaron en el jeep, que hizo un ruido infernal y soltó una tremenda ventosidad por el tubo de escape al doblar la esquina de la calle inclinado sobre dos ruedas. Sin demasiado entusiasmo, cargué con mis maletas. Había soldados americanos por todas partes, en el bar, en el comedor, algunos incluso sentados en las escaleras, fumando y bebiendo y jugando ruidosamente al póquer. Su estado de ánimo era de euforia y atolondramiento; eran como niños que están muy cansados a la hora de acostarse pero se niegan a dormir. Niños, sí: aquello parecía la Cruzada de los Niños, con la diferencia de que aquel vocinglero ejército de mozalbetes sobrealimentados no sería devorado por el ogro de la podrida y vieja Europa, sino viceversa. Mas no me interprete mal: yo no odiaba a los americanos; lo cierto es que los encuentro la mar de agradables, a su manera despreocupada, cruel. En los años sesenta hice varios viajes a Estados Unidos —para dar conferencias y asesoramiento—, y en una ocasión, por inverosímil que pueda parecer, di clases durante un semestre en un *college* del Medio Oeste, donde por el día exponía ante una aula llena de alumnos, que tomaban notas con fanática diligencia, los esplendores del arte francés del siglo XVII, y por las noches salía a beber cerveza con esos mismos estudiantes, ya relajados y dóciles cual perros. Recuerdo una memorable ocasión en el Rodeo Saloon en que confraternicé con ellos hasta el punto de que decidí evocar mis viejos tiempos de espectador de *music hall* con Danny Perkins y, puesto de pie encima de una mesa, canté *Burlington Bertie*^[54] con los ademanes apropiados, lo que mereció la ruidosa, aunque sorprendida, aprobación de mis estudiantes y de media docena de vejstorios con botas vaqueras que estaban en la barra. Oh, sí, Miss V., soy polifacético. Y no fue solo el individuo americano el que se ganó mi admiración (aunque admiré bastante a uno o dos de mis alumnos, sobre todo a un joven futbolista de cutis melado, pelo rubio y extraordinarios ojos azul celeste que me sorprendió, y creo que también a sí mismo, por la desmañada intensidad de su ardor en el viejo sofá de cuero de mi despacho, encerrados bajo llave, una húmeda tarde en que una gigantesca tormenta de verano estalló estruendosamente en el campus y la lluvia caía con gran alboroto y repiqueteaba en los listones de madera de las persianas bajadas), sino el propio sistema americano, tan exigente, tan despiadado, tan desengañado en lo referente a la innata crueldad y venalidad del género humano, y al mismo tiempo tan denodada, inagotablemente optimista. Cuanta más herejía, ya lo sé, más apostasía; pronto no me quedará ninguna creencia, solo un racimo de rechazos defendidos con uñas y dientes.

En La Cabeza de Turco no podían darme de cenar: en Baviera comen al mediodía y se acuestan a las nueve. Vagué por las calles y por fin encontré un *Bierschenke* que estaba abierto; me senté y pasé allí un buen rato compadeciéndome de mí mismo, y me bebí enormes jarras de cerveza rubia y comí fuentes de horribles salchichas pequeñas que parecían excrementos de perro, secos y arrugados, atados con un cordel. Entró el capitán del avión de carga y, antes de que pudiéramos evitarlo, cruzamos nuestras miradas y, como éramos tipos bien educados, nos vimos obligados

a pasar la velada juntos. Resultó que en la vida civil, antes de estallar la guerra, había sido un investigador especializado en manuscritos medievales. Era un hombre alto y fornido, tímido, de ojos tristes, que rezumaba un aire de hastío. Años después me lo volví a encontrar, un húmedo día de verano, en la recepción que da la reina en los jardines de Palacio. Me presentó a su esposa, Lady Mary, pálida, tísica, inquieta como un galgo, de ojos muy juntos, nariz fina y risa un poco demente. No sé cómo llegamos al asunto del príncipe George —muy guapo, muy marica, muerto durante la guerra en un accidente cuando pilotaba un avión de la RAF—, pero pronto se hizo embarazosamente patente para los tres que, cuando murió el príncipe, tanto Lady M. como yo habíamos sido amantes suyos.

Aquella noche, en Ratisbona, me preguntó con su habitual timidez qué hacía en Alemania.

—Lo siento —dije—, alto secreto y todo eso.

Asintió con la cabeza, frunció el ceño y fingió no sentirse ofendido. Pasamos el resto de la velada hablando de incunables, un tema en el que estaba tediosamente bien informado.

A la mañana siguiente llegó muy temprano al hotel el capitán Smith en el jeep, conducido por el mismo chófer gordo, y me llevó a Altberg, una aldea pintoresca, colgada de manera inverosímil en la cresta de un promontorio rocoso sobre el Danubio y dominada por el castillo, un horror del siglo XIX con torreones, sin el menor interés arquitectónico. Había un puente levadizo tendido sobre una profunda hendidura en la roca, y encima del rastrillo una placa de piedra llevaba esculpido el ramillete de rosas de los Tudor. En el angosto y desproporcionado patio de armas, una pareja de perros de caza, unas bestias enormes que parecían hambrientas, aguzaron el oído y nos miraron con agresiva sorpresa. Una vez más, Smith se desembarazó de mí como quien se quita de encima algo desagradable; mientras el jeep atravesaba con gran estrépito el puente levadizo, me pareció oír detrás de mí un eco de risas burlonas.

El castillo estaba al mando de la comandante Alice Stirling, una mujer en la treintena, enérgica, de anchos hombros y mirada severa, extraordinariamente guapa, con el pelo rojo, piel muy pálida y un montón de pecas en el caballete de la nariz, lo que debería haber suavizado su expresión, pero no era el caso. La encontré desconcertantemente atractiva, yo, a quien durante años ninguna mujer había conseguido excitar; debió de ser por aquellos amplios hombros de aspecto vulnerable. Me estrechó la mano con vigor, tirándome del brazo hacia arriba y hacia abajo como si estuviera manejando la manivela de una bomba de agua; tuve la impresión de que me recibía más bien con cautela. Era de Kansas; siempre había querido visitar Europa, desde que era niña, pero había hecho falta una guerra para que su sueño se hiciera realidad; algo es algo, ¿no? De las paredes del vestíbulo de entrada, con techo de vigas, colgaba una serie de polvorientos retratos de familia, inclinados formando un ángulo agudo, como para permitir a los asombrados personajes representados en

ellos una mejor vista de las recientes e incomprensibles idas y venidas del hogar familiar en los últimos tiempos. Había algunos muebles macizos de color negro, que relucían débilmente. En medio de la habitación había una mesa de ping-pong que parecía abandonada y como avergonzada de su incongruente presencia allí.

—Sí, las instalaciones no son lo que se diría excelentes —dijo la comandante Stirling, mientras alzaba la mirada y echaba a un lado la mandíbula inferior en un gesto que quería mostrar desesperación, alegría y arrojó, todo al mismo tiempo—. No obstante, nos las arreglamos para que se lo pasen bien los chicos —aquí hizo un guiño de complicidad para subrayar el *double entendre*—. Lo importante es el espíritu, y eso nos sobra. Algunos de nuestros invitados han sido heridos de gravedad, pero eso no les impide hacer su contribución —y, sin perder el compás, añadió—: ¿Qué podemos hacer por usted, comandante Maskell?

—Preferiría hablar con el príncipe Wilhelm —dije—. El asunto es delicado. ¿Está aquí?

La comandante Stirling no se inmutó; se ladeó un poco hacia mí, como uno de los retratos que colgaban de las paredes encima de ella, con la cabeza inclinada con coquetería y la mirada perdida en algún punto del espacio situado detrás de mi hombro izquierdo; su inmutable sonrisa era cada vez más rígida, y, no obstante, parecía vibrar de algún modo, como imagino que le ocurre a una copa de vino un segundo antes de que la haga añicos el do agudo de la soprano.

—Creo —dijo con ominosa suavidad— poder contestar a cualquier pregunta que quiera hacerme.

Le mencioné por encima el archivo, los papeles reales.

—¿No le han informado de mi llegada?

La comandante Stirling se encogió de hombros.

—Alguien envió un aviso, sí —dijo—. Está en alguna parte de mi despacho.

—Tal vez —dije— deberíamos buscarlo, para que pueda volverlo a leer. Podría aclarar las cosas.

Al oír eso, soltó una risa gutural y echó la cabeza hacia atrás, lo que agitó su flequillo rojizo.

—¡Aclarar! —dijo—. ¡Caramba! A ustedes, los ingleses, no les falta sentido del humor. Todavía no he visto un comunicado de su gente que no complique más las cosas.

Sin embargo, me llevó a su despacho, una sala señorial con piso de piedra, techo esculpido y barnizado, y gigantescos muebles barrocos de imitación, todavía más execrables («¿No le gustan?», me preguntó al tiempo que hacía otra mueca con la boca y volvía a torcer la mandíbula). El aviso fue encontrado y leído; la comandante frunció el ceño y meneó despacio la cabeza, sin dar crédito a su asombro.

—Puede que los descodificadores utilizaran un libro de claves erróneo —dijo.

—He venido —le dije con delicadeza— expresamente a petición del rey. Es decir, el rey George VI. De Inglaterra.

—Sí, eso es lo que dice aquí, comandante Maskell —deseé que dejara de dirigirse a mí utilizando mi graduación. Parecía que estábamos representando una opereta de Gilbert y Sullivan—. Pero no puedo desprenderme de ningún sobre usado en este castillo sin autorización del cuartel general del ejército norteamericano en Fráncfort —sonrió mostrando los dientes—. Ya sabe cómo va esto.

—Sin duda —dije en el tono de voz más sensato que pude—, pero si el príncipe o, desde luego, su madre, que según tengo entendido es ahora la cabeza de familia, autorizase un traslado de documentos, ¿pondría usted alguna objeción?... Después de todo, son papeles privados.

La comandante Stirling dio un resoplido verdaderamente viril.

—Ya no queda nada privado en este lugar, comandante —dijo, fingiendo un acento del salvaje Oeste—, no, señoor.

El príncipe Wilhelm, me informó, y su madre, la condesa Margarete, estaban confinados en sus cuartos especiales.

—No lo llamamos arresto domiciliario, ¿me comprende?, pero digamos que no podrán ir a Inglaterra, a visitar a sus primos en el Palacio de Buckingham, durante algún tiempo. Por lo menos, hasta que nuestros muchachos del programa de desnazificación hayan terminado con ellos.

Asintió con la cabeza con un gesto de burlona solemnidad y me guiñó un ojo.

—No obstante, si pudiera hablar con el príncipe...

Desde luego, dijo; nada más fácil; ella misma me mostraría el camino. Se levantó y alisó su falda por delante, de manera que se marcaron las siluetas de los clips de sus ligeros. ¡Madre mía!, pensé, con divertida consternación, ¿será posible que esté volviendo atrás?

El príncipe tenía un fascinante parecido con un cocodrilo viejo marcado por las cicatrices de innumerables combates. Tenía el tronco grueso y corto, y unas piernas afiladas terminadas en pies tan pequeños, enfundados en unos delicados zapatos con la puntera hacia arriba, cual babuchas, que no parecía estar de pie, sino haciendo de contrapeso vertical a una robusta y rechoncha cola. Su cabeza era grande y cuadrada, curiosamente plana por delante y por los lados, y llevaba el pelo alisado con un aceite negro que le daba el brillo bruñido de la piel de un saurio, muy corto en las sienes y peinado hacia atrás. Tenía la cara picada de viruelas, escamosa y sombreada de viejas cicatrices de duelos. Llevaba monóculo, que brilló con insistencia, como una señal secreta de socorro, cuando salió tambaleante a mi encuentro, y me tendió una mano grande, con muchas sortijas y manchas en la piel, con la palma hacia abajo, como si esperara que se la besase. Tenía los modales enloquecidos y extremadamente sonrientes de un hombre que, de pronto, se encuentra a merced de gente a la que en los viejos tiempos no se habría dignado prestar atención aunque hubiese caído bajo los cascos de su caballo. Debieron de advertirle de mi llegada, pues iba vestido —

embutido sería una palabra más apropiada— con levita y pantalones a rayas, y llevaba una hilera de condecoraciones prendidas al pecho, entre las que identifiqué la Cruz de Hierro y la Orden de la Jarretera. La sala en la que me recibió, situada en la parte más alta del castillo, era un largo desván de techo bajo con dos ventanas anchas y bajas en el extremo más alejado de donde yo estaba que daban a una ladera cubierta de abetos. El suelo de madera estaba desnudo, y los escasos muebles de lance tenían el aspecto aleatorio de haber sido sacados sin ceremonias de sus ambientes habituales y colocados allí de cualquier manera.

—Bienvenido al Schloss Altberg, comandante Maskell —dijo en un inglés perfecto, sin el menor acento extranjero. Su voz era aflautada e inexplicablemente aguda, como consecuencia, me contaron más tarde, de una herida en la garganta sufrida en alguna batalla inmemorial (imaginé cotas de malla, lanzas y yelmos brillantes), y cuando hablaba sus labios parecían retraerse para mostrar sus grandes dientes amarillentos en una especie de sonrisa gruñona—. Ojalá pudiera recibirle en mi casa como es debido, pero en estos tiempos estamos todos a merced de las circunstancias.

Me estrechó la mano durante un buen rato, despacio, con solemnidad y diligencia, como un médico que tomara la temperatura y el pulso, y parecía dispuesto a seguir así indefinidamente de no haberle hecho volver a la realidad la comandante Stirling, que hizo un tajante movimiento con la mano, como un árbitro de boxeo, y de inmediato me soltó y retrocedió un paso, como si esquivara un tortazo.

—Al comandante Maskell lo han enviado aquí desde el Palacio de Buckingham —dijo la comandante Stirling con una sonrisa escéptica.

—Ah, sí —dijo el príncipe, sin ningún énfasis.

Luego nos trasladamos a otra habitación de techo bajo —antes debía de haber sido el cuarto de los niños— para entrevistarnos con la condesa. Estaba sentada en un sillón, de espaldas a la ventana; era voluminosa, con la piel apergaminada, fascinantemente fea, y olía a polvos para la cara y a encaje sucio. Parecía sacada de un cuento de los hermanos Grimm: todos los príncipes alemanes deberían tener una madre así. Me examinó al detalle, con curiosidad y desdén al mismo tiempo. A la comandante Stirling la ignoró con majestuosa indiferencia. Me preguntó por la vida en Windsor y Balmoral. Había estado muchas veces en esos lugares, desde luego, antes de... —elevó una mano, haciendo un gesto desdeñoso, como si arrojase algo por encima del hombro—, antes de todo este disparate. El príncipe había adoptado una postura heráldica detrás de la silla de la condesa, y ella torció la cabeza para mirarle con una mezcla de exasperación y desprecio, y le gritó que debía ordenar que se sirviera el almuerzo. Luego se volvió en parte hacia la comandante Stirling, pero no la miró.

—Evidentemente, si se nos permite —dijo en voz alta— recibir huéspedes en nuestro propio comedor...

La comandante se encogió de hombros y me volvió a guiñar un ojo.

Sirvieron la comida en una vasta sala con paneles de madera en paredes y techo y ventanas de montantes que daban al patio. Lacayos con librea iban y venían sin hacer más ruido que el crujido de sus zapatos, y la pareja de perros de caza andaba de un lado para otro debajo de la mesa, cogiendo las sobras caídas y poniéndose ruidosamente de cuclillas de vez en cuando para rascarse las pulgas. Comimos algo de caza fría, de venado, creó, y unas albóndigas que parecían los testículos de un gigante albino, y tan compactas y pegajosas, que, después de que las atravesara mi cuchillo, los labios de la herida volvían a cerrarse haciendo un ruido repulsivo, que recordaba a un beso. Comparecieron media docena de miembros de la familia del príncipe. Había una mujer grande, majestuosa, de pecho prominente, mejillas relucientes y mirada vidriosa como la de un mascarón de proa, que debía de ser la *Prinzessin*, y su hija adulta, una versión descolorida de su madre, de rostro blanco e inalcanzablemente distante, con trenzas rubio ceniza enrolladas a ambos lados de la cabeza como un par de auriculares. Dos chicos robustos, con el pelo muy corto, culos gordos y sin apenas cuello, eran obvia, aunque inverosímilmente, los hijos de la joven princesa. De vez en cuando, bajaban de un salto de sus sillas y se ponían a pelearse como oseznos, rodando por el suelo, y sus chillidos subían al techo de madera y volvían a bajar, haciendo un enervante ruido de chatarra. La condesa se sentaba a la cabecera de la mesa; yo estaba a su izquierda y el príncipe a su derecha, mientras que la comandante Stirling estaba desterrada en el extremo más lejano. A mi izquierda estaba un anciano muy sordo, sin identificar, que me habló en un dialecto en su mayor parte incomprensible acerca de, si le entendí correctamente, el método adecuado para matar y carnear a los jabalíes. Enfrente de mí se sentaba un joven peludo con un tic nervioso, vestido con una especie de polvoriento atuendo de clérigo, que no me dirigió la palabra y, cuando intenté hablarle, me miró con ojos desorbitados, como si fuera a levantarse de la mesa de un salto y salir corriendo. Se me ocurrió que en otros planetas podía haber organismos de tan delicado refinamiento que para ellos la vida humana, incluso la más desarrollada, parecería, sin duda, un estado de incesante angustia, demencia y miseria.

Terminado el almuerzo, o debería decir extinguido, mi sordo vecino se excusó con miradas de soslayo y refunfuños y se retiró, y el preceptor de ojos alucinados se llevó a los oseznos, seguidos por su espectral madre, que no pareció salir por la puerta, sino desvanecerse a través de ella, y la condesa se fue a dormir la siesta, tambaleándose como una góndola, apoyada en su bastón y en el brazo del príncipe, y me quedé con la comandante Stirling y los perros de caza, que ahora dormían ruidosamente... los perros, claro.

—¿Tiene algún plan, eh? —dijo la comandante mirando en derredor con jovial desdén.

Un lacayo nos volvió a llenar las copas de vino blanco del Rin y la comandante cambió de sitio para sentarse a mi lado, tan cerca, que casi me rozaba con uno de sus grandes hombros. Tenía un ligero olor acre a pino. Me imaginé que me intimidaba de

alguna vaga, cruel, irresistible manera. Me aflojé la corbata. Al descubrir que era irlandés, me dijo que Irlanda era otro de los lugares que siempre había querido visitar. Afirmó tener una abuela irlandesa. Me aproveché de eso para disertar durante un buen rato sobre los encantos de mi tierra natal. De verdad me empleé a fondo, pero en vano; cuando, con delicadeza, volví a sacar a colación el asunto de los papeles reales, me oprimió la muñeca con una mano —un instante, un burbujeo— y, ofreciéndome su sonrisa más gélida, dijo:

—Comandante Maskell, estamos esperando que Fráncfort se ponga en contacto con nosotros, ¿de acuerdo? Mientras tanto, ¿por qué no se relaja y goza de las bellezas de Baviera? —otro desenfadado guiño lascivo—. He oído decir que se hospeda en La Cabeza de Turco. Muchos de nuestros muchachos se alojan allí. Debe de ser un sitio muy animado.

Por supuesto me sonrojé.

Encontré al capitán Smith esperándome en lo alto de las escaleras que daban al patio, envuelto en su tabardo y fumando un cigarrillo; cuando subí, una ráfaga de humo se arremolinó brevemente alrededor de su cabeza, como si saliera de sus orejas. Aquella tarde, miraba con una especial ferocidad que ponía los pelos de punta.

—¿Consiguió lo que vino a buscar? —me preguntó, y sonrió de oreja a oreja, satisfecho, ante mi sombrío comportamiento.

Los perros merodeaban por el patio con aire taciturno, y en dos pequeñas ventanas en lo alto del ala opuesta a donde estábamos aparecieron las cabezas globulares de los oseznos, que se reían de nosotros con regodeo. Smith exhaló otra desigual nube de humo, se metió dos dedos en la boca y emitió un agudo silbido. Inmediatamente, el jeep cruzó la verja zumbando, describió una curva semicircular para atajar a través del patio, lo que hizo dispersar a los perros, y se detuvo al pie de la escalera con un chirrido de neumáticos humeantes. El conductor ni nos miró.

—¡Jodido pillo! —murmuró Smith, y soltó una carcajada.

Estábamos a punto de irnos cuando la princesita pálida salió sigilosamente a la escalera con sus garras de ratón enlazadas por debajo de su exiguo pecho y, con los ojos bajos y como si no se dirigiera a mí, habló en alemán, con voz tan débil que al principio apenas pude entender lo que decía. Su abuela quería hablar conmigo. Me mostraría el camino.

—Espere aquí, Smith, ¿quiere? —dije.

La princesa Rapunzel y yo subimos por un laberinto de escaleras interiores de piedra y pasillos mohosos, en silencio, a excepción del leve crujido que hacían sus enaguas. Por fin se detuvo, y levanté los ojos: allí estaba la condesa, en el rellano encima de nosotros, asomada a la barandilla envuelta en un chal de encaje y haciéndome señas en medio de la penumbra, torciendo y estirando un dedo, con movimientos ascendentes del brazo, como una de esas figuras que aparecen cuando dan las horas en un reloj de campanario. Cuando subí hasta su nivel, ya se había retirado a su habitación, con notable agilidad, por lo visto, y estaba recostada sobre

un montón de almohadas en una cama enorme y recargada. Llevaba un descolorido camisón de brocado, su chal, y una anticuada cofia. Me miró fríamente mientras yo permanecía en la puerta, sintiéndome un poco infame y, sin decir palabra, señaló con un dedo en dirección a una alacena grande y profunda que había en un rincón. La princesa me sobrepasó y fue hasta la alacena, abrió las puertas, retrocedió y volvió a juntar sobre el pecho sus manos delgadas y pálidas. Dentro de la alacena había un sólido cofre de madera con bisagras de latón y un anticuado candado; el cierre estaba asegurado, además, con dos gruesas correas de cuero bien tirantes abrochadas con firmeza. La princesa murmuró algo y salió. Desde la cama, la condesa me observaba con ojos furibundos y llorosos. Avancé hacia ella, sin dejar de mirarla a los ojos.

—*Danke schön, gnädige Gräfin* —dije, e incluso le hice una pequeña reverencia—. Sus primos de Inglaterra estarán sumamente agradecidos —pensé mencionarle mi parentesco político con los duques de Sajonia-Coburgo-Gotha, pero su mirada no era alentadora—. Le contaré a Su Majestad lo amable que ha sido.

La verdad es que nunca he sido capaz de llevar a cabo esos gestos emblemáticos —más de una vez sorprendí a Mrs. W. con esa sonrisa afectada y reprobatoria, tan característicamente suya, cuando estaba a punto de intentar algún ademán ostentoso y cortés—, y la condesa era de las que advierten las grietas más finas en el esmalte incluso de la actuación más refinada. Sin embargo, no habló, sino que me respondió por medio de una sutil transformación de su mirada, que se enturbió en cierta medida al tiempo que su rostro se llenaba como un odre de una especie de desprecio pegajoso, casi tumefacto, ante lo cual retrocedí y di un vacilante paso hacia atrás, como si de pronto pudiese salir a chorros de ella algo capaz de quemarme y dejarme ciego. Se encogió de hombros con un gesto que hizo crujir los muelles del somier.

—Mi hijo no me lo perdonará —dijo, y soltó una leve risa gutural—. Dígaselo a nuestro primo el rey.

La princesa regresó, trayendo al capitán Smith y al conductor, que se llamaba Dixon (acabo de recordarlo; hay que ver la de cosas que almacena la memoria). Smith contemplaba la escena —la princesa asustada, la condesa viuda con cofia, el cofre con los secretos de la familia— con cruel regocijo, y las cejas y el bigote le temblaban. Entre los tres levantamos el cofre, que era sumamente pesado y difícil de sujetar, y haciendo eses lo sacamos por la puerta y lo bajamos por la escalera; Smith decía palabrotas, Dixon resoplaba a causa del esfuerzo a través de sus dilatados orificios nasales de cerdo, mientras la princesa nos seguía susurrando algo guardamos nuestro botín en la parte de atrás del jeep. ¿Quién dice que no soy un hombre de acción? Esperaba a medias que la comandante Stirling bajase las escaleras a todo correr y me derribase con un placaje de rugby, pero no había ni rastro de ella; me decepcionó; la muñeca todavía me escocía donde ella la había oprimido. Cuando salíamos del patio en el jeep, miré hacia las ventanas donde los niños habían aparecido antes y vi al príncipe, que nos observaba sin inmutarse. Me pregunto en qué estaría pensando.

—Espero que no hayan levantado el puente levadizo —dijo Smith, y, tras soltar un graznido de risa frenética, le arrebató la gorra a Dixon y empezó a golpearle con ella la cabeza con mucha gracia.

En las afueras de Ratisbona hice detenerse a Dixon a un lado de la carretera para que montara guardia mientras Smith y yo abríamos el cofre con una palanqueta. Los papeles estaban clasificados con esmero dentro de unas bolsas de hule. Me encantaba la perspectiva de pasar una tarde entretenida leyendo en mi habitación de La Cabeza de Turco. Smith alzó una ceja en muda interrogación; le guiñé un ojo. Y más tarde, en un urinario público de una plaza de la ciudad, entre deliciosos aromas, tropecé con un joven rubio que llevaba un uniforme andrajoso, el cual me retuvo con una perversa sonrisa y me puso en la muñeca una mano delgada que hizo que me olvidara por completo del tacto masculino de la comandante Stirling. Afirmaba que era desertor y que había estado huyendo durante meses. Estaba demacrado, pero eso le favorecía. Cuando se arrodilló para satisfacer mis necesidades, pasé mis temblorosos dedos por su pelo espeso y mugriento, y acaricié sus pequeñas y pulcras orejas —siempre he tenido debilidad por esos órganos extraños, tan fascinantemente repulsivos si se examinan a fondo, con sus recovecos y sus delicadas volutas rosáceas, como rudimentarios genitales caídos en desuso—, y miré con los ojos desorbitados, sumido en un maravilloso aletargamiento, un rayo de sol que caía sobre el bello y reluciente moho verdoso que crecía en la pared a su espalda, encima de la atascada zanja, y todo empezó a dar vueltas en mi cabeza, la mirada furiosa de Smith, la mano escamosa del príncipe y las espaldas de muchacho de la comandante Stirling, todo daba vueltas, entre espasmos, y se hundía en las ardientes fauces del remolino.

He estado pensando sobre la palabra *maligno*. Para mí tiene especial resonancia, desde luego. Acabo de buscarla en diversos libros de referencia; la verdad es que los diccionarios están llenos de deliciosas sorpresas. Según el Oxford English Dictionary, *malignant* procede del «latín tardío *malignantem*, *malignare*, *-ari*», y la primera definición que se cita es «dispuesto a la rebeldía; desafecto, malcontento». Sin embargo, también me ha informado de que la palabra fue aplicada «entre 1641 y 1660 por los partidarios del Parlamento y la Commonwealth a sus adversarios». En otras palabras, un «maligno» era un *cavalier*, es decir, monárquico. Este descubrimiento me hizo soltar una alegre risita. Un malcontento y un monárquico. ¡Qué acomodadizo es el lenguaje! Otras definiciones son: «que tiene una influencia perniciosa»; «profundamente interesado en la desgracia de otro, o, en general, de otros»; y, por supuesto, esta vez según Chambers, «tendente a causar la muerte, o ir de mal en peor, esp. canceroso». Mr. Chambers nunca se anduvo con rodeos.

Siempre me ha producido una profunda satisfacción el poder trabajar en lugares que fueron hechos para el descanso. Cuando me fue otorgado el título de conservador de la Pinacoteca Real, justo después de mi triunfal regreso al hogar procedente de Ratisbona (Su Majestad estaba lacónicamente agradecido; yo era la modestia personificada, por supuesto), la colección del rey seguía almacenada bajo tierra en el norte de Gales, y mi primera misión consistió en supervisar el retorno de los cuadros, que iban a ser colgados de nuevo en el Palacio de Buckingham, en Windsor y en Hampton Court. Cuánto aprecio ahora los recuerdos de aquellos días de paz y placer: los murmullos en las vastas salas; la luz a lo Vermeer, una especie de gas dorado, que esparce su espléndida refulgencia hacia abajo desde sus cristales emplomados; los jóvenes sudorosos, en mangas de camisa y con largos delantales, yendo de acá para allá solemnemente como porteadores de un palanquín en el que llevan a un grande de España de Holbein o a una reina de Velázquez; y, en medio de todo ese sordo bullicio, yo, con mi tablilla con sujetapapeles y mi polvorienta lista, con los ojos alzados y adelantando un pie, *El servidor del rey atendiendo sus obligaciones*, consultado por todos, al que todos respetan, un verdadero experto. (Oh, sea condescendiente conmigo, Miss V., soy viejo y estoy enfermo, me consuela recordar mis días de gloria.)

Mi elevada posición en la Corte tenía, desde luego, otras ventajas menos trascendentales. Por entonces estaba enredado en una agotadora, muchas veces lamentable, aunque siempre estimulante, lucha por el poder en el Instituto, en el que el continuo abuso del oporto y un consecuente ataque de apoplejía de pronto habían dejado vacante el sillón de director. Le expliqué el asunto a Su Majestad y, tímidamente, le indiqué que no me opondría a que utilizara toda su influencia con los miembros de la junta de gobierno cuando fueran a elegir a su sucesor. Ese puesto era lo que siempre había pretendido obtener; era, podría decirse, la ambición de mi vida; a decir verdad, más aún incluso que por mis éxitos académicos, espero ser recordado por mi trabajo al frente del Instituto, después de que estas desavenencias actuales se hayan olvidado. Cuando me hice cargo de él, estaba moribundo, era un polvoriento refugio para profesores de universidad jubilados y expertos de escasa categoría, y una especie de gueto para judíos europeos exiliados que a menudo no estaban a la altura

de sus pretensiones intelectuales. Pronto lo puse en orden. A comienzos de la década de los cincuenta ya era reconocido como uno de los mayores... No, debo decirlo, el mayor centro de enseñanza artística de Occidente. Mis actividades como agente secreto no fueron nada en comparación con la infiltración masiva en el mundo académico del arte de los jóvenes, hombres y mujeres, cuya sensibilidad formé durante mis años en el Instituto. Si observa cualquier galería importante de Europa o América, descubrirá a mi gente en lo más alto, o si no, escalando obstinadamente las jarcias con alfanjes en los dientes.

Y, además, me gustaba el lugar, me refiero a los alrededores y al propio edificio, uno de los proyectos más inspirados de Vanbrugh, al mismo tiempo espacioso y maravillosamente adaptado a su entorno, imponente pero tolerante, delicado pero infundido de vigor varonil, un ejemplo de la mejor arquitectura inglesa. De día encontraba relajante la atmósfera de aplicación y callada erudición, la agradable sensación de verme rodeado de jóvenes cabezas inclinadas sobre libros antiguos. Mis alumnos tenían una seriedad y una delicadeza de la que carecen sus sucesores actuales. Las chicas se enamoraban de mí, los jóvenes me admiraban comedidamente. Supongo que les debía de parecer una especie de leyenda, no solo un paladín del arte, sino, si hemos de dar crédito al rumor, veterano de aquellas operaciones clandestinas que habían contribuido tanto a nuestra victoria en la guerra. Y, además, por la noche, el lugar me pertenecía, una enorme casa en la ciudad enteramente a mi disposición. Me sentaba a leer en mi apartamento del piso alto, o a escuchar el gramófono —no he mencionado mi amor por la música, ¿verdad?—, tranquilo, pensativo, mantenido en vilo, por así decirlo, gracias a ese denso silencio característico de los espacios en los que reside el gran arte. Más tarde, llegaba a casa Patrick de sus correrías nocturnas, tal vez con una pareja de jóvenes canallescós a cuestas, a los que yo soltaba en las galerías, entre cuadros espectrales, y observaba cómo retozaban y se alborotaban en el claroscuro de la luz de la lámpara como tantos faunos de Caravaggio. ¡Cómo me arriesgué, Dios mío! Cuando pienso en ello, me doy cuenta del enorme daño que podían haberme causado. Pero precisamente es en el peligro donde reside el placer.

No querría dar la impresión de que mi época en el Instituto consistió tan solo en conversaciones elevadas y juergas de baja estofa. Tenía que ocuparme de la fastidiosa administración, lo cual me llevaba mucho tiempo. Mis detractores murmuraban que era incapaz de delegar funciones, pero ¿cómo esperar que uno delegue en cretinos? En una institución como la nuestra —cerrada, vehemente, rebosante de fervor mesiánico: después de todo, estaba moldeando una generación internacional de historiadores del arte—, una sensibilidad dirigente era requisito imprescindible. Cuando me convertí en director, enseguida me dispuse a imponer mi criterio en todos los rincones del Instituto. Nada había demasiado trivial para merecer mi atención. Pienso en Miss Winterbotham. Sí, en serio. Su apellido era la menor de sus desgracias. Era una mujer alta y robusta de unos cincuenta años, de piernas como troncos de árbol, busto enorme y ojos asustados de miope, y también, por cierto, con

las manos más incongruentemente bellas y esbeltas. Su especialidad era menor: retablos barrocos del sur de Alemania, y le entusiasmaban los madrigales; creo que eran los madrigales. Vivía con su madre en una casa enorme en Finchley Road. Me imagino que nunca la había amado nadie. Disimulaba su indeleble desdicha bajo una alegría irritablemente cordial. Un día, en mi despacho, mientras discutíamos algunos asuntos poco importantes del Instituto, se vino abajo de pronto y se echó a llorar. Me quedé horrorizado, por supuesto. Estaba de pie frente a mi escritorio, indefensa, con su chaqueta de punto y su discreta falda, temblorosa y dejando escapar gruesas lágrimas de sus ojos restregados. Hice que se sentara y bebiera un poco de whisky, y después de muchas y tediosas zalamerías logré sacarle qué era lo que le ocurría. Una joven y prometedora estudiosa en el mismo campo que ella, que se había incorporado hacía poco al Instituto, se había puesto enseguida a socavar la posición de Miss Winterbotham. La vieja historia académica de siempre, pero en una versión particularmente cruel. Llamé a la joven en cuestión, hija de refugiados franceses y bastante inteligente. No negó las acusaciones de Miss Winterbotham y se rio en mi cara de esa manera felina en que se ríen las chicas francesas, convencida de que aprobaría su despiadada actuación. Su confianza estaba fuera de lugar. Por supuesto, después de la brusca marcha de mademoiselle Rogent de entre nosotros, tuve que enfrentarme con la entusiasta y muda gratitud de Miss Winterbotham, en forma de tímidos regalitos, tales como tartas caseras, y botellas de maloliente loción para después del afeitado, que le pasaba a Patrick, y, todas las Navidades, una espantosa corbata de Pink's. Con el tiempo su madre quedó incapacitada y Miss Winterbotham tuvo que abandonar su carrera para cuidar a la inválida, como solían hacer las hijas en aquel entonces. Nunca más volví a verla, y después de un año o dos las tartas de ciruela y las corbatas de seda dejaron de llegar. ¿Por qué me acuerdo de ella? ¿Por qué me molestó en hablar de ella? ¿Por qué hablo de cualquiera de ellas, de esas nebulosas figuras que se arremolinan con impaciencia, implacablemente, al final de mi vida? Aquí, en mi escritorio, a la luz de esta lámpara, me siento como Odiseo en el Hades, acuciado por sombras que me suplican un poco de calor, un poco de mi hálito vital, a fin de poder vivir de nuevo, aunque sea brevemente. ¿Qué hago aquí, perdido entre estos espectros inoportunos? Hace un momento paladeaba —no me lo imaginaba— el aroma dulzón de los caramelos de grosella negra que solía chupar en las tardes otoñales cuando regresaba a casa del colegio siguiendo la Back Road hasta Carrickdrum, de eso hace toda una vida; ¿dónde ha estado guardado ese sabor a lo largo de todos estos años? Esas cosas desaparecerán cuando yo me vaya. ¿Cómo es posible eso? ¿Cómo puede perderse tanto? Sin duda, los dioses pueden permitirse este despilfarro, pero nosotros no.

Mi mente divaga. Esto debe de ser la antecámara de la muerte.

Aquellos fueron los...

Aquellos fueron los años en que hice algunos de mis trabajos más intensos, cuando concebí y empecé a escribir mi definitiva monografía sobre Nicolas Poussin.

Terminarla me iba a llevar casi veinte años. Ciertos enanos que se esconden en el mundo académico han osado poner en duda los fundamentos eruditos del libro, pero les dispensaré el desdén silencioso que se merecen. No conozco ninguna otra obra, ni ellos tampoco, que capte de forma tan amplia, exhaustiva y —me atreveré a decir— magistral la esencia de un artista y su arte como lo hace esta. Podría decirse que me he inventado a Poussin. Con frecuencia pienso que esa es la principal función de un historiador del arte: sintetizar, concentrar, *fijar* al artista objeto de su estudio, aunar sus esfuerzos para unificar las dispares facetas del carácter, la inspiración y los logros, que forman ese singular ser que es el pintor ante su caballete. Después de mí, Poussin ya no es, no puede serlo, lo que era antes. Ese es mi poder. Soy plenamente consciente de ello. Desde el principio, desde la época en Cambridge en que supe que no podía ser matemático, vi en Poussin a un paradigma de mí mismo: la vena estoica, el afán de tranquilidad, la fe inquebrantable en el poder de transformación del arte. Le *comprendí*, como nadie más le había comprendido y como, en realidad, no llegué a comprender a ningún otro. ¡Cómo me gustaba burlarme de esos críticos —sobre todo los marxistas, qué le vamos a hacer— que gastaban sus energías buscando el significado de su obra, aquellas fórmulas ocultas sobre las cuales se suponía que había construido sus formas! La verdad es, desde luego, que su obra no tiene ningún significado. Relevancia, sí; sentimientos; autoridad; misterio —magia, si se quiere—, pero no significado. Las figuras que aparecen en la *Arcadia* no tratan de expresar ninguna fatua parábola sobre la muerte, el alma y la salvación; simplemente, *están* allí. Su significado es que están allí. Este es el hecho fundamental de la creación artística, representar algo que de otro modo no existiría. (*¿Por qué lo pintó? Porque no estaba allí.*) En los siempre cambiantes y variopintos mundos en los que me movía, Poussin era alguien singular, invariable, completamente auténtico. Por eso tenía que intentar destruirlo. ¿Qué? ¿Por qué he dicho eso? No pensaba decirlo. ¿Qué he querido decir con eso? Dejémoslo; es demasiado inquietante. Ya es tarde. Los fantasmas me rodean, farfullando. ¡Fuera!

Tal vez el resultado más significativo, en el aspecto personal, de mi ascenso en el entorno de la realeza fue que me permitió dejar de ser espía. Ya sé que todos creen que nunca lo dejé; una idea muy arraigada en la mente popular insiste en que tal cosa es imposible, en que el agente secreto está ligado a su trabajo por un juramento de sangre del que solo la muerte le liberará. Eso es pura fantasía, o la ilusión de que lo que nos imaginamos es real, si no ambas cosas a la vez. A decir verdad, en mi caso, el abandono del servicio activo fue sorprendentemente, por no decir desconcertantemente, fácil. El Departamento era una institución cuando acabó la guerra, los agentes aficionados como yo fueron incitados, con tanta amabilidad como insistencia, a despedirse. Los norteamericanos, que ahora tenían el poder, exigían que en nuestro lugar pusieran a profesionales, lacayos como ellos, a los cuales podían

tiranizar y coaccionar, no inconformistas como Boy o, en grado mucho menos pintoresco, yo. Por otra parte, éramos justo el tipo de agentes —familiares, de confianza, dedicados— que Moscú deseaba mantener en su puesto, ahora que había empezado la guerra fría, y fuimos apremiados, y a veces, en efecto, amenazados, a conservar a toda costa nuestros contactos con el Departamento. Oleg, sin embargo, fue complaciente, por extraño que parezca, cuando le dije que quería ser liberado.

—Estoy harto de este juego —le dije—, verdaderamente harto. La tensión me pone enfermo.

Se encogió de hombros, y yo insistí, quejándome de que mi trabajo durante la guerra, y las dificultades de servir a dos sistemas opuestos en su incómoda alianza contra un tercero, habían afectado de manera insufrible a mis nervios. Supongo que más bien exageraba. Terminé por prevenirle de que estaba a punto de venirme abajo. Eso era la pesadilla de Moscú, que uno de nosotros perdiera los nervios y pusiera en riesgo toda la red de espionaje. Como todos los totalitarios, sentían muy poca estima por aquellos que más les ayudaron. La verdad es que no estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa. Lo que había sentido más profundamente al terminar la guerra, lo que todos sentíamos, era una repentina sensación de abatimiento. Por lo que a mí respecta, feché el comienzo de esa depresión la mañana siguiente al anuncio de la muerte de Hitler, cuando después de toda una noche de borrachera con Boy para celebrarlo, me desperté en el sofá de Poland Street con sabor a cenizas mojadas en la boca y sintiéndome como debió de sentirse Jack el Matagigantes, cuando el tallo de habichuela se cayó con gran estrépito y el ogro antropófago yacía muerto a sus pies. Después de tales pruebas y tales triunfos, ¿qué podía ofrecernos el mundo en tiempo de paz?

—Pero esto no es paz —dijo Oleg volviéndose a encoger de hombros con apatía—. Ahora comienza la verdadera guerra.

Era una tarde de verano y estábamos en un cine en Ruislip. Acababan de encender las luces para el descanso. Recuerdo el resplandor tenue, sin sombras, que descendía del techo abovedado, el aire caliente, estancado, el tacto rasposo de la tapicería de los asientos, el muelle roto que se me clavaba en la parte posterior del muslo —supongo, Miss V., que los asientos de muelles de los cines, que se levantaban automáticamente, son de una época anterior a la suya, ¿no es cierto?— y esa extraña sensación de ingravidez amortiguada que solo se tenía en las salas cinematográficas, en aquellos tiempos de programas dobles, en los descansos entre las películas. Fue idea de Oleg que nos viésemos en cines. Ofrecían un refugio excelente, es cierto, pero la verdadera razón era que sentía una desmesurada afición por el cine, sobre todo por las fluidas comedias americanas de la época, con sus empalagosos hombres afeminados de pelo liso y brillante y sus maravillosas mujeres hombrunas con vestidos de seda, por las que suspiraba como un príncipe enfermo de amor convertido en rana, y a las que contemplaba, esas Claudettes y Gretas y Dianas, en una especie de trance angustiado, mientras flotaban delante de él en sus relucientes tanques de luz plateada. Oleg y

Patrick se habrían llevado a las mil maravillas.

—Más bien creo, Oleg —dije—, que una guerra ha sido suficiente para mí; ya he aportado mi granito de arena.

Asintió tristemente con la cabeza y su gruesa papada se bamboleó a ambos lados de su cuello; entonces empezó a perorar acerca de la amenaza nuclear y la necesidad que tenían los soviéticos de apoderarse de la tecnología de las armas atómicas de Occidente. Sus palabras hicieron que me sintiera completamente anticuado; todavía no me había recuperado del asombro que me causaron las V-2.

—Eso es cosa de tu gente de América —dije yo.

—Sí, van a enviar allí a Virgilio.

Virgilio era el nombre en clave de Boy. Me reí.

—¿Qué? ¿Virgilio en América? Debes de estar bromeando.

Volvió a asentir con la cabeza; parecía haberse convertido en una especie de tic.

—Le han dicho a Cástor que busque un puesto para él en la embajada.

Volví a reírme. Cástor era Philip MacLeish, conocido también como el Escocés Terco, quien el año anterior había conseguido ser nombrado primer secretario en Washington, desde donde pasaba informes a Moscú con regularidad. Lo había visto en un par de ocasiones, durante la guerra, cuando era alguien sin importancia en el Departamento, y no me gustó, pues encontraba ridícula su solemnidad e insoportablemente pesado su fanático marxismo.

—Boy le volverá loco —dije—. Serán repatriados ambos como castigo.

Es extraña la precisión con que llegan a cumplirse las profecías que hacemos más a la ligera.

—Y supongo que quieres que los controle desde aquí, ¿no?

Me lo imaginé: las inacabables escuchas clandestinas, el rastreo de mensajes, las minuciosas conversaciones informales con visitantes americanos, todos los horribles equilibrios sobre la cuerda floja para mantener a los agentes en sus puestos en territorio extranjero.

—Pues lo siento —dije—. No puedo hacerlo.

Las luces de la casa se atenuaron y las polvorientas cortinas de felpa se descorrieron entre chirridos. Oleg no dijo nada; contemplaba con expectación la crepitación preliminar de la chirriante luz blanca al chisporrotear y bullir en la pantalla.

—Me han nombrado conservador de la Pinacoteca Real —dije—, ¿no te lo había contado? —apartó los ojos de mala gana del trasero de Jean Harlow, enfundado en raso, y me miró con incredulidad bajo el resplandor acuoso de la pantalla—. No, Oleg —dije cansinamente—, no se trata de películas, sino de pinturas^[55]. Ya sabes: arte. Trabajaré en Palacio, como brazo derecho del rey. ¿Lo entiendes? Puedes decirles a tus jefes en Moscú que dispones de una fuente de información muy próxima al trono, un antiguo agente en la misma sede del poder. Les impresionará muchísimo. Es probable que te concedan una medalla. Y yo obtendré mi libertad. ¿Qué me dices?

No dijo nada, solo se volvió a mirar la pantalla. Me piqué un poco; pensé que al menos podría haber discutido conmigo.

—Toma —le dije, y puse en su tibia y húmeda mano la cámara fotográfica en miniatura que me había dado años atrás—. De todos modos, nunca aprendí a utilizarla adecuadamente.

A la luz parpadeante de la pantalla —qué voz más áspera tenía esa tal Harlow— miró la cámara fotográfica y luego a mí, con pueril seriedad, pero siguió callado.

—Lo siento —le dije, aunque resultó una mezcla de sonidos.

Me levanté y le di un golpecito en la espalda. Hizo un intento, sin el menor entusiasmo, de estrecharme la mano, pero la retiré rápidamente, me volví y salí del local dando traspies. El ruido del tráfico en la soleada calle me pareció una especie de aclamación sardónica. Me sentía al mismo tiempo optimista y desanimado, como si al deshacerme de la pesada carga que había soportado durante años de pronto me hubiese dado cuenta de nuevo del peso, olvidado durante tanto tiempo, de mi propia y demasiado conocida, personalidad.

Al principio, no creí que Moscú me dejara ir o, al menos, no tan fácilmente. Dejando aparte cualquier otra consideración, mi vanidad se sintió herida. ¿Tan poco valía para ellos que me dejaban marchar sin más ni más? Esperé con confianza e inquietud las primeras muestras de la presión que, sin duda, ejercerían sobre mí. Me preguntaba cómo resistiría el chantaje. ¿Estaría dispuesto a arriesgar mi posición social, simplemente, para ser libre? Tal vez no debería haber roto con ellos de forma tan drástica, me dije, tal vez debería haber seguido proporcionándoles recortes del cotilleo del Departamento, que podía haber obtenido de Boy y de otros, y que, sin duda, les habrían hecho muy felices. Tenían poder para destruirme. Yo sabía que no revelarían que había trabajado para ellos —si dejaban un cabo suelto, se descubriría toda la red—, pero fácilmente podían encontrar la manera de revelar mi homosexualidad. Podría haber soportado la vergüenza pública, mas la perspectiva de ir a prisión no me hacía ni pizca de gracia. Sin embargo, pasaron los días, y las semanas, y luego los meses, y nada sucedió. Bebía mucho; hubo días en que ya estaba borracho antes de las diez de la mañana. Cuando salía a merodear por las noches, estaba más asustado que nunca; el sexo y el espionaje habían mantenido siempre una especie de equilibrio actuando de mutua tapadera. Cuando callejeaba a la espera de reunirme con Oleg, me sentía culpable, aunque también inocente, dado que era un espía, no buscaba ligue, mientras que en mis tensas vigiliadas en los sombríos umbrales de los urinarios públicos de la ciudad no era más que otro marica, no estaba traicionando los más valiosos secretos de mi país. ¿Me comprende? Cuando uno vive la clase de vida que yo he vivido, la razón llega a acuerdos bastante dudosos consigo misma.

Me preguntaba qué historia habría contado Oleg a Moscú. Tuve la tentación de ponerme en contacto con él de nuevo para preguntárselo. Me lo imaginaba en el Kremlin, de pie en medio de una de aquellas enormes y anodinas habitaciones de

suelo brillante, resollando tristemente y retorciendo el sombrero entre las manos, mientras un misterioso Politburó escuchaba desde detrás de su larga mesa y en medio de un atroz silencio cómo se excusaba por mí con torpeza. Pura fantasía, claro está. Lo más probable es que se ocupara de mi caso un tercer secretario de la embajada en Londres. No me necesitaban —nunca me necesitaron, en realidad; por lo menos, no en la forma en que yo creía—, de modo que, simplemente, cortaron el vínculo. Siempre fueron tipos prácticos, a diferencia de los locos soñadores que dirigían el Departamento. Incluso tuvieron un gesto de aprecio por mis años de leal servicio: seis meses después de aquella reunión en el Odeón de Ruislip, Oleg se puso en contacto conmigo para decirme que Moscú quería hacerme un regalo en efectivo; creo que se trataba de cinco mil libras. Rehusé —ninguno de nosotros sacó jamás ni un penique de su trabajo para los rusos— y procuré no sentirme ofendido. Le dije a Boy que había dejado la organización, pero no me creyó; sospechó que solo trataba de protegerme más a fondo, sospecha que creyó confirmar años más tarde cuando todo se vino abajo y fui el único al que llamaron para enfrentarse con el desastre.

No existía, tampoco, ningún procedimiento formal para dimitir del Departamento; simplemente, me largué, como tantos otros habían hecho durante el año anterior. Una tarde me encontré por casualidad con Billy Mytchett en un pub de Piccadilly, y ambos nos sentimos incómodos, como un par de antiguos compañeros de colegio que no se hubieran visto desde aquellos días de travesuras y líos. Me tropecé también con Querell, en el Gryphon. Aseguraba haber abandonado el Departamento antes que yo. Como siempre, me puse enseguida a la defensiva ante su leve sonrisa y aquella mirada fría y calculadora. Boy, que estaba a punto de marcharse a Washington, acababa de regresar de una tumultuosa juerga por el norte de África —en la que le había acompañado nada menos que su madre, una mujer todavía activa y extraordinariamente bella, casi tan amiga de dar escándalos como su hijo—, y Querell conocía todos los detalles; por ejemplo, que se había emborrachado durante un cóctel en una embajada en Rabat y desde una ventana se puso a mear sobre un arriate de buganvillas delante de la esposa del embajador, ese tipo de cosas.

—Parece que se pasó una tarde en el bar del Hotel Shepheard's de El Cairo contándole a todo aquel que le escuchase que durante varios años había sido espía al servicio de los rusos.

—Sí —dije—, es una vieja broma. Le gusta escandalizar.

—Si lo sacara en uno de mis libros, nadie se creería el personaje.

—Oh, no lo sé; al menos, le daría más colorido.

Me dirigió una mirada inquisitiva y se sonrió; sus tristes y desoladoras novelitas, que reflejaban el agotamiento espiritual de la época, se habían puesto de moda por fin, y disfrutaba de un repentino y desmesurado éxito, lo cual había sido una sorpresa para todos, excepto para él.

—¿Crees que a mi obra le falta colorido? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—No leo mucho, al menos novelas.

Nos volvimos a encontrar una semana después, en la fiesta de despedida de Boy que dio Leo Rothenstein en la casa de Poland Street. El acontecimiento ha adquirido con posterioridad tintes legendarios, pero lo que recuerdo con mayor precisión es el dolor de cabeza que empecé a padecer nada más llegar y que no me abandonó hasta bien entrado el día siguiente. Todo el mundo estuvo allí, desde luego. Incluso Vivienne se atrevió a dejar su refugio en Mayfair. Me ofreció su fría mejilla para que se la besara y durante el resto de la noche nos evitamos el uno al otro. Como de costumbre, la fiesta empezó sin preliminares y de inmediato se convirtió en una mezcla de bullicio, humo y el cosquilleante hedor del alcohol. Leo Rothenstein tocó jazz al piano y una chica bailó encima de una mesa, mostrando los elásticos de sus medias. Al volver del Ministerio de Asuntos Exteriores, Boy había recogido a dos jóvenes matones, que permanecían de pie, sosteniendo en las manos sendas colillas de cigarrillos y observando las cada vez más abundantes borracheras con una mezcla de desdén e incompreensión bastante conmovedora. Después, empezaron a pelearse entre ellos, más por hacer algo que por enfado, creo, aunque uno de ellos resultó apuñalado, si bien no gravemente. (Más tarde, según oí, los dos acompañaron a su casa a uno de mis colegas del Instituto, un inofensivo estudioso y coleccionista de poca monta, que al despertarse al día siguiente por la mañana descubrió que los matones habían desaparecido, y con ellos todo lo que había de valor en el apartamento.)

Querell me arrinconó en la cocina. Sus ojos tenían ese extraño fulgor, como de fosforescencia marina, que adquirían cuando había bebido mucho; nunca pude detectar en él ningún otro signo de embriaguez.

—Me han dicho que la reina Mary te regaló un bolso —dijo—. ¿Es eso cierto?

—Un retículo —dije con fría formalidad—. Georgiano; una pieza bastante buena. Fue en señal de gratitud. La puse sobre la pista de una ganga que resultó ser un Turner. No sé por qué todos lo encuentran tan gracioso.

Nick se me acercó, achispado y malhumorado; Sylvia acababa de tener su primer niño, y, supuestamente, estaba celebrando todavía su nacimiento. Se detuvo y, sin dejar de tambalearse, y me miró con picardía; hacía ruido al respirar y torcía la mandíbula.

—Me han dicho que has abandonado el Departamento —dijo—. Otra condenada rata que abandona el viejo barco, y deja que los que quedamos lo mantengamos a flote.

—No sigas, camarada —dijo Querell, sonriendo con afectación—. Puede haber espías cerca.

Nick frunció el ceño.

—Entre todos vosotros no hay ni un maldito patriota decente. ¿Qué haréis cuando

los tanques rusos crucen el Elba, eh? ¿Qué haréis entonces?

—Basta, Nick —le dije—. Estás borracho.

—Puede que esté borracho, pero sé lo que me digo. El condenado Boy se larga a América. ¿De qué sirve irse a América?

—Creía que lo habías organizado tú —dijo Querell.

A nuestro lado, una joven con un vestido rosa empezó a vomitar en el fregadero.

—¿Organizar qué? —dijo Nick con indignación—. ¿Qué es lo que organicé?

Riéndose levemente, Querell se puso a jugar con su cigarrillo, dándole vueltas entre el pulgar y los demás dedos.

—He oído decir que fuiste uno de los que arreglaron la marcha de Bannister a Washington, eso es todo —dijo. Se lo estaba pasando en grande—. ¿Oí mal?

Nick observaba con escaso interés a la chica que vomitaba.

—¿Qué influencia puedo tener? —dijo—. ¿Qué influencia puede tener cualquiera de nosotros, ahora que los malditos bolcheviques han tomado el poder?

Vivienne iba a pasar de largo ante nosotros, pero Querell alargó su mano, delgada, huesuda, exangüe, y la cogió hábilmente por la muñeca.

—Venga, Viv —dijo—, ¿no vas a decirnos nada?

Los observé. Nadie la llamaba nunca Viv.

—Oh, pensé que estabais discutiendo cosas de hombres —dijo ella—, parecís tan serios, y tenéis ese aire de conspiradores... Victor, tienes pinta de estar deprimido, ¿te ha tomado el pelo Querell de nuevo? ¿Cómo está la pobre Sylvia, eh, Nick? Un parto puede ser tan *agotador*. ¡Madre mía!, ¿qué *ha* comido esa joven? Parece que todo son pellejos de tomate. Eso es tomate, ¿no?, ¿o es sangre? Las hemorragias en alguien tan joven no son buena señal. Tengo que regresar; estaba hablando con un hombre muy interesante. Un negro. Parecía muy enfadado por algo. A propósito, ¿os habéis enterado de lo que contestó Boy cuando ese tal Mytchett le recomendó prudencia en su nueva vida en el Nuevo Mundo? Mytchett le dijo que, por lo que a los americanos se refiere, uno no debe sacar a colación bajo ningún concepto temas como raza, homosexualidad o comunismo, y Boy le contestó: «O sea, que me aconsejas que no intente ligarme a Paul Robeson^[56]».

—Maravillosa mujer —dijo Querell cuando Vivienne se fue. Me puso una mano en el brazo—. No os habéis divorciado todavía, ¿verdad?

Y Nick soltó una carcajada.

A medianoche me vi atrapado en una incómoda conversación con Leo Rothenstein. Estábamos en el descansillo del piso en que Boy tenía su habitación, y había gente bebida sentada en las escaleras por arriba y por debajo de nosotros.

—Dicen que vas a dejar el ejército —dijo—. Una retirada digna, ¿eh? Bueno, probablemente haces bien. Aquí no nos queda ya nada que hacer, ¿no es cierto? Boy tuvo la idea: América es el lugar adecuado. Desde luego, tú tienes tu propio trabajo; veo tu nombre por ahí con frecuencia. Quieren que ocupe un puesto en el Ministerio de Comercio. ¿Te lo imaginas? Nuestros amigos estarán encantados, supongo, dada

su pasión por los tractores y cosas por el estilo. Pero nunca será como Bletchley Park. Echo de menos los viejos tiempos. Mucha más diversión, y aquella agradable sensación de estar haciendo de verdad algo por la causa.

Sacó una pitillera de oro, increíblemente delgada, y la abrió con un elegante movimiento del pulgar: de nuevo me vi en una soleada habitación de Oxford que daba a un jardín, donde el joven Castor abrió otra pitillera con el mismo gesto, y algo sucedió en el interior de mi pecho, como si hubiese empezado a lloviznar allí dentro. Caí en la cuenta de que debía de estar borracho.

—Nick va a presentarse al Parlamento —dije.

Leo se rio entre dientes.

—Sí, eso he oído. Parece una broma, ¿no crees? Al menos, le han buscado un distrito seguro, lo que le evitará la humillación de ser derrotado. Me lo imagino en la campaña electoral.

Por un instante, que me llenó de satisfacción, imaginé que le daba un puñetazo a Leo en plena cara y le aplastaba su nariz de ave de presa.

—Puede sorprendernos a todos —dije.

Leo me miró por un momento de un modo raro, con los ojos abiertos de par en par, y luego se rio de buena gana; su sentido del humor siempre fue peculiar.

—¡Oh, sí que puede! —dijo, y asintió enérgicamente con la cabeza—. ¡Claro que puede!

Debajo de nosotros, alguien tocó un acorde poco preciso en el piano, y Boy empezó a cantar una versión obscena de *The Man I Love*.

Hoy en día todos denigran los años cincuenta, diciendo que fue una década deprimente; y tienen razón, si se piensa en el maccartismo, Corea, la rebelión húngara, todos esos asuntos serios, históricos. Sospecho, sin embargo, que la gente no se queja de los asuntos públicos, sino de los privados. En mi opinión, su problema era muy sencillo: no tuvieron una vida sexual intensa ni realmente satisfactoria. Todo aquel torpe manoseo luchando con las fajas y la ropa interior de lana, aquellas cópulas sombrías en los asientos de atrás de los coches, aquellas quejas y lágrimas y silencios rencorosos, mientras por la radio se cantaba con voz suave al amor eterno; ¡puf! ¡Qué sordidez, qué desesperación más desasosegante! Lo mejor que podía esperarse era un mezquino acuerdo marcado por el intercambio de unos anillos baratos, seguido de una vida de alivios furtivos por una parte y de prostitución mal pagada por la otra. En cambio, ser marica —¡mis queridos amigos!— era maravilloso. Los años cincuenta fueron la última gran época dorada de los maricas. Ahora solo se habla de libertad y orgullo (¡orgullo!), pero esos jóvenes exaltados con pantalones acampanados de color rosa, que reclaman el derecho a hacerlo en las calles si les apetece, no parecen apreciar, o, al menos, se diría que quieren negar las propiedades afrodisíacas del secreto y el miedo. Por las noches, antes de salir a

recorrer los urinarios públicos, me pasaba como una hora trasegando lingotazos de ginebra para calmarme los nervios y armarme de valor para arrostrar los peligros con los que iba a enfrentarme. La posibilidad de que me dieran una paliza, me robasen, o me contagiaran una enfermedad, no era nada comparada con la perspectiva de ser detenido y deshonrado públicamente. Y cuanto más alto ha subido uno en la sociedad, más bajo caerá. Volvía a ver imágenes, que me hacían sudar, de la verja de Palacio cerrándose de golpe ante mí, o de mí mismo cayendo de cabeza por las escaleras del Instituto mientras Porter, el portero —sí, pero hacía mucho tiempo que el juego de palabras había dejado de ser divertido—, se frotaba las manos en el portal y se volvía con una sonrisa burlona. Sin embargo, aquellos miedos mantenían en vilo mis aventuras nocturnas y me causaban tal excitación que se me hacía un nudo en la garganta.

Me encantaban las modas de los años cincuenta, los maravillosos ternos, las preciosas camisas de algodón, las corbatas de pajarita de seda y los gruesos y pesados zapatos cosidos a mano. Me encantaban los accesorios que formaban parte de la vida cotidiana en aquellos tiempos ahora tan denostados: las butacas blancas de forma cúbica, los ceniceros de cristal, los aparatos de radio de madera moldeada con sus válvulas incandescentes y sus frentes de rejilla misteriosamente eróticos; y, por supuesto, los automóviles, lustrosos, negros, con la parte trasera muy ancha, como los de los músicos de jazz negros a los que a veces tenía la suerte de ligarme en la entrada de artistas del London Hippodrome. Cuando miro hacia atrás, son esas las cosas que recuerdo más vivamente, no los grandes acontecimientos públicos, ni la política —que no era verdadera política, sino un histérico griterío pidiendo más guerra— y ni siquiera, siento decirlo, las actividades de mis niños, tan inseguros y necesitados de ayuda durante su adolescencia sin padre; sobre todo, recuerdo el bullicioso torbellino de la vida homosexual, el encanto elegante, de fulares blancos de seda, las disputas y pesares, la amenaza latente, los inenarrables y siempre abundantes placeres. Eso fue lo que tanto echó de menos Boy en su exilio americano («Soy como Ruth —me escribió—, entre extranjeros palurdos»). Nada podía compensarle del hecho de no estar en Londres, ni los Cadillac ni los Camel ni los jugadores de fútbol del Nuevo Mundo, con el pelo cortado al cepillo. Tal vez si no se hubiera ido a América, si lo hubiese dejado, como yo, o si, de quedarse, hubiera seguido trabajando intermitentemente para Oleg, habría podido evitarse todos aquellos problemas, habría podido acabar por convertirse en una alegre y veterana reina que se paseara con precaución entre el Reform Club y los urinarios públicos junto a la estación de metro de Green Park. Pero Boy adolecía de un incurable compromiso con la causa. Fue una lástima, la verdad.

Siempre he pensado que Boy enloqueció un poco en América. Le vigilaban todo el tiempo —el FBI había sospechado siempre de él, sin comprender la gracia del chiste— y, además, bebía demasiado. Estábamos acostumbrados a sus excesos —las pependencias, las juergas de tres días de duración, las exhibiciones públicas de satiriasis

—, pero ahora las anécdotas eran cada vez más sombrías, las proezas más desesperadas. En una fiesta que dio al personal de nuestra embajada una de las legendarias anfitrionas de Washington —me alegra decir que he olvidado su nombre—, intentó ligarse torpemente a un joven delante de los demás invitados, y cuando el pobre tipo le puso reparos, lo derribó de un puñetazo. Conducía su ridículo coche —un convertible de color rosa, con una bocina de sirena auténtica, que accionaba con entusiasmo en cada cruce— a velocidades suicidas por todo Washington y estados limítrofes, por lo que le acumulaba tres o cuatro multas al día por exceso de velocidad, que rompía en mil pedazos delante de las propias narices de los policías de tráfico, acogándose a la inmunidad diplomática. ¡Pobre Boy! No se daba cuenta de lo anticuado que se había quedado. Esas excentricidades habrían hecho gracia en los años veinte, cuando nos divertíamos con tanta facilidad, pero para entonces sus imprudencias eran, sencillamente, embarazosas. Oh, por supuesto, seguíamos disfrutando con los informes de sus últimos días y nos reíamos, y batíamos palmas diciendo *¡El bueno de Boy nunca cambiará!* Pero entonces se hacía el silencio y alguien tosía y algún otro empezaba a pedir a gritos otra ronda, y tácitamente dejábamos de hablar de él.

Más adelante, una húmeda tarde de finales de julio, salí del Instituto y me detuve en seco al ver sobre la acera una mancha de tiza aplastada y medio borrada por la lluvia. En los viejos tiempos, era la contraseña de Oleg para convocarme a una cita. La vista de aquella mancha blanca me provocó una mezcolanza de sensaciones: alarma, desde luego, pronto convertida en miedo; curiosidad, y una especie de expectación pueril; pero, sobre todo, y, para mi sorpresa, nostalgia, alimentada, sin duda, por el olor a lluvia veraniega de la acera y el oceánico susurro de los plátanos por encima de mí. Anduve un pequeño trecho, con el impermeable colgado del brazo, aparentemente tranquilo, aunque estaba bastante desconcertado; entonces, sintiendo no poco ridículo, me zambullí en una cabina telefónica —inspeccioné las esquinas, las ventanas de enfrente, aquel coche aparcado—, marqué el antiguo número y permanecí en vilo mientras escuchaba cómo la sangre me latía en las sienes. La voz que contestó me era desconocida, pero esperaban mi llamada. A las siete en Regent's Park: la vieja rutina. Mientras la voz desconocida transmitía sus instrucciones —qué inexpresivas y sin timbre son esas entrenadas voces rusas—, creí oír a Oleg riéndose entre dientes en segundo término. Colgué, abandoné la cabina con la boca reseca, un poco mareado, y llamé a un taxi. La vieja rutina.

Oleg parecía más rechoncho, pero, por lo demás, no había cambiado nada desde la última vez que le había visto. Llevaba su traje azul, su impermeable gris, su sombrero marrón. Me saludó cariñosamente agachando su cabeza de pudín navideño y soltando unos ruidos ahogados. Regent's Park estaba lleno de vagos colores dorados y verdes claros agrisados aquella templada tarde veraniega. La hierba olía a

lluvia reciente. Nos encontramos en el zoo, como solíamos hacer en tiempos pasados, y acertamos en dirección al lago. Los enamorados vagaban distraídos por el césped cogidos del brazo. Los niños corrían y gritaban. Una mujer paseaba a un perrito.

—Parece un cuadro de Watteau —dije—. Un pintor. Francés. ¿Qué quieres, Oleg? ¿En qué estás interesado, quiero decir?

Oleg solo meneó la cabeza y volvió a reírse animadamente.

—Cástor quiere irse —dijo—. Dice que ya es la hora.

Me acordé de MacLeish paseando por los grandes, ventosos y grises espacios abiertos de Moscú. Bueno, allí podría sentirse completamente como en casa; después de todo, había nacido en Aberdeen.

—¿Y Boy? —le pregunté.

Hombres adultos hacían navegar por el lago barcos en miniatura. Un joven bastante guapo, con camisa blanca y pantalones de pana, una imagen fantasma de mi juventud, estaba repantigado en una tumbona, fumando un cigarrillo con aire taciturno.

—Sí, Virgilio también —dijo Oleg—. Irán juntos.

Suspiré.

—De modo que —dije— se ha llegado a eso. Nunca creí realmente que sucedería, ¿sabes? —miré al joven de la tumbona; se dio cuenta de que le miraba y sonrió, insolente y provocativo, y sentí en la garganta algo que me resultaba familiar—. ¿Por qué has venido a verme? —dije a Oleg.

Volvió hacia mí sus ojos saltones, que me dirigieron su mirada más pura e inocente.

—Tenemos que llevarlos a Francia —dijo—, o al norte de España, tal vez. A cualquier parte del continente. Después, el resto será fácil.

Moscú había sugerido enviar un submarino para recoger a la pareja en las playas de alguna ría de las Tierras Altas. Tuve una visión de Boy y el Escocés Terco dando trapiés en la oscuridad por las rocas mojadas, con los zapatos de ciudad empapados, tratando de encontrar su linterna para esconderla, mientras, entre tinieblas, el capitán del submarino escudriñaba la costa con los prismáticos a la espera de sus señales y maldecía en ruso.

—¡Por Dios, Oleg! —dije—, ¿no podrían proponer algo menos melodramático que un submarino? ¿Por qué no toman, sencillamente, el ferry hasta Dieppe, o uno de esos barcos que hacen cruceros de cuarenta y ocho horas bordeando la costa francesa? Los hombres de negocios los utilizan para pasar sus fines de semana de tapadillo con sus secretarias. Se detienen en Saint-Malo, o lugares parecidos; nadie se toma nunca la molestia de pedir la documentación ni de comprobar si vuelven todos los pasajeros.

De repente, Oleg alargó la mano y me cogió del brazo; nunca me había tocado antes; fue una extraña sensación.

—¿Comprendes, John, por qué he recurrido a ti? —dijo con afecto—. ¡Qué mente

más fría la tuya!

No pude contener la risa; qué le vamos a hacer, la necesidad de ser necesario siempre ha sido mi debilidad. Seguimos andando. Junto a nosotros el sol, ya bajo, brillaba sobre el agua, que parecía metal fundido y despedía destellos de luz dorada. Oleg soltó una risita nerviosa y respiró ruidosamente por su chata nariz de cerdito.

—Dime, John —dijo con picardía—, ¿has estado en uno de esos barcos con tu secretaria?

Y entonces se acordó, y se ruborizó, y aceleró el paso delante de mí, contoneándose como una vieja y gorda abuela rusa.

Boy regresó. Le telefoneé al apartamento de Poland Street. Parecía sinceramente preocupado.

—De primera, camarada, nunca mejor, me alegro de volver a casa, ¡*malditos* americanos!

Nos vimos en el Gryphon. Estaba abotargado y encorvado, y su piel tenía un brillo de pez. Apestaba a bebida y a cigarrillos americanos. Noté que tenía la piel arrancada alrededor de las uñas, y pensé en Freddie. Vestía pantalones estrechos a cuadros, zapatillas de tenis, y una camisa hawaiana de colores púrpura y verde chillón; un sombrero tejano de gamuza con una cinta de cuero descansaba sobre la barra junto a su codo como un hongo gigante, maligno.

—¡Tómame una copa, por el amor de Dios! Agarraremos una curda, ¿de acuerdo? Me duele la cabeza, estoy soñoliento y aturdido, etcétera —se rio y tosió—. ¿Has visto a Nick? ¿Cómo está? Le eché de menos. Os eché de menos a todos. Allí no saben divertirse. Solo trabajar, trabajar, trabajar, y preocuparse, preocuparse, preocuparse. Y allí estaba yo, Boyston Alastair St John Bannister, atrapado en una casa de locos sin nada que hacer, salvo beber como un cosaco y sodomizar negros. Tenía que escaparme; lo comprendes, ¿verdad? Tenía que escaparme.

—¡Cielos! —dije—. ¿Te llamas Boyston, en serio? No lo sabía.

Betty Bowler estaba en su taburete detrás de la barra, fumando cigarrillos y haciendo sonar sus pulseras. Se había convertido ya en esa especie de desastrosa gorda rubicunda que suelen acabar siendo las jóvenes bellezas metidas en carnes. Cuando todavía estaba en la flor de la vida, la había pintado Mark Gertler en un famoso cuadro —cutis de color crema, ojos azules, pezones color siena tostado, una pirámide de prodigiosas manzanas en un cuenco de color rosa—, pero ahora, metida ya de lleno en la cincuentena, había perdido por completo su aspecto de chica Bloomsbury, se había puesto muy gorda y se había convertido en uno de esos personajes con cara de patata de Lucian Freud. Siempre me dio un poco de miedo. Tenía tendencia a excederse, y solía pasar de la burla a los súbitos estallidos de insultos cargados de veneno. Fingía ignorar la existencia de cosas como la homosexualidad.

—Creí que ibas a traerte a casa una novia de guerra, Boy Bannister —le dijo imitando el acento *cockney*—. Una heredera yanqui, una de esas enormes y lindas rubias con grandes patrimonios.

—Betty —dijo Boy—, deberías dedicarte a la pantomima.

—Eso tú, saco de sebo. Podrías interpretar a la Dama^[57], solo que no pareces lo bastante hombre para hacer el papel.

Apareció Querell, que llevaba un traje arrugado de lino blanco y zapatos de dos tonos. Andaba en su fase de Viajero Solitario. Estaba a punto de marcharse a Liberia, o puede que fuese a Etiopía; algún lugar lejano, caluroso e incivilizado, en resumidas cuentas. Se decía que quería huir de un desgraciado romance —*Trabajos de amor* acababa de publicarse—, pero probablemente él mismo había lanzado el rumor. Se sentó a la barra entre nosotros; parecía aburrido y hastiado del mundo y bebió triples de ginebra. Observé una pálida mancha de luz solar al pie de las escaleras, más acá de la puerta, y pensé con qué sigilo se dedica a sus asuntos todo el mundo, tratando de pasar inadvertido.

—Bueno, Bannister —dijo Querell—, por fin te han calado los americanos, ¿no es cierto?

Boy le dirigió una mirada hosca y evasiva.

—¿A qué te refieres?

—He oído decir que Hoover te ha echado a patadas. Ya sabes que es una notoria reinona. La gente como Hoover o Beria siempre tiene algún vicio, ¿verdad?

Mucho más tarde —la luz al pie de las escaleras se había tornado de color oro rojo— entró Nick con Leo Rothenstein, ambos de etiqueta, impecables y algo ridículos, como una pareja de ricachones en una viñeta de *Punch*. Me sorprendí al verlos allí. Desde su elección, Nick había evitado las viejas tascas, y Leo Rothenstein, cuyo padre yacía en su lecho de muerte, estaba a punto de heredar un título nobiliario y los bancos de la familia.

—Como en los viejos tiempos —dije, y ambos me miraron en silencio de una manera peculiar, inexpresiva.

Supongo que estaba borracho. Nick pidió de mala manera una botella de champán. Llevaba un fajín carmesí; nunca tuvo el menor gusto. Elevamos nuestras copas y brindamos por el regreso de Boy. No pusimos los corazones en ello. Cuando nos terminamos la primera botella, Betty Bowler trajo otra, regalo de la casa.

—¡Por los amigos ausentes! —dijo Leo Rothenstein y, mirándome por encima del borde de la copa, me guiñó un ojo.

—¡Por Dios! —masculló Boy al tiempo que se restregaba los ojos con su grueso brazo bronceado—, creo que voy a ponerme a llorar.

Entonces telefoneó Oleg. La palabra en clave era *Ícaro*. Algo desafortunada, diría yo.

Es curioso el aire de melancólico vodevil que tuvo todo el asunto. Resultó ridículamente sencillo. Boy se excusó, abandonamos el Gryphon juntos y lo llevé en coche a Poland Street. Por encima de las calles en penumbra el cielo era de un delicado color azul oscuro, como un río al revés. Esperé en el apartamento sentado en el sofá, mientras él recogía sus cosas. El champán todavía burbujeaba en mis fosas nasales, y además tenía ganas de llorar, estaba un poco trastornado, seguía sollozando y no paraba de lanzar suspiros, parpadeando despacio y atisbando a mi alrededor, como una tortuga ebria. Recordé vívidamente mis agarradas allí con Danny Perkins, y experimenté una angustia espantosa, como un espasmo de dolor físico. Podía oír el ruido que hacía Boy en el piso de arriba mientras iba de un lado a otro hablando consigo mismo y quejándose. Enseguida bajó, con un anticuado maletín.

—Hubiera querido llevarme todo —dijo con voz lastimera—. Al final lo dejé todo. ¿Qué aspecto tengo?

Iba vestido con un terno gris oscuro, camisa a rayas con gemelos y corbata con los colores de su escuela privada sujeta con un alfiler de oro.

—Estás ridículo —le dije—. Causarás una gran impresión a los camaradas.

Bajamos las escaleras sin decir palabra y muy serios, desilusionados como un par de empresarios de pompas fúnebres.

—He cerrado el apartamento con llave —dijo Boy—. Danny Perkins tiene la suya. Me quedaré con esta, si no te importa. Como recuerdo, ¿sabes?

—¿Es que no piensas regresar? —le dije, como si tal cosa; me miró dolido, siguió adelante, dejó atrás la consulta del médico y salió a internarse en la incipiente noche. Sabe Dios por qué me sentía tan alegre.

Esta vez conducía yo; el enorme coche blanco devoraba las millas con inmovible impaciencia. Mientras cruzábamos el río bajé la ventanilla, y la noche aulló y penetró de un salto en el coche. Al pasar por el puente miré abajo y vi anclado un barco rojo; había algo en aquella escena —la reluciente oscuridad, el río crecido y agitado, aquel barco de un vivo color *fauve*— que hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo, y, de pronto, con tremenda emoción, comprendí lo grandiosa, enigmática y trágica que era mi vida. Luego dejamos atrás el puente y nos zambullimos de nuevo entre almacenes y solares arrasados por las bombas en los que había crecido la hierba.

A mi lado, Boy lloraba en silencio, tapándose los ojos con una mano.

Pronto íbamos a toda velocidad por los Downs. En mi memoria, esa parte del viaje es una suave, irresistible e impetuosa carrera a través de la sobrecogedora noche plateada. Veo avanzar el coche como un torbellino mientras sus faros barren los troncos de los árboles y los postes de señales de tráfico cubiertos de musgo, y, en su interior, Boy y yo, dos figuras de torva expresión, tensas tras el parabrisas, iluminadas desde abajo, con las mandíbulas rígidas y los ojos fijos, sin pestañear, en la carretera. Yo también he leído a Buchan y a Henty.

—Ojalá fuese de día —dijo Boy—. Esta es, probablemente, la última vez que veo Inglaterra.

Philip MacLeish estaba en casa de su madre, en Kent, un típico *cottage* cubierto de rosas con portón de madera, sendero de grava y ventanas con cristales de color verde botella que el sol hacía resplandecer. Antonia MacLeish nos abrió la puerta y, sin decir palabra, nos condujo al cuarto de estar. Era una mujer alta, de rasgos angulosos, con una gran melena de pelo negro. Siempre parecía estar dándole vueltas a algún resentimiento secreto que la consumía. La asociaba con caballos, aunque nunca la había visto montada en ninguno. MacLeish estaba sentado en un sillón, ebrio y con aire taciturno, mirando fijamente la chimenea apagada. Llevaba unos pantalones de franela y una incongruente chaqueta de punto de color amarillo canario. Levantó la vista con poco entusiasmo al vernos a Boy y a mí y, sin decir nada, volvió a contemplar la chimenea.

—Los niños están durmiendo —dijo Antonia, sin mirarnos—. No pienso invitarles a una copa.

Boy no le hizo caso y se aclaró la garganta.

—¿Sabes, Phil? —dijo—, es preciso que hablemos. Coge tu abrigo, sé buen chico.

MacLeish asintió con la cabeza, despacio, abatido, y se levantó, lo que hizo crujir las articulaciones de sus rodillas. Su esposa se hizo a un lado, se dirigió a la ventana, cogió un cigarrillo de una pitillera plateada que había sobre la mesa, lo encendió y permaneció de pie, con el codo apoyado en la otra mano, mirando fijamente a la impenetrable oscuridad. Veía a todos los presentes de forma tan clara e irreal como si estuviéramos en un escenario. MacLeish miró a su esposa con ojos acongojados y tendió hacia ella una mano suplicante.

—Tony —dijo.

Ella no respondió ni se volvió, y él dejó caer la mano.

—Es hora de irnos, viejo —dijo Boy. Estaba dando patadas en la alfombra—. Una breve charla nada más, eso es todo.

Me entraron ganas de reír.

MacLeish se puso un abrigo de pelo de camello y nos fuimos. Ni siquiera había hecho la maleta. Se detuvo en la puerta de la calle y volvió a entrar en el vestíbulo. Boy y yo nos miramos con desánimo, esperando sollozos, gritos, recriminaciones. Sin

embargo, regresó enseguida con un paraguas cerrado. Nos miró avergonzado.

—Bueno, nunca se sabe —dijo.

Era medianoche cuando llegamos a Folkestone. La noche se había puesto ventosa y el barquito, lleno de luces como un árbol de Navidad, se balanceaba y daba cabezadas mecido por la marejada.

—¡Joder! —dijo Boy—, parece condenadamente pequeño. Supongo que habrá alguien a bordo que nos conozca.

—Diles que vais en misión secreta —le dije, y MacLeish me fulminó con la mirada.

Quedaba por resolver lo del coche de Boy. Nadie había pensado qué hacer con él; obviamente, yo no podía devolverlo a Londres. Estaba enamorado del vehículo, y la preocupación por su posible destino le puso muy nervioso. Al final decidió que, sencillamente, lo dejaría en el muelle.

—Así pensaré que estará aquí, esperándome.

—Vaya por Dios, Boy —dije—, no sabía que fueras tan sentimental.

Sonrió lúgubrementemente y se limpió la nariz con los nudillos.

—Betty Bowler tiene razón —dijo—, no soy lo bastante hombre.

Los tres permanecemos indecisos al final de la plancha, mientras las perneras de nuestros pantalones azotadas por la cálida brisa nocturna y las luces del barco temblaban a nuestros pies. A bordo, una campana sonó con tono quejumbroso.

—La ronda nocturna —dijo Boy, e intentó reírse.

Ensimismado en los torturantes abismos de su interior, MacLeish miraba fijamente el estrecho canal de aguas turbias entre el costado del barco y el muelle. Temí que se le ocurriera tirarse.

—Bueno, pues —dije con brío.

Los tres nos estrechamos las manos incómodos. Le habría dado un beso a Boy, pero no me atreví porque me estaba mirando el Escocés Terco.

—Despídeme de Vivienne —dijo Boy—. Y de los niños. Echaré de menos verlos. Me encogí de hombros.

—Yo también.

Subió a la plancha con laboriosos movimientos, arrastrando su maleta. Se volvió.

—Ven a vernos algún día —dijo—. Nos pondremos las botas de caviar y de vodka.

—Desde luego. Navegaré en el *Liberation*.

Me di cuenta de que no se acordaba. Estaba pensando en otra cosa.

—Victor... —dijo; el viento hacía restallar los faldones de su abrigo—. Perdóname.

Antes de que pudiera responderle —¿qué podía responderle?—, MacLeish, que estaba a mi lado, se volvió y me sujetó el brazo con una mano insistentemente.

—Escuche, Maskell —dijo con voz temblorosa—, nunca me ha gustado... ni me gusta todavía, esa es la verdad... pero aprecio esto, me refiero a la ayuda que me ha

prestado. Quiero que lo sepa. La aprecio.

Se detuvo un instante, asintiendo con la cabeza, con aquellos ojos de presbiteriano loco fijos en los míos, luego se volvió y subió a la plancha tambaleándose. Al comprobar que Boy le cerraba el paso, le dio un fuerte empujón en la espalda y dijo algo en tono cortante que no capté. La última vez que los vi estaban de pie uno al lado del otro detrás de la barandilla metálica, y solo podía ver sus cabezas y hombros; desde aquella posición elevada, me miraban como un par de miembros del Politburó presidiendo el desfile del Primero de Mayo, MacLeish inexpresivo y Boy agitando la mano, lenta, melancólicamente.

Cogí el tren correo para regresar a Londres, y, mientras avanzaba traqueteando — ¿por qué los trenes parecen mucho más ruidosos por la noche?—, los últimos efectos del alcohol desaparecieron por completo de mi sangre y me entró el pánico. Gracias a Dios, no había nadie en el compartimiento que pudiera verme acurrucado en un rincón del asiento, con la cara lívida, los ojos despavoridos, las manos temblorosas y moviendo la mandíbula sin poder evitarlo. No era el arresto lo que temía, ni la publicidad, ni siquiera la prisión; es decir, *temía* esas cosas, pero no creía que ocurrieran de forma inmediata. Solo estaba asustado, asustado de todo. Me zumbaba la mente, desbaratada por completo, como si algún componente en su interior se hubiera aflojado y estuviera restallando frenéticamente como una correa de ventilación rota. Menos mal que estaba atrapado en un tren, pues de lo contrario no sé lo que hubiese podido hacer; volver corriendo al muelle, tal vez, y subir de un salto a bordo de aquel barco para acompañar a Boy y MacLeish camino de alta mar y de la supuesta libertad. Me aterrorizaba pensar en volver a Londres. En aquellos momentos, al igual que Blake, veía la ciudad inquietamente resplandeciente y atestada de personajes que se afanaban sin objeto, un bullicioso torbellino al que me arrojaría el traqueteante tren. Una sensación de desolación y de infortunio irremediable se apoderó de mí y me devolvió a las noches de mi primera infancia, cuando yacía en la cama a la luz de una vela, mientras Freddie canturreaba en su cuna y la tata Hargreaves nos sermoneaba acerca del fuego del infierno y el destino de los pecadores; y entonces, mientras me precipitaba hacia Londres a través de la oscuridad y me enfrentaba de pronto a la posibilidad real de la condena, en este mundo si no en el otro, me puse a rezar. Eso hice, Miss V., recé, incoherentemente, temblando de miedo y de vergüenza, pero lo hice. Y, para mi sorpresa, me sentí aliviado. Por alguna razón, el Gran Nobodaddy^[58] del cielo extendió una mano marmórea, la depositó en mi frente abrasada y me tranquilizó. Cuando el tren entró en Charing Cross, a las tres de la madrugada, había conseguido dominar mis nervios. Mientras caminaba por el andén vacío, dejando atrás la jadeante y sudorosa locomotora, sacando pecho y aclarándome la garganta, me reí de mí mismo por mis miedos de aquella noche. ¿Qué me había imaginado?, me pregunté, ¿que un destacamento de policías me esperaba

junto al empleado que recogía los billetes?

Encontré un taxi y volví a casa. No pude dormir. Patrick estaba en Irlanda, en su visita anual para ver a su anciana madre. Me alegré; no habría podido enfrentarme a la perspectiva de tratar de justificar mi ausencia durante toda la noche; siempre sabía cuándo estaba mintiendo, lo cual era un caso único en mi vida. Cómo habría disfrutado con todo aquello, sin embargo; más tarde, cuando se enteró de por qué había estado levantado toda la noche, no paró de reírse. En realidad, Patrick nunca me tomó en serio. Me bebí una taza de café bien cargado, pero me dio palpitaciones, y entonces vacié de un trago una copa de coñac, y mis palpitaciones empeoraron. Permanecí de pie junto a la ventana del cuarto de estar, contemplando cómo amanecía por encima de los tejados de Bloomsbury. Los pájaros se habían despertado y armaban un alboroto espantoso. Me sentía agitado y vacío, lo cual no era solo efecto de la cafeína, y falso; se trataba de la misma sensación que solía tener cuando vivía todavía con Vivienne y volvía a casa muy de madrugada tras pasar la noche de caza en los urinarios públicos. Todo malhechor tiene el deseo latente de ser atrapado.

A las nueve llamé al número de Danny Perkins que Boy me había dado y concerté una cita con él en Poland Street. Al salir de casa me sentí observado. El sol tenía un color amarillo limón intenso, y notaba el olor a humo del verano de Londres. No me había afeitado. Me sentía como uno de los villanos furtivos de las novelas de Querell.

Danny Perkins trabajaba ahora para un corredor de apuestas, y no me molesté en preguntar en calidad de qué; con su aire arrogante y su cabello engominado, parecía un verdadero *cockney*. Cuando llegué a la casa estaba repantigado al sol en el portal, fumando un cigarrillo con estudiado garbo. Traje llamativo, corbata chillona, zapatos de gamuza negros con suelas de crepé de una pulgada de espesor. Su visión despertó en mí un aderezo de viejas emociones. Había sido mi primer amante marica, y el primero que me dio a conocer lo que eran los celos; me resultaría difícil decir cuál de esas experiencias fue más intensa. Al principio nos pusimos nerviosos, sin saber qué hacer: estrecharnos las manos parecía de algún modo ridículo, y abrazarnos estaba fuera de lugar. Al final se contentó con golpearme suavemente en la parte superior del brazo y hacer con cabeza y hombros aquel movimiento oblicuo de boxeador para esquivar un golpe que yo recordaba tan bien.

—Hola, Vic —dijo con desenfado—, pareces en forma.

—Lo mismo digo, Danny. Se diría que los años no pasan para ti.

—Oh, no sé, no sé. La semana pasada cumplí treinta y cinco. Algo se ha de notar, ¿no?

—¿Todavía tienes puestos los ojos en el teatro?

—No, no; mis días como profesional se han acabado. Todavía canto un poco, pero casi siempre en el baño.

Entramos en la casa. El vestíbulo conservaba cierto olor a medicinas, aunque hacía mucho que se había ido el médico poco fiable. Donde estaba su consultorio había ahora un despacho de apuestas hípcas —«Uno de los nuestros», dijo Danny, y

lo miró con el ceño fruncido y aires de propietario—, y el suelo estaba sembrado de colillas y boletos de apuestas rotos y pisoteados. Lo que había sido mi vida estaba desapareciendo bajo los detritos del tiempo. Subimos las escaleras, Danny iba delante y yo trataba de apartar la vista de aquel trasero contoneante que marcaban los ceñidos pantalones. En el salón me fijé en que la visión del sofá no pareció traerle ningún recuerdo especial.

Todavía no me había preguntado por Boy.

Encontré una botella de whisky medio llena y tomamos una copa en silencio junto a la ventana del salón mirando la estrecha calle, que brillaba al sol. Probablemente, ya estarían en París; me imaginé a Boy en el bar de la Gare du Nord, bebiendo absenta y fumando un Gauloise, mientras el Escocés Terco iba y venía por el andén. Desde luego, todos nos veríamos arrastrados. La perspectiva me daba repeluznos; había sido interrogador, y sabía lo que era. Pero no estaba asustado; no, no estaba asustado.

Le eché otro whisky a Danny y yo también me serví.

La habitación de Boy mostraba claros indicios de su precipitada marcha: libros por todas partes, la chimenea atiborrada de papeles a medio quemar, una camisa blanca tirada en el suelo que evocaba las marcas de tiza del escenario de un crimen. Encontré en un armario la vieja maleta de cuero marrón con cantoneras de latón en la que guardaba sus cartas de amor. Estaba seguro de que Boy no se habría molestado en llevárselas. Nunca le gustó el chantaje. Todo lo contrario que a mí.

—¿Buscas algo en particular? —me preguntó Danny.

Estaba de pie ante la puerta del dormitorio, y blandía con indiferencia otro cigarrillo. Me encogí de hombros. Danny se rio con algo de extrañeza.

—Se ha ido, ¿no es cierto? —dijo.

—Sí, Danny, se ha ido.

—¿Volverá?

—No, creo que no. Se ha ido muy lejos.

Asintió con la cabeza.

—Le echaremos de menos, ¿verdad? —dijo—. Siempre fue un tipo gracioso.

Dio una calada a su cigarrillo y tosió durante medio minuto; nunca supo fumar como es debido. Cogí una carta y leí: *Mi querido Boy, anoche te perdiste una verdadera francachela en el palacio, con todos los chicos vestidos de gala y Dickie, sencillamente, desenfrenado...*

—Es curioso, si te paras a pensarlo —dijo Danny con voz ronca—, lo bien que nos lo pasamos, en circunstancias tan malas, con la guerra y todo lo demás. La verdad es que apenas nos dábamos cuenta. Pero ahora todo eso se acabó, ¿no es cierto?

—¿A qué te refieres?

—Digo que todo eso se acabó. Mr. Bannister se ha ido, el antiguo lugar de reunión esta vacío...

—Sí, supongo que tienes razón; se acabó.

Es sorprendente lo descuidada que puede ser la gente: la mitad de las cartas

estaban escritas en papel de la Cámara de los Comunes; incluso había una con el membrete de Lambeth Palace^[59].

—Bueno —dijo Danny—, es mejor que me vaya: tengo cosas que hacer, apuestas que cobrar, cosas así.

Me guiñó un ojo y sonrió burlescamente. Cuando se volvía para irse, se detuvo.

—Escucha, Victor, si hay algo que pueda hacer por ti, dame un telefonazo. Conozco a mucha gente, ¿comprendes?

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de gente?

—Bueno, si alguna vez te metes en líos, como Mr. Bannister, podrías necesitar, digamos, protección, o transporte...

—Gracias, Danny. Te lo agradezco.

Volvió a guiñarme un ojo, esbozó un simulacro de saludo y se marchó.

Pasé la mayor parte de la tarde registrando el apartamento. Por supuesto, había por todos lados papeles comprometedores; quemé la mayoría. Las llamas daban tanto calor, que tuve que abrir las ventanas de par en par. ¿Por qué el olor a papel quemado me recuerda siempre mi infancia? Estaba echando una última, cansina, ojeada, cuando oí pasos en la escalera. ¿Sería Danny, que regresaba para ofrecerme un ganador seguro? Salí al rellano. Una ventana, de cuya existencia no me había percatado en todos los años en que viví en aquella casa, daba a una lejana vegetación veraniega, un trozo de parque, o jardín público, con árboles y figuras como de juguete, que trabajaban, o jugaban, o simplemente estaban ociosas, no sabría decirlo; todavía puedo evocar aquel paisaje con todo detalle, una ventanita que daba a un mundo perdido.

—¿Danny? —invoqué—. ¿Eres tú?

No, no era él.

Todo se hizo con cortesía y decoro; nunca se ha podido criticar al Departamento por sus modales. El primero que subió las escaleras fue Moxton, de seguridad interna; le conocía un poco, era un tipo de pelo rubio rojizo, cara de comadreja y ojos extrañamente inexpresivos. Se detuvo a su vez y volvió la cabeza para mirarme, en una mano sostenía el sombrero y con la otra se apoyaba ligeramente en la barandilla.

—¡Hola, Maskell! —dijo en tono agradable—. Precisamente eres el tipo al que quería ver.

Detrás de él venía un joven voluminoso, huraño, con cara de niño picada de viruelas; seguridad interna, pensé, con admirable inconsecuencia, siempre selecciona los neófitos menos apetecibles.

—Este es Brocklebank —dijo Moxton, y le temblaron los labios.

De modo que por fin había ocurrido. Ni siquiera estaba sorprendido; lo que sentía era una enorme sensación de calma, como si me quitaran un tremendo peso de encima. Moxton y el joven Brocklebank habían llegado al rellano. Brocklebank me

miró con mesura, entrecerrando los ojos como aprendió en las películas de acción. Un nuevo agente, al que enviaban a aprender sobre el terreno. Le sonreí.

—¡Uy! —dijo Moxton—, hace calor, ¿verdad? —echó una ojeada al dormitorio a mi espalda—. Ha estado de limpieza, ¿no es cierto? Bannister fue siempre un descuidado de mierda. Ha habido también una hoguera, lo digo por el olor. ¿Cómo lo llaman? ¿*Felo de se*^[60]?

—En realidad, señor, se llama *auto de fe* —dijo Brocklebank, con acento sorprendentemente relamido; no lo había tomado por un tipo educado en un colegio privado.

—Tienes razón —dijo Moxton, sin mirarle—. Quema de herejes.

Entró en el dormitorio y se detuvo en el centro, contemplando el desorden. A la gente de seguridad interna le gusta ese tipo de cosas; justifican su existencia, después de todo. A mi lado, Brocklebank seguía respirando, como un gran motor al ralentí; oía a sudor y a colonia cara.

—Me imagino que lo ha dejado todo arreglado, ¿no? —dijo Moxton, que me miraba de reojo desde dentro de la habitación con aquellos ojos sin vida—, me refiero a los cabos sueltos y todo lo demás —se puso a meditar un rato, luego se animó y volvió a salir al rellano—. Oiga —dijo—, ¿por qué no viene con nosotros a la oficina? Podemos charlar un rato. No se ha dejado caer por allí desde hace siglos.

—¿Estoy arrestado? —dije, y el desafinado tono aflautado con que sonó mi voz le sorprendió.

Moxton puso los ojos en blanco con fingida sorpresa.

—¡Vaya, qué idea! Eso le corresponde hacerlo a la poli. No, no, como digo, es solo una charla. El jefe quiere intercambiar unas palabras con usted —dejó escapar una sonrisa helada, despiadada—. Han llamado también a Skryne. Hay un poco de lío, como puede imaginar. Se inquietarán si nos demoramos —me tocó el brazo, como si me tranquilizase, luego hizo una señal con la cabeza a Brocklebank—. Llévatelo, Rodney, ¿quieres?

Mientras bajábamos las escaleras tras la gruesa espalda de Brocklebank, Moxton canturreaba para sí y agitaba ligeramente su sombrero con una mano.

—Usted estuvo en Cambridge, ¿no es cierto? —dijo—. Como Bannister.

—Fuimos juntos, sí.

—Yo estuve en Birmingham —otro resplandor glacial—. No es lo mismo, ¿verdad?

Brocklebank conducía el coche mientras Moxton y yo, sentados uno al lado del otro en el asiento trasero, con los rostros en dirección contraria, mirábamos al exterior por nuestras respectivas ventanillas. Qué tranquilas parecían las calles, un mundo prohibido, lejano, a la deriva, con el denso y suave humo del verano. Mi mente se agitó con lentitud, víctima de una especie de pánico entorpecedor, profundo, como un pez atrapado en una red.

—¿Podría explicarme todo esto? —dije—. No tengo la menor idea de lo que está

pasando.

Moxton no se apartó de la ventana, se limitó a reír. Tenía razón, desde luego: se debe empezar a actuar en el momento en que te echan el guante, no cuando estás ya en el coche, con las esposas puestas. O, mejor aún, no debes dejar de actuar nunca, ni por un instante, incluso cuando estás solo, en una habitación cerrada, con las luces apagadas y las mantas hasta la cabeza.

Billy Mytchett tenía el aspecto dolido, angustiado, del mayor de cinco hijos que ha escuchado en el dormitorio el rumor de que su madre se ha fugado y la empresa de su padre ha quebrado.

—¡Joder, Maskell! —dijo—. ¡Vaya asunto de mil demonios!

Nunca le había oído decir palabrotas antes; parecía alentador, por algún motivo. Estábamos en un piso franco de una avenida en las afueras, al sur del río. Siempre me ha parecido que los pisos francos tienen cierto ambiente eclesiástico; ese escenario doméstico en el que no se vive me recuerda el despacho de mi padre, que solo utilizaba los sábados por la noche cuando preparaba el sermón del día siguiente. En aquella habitación siempre había un ambiente frío, y un ligero hedor producido, supongo, por años de trabajo sincero, de ilusión apasionada y de miedo siempre presente a perder la fe. Era el mismo olor a cerrado que ahora llegaba en pequeñas proporciones, como el polvo, a los orificios de mi nariz, mientras estaba sentado en una dura silla en medio de un salón pintado de marrón; Moxton y Brocklebank haraganeaban en silencio a mi espalda en la sombría penumbra, y Billy Mytchett se paseaba por delante de mí sobre la alfombra raída con los puños metidos en los bolsillos de su vieja chaqueta de tweed y dando media vuelta cada tres pasos, como un centinela nervioso que sospecha que el asesino se le ha colado y se dirige ya a la alcoba del rey. Por otra parte, Skryne estaba muy cómodo y a gusto, sentado en un sillón formando un ángulo conmigo, acicalado como un tío de visita con su traje limpio, su corbata moteada, sus calcetines de rombos y su perenne pipa que tan bien funciona. Hasta entonces le conocía solo por su reputación. Inculto, pero muy perspicaz, según decían. Había sido policía en Palestina. No me preocupaba. En realidad, no me preocupaba nada; poco menos que disfrutaba de todo, como si me ofrecieran unas cuantas bobadas para distraerme y no pudiera participar de ellas excepto como un espectador apenas interesado. Entonces se puso a hablar Skryne, con su agradable y meliflua voz de jugador profesional. Lo sabían todo sobre mí, me dijo, mi trabajo durante la guerra para los bolcheviques (ese fue el término que utilizó; ¡qué viejo mundo tan pintoresco, tan encantador!), mis encuentros con Oleg, todo.

—MacLeish, Bannister y usted —dijo—. Otros también, por supuesto; pero ustedes tres eran los más importantes.

Silencio. Esperé sonriente, con la barbilla inclinada y las cejas alzadas. Pensaré

que soy ridículamente extravagante, ya lo sé, pero me sentía justo como me había sentido aquella mañana, muchos años antes, cuando me desperté con las primeras luces del día y supe que me casaría con la Nena: en alguna medida, tenía la misma sensación de estar levitando, como si una versión seráfica de mí mismo surgiera de mi interior, dorada y envuelta en llamas, para flotar en aquella atmósfera repentinamente luminosa. Skryne se dio una suave palmada en la rodilla.

—Vamos —dijo en tono jovial—, ¿no va a decir nada?

Me levanté —quiero decir mi verdadero yo corpóreo, tieso y sudoroso— y fui hacia la ventana. Fuera había una araucaria, que parecía muy negra y absurda al sol, y una desalentadora franja de hierba con un arriate sin flores. En la casa de enfrente, un hombre gordo se asomaba por una estrecha ventana del piso superior; estaba tan inmóvil, y llenaba de tal modo el marco de la ventana, que me pregunté si se habría quedado encajado allí y esperaba que viniera alguien a tirar de él. Saqué despacio un cigarrillo de la pitillera —me pregunto qué fue de ella— y lo encendí; el gesto me pareció extremadamente teatral. Es extraño cómo te ves en tales ocasiones. Apenas me reconocía.

—Billy —le dije, sin volverme—, ¿recuerda aquel día, acababa de terminar la guerra, en que me llamó al Departamento y me dijo que me necesitaban en Palacio para una misión en Baviera...?

Arrojé a la chimenea mi cigarrillo sin acabarlo de fumar, y volví a la silla de respaldo recto —qué reprobable puede parecer una silla como esa—, me senté, crucé las piernas y apoyé en ellas mis manos entrelazadas. Todo aquello había sucedido antes; me preguntaba dónde. Billy me miraba y fruncía el ceño desconcertado. Describí mi viaje a Ratisbona, cómo saqué el cofre clandestinamente y lo que había dentro.

—Nunca me ha parecido —dije— que chantaje fuera una palabra fea. Todo lo contrario, en realidad.

Sonaba una cortacésped, de esas viejas, que tenías que empujar. Miré por la ventana. El hombre gordo de la casa de enfrente había conseguido salir de la ventana del piso superior y estaba ahora cortando el césped; empujaba la máquina de una manera curiosamente anticuada, con la cintura doblada, los brazos estirados y rígidos y una pierna robusta extendida por detrás de él. Me vino a la mente la palabra *falucho*. Fútiles divagaciones, Miss V., fútiles divagaciones en medio de la crisis, siempre me pasa lo mismo. Billy Mytchett sacó su vieja pipa y se puso a chuparla como habría hecho un recién nacido con su chupete; en lo referente a fumar en pipa, Mytchett no podía competir con Skryne.

—Chantaje —dijo de manera inexpresiva.

Acaricié mi pitillera —¿qué haría sin mis complementos?—, seleccioné otro cigarrillo y lo golpeé ligeramente en la tapa. Nadie golpea ya los cigarrillos de esa manera; ¿por qué lo hacíamos, en cualquier caso?

—Lo único que quiero —le dije— es que mi vida siga igual que antes, con la

misma placidez y monotonía. Sigo perteneciendo al Instituto, conservo mi posición en Palacio, y aún recibo el título de caballero que Su Majestad me ha prometido en privado. A cambio de eso, garantizo que guardaré silencio sobre todo lo que sé.

Estuve extraordinariamente frío, si me está permitido decirlo. A veces hago las cosas así, con la más absoluta frialdad, guiado por un instinto protector que a la vez es primitivo y está sumamente desarrollado. Imagino a mis antepasados los O Measceoil saliendo de entre los helechos en persecución del gran alce al que acaban de herir de muerte: el cazador y el podenco se paran en seco mientras sus pobres presas alzan sus cabezas, tan espléndidamente pertrechadas, y les lanzan una mirada trágica y repleta de lágrimas. Hubo otro silencio; Skryne y Mytchett se miraron el uno al otro, y parecía que fueran a reírse. Billy se aclaró la garganta.

—Oiga, Victor —dijo—, no hay ninguna necesidad de esta especie de galimatías. Ya somos mayorcitos. Ese asunto de Ratisbona es conocido desde hace tiempo; nadie está interesado en él.

Y enseguida lo comprendí. Querían hacer un trato, lo mismo que yo. La inmunidad para mí suponía inmunidad para ellos. La huida de Boy y MacLeish fue lo bastante escandalosa como para seguir insistiendo. Yo estaba desconcertado; más aún, consternado. Había mostrado mi baza, y el resto de la mesa apenas podía contener la risa.

—Tendrá que cooperar, sin embargo —me decía Billy, haciendo alarde de firmeza—. Tendrá que hablar con Skryne y su gente.

Skryne asintió con la cabeza, realmente entusiasmado ante la perspectiva de las fascinantes conversaciones que él y yo mantendríamos en los meses y años próximos; nuestra relación iba a durar, de manera intermitente, dos décadas y media.

—Claro que sí —dije, haciendo lo que consideraba un valeroso intento por mostrar despreocupación; en realidad, su cínico sentido práctico me había chocado—. Está bien, le contaré a Mr. Skryne cosas tales, que los ojos se le saldrán de las órbitas.

Billy me señaló con la boquilla de su pipa.

—Y tendrá que mantener la boca cerrada —dijo—. No les irá con historias a sus amigos mariquitas.

—¡Billy...! —dije.

Se alejó haciendo una mueca de repugnancia, como si fuera a escupir.

Luego nos separamos, y asignaron a Brocklebank para que me llevara a casa. No ocultaban sus ganas de deshacerse de mí cuanto antes. Me demoré un poco, descontento. Todo parecía tan aburrido y decepcionante. Me detuve en el vestíbulo junto a una aspidistra cubierta de polvo en un tiesto de latón deslustrado y me volví hacia Billy.

—A propósito —le dije—, por pura curiosidad: ¿quién fue el que me traicionó?

Skryne y Billy se miraron el uno al otro. Skryne sonrió, indulgente, desdeñoso, como si yo fuera un sobrino consentido que le hubiese pedido demasiados regalos.

—Oh, vamos, doctor Maskell —dijo—, eso es un secreto ¿no le parece?

La brisa vespertina estaba saturada de olor a hierba recién cortada. Brocklebank, el corpulento Rodney, que caminaba delante de mí en dirección a la verja del jardín, dio un bostezo que hizo crujir los músculos de su mandíbula. Durante el viaje de regreso a casa se volvió muy parlanchín; en realidad, a nadie le importa un poco de traición, a nadie de dentro, me refiero. Puedo asegurar que se moría de ganas de preguntarme toda clase de cosas. Cuando llegamos al apartamento, le invité a subir para que viera mi Poussin; era una estratagema que empleaba a menudo, con más éxito del que se puede imaginar. La mayoría de mis invitados no sabían de qué les estaba hablando, ni les importaba, y sabe Dios qué esperaban ver cuando les abría de par en par la puerta del estudio, como un empresario orgulloso, y les mostraba el espectáculo del estilizado desangramiento de Séneca. Es probable que los que hablaban francés creyeran que les había invitado a cenar pollo. Rodney, sin embargo, era un poco esnob, y pretendía entender algo de arte. Llevaba su gran corpulencia con discreción, y se desplazaba con delicadeza de un lado a otro de puntillas, como si el apartamento fuese una cacharrería. En cierta manera, en el dormitorio resultaba ser, también, un elefante, con aquella espalda enorme y aquellos muslos inesperadamente delgados. ¡Qué pena, sin embargo, tantos granos!

Se marchó al amanecer. Saltó con sigilo de mi cama y recogió su ropa —dejando caer un zapato con gran estrépito, claro—, mientras yo fingía discretamente estar dormido. Me pregunté si le contaría a alguien que había estado conmigo. Aquello sí que era infringir todas las normas de seguridad, como podría haber dicho Boy. Empezaba a echarle de menos; a Boy claro. Me quedé en la cama, despierto, observando las paredes blancas, acuciado por una profunda tristeza, no del todo explicable. Luego me levanté y cambié las sábanas —más de una vez había descubierto a Patrick, a pesar de su cacareada ausencia de celos, examinando la ropa de cama con la mirada escrutadora de una patrona suspicaz—, bajé y saqué el coche, en aquellos días un Hillman antiguo y grande al que tenía mucho cariño, y me puse en camino hacia el oeste, cruzando la ciudad. No sabía adónde iba; estaba mareado por falta de sueño. En las calles había un violento contraste entre las zonas soleadas y las sombras, largas, estrechas, nítidas. Al cabo de un rato pareció que empezaba a llover, increíblemente, con un cielo sin nubes, y cuando puse en marcha el limpiaparabrisas, no sirvió de nada; entonces me di cuenta de que estaba llorando. Fue una sorpresa. Detuve el coche, saqué un pañuelo y me limpié la cara, sintiéndome ridículo. Poco después dejé de llorar y me senté un rato con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, sorbiendo y conteniendo las lágrimas. Un lechero que pasaba me miró con vivo interés; debí de animarle el recorrido. Hacía una mañana estupenda, realmente maravillosa. Sol. Pequeñas nubes blancas, que despedían vapor. Pájaros. Cuando estaba a punto de ponerme de nuevo al volante, descubrí que la calle me era familiar y vi, con un ligero sobresalto, que me había

parado a unas cuantas puertas de distancia de la casa de Vivienne. El hogar: la palabra se me ocurrió con toda su ambigüedad, su fatuo anhelo. ¿Cuándo había sido la casa de Vivienne, cualquier casa en la que ella hubiese vivido, un hogar para mí?

Debía de estar despierta —nunca fue muy dormilona—, pues cuando llamé al timbre bajó inmediatamente y abrió la puerta. Me pregunté de un modo vago si estaría acostumbrada a recibir visitas a aquellas horas del día; ¿fue una mirada de decepción lo que cruzó su rostro al ver que era yo, y no alguien más interesante? Llevaba una bata azul claro —menudo susto me llevé al ver de nuevo al *senhor* Fonseca despatarrado en su sangre— y zapatillas de seda, y tenía el pelo recogido en un moño que no le sentaba muy bien. No se había maquillado, lo que le daba una expresión borrosa y casi aprensiva; si esperaba algún visitante, debía de ser alguien mayor y de confianza, pues no era frecuente ver a Vivienne sin maquillar.

—¡Victor! —dijo—. ¡Dios mío, qué sorpresa más agradable! Creí que era el cartero.

El vestíbulo, inundado de luz matinal, semejaba una gran caja de cristal suspendida en el espacio e iluminada por el sol. Las rosas carmesí de un ramo que había en un jarrón parecían palpitar por dentro, como corazones a ritmo lento. Vivienne cerró la puerta y vaciló unos instantes con divertida perplejidad.

—¿Es muy tarde para ti —dijo— o muy temprano? No estás borracho, ¿verdad? Es que pareces un poco... raro. ¿Te das cuenta de que son las cinco de la madrugada?

—Sí —dije—, lo siento, no sé en qué estaba pensando. Pasaba por aquí y...

—Sí. Bueno, entra en la cocina. Los niños duermen.

Me acordé de Antonia MacLeish: ¿debería telefonarla? ¿Y qué le diría?

—No sé qué ofrecerte a estas horas de la mañana —dijo Vivienne; iba delante de mí y abrió la puerta de la cocina—. En los viejos tiempos, habríamos tomado champán. Hablando de eso, ¿cómo está Boy?

—Está... fuera.

—Hace tanto tiempo que no le veo... En realidad, no veo a nadie del grupo. Me parece que he perdido el contacto. ¿Crees que eso significa que me convertiré en una vieja solitaria, Miss Havisham^[61] de South Audley Street? Me siento verdaderamente anticuada. Si no fuera por los niños, estoy segura de que no saldría a la calle. ¿Quieres un poco de té? —regresó del fregadero con una tetera y me miró con aire interrogativo. No dije nada. Vivienne se rio en voz baja y meneó la cabeza—. Dime qué pasa, Victor. Pareces un chaval a quien han cogido robando manzanas. ¿Tienes problemas? ¿Has cometido algún error espantoso, alguna falsa atribución de un cuadro del rey, o algo por el estilo?

Iba a decir algo, no sabía qué, cuando, de pronto, me eché a llorar de nuevo, desconsoladamente, con gran derroche de pena y rabia sin objeto. No podía parar. Allí estaba, de pie en medio de la cocina, iluminada por la luz gaseosa de la mañana, tembloroso, con los puños apretados y los ojos cerrados, mientras me atragantaba con las flemas, me rechinaban los dientes y las lágrimas me corrían por la pechera de la

camisa. Y todo ello me causaba un placer tremendo, indecente. Era como aquel glorioso momento de transgresión, cuando era niño, en que soñaba que me meaba encima, una meada copiosa, abrasadora, incontenible. Al principio, Vivienne no hizo nada; se quedó mirándome, asustada e indecisa, con una mano en el labio. Luego avanzó, resplandeciente, y me abrazó, haciendo que descansara la frente en su hombro. A través del tejido de su bata podía oler en su piel la ligera ranciedad de la noche.

—Querido —me dijo—, ¿qué pasa?

Me hizo sentar a la mesa, me trajo un pañuelo limpio, y se puso a preparar el té mientras yo seguía gimoteando.

—Lo siento —le dije—. No sé qué me ha pasado.

Se sentó y me miró desde el otro lado de la mesa.

—Pobrecillo —dijo—, la verdad es que estás hecho un asco.

Le hablé de Boy y de MacLeish y del viaje precipitado a Folkestone. Estaba sin aliento y temeroso, como el mensajero arrodillado a los pies del rey para contarle la desbandada de su ejército, pero no podía evitarlo, las palabras me brotaban, como las lágrimas, incontenibles. Vivienne, completamente inmóvil, me observaba con atención casi clínica, y no dijo nada hasta que terminé.

—¿Que Boy se ha marchado con el Escocés Terco? —dijo entonces—. Pero eso es imposible. No se soportan.

—Me inclino a pensar, ¿sabes?, que se separarán en cuanto lleguen... a donde van.

—A Moscú, quieres decir. Allí es adonde van, ¿no?

—Sí —dije—. Eso creo.

Asintió con la cabeza, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Y tú? —dijo.

—¿Yo?

—¿Por qué no te has ido con ellos?

—¿Por qué iba a hacerlo? Acabo de llevarlos en coche a la costa. Boy me lo pidió. Era amigo mío.

—¿Era?

—Bueno, se ha ido. Dudo que volvamos a vernos.

Sirvió el té, observando el balanceo del líquido ambarino al chocar con las tazas. Le pregunté si podía echarme un chorrito de alguna bebida, pero no me escuchaba.

—Siempre me has mentido —dijo con aire pensativo—. Me mentiste desde el principio. ¿Por qué habría de perdonarte ahora?

La miré fijamente.

—¿Que te he mentado? —dije—. ¿A ti? ¿En qué te he mentado?

—En todo. ¿Está bien tu té? ¿Quieres desayunar algo? Yo también empiezo a sentir un poco de hambre. Los sustos siempre me dan hambre... ¿lo sabías? Freiré unos huevos, o prepararé algo.

Pero no se movió, sino que siguió sentada, con los dedos apoyados en el asa de la tetera, mirando al frente y asintiendo despacio con la cabeza.

—¿De modo que Boy se ha ido? —dijo ella—. Me gustaría haber podido despedirme de él —parpadeó y volvió a mirarme—. Tú sabías que estaba planeando largarse, ¿no?

—¿Qué quieres decir? Ni siquiera sabía que tuviera algún motivo para largarse.

—Lo sabías y no se lo contaste a nadie. ¡Vaya... vaya discreción!

Sus ojos relucían. Aparté la mirada de ella.

—No seas ridícula —le dije—. No sabía nada.

Siguió mirándome fijamente, sin decir nada, y apretó el puño y lo puso encima de la mesa, como si fuera un arma. Entonces, se echó a reír de pronto.

—¡Oh, Victor! —dijo, y, aflojando el puño, lo paseó a lo largo de mi mejilla, como había hecho tantas veces antes—. ¡Pobre, pobre Victor! Tienes razón, no sabías nada, incluso menos de lo que tú creías. Él te lo ocultó.

El té sabía a arcilla. En medio de aquel silencio pude oír claramente los pitidos de las noticias de las seis en un aparato de radio que había en la casa de al lado. No me había dado cuenta de que hubiera tanta gente madrugadora en Mayfair. Una figurilla de jade, que representaba a un monje barrigudo —una de las piezas del Castor Mayor —, sonreía con suficiencia en el alféizar de la ventana que tenía a mi lado. En silencio, las cosas duran mucho más que las personas.

Chrysalis.

—¿Él? —dije, sin entusiasmo—. ¿Qué estás diciendo? ¿Quién es él?

No podía soportar su sonrisa compasiva.

—¿No lo comprendes? —me dijo—. Fue él. Siempre fue él...

Realmente, tengo que buscar esa pistola.

Siguieron viniendo a verme, año tras año; cada vez que había un lío, cuando se descubría algún nuevo fallo en la llamada seguridad del Estado, Skryne se volvía a introducir en mi vida, tímido, respetuoso, implacable como siempre. Durante nuestros interrogatorios —digo *nuestros* porque siempre los he considerado como algo que compartimos, como una serie de clases prácticas, o un cursillo de ejercicios espirituales—, divagaba durante horas con ese estilo aburrido, indulgente, profesoral que tenía, repetía una y otra vez la misma pregunta, alterando un poco su forma, y luego, de repente, echaba mano de un nombre, una palabra, un involuntario titubeo al responderle, del que apenas me había dado cuenta, y todo cambiaba, y el interrogatorio tomaba otros derroteros completamente distintos. No obstante, todo era muy relajado, con exquisitos modales y... bueno, amistoso. Con el tiempo, incluso llegamos a intercambiar postales por Navidad; lo hacíamos de corazón. Podía competir conmigo en paciencia, en concentración, en su buen ojo para el detalle revelador, en su habilidad para, a partir de un fragmento, hacerse una idea del todo;

pero, al final, era yo el que tenía más aguante. En todo aquel tiempo —me pregunto cuántas horas pasamos juntos, ¿mil, dos mil?— no creo haberle dicho nada que no hubiera podido obtener en alguna otra parte. Solo di los nombres de personas muertas, o de aquellos que habían sido tan periféricos a nuestro círculo que sabía que no preocupaban al Departamento, o en cualquier caso, no por mucho tiempo. El ajedrez es demasiado serio, demasiado belicoso, para ser una analogía de lo que nos ocupaba. Jugábamos, pues, al gato y al ratón; pero ¿quién era el gato, y quién el ratón?

Recuerdo la primera vez que Skryne vino al apartamento. Había estado intentando durante mucho tiempo, de manera no muy sutil, entrar y echar un vistazo a lo que él llamaba mi domicilio. Objeté que sería una desmesurada invasión de mi intimidad que viniera a casa a interrogarme, pero, al final, cedí y le dije que cualquier tarde, a las seis, podía pasarse a tomar un jerez. Supongo que creí que podría sacar ventaja si le concedía su inofensivo y, en cierta manera, conmovedor deseo: la hora del cóctel es un delicado e incierto momento de la vida social diaria para las personas de su clase, que la equiparan a la hora del té y se inquietan, o eso tengo entendido, cuando tienen que renunciar a tan importante ágape. Sin embargo, él no parecía incomodado. Tal vez le intimidaron un poco las vacías, resonantes galerías cuando ascendimos por ellas, pero una vez dentro del apartamento empezó inmediatamente a sentirse como en su casa. Estuvo a punto, incluso, de encender su pipa, sin pedirme permiso, pero le detuve, diciendo que el humo dañaría los cuadros, como en efecto podría suceder, pues la picadura negra que fumaba despedía un hedor acre que reseca las fosas nasales y producía picor en los ojos. Le sorprendí echando una rápida ojeada en derredor; no parecía muy impresionado; en realidad, creo que estaba decepcionado. Me pregunto qué esperaba encontrar. Colgaduras de seda púrpura, tal vez, y un bardaje posando sobre una meridiana (a Patrick no le gustó nada que le pidiese que se ausentara mientras durase la visita, y se había ido al cine enfurruñado). Sin embargo, fue animándose cuando divisó el pequeño dibujo de Degas, que yo había tomado prestado de la Sala Francesa en la planta baja para colgarlo encima de la chimenea; nunca me había acabado de gustar la obra de ese pintor, y había subido el cuadro para convivir con él durante algún tiempo con la esperanza de que llegara a interesarme. (No fue así.)

—¡Qué maravilla! —dijo apuntándome con la boquilla de su pipa—. Degas. Precioso —parpadeó tímidamente—. He tenido mis escarceos, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Pinto acuarelas. No es más que un pasatiempo, aunque mi parienta insiste en que las enmarque y las cuelgue por la casa. A decir verdad, hice una copia de esta misma, la saqué de un libro. Aunque la mía está hecha sobre cartón.

—Como el original.

—¡Oh!

—Y, a propósito, se dice *Degas*; la *ese* se pronuncia.

Bebimos jerez en el estudio. No, no reparó en el Poussin. Había dos sillas —una de ellas la esperaba a usted, Miss V., aunque no lo supiera—, pero nos quedamos de pie. Me pregunté qué le contaría de mí a su parienta. *Un tipo aburrido, Mabel; y también engreído.* Era una tarde plomiza de octubre. Boy y el Escocés Terco se habían dejado ver por primera vez en Moscú en una conferencia de prensa, en la que soltaron una solemne perorata sobre la paz, la fraternidad y la revolución mundial. Cosas del Congreso del Partido, escritas para ellos, probablemente, por nuestros amigos del Kremlin. La conferencia fue televisada, por lo visto durante una tormenta de nieve —yo tenía por aquel entonces un modelo primitivo; se suponía que era para contentar a Patrick, pero ya me había convertido en adicto—, y me pareció un espectáculo deprimente y algo nauseabundo. Es descorazonador, en verdad, que aquella pasión, aquella convicción, quedara reducida a eso: dos hombres de mediana edad, maquillados exageradamente, sentados ante una mesa vacía en una habitación sin ventanas en la Lubianka, que hacían de tripas corazón y sonreían con desesperación tratando de convencerse a sí mismos, y de convencer a los demás, de que por fin habían vuelto a casa, a la Tierra Prometida. Me daba miedo pensar lo mal que debía estar pasándolo Boy. Recordé aquella noche en los años treinta en que me llevaron en coche al Kremlin y la esposa del comisario de Cultura soviético, mirando el champán de mi copa y torciendo el gesto, me dijo: «Georgiano». Un tipo de la embajada británica afirmó haber divisado a Boy una noche en un hotel de Moscú, desplomado sobre la barra con la frente apoyada en el brazo, llorando a gritos. Confío en que fueran lágrimas de whisky.

—¿Cree que son felices sus dos compinches? —dijo Skryne—. Supongo que añoran la cerveza y los bolos.

—Les gusta más el caviar —dije fríamente—, y allí hay de sobra.

Estaba jugueteando con los objetos de mi escritorio; tuve que contenerme para no darle una palmada en la mano. Detesto a la gente que *no puede tener las manos quietas.*

—¿Usted se iría? —dijo.

Tomé un sorbo de jerez. Era muy bueno; esperaba que Skryne fuera capaz de apreciarlo.

—Me lo piden con insistencia —dije. Era cierto: Oleg se había mostrado extremadamente solícito—. Les pregunté si, en caso de ir, podrían garantizarme periódicas visitas de trabajo a la National Gallery y al Louvre. Consultaron con Moscú y me dijeron que no, aunque me ofrecieron toda clase de disculpas. Los rusos no tienen sentido de la ironía. Lo mismo les pasa a los americanos.

—No le gustan los americanos, ¿verdad?

—Oh, estoy seguro de que son gente perfectamente razonable, de uno en uno. Solo que no soy demócrata, ¿comprende?; me asusta que gobierne el populacho.

—¿Y qué me dice de la dictadura del proletariado?

—¡Oh, por favor! —dije—, no nos pongamos a polemizar. ¿Un poco más de

jerez? No está del todo mal, ¿verdad?

Le serví. Me gusta la oleaginosidad de esa bebida, pero, por lo demás, incluso la de mejor calidad tiene un ligero amargor que me recuerda algún sabor desagradable de mi infancia; el aceite de ricino de la tata Hargreaves, tal vez. No, prefiero la ginebra, con sus misteriosos dejes de escarcha y selva, metal y fuego. Los primeros días después de la huida de Boy prácticamente me empapé de ella, desde que me levantaba por la mañana hasta las horas muertas de la noche. ¡Pobre hígado! Es probable que fuese entonces, hace ya tantos años, cuando mis células dieron sus primeros pasos de borracho en ese endemoniado baile que ahora me está consumiendo por dentro. Skryne seguía mirando al frente con ojos vidriosos, olvidándose, al parecer, del dedal de bebida que tenía entre los dedos. A menudo se quedaba en blanco, como en aquel momento; era desconcertante. ¿Concentración? ¿Hondas cavilaciones? ¿Una trampa para incautos, quizás? Tendía a bajar la guardia cuando le veía tan distraído. La luz tardía que entraba por la ventana arrojaba un brillo niquelado sobre la superficie del Poussin que hacía resaltar el grano del pigmento y sombreaba los huecos. Alguno de los tasadores había mostrado dudas acerca de su autenticidad; absurdo, desde luego.

—Considere este cuadro —dije—. Se llama *La muerte de Séneca*. Lo pintó Nicolas Poussin a mediados del siglo XVII. Usted, que tiene algo de artista, dígame: ¿merece la pena luchar por la civilización que este cuadro representa? —noté un ligero temblor en la superficie del jerez que quedaba en la copa que sostenía en mi mano; creía estar completamente tranquilo—. El joven espartano —dije— se quejaba a su madre de que su espada era demasiado corta, y la única respuesta de ella fue: «Acércate más».

Skryne exhaló un curioso suspiro chirriante. Tuve que admitir que, en el limitado espacio del estudio, exudaba un ligero pero definido olor: a tabaco, naturalmente, pero también a algo más, algo soso y desagradable; algo muy... bueno, muy de Hackney^[62].

—¿No sería mejor, doctor Maskell —dijo—, que fuéramos a sentarnos allí, y diéramos por terminado esto?

—Ya le dije que no estaba dispuesto a soportar un interrogatorio en mi propia casa.

—No es un interrogatorio. Solo una... solo una aclaración, por así decirlo. Soy católico... bueno, mi madre era católica; irlandesa, como usted. Todavía recuerdo lo que solía sentir, cuando era un chaval, al salir de un confesionario, esa sensación de... ligereza. ¿Sabe a qué me refiero?

—Le he contado todo lo que sé —le dije.

Sonrió y, meneando despacio la cabeza, dejó cuidadosamente su copa en una esquina de mi escritorio. No había tocado el jerez.

—No —dijo—. Nos ha contado todo lo que *nosotros* sabemos.

Suspiré. ¿Aquello no iba a acabar nunca?

—Lo que me pide es que traicione a mis amigos —le dije—. No quiero hacer eso.

—Ha traicionado todo lo demás.

Seguía sonriendo, todavía paternal y amistoso.

—Ese todo al que se refiere —le dije— no es nada para mí. Para poder traicionar algo, primero tienes que creer en ello —yo también dejé mi copa, con un golpetazo terminante—. Y ahora, Mr. Skryne, creo, realmente...

En el vestíbulo le di su sombrero. Tenía una forma característica de ponérselo: se lo encajaba con cuidado con movimientos rotatorios, utilizando ambas manos y echándose un poco hacia delante, de tal modo que parecía que estuviera enroscando la tapa de un recipiente que contuviese alguna inapreciable sustancia volátil. En la puerta se detuvo.

—A propósito, ¿ha visto lo que dijo Bannister cuando se entrevistó en Moscú con aquel tipo del *Daily Mail*? Todavía no le hemos dejado que lo publique.

—Entonces, ¿cómo podría haberlo visto?

Sonrió astutamente, como si yo hubiera hecho una observación maliciosa y contundente.

—Lo anoté —dijo—, creo que lo tengo aquí.

Sacó una abultada cartera y extrajo de ella un trozo de papel cuidadosamente doblado. Me imaginé que había planeado aquel pequeño gesto hasta el último detalle, incluso el reservado para última hora; después de todo, era actor. Se puso unas gafas de montura metálica, ensartó las patillas con cuidado detrás de las orejas y se ajustó el puente, y luego se aclaró la garganta antes de leer en voz alta.

—*No crean que me hago ilusiones acerca de este lugar —dice—. Echo de menos a mis amigos. A veces me encuentro aislado. Pero estoy aislado de cosas insignificantes. En Inglaterra estaba aislado de lo que era realmente importante: del socialismo.* Triste, ¿eh? —me ofreció el trozo de papel—. Tome, ¿por qué no lo guarda?

—No, gracias. El *Daily Mail* no es mi periódico.

Asintió con la cabeza, pensativo, mirando fijamente el nudo de mi corbata.

—¿Está aislado usted del socialismo, doctor Maskell? —dijo con delicadeza.

Pude escuchar el chirrido y el estertor del ascensor al subir; debía de ser Patrick, que regresaba del cine, probablemente todavía enojado. A veces la vida puede ser muy dura.

—No estoy aislado de nada —le dije—. Cumplí con mi trabajo. Eso es lo único que importa.

—¿Y sus amigos? —dijo en voz baja—. No se olvide de sus amigos. Ellos le importan, ¿no es cierto?

Miss Vandeleur acaba de marcharse, un poco abatida, me temo. No volverá a verme; o, más exactamente, no volveré a verla. Su visita fue un acontecimiento conmovedor; las últimas cosas, y todo lo demás... o *no*. Yo había comprado una tarta —estaba un poco rancia— y le puse una velita. Ahora me puedo permitir hacer el ridículo. Miró la tarta con desconfianza, un poco desconcertada. Nuestro primer aniversario, le dije, y le ofrecí una copa de champán con lo que consideraba un verdadero rasgo de galantería chapada a la antigua; no quería que creyera que le guardaba rencor. Pero, en realidad, como señaló cuando releyó las primeras líneas de su ya sobada libreta, no era esa la fecha en que vino a verme por vez primera. Deseché esos insignificantes detalles. Estábamos sentados en el despacho. Aunque no pareció advertirlo, me di perfecta cuenta del espantoso espacio en blanco que había quedado en la pared donde había estado colgado el Poussin. Miss V. llevaba puesto el abrigo, pero todavía parecía tener frío, como siempre; su mecánico debe de necesitar una barbaridad de tiempo para hacerla entrar en calor; las chicas siempre culpan a sus compañeros de la temperatura reinante; no me pregunten cómo lo sé. Llevaba también la falda de cuero, como antaño. ¿Cómo se explica el patetismo de la ropa que lleva la gente? Me la imaginaba en su habitación en Golders Green, a la luz grisácea de la mañana, mientras soplaba la hedionda brisa, con un tazón de café frío encima del tocador, poniéndose la falda y contemplando otro día de... ¿de qué? Tal vez no exista tal habitación en Golders Green. Tal vez todo sea una invención: su padre almirante, su tosco mecánico, los sombríos viajes a diario en la Northern Line, mi biografía. Le pregunté cómo le iba con el libro y me miró ofendida, como una colegiala resentida a quien han cogido fumando detrás del cobertizo para las bicicletas. Le aseguré que no sentía el menor rencor hacia ella y fingió incompreensión y me dijo que por supuesto no sabía de qué le estaba hablando. Nos miramos el uno al otro en silencio durante unos instantes, yo sonriente, ella con el ceño fruncido por el enfado. ¡Ay, Miss Vandeleur, mi querida Serena! Si en verdad se llama así.

—Pese a las apariencias —le dije, señalando la botella de champán y la estropeada tarta con su vela pisana—, oficialmente estoy de luto —la observé con atención para ver cómo reaccionaba; no hubo ninguna reacción, como me esperaba; ya lo sabía—. Sí —dije—, mi esposa murió, ¿comprende?

Unos instantes de silencio.

—Lo siento —dijo con voz apenas perceptible, mirándome las manos.

Abril. Qué maravilloso cielo hay hoy, grandes nubes heladas a la deriva, y más allá ese azul suave, quebradizo, y la luz del sol yendo y viniendo como si en alguna parte alguien caprichoso controlase un interruptor. No me gusta la primavera; ¿lo había dicho antes? Demasiado molesta, demasiado angustiada, toda esa nueva vida implícitamente en efervescencia. Me siento olvidado, medio enterrado, como una rama seca o una raíz nudosa. Sin embargo, algo se agita dentro de mí. A menudo me imagino, sobre todo por las noches, que puedo sentirlo, no me refiero al dolor, sino a la cosa misma, que prospera malignamente, flexionando sus tenazas. Bueno, pronto pondré fin a su crecimiento. Se me ha secado la boca de repente. Extraños efectos. Estoy bastante tranquilo.

—Fue muy triste —dije—. Al parecer, murió de inanición por voluntad propia. Se negó a comer: se puso de cara a la pared, como solía decirse. ¡Qué apremio para morir! No quiso que me avisaran; dijo que prefería que me dejaran en paz. Siempre fue más considerada que yo; y más valiente, también. La enterramos ayer. Todavía estoy un poco trastornado, como puede ver.

¿Por qué, si la muerte me acompaña en todo momento, acechando infatigable las raquílicas defensas de mi vida, todavía me sorprende cuando mata? Siempre había dado por supuesto que Vivienne me sobreviviría. Y, sin embargo, cuando me telefoneó Julian, sabía, antes de que me lo dijera, que ella se había ido. Permanecimos un buen rato escuchando a través del éter nuestras respectivas respiraciones.

—Es mejor así —me dijo.

¿Por qué los jóvenes creen siempre que es mejor que los viejos estén muertos? La pregunta se contesta por sí sola, supongo.

—Sí —dije—, claro.

Había pedido que la enterraran según el rito judío. Me quedé asombrado. Cuando vivíamos juntos solía llevar a los niños a la iglesia anglicana, sobre todo cuando estaba en Oxford, pero eso, ahora me daba cuenta, debió de haber sido solo para fastidiar a su madre. Nunca supe que le importara la religión de sus padres. Nunca conocemos a nadie; nunca. Hubo más sorpresas en el entierro. Nick llevaba un *yarmulke*, ese gorrito que cubre la coronilla, y lo mismo Julian, y durante las plegarias, el *kadish*, o como le llamen, vi que Nick movía los labios uniéndose al cantor. ¿De dónde venía aquella devoción tan repentina? Aunque, obviamente, no era repentina.

El cementerio estaba en la periferia al norte de Londres. Nos llevó más de una hora llegar hasta allí, a pesar de la indecorosa velocidad a la que el coche fúnebre se abrió camino a través del tráfico que iba hacia el norte. Era un día desapacible, borrascoso, gris, con ráfagas de lluvia y una infernal luz amarillenta que cortaba el horizonte. Me senté en el asiento trasero del coche, sintiéndome encogido y

acobardado. Junto a mí sollozaba Blanche, con el rostro completamente enrojecido e hinchado. Julian iba muy rígido al volante, con los ojos fijos en la carretera. El asiento vacío a su lado era un lúgubre símbolo de la ausencia de su madre. Nick viajaba solo, con su chófer. En una etapa del viaje, cuando estuvimos por poco tiempo en la autopista y nuestros coches iban a la par, vi que estaba trabajando, con papeles y su pluma de oro en la mano, y la cartera de cuero rojo del Ministerio abierta junto a él sobre el asiento. Se dio cuenta de que no le quitaba ojo de encima y, por un momento, me miró sin verme, distante, inexpresivo, con los pensamientos en otra parte. Incluso ahora, que ha cumplido ya los sesenta y está gordo, calvo, con el rostro caído y bolsas en los ojos legañosos, todavía se ve lo guapo que era. Pero ¿lo era de verdad, o me lo imagino? Para eso estaba yo, ese fue siempre mi cometido: conservar su imagen de manera permanente, postrarme humildemente ante él con la cabeza inclinada y sostener frente a él el espejo, y a su vez exponer su imagen para que todo el mundo pudiera verla.

Mientras entrábamos por la verja del cementerio, Blanche buscó a tientas mi mano, pero fingí no darme cuenta. No me gusta que me toquen.

Por un momento no reconocí a Querell. No es que hubiera cambiado mucho, pero era la última persona que habría esperado encontrarme allí. ¡Vaya morro! Tenía el pelo ralo, e iba un poco encorvado; sin embargo, conservaba todavía una cuidadosa, siniestra elegancia. O no, elegancia no es la palabra; más bien pulcritud, al mismo tiempo diabólica y de mal gusto; y aquella impresión que siempre daba de poder anticipar el mal como un experto nadador, digamos, que mira tranquilamente cómo un torpe principiante se aventura a perder pie luchando para mantenerse a flote. Lleva con soltura el aura de su fama. Siempre estuve celoso de él. Cuando se terminó la ceremonia, vino y me estrechó la mano como por obligación. Aunque llevábamos sin vernos más de un cuarto de siglo, salió airoso de la situación, como si estuviésemos acostumbrados a encontrarnos todos los días.

—Ten por seguro que los judíos —dijo—, al final, siempre vuelven a lo suyo. Como nosotros... quiero decir los católicos —llevaba una cazadora acolchada encima del traje—. Hoy día siento más el frío. Mi sangre se ha diluido de vivir tanto tiempo en el sur. No tienes mal aspecto, Victor; la perfidia le mantiene a uno joven, ¿eh?

No podía recordar que hubiera usado nunca mi nombre de pila. Le presenté a Blanche y Julian. Dirigió a cada uno de ellos una prolongada, penetrante mirada.

—Os conocí cuando todavía estabais en la cuna.

Julian fue lacónicamente cortés. Admiro su reserva, tan rara en alguien tan joven.

—Tienes los ojos de tu madre —dijo Querell, y Julian asintió con ese rígido movimiento de cabeza tan propio de él, que siempre me da la impresión de que va acompañado de un taconeo imaginario. ¡Pobre hijo mío!

Querell centró su atención en Blanche. Temblaba de pies a cabeza, nerviosa en presencia de tal celebridad. Apartó su mano de él como si su roce la hubiera quemado. Me pregunto si ella y Julian sabían lo de Querell. Pero no es el tipo de

cosas que se suelen preguntar a los hijos, aun cuando estén crecidos.

—¿Cuándo regresas? —le dije.

Querell me miró.

—Mañana —dijo.

La brisa primaveral soplaba en los árboles todavía desnudos y un poco de lluvia salpicó la pared del templo de mármol a nuestras espaldas. Julian trató de deslizar una mano por debajo de mi brazo, para sostenerme, pero me la quitó de encima de manera violenta. Por un momento vi a Vivienne, sin ningún género de dudas, que venía hacia mí, abriéndose paso entre las lápidas mortuorias, con su vestido tubular negro de seda y sus tacones altos de *flapper*. Nick se había ido ya en su coche, sin decir palabra a nadie. Querell hablaba de llamar a un taxi.

—¡Oh, no, no! —dije—. Ven con nosotros en el coche —Julian abrió la boca, pero no dijo nada. Querell frunció el ceño—. Insisto —añadí.

Incluso en un entierro se puede divertir uno.

Volvimos a la ciudad bastante deprisa. Querell y yo en el asiento de atrás esta vez, y Blanche y Julian delante, sentados ambos como efigies, escuchando atentamente en silencio. Querell observaba con minucioso interés —siempre salía el novelista— las tristes calles suburbanas por donde pasábamos, las tiendas de ultramarinos en las esquinas, las lavanderías automáticas, los flamantes, pero ya sórdidos, centros comerciales con sus llamativos escaparates y su basura por los suelos.

—Inglaterra —dijo riéndose por lo bajo.

En St Giles Circus nos hizo parar un atasco de tráfico. Fue como si nos hubiésemos topado con el centro latente de un rebaño de animales grandes, relucientes, temblorosos.

—Oye, Querell —dije—, vamos a tomar una copa.

¡Cómo me recordó eso los viejos tiempos! Querell me dirigió una irónica mirada de extrañeza. Julian estaba ya acercando el coche al bordillo. En la acera el viento se arremolinaba despiadadamente a nuestro alrededor. Querell se abrochó la complicada cremallera de su cazadora mientras yo observaba cómo se internaba en el tráfico el morro del coche, hermano y hermana apoyados uno contra otro en animada conversación. Las vidas de mis hijos sí que eran de verdad secretas.

—Estoy deseando que llegue mi hora —dije—. Nos hemos convertido en viejos tediosos.

Querell asintió con la cabeza.

—Estaba pensando —dijo— que mi amante es más joven que tu hija.

Nos metimos en el Soho. El día se había despejado y había salido un sol pujante, que se abría paso entre las nubes, y el cielo sobre las estrechas calles parecía enormemente alto y daba la impresión de volar lleno de energía. El viento se abalanzaba y arremetía, doblegando los tallos de los narcisos del Square. En la esquina con Wardour Street una arpía con medias de color cacao y un abrigo que parecía un manto insultaba a gritos a los transeúntes. Motas blancas en los labios,

ojos apesadumbrados. El sol brilló repentina, extrañamente, sobre una placa de vidrio en la trasera de un camión. Pasaron dos cabareteras, con abrigos de piel de imitación y tacones de tres pulgadas. Querell las miró con amargo regocijo.

—Londres ha sido siempre una parodia de sí misma —dijo—. Un país ridículo, feo, deprimente. Deberías haberte escapado cuando pudiste.

Recorrimos Poland Street. Después de la huida de Boy, Leo Rothenstein había vendido la casa. Los pisos más altos se habían convertido en oficinas. Nos paramos en la acera y miramos desde abajo aquellas ventanas que nos eran tan familiares. ¿Por qué no nos abandona nunca el pasado, por qué tiene que manosearnos siempre, como un niño zalamero? Seguimos andando sin decir nada. Minúsculos remolinos de viento bailaban en la acera levantando espirales de polvo y trozos de papel. Me sentía realmente mareado.

El antiguo pub tenía ahora una máquina de pinball. La ocupaba una ruidosa pandilla de hombres jóvenes con la cabeza rapada que llevaban anchos tirantes y botas acordonadas. Querell y yo nos sentamos, con prostática incomodidad, en taburetes bajos, ante una mesa pequeña, al fondo, y bebimos ginebra, mientras observábamos a los chicos de las botas, entregados a su estridente juego, y a los escasos bebedores diurnos que había en la barra. Los fantasmas brillaban tenuemente en las sombras. Ilusorias carcajadas. El pasado, el pasado.

—¿No te gustaría volver? —dije yo—. ¿No echas de menos algo?

No me escuchaba.

—¿Sabes? —me dijo—, Vivienne y yo tuvimos una aventura —me dirigió una mirada rápida y sin detenerse, con el ceño fruncido. Giró en todas direcciones el cigarrillo que tenía entre los dedos—. Lo siento —dijo—. Fue poco después de casaros. Se sentía muy sola.

—Sí —dije—. Lo sé —me miró sin pestañear, gratamente sorprendido. Me encogí de hombros—. Vivienne me lo contó.

Afuera pasó un autobús con un colosal estruendo que hizo estremecer apenas suelo, asientos y mesa, y los severos y pálidos rostros de los viajeros del piso alto nos miraron fugazmente, en lo que se diría una especie de asombro. Querell expulsó al techo un delgado cucurucho de humo a través de su boca fruncida; en su mal afeitado cuello de pavo había trozos de incipiente barba blanquecina.

—¿Cuándo? —dijo.

—¿Qué?

—¿Cuándo te lo contó?

—¡Qué importa!

—¡Claro que importa!

Sus manos, me di cuenta, temblaban un poco, y el humo de su cigarrillo ascendía con igual ritmo rápido. El humo era azul antes de inhalarlo, y después gris.

—Oh, hace mucho tiempo —dije—. El día siguiente a la deserción de Boy. El día después de que tú y los demás decidierais entregarme al Departamento.

Había comenzado una discusión en la máquina del millón, y dos de los jóvenes estaban enzarzados en una pelea simulada, haciendo fintas y dándose mutuamente puñetazos y peligrosas patadas en las espinillas, mientras sus compañeros los animaban entre abucheos. Querell apuró su bebida y exhaló una especie de suspiro silbante. Cogió nuestros vasos y se fue a la barra. Contemplé su vulgar cazadora acolchada y sus zapatos de ante. El enigma que es la gente, los demás, apareció ante mí, como si, empujada por el viento, una puerta se hubiese abierto de golpe a la oscuridad y el temporal. Pasó otro autobús, y un nuevo grupo de rostros taciturnos, asombrados, nos miró desde lo alto. Querell volvió con las bebidas y, cuando se estaba instalando de nuevo en el taburete, capté cierto olorcillo que salía de él, una emanación interna, caseosa, fría y húmeda; tal vez él también está enfermo. Eso espero, desde luego. Miró su vaso, como si hubiera localizado algo que flotaba en él. Sendas manchas de color rosa, del tamaño de un chelín, habían aparecido en lo alto de sus mejillas; ¿era... enojo?, ¿excitación? Vergüenza no, sin duda.

—¿Cómo lo supiste? —dijo con la voz empañada—. Me refiero a...

—Por Vivienne, por supuesto. ¿Quién si no? Aquel día me contó todo lo que tenía que saber. Era mi esposa, ¿comprendes?

Querell bebió un buen trago y se puso a dar vueltas a su vaso en todas direcciones, mientras observaba la última gota plateada de licor que vagaba por el fondo.

—No quería meterte en esto, ¿sabes? —dijo—. Quería entregarles a Rothenstein, o Alastair Sykes. Pero no, ellos me dijeron que tenías que ser tú.

Me reí.

—Acabo de darme cuenta —dije— de que has vuelto por eso, ¿no es cierto? Para contarme lo tuyo con Vivienne, y... esto otro. ¡Qué decepción para ti que ya lo supiera todo!

Sus labios, contraídos por la edad, habían adquirido una estriación minúscula, profundamente marcada, en los bordes, que daba a su boca un aspecto de solterona. Lo mismo debía de parecer yo. ¿Qué habrían visto aquellos jóvenes, si hubieran concentrado en nosotros su amenazadora atención? Una pareja de viejos eunucos marchitos, con su ginebra y sus cigarrillos, sus antiguos secretos, su antiguo trabajo. Avisé al camarero. Era un joven pálido, esbelto, demacrado y de aspecto algo disoluto, que parecía sacado de un cuadro del Bronzino; cuando pagué las bebidas me rozó los dedos con los suyos, fríos y húmedos, y me miró lánguidamente. En medio de la muerte, vida. Querell me miró con expresión torva mientras se pasaba la punta de la lengua por el labio superior. Traté de imaginarlos juntos a él y Vivienne. Abrió y cerró varias veces, despacio, sus lánguidos párpados de viejo saurio. Volví a olfatear su olor a muerte.

—A alguien teníamos que entregarles —dijo.

Bueno, eso siempre me lo había imaginado, por supuesto. Tenía que haber alguien en Londres que concluyese la operación, que recibiera el material que MacLeish y

Bannister enviaban desde Washington y se lo pasara a Oleg. Era lo menos que el Departamento habría esperado; no se habrían contentado con menos.

—Sí —dije—, y me entregaste.

Los peligrosos jóvenes se marcharon súbitamente, y la abandonada máquina del millón pareció sentirse dolida y desconcertada, como un perro a quien nadie le arroja palitos. Conversación, humo, inconexo estrépito de vasos.

—Supongo que entraste antes que yo —dije.

Asintió con la cabeza.

—Cuando estaba en Oxford ya tenía en funcionamiento una célula —dijo—. Todavía no me había licenciado.

No pudo evitar el tono jactancioso de su voz.

Me levanté. De pronto, necesitaba alejarme de él. No era la ira lo que me espoleaba, sino una especie de impaciencia; algo más había acabado.

—Siento de veras —dije— que no llegaras a verme preocupado y afligido.

Afuera, en la acera, volví a sentirme mareado y, por un momento, creí que iba a caerme. Querell hacía señas con la mano a un taxi; deseaba alejarse lo antes posible, dado que le había fallado su intento de venganza. Le puse una mano en el brazo: bajo el abrigo la carne era como el papel, y el hueso delgado, como un arma primitiva.

—¿Fuiste tú —dije— quien dio mi nombre a ese tipo que estaba escribiendo el libro, ese que iba a descubrirme?

Me miró fijamente.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Un taxi se detuvo. Querell fue hacia él, tratando de soltarse de mi mano, pero le agarré con más firmeza. Estaba sorprendido de mi propia fuerza. El conductor del taxi se volvió y nos miró con interés: dos ancianos medio trompa que forcejeaban frenéticamente.

—¿Quién fue, entonces? —dije.

¡Como si no lo supiera!

Se encogió de hombros y sonrió, mostrándome sus dientes amarillentos, sin decir nada. Le solté, retrocedió, entró en el taxi, agachándose, y cerró la portezuela tras de sí. Mientras el taxi se alejaba, vi por la ventanilla trasera que su cara pálida se volvía para mirarme. Parecía estar riéndose.

De repente, se me ocurrió una cosa: ¿eran mis hijos verdaderamente míos?

Acabo de tener una conversación telefónica de lo más desagradable con un joven insolente acerca de las tasaciones. Infamantes imputaciones. La verdad es que utilizó la palabra *falsificación*. ¿Se da cuenta, le dije, de quién soy? Y juro que le oí contener la risa. Le dije que me devolviera la pintura inmediatamente. Ya he decidido a quién se la legaré; no creo que cambie de opinión.

Contestó el teléfono al primer timbrazo. ¿Acaso esperaba que le llamara? Tal vez le avisó Querell. Una última travesura antes de escapar de nuevo hacia el sur, para reencontrarse con el sol y su juvenil amante. Yo estaba hecho un flan y tartamudeé como un tonto. Le pregunté si podía ir a verle. Hubo una larga pausa, luego solo dijo sí y colgó. Pasé la media hora siguiente registrando el apartamento en busca del Webley, y al final lo encontré, lo que me hizo soltar un grito de júbilo, en el fondo de un cajón del escritorio, envuelto en una camisa vieja que, me di cuenta fuera de mí por la angustia, había sido de Patrick. Extraña sensación, sopesar el arma en mi mano. Qué anticuada parece, como uno de esos artilugios domésticos que pueden verse en las exposiciones sobre la época victoriana, imponentes, pesados, de dudoso empleo. Pero no, no tan dudoso, de eso ni hablar. No le he echado aceite desde la guerra, pero espero que funcione. Dos cartuchos solamente —¿qué habrá sido de los otros cuatro?—, pero serán más que suficientes. No pude encontrar la funda, y no sabía cómo llevarla, ya que era demasiado grande para mi bolsillo, y cuando la metí en el cinturón se deslizó por la pernera del pantalón y me asestó un feo golpe en el empeine. Fue un milagro que no se disparara. Hubiese sido lo último: bastantes ignominias he sufrido ya para que encima se me dispare una pistola y me dé en el pie. Al final la envolví de nuevo en la camisa —anchas rayas rosas y cuello blanco; Patsy solía ponerse cosas así— y la metí en mi bolsa de reddecilla. Paraguas, impermeable, llaves de casa. Hasta que bajé a la calle no me di cuenta de que llevaba sandalias. No importa.

El conductor del taxi era uno de esos tipos agotadores que hablan consigo mismos: del tiempo, el tráfico, los paquistaníes, los pijoteros peatones. ¡Qué poco atractivos son los timoneles que nos envían para sortear los más trascendentales trances de nuestra vida! Me divertía imaginando los aullidos de consternación que se elevarán de ciertos páramos estancados del mundo académico cuando se publique mi artículo póstumo sobre el simbolismo erótico en *Eco y Narciso* de Poussin —a propósito, me pregunto por qué el artista pintó a Narciso sin pezones en este cuadro—, que aparecerá en breve en una innovadora y algo irreverente revista americana de arte. Todavía me gusta el escándalo. El cielo estaba tapado, y Holland Park presentaba un aspecto lúgubre, inquietante, a pesar de todas aquellas grandes mansiones color crema y aquellos automóviles de tonos chillones. Bajé aliviado del taxi y le di al taxista un chelín de propina, o cinco nuevos peniques, como los llaman ahora; miró la moneda asqueado y, blasfemando hasta quedarse sin respiración, se largó a toda velocidad. Un sonrisa burlona; enfadar a los taxistas era para mí uno de los pequeños placeres de la vida. Manchas de humedad en la acera y olor a lluvia y a podredumbre. Un arbusto de lilas junto a la puerta principal estaba a punto de florecer. Un sigiloso tordo revoloteaba entre las hojas, sin dejar de mirarme con sus ojos pequeños, redondos y brillantes, mientras esperaba. La doncella era una filipina, diminuta, de tez oscura y aspecto tristísimo, que dijo algo incomprensible y se echó a un lado, sumisa, mientras entraba en el vestíbulo. Suelos de mármol, mesa italiana,

gran cuenco de cobre con narcisos, un espejo convexo con un barroco marco dorado. Noté que la enfermera, quiero decir la doncella, miraba con suspicacia mi bolsa de redecilla, mis sandalias, mi fúnebre paraguas. Volvió a hablar, de nuevo de forma incomprensible, e, indicándome el camino con una especie de garra de murciélago, me llevó al interior de la casa, en silencio sepulcral. Al pasar por delante del espejo atisbé el reflejo de mi cabeza monstruosamente aumentada, mientras el resto de mí disminuía hasta convertirse en una suerte de complicado apéndice umbilical.

Habitaciones de colores claros, cuadros oscuros, una magnífica alfombra turca de tonos gules y púrpuras y marrones pálidos. Las suelas de goma de los zapatos de Imelda crujían discretamente. Entramos en un invernadero octogonal con plantas en tiestos, cuyas hojas, increíblemente verdes, se inclinaban bajo el peso, y abrió una puerta de cristal que daba al jardín y retrocedió, sonriendo de manera lúgubre, alentadora. Pasé junto a ella y salí. Un sendero bordeado por un denso macizo gris oscuro de laurel. Se oyó un chasquido y algo se agitó en el aire, volvió a agitarse y cayó. Recorrí el sendero. Viento, nubes, un pájaro que caía en picado. Nick estaba esperando bajo los laureles, y había una luz pálida que anunciaba lluvia. Me observaba muy tranquilo, con las manos en los bolsillos. Camisa blanca, pantalones negros, zapatos que no casaban con su atuendo. Llevaba arremangadas las mangas de la camisa.

Ahí está: *La agonía en el huerto.*

—Hola, Victor.

Ahora que estaba ante él, no sabía qué decirle.

—¿Cómo está Sylvia? —dije.

Me lanzó una rápida mirada penetrante, como si hubiera hecho alguna alusión de mal gusto.

—Está en el campo. Prefiere estar allí en esta época.

—Comprendo.

Un intrépido petirrojo bajó desde una rama hasta la hierba, cerca del pie de Nick, cogió una mota de algo y subió de nuevo al árbol volando en silencio. Nick parecía tener frío. ¿Se había puesto por mí aquella linda camisa de seda, aquellos pantalones ajustados y aquellos mocasines (con una decorativa hebilla dorada en el empeine, desde luego), y posaba para mí en medio de aquel verdor? Otro actor interpretando su papel, pero no de forma muy convincente.

—Me estoy muriendo, ¿sabes? —le dije.

Apartó la mirada y frunció el ceño.

—Sí, lo he oído. Lo siento.

Sombra, sol por unos segundos, luego más sombra. ¡Vaya tiempo más movido! En alguna parte un mirlo empezó a cloquear a modo de advertencia; cerca debía de haber urracas; entiendo de urracas.

—¿Quién te lo contó? —dije yo.

—Julian.

—¡Ah! Os veis mucho, ¿no?

—Bastante.

—Debes de ser para él una figura paternal —dije.

—Algo de eso.

Miraba mis sandalias y mi bolsa de redecilla.

—Bueno, me alegro —dije—. Todo hombre necesita un padre.

Me dirigió otra mirada penetrante.

—¿Estás borracho? —dijo.

—Claro que no. Solo algo nervioso. Me he enterado de cosas.

—Ya —dijo en tono grave—. Vi a Querell hablando contigo en el entierro. ¿Fue interesante la conversación?

—Mucho.

Crucé las piernas y me apoyé en el paraguas, tratando de aparentar despreocupación; la contera se hundió en la hierba y casi perdí el equilibrio. Tengo una edad en la que uno tiene tendencia a caerse. Me temo que entonces perdí un poco el control y empecé a hacerle reproches, soltando toda clase de cosas atroces —recriminaciones, insultos, amenazas— que lamenté nada más decirlas. Pero no podía pararme; todo salió en un cáustico, ignominioso flujo, toda una vida de amargura, celos y sufrimiento, que brotaba a borbotones —disculpe— como el vómito. Creo que incluso desenfundé el paraguas y lo esgrimí en tono amenazador. ¿Qué quedaba de mi resolución estoica? Nick se limitó a escucharme, observándome con moderada atención, esperando que terminase, como si fuera un chico obstinado que tiene una rabieta y golpea el suelo con el pie.

—¡Incluso has corrompido a mi hijo! —grité.

Levantó una ceja, tratando de no sonreír.

—¿Corrompido?

—¡Sí, sí, con tus asquerosos disparates judíos! Os vi rezando juntos en el entierro.

Habría continuado, pero me atraganté con la saliva y tuve que toser varias veces, y darme golpes en el pecho. Súbitamente empecé a temblar, como si se hubiera puesto en marcha dentro de mí un impreciso motorcito.

—Entremos en casa —dijo Nick. Él tiritaba, pues iba en mangas de camisa—. Somos demasiado viejos para esto.

Manzanos, abril, un joven en una hamaca; sí, debió de ser en abril aquella primera vez. ¿Por qué creía yo que era pleno verano? Mi memoria no es tan buena como se suele creer. Es posible que lo recuerde todo mal, que haya juzgado equivocadamente todos los detalles. ¿Qué piensa usted, Miss V.?

En el invernadero nos sentamos en sendos sillones de mimbre a ambos lados de una mesita baja, también de mimbre. Vino la doncella y Nick pidió té.

—Para mí ginebra —dije—, si no te importa —sonreí a la doncella; estaba otra vez completamente tranquilo, después de mi breve momento de catarsis en el jardín—. Trae la botella, querida, ¿quieres?

Nick examinó el jardín, con los codos apoyados en los brazos del sillón y las yemas de los dedos unidas ante sí. Una diminuta partícula de hoja de laurel húmeda se aferraba a su frente desnuda y parecía simbolizar algo. Una ráfaga de viento llegó velozmente de los sauces y un instante después sus palmas golpeaban con fuerza contra el cristal que había a mi lado. Empezó a caer un chaparrón, pero cesó casi en el acto. Me pasaron por la cabeza toda clase de cosas, residuos del ayer, como si un proyccionista enloquecido estuviera improvisando un revoltijo de fragmentos de viejas películas. Me acordé de una noche en pleno verano, hace cincuenta años, en que Leo Rothenstein dio una fiesta en el gran parque de Maules, con enmascarados paseándose bajo los rumorosos árboles y lacayos con levita yendo y viniendo con aire solemne por el césped con botellas de champán envueltas en servilletas mojadas; recordaba la suave y apacible oscuridad, y las estrellas, y los murciélagos que pasaban rozando, y una enorme luna ósea. En un recargado banco junto a un talud cubierto de hierba un chico besaba a una chica que tenía un pecho al descubierto. Por un momento me encontré allí. Estaba con Nick, y Nick estaba conmigo, y el futuro no tenía límites. La doncella regresó entonces con una bandeja y volví a despertar en el presente atroz.

Todo eso sucedió solo ayer; difícil de creer.

Mientras Nick —el viejo, barrigudo, hinchado Nick— se servía té, cogí la botella por el gollete y vertí ginebra a borbotones hasta medio llenar el vaso.

—¿Te acuerdas —dije— de aquel verano en que viniste por vez primera a Londres, y solíamos pasear por el Soho de noche recitando en voz alta a Blake para diversión de las furcias? *Los tigres de la ira son más sensatos que los caballos de la instrucción*. Blake era nuestro héroe, ¿te acuerdas? El azote de la hipocresía, el paladín de la libertad y la verdad.

—Recuerdo que solíamos emborracharnos —dijo, y se rio.

En realidad, Nick no se ríe, únicamente hace un ruido que ha aprendido a imitar de los demás. Ensimismado, removía su té sin parar. ¡Qué manos!

—*Los tigres de la ira* —dijo—. ¿Crees que eso es lo que éramos?

Me bebí la ginebra. Fuego helado, ardientes pedacitos de hielo. El paraguas cerrado, que yo había apoyado contra el brazo de mi silla, cayó al suelo de mármol produciendo un estrépito amortiguado. Mis apoyos no se están portando muy bien hoy.

—Yeats insistía en que Blake era irlandés, ¿sabes? —dije—. Imagina... el londinense Blake ¡un irlandés! Me ha venido a la memoria aquella vez que se embarcó con su amigo Stothard para hacer dibujos de los paisajes de las orillas del río Medway y fueron arrestados bajo la sospecha de espiar para los franceses. Blake se puso muy nervioso, convencido de que algún falso amigo le había denunciado a las autoridades. Absurdo, desde luego.

Nick suspiró, haciendo un ruido similar a un desinflamiento, y se reclinó en la silla, cuyo mimbres crujió bajo su peso como una hoguera. La taza y el platillo se

mantenían en equilibrio sobre sus rodillas; parecía estar examinando el diseño de la taza. El silencio latía como un corazón.

—Tenía que protegerme —dijo finalmente, fatigado e impaciente—. ¿Sabes?

—¿De veras? —dije—. No lo sabía.

—Yo era el que iba a entrar en el gobierno. Si no te hubiéramos entregado, me habrían cogido, tarde o temprano. Fue una decisión colectiva. No hubo nada personal en ello.

—Ya —dije—, nada personal.

Me miró impávido.

—Saliste bien parado —dijo—. Conservaste tu trabajo y tu puesto en Palacio. Conseguiste el título de caballero.

—Ya no lo tengo.

—Siempre te gustaron mucho las condecoraciones y los títulos, toda esa majadería capitalista —miró su reloj—. Espero una visita dentro de poco.

—¿Cuándo empezaste? —dije—. ¿Cuando Felix Hartmann, o antes?

Se encogió de hombros.

—Oh, antes. Mucho antes. Con Querell. Los dos empezamos a la vez. Aunque él siempre me odió, no sé por qué.

—¿Y todavía trabajas para ellos?

—Por supuesto.

Sonrió, con los labios apretados y bajando la punta de la nariz; la edad había acentuado su judaísmo, aunque a quien más se parecía era a su padre, que no era judío... aquella mirada sinuosa, aquellos ojos de párpados caídos, siempre alerta. Después de una larga pausa, volvió a arreciar la lluvia con determinación. Siempre me ha gustado el ruido de la lluvia en los cristales. El temblor aumenta ahora, agita las manos y una pierna que parece el brazo de una máquina de coser.

—¿Fue Vivienne quien te lo contó? —dijo—. Siempre sospeché que había sido ella. Tú nunca tomaste la iniciativa en todos estos años. Qué astuto eres, Doc.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Trasladó cuidadosamente la taza y el platillo a la mesa y se sentó unos instantes, pensativo.

—¿Te acuerdas de Boulogne —dijo—, de aquella última mañana, en el transporte de explosivos, en que perdiste los nervios? Entonces supe que nunca más podría confiar en ti. Además, no eras serio; estabas en esto por pura diversión, y para fingir que creías en algo —me miró—. Traté de compensarte. Te ayudé. Te pasé todo aquel material procedente de Bletchley para que impresionaras a Oleg. Y cuando quisiste dejarlo para dedicarte al... —sonrió ligeramente— arte, aquí estaba yo. ¿Por qué supones que te dejaron ir? Porque me tenían a mí.

Me serví otra cantidad considerable de ginebra. Me di cuenta de que la prefería sin tónica; era más fuerte, más enfática, intensa. Un poco tarde para adquirir gustos nuevos.

—¿Quién más lo sabía? —dije.

—¿Qué? Oh, en realidad, todos.

—¿También Sylvia? ¿Se lo contaste a Sylvia?

—Lo adiviné. Nunca hablamos de ello —me miró y se encogió de hombros, compungido, mordiéndose los labios—. Le dabas lástima.

—¿Por qué le diste mi nombre a aquel tipo? —dije—. ¿Por qué tuviste que traicionarme por segunda vez? ¿Por qué no podías dejarme en paz?

Exhaló un suspiro y se movió intranquilo en la silla. Tenía el aspecto aburrido, impaciente, de un hombre forzado a escuchar una inoportuna declaración de amor. Supongo que se sentía así.

—De nuevo fueron a por mí —sonrió; el mismo brillo gélido que Vivienne—. Ya te he dicho —añadió— que tengo que protegerme —miró su reloj—. Y, en realidad...

—¿Qué te parece si *hablo* con los periódicos? —dije yo—. Si les llamo y les cuento todo.

Meneó la cabeza.

—No harás eso.

—Podría contárselo a Julian. Eso aplacaría un poco su admiración filial.

—Tampoco harás eso.

Oímos a lo lejos el timbre de la puerta. Nick se levantó y se inclinó a recoger mi paraguas.

—Tienes mojados los calcetines —dijo—. ¿Por qué llevas sandalias con este tiempo?

—Por los juanetes —dije, y me reí, un poco histéricamente, me temo; era la ginebra, sin duda.

Miró de nuevo la bolsa de reddecilla. La sacudí.

—Traje un arma —dije.

Apartó la vista y chasqueó la lengua con enfado.

—¿Se ocupan de ti? —dijo—. El Departamento, quiero decir. Pensiones, esas cosas.

No dije nada. Empezamos a recorrer la casa. Mientras andábamos, se volvió de cintura para arriba y me miró a la cara.

—Escucha, Victor, yo...

—No sigas, Nick —dije—. No sigas.

Iba a decir algo más, pero cambió de opinión. Podía notar la presencia de alguien más en la casa. (¿Es usted, querida? Vamos, ¿es usted, escondida en una de esas antecámaras doradas?) La doncella —¿por qué sigo empeñado en llamarla la enfermera?— se materializó entre las sombras del vestíbulo y me abrió la puerta principal. Salí al umbral a toda prisa. De nuevo había dejado de llover; las hojas de la lila estaban chorreando. Nick me puso una mano en el hombro, pero me libré de ella de manera violenta.

—A propósito —dije—, te dejo el Poussin.

Asintió con la cabeza, nada sorprendido, al parecer; tenía todavía pegado a la frente el trozo de laurel. ¡Y pensar que hubo un tiempo en que le creí un dios! Retrocedió y levantó un brazo, haciendo un curioso, solemne saludo que más que una despedida parecía una especie de sardónica bendición. Me fui enseguida por la calle mojada, entre luces y sombras fugaces, balanceando mi paraguas, con la bolsa de redecilla colgando a un lado. A cada paso que daba, la bolsa y su carga me golpeaban en la espinilla; no me importaba.

Espero que Miss Vandeleur no se decepcione demasiado cuando venga a hacer la limpieza final; no dudo de que será a ella a quien envíe. La mayor parte de los papeles confidenciales los he destruido ya; hay un incinerador muy eficaz en el sótano. En cuanto a esto —¿reseña biográfica?, ¿memoria ficticia?—, dejaré que ella decida lo que es mejor hacer. Me figuro que se lo entregará directamente a Nick. Siempre ha sabido cómo utilizar a las mujeres. ¿Cómo pudo ocurrírseme que era Skryne quien me la había enviado? ¡Me equivoqué en tantas cosas! Ahora estamos aquí sentados, mi Webley y yo, en silencio. Un autor teatral del siglo XIX, en estos momentos no puedo recordar quién era, observó con gracia que si aparece un revólver en el primer acto, está obligado a dispararse en el tercero. Bueno, *le dernier acte est sanglant...* Aquí se acaba mi apuesta pascaliana; un concepto vulgar, por otra parte.

Qué cielo más grandioso el de esta tarde, de azul pálido a púrpura subido pasando por cobalto, surcado por grandes icebergs de nubes, del color del hielo sucio, con borrosos ribetes cobrizos, que pasan de oeste a este, lejanos, majestuosos, silenciosos. Es la clase de cielo que a Poussin le gustaba poner en sus elevados dramas de muerte, amor y pérdida. Hay muchos claros; espero encontrar alguno en forma de pájaro.

¿En la cabeza o en el corazón? He ahí el dilema.

Padre, la puerta está abierta.

Agradecimientos

Se han escrito muchos libros sobre el tema de los espías de Cambridge; la mayoría de ellos no los he leído. No obstante, los tres siguientes me han sido de gran ayuda:

Conspiracy of Silence, de Barrie Penrose y Simon Freeman (Londres, Grafton, 1986).

Mask of Treachery, de John Costello (Nueva York, William Morrow and Company, 1988).

My Five Cambridge Friends, de Yuri Modin (Londres, Headline, 1994). [*Mis camaradas de Cambridge*, trad. de Manuel Serrat Crespo, Barcelona, Planeta, 1995.]

También debo mencionar:

Code Breakers: The Inside Story of Bletchley Park, edición de F. H. Hinsley y Alan Stripp (Oxford, Oxford University Press, 1993).

London at War 1939-1945, de Philip Ziegler (Londres, Sinclair-Stevenson, 1995).

Louis MacNeice, de Jon Stallworthy (Londres, Faber & Faber, 1995).

Poussin, de Anthony Blunt (Londres, Pallas Athene, 1995, reimpresión).

Karl Marx, por Isaiah Berlin (Londres, Thornton Butterworth, 1939). [*Karl Marx*, trad. de Roberto Bixio, Madrid, Alianza Editorial, 1973.]

Notas del traductor

[1] Juego de palabras intraducible entre *Eyrie* («nido de águilas»), *erie* («misterioso») y *airy* («aireado»), de pronunciación muy similar. <<

[2] Juego de palabras intraducible: «Shylock shy locks». <<

[3] En yeddish: pequeña comunidad judía en Europa Oriental. <<

[4] *Uncle Joe*: apodo por el que era conocido Stalin en los países anglosajones. <<

[5] Persona afecta a la Orden de Orange, organización extremista protestante partidaria de la unión de Irlanda a la corona británica. Organizada siguiendo ritos cuasi masónicos, los militantes suelen desfilan luciendo su típico fajín de color naranja y demás insignias indicativas de su pertenencia a dicho grupo. <<

[6] Tambor de grandes dimensiones que, junto a la flauta, es pieza fundamental en la música que acompaña a los desfiles de los orangistas. Fue utilizado por vez primera en 1871 en un desfile celebrado en Lambeg (condado de Down), y desde entonces se hizo popular en los mítines y manifestaciones contrarios a los cambios políticos en Irlanda del Norte. <<

[7] El 12 de julio de cada año la comunidad protestante de Irlanda del Norte conmemora la victoria de Guillermo III de Orange sobre el rey Jacobo II en la batalla del Boyne (1690), que supuso el restablecimiento de la sucesión protestante al trono británico y la confirmación de la Constitución de 1688. <<

[8] Thomas Rowlandson (1756-1827), pintor, ilustrador y caricaturista británico, famoso por sus sátiras políticas y sociales de la época georgiana. <<

[9] Lord Edward Henry Carson (1854-1935), abogado, fiscal (encargado del procesamiento de Oscar Wilde) y primer Lord del Almirantazgo durante la Primera Guerra Mundial. De ascendencia escocesa y presbiteriana, se erigió en máximo exponente en el Ulster de la oposición unionista más radical contra el movimiento independentista que exigía la autonomía para Irlanda. <<

[10] Daniel: 7.9 y 7.14. <<

[11] Bertie Wooster, afable y necio personaje cómico creado por P. G. Wodehouse en el cuento «The Man with Two Left Feet», que luego protagonizaría la serie de novelas de Jeeves and Wooster. <<

[12] Melancólico y trágico abogado de *A Tale of Two Cities*, de Dickens, que arriesga su vida pasando a Inglaterra a aristócratas franceses amenazados con la guillotina por el Terror, y acaba por reemplazar en el cadalso al doctor Manette, marido de su imposible amante Lucie. <<

[13] Catástrofe que asoló a Irlanda desde 1845 a 1849, a causa de una plaga del hongo *Phytophthora infestans*, que destruyó la cosecha de patatas cinco inviernos consecutivos. <<

[14] Grupo de políticos y simpatizantes de derecha, partidarios de hacer un trato con Hitler, que durante los años treinta se reunían con regularidad en Cliveden House, residencia en aquel tiempo de Lord y Lady Astor. <<

[15] Sir Oswald Mosley (1896-1980), fundador en 1932 del partido fascista británico (BUF). Detenido durante la Segunda Guerra Mundial, intentó volver a la política en 1948 fundando otro partido de derechas (Union Movement). <<

[16] John Charles Walsham Reith (1889-1971), primer director general de la BBC (1927-1938), miembro del Parlamento durante la Segunda Guerra Mundial, y más tarde ministro de Información, luego de Transportes y, posteriormente, de Trabajo. <<

[17] Los «reyes», «reinas», «príncipes» y «princesas» eran personajes típicos de las fiestas populares de los barrios londinenses. Elegidos originariamente por los vendedores ambulantes para salvaguardar sus derechos frente a los intrusos y los matones, más tarde se dedicaban exclusivamente a recoger y repartir limosnas. El nombre les viene de sus brillantes trajes con numerosos botones de nácar. <<

[18] Cómico del cine mudo americano, famoso por su estrabismo, cuyo tartazo de merengue a Mabel Normand se dice que inspiró a Mack Sennett el género del *slapstick* («comedias de tartas de crema»). <<

[19] Lydia, repelente esposa del rico banquero Touchett, además de tía y protectora de la protagonista —la pobre huérfana Isabel Archer—, en la novela de Henry James *Retrato de una dama*. <<

[20] Pretendiente rechazado de Isabel Archer en la citada novela de James *Retrato de una dama*. <<

[21] Adolescente desenvuelta y atrevida en su vestir y su conducta, mezcla de prudencia y malicia, inocencia, precocidad y calculado recato. El término procede del gran lazo con el que estas jóvenes solían atar sus largas trenzas, el cual ondeaba al moverse. Lo acuñó y puso de moda Scott Fitzgerald con su cuento «Flappers and Philosophers» (1920), y su más destacada representante fue la pelirroja Clara Bon, la chica del *It*, que capinaneó la legión de *jazz-babies* del cine americano de los años veinte. <<

[22] (Rupert) John Cornford (1915-1936), poeta y escritor político nacido en Cambridge y graduado en el Trinity College. Afiliado al Partido Comunista en 1933, fue el primer inglés que marchó a España (en agosto de 1936) a combatir a Franco, primero en las filas del POUM y luego en las Brigadas Internacionales, con las que murió ese mismo año en la batalla de Lopera (Jaén). <<

[23] Pequeña isla del grupo de las Shetland, al norte de Escocia, famosa por sus inimitables jerséis de lana con un característico diseño multicolor. <<

[24] The Potteries, zona del condado de Staffordshire, y en especial la ciudad Stoke-on-Trent, que constituye el centro neurálgico del negocio de la cerámica y la loza británicas. <<

[25] Juego de palabras intraducible entre *pig iron* («hierro colado») y *iron pig* («cerdo de hierro»). <<

[26] George Alfred Henty (1832-1902), periodista británico, corresponsal de guerra y autor de numerosas novelas históricas para niños. John Buchan (1875-1940), primer Barón Tweedsmuir, político, escritor, periodista y editor escocés, más conocido por su popular novela *Los treinta y nueve escalones*, llevada al cine por Hitchcock en 1935. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió en el servicio secreto y en sus últimos años fue gobernador general del Canadá. <<

[27] Cambridge se encuentra en una comarca de tierras bajas y pantanosas. <<

[28] Escritor inglés (1749-1830), autor de unas *Memorias*, publicadas entre 1913 y 1925, en las que describe sus numerosos viajes a la India y a otras partes del mundo y cuenta con gran franqueza los altibajos de su carrera de abogado y su debilidad por las mujeres y el clarete. <<

[29] Edward Dudley Metcalfe (1887-1957), conocido como Fruity Metcalfe, oficial del ejército británico en la India que era amigo íntimo y caballero de Eduardo VIII.

Nancy Witcher Langhorne (1879-1964), Lady Astor, primera mujer que fue miembro del Parlamento británico (en 1919), sucediendo a su esposo, el político y millonario Waldorf Astor, principal propietario del Observer. Se decía que la política gubernamental se decidía en su casa de campo en Cliveden. Véase la nota 16. <<

[30] The Blue Train es un tren de lujo en Sudáfrica, todavía en funcionamiento, que une Pretoria con Ciudad del Cabo. Su trayecto dura veintisiete horas y en sus elegantes suites, con baño privado y cómodos sillones, las comidas y bebidas están incluidas en el precio del billete. Agatha Christie situó en él la trama de su novela policiaca *El misterio del Tren Azul* (1928). <<

[31] Personificación de la nación inglesa y de los ingleses. Se lo representa como un granjero terco y fanfarrón, pero bondadoso, y corresponde al personaje central de la sátira del Dr. Arbuthnot *The History of John Bull*, publicada originariamente en 1712 e incluida posteriormente en las *Miscellanies* de Swift. <<

[32] Nombre (que alterna con Camford) con el que se conoce al conjunto de las universidades de Oxford y Cambridge. <<

[33] Clement (Richard) Attlee (1883-1967), abogado y político laborista británico. Educado en Oxford, perteneció a la Sociedad Fabiana y fue elegido miembro del Parlamento en 1922, ocupando desde entonces numerosos cargos públicos hasta convertirse en primer ministro en 1945. Durante su mandato (hasta 1951) se llevó a cabo un amplio programa de nacionalizaciones y se creó un nuevo sistema de servicios sociales. <<

[34] Acrónimo ruso de Narodny Komitet Vnutrennikh Del (Comité de Asuntos Internos del Pueblo), policía secreta soviética (1934-1938) responsable de las purgas estalinistas, más tarde reemplazada por el KGB. <<

[35] Costa rocosa en la parte occidental del condado irlandés de Galway. <<

[36] Principal laboratorio de física de la Universidad de Cambridge. <<

[37] Henry Mayo Bateman (1887-1970), dibujante de historietas australiano residente en Inglaterra, en los argumentos de cuyas obras, como la serie *The Man Who...*, predominan el desconcierto y la confusión social. <<

[38] Lago alargado que separa Kensington Gardens de Hyde Park. <<

[39] Famosa prisión de Moscú, sita en la plaza Dzerzinski, reservada para presos políticos, donde fueron encerradas, interrogadas, torturadas y ejecutadas miles de víctimas del NKVD. <<

[40] Soldados rasos británicos en el argot de la Segunda Guerra Mundial. Así llamados por la metralleta Thompson que todos ellos llevaban, popularmente conocida como fusil Tommy. <<

[41] En los poemas místicos de William Blake, Urizen es un feroz gigante, una especie de Jehová tiránico y vengativo, símbolo de la moral restrictiva del Antiguo Testamento. <<

[42] En inglés MP puede ser tanto miembro del Parlamento como Policía Militar. <<

[43] En el original «harlequin» y «harlot», respectivamente, términos de parecida pronunciación. <<

[44] Air-Raid Precautions: Prevención de ataques aéreos. <<

[45] Alusión a un famoso cartel distribuido por las autoridades británicas durante la Segunda Guerra Mundial con la leyenda *Idle talk costs lives* («Las conversaciones ociosas cuestan vidas»). <<

[46] Jerry («bacín», en *slang* inglés, que en nuestro argot sería «perico»): apelativo despectivo aplicado por los ingleses a los soldados alemanes, por la forma de sus cascos. <<

[47] En castellano, «empalagoso». <<

[48] Ginebra aromatizada con hierbas y mezclada con otros licores, cóctel inventado por James Pimm, que tenía un restaurante en Londres allá por 1880. <<

[49] Juego de palabras centrado en la expresión *to show a white feather* (mostrar una pluma blanca), con que se tacha a alguien de cobarde aludiendo a la suposición de que los gallos de pelea que tienen una pluma blanca carecen de arrestos para el combate. <<

[50] Término despectivo, aplicado a italianos, portugueses e hispanos. <<

[51] Lord Carraspeo. Apodo puesto por sus oyentes a William Joyce, locutor de los programas de propaganda antibritánica en inglés que se emitían desde Alemania. <<

[52] Protagonista de la mencionada novela de John Buchan *Los treinta y nueve escalones*. Prototipo del agente secreto noble, patriota, decidido e ingenioso. <<

[53] J. J. Crombie Ltd., firma escocesa especializada en la fabricación de abrigos. <<

[54] Canción escrita por Harry B. Norris (publicada por vez primera en 1900) y popularizada por la cantante Vesta Tilley, que celebra las excelencias de un elegante seductor «con el acento de Hyde Park y el paso cansino de Bond Street». En la actualidad, la expresión denota al típico seductor inglés. <<

[55] En inglés el término «pictures» designa tanto a las películas como a las pinturas.

<<

[56] Cantante y actor de cine norteamericano —cantó *Ol' Man River* en *Magnolia* (1936)—, de raza negra y fuertes convicciones izquierdistas, por las que tuvo serios problemas en los años cincuenta. <<

[57] Personaje cómico, interpretado por un hombre (una anciana, que suele ser madre o tía del joven protagonista), en las pantomimas que, desde el siglo XVIII, se representan en fechas navideñas e incorporan canciones populares, bailes y chistes.

<<

[58] Término inventado por Blake, para referirse, un tanto irrespetuosamente, a Dios y que Joyce utiliza también en su *Ulises*. <<

[59] Residencia londinense del arzobispo de Canterbury, primado de la Iglesia anglicana. <<

[60] En la terminología legal anglosajona, suicidio, o acto voluntario que lesiona o incapacita a quien lo comete. <<

[61] Despechado personaje de la novela de Dickens *Grandes esperanzas*, prototipo de la novia a quien dejan plantada la víspera del día de su boda, se recluye para siempre en su casa. <<

[62] El mayor barrio de Londres. El nombre oficial del taxi londinense es *Hackney carriage*. <<